SECRETO OSCURO
CHRISTINE FEEHAN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PROLOGO

- Vamos, Colby. - chilló el Sheriff Ben Lassiter, sintiéndose como un tonto corriendo junto al tractor. - Tienes que ser razonable. Bájate de esa maldita cosa y escúchame por una vez en tu vida. ¡Estás siendo testaruda!

Al antiguo tractor se bamboleaba por el terreno, lanzando nubes de polvorienta tierra sobre el inmaculado uniforme de Ben. Colby esperó hasta que él estuvo totalmente sin aliento y en completa desventaja antes de detener el tractor y sentarse mirando hurañamente hacia el campo. Muy lentamente se sacó los guantes de trabajo de piel.

- Estos cansándome de estas visitas, Ben. ¿Tú de qué lado estás, de todos modos? Me conoces. Conocías a mi padre. La familia Chevez no pertenece a este lugar y ciertamente no tienen derecho a intentar obligarme a entregarles a mi hermano y mi hermana.

Ben se sacudió el polvo que le cubría, rechinando los dientes con frustración. Tomó varios profundos alientos antes de responder.

- No digo que esté bien, Colby, pero la familia Chevez tiene a los hermanos De La Cruz de su parte, lo que significa un montón de dinero y poder. No puedes ignorarles sin más. No van a largarse. Tienes que hablar con ellos o van a llevarte a los tribunales. La gente como los hermanos De La Cruz no pierden en los tribunales. - Levantó las manos para asir su pequeña cintura antes de que pudiera saltar del tractor por sí misma. Resistiendo la urgencia de sacudirla para inculcarle algo de sentido común, la bajó con facilidad, reteniéndola durante un momento. - Tienes que hacerlo, Colby. Lo digo en serio, cariño, no puedo protegerte de esa gente. No lo aplaces por más tiempo.

Colby le empujó alejándose, un pequeño gesto de impaciencia, balanceando la cabeza de forma que su pelo despeinado se desparramó por debajo del sombrero, ocultando el brillo repentino de lágrimas en sus ojos. Ben la dejó marchar rápidamente, fingiendo no haberlo notado. Un hombre tendría que matar por ella si lloraba, y nadie que presenciara sus lágrimas era probable quisiera enfrentar su furia.

- Bien. - Colby empezó a moverse por el campo a paso rápido. - ¿He de presumir que tengo a un montón de ellos acampados en mi porche?

- Supe que Ginny y Paul estarían fuera esta noche. - Ben se había asegurado de que su cuñada invitaba a los hermanos de Colby a un helado casero.

- Como si eso fuera a ayudar. - Colby le lanzó las palabras sarcásticamente sobre el hombro. Conocía a Ben desde la guardería. Estaba segura de que seguía pensando en ella como una chiquilla salvaje e indomable, no demasiado brillante, cuando era perfectamente capaz de llevar un rancho ella solita y lo había estado haciendo desde hacía algún tiempo. Le hubiera gustado meterle eso en su dura mollera.

- Colby, no entres ahí como un polvorín. Esa gente no son del tipo del que se empuja de un lado a otro. - Ben le mantenía fácilmente el paso.

- ¿Empujar de un lado a otro? - Se detuvo tan bruscamente que él tubo que balancearse hacia tras para evitar atropellarla. - Ellos están intentando empujarme a mí de un lado a otro. ¡Cómo se atreven venir aquí actuando de forma tan arrogante que hace que desee azuzarles a los perros! ¡Hombres! - Le miró fijamente. - Y otra cosa, Ben. En vez de besar el culo al Señor Sacos De Dinero y su cohorte, podrías considerar lo que está pasando aquí. Mi equipo sigue desapareciendo y algún pequeño duende está trasteando con la maquinaria. Ese es tu trabajo, ¿verdad?... no escoltar a los ricos e infames por ahí. - Empezó a moverse de nuevo, su pequeño cuerpo femenino irradiaba furia.

- Colby, los dos sabemos que es una panda de críos gastando bromas. Probablemente amigos de Paul. - Dijo Ben, intentando calmarla.

- ¿Bromas? No creo que robar sea una broma. ¿Y que me dices de mi denuncia de persona desaparecida? ¿Al menos has intentado buscar a Pete por mí?

Ven se pasó una mano por el pelo de pura desesperación.

- Pete Jessup probablemente es un borracho itinerante. Por lo que sabes ese viejo pudo robar tus cosas para pagar su alcohol.

Colby se detuvo de nuevo, y esta vez Ben tuvo que cogerla de los hombros para evitar tirarla de pleno. Ella le apartó las manos de un manotazo, ardiendo ante la afrenta.

- Pete Jessup dejó de beber cuando murió mi padre, ¡imbécil! Ha sido de valor incalculable por aquí.

- Colby. - Dijo Ben, su voz persuasiva y gentil. - La verdad es que acogiste a ese viejo indigente por la bondad de tu corazón. Dudo que hiciera nada más que comer cada día. Es un vaquero acabado, un borracho. Simplemente se largó a algún lugar. Volverá tarde o temprano.

- Eso dices tú. - Resopló, verdaderamente agraviada con él. - Simplemente dejas la desaparición de un viejo y lo de buscar ladrones a un lado para poder mezclarte con algunos idiotas ricos que están aquí intentando robarme a mi hermano y mi hermana.

- Colby, vamos, probaron ser parientes y reclaman querer lo mejor para los niños de corazón. Lo menos que puedes hacer es escucharlos.

- Probablemente estás de acuerdo con ellos, ¿verdad? Paul y Ginny no están mejor con ese grupo. No sabes nada del asunto, o de ellos. Paul terminaría como ellos, tan arrogante que nadie le podría aguantar, y la pobre pequeña Ginny crecería pensando que es una ciudadana de segunda clase porque es una mujer. ¡Todos ellos pueden irse derechitos al infierno por lo que a mi respecta!

Aunque era temprano por la noche y todavía quedaba luz, el cielo súbitamente se oscureció mientras amenazadoras nubes oscuras hervían salidas de ninguna parte. Una viento frío llegó sobre las alas de la oscura masa, tirando con fuerza de las ropas de Colby. Un estremecimiento de aprensión viajó por su espina dorsal. Durante un momento algo tocó su mente. Lo sintió, sintió la lucha por entrar.

- ¿Qué es?

Colby podía ver que Ben estaba claramente intranquilo mientras giraba en un lento círculo para escudriñar el área circundante. Tenía la mano sobre el arma, inseguro de si estaban acechándolos o de donde llegaba la amenaza, pero obviamente él también lo sentía.

Colby se quedó muy quieta, sin mover ni un músculo, como un cervatillo atrapado a la vista de un cazador. Inmediatamente sintió que estaba en peligro mortal. La cosa no era hostil hacia Ben, pero podía sentir la malevolencia dirigida hacia ella. Fue lo que fuera golpeaba directamente su mente, buscando una entrada. Tomó un lento y profundo aliento y lo dejó escapar, forzando a su mente a permanecer en blanco, pensando en una pared... alta, impenetrable... una fortaleza en la que nada podía entrar. Se concentró completamente en la pared, manteniéndola fuerte, impenetrable.

La cosa pareció retirarse durante un momento, asombrada quizás por su fuerza, pero entonces golpeó de nuevo, un empujón duro que pareció atravesarle el cráneo y dirigirse directamente a por su cerebro. Colby pronunció un suave lamento de dolor y cayó sobre una rodilla, sujetándose la cabeza incluso mientras se obligaba a sí misma a respirar pausada y tranquilamente. Su mente era fuerte, invencible, con una pared tan gruesa y alta que nadie nunca la echaría abajo. No importaba que la cosa malevolente fuera tras ella, no se le permitiría abrir una brecha en sus defensas.

Fue consciente, después de unos pocos minutos, de la gran mano de Ben sobre su hombro. Estaba inclinado sobre ella solícitamente.

- ¿Colby, qué pasa?

Cautelosamente levantó la cabeza. La presencia se había marchado.

- Mi cabeza, Ben. Tengo un dolor de cabeza infernal. - Lo tenía también; no era mentira. Nunca había experimentado nada como este ataque. Realmente sentía el estómago revuelto, y no estaba segura de poder andar. Fuera lo que fuera eso había sido fuerte y aterrador.

Ben la cogió por el codo y la ayudó a ponerse en pie. Estaba temblando... podía sentirlo por los continuos estremecimientos bajo su mano... así que la sujetó. Colby no le apartó como habría hecho normalmente y eso le preocupó.

- ¿Quieres que llame a una ambulancia?

Los ojos verde esmeralda rieron hacia él incluso mientras se empañaban de dolor.

- ¿Estás loco? Tengo un dolor de cabeza, Ben. La simple idea de entrar en contacto con la familia Chevez me da enormes dolores de cabeza.

- Tu hermano y tu hermana son miembros de la familia Chevez, Colby. Tú también lo habrías sido si la adopción se hubiera llevado a cabo.

Colby agachó la cabeza, sus palabras golpearon el centro muerto de su corazón. Armando Chevez nunca la había adoptado. Había confesado sus razones en su lecho de muerte, agachando la cabeza avergonzado, con lágrimas brillando en sus ojos mientras ella le sostenía la mano. Había querido que su abuelo se aplacara, que le aceptara de vuelta en la familia. Debido a las circunstancias del nacimiento de Colby, Armando había sabido que si la adoptaba, su abuelo en Brasil nunca le permitiría volver a la familia. Había sido demasiado tarde, entonces, para acelerar el papeleo. Armando Chevez se avergonzaba de haber traicionado el amor incondicional de ella por una familia que nunca había respondido a la carta de un hombre moribundo. Colby había permanecido leal y amorosa, cuidándole, leyéndole, reconfortándole hasta el día de su muerte. Y todavía seguía siéndole leal. No importaba que hubiera muerto antes de la adopción... Armando Chevez no era su padre biológico, pero era su padre de todas formas. En su corazón, donde contaba.

La forma en que la familia Chevez la odiaba nunca le había importado, pero ella amaba a Armando con cada fibra de su ser. Le amaba con la misma fiereza con la que amaba a su hermano y su hermana. Por lo que a ella concernía, la familia Chevez no merecía a Armando ni a sus hijos. Y los dos hermanos De La Cruz, guardianes y matones de la familia Chevez, podían volverse justo por donde habían venido de vuelta al infierno que tantos de ellos había engendrado. Eran directamente responsables del amargo odio del abuelo de Armando hacia ella. Ella no era lo bastante buena para ser miembro de la familia Chevez. Ni tampoco su amada madre. El abuelo de Armando había proclamado que nunca sería aceptada en su ilustre familia y sus razones habían estado abundantemente claras. La madre de Colby nunca se había casado con su padre, no había nombre en el certificado de nacimiento de Colby, y el abuelo de Armando nunca aceptaría un ramera anglosajona y su bastarda en su familia de sangre pura.

Mientras ella y Ben rodeaban el huerto de verduras hacia la casa del rancho, Colby desaceleró el paso, su mente vuelta hacia dentro durante un momento para concentrar su fuerza de voluntad en controlarse. Era importante permanecer en calma y relajada y respirar naturalmente. Alzó la barbilla y avanzó con la cabeza alta para enfrentar a los todopoderosos hermanos De La Cruz y los miembros de la familia Chevez que habían venido a robarle a sus hermanos y su rancho.

Estaban agrupados en su pequeño porche. Juan y Julio Chevez se parecían tanto a Armando que Colby tuvo que parpadear para contener inesperadas lágrimas ardientes. Tenía que recordar que esta era la familia que tan cruelmente había rechazado a su madre porque había dado a luz a Colby fuera del matrimonio. Esta era la misma familia que tan insensiblemente había ignorado las súplicas de su padrastro y le había dejado morir sin tan solo una palabra por su parte. Peor aún, estaban aquí para llevarse a Paul y Ginny y confiscar el rancho, el último legado de su padre.

Ben la vio alzar la barbilla y suspirar pesadamente. Conocía a Colby casi de toda la vida. Tenía una vena terca de una milla de ancho. Si estos hombres la subestimaban porque era joven y hermosa, porque parecía pequeña y frágil, se iban a llevar una gran sorpresa. Colby podía mover montañas si se lo proponía. Nunca había visto a nadie tan decidido, con tanta fuerza de voluntad. ¿Quién más habría cuidado de un hombre moribundo y llevado un rancho enorme solo con la ayuda de un viejo vaquero acabado y dos niños?

Colby avanzó directa hacia los dos hombres, sus esbeltos hombros cuadrados, su pequeña forma tan alta como podía hacerla.

- ¿Qué puedo hacer por ustedes caballeros? - Su voz fue cortés, distante, mientras gesticulaba hacia las sillas del porche en vez de invitarlos a entrar en su casa. - Examiné cuidadosamente los papeles que enviaron y creo que ya les he dado mi respuesta. Ginny y Paul son ciudadanos de los Estados Unidos. Este rancho es su legado, confiado a mí para preservarlo para ellos. Esto es un documento legal. Si desean disputarlo, pueden llevarme a los tribunales. No tengo intención de entregar a mis hermanos a completos extraños.

Un hombre se movió atrás entre las sombras. La mirada de Colby saltó hacia su cara, su corazón palpitó. Era extraño que no se hubiera fijado en él inmediatamente. Parecía borroso, una parte de las sombras que se avecinaban. Mientras se colocaba bajo la luz del porche, pudo ver que era alto y musculoso, muy imponente. Su cara mostraba una sensualidad ruda, sus ojos eran negros y fríos. Su pelo era largo, atado en la nuca y asegurado allí de algún modo. Cada sentido de advertencia le chilló. Él levanto la mano, silenciando efectivamente a Juan Chevez antes de que pudiera hablar. Ese gesto imperioso, deteniendo al brasileño orgulloso y muy rico, hizo que el corazón le palpitara. Tenía el presentimiento de que él podía oírla. Los hermanos se hicieron a un lado mientras él se deslizaba silenciosamente hacia adelante. La separación del Mar Rojo, pensó Colby un poco histéricamente. ¿Había un toque de miedo en los ojos de los hermanos Chevez?

Colby mantuvo su posición, temblando, temiendo que sus piernas temblorosas no pudieran mantenerla en pie. Este hombre la asustaba. Había un dejo de crueldad en su boca y nunca había visto unos ojos tan fríos, como si no tuviera alma. Se obligó sí misma a aguantar, sin mirar a Ben en busca de tranquilidad. Estaba claro que este hombre podía acabar con una vida sin pensárselo dos veces. Eso la decidió más aún a mantener a sus hermanos con ella. Si la familia Chevez le utilizaba como protección, ¿qué decía eso de ellos? Le miró desafiantemente. Él se inclinó más cerca, sus ojos negros mirando directamente a los verdes de ella. Al momento sintió un empujón magnético. Reconoció ese toque del ataque mental en su campo. Alarmada, saltó hacia atrás, escurriéndose lejos de él para concentrarse en las botas llenas de rozaduras de Ben. ¡Este hombre tenía habilidades psíquicas como ella!

- Soy Nicolás De La Cruz. - Él pronunció su nombre suavemente, su voz tan hipnotizadora como sus ojos. - Desea usted escuchar con atención a estos hombres. Han venido desde muy lejos para verla. Los niños son de su sangre.

La forma en que dijo "sangre" envió un estremecimiento por todo su cuerpo. No había alzado la voz en absoluto. Sonaba perfectamente tranquilo y razonable. Su voz era un arma poderosa e hipnótica y ella la reconocía como tal. Si la utilizaba en un tribunal con el juez, ¿podría combatirle? Honestamente no lo sabía. Incluso ella era de algún modo susceptible. Le palpitaba la cabeza. Se presionó una mano sobre las sienes. Él estaba ejerciendo una presión sutil para que hiciera lo que le ordenaba.

Colby sabía que no sería capaz de resistir esa fuerza implacable durante mucho rato. Sentía la cabeza como si fuera a hacerse pedazos. El orgullo era una cosa, la estupidez otra completamente distinta.

- Voy a tener que pedirles que se marchen caballeros. Desafortunadamente, este es un mal momento para mí. Me temo que estoy enferma. - Presionó una mano sobre la cabeza

palpitante, y se volvió hacia Ben. - ¿Te importaría escoltarlos fuera de aquí por mí e intentaré acordar otra cita cuando me sienta mejor? Lo siento.

Abrió de un tirón la puerta de su casa y huyó dentro hasta la seguridad de su santuario. Nicolás De La Cruz sería un poderoso enemigo. El latido de su cabeza a causa de la lucha contra su ataque mental la estaba poniendo físicamente enferma. Enterró la cara contra su colcha y respiró profundamente, esperando hasta que sintió que la presión se tranquilizaba retrayéndose lentamente. Yació allí un largo rato, aterrorizada por su hermano y su hermana, aterrorizada por sí misma.

CAPITULO PRIMERO

El enorme bayo resopló, los ojos le giraron salvajemente en la cabeza.

- Sujétalo, Paul. - Advirtió rápidamente Colby a su hermano. El caballo avanzaba de lado nerviosamente, echando la cabeza hacia atrás, tensando las patas.

- No puedo, hermanita. - Gritó Paul mientras con una oleada de salvajismo el animal se revolvía, librándose de la precaria sujeción del chico. Paul hizo una mueca, su piel olivácea palideció bajo el tono oscuro. Colby fue aplastada contra la valla dos veces más antes de golpear el suelo y rodar en busca de seguridad bajo la cerca.

- ¿Estás bien, Colby? - Exigió Paul ansiosamente, precipitándose de rodillas junto a ella en el suelo polvoriento.

Colby gimió y rodó para mirar hacia arriba hacia el cielo oscurecido, un sonrisa sin humor curvó su suave boca.

- Que forma tan estúpida de ganarse la vida. - Dijo ausentemente a Paul. - ¿Cuántas veces me ha tirado ese animal inútil? - Se sentó, apartando los mechones húmedos que escapaban de su gruesa trenza pelirroja. El dorso de su mano dejó un rastro de suciedad a través de su frente.

- ¿Hoy o siempre? - Se burló Paul, después borró apresuradamente la sonrisa de su cara cuando ella volvió todo el poder de sus ojos sobre él. - Seis. - Respondió solemnemente.

Se puso en pie cautelosamente, sacudiéndose la capa de polvo de sus gastados y descoloridos Levi's. Con arrepentimiento examinó su camisa andrajosa.

- ¿Quién es el dueño de esta bestia de todas formas? Quienquiera que sea ha debido de ser alguien que me guste.

Paul cepilló cautelosamente el polvo de su sombrero, evitando su mirada. A menos que un caballo estuviera siendo entrenado para ser montado en rodeo, Colby permitía que Paul se ocupara de todos los detalles. Peor suerte imposible.

- De La Cruz. - Murmuró aprensivamente. A los dieciséis años era más alto que su hermana. Sin grasa, bronceado, ya con los músculos de un jinete, Paul era inusualmente fuerte para su edad. Su cara llevaba el sello de alguien mucho más viejo. Extendió el sombrero de piel de ala ancha casi como una oferta de expiación hacia su hermana.

Se hizo un pequeño silencio en el que hasta el viento pareció contener la respiración. Incluso el bayo dejó de bufar y removerse mientras Colby miraba con horror a su hermano.

- ¿Estamos hablando del mismo De La Cruz que vino a este rancho y me insultó? ¿El mismo que exigió que empaquetáramos nuestras cosas y dejáramos el rancho de nuestro padre porque yo soy una mujer y tú un niño? ¿Ese De La Cruz? ¿El De La Cruz que me ordenó que os entregara a ti y a Ginny a la familia Chevez y me provocó un enorme dolor de cabeza con su insultante, dominante, repugnante y chovinista comportamiento? - La suave voz ronca de Colby era casi terciopelo, la delicada perfección de su cara se mantenía completamente inmóvil. Solo sus grandes ojos traicionaban su humor. - Dime que no estamos hablando de

ese De La Cruz, Paulo. Miénteme para que no cometa un asesinato. - Sus brillantes ojos lanzaban chispas.

- Bueno. - Sopesó los riesgos. - Fue Juan Chevez el que compró los caballos, dieciséis de ellos. Tuvimos que cogerlos, Colby. Paga el máximo y necesitamos el dinero. Tú misma dijiste que Clinton Daniels estaba apremiándonos con la hipoteca.

- No su dinero. - Espetó Colby impacientemente. - Nunca su dinero. Es dinero donado para tranquilizar su conciencia, para lavar sus pecados. Encontraremos otro modo de pagar la hipoteca. - Sacudió la cabeza para aclararla de la furia que fluía llegada de ninguna parte. Estampándose el sombrero contra el muslo envuelto en los vaqueros, masculló por lo bajo cosas impropias de una dama. - Juan no tenía derecho a ofrecerte los caballos a mis espaldas. - Miró fijamente hacia la cara constreñida de su hermano e instantáneamente la furia se evaporó como si nunca hubiera estado allí.

Extendió la mano para pasarla afectuosamente a través del pelo negro del muchacho.

- No es culpa tuya. Debería haber esperado algo como esto y haberte advertido. Desde que esa familia apareció, esos De La Cruz no da más que problemas. Escribí la carta a la familia Chevez en nombre de Papá hace casi tres años. ¿No es milagroso que finalmente se las arreglaran para responder? - Colby se dio la vuelta para encarar al bayo, estudiándolo cuidadosamente con ojos cautos. - Este caballo probablemente es su forma de librarse de mí para poder teneros. Conmigo fuera de camino podrían tener una oportunidad de llevaros a Ginny y a ti con ellos de vuelta a su infernal agujero en Sudamérica. Y robaros vuestra herencia mientras tanto.

Colby era baja y delgada con suaves curvas llenas, grandes y profundos ojos verdes enmarcados por oscuras pestañas de encaje, y un abundante pelo largo y sedoso. Sus brazos bien torneados ocultaban fuertes músculos. Cicatrices blancas marcaban el profundo bronceado de sus brazos y sus pequeñas manos, mostrando los años de trabajo duro. Paul, observando el hoyuelo en la comisura de su boca, sintió una oleada de orgullo. Sabía como odiaba ella las cicatrices, sus manos, aunque eran tan parte de ella. Poco ortodoxa, libre, indomable, tan natural, no había nadie como Colby.

- Viven en un rancho multimillonario. - Señaló Paul. - De lujo. Probablemente con piscina, nada de trabajo. Mujeres guapas. A mí me suena a una vida muy dura. Quizás es una conspiración y yo estoy en ella.

- ¿Me estás diciendo que puedes ser sobornado?

El encogió sus hombros tensos, guiñando un ojo hacia ella con una pequeña sonrisa traviesa.

- Si el precio es el apropiado nunca se sabe. - Intentó menear las cejas y fracasó. - No tienes que preocuparte, Colby. - Ofreció Paul repentinamente. - No creo que el Señor De La Cruz sepa que Juan nos trajo los caballos a nosotros. En cualquier caso... - Se encogió de hombros pragmáticamente. - ...el dinero es el dinero.

- Así es, muchachito. - Suspiró Colby.

A los diecisiete Colby había asumido sobre sus hombros la responsabilidad del rancho, su hermano de once años, y su hermana de seis después de que un pequeño accidente de avión hubiera dejado a su madre muerta y a Armando paralizado. Lo había hecho sin un solo murmullo de protesta. Dos años después del accidente, su padrastro había insistido en que Colby escribiera a su familia en Brasil y les pidiera que vinieran rápidamente. Sabía que se estaba muriendo y había echo a un lado el orgullo por el bien de sus hijos. Nadie había respondido, y su amado padre había muerto rodeado de sus hijos, pero sin sus hermanos y hermanas. Ahora, a los dieciséis, Paul podía apreciar lo que esos últimos cinco años habían costado a Colby. Hacía todo lo que podía para tomar algo de la carga que soportaba ella, sabiendo, por primera vez en su vida, lo que era realmente preocuparse por alguien más. Cada vez que a Colby la tiraba un caballo, notaba que el corazón se le desbocaba.

Colby nunca se quejaba, pero él podía ver los signos de tensión, el cansancio creciente en ella.

- ¿Quieres tomarte un respiro? El sol se está poniendo. - Sugirió esperanzadoramente. No dudaba de que Colby estaba magullada de la cabeza a los pies. Sus ojos de águila notaban que su hermana se acunaba el brazo izquierdo.

- Pronto, cielo. - Colby sacudió la cabeza roja con pesar. - No puedo dejar que este se imagine que él es el jefe. Volvamos al trabajo. - Sin rastro de miedo entró en el corral y cogió las riendas del enorme animal.

Paul la observó como había hecho miles de veces en el pasado, su pequeño figura esbelta parecía frágil junto al caballo medio salvaje, aunque totalmente confiada. Se había hecho con tal reputación como entrenadora, que muchos de los mejores jinetes de rodeo le traían sus últimas adquisiciones desde todos los Estados Unidos. Normalmente, pasaba semanas, meses, domándolos pacientemente. Tenía una afinidad especial con los animales, con los caballos en particular. Los métodos de Colby normalmente eran más duros para ella que para los caballos. Era cuando tenía que domarlos con rapidez, como ahora, cuando más se preocupaba Paul.

Su rancho era pequeño, principalmente de caballos... las pocas reses y acres de heno que había eran para su uso personal. Era una vida dura, pero buena. Su padre, Armando Chevez, había venido a este país mientras compraba caballos para su rica familia de Brasil, buscando nuevas líneas de sangre para los enormes ranchos que tenían en Sudamérica. Había conocido y se había casado con Virginia Jansen, la madre de Colby. Su emparejamiento no había sido afectuosamente aceptado por la familia de él y había resultado virtualmente desheredado. Colby nunca contó a su padre que había encontrado la carta del patriarca Chevez declarando que debía abandonar a la "promiscua americana ávida de dinero con su hija bastarda" y volver a casa enseguida o se le consideraría muerto por toda la familia. Colby no tenía ni idea de quién era su padre biológico y no podía importarle menos. Amaba a Armando Chevez y pensaban en él como su verdadero padre. Él la había querido, protegido y cuidado de ella como si fuera de su propia sangre. Paulo y Ginny eran su familia y los protegía ferozmente. Estaba decidida a que tuvieran el rancho cuando fueran mayores de edad, justo como Armando Chevez había planeado. Era lo menos que Colby podía hacer con él.

Había sido una larga mañana y parecía que iba a ser una tarde interminable. Paul apretaba los dientes y maldecía suavemente por lo bajo mientras una y otra vez el gran bayo se libraba de su agarre de la brida y Colby era lanzada contra el suelo o contra la cerca con fuerza suficiente como para sacudirle todos los huesos.

Ginny llegó y colocó un cesta de picnic con un termo de limonada y pollo frito frío sobre el suelo, después se sentó fuera del corral esperando pacientemente, con un puño encajado en la boca, y sus grandes ojos marrones redondos de ansiedad, fijos en su hermana.

Colby apretó la garra sobre las riendas, sus delicados rasgos tensos de determinación. Agachando la cabeza se limpió el fino rastro de sangre de la comisura de la boca con la manga. Bajo ella podía sentir los poderosos músculos del caballo que empezaban a apretarse, a tensarse. Paul dio un paso hacia adelante, su mano tan apretada sobre las riendas que sus nudillos estaban blancos. La enorme cabeza del animal intentó bajar. Colby luchó por alzarla expertamente. Incluso mientras la lucha tenía lugar Paul se maravilló del control de Colby. Entonces el caballo se liberó de nuevo de la sujeción de Paul y se lanzó de lado a lado, resoplando, revolviéndose y corcoveando.

Ginny saltó sobre sus pies, aferrando la cerca mientras observaba con temor reverencial la pericia con la que Colby se anticipaba a cada movimiento del bayo. Dos veces Paul estuvo seguro de que el caballo iba a lanzarse hacia atrás. Pero Colby estaba decidida a mantener el control, todo su ser estaba concentrado en el caballo.

Rafael De La Cruz aparcó su camioneta cerca del acantilado con vistas a todo el valle. Tras él las montañas se alzaban abruptamente, espesamente cubiertas de pinos y abetos. La mujer acurrucada junto a él le tocó con una uña pintada de escarlata, que recordaba mucho a una garra ensangrentaba. Miró la uña durante un momento, después se inclinó sobre ella bruscamente, desapasionadamente, y le apartó el pelo del pulso que latía fuertemente en el cuello. Intentó recordar su nombre, alguien que se suponía era importante en el pequeño mundo en el que habitaba de momento, pero nadie que despertara su interés. Todo lo que le importaba era el sonido firme del latido de su corazón llamándole.

Era una presa como el resto de ellos. Saludable. Fuerte. Una mujer que quería dormir con alguien rico y poderoso. Había tantas de ellas, mujeres que se sentían atraídas hacia los hermanos De La Cruz como polillas a las llamas. Ella inclinó la cabeza hacia él e inmediatamente Rafael atrapó su mirada, hipnotizándola. Suponía casi más problemas de lo que valía la pena.

Rafael hundió los colmillos profundamente en el cuello y se alimentó. Bebió hasta más no poder, todo mientras luchaba por contener a la bestia que amenazaba con alzarse, exigiendo la muerte, susurrando sobre el poder último, susurrando sobre emociones, sobre sentir. Solo sentir una vez más, por un microsegundo, valdría la pena. La mujer no era nada, inútil para él más que como presa. Fácil de controlar, fácil de matar. Se derrumbó contra él, y el movimiento le sacó del embrujo de la bestia. Cerró los diminutos pinchazos, sanando la herida con una pasada de su lengua. La miró por un momento, después desdeñosamente la empujó lejos de él para dejarla derrumbada en el asiento. Era como todas las demás. Dispuesta a venderse al más alto postor. A acostarse con un completo desconocido solo porque era rico y poderoso. Vestida con ropa escotada, que revelaba su intención de atraer a los hombres. Había tantas de ellas, como ganado. Había atraído a un depredador, pensando en sí misma como en una tentadora, pensando que estaba atrayéndole con engaños a su red sexual. Salió de la cabina al aire nocturno. Rafael paseó a lo largo del borde del acantilado, sus rasgos sensuales tallados con una dura y cruel confianza. Estaba acostumbrado a la obediencia instantánea, a utilizarla para manipular la mente de su presa humana.

Rafael y Nicolás querían volver a casa, a Sudamérica, y al bosque pluvial del Amazonas. De vuelta a su mundo, de vuelta a su rancho donde ellos mandaban y su palabra era ley. De vuelta a la jungla vecina donde podían cambiar a la forma que quisieran sin miedo a ser vistos. De vuelta a donde la vida no era complicada. Pero tenían un pequeño trabajo que hacer antes de poder volver, persuadir a una mujer humana de hacer lo que quería la familia Chevez.

Rafael y Nicolás, respondiendo a la llamada de su príncipe cientos de años atrás, cazaban al vampiro en Sudamérica. Era todo lo que podían hacer por su raza moribunda. Querían volver al país que había sido su hogar y a la forma de vida que habían seguido durante cientos de años. Era mucho más difícil para ellos aguantar tanto en este país poco familiar. Pero la familia Chevez, que había servido fielmente a la familia De La Cruz durante siglos, necesitaba su ayuda ahora, y estaban obligados por honor a proporcionarla. El problema era una pequeña mujer humana.

Nicolás había acudido a ella y ordenado su conformidad, "empujando" su mente con una dura orden, pero para su sorpresa y desagrado, no había funcionado. Ella se había vuelto incluso más testadura, negándose a hablar con ningún miembro de la familia. En todos los siglos de su existencia, semejante cosa nunca había ocurrido. Todos los humanos podían ser controlados, podían ser manipulados. Ahora era asunto de Rafael, incluso si eso significaba tomar su sangre para forzar su conformidad. Cuando los hermanos querían algo, cualquier

cosa, la conseguían. Ella no se interpondría en su camino. Durante un momento un músculo se sacudió en su mandíbula ensombrecida. De una forma u otra, conseguirían lo que querían.

Suspiró mientras miraba hacia las estrellas. No había nada que aliviara las imparables noches despiadadas. Se alimentaba. Existía. Luchaba contra el vampiro. Experimentaba los movimientos de la vida diaria, pero no sentía nada más que hambre. Hambre insaciable. La llamada susurrante del poder de matar. Ser capaz de sentir. Lo que sería hundir sus dientes profundamente en la carne humana y drenar a su presa para sentir algo, cualquier cosa, durante unos pocos momentos. Volvió la mirada hacia la mujer de la camioneta, la tentación susurraba insidiosamente.

¡Rafael! La voz de Nicolás fue una aguda reprimenda. ¿Debería acudir a ti?

Rafael sacudió la cabeza, negando esa tentación omnipresente. No caeré esta noche.

Rafael deslizó la mirada por el cielo oscuro, sin ver nada más que murciélago zambulléndose en picado, realizando su valet nocturno. El viento le trajo información no expresada. Estaba intranquilo, sus sentidos le decían que un vampiro podía estar cerca, pero era incapaz de olisquear al no-muerto en su guarida, si, de hecho, estaba en la zona. Probablemente había acudido a la tierra en el instante en que Nicolás y Rafael habían aparecido y esperaba a que se fueran para alzarse.

El viento le llevó el sonido distante de voces. Alarmadas. Suaves. Una hermosa cadencia que tocaba algo profundo dentro de él. Oyó la voz, una voz melodiosa, pero no pudo entender las palabras. Se acercó al borde del acantilado. Captó algo por el rabillo del ojo y miró hacia la escena bajo él, su mirada ardiente se fijó en el caballo y el jinete. Miró a la pequeña mujer sobre el gran caballo en medio una especie de shock que le entumeció la mente. Habían pasado casi setecientos años desde que Rafael había visto en color o sentido emociones. Ahora, en el parpadeo de un ojo, observando el drama que se desplegaba en el pequeño corral, el caballo y jinete cerrados en batalla, todo cambió.

Vio su pelo brillante, una llamarada de color. Vio el azul descolorido de sus vaqueros y el rosa pálido de su camisa. Vio el caballo, de un rojo bruñido, tirando de la cabeza, revolviéndose y corcoveando. El tiempo pareció ralentizarse haciendo que cada detalle quedaba grabado en su mente. La forma en que las hojas de los árboles brillaban con un brillo plateado, los colores de la tierra y el heno. Vio los tonos plateados del agua mientras brillaba en un estanque distante. El aliento abandonó sus pulmones y se quedó muy quieto, una parte de la montaña en la que estaba en pie, congelado por primera vez en toda su existencia.

Tras él, la mujer de la camioneta se movió, pero ella no importaba. Estaba despertando, adormecida, segura de que habían hecho el amor y que había quedado sobrecogida por sus atenciones. El adolescente y la jovencita cerca del corral no importaban. Sus hermanos esperando en casa en su rancho de Brasil, Nicolás esperando aquí en este país atestado, la familia Chevez, ninguno de ellos importaba. Solo esa jinete solitaria.

Colby Jansen. Instintivamente supo que la jinete era Colby. La desafiante. Fuego y hielo como las montañas entre las que vivía. Las montañas que amaba y a las que tan ferozmente se aferraba. La estudió, su mirada negra y hambrienta. No se movió durante varios momentos, su mente echa un caos, emociones hacinándose con velocidad y furia. Emociones almacenadas en alguna parte durante cientos de años que se vertían ahora atravesándole como lava ardiente, obligándole a seguirlas a un paso escandaloso.

Tenía cuatro hermanos y todos ellos eran telepáticos, podían tocarse los unos a los otros a voluntad. Rafael se extendió, por el vínculo común que utilizaban sus hermanos, para compartir los colores, el furor poco familiar en su cuerpo, la creciente oleada de hambre.

Nicolás no tenía experiencia con una cosa semejante. Solo puede ser tu compañera, respondió.

Es humana, no Cárpato.

Se dice que hay algunas que pueden ser convertidas. La compañera de Riordan no era Cárpato.

Las emociones y el hambre sexual alzándose juntas eran sobrecogedoras, una bola de fuego atravesó su estómago, haciendo que ardiera su sangre, agudizando sus apetitos. Se estiró, reminiscencias de un gran felino de la jungla. Bajo la fija seda de su camisa, los nudos de su músculos se contraían. Colby Jansen le pertenecía a él y a nadie más. No quería a ningún otro cerca de ella, ni a la familia Chevez, ni a Nicolás que la había visto primero. Sentía a la bestia en su interior alzándose, rápida y feroz, ante la idea de que ella estuviera con otro hombre, mortal o inmortal. Rafael se quedó muy quieto, obligándose a mantenerse bajo control. Peligroso en cualquier momento, reconocía que lo sería incluso más en el estado en el que estaba. Es más que incómodo, Nicolás. Dudo que pueda soportar a otros hombres en cercana proximidad con ella. Nunca había sentido semejantes emociones. Nunca había sentido semejantes celos o miedo.

Era una advertencia y ambos hermanos la reconocieron como tal. Se hizo un pequeño silencio.

Me marcharé de aquí, Rafael, e iré a las montañas altas hacia el este. La hacienda está vacía y esperaré a que superes esto.

Como siempre Nicolás estaba tranquilo y sereno, una callada y cuerda confianza que movía a los otros en la dirección en que quería que fueran. Nicolás no expresaba su opinión con frecuencia, pero cuando lo hacía, sus hermanos le escuchaban. Era un oscuro y peligroso luchador, muchas veces puesto a prueba. Los hermanos estaban conectados y siempre permanecieron cerca en los siglos pasados, confiando los unos en los otros en busca de los recuerdos que mantenían su código de honor intacto. Confiando los unos en los otros para mantener los insidiosos susurros de poder de la muerte a raya. Obrigado.

Los dedos de Rafael se cerraron en puños apretados hasta que los nudillos se le pusieron blancos mientras observaba el drama desplegado bajo la loma. Esta mujer, pequeña y frágil... humana... insistía en hacer un trabajo peligroso y arriesgado. Había límites al aguante de un hombre cuando tenía emociones. Encontraba que no podía quedarse observando como era lanzada hacia atrás por el animal.

La vio caer con fuerza, su cuerpo pequeño y frágil, el enorme bayo poderoso y peligroso, las pezuñas golpeando a centímetros de ella. Rafael dejó de respirar, el corazón se le paró. Colby rodó librándose por poco, dijo algo a su hermano, que cogió las riendas del caballo. Instantáneamente estaba de vuelta en la silla. Rafael había tenido suficiente.

Fue Ginny quien reparó primero en los intrusos, la camioneta cuatro por cuatro nueva, lisa y brillante, mientras rugía por la polvorienta carretera. El conductor aparcó el vehículo sobre la colina cubierta de hierba a pocas yardas de la serie de corrales. Los dos ocupantes observaban por las ventanillas la lucha entre caballo y jinete.

El grito bajo de advertencia de Ginny hizo que Paul se girara. Cada vestigio de color abandonó su cara, dejándole pálido y tenso. Instintivamente se subió a la cerca y colocó su cuerpo alto delante de su hermana menor, con una mano alrededor de su cintura protectoramente.

El conductor estaba saliendo del coche, cruzando la polvorienta carretera, moviéndose con fluida gracia, poder y coordinación combinados. Una ondulación de músculos felinos que prestaba al desconocido una apariencia depredadora. Parecía un hombre duro, frío, peligroso. Alto, de amplios hombros, con músculos nervudos bajo una fina camisa de seda. Tenía un pelo espeso, ondulado y negro, largo y recogido hacia atrás en la nuca. Rasgos rudos e implacables que eran fuertes y sensuales. Parecía elegante y rudo al mismo tiempo. Este tenía que ser Rafael De La Cruz. Habían conocido a Nicolás, y era bastante intimidante, pero este hombre parecía exudar amenaza por cada uno de sus poros.

Rafael saltó la cerca con la facilidad de un felino, pasando el último tablón por varios centímetros. Atrapó al caballo, haciéndole girar la cabeza y ordenando obediencia con una autoridad que el animal pareció reconocer.

Sorprendido, Paul solo pudo mirar. Solo Dios sabía lo que haría Colby. Paul tenía el mal presentimiento de que podría lanzar un puño hacia el desconocido y no podía verse a sí mismo ganando una pelea a puño limpio con este hombre cuando se viera forzado a defender a su hermana. Podía ver que el desconocido era del tipo de hombre que sacaría a Colby de sus casillas.

El bayo actuaba ahora como un corderito y cuando Rafael retrocedió para darle espacio, Colby puso expertamente al caballo al paso. Con sus rasgos oscuros formando una máscara de indiferencia, Rafael rodeó la cintura de Colby con un brazo, levantándola de la silla. Era enormemente fuerte y prácticamente la lanzó a tierra.

Ginny se aferró a Paul, jadeando ruidosamente. ¡Cómo se atrevía a hacer tal cosa! Consternada, miró a la mujer que los observaba con un aire de molestia y fingido aburrimiento desde la camioneta. ¡Humillar a Colby así!

En el momento en que el brazo rodeó su cintura, Colby sintió una inesperada conexión. Un calor proveniente de él que se filtró a través de los poros de su piel y se extendió por su riego sanguíneo. El color manchó la cara de Colby mientras se liberaba del abrazo. Alzó la barbilla, sus ojos esmeralda chispeaban peligrosamente.

- Gracias, Señor...

Su voz resultó aterciopelada por la exagerada paciencia. Sabía muy bien que este tenía que ser el otro aborrecible hermano De La Cruz.

¿Quién más iba a ser? Eso era justo lo que necesitaba esta noche. ¡Más miseria!

Él se inclinó ligeramente por la cintura, un gesto cuidadosamente cortés.

- De La Cruz. Rafael De La Cruz a su servicio. Creo que conoció a mi hermano Nicolás y, por supuesto, a Juan y Julio Chevez. Usted, indudablemente, es Colby Jansen.

Arrancando de un manotazo el sombrero que le ofrecía Paul, se lo golpeó contra la pierna para sacudirse el polvo. Sus ojos se deslizaron sobre la imponente figura de Rafael una vez más, después volvió a sus hombros amplios antes de parecer despacharle.

- ¿A qué debemos este honor? - Incluso Paul tuvo que hacer una mueca ante la miel que rezumaba sarcásticamente de su voz. - Creo que su hermano y yo cubrimos todo lo necesario en nuestra última discusión amigable.

Los helados ojos negros se movieron pensativamente sobre su cara, descansando en la boca exuberante, en el delgado rastro de sangre en la comisura de los labios. El estómago se le tensó apasionadamente, y por un momento el deseo llameó en sus ojos.

- ¿Creyó que se libraría de nosotros tan fácilmente? - Su voz susurró sobre la piel, suave, hipnótica, mesmerizante. Colby realmente le sintió tocarla, como si las yemas de sus dedos le dejaran un rastro sobre la piel haciendo que pequeñas llamas parecieran danzar a través de ella, aunque el desconocido tenía las manos a los costados.

Se sacudió los efectos de esa voz y esos ojos concentrándose en la mujer de la cabina de la camioneta.

- ¿Su amiga está enferma?

Ante sus palabras la mujer alzó la cabeza y miró fijamente a Colby. Abrió puerta de la cabina y cambió de posición para poder girarse cuidadosamente en el asiento, mostrando largas piernas terminadas en tacones de aguja. Era alta y rubia de piel blanca y maquillaje perfecto. Embutida en su fresco vestido color lavanda parecía una modelo. No se molestó en ocultar el desprecio que sentía mientras se aproximaba, deslizando sus ojos sobre Colby, tomando nota de sus polvorientos vaqueros desteñidos, su camisa desgarrada, su cara cubierta de polvo, y la trenza despeinada.

Colby, demasiado consciente del contraste de sus apariencias, de las cicatrices de sus manos y brazos producto de mordiscos y maliciosas pezuñas, se llevó una mano al pelo revuelto. Antes de poder intentar ponerlo en orden Rafael le capturó la muñeca, bajándole el brazo con facilidad, su expresión dura. La electricidad se arqueó entre ellos, saltando de su piel a la de ella y otra vez atrás. Ese lento quemar estaba de vuelta, calentando, espesando la sangre. Por un momento sus miradas se encontraron, chocaron, una terrible hambre sexual saltaba entre ellos, devorándolos. La barbilla de Colby se alzó de esa forma desafiante tan familiar que su hermano y su hermana reconocieron. Apartó la mano, no le gustaba la forma en que su cuerpo parecía tener mente propia alrededor de él.

- Louise Everett. - Se presentó la mujer a sí misma, posando una mano posesiva sobre el antebrazo de Rafael. - Conoces a mi hermano, Sean, y su mujer, Joclyn. Los De La Cruz, sus sirvientes, y yo estamos hospedados en el rancho de Sean. – Hacía que sonara como si hubiera llegado con la familia De La Cruz. - Cuando oyeron que Rafael y yo veníamos a verte me pidieron que te diera un mensaje. - Durante un momento miró desdeñosamente la suciedad en la frente de Colby. - A Joclyn le gustaría que su hija recibiera lecciones de equitación. - Examinó sus largas uñas en busca de daño. - Aunque a mí me parece que ese caballo te ha tirado más de una vez. Quiero que mi sobrinita horriblemente lisiada aprenda de alguien cualificado, alguien competente.

La profunda respiración de Paul fue audible. Colby era una profesional. La mejor. Su reputación como entrenadora de caballos era conocida en todos los estados. Quería a esos esnobs fuera de allí antes de perder los nervios y hacer algo absurdo. Dio un paso agresivo hacia adelante, sus manos cerrándose en puños. No le importaba si De La Cruz era un hombre peligroso y podía golpearle hasta convertirle en una pulpa sanguinolenta, nadie iba a poner a Colby en semejante posición y salirse con la suya, no mientras él estuviera alrededor. Y eso de los sirvientes de los De La Cruz... la mujer quería decir los hermanos Chevez. Paul era un Chevez, al igual que Ginny. ¿Significaba eso que si la familia conseguía llevarlos a Brasil, serían sirvientes en vez de propietarios del rancho? Por el rabillo del ojo captó un vistazo de Ginny. Estaba tan enfadada como él.

- Ha habido algún error. - La voz de Colby fue, si acaso, más suave de lo normal. Cruzó hacia el termo de limonada... más que nada, Paul estaba seguro, para evitar lanzar un puñetazo a De La Cruz que por cualquier otra cosa. Tenía esa mirada en los ojos que Paul conocía tan bien. - Yo no doy lecciones de equitación, Señorita Everett. No tengo tiempo para nada de eso. - Sus ojos verdes acuchillaron los duros rasgos de Rafael. - Evidentemente, el señor De La Cruz tiene tantos sirvientes llevando su rancho por él que ha olvidado lo que entraña realmente el trabajo duro. - Sobrinita lisiada. Las palabras resonaban en su mente haciendo que quisiera taparse los oídos con las manos y ahogar el sonido, la imagen de la pobre niña obviamente no amada por su tía.

Los helados ojos negros de Rafael parecían arden pero sus rasgos duros permanecían impasibles. Se movió entonces, se deslizó, un ondeo de músculos y tendones, no más. Ella parpadeó y estaba a su lado, acorralándola inclinándose para borrar el delgado rastro de sangre de la comisura de su boca con un roce de un pulgar. El corazón le saltó ante su toque. Su cuerpo realmente ansiaba el de él. Era endemoniadamente enloquecedor y Colby quería que se acabara. Reconoció que él sería sexualmente dominante. Estaba impreso en su misma sangre y huesos. Lo exigiría todo de su mujer, la poseería, hasta que no hubiera vuelta atrás... para siempre. Y odiaba ser tan susceptible a su oscura sensualidad cuando se enorgullecía de sí misma por su independencia.

- Louise malinterpretó el mensaje. - Dijo él suavemente, sus ojos negros no parpadearon sobre la cara de Colby. Quemando. Devorando. Hambrientos. Parecía estar mirando directamente en el interior de su alma. Tenía el incómodo presentimiento de que

realmente podía leer sus pensamientos. Observó como él alzaba la mano hasta su boca y se tocaba la yema del pulgar con la lengua casi como si estuviera saboreándola a ella.

El cuerpo entero se le tensó. Se encontró a sí misma mirando casi impotentemente hacia él. La idea debería haberle resultado repelente, pero era pecaminosamente sexy, y estaba hipnotizada por él, la forma en que se movía, la forma en que sus ojos eran tan hambrientos mientras su mirada le recorría la cara. Tenía la habilidad de hacer que una mujer si sintiera como si fuera la única mujer sobre la tierra. La única que él veía. También la hacía sentir como si fuera a cogerla, echársela sobre el hombre y marcharse a zancadas con ella si le rechazaba. Era desestabilizante... y, que Dios la ayudara, alborozador.

- Colby. - Ginny cogió la mano de su hermana, temiendo súbitamente por ella. El desconocido miraba a su hermana mayor como si le perteneciera, como si pudiera ser un malvado hechicero dispuesto lanzar un hechizo sobre ella.

Colby se sacudió de la red sexual que Rafael estaba tejiendo, maldiciendo silenciosamente. Este hombre era verdaderamente peligroso. Poseería a una mujer, convirtiéndola en una esclava sexual que no pensara en nada más que en complacerle. Él era una tentación erótica a la que ninguna mujer podría permitirse nunca sucumbir. Habían enviado al primer hermano para ordenarle entregar el rancho y a los niños a la familia Chevez y cuando no funcionó, obviamente enviaron a la siguiente oleada a tratar con ella. Alzó la barbilla con desafío.

- ¿Qué mensaje exactamente se supone que debían entregar?

- Joclyn apreciaría que se encontrara con ella más tarde esta noche en el salón. - Su voz era tan hermosa que ansió oír más. Forzó a sus manos a permanecer a los costados en vez de presionárselas sobre los oídos. - Creo que quería tener con usted la cortesía de hablar por sí misma.

Colby se encontró aferrando la mano de Ginny en busca de solaz.

Rafael De La Cruz era capaz de lanzar hechizos, un oscuro hechicero tejiendo su magia negra, y ella era altamente susceptible. Quería que se fuera antes de caer en las profundidades de sus ojos negros. Estaba inclinado tan cerca de ella que podía oler su fragancia masculina. Aire libre. Sexual. Definitivamente masculino.

- Parece ser importante para ella.

- Estoy muy ocupada en este momento del año. - Dijo Colby un poco desesperadamente. No podía apartar la mirada de él, ni por un momento. Sus ojos eran tan hambrientos, tan necesitados, tan exigentes. Y demonios, su cuerpo realmente ansiaba el de él. Sobrinita lisiada. No podía librarse de la imagen.

- Entonces tendré que quedarme y convencerla. - Dijo él, su acento resultaba muy evidente. Todo en él, cada célula, su corazón y su alma, su cerebro, incluso el demonio enterrado le rugía que la encadenara a su lado. Podía hacerlo, tomarla simplemente. No había nadie capaz de detenerle. Estaba acostumbrado a que nada, ni nadie se opusiera a su voluntad. Ciertamente no una pequeña mujercita. Una mujer humana.

- A las ocho en punto entonces. - Dijo ella impacientemente, intentando no parecer tan asustada como se sentía. Nadie nunca la había hecho sentir tan confusa y nerviosa como él. Había algo posesivo en sus ojos, algo que parecía reclamarla. Nunca antes había tenido verdaderamente miedo de nadie. - Si me perdonan, tengo que volver al trabajo. - Él era su enemigo. Cercanamente asociado con la familia que no la quería ni a ella ni a su madre. Alguien que consideraría a sus hermanos sirvientes en una tierra de la que nada sabían. Tenía que recordar eso. Tenía que recordar lo duro que había luchado su padre para dar a sus hijos un legado propio. Rafael De La Cruz tenía ese encanto latino del que tanto había oído hablar pero que nunca había experimentado. El hombre era letal. Deliberadamente Colby miró hacia Louise. Obviamente estaba adormilada y ronroneaba como un gato domesticado. Parecía

como si esos dos acabaran de hacer el amor. Louise estaba acariciándole el brazo y mirándole con una expresión singularmente absorta en la cara, una con revolvió el estómago de Colby.

Rafael gesticuló imperiosamente hacia la camioneta, y Louise le lanzó una sonrisa, la cara se le iluminó ante su atención, y obedientemente fue hacia el vehículo. El movimiento hizo que Colby rechinara los dientes. ¿Por qué no chasqueas simplemente los dedos? Los hermanos De La Cruz tenían una forma de actuar, como si las mujeres fueran inferiores a ellos y les irritaran hasta el infierno. Eso no era totalmente cierto. Más bien era que cada hombre o mujer, casa ser humano sobre la tierra, era considerado inferior a ellos.

Rafael volvió la cabeza y la miró casi como si pudiera leer sus pensamientos. Por un momento se quedó congelada, casi temiendo moverse. Nunca había visto unos ojos tan duros o fríos. Si los ojos eran el espejo de su alma, este hombre era verdaderamente un monstruo. No hizo ningún movimiento para seguir a Louise; en vez de eso su mirada recorrió la esbelta figura de Colby, sus rasgos implacables faltos de expresión.

- ¿Por qué persistes en este sin sentido? Este es trabajo para un hombre, no para alguien como tú. Es obvio que has pasado la mayor parte de la tarde en el suelo.

- No es asunto suyo, De La Cruz. - La pretensión de Colby de buenos modales se la llevó el viento. No tenía ni idea de por qué se sentía tan amenazada pero tenía la impresión de estar atrapada al alcance de un poderoso peligro.

- Creo que es uno de mis caballos el que está domando. ¿Cómo lo consiguió? - Lo preguntó suavemente, como si no pudiera molestarle el que se sintiera molesta por su desacuerdo.

- Como un ladrón en la noche me arrastré hasta sus corrales y me hice con un buen número de ellos. - Se burló ella sarcásticamente. - Intente no ser más imbécil de lo que pueda permitirse. Juan Chevez envió dieciséis cabezas. Debe haber sido algo consciente.

- La familia Chevez ha sufrido mucho por este malentendido. - Replicó él pacientemente. - No desean nada más que sanar la brecha en su familia. Como considero a su familia parte de la mía y bajo mi protección, eso es de igual importancia para mí. - Su negra mirada no parpadeó ni una vez mientras se hundía en sus ojos verdes. Se sentía cazada. Más de una vez se había encontrado a un gato montés tras sus caballos, y ellos la habían mirado justo con esa misma mirada enfocada.

- Vuelva a Brasil, Señor De La Cruz, y llévese a su familia con usted. Eso hará mucho por sanar la brecha.

Los dientes de él destellaron, muy blancos, una sonrisa lobuna. Sin razón alguna eso hizo que Colby se estremeciera. Siguió alejándose de él, dándose a sí misma espacio, una delicada retirada femenina, pero él se deslizó con ella como un felino acechando a una presa. Le cerró la mano alrededor de la nuca, sus dedos casi gentiles, aunque Colby sintió su inmensa fuerza, sabía que no podría librarse de su garra, sabía que él podía romperle el cuello en un instante si quería. Un estremecimiento de aprensión recorrió su espina dorsal. Se inmovilizó bajo la mano, su mirada saltó hasta la cara de él. Los ojos negros estaban súbitamente hambrientos, un hambre oscura que le robaba el aliento mientras miraba casi fascinado hacia su pulso.

¿Por que había pensado que sus ojos eran planos, duros y fríos como el hielo? Ahora ardían con demasiada emoción, vivos de deseo, hambre y una intensidad que la abrasaba hasta el alma misma.

No vas a escapar de mí, pequeña. No importa lo lejos que huyas, no importa cuando luches, nada de eso importará.

Las palabras brillaron tenuemente en su mente, destellando entre ellos, aunque Colby no tenía ni idea de si habían sido reales o no. Él no había hablado; solo la miraba con sus ardientes ojos negros.

Palideció visiblemente, repentinamente muy, muy asustada. De sí misma. De él. De la oscura promesa de pasión en sus ojos elocuentes.

- No eres bienvenido aquí, De La Cruz. - Exclamó Paul, su cara brillaba roja bajo el bronceado. Dio un paso hacia el hombre alto, con los puños apretados, pero Ginny lo cogió del brazo y le retuvo como un pit bull. - Suelta a mi hermana ahora mismo.

Rafael meció la cabeza girándola lentamente, su mirada abandonó reluctantemente la cara de Colby para poder mirar a Paul. El chico notó al momento que los ojos negros de Rafael nunca parpadeaban. Ni una vez. Por un momento Paul no pudo pensar o moverse. Se quedó congelado en el sitio, su corazón palpitando. Rafael le sonrió entonces, sin humor, solo un relámpago de dientes blancos y después se fue a zancadas hacia su camioneta.

Le observaron moverse, hipnotizados por su fluida gracia. Nadie habló hasta que la camioneta fue tragada por una nube de polvo, entonces Paul se precipitó sobre la hierba.

- ¡Debo haber perdido la cabeza! ¿Por qué no me amordazasteis? Podría haberme matado con el dedo meñique.

Ginny rió nerviosamente.

- Afortunadamente te salvé la vida conteniéndote.

- Por lo cual te estoy agradecido desde el fondo de mi corazón. - Dijo Paul, mirando hacia arriba al cielo de la tarde oscurecido.

Colby se dejó caer sobre el suelo junto a su hermano, arrastrando a Ginny con ella. Se abrazaron y rieron ante su audacia, ligeramente histéricos de alivio. Colby fue la primera en reponerse.

- El orgullo va a costarnos mucho esta vez. Con Daniels presionándonos en el pago del total de la hipoteca, me temo que este es un serio revés. Solo tengo dos meses para hacer frente al pago y me ha dicho en términos muy claros que no va a darme una prórroga.

- De La Cruz no dijo que le devolviéramos los caballos. - Señaló Ginny pragmáticamente. – Mantenlos simplemente y pásale la factura por el trabajo.

- Le demandaremos si no paga. - Explotó Paul indignado. - Has trabajado duro en esos caballos y se han comido nuestras provisiones. De La Cruz no encontrará a nadie mejor aquí en Estados Unidos, o en Brasil ya que estamos. No puede esperar conseguir tus servicios por nada.

- Probablemente es así como se enriquecieron en primer lugar. - Dijo Colby sarcásticamente, después inmediatamente se avergonzó de si misma. Agradecida aceptó un trozo de pollo frito de la práctica Ginny. - ¡Maldito sea ese hombre por venir por aquí! Aunque, para ser estrictamente honesta, nunca habría aceptado esos caballos de haber sabido que eran suyos.

Paul le sonrió para nada arrepentido.

- Por eso no te lo dije.

Colby volvió todo el poder de su mirada esmeralda sobre su hermano.

- Eso no es algo que deberías admitir ante mí. Rafael De La Cruz es peor que su hermano y nunca pensé que eso fuera posible. - Se tocó la nuca donde la calidez del toque de él parecía demorarse.

- Desearía que todos se largaran. - Declaró Ginny claramente. Miró hacia Colby con ojos asustados. - ¿Realmente pueden alejarme de tí, llevarme a otro país? No quiero ir con ellos. - Sonaba joven y desamparada.

Inmediatamente Colby rodeó los hombros de Ginny con un brazo.

- ¿Por qué preguntas algo semejante, Ginny? - Miró a Paul con un ligero ceño. - ¿Oíste eso en alguna parte?

- No fui yo. - Se defendió Paul. - Fue Clinton Daniels. Le vimos en la tienda de comestibles y le dijo a Ginny que la familia Chevez iba a llevarnos a los dos a Brasil y tú no podrías detenerlos. Dijo que nunca ganaste la custodia en un tribunal y que la familia De La

Cruz tenía influencias políticas y demasiado dinero para luchar. Que con la familia De La Cruz respaldando a la familia Chevez no tenías ninguna posibilidad de retenernos aquí.

Colby contó silenciosamente hasta diez, escuchó latir su corazón siguiendo un ritmo errático e irregular. Por un momento a duras penas pudo respirar, a duras penas pudo pensar. Si perdía a sus hermanos no tendría nada. A nadie.

¿Pequeña? La palabra fue una suave pregunta en su mente. Una gentil caricia consoladora. La oyó claramente, como si Rafael De La Cruz estuviera junto a ella, con la boca contra su oído. Peor aún, sentía sus dedos bajándole por la cara, tocando su piel, tocando su interior hasta que sintió que su cuerpo reaccionaba de una forma puramente sensual.

Colby estaba sorprendida y asustada por la forma en que su voz parecía familiar y adecuada. Íntima. Por la forma en que el cuerpo se le tensaba y caldeaba en respuesta. Se las arregló para sonreír tranquilizadoramente a Ginny incluso mientras intentaba construir la pared en su mente para mantener a Rafael fuera.

- Clinton Daniels siempre parece encontrar tiempo para cotillear sobre todo el mundo, ¿verdad? Creo que ese hombre necesita un trabajo a jornada completa que le mantenga ocupado. - Abrazó a Ginny. - Eres una ciudadana legal de este país, cariño. Los tribunales no van a entregarte a alguien a quien ni siquiera conoces. Eso nunca pasará. Daniel solo estaba intentando quedarse contigo. Esa gente regresará a Brasil y todo volverá a la normalidad. - Tenían que volver a Brasil y Rafael tenía con irse con ellos. Pronto. Inmediatamente.

- Sip. - Añadió Paul, hundió un dedo en las costillas de su hermanita. - Lo normal, trabajo duro, más trabajo duro, trabajando desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche. Levantándonos en medio de la noche y trabajando más.

- Ya quisiéramos todos que tú hicieras eso. - Bromeó Colby. - En serio, vosotros dos, olvidad este problema con los hermanos De La Cruz. Ellos no me gustan más de lo que yo les gusto a ellos. Esos hombres son positivamente arcaicos. Puedo verlos como una especie de amos de las mazmorras en el siglo catorce, donde las mujeres eran propiedad de sus padres y maridos.

- ¿De veras? - Ginny pareció soñadora durante un minuto. - Yo me los imagino como reyes en un castillo, grandes señores o algo así. Son guapos.

Colby arrugó la nariz.

- ¿Tú crees? No lo he notado? - Se las arregló para mantener la cara seria durante tres segundos antes de deshacerse en un mar de risas con su hermanita mientras Paul las miraba con completo disgusto exasperado.

CAPITULO DOS

Ginny tocó en la puerta del dormitorio de Colby unos pocos minutos después de oír que se cerraba la ducha. Colby había pasado demasiado tiempo con el ganado y fuera en el jardín y en el campo de heno y Ginny se temía que pudiera haber olvidado la cita con Joclyn Everett.

Colby se estaba secando el largo cabello con una toalla y sonrió a Ginny cuando esta se asomó por la puerta.

- ¿He establecido un récord de velocidad?

Ginny entró ansiosamente en el pequeño dormitorio, sentándose sobre la cama.

- ¿Enviaste mi inscripción para el Rodeo Redbluff? - Preguntó esperanzada.

- Te dije que cuando tuvieras doce años ya podrías viajar un poco. El rodeo local es suficiente hasta entonces.

- Ya hay una chica de once años que ha competido. - Protestó Ginny. - Está haciendo suficiente dinero como para su educación universitaria. - Astutamente sacó una revista y leyó rápidamente del artículo, decidida a probar su punto de vista.

- Basta, pollita, estoy cansada y hambrienta. En mi estado actual voy a llegar tarde a la reunión con la Señora Everett. ¿Que crees? ¿Deberíamos aceptar a su hija?

- No me importaría si fuera agradable. - Admitió Ginny. - Sería genial tener una amiga. Quizás a veces podría ir a su casa. Paul me dijo que el Señor Everett es en realidad solo un socio de negocios de la familia De La Cruz; no son realmente amigos íntimos o algo así. Quizás si yo fuera amiga de la hija del Señor Everett y el Señor De La Cruz quisiera hacer negocios con él, empezaría a ser amable contigo.

Colby no quería que Rafael De La Cruz fuera amable con ella. No le quería cerca de ella.

- No cuentes con ellos, cariño. - Colby sonrió traviesamente. - Tengo el fuerte presentimiento de que los hermanos De La Cruz más bien desharían sus negocios con Everett en el minuto en que este fuera amable conmigo. No les gustan las mujeres independientes. - Era extraño como Colby pensaba que Nicolás era frío, el hombre más frío que había conocido nunca, pero encontraba a Rafael justo lo contrario, un caldero hirviendo de peligrosas emociones, intensas y oscuramente eróticas. Rafael De La Cruz era un hombre realmente sensual y la asustaba infernalmente. Si nunca volvía a verle, sería demasiado pronto.

Ginny le frunció el ceño misteriosamente.

- Nunca hablas en serio, Colby. - La reprendió.

- No digas eso. - Colby se puso una camisa de algodón de manga larga para cubrir las marcas blancas que arruinaban su piel bronceada.

- ¿Notaste lo guapo que es Rafael? Es un bombón. - Señaló Ginny solemnemente. - Su hermano también es un bombón. Y son apestosamente ricos, Colby. Estás desperdiciando una gran oportunidad.

Resoplando de forma poco elegante, Colby estampó el pie en sus botas gastadas.

- ¿Nunca te has fijado en el tipo de mujer que revolotea alrededor de esos hombres? - Echando las caderas hacia delante y los hombros hacia atrás, batió las pestañas. - Querido.- Ronroneó, imitando perfectamente la voz de Louise. - ¡Eres taaaan fuerte! Mi pobre corazoncito revolotea siempre que poso los ojos en ti. - Aferrándose el corazón dramáticamente, Colby cayó sobre la cama.

Ginny, riendo, abandonó su búsqueda de parejas.

- De acuerdo, de acuerdo. - Se rindió. - Pero no estaría mal tener una sobrino o sobrino con el que jugar. Seré una vieja para cuando amarren a Paul.

- Así que yo soy el sacrificio. No gracias, jovencita. - Colby arrugó la nariz. - Soy perfectamente feliz siendo una solterona. Sal de aquí o nunca llegaré a tiempo. - Bajo la vista a su reloj. - Ya se ha pasado la hora.

Ginny le cogió la mano con ojos serios.

- Realmente me gustaría tener una amiga, Colby. Me siento sola en verano. Estamos tan lejos de todo el mundo... - Se interrumpió, odiando quejarse cuando Colby trabajaba tan duro.

Colby le dio un abrazo rápido.

- Lo sé, cariño. Paul y yo estamos tan ocupados que olvidamos que estás aquí sola haciendo todo el trabajo de cocinar y limpiar. Veré lo que puedo hacer.

- Gracias. - Ginny la abrazó con fuerza. - Estás genial esta noche. ¿Joe va a estar allí? - Había una nota de esperanza en su voz.

- ¿Joe? ¿Joe Vargas? Ginny, no te atrevas a intentar enredar a ese pobre hombre conmigo. Estaría perdido. - Riendo, Colby cogió su bolso y se apresuró hacia la camioneta.

Paul estaba allí abriendo la puerta oxidada y abollada.

- Conduce con cuidado, Colby, las ruedas están completamente lisas. - Advirtió. - Acabadas. Totalmente desgastadas.

- Todo lo está. - Comentó mientras una y otra vez intentaba persuadir a la camioneta de que arrancara. Cuando finalmente lo hizo, ambos ovacionaron. - Buen viejo camión, todavía

aguantando. - Palmeó el salpicadero con aprecio y, saludo a Paul y Ginny, despegó en medio de una nube de polvo. Rebotando alto con cada surco y agujero, los amortiguadores protestaban, subió el volumen de la radio y cantó alegremente todo el camino hasta el pueblo.

Encontró un aparcamiento en el lateral del edificio y se deslizó fuera del vehículo estropeado. Eran casi cerca de las nueve. Había buenas probabilidades de que Joclyn Everett pensara que la había dejado plantada. Colby simplemente estaba demasiado cansada como para que le importara. Con un suspiro y una apresurada plegaria por que De La Cruz no estuviera en el bar con una multitud de fans femeninas.

Colby abrió la puerta de un empujón. No fue difícil divisar a Joclyn a pesar de la multitud. Su sencillo vestido blanco gritaba dinero, su maquillaje y cabello eran perfectos. En medio de un grupo de vaqueros destacaba como un pulgar lastimado y parecía claramente incómoda. Colby podía imaginar el mal rato que estaba pasando, las bromas, las invitaciones, los maliciosos comentarios sarcásticos que solo las mujeres hacían a otra mujer. Colby se lo compensó de la única forma que sabía.

- ¡Joclyn! - Saludo a través de la habitación. - Esperaba que estuvieras esperando por mí. Joe, fuera de mi camino, ¿quieres? - Añadió cuando un hombre alto y moreno la atrapó en un abrazo de oso.

- Ah, Colby, ¿cuándo vas a casarte conmigo? - Se quejó, besándola sonoramente mientras la sostenía balanceándola a varios centímetros del suelo.

Ella le pegó un golpe de buen humor.

- Una de estas veces voy a arrastrar hasta aquí a un predicador y saldrás corriendo hacia las colinas. - Mientras él la bajaba, se limpió la boca con el dorso de la mano. - Y deja de besarme en público.

Todo el mundo en el bar se rió de las travesuras de Joe y la saludó mientras empujaba pasando al vaquero para abrirse paso a través de la masa de gente.

- Siento llegar tarde. - Colby se dejó caer en una silla.

- Temía que no fueras a venir después de que Louise admitiera lo grosera que fue contigo. - Aventuró Joclyn, pareciendo más incómoda que nunca.

- ¡Colby! - Otro hombre se quitó el sombrero mientras caía en la silla junto a ella. - Eres una mujer dura de rastrear.

- Hola, Lance. Esta es Joclyn Everett, la mujer de Sean. Joclyn, Lance Ryker. Lance, estamos en medio de una discusión de negocios, o - Corrigió Colby con una sonrisa pesarosa. - al principio.

- Compre a Diablo... finalmente cerré el trato. Prometiste que me ayudarías a entrenarlo. - Sus palabras se volcaron. - Hice el trato basándome en esa promesa.

- ¿Cuándo estará aquí? - Preguntó Colby con una pequeña sonrisa de disculpas hacia Joclyn.

- En un mes o así. Quería que le cogieras en tu rancho.

- Claro, hazme una llamada. Paul concierta las citas así que si no estoy por ahí déjale un mensaje a él o a Ginny.

- Gracias, Colby. - Lance se inclinó para besarle la mejilla antes de asentir hacia Joclyn mientras se marchaba.

- Conoces a todo el mundo. - Comentó Joclyn.

- Es un pueblo pequeño y este es grupo en particular es todo de rancheros. Crecí con la mayoría de ellos. - Explicó Colby, sonriendo y dando las gracias a la camarera que estaba colocando un vaso alto delante de ella.

Joclyn rió suavemente.

- Pedí una cerveza porque estaba segura de que beberías cerveza pero puedo ver que cometí otro error.

- Seven-Up. Algunas veces me siento realmente valiente y le añado zumo de naranja. - Rió Colby. - Todos ellos me hacen pasar un mal rato por eso.

Los ojos oscuros de Joclyn se pusieron de repente serios.

- Sé que sientes que fue un insulto que Rafael te pidiera que enseñaras a mi hija a montar. Y después supe que no fue Rafael quien lo pidió, fue Louise con sus acostumbrados modales cautivadores. Por favor no le disculpes... lo entiendo. Trabajas muy duro, y te enorgulleces mucho de lo que haces. Rafael no quería que te lo pidiéramos. Dijo que estarías demasiado ocupada.

- Es más probable que hiciera unos cuantos comentarios sobre mí intentando ponerme en las botas de un hombre. - Dijo Colby. - Es un hombre tan chovinista.

Joclyn no se molestó en negarlo. Había algo muy frío en los hermanos De La Cruz que la molestaba, pero no iba a discutir con los socios de negocios de su marido.

- Tenía que pedírtelo de todas formas. Desde que mi marido y yo nos mudamos aquí, todo lo que he oído es que Colby es la mejor domadora, la mejor entrenadora, guía, todo lo que se hace con caballos. Dicen que tienes un don.

La sonrisa de Colby fue positivamente malvada.

- Espero que todo eso se haya dicho en presencia de los hermanos De La Cruz, especialmente Rafael.

- Invariablemente. - Rió Joclyn.

Colby quería ser estrictamente justa y dar al diablo su merecido.

- He oído que ese Rafael y su hermano, Nicolás, son excelentes con los caballos.

Joclyn asintió lentamente, pensativamente.

- Eso es cierto, los he visto. Mantienen un horario raro para ser rancheros, sin embargo. Son lechuzas nocturnas. Creo que viven bastante bien en Brasil. Pero he observado a Rafael acercarse directamente a un caballo seriamente herido y calmarlo con un toque de su mano. Fue asombroso. - Sacudió la cabeza como para aclarar el recuerdo. - Pero no son buenos con la gente. Al menos no con los niños. No creo que ninguno de ellos haya visto nunca a mi hija. Quizás su discapacidad física los repele. Alguna gente es así. Tanya fue atropellada por un coche hace dos años y debe utilizar muletas para caminar. Los niños de la escuela a la que asistía fueron muy crueles y se ha vuelto retraída y callada.

Joclyn llenó su vaso, evitando la desconcertante mirada fija de Colby.

- Se que llevaría mucho tiempo, tiempo que utilizar para entrenar caballos. Estamos dispuestos a pagar lo que sea que normalmente ganes por entrenar a un caballo; de esa forma no perderías nada. - Estaba hablando muy rápidamente, temiendo la reacción de Colby. - Es tan importante para ella, la primera cosa por la que ha expresado interés.

- Espera un minuto, alto. - Colby extendió la mano para palmear la de Joclyn consoladoramente, su compasión natural por la pequeña ya despertada. - No es tanto cuestión de dinero como de tiempo. Necesitará trabajar a su propio paso, no sentirse apresurada por mi horario. Quizás Ginny podría ayudarnos. Ha estado montado caballos desde que tenía dos años. Yo podría empezar la lección, y después dejar que Ginny se hiciera cargo y simplemente supervisar un poco. ¿Y que hay de ti? ¿Montas?

Joclyn agachó la cabeza, ruborizándose.

- Me aterrorizan los caballos. - Admitió. - Soy toda una chica de ciudad. Cuando Sean sugirió que nos mudáramos aquí y compráramos un rancho casi me muero de miedo. Pero no me gustaba que Tanya estuviera en interna en una escuela y viajábamos tanto que no teníamos elección. Al menos esta será una oportunidad para que estemos juntos.

- Yo nunca he conocido ninguna otra forma de vida. - Dijo Colby pensativa. - Mis primeros recuerdos son de mi padre colocándome delante de él sobre su caballo y montando por todo el rancho. Es asombroso pensar en todos esos años que he dado por supuestos. Estaría perdida en una ciudad.

- Y yo estoy perdida aquí. - Joclyn intentó una risita que no engañó a ninguna de ellas.

- Tranquila, no voy a tirarte a la grupa de cualquier caballo. Tengo un par de maravillosos animales muy fiables. Podrías muy bien tomar clases con Tanya; eso es, si a Tanya le gusta montar después de probar una vez realmente estaré dispuesta. - Colby se comprometió, intentando no pensar en lo que Paul iba a decir.

- No habla más que de eso, aprender a montar, quiero decir. - El alivio en la cara de Joclyn era tan patente que Colby tuvo que apartar la mirada. Mientras lo hacía, encontró un par de ojos negros color carbón, un ceja arqueada en una especie de burlona diversión masculina.

Al momento su corazón palpitó con fuerza contra su pecho y la boca se le secó. Realmente podía oír su corazón palpitando acelerado con alarma.

- ¿Por qué no me dijiste que él estaba aquí? - Colby no podía apartar la mirada de esos ojos que no parpadeaban. Había visto muchos depredadores, osos y leones de montaña. Rafael De La Cruz tenía la misma extraña y fija mirada. Su sistema interno de alarma le había fallado al hacerla saber que estaba siendo observada, pero ahora la había pateado y estaba trabajando a destajo haciendo que cada terminación nerviosa gritara con trepidación.

- ¿Rafael? Lo siento, Colby, debe ser difícil para ti cuando sientes que la familia Chavez está intentando quitarte a tus hermanos, pero Sean tiene que entretenerlos de algún modo. Son socios de negocios. Rafael insistió en venir esta noche y Sean no encontró una razón suficientemente buena para negarse a su petición.

Con tremenda fuerza de voluntad, Colby arrancó su mirada de la hipnotizadora de Rafael. Él podía hipnotizar a la habitación entera con sus brillantes ojos negros, decidió mientras se ponía en pie y empujaba ineficazmente su pelo revoltoso alrededor de la cara.

- A las tres en punto el miércoles, ¿de acuerdo? - Incluso su voz era temblorosa. Colby sabía cuando soltar amarras y huir. Rafael De La Cruz era más de lo que ella podía manejar.

- Gracias, Colby. - Joclyn era sincera, intuitivamente no intentaba retenerla más. Fuera lo que fuera lo que había entre Colby y Rafael ponía a Colby visiblemente nerviosa.

Colby había llegado casi a la puerta cuando los dedos como grilletes de Rafael le rodearon la parte superior del brazo. Se había movido con todo el silencio y el sigilo de un cazador, velozmente, infaliblemente, llevando su presa a tierra.

- Bailar o una escena, es tu elección. - Su voz le susurró sobre la piel como un guante de terciopelo, tentando, burlándola, una pecaminosa incitación masculina cuando sus palabras estaban tan en contradicción con la seducción de su voz. A él no le importaba si luchaba, si cada hombre del bar saltaba en su defensa; no iba a renunciar a su agarre sobre ella. Lo supo instintivamente. La gente... sus amigos... saldrían heridos si intentaban interferir.

Había un filo en Rafael esta noche, una advertencia clara en la forma misma en que la sujetaba. Su cuerpo estaba duro como una roca, su piel caliente. Había una cruda posesión en las profundidades de sus ojos, en la enorme fuerza de sus brazos. Colby estaba acostumbrada a hombres que eran rancheros, hombres fuertes que solían tirar balas de heno alrededor. Rafael De La Cruz era engañoso en su aspecto. Largo y esbelto, corría acero a través de su sangre y huesos. Tan pronto como Colby sintió el calor de su pecho a través de la fina seda de su camisa donde la mejilla le rozaba el cuerpo, supo que bailar con él sería un gran error. Su corazón dio un bandazo alocado y se tensó, intentando mantenerse lejos de él.

Rafael simplemente la empujó mucho más cerca, tan cerca que podía sentir la calidez de su aliento contra la sien. Sentir el duro grosor de su erección presionada contra ella. Honestamente.

Casualmente. Como si no importara en lo más mínimo que ella conociera la urgencia de las demandas de su cuerpo por ella. Los dedos se cerraron alrededor de su muñeca, manteniendo su mano apretada contra el corazón.

- Sssh. - Advirtió, su acento muy profundo, su voz tan ronca que el cuerpo entero de Colby tembló de deseo. - No querrías que estos hombre se apresuran a tu rescate.

- Aún así lo harían. - Obligó las palabras a salir de su boca. Por un terrible momento pensó que sus cuerdas vocales estaban paralizadas. Él era demasiado potente en un espacio cerrado como este. Nunca había visto a un hombre tan sensual. Pero era más que su buen aspecto. Más que su puro sex appeal. Había una peligrosa aura indómita aferrada a él. La olía en él, la sentía cerca de él. Como un animal, un merodeador salvaje. Era muy peligroso, no solo para ella, sino también para los demás. El conocimiento era profundo en su interior, elemental, seguro. No sabía de donde venía, pero confiaba en sus instintos.

Él inclinó su oscura cabeza hacia la de ella mientras la música latía a través de su cuerpo y se apresuraba a través de su sangre.

- ¿Y si te digo que puedo leer tu mente? - Susurró las palabras, sus labios contra el pulso que tan frenéticamente latía en el cuello. Pequeñas llamas empezaron a lamer el cuello y los hombros de Colby.

Cerró los ojos. La música los rodeaba, encapsulándolos en sábanas de satén que hacían que ardiera de deseo. Ardían juntos, lo sentía en el cuerpo de él. Bailar con él era una especie de tormento sexual. Podía oír su propia sangre palpitando en los oídos y su cuerpo se sentía derretir con fuego líquido.

- Tendría que llamarle mentiroso, Señor De La Cruz. Si hay algo que sé, seguro es que no puede leer mi mente. - Y por ello estaría eternamente agradecida. Porque le deseaba con cada célula de su cuerpo. Deseaba sentir esa boca perfectamente esculpida aplastando la suya, esas manos moviéndose sobre ella, necesitándola, poseyéndola.

Rafael la mantuvo cerca, su cuerpo dolorido por nuevas demandas. Esta mujer era la que le pertenecía. La tendría. Nunca se había negado a sí mismo ni una sola cosa que deseara en siglos de vida. Nada, ni una cosa, había despertado su interés en mil años, más incluso. Ahora cada momento de vigilia estaba ocupado con pensamientos sobre ella. Tormento. Pura y simplemente ella era tormento. Colby Jansen era suya y nadie la apartaría de él. Ni ahora, ni nunca.

Lo que le había dicho era verdad. Y era sorprendente. Podía leer las mentes fácilmente, pero la de ella estaba parcialmente cerrada a él. Y ella lo sabía. El hecho le enloquecía, hacía que su temperamento vagara por su sangre entremezclándose con el ansia sexual y la lujuria que ascendía gradualmente. La tendría. Toda ella, no importaba lo que costase. La guardaría para sí, haciéndole el amor cuando así lo decidiera. Alimentaría su hambre, la poseería. Suya. Ella le obedecería y nunca cerraría su mente a él una vez desentrañara sus secretos.

Rafael se inclinó incluso más cerca de la tentación de la piel satinada. Cuando inhalo su fragancia, olió a primavera y bosque. Las montañas altas. Colby era diferente, muy diferente de cualquier otra mujer que hubiera conocido. Un puzzle intrigante que disfrutaría resolviendo. Se tomaría su tiempo, tantearía su camino a través de esta situación poco familiar. Si se hacía necesario, simplemente la tomaría y volvería a su tierra natal. La familia de Rafael mandaba allí; nadie intentaría interferir. De cualquier modo, no escaparía de él.

Colby cometió el error de levantar la vista hacia los sensuales y apuestos rasgos. Había una rudeza en su mandíbula, un sello despiadado en su boca. En ese momento sus ojos estaban vacíos, duros y fríos. Se estremeció e inmediatamente él la empujó incluso más cerca haciendo que su cuerpo suave quedara impreso contra la dureza del de él.

- No puedo respirar. - Quería decirlo sarcásticamente, pero su voz la traicionó, un susurro, ronco, jadeante, espantado.

Rafael la guió expertamente a través del tráfico de vaqueros borrachos sobre la pista de baile, directamente a las sombras más profundas. Su cabeza oscura se inclinó hasta que su boca descansó contra el pulso tentador de ella. Sus cuerpos se balanceaban juntos con la música, un oscuro y erótico tango que compartían. Él inhaló profundamente, tomando su

fragancia en los pulmones, en cuerpo y alma, así la conocería en cualquier parte, la encontraría en cualquier parte. Profundamente en su interior el demonio alzó la cabeza y rugió buscando la supremacía. Ella podía saciar su hambre omnipresente. Detendría el vacío, el frío mundo gris, podría apagar la tormenta de fuego que ardía fuera de control en su sangre. La tendría a cualquier precio. Ella le pertenecía.

- Puedes respirar, querida. - Su voz fue suave, gentil incluso mientras sus brazos eran como bandas de acero. - Tienes miedo de tomarme dentro de tu cuerpo, miedo de mi posesión, pero llegarás a aceptarlo. - Su acento era espeso, sexy, una tentación, y nadie la había tentado antes. Soltó un pequeño jadeo ante la elección de palabras de él, pero la yema de un pulgar le acarició el labio inferior, deteniendo eficazmente su protesta. La mente de él estaba trabajando en sus secretos. ¿Qué la protegía de su invasión? La protegería para siempre. Si tomaba su sangre, la tendría. Nunca escaparía de él. - No lo harás, sabes, nunca. - Lo dijo en voz alta, como si ella pudiera leer sus pensamientos, poniéndola a prueba, incluso mientras inclinaba la cabeza hacia su cuello.

Colby sintió los dientes juguetear sobre su pulso, raspando hacia delante y atrás, mordisqueando, acariciando. Su cuerpo entero se tensó en respuesta. Su vientre latió y dolió. Sus pechos se hincharon, los pezones se tensaron en duros picos. Jadeando de puro shock antes su propia respuesta, Colby inclinó la cabeza para mirarle. Su cara estaba oscurecida por el deseo, sus ojos ahora humeantes por la cruda intensidad del hambre. Tenía la mirada de un depredador de nacimiento. No intentaba esconderlo, o suavizarlo, simplemente fijaba la vista en su mirada horrorizada. De nuevo tuvo la extraña sensación de estar cayendo, de moverse hacia él, de abrazarle, invitándole a entrar en su mente y alma.

- ¡Aléjate de mí! - Siseó las palabras entre sus pequeños dientes apretados, repentinamente aterrorizada en una habitación llena de gente. Una habitación llena de duros vaqueros, cada uno de los cuales lucharía para protegerla. Profundamente, donde contaba, Colby sabía que no ganarían contra él. Nadie le derrotaría. Ni en solitario, ni juntos. Ninguno sería capaz de salvarla de él si decidía tenerla a la fuerza. Rafael De La Cruz era verdaderamente un hombre peligroso bajo un barniz muy fino de civilización. El conocimiento estaba allí, fuerte en su mente.

Él la sostuvo otro largo momento, saboreando la sensación de su cuerpo presionado tan cerca de él. Sus ojos eran hermosos, chispeando con un indicio de genio, pero más que nada temerosos.

- Piensas en escapar de mí, pequeña, pero no tienes ninguna oportunidad. Bien puedes aceptarlo como aceptas el aire que respiras en tus pulmones. Y no me gusta que me digas que no. Nadie me dice que no, y tú menos que nadie.

No era siquiera lo que estaba diciendo lo que la perturbaba, era la forma en que lo decía, el sonido de su voz, sexy, ronca, con un pesado acento.

Era la intensidad de sus ojos negros mientras se movían tan posesivamente sobre su cara.

- Entonces será mejor que se acostumbre. Vuelva su casa, Señor De La Cruz. No puede tener a mis hermanos y ciertamente no les conseguirá intentando seducirme. - Dijo Colby insultantemente, sus palabras amortiguadas por la fina seda de la camisa de él.

La dejó marchar, su risa suave una burlona diversión masculina que taladró los oídos de Colby con una especie de amenaza, de promesa. Alzó la barbilla, su expresión desafiante mientras giraba sobre los talones de sus botas desgastadas y cruzaba zancadas el suelo abarrotado. A medio camino hacia la puerta, Joe la cogió desprevenida en su garra de oso. Joe, el payaso perpetuo. Le conocía de toda la vida. El acomodadizo Joe. El seguro Joe. Joe no movía la tierra o hacía pedazos montañas con un toque. Entró en la seguridad de sus brazos, concediéndole su baile, agudamente consciente de un par de ojos burlones que los

seguían alrededor de la pista de baile. No habló, no podía, tan sacudida como estaba por su encuentro con Rafael. Solo quería acurrucarse con alguien familiar y seguro.

Ni una sola vez esos ojos negros abandonaron su cara. Habían vuelto a ocultar toda emoción. Frío hielo. Duros. Vacíos. La mirada directa y enfocada de un cazador atrapando a su presa. Había algo muy peligroso en esos ojos mientras tocaban la cara de Joe. Colby se estremeció, temiendo de repente por el gran hombre oso que siempre había sido su amigo. Se empujó fuera de sus brazos, conducida por el miedo. Colby intentó aparentar tanta normalidad como fue posible mientras se ponía de puntillas para besar la mejilla de Joe antes de deslizarse fuera al aire libre.

Cruzando el aparcamiento hacia el santuario de su camioneta abollada, Colby maldijo por lo bajo, montones de cosas impropias de una dama que los vaqueros le habían enseñado a temprana edad. Era imposible... había visto a Rafael al otro lado del bar cuando salía por la puerta... pero allí estaba, apoyado contra el capó de su camioneta. Parecía perezoso y contento, no una masa de nervios como ella. Sus largas piernas estaban estirada y cruzadas en los tobillos, su ropa estaba impecable, vaqueros negros y camisa negra de seda, sus brazos cruzados en el poderoso pecho.

- ¿Sabe lo que el hostigamiento? - Nadie debería tener tan buen aspecto. Nadie. No era justo. Colby no se desmayaba mirando a vaqueros guapos; era una mujer ocupada, no tenía tiempo para desmayarse a sus pies. Además, ella era del tipo mandón independiente, según Paul, y cada hombre en cien millas a la redonda le temía por su lengua afilada. - No sé en su país, pero en el mío, eso va contra la ley.

- ¿Y tienes mucha fe en esas leyes? - Su voz era muy tranquila, una pregunta humilde, casi gentil, pero ella oyó el dejo de humor.

- Supongo que usted está por encima de la ley. - Exclamó ella, abriendo bruscamente la puerta de la camioneta. No iba a arrancar, lo sabía. Nunca arrancaba a la primera.

Él se movió entonces, un ondeo de músculos, pero estaba de pie junto a ella, acosando su cuerpo con su peso superior, el calor de su piel hizo el la sangre de ella captara el fuego. Parecía desliarse sobre el suelo, tan silencioso como un gato, su atención fija en ella con la misma intensidad que una bestia de la jungla cazando una presa nocturna.

- Tenemos un código del honor por el que se rige mi familia. Esa es la ley que me ata. - Le tocó el pelo con la punta de los dedos, cogiendo hebras de fina seda en su palma casi como si estuviera hipnotizado. - ¿Alguna vez has sentido tu cabello? ¿Sentido realmente? Es realmente hermoso.

Se quedó allí de pie, temiendo moverse o hablar, su cuerpo intranquilo por demandas poco familiares. Tan fuerte como pudo, aferró la puerta de la camioneta, necesitando tocar algo sólido.

- Tengo que volver a casa con mis hermanos. - Colby no estaba completamente segura, en ese momento, de si estaba pidiendo su permiso o no. Él era así de potente, de poderoso.

Sus dientes blancos perfectamente rectos destellaron. Allí en la oscuridad parecía un señor de la noche. Su reino. Invencible.

- ¿Señorita? - La voz fue suave, pero sacó a Colby de su estado hipnótico. Se dio la vuelta y vio a una joven vacilando cerca de ellos. - ¿Necesita ayuda?

Colby la reconoció como la nueva camarera, solo porque era una desconocida en un pueblo pequeño lleno de gente que Colby conocía bien. Ni una vez miró a Rafael, incluso cuando hubo una pequeño oleada de poder y Colby supo que él estaba influenciando a la mujer para que se marchara.

Rafael extendió la mano y posó sus dedos alrededor del brazo de Colby. Tú no quieres que nadie salga herido.

La mujer volvió la cabeza entonces y se concentró completamente en Rafael.

- Podría intentar hacerme daño. - Dijo ella, como si él le hubiera hablando en voz alta. - Pero obtendría más de lo que entregara. Si intenta hacerle daño a ella, encontraré una forma de hacérselo pagar.

Colby miró a la cara de la mujer. Era joven, pero sus ojos eran viejos. De un sorprendente verde, casi verde mar, profundo y fantasmal.

- Gracias. - Dijo Colby, lo decía en serio. - Puedo manejarle. Es de Brasil donde las mujeres caen a sus pies todo el tiempo. Está sorprendido de que yo no lo haga. Soy Colby Jansen, por cierto.

Los dedos de Rafael se apretaron sobre Colby, pero estaba observando a la otra mujer con una mirada oscura y preocupada. Colby de repente tuvo miedo por ella.

- Quizás te vea por ahí, Colby. - Dijo la mujer. Se volvió y se alejó lentamente sin dar su nombre.

- Te oyó. - Dijo Colby. - Cuando hablaste, telepáticamente, ella te oyó. En mi vida, tú y tus hermanos sois las primeras personas que conozco que son como yo. Y Ahora esta mujer. ¿No es una extraña coincidencia?

- No creo en las coincidencias. - Dijo Rafael. Su mano se deslizó por el brazo de ella mientras veía como se marchaba la otra mujer.

Colby sintió un agudo tirón de celos. Era irrazonable, estúpido... posiblemente bordeaba la locura y francamente la volvía loca. Quería alejarse de Rafael De La Cruz más que nada. Se lanzó al interior de la cabina, aferrando el volante en busca de apoyo. La camioneta arrancaría. Absolutamente arrancaría. Tomó un profundo aliento y giró la llave. El motor llevó a cabo su acostumbrada protesta. Lo arrancó con fuerza, decidida a que arrancara. Nada desafiaba a Colby Jansen cuando estaba de ese humor. El motor arrancó y lo aceleró cuidadosamente, una veloz y triunfante sonrisa cruzó su cara. No pudo evitar mirarle con aire satisfecho mientras daba marcha atrás saliendo del aparcamiento y se dirigía a casa.

Rafael observó pensativamente como la vieja camioneta desvencijada desaparecía volviendo la esquina. La repentina oleada de poder que vibró en el aire cuando arrancó el motor habría sido imposible de pasar por alto. ¿Sabía ella lo que estaba haciendo? Colby Jensen era única entre los humanos. Poseía cualidades, talentos que no se había esperado. Había habido rumores de que su familia no estaba completamente aislada. Había oído, aunque ninguno de ellos lo había creído realmente hasta que Riordan había encontrado a su compañera, que había humanas que poseían ciertos raros dones que las capacitaban como compañeras para los hombres de su raza. Colby no solo era telepática, sino que podía hacer también toda una variedad de cosas. ¿Y quién era la misteriosa mujer que había desafiado su autoridad sobre Colby? ¿Amiga o enemiga?

Rafael y sus cuatro hermanos eran inmortales. Desde su hogar en las Montañas de los Cárpatos, había ido voluntariamente a Sudamérica cuando era una tierra salvaje y sin ley plagada de vampiros, lejos de su tierra natal y su raza. Los antepasados de la familia Chevez de hoy en día ya habían decidido llevarse sus vastas haciendas durante las horas diurnas. A cambio, los hermanos De la Cruz proporcionaban protección y riqueza a aquellos miembros de la familia Chevez que permanecían leales a ellos. En los años siguientes, Rafael ciertamente había cazado incontables vampiros, hombres de su raza que deliberadamente habían elegido la oscuridad y se habían vuelto totalmente malvados.

Miró alrededor del aparcamiento, nublando su imagen para que los pocos rezagados no pudieran verle, y, con la facilidad de la larga práctica, se lanzó hacia el cielo. Cambiando de forma sobre el viento, dando un rodeo una vez y después volando a través del cielo nocturno. Colby Jansen era diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado nunca. Era la primera vez en su larga vida que podía recordar no estar seguro de como proceder. Las emociones eran nuevas y crudas, los colores eran vívidos y cegadores, su cuerpo estaba vivo y plagado de una implacable hambre sexual. Era asombroso estar en su compañía, tenerla en su mundo.

Quería pasar cada momento con ella, pero no podía controlarla como hacía con todo y todos en su reino. Pero lo haré. Envió ese pensamiento volando por delante de él en la noche. Una promesa. Una necesidad. Un voto.

Colby aferró sombriamente el volante, su mente en un completo caos. Algo iba muy, muy mal con Rafael De La Cruz. Ciertamente era el epítome del encanto latino. Podía sacar a una mujer de sus casillas a cincuenta pasos. Todo en él gritaba pecado y sexo. Masculló imprecaciones impropias de una dama por lo bajo. Era una mujer práctica, ciertamente no alguien fácil de derribar por la atracción física. Este hombre estaba utilizando su encanto para salirse con la suya. Quería a Paul y Ginny y con ellos, su rancho. Era lo bastante cruel como para utilizar cualquier método posible para conseguir lo que quería.

Colby gimió en voz alta. Ciertamente le demostraba que era totalmente susceptible a su sex appeal. Había actuado como cualquier otra mujer en un radio de cien millas, lanzándose sobre él. Miró fijamente al espejo retrovisor para ver si su cara era de brillante carmesí a causa de la vergüenza. Durante una fracción de segundo vio unos ojos mirándola. Totalmente negros. Sin parpadear. Helados. Los ojos de un cazador implacable. En las profundidades de esos fijos ojos, había malvadas llamas rojas titilando y creciendo. La mirada estaba fija en ella; era su presa, indefensa y débil ante tan implacable fuerza.

El corazón de Colby golpeó fuerte y ruidoso. Casi hizo girar el volante saliéndose de la carretera al girarse para mirar atrás al asiento trasero de la camioneta. No había nada allí. Había visto esas llamas rojas antes, sentido el estremecimiento de miedo, de aprensión. Un viento batía las montañas, golpeando su cara a través de la ventana abierta, un amenazador portento de las cosas por venir.

Resueltamente presionó el pedal del acelerador a fondo, avanzando a tumbos, los resortes del asiento chillaron entonados con la radio que había encendido. Por mucho que lo intentaba, Colby no podía evitar comprobar continuamente el retrovisor en busca de ojos implacables. Ya tenía suficientes preocupaciones sin ver cosas. Tantos detalles habían ido mal en el rancho últimamente... La desaparición de Pete cuando necesitaba tan desesperadamente una mano extra, el pago total de la hipoteca, y el grupo de Sudamérica saliendo de ninguna parte exigiendo a los chicos. Se pasó una mano por el pelo, apartándose de la cara. El viento soplaba las sedosas hebras justo de vuelta hacia ella.

Algo iba terriblemente mal en el rancho. Lo sabía, lo sentía, ¿pero cómo podía hacer que Ben entendiera que ella simplemente sabía cosas? Como el accidente de avión. Había sabido al momento que había un problema. Había sabido al momento que su madre estaba muerta. Había sido la que encontró los restos, sabiendo que su amado padrastro estaba aferrándose la vida y esperando por ella. ¿Cómo podía explicar cómo sabía las cosas? ¿Cómo podía explicar a nadie las cosas que podía hacer?

Durante un momento una emoción salvaje fluyó salida de ninguna parte, cegándola, inesperadamente cuando ella cuidaba tanto de estar controlada. Sentía las lágrimas ardiendo en sus ojos, la garganta apretada, el pecho como una piedra. La soledad la golpeó con fuerza. Estaba tan aislada, tan sola. No había nadie con quien pudiera compartir qué o quién era ella. Colby luchó desesperadamente por controlar el ardor de su pecho. No se atrevía a perder el control, perder el control, podía ser peligroso, muy, muy peligroso.

La carretera polvorienta que conducía a su rancho surgió delante, la verja cerrada y asegurada. Miró alrededor hacia la zona solitaria solo una vez más, asegurándose de estar completamente sola. Frenando la camioneta, Colby se inclinó fuera de la ventana y miró intensamente hacia el cerrojo y la pesada cadena que rodeaba la verja. Tembló una vez, después cayó. La verja se balanceó hacia adentro, despegando el camino para ella. Con su uña mordisqueada golpeteó un ritmo entre la puerta oxidada mientras empujaba la camioneta hacia adelante. Se asomó por la ventana concentrado en cerrar la verja tras ella, agradeciendo

tener ciertos talentos útiles. Venían bien en medio de la lluvia en las noches en las que estaba demasiado cansada como para fingir que era normal.

El viento sopló sobre ella una vez más y sintió unos ojos sobre ella. El olor de un cazador. Algo, alguien estaba fuera en la oscuridad y había vuelto su atención hacia ella. Quizás era la perturbación de poder en el aire cuando utilizaba sus extraños talentos lo que atraía atención indeseada en su dirección. Colby solo sabía que algo iba muy mal, y la maldad acechaba a su familia. Era la única protección que Paul y Ginny tenían. Los quería y los protegería ferozmente. De cualquiera. De cualquier cosa.

Con un suspiro condujo el resto de la distancia hasta la casa del rancho. El perro de Ginny, King, un collie escocés, se apresuró a ladrar un saludo. Descansó la cabeza contra el volante durante un momento intentando absorber las vibraciones en el cielo nocturno. ¿Qué estaba ahí afuera, cerca, vigilando su rancho, marcando a su familia? ¿Por qué no podía aislar la dirección de la que provenía? Sabía que algo estaba observando, aunque no podía precisar el problema. Colby sabía cosas. Sabía que la vaca del granero pronto iba a dar a luz y no iba a ser un parto fácil. Sabía cuando iba a llover y cuando tenía que sacar el heno de los campos.

Palmeando al perro, se abrió paso hacia el porche. Paul estaba esperando por ella en el balancín del porche. Su forma alta y larguirucha estaba estirada, tenía el sombrero caído sobre los ojos. Los brazos doblados sobre el pecho. Colby se quedó allí mirándole, el amor por él fluyendo dentro de ella. Era un hermano asombroso. Parecía tan joven y vulnerable cundo estaba dormido. Colby le tocó el hombro gentilmente.

Paul despertó con un sobresalto.

- Solo estaba descansando los ojos. - Dijo, su sonrisa le iluminaba la cara mientras se echaba el sombrero hacia atrás con el pulgar. Había visto el gesto en una película del oeste y lo había copiado desde entonces. Había sido alrededor de los siete años y Colby no había tenido corazón para recordarle los orígenes de ese tic. En cualquier caso lo encontraba cautivador.

- Joclyn Everett es una mujer muy agradable, Paul. Me he encontrado a su marido, por supuesto, muchas veces, pero nunca a ella. ¿Qué piensas de ellos?

El suspiro fue audible en el silencio de la noche.

- Lo que creo es que le dijiste a esa mujer que le darías clases a su hija, incluso aunque estás completamente abrumada. Eso es lo que creo, Colby.

Colby se frotó la frente, evitando sus ojos.

- Bueno, la chica tiene la edad de Ginny y Ginny está muy sola.

- Colby, no puedes hacerlo. Ya te estás matando. ¿Crees que no sé que estás ya levantándote en medio de la noche? No puedes con más.

- Ofrecen un buen dinero, Paul, y Ginny necesita una amiga. Pensé que podía pasar un rato en cada lección con la chica y después dejar que Ginny se haga cargo. No debería llevar mucho tiempo.

Paul gimió en voz alta.

- Estás realmente loca, Colby, pero no se gana nada discutiendo contigo. - Mantuvo la puerta abierta. - Comprobé las cercas, hice la ronda así que puedes irte a dormir.

Ella le lanzó una sonrisa rápida.

- Gracias, Paul, esta noche estoy cansada. - Se inclinó para besarle la mejilla. - Lo aprecio, de veras.

- Te daría un sermón. - Dijo él. - Pero me gusta Sean Everett. Ya que es nuestro vecino, bien podemos ser amigables. - Colby estalló en carcajadas, el sonido suave y bastante cautivador. Paul se encontró a sí mismo con una gran sonrisa en la cara.

- Solo dices eso porque quieres otra víctima a la que atrapar para reparar nuestro equipo averiado.

- ¿Me estás acusando de tener un motivo ulterior? - Hizo lo que pudo por parecer inocente.

Colby señaló a King hacia el granero. Normalmente el collie dormía en el suelo de la habitación de Ginny, pero Colby había estado tan preocupada últimamente que le utilizaba como guardián nocturno. Paul la observó señalar al perro con un ceño en la cara.

- Realmente estás preocupada, ¿verdad, Colby?

Ella se encogió de hombros casualmente.

- Simplemente creo que es mejor asegurarse que lamentarse, Paul. Ben dice que cree que son una panda de niños gastando bromas.

Paul bufó su protesta.

- Ben siempre culpa a los adolescentes. ¿Qué le ha picado con eso?

Colby rió de nuevo, llenando la casa con el sonido de su calidez.

- Deberías haberle visto de adolescente. Era el chico malo de la escuela. Solo piensa que todos son como era él.

Paul sacudió la cabeza y abrió la puerta de su dormitorio.

- No puedo imaginarle de adolescente. Ni siquiera sabe como sonreír. Buenas noches, Colby, realmente necesitas ir a la cama.

Ella arqueó la cabeza incluso cuando ella le ocultó su diversión ante el tono autoritario.

- Buenas noches, Paul.

CAPITULO TRES

Colby suspiró y echó las mantas hacia atrás. Por un momento su mano se demoró en la hermosa artesanía de la colcha que cubría su cama. Su madre la había encargado de Paris. Una diseñadora muy famosa pero elusiva la había hecho. Recordaba muy vívidamente su necesidad de tener la colcha después de haberla visto anunciada en una revista. Colby había sabido que tenía algo especial, casi como si poseyera su propio poder. Su madre y su padrastro se la habían regalado por su décimo cumpleaños y Colby la apreciaba por encima de cada una de sus otras posesiones. Junto con la rara belleza y sensación única de confort y seguridad que le proporcionaba, la colcha era un símbolo del amor de sus padres por ella.

Se estiró lánguidamente y vagó por el suelo de madera hasta su ventana abierta. El viento sopló las finas cortinas interiores de encaje. Llevaba puesta la parte baja de un pijama y un pequeño top ajustado. Colby se soltó lentamente el pelo largo mientras miraba por la ventana a la noche. Le encantaban las montañas por la noche, siempre místicas y misteriosas. Un velo de fija niebla blanca amortajaba las altas cordilleras. Estaba rodeada de gigantes, su rancho acurrucado en un profundo valle. Extendió los brazos hacia la alta fila de montañas, alzando la cara hacia la brillante media luna.

Colby estaba preocupada por tantas cosas que no podía dormir. Estaba exhausta y aún así decidida a estar en pie a las cuatro y media. Se apoyó contra la repisa de la ventana, mirando hacia las estrellas. No se lo dijo Paul, pero después de alimentar al ganado, tenía intención de ir a las colinas y buscar viejo Pete. Había estado haciendo batidas por el rancho en los últimos tres días, levantándose antes de tiempo y dedicando tanto tiempo como podía escatimar en buscar señales de él. A pesar de lo que decía Ben, Colby no creía que Pete se hubiera ido simplemente de parranda a emborracharse.

Pete estaba al final de la setentona, su cuerpo atacado por la artritis a causa de sus días de rodeo. Tenía un hogar con Colby, una cama caliente, un techo, buena comida, y el trabajo del rancho le hacía sentir útil. Era un hombre que conocía el significado de la palabra lealtad. Estaba segura de que nunca abandonaría el rancho, especialmente cuando sabía que Colby estaba en peligro de perder su casa. Nunca desertaría. Simplemente Pete no haría eso. Colby temía que estuviera enfermo o herido en alguna parte de la propiedad.

En el gran roble a través del patio desde su ventana, un pájaro batió sus alas, atrayendo su atención. El pájaro tenía una cara redonda como un disco con un cuello muy grueso. No era una lechuza sino algo más grande. Muy grande. El extraño pájaro podía pesar fácilmente veinte libras. Lo miró fijamente, y él le devolvió la mirada. Podía ver sus ojos, redondos y de un negro brillante. Estaba familiarizada con los pájaros de su rancho y nunca había visto uno como ese. Si no supiera que era imposible, pensaría que era águila real. Colby se inclinó del todo sobre la repisa de la ventana, concentrándose en el pájaro.

Lo estudió atentamente mientras sintonizaba su mente hacia el camino del rapaz. El pico era de aspecto malvado, curvado y afilado, las garras enormes donde se curvaban alrededor de la gruesa rama del árbol. Había una aguda inteligencia brillando en esos ojos. El aliento de Colby quedó atrapado en su garganta, su corazón latía de repente con excitación. Las águilas reales vivían en el bosque pluvial del Amazonas, volando grácilmente, ágilmente entre los árboles. Eran incuestionablemente los pájaros más formidables del mundo, capaces de coger monos, serpientes, incluso perezoso como presa. No podía ser posible, pero cuando más lo estudiaba, más segura estaba. ¿Qué demonios haría un águila de Sudamérica en peligro de extinción en las Montañas Cascadas?

Colby continuó mirando a la criatura, manteniendo el contacto visual, suspirando suavemente, más en su mente que con su voz. Con frecuencia atraía todo clase de animales hasta ella, susurrando a los caballos, ovejas, y ganado, atrayendo a animales salvajes cuando estaba sola. Llamó al pájaro, sorprendido por su tamaño. Era en realidad bastante hermosa. Salvaje. Indomable. Poderosa. Temía que pudiera estar herida de algún modo para ir tan lejos de su territorio nativo.

Profundamente hundido en el cuerpo del pájaro, Rafael De La Cruz sonrió. Colby había mordido el anzuelo. Estaba llamando al pájaro a ella, utilizando un vínculo mental poco familiar para él, pero el rastro de poder conducía directamente de vuelta a la mente de ella y le proporcionaba la abertura que necesitaba. La llave para desentrañar sus recuerdos, para tomar el control. Nunca le invitaría voluntariamente a entrar en su casa, aunque estaba invitando al pájaro. Una vez invitado a entrar, tendría incluso más control sobre Colby. En el cuerpo de la gran águila, extendió sus enormes alas y despegó de la rama del árbol. Vio la cara de ella, alarmada por el súbito movimiento, bebiendo de la belleza de águila real en vuelo. Volando alto en círculos, bajó en espiral en una lánguida demostración y aterrizó en el antepecho de la ventana, las garras profundamente hundidas en la madera. Lentamente, majestuosamente, el águila plegó las alas.

Colby se veía hermosa a la luz de la luna. A la débil luz plateada parecía una joven diosa pagana ofreciendo un sacrificio, un homenaje a los altos picos. Su pie parecía suave, brillando hacia él con una invitación a ser tocada. Dentro del cuerpo del pájaro, su estómago se tensó apasionadamente. El deseo era una fiebre en su sangre. Oscura y fuera de control cuando más necesitaba refrenarse. La inocencia de ella le sacudía, pero le atraía. Era suya. Hecha para él. Exclusivamente para él. Solo Colby Jansen podría librarle de las sombras oscuras de su alma.

Colby clavó los ojos en el pájaro, encantada. Era un poco atemorizante tener al ave de presa tan cerca de ella. Ya no estaba totalmente segura de estar a salvo. Muy cuidadosamente dio dos pasos hacia atrás, el sonido de su corazón alto en los oídos. Era un pájaro asombroso, enorme y muy intimidante. Colby obligó a su mente a calmarse mientras lo examinaba. No parecía estar herido de ningún modo. No daba la impresión de estar hambriento o dañado. Estaba mirándola tan intensamente como ella le miraba a él.

Rafael observó la lengua de Colby humedecer su labio inferior lleno. La acción tensó su cuerpo incluso más y convirtió su sangre en lava ardiente. No podía controlar su reacción a

ella. Era muy consciente de que eso le hacía más peligroso de lo que había sido nunca. Necesitaba mantener el control todo el tiempo. No quería arriesgarse a hacerle daño a ella. Era una tentación en sí misma, allí de pie con los pies descalzos, pareciendo joven, hermosa y ligeramente asustada. Sintió que su corazón daba un vuelco, cada instinto protector fluyó hacia arriba. No sabía que tuviera instintos protectores. Ella estaba haciéndole cosas tan rápido que no podía ajustarse.

Rafael estaba decidido a tenerla bajo su control. La quería para sí misma, lejos de otros donde pudiera ocuparse lenta y cuidadosamente en lo que quería hacer con ella. La tendría. La encarcelaría, decidió, era la única forma de que fuera suya, bajo su cuidado, bajo su dominio. Había una feroz necesidad en él, hambrienta y creciendo a cada momento, encadenarla a su lado.

Colby podría sentir su corazón palpitando con fuerza, pero era más que la excitación del miedo. Debía ser miedo, el pájaro era un verdadero rapaz, pero era magnífico. Trabajó duro en encontrar un camino hasta su cerebro, enviando oleadas de tranquilidad, intentando mantenerle calmado. Brincó de la repisa de la ventana hasta el suelo de madera manteniendo todavía los ojos fijos en su cara.

¡Tenía ojos negros! Redondos, brillantes y muy inteligentes ojos negros. Clavó los ojos en ellos dos minutos completos. Eso no era normal, estaba seguro. Muy lentamente, para no sobresaltar a la criatura, retrocedió por la habitación hasta su estante de libros. Todavía mirando al pájaro, deslizó los dedos sobre sus libros hasta que encontró el que quería. Sacándolo del estante a su mano, las páginas ya volviéndose hasta la entrada misma que su mente estaba buscando. Extrañamente, el pájaro estaba observándola igual de fijamente, con una inteligencia en su mirada mientras observaba las páginas del libro abierto en su mano. Colocó el libro delante de ella y bajó la mirada para mirar la fotografía del águila real. Los ojos eran redondos y brillaban con inteligencia, pero no eran blancos. Los ojos de la fotografía eran de un ámbar brillante con pupilas negras. Contuvo el aliento lentamente. Algo iba mal con su pájaro.

Aún así no estás ciega, ¿verdad? Envió las palabras, imágenes a la criatura. Estaba observándola demasiado atentamente para ser ciega.

Se movió entonces, casi triunfante. El corazón de Colby saltó en respuesta. Por un momento se sintió amenazada de algún modo indefinido. Creyó haber captado una expresión fugaz en los ojos del águila y entonces esta brincó de vuelta a la ventana y se lanzó al cielo. Para ser un pájaro tan grande, la asombraba lo perfectamente silenciosa que era. Voló en círculos por un momento, subiendo más y más alto hasta que fue un simple punto. La observó hasta que desapareció.

Colby se sentía inexplicablemente solitaria mientras volvía a trepar a la cama. Sus dedos tiraron de la colcha, buscando confort. El libro yacía sobre la cama a su lado. Golpeteó sobre la portada con los dedos antes de colocarlo con un ondeo de la mano de vuelta al estante. La telequinesis era un talento muy útil. Lo había descubierto a temprana edad. Con frecuencia hacía que juguetes danzaran por la habitación cuando estaba sola. Una vez, se lo había mostrado a su madre, orgullosa de su habilidad. Su madre había parecido deleitada, pero Colby podía leer la preocupación en su mente. Aprendió joven que era "diferente" y la gente no toleraba muy bien las diferencias. Miró hacia la ventana abierta tristemente. Estoy tan sola. Envió el lamento sincero deslizándose sobre las alas de la noche.

Había otras cosas que podía hacer. No cosas agradables. Cosas sobre las que su madre le advirtió muchas veces. Colby era ahora mayor y sabía que el control era muy necesario. Nunca había bebido alcohol en su vida y nunca lo haría. No podía afrontar el permitir que alguno de sus inusuales dones irrumpiera inesperadamente.

Suspiró y volvió la cara en la almohada. Habría sido agradable tener a alguien con quien hablar. Con quien ser ella misma. Solo una vez. Solo un momento, ser quien y lo que

era, en vez de tener tanto miedo de traicionarse a sí misma. Echaba de menos a su madre. Las lágrimas fluyeron salidas de ninguna parte y Colby odiaba eso.

Querida, ¿por qué estás tan triste esta noche? La voz era pesada a causa del acento, musical, un susurro de incitación. La oyó tan claramente como si las palabras hubieran sido pronunciadas en voz alta.

Colby se tensó, revoloteaban mariposas en su estómago. Abrió los ojos, buscando las sombras en su habitación. Parecían vacías al principio, pero entonces sintió una mano rozar una persistente caricia sobre su cara, las puntas de los dedos dejando un rastro sobre su piel mientras apartaba mechones de pelo sedosos de su frente. Se sentó, empujando a la sombría figura inclinaba sobre ella. El pecho amplio era real y muy sólido. ¿Cómo podría no haber notado su presencia?

- ¿Qué demonios estás haciendo en mi habitación? - Siseó las palabras muy calladamente, temiendo que si Paul la oía irrumpiría con un arma.

Me llamaste. Deliberadamente Rafael utilizó el método más íntimo de comunicación telepática, decidido a fortalecer su vínculo. Oí tu llamada. Sentí tus lágrimas. ¿Por qué estás tan triste esta noche?

Él era demasiado real y sólido en los confines de su pequeño dormitorio. Su fragancia masculina se aferraba a las esquinas, su voz le rozaba la piel, y las entrañas como negro terciopelo. No eran solo las palabras, era literalmente el sonido de su voz. Una seducción, una intimidad hurtada a la noche. Se derramó sobre ella y en ella para confundirla. Nadie nunca la había hecho sentir tan consciente de su cuerpo, tan femenina, tan flagrantemente sexual.

Parpadeó para mantenerle enfocado. Parecía sustancial al tacto, pero en la oscura habitación, su figura sombría se emborronaba como si fuera parte de la noche misma. No es real. Colby tuvo el buen sentido de tener miedo. Era como un sueño, tanto que se clavó las uñas en las palmas de las manos para asegurarse de estar despierta.

- ¿Cómo entraste aquí? - En el momento en que habló en voz alta, deseó no haberlo hecho. Su voz era ronca, sexy, no completamente suya. Una invitación. Su corazón tronó a un ritmo veloz. El calor de su cuerpo se hacinaba tan cerca del suyo caldeando su piel a pesar de la frescura del viento. Debería haber estado furiosa, estar yendo a por el arma ella misma, en vez de eso, estaba hipnotizada por él, por su sobrecogedora sexualidad.

La mano de él se cerró alrededor de la nuca de Colby. Posesivamente. Como si tuviera derecho sobre ella. Su cuerpo se volvió flexible, suave en reacción. En toda su vida, nunca había respondido tan sexualmente con nadie. Le ansiaba hasta el punto de parecer ser un anhelo que no podía controlar. Colby se sentó allí indefensa, atrapada en las profundidades de sus ojos negros. Estaba cayendo hacia adelante, su cautiva, para siempre su prisionera. En ese momento esta dispuesta a ser su prisionera. Su cabeza oscura se inclinó muy lentamente, implacablemente hacia la de ella. Pudo ver la longitud imposible de sus pestañas, sus labios pecaminosos, la sombra azulada de su mandíbula. Su cuerpo estaba pesado y dolorido y exigía cosas de las que poco sabía. Él estaba totalmente fuera de su liga. Un hombre como Rafael la consumiría, la utilizaría, la haría tan completamente suya que nunca podría ser de otro. Debería haber gritado para que vieran Paul y su pistola.

En vez de eso cerró los ojos y permitió que la boca de él tomara posesión de la suya. Bajo ella la cama se tambaleó y meció como si la tierra se hubiera movido. Fue barrida por una ola gigante de puro sentimiento, en un mundo sensual más allá de su comprensión. Su cuerpo ya no le pertenecía a ella sino a él. Los colores se arremolinaban y danzaban y la habitación giraba. Y estaba viva. No era simplemente su cuerpo ardiendo por el de él, sino su mente, anhelando, extendiéndose hacia él, su alma gritando por él. Sentía un curioso cambio en su interior, una fusión, dos mitades encajando perfectamente. Sintió sus brazos apretarse como dos bandas de acero, un salvajismo creciente en él. Comprendió que no solo estaba ganando posesión de ella, sino control también. Estaba perdiéndose a sí misma, deseando

fundirse profundamente con él, deseando ser lo que fuera que él necesitara, hacer lo que fuera que él quisiera.

Rafael se perdió en su dulzura. Ella era calor y miel, fundiéndose con él, envolviéndose alrededor de su corazón hasta que supo que nunca estaría completo sin ella. Su boca se movió hacia la comisura de la de ella, a lo largo de la barbilla hasta la garganta vulnerable. Estaba dolorida por él, ardiendo como lo estaba él. Su pulso le llamaba. Ella pensaba que era un sueño erótico y él alimentó la neblina en su mente, alimentó la ilusión de un sueño, incluso mientras su cuerpo pulsaba de deseo y excitación. Permitió que su hambre se profundizara mientras forzaba el cuerpo de ella contra el colchón. Ella luchó solo durante un momento, una idea de resistencia. Tomó cruelmente su mente, besándola hasta que quedó flexible. Su boca era implacable sobre la de ella, exigiendo besos, tomando su respuesta en vez de pedirla. Le extendió los brazos sobre la cabeza y le atrapó juntas las muñecas para mantenerla cautiva bajo él.

Colby Jansen poseía una mente con una compleja guardia, una guardia que necesitaba cruzar para reclamarla como suya. Había tenido éxito siendo voluntariamente invitado entrar en su casa. Había tenido éxito en encontrar el camino hasta su mente. Ahora iba tomar lo que necesitaba para abrir la puerta que ella mantenía cerrada. Nada le detendría. Ni el chico que dormía tan inquietamente en la habitación de al lado. Ni siquiera la propia Colby, medio sacudida por sus deseos y necesidades poco familiares.

Colby estaba envuelta en su cuerpo tan apretadamente que no estaba segura de donde terminaba ella y empezaba él. La boca de él quemó un rastro de fuego por la garganta hasta su cuello. Sintió el pellizco de sus dientes fuertes, la caricia remolineante de su lengua. Una oleada de calor líquido le llamaba y era incapaz de detenerlo. Giró la cabeza, deseando su boca, deseando que la besara de nuevo, pero él la sostuvo fácilmente, sus ojos negros vagando posesivamente sobre su cara. Las oscuras necesidades la hacían estremecer. Había tanta hambre sexual, una pasión implacable en sus ojos pesadamente empañados. El corazón le palpitaba salvajemente, pensó en luchar con él. Antes de poder moverse, él inclinó la cabeza con deliberada lentitud de nuevo hacia su cuello esbelto. Al momento sintió un dolor feroz, una llamarada blanca extendiéndose a través de su sangre haciéndola gemir, haciendo que su cuerpo se ondeara de placer, con un deseo tan intenso que quiso gritar.

Rafael apretó su garra sobre ella, atrapándola contra él mientras tomaba la esencia de su vida él para siempre, a su cuidado. La deseaba, deseba tomar su cuerpo, poseerla completamente. No era simplemente deseo. Era necesidad. Era una urgente demanda tan elemental como la tierra y el cielo. La necesitaba. Su mano se deslizó bajo la fina telo del top acunando el peso del pecho en su palma. La sangre de ella fluyó en su interior como néctar y se permitió disfrutar de su exquisita belleza, el sabor y la fragancia de ella. La sensación de su piel suave cerca de la de él.

Se le endureció el cuerpo con un deseo salvaje y poco familiar. Enseguida su apetito sexual creció, deseos eróticos llenaron su mente, sus células, inundándole con imágenes de tomarla de todos los modos posibles, de tenerla donde y cuando quisiera. Nunca había pensado en las cosas que necesitaría o querría de una mujer, pero ella provocaba oscuras pasiones y un hambre enervante en él.

Rafael nunca había necesitado nada o a nadie en su vida. Había dedicado su vida a guardar a los mortales de los vampiros demoníacos. Tenía recuerdos de su amor por sus hermanos. Tenía recuerdos vagos de su tierra natal. Tenía su honor. Se alimentaba. Existía. Sus hermanos eran justo como él. Pero él estaba abriendo la mente de Colby Jansen y le asombraba.

Sorprendido. Ella era todo amor y comprensión. Sus pensamientos eran principalmente sobre otros, su necesidad de servirles y ayudarles. Allá donde él deseaba salirse con la suya en

todo, donde creía a los otros inferiores a él, ella era luz y bondad. Le hacía avergonzarse de su naturaleza depredadora.

Colby ya no estaba segura de estar soñando. Nunca podría haber conjurado una fantasía tan erótica como Rafael De La Cruz. Él la mantenía sumisa, una dominación sexual que era a la vez ruda y tierna. Exigía su respuesta, buscaba su respuesta, en vez de persuadirla. Y ella parecía incapaz de detener la gigantesca ola de pasión que él desataba en ella.

Empezó a luchar, temiendo perder quién y qué era. Él parecía estar deslizándose en el interior de su mente y enredándose profundamente en su interior haciendo que tuviera miedo de no volver a ser nunca libre. Él era enormemente fuerte y cuanto más se movía su cuerpo contra él, más fuerte se volvía su garra. No la hacía daño, pero se negaba a soltarla. Intentó salir del sueño, temiendo la forma en que su cuerpo respondía a él, incluso cuando estaba siendo bruscamente dominante, pero no podía arreglárselas para despertar y salvarse a sí misma. Y una parte de ella sabía que sería salvarse a si misma.

Rafael alzó la cabeza lentamente, sus ojos negros ardían con feroz posesión. Inclinó la cabeza para captar las gotas gemelas de sangre que corrían hacia las elevaciones de su pecho. Su lengua se arremolinó sobre la marca que había dejado deliberadamente. Una marca. Su marca de propiedad. El agente sanador de su saliva cerró los diminutos pinchazos. Sus brazos la sostuvieron fácilmente, su fuerza era enorme. Ella era muy pequeña, y sorprendentemente fuerte para su tamaño, aunque sus luchas no eran nada para él. Puro sin sentido, apenas registrado.

Le cogió la barbilla firmemente y obligó a sus profundos ojos verdes a encontrarse con los suyos. Incluso mientras lo hacía, su mente se sintonizó hacia el vínculo con la de ella, empujando afilada y profundamente, tomando el control. Tomarás lo que te ofrezco. Dio la orden mientras utilizaba una uña alargada para abrirse el pecho. Presionándole la boca hacia el oscuro líquido que les uniría para siempre, Rafael la obligó cruelmente a tragar. Cerró los ojos cuando la boca se movió contra él, el cuerpo de ella era tan parecido a satén ardiente que apenas podía contenerse. Un gemido escapó, y sus manos se movieron sobre la piel femenina explorando las suaves y cremosas curvas.

Tan perdido como estaba en sus propias necesidades y deseos, Rafael casi se perdió el movimiento de la jovencita en la habitación del otro lado del vestíbulo. Las pesadillas se entrometían, y gritaba, removiéndose sobre su cama, con las lágrimas corriendo por la cara. Su cuerpo estaba tan duro y tenso de deseo que casi no oyó la intrusión.

Sorprendentemente, Colby se movió, directamente a través de la oscura neblina de su extraño y terrorífico sueño. Empezó a luchar contra la niebla, sintiendo el sueño problemático de Ginny. Rafael maldijo elocuentemente por lo bajo mientras se cerraba la herida del pecho con su propia saliva. Gentilmente, casi tiernamente tendió a Colby de vuelta a las almohadas. Estaba muy pálida, su pelo rojo extendido su alrededor como un halo feroz. Le había dado suficiente de su poderosa sangre ancestral como para un intercambio, pero no la suficiente como para reemplazar el volumen que había perdido. Incapaz de detenerse, inclinó la cabeza oscura hacia la hinchazón de su cremoso y redondeado pecho. El corazón de ella atronó bajo su boca errante mientras injustificablemente la marcaba por segunda vez. Nunca había estado tan dolorido, tan necesitado en toda su existencia.

Con un suspiro de resignación, se fundió entre las sombras, ondeando la mano para tranquilizar los sueños de la niña y enviar a Colby a un sueño profundo. Inclinándose, rozó un beso sobre la frente de ella incluso mientras dejaba una caricia sobre su marca en el cuello y una segunda sobre la hinchazón del pecho con la punta de un dedo con gran satisfacción. Sin otro sonido se disolvió en niebla, un fino vapor insustancial. Se vertió a través de la ventana al aire nocturno. Mientras emanaba hacia los árboles las gotas se conectaron para formar la gran águila real. Aterrizó sobre la rama del roble y miró pensativamente hacia la casa.

Colby intentó salir a la superficie para llegar hasta su hermana, pero Ginny se había tranquilizado a la orden de Rafael, así que cedió, entregándose a su necesidad de dormir.

- Colby. - El sonido aterrado de la voz de Ginny atravesó los sueños inquietos en los que Colby estaba atrapada. Sentía el cuerpo pesado y la boca seca. Extrañamente le dolían los pechos y estaban magullados. Intentó con fuerza despejarse, cuando todo lo que quería era dormir. - Colby, despierta ya. - Ginny estaba sacudiéndole el hombro, su joven voz asustada.

- Estoy despierta. - Murmuró Colby pastosamente, despertando, abriendo los párpados pesados.

- ¿Qué pasa, cariño, estás enferma? - Miró más allá de Ginny para ver a Paul de apoyado contra la pared observándola. - ¿Qué pasa? - Preguntó de nuevo.- La alarma de tu despertador se apagó hace mucho, me levanté a ver que iba mal y entonces no pude despertarte. - Dijo Ginny llorosa.- Te sacudí y te sacudí...

- Me despertó. - Acusó Paul, pero había miedo en su voz.

Colby obligó a su cuerpo a moverse, sentarse, echar hacia atrás la mata de pelo que se volcaba alrededor de su cara. - Lo siento. Supongo que estoy más cansada de lo que pensaba. Puse la alarma a las cuatro y medio para así poder hacer unas cuantas tareas extra.

- ¡Sabía que te estabas madrugando! - Soltó Ginny ante eso. - No puedes hacerlo todo el tiempo, Colby. Necesitas dormir como todos los demás.

- Yo necesito dormir. - Corrigió Paul. - Hablando de eso, me vuelvo a la cama. ¿Colby, si Ginny pasó tanto tiempo intentando despertarte, no crees que eso signifique que no deberías levantarte? - Sonaba muy superior.

- Probablemente. - Admitió Colby, deseando acurrucarse bajo las mantas. Su cuerpo no estaba cooperando, lo sentía pesado y entumecido, sus ojos deseaban cerrarse. Estaba tan sedienta que su boca estaba seca. Tenía un sabor débilmente cobrizo en la lengua. - Estoy empezando a creer que soy la chiflada totalmente enloquecida que la familia Chevez y los hermanos De La Cruz creen que soy. - Ausentemente alzó una mano y se apretó la palma contra el pulso que palpitaba en su cuello.

- Bueno, lo eres. - Estableció Paul, dando su opinión filial.

- Por eso te has ganado alimentar a todos los caballos mientras yo ejercito Domino. Se vuelve difícil si no le monto cada día. Quiero dedicar algún tiempo a comprobar las cercas y si te encargas tú de alimentarlos tendré algo de tiempo extra. - Bostezo de forma nada elegante.

Paul le frunció el ceño.

- Deberías librarte de ese caballo. Es realmente peligroso. Incluso Joe Vargas lo dice, todo el mundo dice.

Ginny cogió la mano de su hermana.

- ¿Es eso cierto, Colby? ¿Domino es peligroso? ¿Es un asesino como dicen?

La cabeza de Colby se alzó, la mirada adormilada súbitamente borrada de su cara, dejando sus ojos verdes llameando hacia su hermano pequeño.

- ¿Le dijiste tú eso?

Paul tuvo la decencia de parecer avergonzado.

- Joe me dijo que Domino había matado a un hombre, y Ginny escuchó la conversación a escondidas. Ya conoces a Joe, tiene esa cosa contigo. Estaba preocupado.

- Dominio fue maltratado, Ginny. - Explicó Colby tranquilamente. - Puedes ver las cicatrices que tiene. Puede ponerse difícil en ciertas situaciones, pero puedo manejarle. Realmente puedo. No sobrestimo mis habilidades.

- Lo siento, Colby. - Paul se dio prisa en ofrecer la disculpa. - Nunca debería haber permitido que Ginny oyera eso.

- No soy un bebé. - Ginny se echó hacia atrás su pelo negro azulado, su barbilla se alzó, una pequeña réplica de Colby. - No necesitáis ocultarme nada. Tampoco soy estúpida, Paul. Trabajar con cualquier caballo puede ser peligro si no sabes lo que estás haciendo. Colby lo sabe. - Añadió incondicionalmente. - Nadie es mejor que ella.

- Así habla una voz imparcial. - Rió Colby suavemente, revolviendo tiernamente el pelo de Ginny. - Cariño, hoy más tarde, si tienes tiempo, puedes empezar a preparar la pista del norte para una carrera. Janna Wilson traerá a su caballo, Roman, el jueves. Sufre un bache y ella no puede permitírselo con Regina respirándole en la nuca por el primer puesto todo el tiempo. Janna quiere el campeonato del mundo este año.

- Claro. - Ginny estaba excitada. Janna Wilson era una corredora de Oklahoma, la ganadora femenina a mitad de temporada y la heroína de Ginny. Ginny estaba decidida a dedicarse a las carreras profesionalmente y no en un futuro muy distante.

- Volved a la cama, vosotros dos. - Aconsejó Colby. - Ya saldrá el sol suficientemente pronto.

- No tienes que decírmelo dos veces. - Dijo Paul agradecido. - Y, Colby, en realidad ya estabas chiflada antes de que esos imbéciles llegaran aquí. Vamos, Ginny, ya es bastante embarazoso tener una hermana loca, no quiero tener que admitir que tengo dos de ellas.

Colby estaba riendo cuando tropezó somnolienta de camino a la ducha y se empapó de agua caliente, esperando limpiar las telarañas. Realmente se sentía débil y apática. No era sorprendente después de semejantes sueños raros. Rafael De La Cruz entrando a hurtadillas en su dormitorio, besándola... sus manos tocándole los pechos, el cuerpo. Instantáneamente el calor la atravesó, sus pechos dolían de deseo. Colby gimió y cerró los ojos contra la humillación de semejante sueño erótico y sus secuelas. Permitió que el agua cayera directamente sobre su cara, esperando lavar el olor de él de su cuerpo, el sabor de él de su boca, la sensación de su dura longitud contra su piel. Probablemente debes ser el diablo disfrazado.

Limpió el vapor del espejo y después deseó no haberlo hecho. Estaba tan pálida que sus ojos parecían enormes y vívidos. Mientras empujaba la espesa mata de pelo rojo hacia atrás para trenzarla, notó la extraña marca en el costado de su cuello. Parecía una fresa, o el mordisco amoroso de un adolescente. Cuando se puso de puntillas para examinarlo más de cerca, pensó que había dos diminutos pinchazos en el centro. Ardía, no dolorosa, sino íntimamente, así que se cubrió la marca con la palma como para mantenerla cerca. No tenía ni idea de que era, pero la hacía sentir intranquila después de su extraño sueño. Mientras miraba a su reflejo, vio la segunda marca. El aliento se le quedó atascado en la garganta y su corazón empezó a palpitar. La marca estaba en la hinchazón de su pecho, un vívido rojo destacando rigurosamente contra su blanca piel. ¿Cómo había llegado allí? No era el mordisco de un insecto. Peor aún, mientras miraba su mano, presionada con fuerza contra su cuello, divisó débiles marcas en sus muñecas que parecían sospechosamente huellas de dedos. Dejó caer la mano, con la respiración atrapada en la garganta. Él no podía haber estado en su habitación.

¿Realmente había permitido a Rafael entrar en su habitación? Besarla. Tocarla. Se obligó a sí misma a examinar las marcas totalmente reales. Una marca sobre su piel. ¿Era su marca de propiedad? Gimió en voz alta, su cara llameando de carmesí. Prefería creer que había sido un sueño erótico. Sacudió la cabeza y se vistió apresuradamente, sin estar dispuesta a pensar demasiado en lo que parecía un sueño nebuloso.

Domino era un caballo grande, y siempre intranquilo cuando lo ensillaba. Trabajó rápidamente, sus movimientos hábiles y reconfortantes. Mientras todo el tiempo canturreándole con afecto. Llevó a Domino al estrecho camino que conducía a las montañas.

Era difícil de manejar; nunca podía recostarse, relajarse, y disfrutar de la cabalgada. Domino tenía más trucos que la mayoría de los caballos de rodeo. El estrecho camino casi era imposible de distinguir eliminando efectivamente uno de sus malos hábitos favoritos.

Colby literalmente había sacado el rifle de las manos de su anterior propietario, salvando la vida de Domino. Medio loco por el dolor y el miedo a las horrendas palizas que había recibido, el caballo había arrasado con todo y todos los que se le acercaban. Todavía no podía recordar exactamente lo que había dicho o hecho para convencer al propietario de que le vendiera el caballo, o siquiera como se las había arreglado para cargarle en el transporte en su terrible condición.

Había llevado tres años de paciente amor, cientos de horas pasados sentada sobre la cerca hablando tonterías tranquilizadoras. Ahora la buscaba ansiosamente, empujando la cabeza hacia ella, pregonando una bienvenida cuando la veía. Pero montarle... Colby sacudió la cabeza, sonriendo para sí misma. Montarle nunca era fácil, pero era exactamente lo que necesitaba. Mantenía su mente lejos de Rafael De La Cruz.

Tras cuarenta y cinco minutos subiendo por las montañas desmontó, prefiriendo conducir a Domino y disfrutar de la tranquilidad de lo que la rodeaba mientras buscaba señales de Pete. Las Cascadas tenían setecientas millas de longitud, extendiéndose desde California a través de Oregón y Washington hasta Canadá. La cordillera había nacido de fuego y después esculpida por el hielo. Junto con una cadena de volcanes, la cordillera montañosa disponía de espesos bosques, una multitud de cascadas y cataratas a lo largo de millas de campos nevados. El río Columbia literalmente cortaba la cadena montañosa por la mitad. Guardada por tres volcanes de altura imponente, rápidos de agua blanca desgarraban los desfiladeros rocosos con velocidad mareante. Acantilados de lava, lagos, arroyos, exuberantes bosques de hoja perenne, las Cascadas eran inigualables en belleza y ferocidad potencial.

Colby permaneció en pie en el borde del acantilado, sin mirar abajo sino hacia arriba a la afilada pared montañosa que se alzaba sobre ella. Exigía respeto, estas montañas eran cuña de leyendas. Miles de millas de tierra salvaje indómita, el hombre raramente penetraba en las profundidades de los bosques imponentes, los cañones traicioneros, las lomas alzándose milla tras milla. Las historias de terror se repetían alrededor de los fuegos de campamento sobre aullidos que reverberaban desde el interior, sobre el legendario Bigfoot llevándose a los intrusos, que nunca volvían a ser vistos.

Colby soltó un pequeño suspiro y se inclinó para recoger una florcilla silvestre que luchaba valientemente por sobrevivir entre las rocas. Amaba la quietud de las montañas; podía sentarse durante horas simplemente absorbiendo la sensación. Eso no significaba ni por un momento que se permitiera ser descuidada. Ni siquiera Colby, que estaba familiarizada con más millas de las montañas que casi cualquiera de la zona, se volvía complaciente. Tener un rancho anidado en un pequeño valle en los alrededores de las montañas nacientes, era demasiado consciente de las misteriosos sucesos inexplicables. Un hedor se alzaba salido de ninguna parte, ofensivo, nocivo. Extraños silencios que incluso los insectos respetaban. Muchas veces uno se sentía observado, un extraño presentimiento ocupado por la sensación de la piel erizándose.

La mayor parte de los ranchos estaban montaña abajo, a varios miles de millas de distancia del rancho Chevez. La propiedad de Clinton Daniel limitaba la de Colby hacia el sur, pero solo veinte mil acres de Sean Everett se extendían más allá de la propiedad de Colby, con lal tierra estatal tras él. Everett había peleado con el estado por la mayor parte de la tierra, comprando el resto a rancheros de escasa importancia. Como Colby, él parecía preferir las montañas, llevando una existencia medianamente autosuficiente. Su flota de vehículos, sin mencionar la pequeña avioneta Piper y el helicóptero, la ponían verde de envidia.

Los trabajadores de Everett vivían en confortables cabañas en el rancho con sus familias mantenidos principalmente por sí mismos aunque ella los conocía a todos por su nombre y podía llamar a unos pocos amigos. Parecían trabajar duro. El rancho Everett definitivamente había prosperado, su ganado permanecía gordo incluso en los malos tiempos. Algunos de sus trabajadores, la mayoría de los cuales nunca había trabajado en un rancho hasta que Sean les había dado un hogar, se estaban empezando a interesar en la competición de rodeo.

Colby sonrió para sí misma mientras recogía las riendas de Domino. Había pasado una gran parte de su tiempo haciendo negocios con hombres, ganándose una reputación como ranchera confiable y sagaz con un excepcional talento con los caballos. Eso le había dado una tranquila confianza en sí misma, una alegría de vivir. Era una de esas personas afortunadas que aceptaban su forma de vida y simplemente vivían lo mejor que podían.

Se meció fácilmente subiendo a la silla de montar, disfrutando del familiar chirrido del cuero. Colocando su sombrero en un ángulo mejor para proteger sus ojos de los rayos del sol, volvió su montura hacia la esquina más lejana de su propiedad. La valla había estado combándose desde hacía algún tiempo y, para disgusto de Colby, el ganado prefería esta zona remota y escabrosa. Quizás Pete había venido a reparar la valla. Se frotó los ojos varias veces. El sol no estaba alto, pero sentía los ojos lastimados, excesivamente sensibles a la luz.

Mientras Domino elegía su camino cuidadosamente sobre las rocas sueltas, sus cascos eran el único sonido en la quietud absoluta, Colby alternaba entre escudriñar ansiosamente el suelo en busca de rastros y fruncir el ceño nerviosamente hacia las prominentes de las montañas. La imparable roca pronunciada guardaba una serie de oscuras y prohibidas cavernas que conducían a las mismas entrañas de la montaña. No le gustaba mucho esta parte de la propiedad, y la evitaba con cualquier excusa posible. Había una sensación de maldad, un oscuro temor taciturno como si la tierra allí estuviera viva, esperando pacientemente, implacablemente para reclamarla. Nunca era capaz de aproximarse sin que el corazón le latiera a un ritmo el doble de rápido de lo normal, el estómago se le agitara, y una terrible sensación de mal presagio la sobrecogiera, un temor residual de su niñez. Nunca olvidaría el estar atrapada en el viejo pozo de mina abandonado, una guarida primitiva, de cien años de antigüedad con cavernas purulentas. Todo se había venido abajo, sofocando sus gritos de niña de nueve años, casi sofocándola. Había estado enterrada viva, atrapada en la húmeda tierra putrefacta durante once horas y veintidós minutos. Había sido una eternidad. Ni siquiera con sus talentos especiales, había sido lo suficientemente fuerte como para mover los montículos de tierra y roca por sí misma. Había esperado sola y asustada en la terrible oscuridad a que su padrastro viniera a rescatarla.

Algo se había movido en las oscuras entrañas de las cavernas, algo no humano. Había visto llamas rojas en unos ojos brillantes y había olido a carne muerta. La cosa se había burlado de ella, su voz grave, la piel estirada tensa sobre su calavera. Había visto dientes afilados manchados de sangre y largas garras como cuchillas en vez de uñas. Sus padres le habían jurado una y otra vez, cuando despertaba gritando en la noche, que había sido su imaginación. Colby todavía lo pasaba mal creyendo que podía haber conjurado a la horrenda criatura.

Armando Chevez había cerrado las minas y ella no había vuelto a explorarlas, sintiendo que el lugar era como una tela de araña gigante esperando su retorno. Fue solo después de que Armando quedara paralizado en el accidente de aviación que Colby volvió a declarar las minas inseguras y totalmente prohibidas para Paul y Ginny. Se negaba a permitir que Paul patrullara esta sección de la línea de valla, haciéndolo ella mismo o encargando el trabajo a Pete.

La valla estaba en el suelo, con el alambre de espino enredado alrededor de un poste caído. Pudo ver un guante de cuero atrapado en el alambre. Desmontó rápidamente y se

apresuró hasta el guante. Los tres ranchos se unían en este punto. La propiedad Everett subía agudamente tras la de ella, erupcionando en densos y espesos bosques que corrían salvajes. La propiedad de Daniels iba hacia el sur inclinándose gradualmente en suaves colinas cubiertas de hierba. Él había punteado la zona con una serie de pequeñas chozas y maquinaria vieja. Su estupidez, pensó ella sardónicamente, una agradable ofensa añadida al ambiente del lugar.

Cuidadosamente liberó el guante del alambre de espino y lo sostuvo para examinarlo. El sonido de una roca cayendo la hizo darse la vuelta justo cuando Domino tiraba la cabeza hacia arriba, las orejas hacia atrás, resoplando. Colby se acercó a su caballo, sacando fácilmente su rifle de la cartuchera. Se volvió, con el corazón en la garganta. A varias yardas de distancia un hombre estaba de pie, sujetando su caballo, tan asombrado como ella.

Lentamente se relajó cuando reconoció al capataz del rancho de Clinton Daniels.

- Apareces en los lugares más raras, Tony. - Saludó. - Gracias por quitarme diez años de vida.

Él continuó avanzando hacia ella, su mirada oscura tocando el guante que tenía en la mano, después descansando brevemente sobre el rifle que sujetaba.

- Yo tampoco esperaba encontrarte aquí. La valla tenía que estar tendida en el suelo antes de que tú la repararas.

Ella montó a Domino limpiamente, no le gustaba parecer tan pequeña junto a Tony. Se echó el sombrero hacia atrás, encogiéndose de hombre indiferente ante la acusación. Nunca le había gustado Tony Harris. Le conocía desde hacía años, mucho antes de que Daniels le contratara. Tenía una vena indefinida. Su reputación de matón era legendaria, casi tanto como si fama con las mujeres. Nunca había entendido su encanto fatal, le consternaba el número de mujeres que sufrían física, mental y emocionalmente, pero como polillas a una llama siempre volvían a por más. A ella hacía que se pusiera la carne de gallina.

Colby se colgó el guante en el cinturón y arqueó una ceja hacia Tony.

- ¿Quieres decirme qué estás haciendo en mi propiedad? - Se obligó a sonreír, aunque la forma en que los ojos de él recorrían su cuerpo la hacía ser demasiado consciente de su aislamiento.

Él sonrió maliciosamente.

- Quizás estaba buscándote. La princesa de hielo. La pequeña virgen sacrificándose por los niños. Todos quieren saber quien te derretirá el corazón. - Rió a carcajadas, el sonido áspero en la quietud de las silenciosas montañas.

- Tú no, Tony. - Le aseguró ella serenamente. - Eres demasiado malvado para mi gusto.

- Quieres decir demasiado hombre. - Contraatacó él, pavoneándose un poco mientras se acercaba más a su caballo.

Colby arqueó una ceja hacia él.

- Oí que estaban buscando cómicos en el Wayside Saloon. ¿Por qué no pruebas?

- Puedo que lo haga. - Estaba justo delante de ella, lo bastante cerca para que leyera las ideas que acechaban tras su cara demasiado guapa. - Siempre he querido tenerte solo para mí, un par de horas nada más. - Dijo suavemente, como si pensara en voz alta. - Siempre estás sentada en ese pedestal; sería agradable tenerte arrastrándote a mis pies.

Colby se rió de él abiertamente.

- Tienes una imaginación muy vívida, Tony. Es una fantástica fantasía, pero tendré que pasar. Tengo demasiado trabajo que hacer. Lo que me recuerda, ¿qué estás haciendo en mi propiedad? No buscando becerros perdidos, ¿verdad?

- ¿Me estás acusando de algo? - Espetó él, instantáneamente furioso, dando otro paso amenazador hacia ella.

Domino se movió intranquilamente, no le gustaba la proximidad del hombre. Colby giró casualmente al caballo de lado, descansando el rifle con naturalidad en su cuerpo, con el cañón bajo, pero indiscutiblemente apuntado hacia la gran forma de Harris.

- Hey, Tony, ¿condujiste ese ganado de vuelta? - Una voz gritó la pregunta desde las rocas cercanas.

Colby mantuvo los ojos en Harris. No reconoció la voz, pero Harris parecía triunfante, más malévolo que nunca.

- Claro, pero la Señorita Jansen no está ni de cerca tan agradecida como debería. Quizás necesita una lección sobre como tratar apropiadamente a un hombre.

El segundo hombre, un completo desconocido, oscuro, con barba de un día y ojos sagaces, apareció entre las rocas y entró en su línea de visión. Sus ojos estaban enrojecidos y se entrecerraban constantemente. Se puso unas gafas oscuras, pero no antes de que ella viera su expresión. Mientras Tony Harris le resultaba molesto, este hombre la asustaba. Harrie era un matón; este hombre era el mal auténtico. Daniel se había hecho con una fantástica plantilla. Lo más probable es que estuvieran robándole a escondidas.

- Así que me estás devolviendo mi ganado. - Dijo pensativamente.

- Eso es, Colby, esos pequeños tuyos no querían volver. - Tony dio otro paso más acercándose a Colby, observándola cuidadosamente con ojos ardientes.

- ¿Qué demonios te está retrasando tanto? - Daniel llegó a zancadas hablando por encima de la valla caída, mirando a su capataz. - Vuelve al trabajo, Harris. No debería haberos llevado tanto devolver un par de novillos. Y podrías haber arreglado la vaya. - Despachó a los dos hombres con un ondeo de la mano, ignorando el hosco gruñido de Harris y la burlona insolencia del otro hombre. - Lo siento, Colby, no se me ocurrió que no arreglarían la valla. - Por primera vez pareció fijarse en el rifle. - ¿No te estaban dando problemas, verdad?

Colby le enfrentó a través de la valla caída. Suave. Encantador. Un tiburón. Clinton Daniels había utilizado deliberadamente el terrible accidente de su padrastro en beneficio propio. Las facturas del hospital estaban apilándose y Colby había cogido un préstamo utilizando el rancho familiar como aval, los términos eran casi imposibles de respetar. Su ojo captó un borrón de movimiento. Sobre la cordillera uno de los taciturnos y silenciosos trabajadores de Everett permanecía en pie junto a Juan Chevez, observando la escena de abajo. El trabajador alzó una mano hacia ella, todavía observando desde su posición aventajada.

Colby estalló en carcajadas.

- Hay toda una convención regular aquí afuera. Pensaba que estaba sola, pero somos suficiente gente como para montar una fiesta.

Daniels estaba frunciendo el ceño hacia los dos hombres silenciosos.

- Yo no creo que sea tan divertido, Colby. Hay algo extraño en los trabajadores de Everett. Hasta el último de ellos es un ex convicto. Me pone nervioso saber que están sentados ahí arriba observando todo lo que hacemos.

- Solo quieren que los dejen en paz.

- No es seguro que montes sola por aquí. - Daniels lanzó otra mirada feroz a los dos hombres. - Y esos extranjeros son también una panda extraña. Creo que están tramando algo.

Colby recogió las riendas cuando Domino avanzó de lado nerviosamente.

- Gracias por devolver mi ganado, Clinton. Lamento lo de la vaya. Conseguiré algunos materiales tan pronto como sea posible y no volveremos a tener este problema.

- Podrías querer aguantar un par de meses, darte tiempo y cargarlo a cuenta.

Colby alzó la barbilla.

- No tienes que preocuparte, tendrás tu dinero.

- Colby - Sacudió la cabeza, chasqueando la lengua hacia ella. - Entiendo que fuiste al banco y te rechazaron. ¿Cómo esperas....

- Me rechazaron a causa de ti, Daniels. No creas que no lo sé. Y no es asunto tuyo como conseguiré el dinero. Lo tendrás.

Él extendió la mano y le cogió las riendas, evitando que se moviera.

- Estás siendo testaruda, Colby. Deja que los Chevez se lleven a los chicos. Cásate conmigo. Todavía tendrás tu rancho, sin nada de trabajo. No deberías estar matándote tanto. Mírate, estás pálida y cansada. Tienes círculos negros bajos los ojos. Y has perdido peso. Déjame cuidar de ti.

Hizo retroceder a Domino lejos de Daniels.

- Nadie va a llevarse a mis hermanos a ninguna parte. Ahora si me perdonas, tengo trabajo que hacer. - Bruscamente giró el caballo, urgiéndole a volver hacia las rocas mientras metía el rifle en la cartuchera. Automáticamente sus ojos fueron hacia el suelo, recogiendo señales, notando que la montura de Harris necesitaba una herradura nueva en la pata trasera izquierda. Le llevó unos pocos minutos percatarse que no había visto ninguna huella de ganado fresca acompañando a la montura de Tony.

Una última vez levantó la mirada hacia los altos y escarpados picos, sintiendo la familiar sensación en el fondo de su estómago. Ya estaba retrasada en sus labores. Mientras empezaba a retroceder hacia el rancho, divisó un buitre dando vueltas perezosamente en el cielo. Observó su avance, girando a Domino para poder abrirse paso a través de las grandes rocas a lo largo de los profundos acantilados. Mientas rodeaba una roca particularmente afilada, vio más de los enormes pájaros. Estaban congregados cerca de la base de uno de los acantilados.

Al momento sintió un terrible temor, su cuerpo se tensó. Domino empezó danzar nerviosamente, el lenguaje corporal de Colby se comunicaba instantáneamente al animal. Se mordió el labio inferior, hizo un largo barrido, escudriñando la zona para asegurarse esta vez de que estaba sola.

Colby se aproximó a pie, no confiando en la reacción de Domino con los pájaros y el hedor. Llevó el rifle con ella, pero utilizó su pistola, disparando al aire para asustar a los buitres ya alertar a los jinetes de Everett de que necesitaba ayuda.

Rodeó la zona, cuidando de no perturbar nada, buscando las huellas que le dirían que había ocurrido. Sabía antes incluso de alcanzar el cuerpo que era Pete. Estaba muerto desde hacía días. Parecía como si hubiera estaba sobre la cima de arriba y se hubiera deslizado, cayendo. La parte de atrás de su cabeza debía haber golpeado la pequeña roca cerca de donde yacía. Había sangre sobre la roca y bastante más manchaba la camisa a lo largo de sus hombros.

Colby vio los trozos rotos de una botella de whisky esparcidos alrededor. Cerró los ojos, súbitamente cansada, la garganta se le cerró a causa de las lágrimas no derramadas. Por un breve momento descansó la mano sobre el brazo de Pete. Inmediatamente la apartó, volviendo a alejarse del cuerpo, mirando alrededor, muy, muy asustada.

Lo sintió, en el instante en que le tocó; supo que no había sido un accidente, supo que Pete había sido asesinado. No sabía quién o por qué, solo que alguien le había matado. Las secuelas de violencia todavía impregnaban la tierra, las rocas, especialmente el cuerpo. Colby examinó la zona cuidadosamente, deseando leer los mensajes que la tierra podía darle, pero no queriendo perturbar la escena del crimen.

Se alejó del cuerpo, de vuelta hacia Domino, y enterró la cara contra el animal. Por una vez se quedó quieto, inmóvil, como si supiera que la consolaba con su presencia.

¿Colby? Su propio nombre brilló tenuemente en su mente. Una calidez se vertió en el frío de su cuerpo. Pequeña, siento tu dolor. No puedo acudir a ti. Compártelo conmigo. Déjame ayudarte.

Las palabras estaban allí, suave terciopelo. Reales. Las oyó. Sabía que era la voz de Rafael. Sentía su presencia. También sentía el tremendo esfuerzo que estaba haciendo por alcanzarla través de lo que debía haber sido una gran distancia. Debería haberla sorprendido, pero lo aceptaba. Ella era diferente. Él era diferente. Por primera vez en años quería lanzarse a

los brazos de alguien y romper a llorar. Ni siquiera le importaba que la hubiera llamado "pequeña".

CAPITULO CUATRO

- Esto no pinta bien, Colby. - Dijo Ben mientras caminaba más allá de donde estaba sentado sobre un roca grande y redonda. - Lo siento, cielo, sé que querías a ese viejo. Debería haberte escuchado. - Colocó su mano sobre el esbelto hombro de ella, un torpe intento de consolarla.

- No es culpa tuya, Ben. Debe haber estado ya muerto cuando informé de su desaparición. - Colby se frotó las sienes latentes mientras miraba hacia el Sheriff. - No fue un accidente, ¿verdad?

Ben suspiró pesadamente. Colby siempre había sido transparente como el cristal. Podía ver su pena, la pesadez en ella como si el peso del mundo estuviera sobre sus hombros.

- Trataremos esto como un homicidio hasta que sepamos algo más. Tomamos fotos de la escena; finalmente hemos terminado. Sé que ha sido una mañana larga para ti, pero tenemos que hacer esto antes de que podamos mover el cuerpo.

- Puedo leer los rastros, Ben. No cayó de ese acantilado. Le golpearon desde atrás. Las salpicaduras de sangre no coinciden con un caída. Y su cuerpo no está lo suficientemente golpeado. Sus rodillas golpearon el suelo primero, como si las piernas se doblaran bajo él. - Un sollozo surgió de ninguna parte y apartó la mirada, presionándose una mano sobre la suave y temblorosa boca.

Ben maldijo suavemente.

- Tiene mal aspecto. Los chicos y tú tenéis que tener cuidado, Colby. No sé que está pasando, pero no me gusta.

Ignorando su mano extendida, Colby saltó de la roca y se alejó de él, limpiándose las lágrimas que corrían por su cara.

- ¿Quién le haría algo así, Ben? Tenía más de setenta años. No haría daño a una mosca. No tenía ningún dinero. ¿Por qué haría esto alguien?

- Ve a casa, cariño, déjame ocuparme de esto. Necesitas estar con los chicos. - Ben estaba suprimiendo su propia rabia. Esto golpeaba muy cerca de casa. Alguien había asesinado a Pete, no había forma de negar el hecho. Ben había examinado cada centímetro del acantilado. Alguien había estado allí arriba, y empezaron una pequeña avalancha de rocas para que pareciera que Pete se había deslizado por el borde, pero él yacía justo allí donde había sido asesinado. Ben habría apostado su reputación. Colby era una buena rastreadora y tenía razón sobre que Pete había caído de rodillas antes de caer de espaldas.

Ben había examinado las uñas del viejo. No había ni una mota de suciedad que indicara que Pete se había aferrado a la falda de la montaña como hubiera hecho de haberse deslizado. Y las manchas de sangre no coincidían con la caída de Pete y un posterior golpe en la cabeza. El cuerpo había sido desgarrado por los pájaros, lo que no había ayudado a conservar la escena del crimen, pero Ben había encontrado otras perturbadoras laceraciones en el cuerpo de Pete que no había discutido con Colby. Había marcas de dientes... marcas de mordiscos humanos... como si alguien hubiera intentando comerse el cuerpo después de que Pete hubiera muerto. Estaba seguro de que los mordiscos eran posteriores a la muerte. Era raro y aterrador cuando raramente tenían crímenes mayores en la zona. Colby tenía que haber visto esos perturbadores mordiscos, pero no iba obligarla a admitirlo. Ben maldijo de nuevo mientras miraba fijamente la pequeña figura de Colby. - Ve a casa, cariño, te llamaré cuando sepa más.

Colby asintió, estremeciéndose de repente. ¿Qué habían estado haciendo realmente Tony Harris y el otro vaquero en su propiedad? ¿Qué estaban haciendo el jinete de Everett y uno de los hermanos Chevez tan lejos de la casa principal? ¿Uno de sus vecinos había

asesinado realmente a Pete? ¿Quién se beneficiaría de semejante brutalidad? Se pasó una mano por el pelo, temiendo tener que contárselo a Ginny y Paul.

- Colby, no puedes hacer nada por él. Ve a casa. Solo te torturas quedándote por aquí. - Ben fue inflexible. - Pasarán unos pocos días antes de que el cuerpo esté disponible. Prometo que te llamaré y ayudaré con los arreglos, entretanto, quédate cerca de la casa... no más cabalgadas por ahí en medio de ninguna parte tú sola.

Colby asintió lentamente, girándose pesadamente, sus hombros hundidos en derrota. Ben tenía razón, no podía traer a Pete de vuelta y no tenía sentido aplazar el contárselo a los chicos. Probablemente Paul ya lo supiera, tenía un escáner. Había visto al Sheriff y su gente llegando al rancho. Se subió a la silla y se dirigió resueltamente a casa.

Profundamente bajo tierra, atrapado en el rico suelo, Rafael yacía incapaz de consolarla. El lazo de sangre aseguraba que podía tocar la mente de ella y conocer sus pensamientos a voluntad. Ella le necesitaba, necesitaba que la abrazara, que la consolara. Estaba intentando ser muy valiente por sus hermanos. Estaba llorando. Profundamente en su corazón, en su alma, estaba llorando. Su pena era tan grande que había penetrado el sueño rejuvenecedor, despertándole para compartir su sufrimiento. Le dolía el pecho, el peso de la angustia de ella le presionaba como una pesada piedra en el corazón. La ansiaba, anhelaba abrazarla, reconfortarla.

Era una experiencia singular para él sentir algo por otro. Emoción auténtica. Había olvidado la sensación. Le humillaba pensar en ella y solo ella luchando por mantener la palabra dada a su padrastro. Estaba sola y asustada. Luchaba con un enemigo invisible. No sabía lo que querían, o por qué la atacaban, pero estaba valientemente dispuesta a defender su rancho y sus amados hermanos. Rafael se concentró en mantener el vínculo abierto entre ellos. Su mente era compleja. Tenía salvaguardas naturales, barreras que todavía estaba luchando por atravesar. Pero ella era la única. Su compañera. Su sangre le llamaba. Su alma clamaba por la de él.

Rafael compartía su corazón y su alma. Su deber era cuidar de su salud y felicidad sobre todas las cosas. Por encima de su propia felicidad. Estaba empezando a entender lo que eso significaba. Atrapado por el elevado precio de su inmortalidad, yacía a la espera, necesitando estar con ella, incapaz de consolarla. Ahora mismo lo que más le importaba era consolarla, más que poseerla. Necesitaba abrazarla a salvo entre sus brazos. Aprendió muchas duras lecciones mientras yacía en la tierra. Y aprendió cada una de ellas de su ignorante compañera.

Hablaba suavemente, amorosamente a sus hermanos, un mundo de confianza en su voz mientras profundamente dentro de su mente Rafael podía oír sus gritos aterrados. Se tomó su tiempo con cada uno de ellos, respondiendo preguntas, tranquilizándolos, interminablemente paciente cuando sabía que tenía una larga lista de tareas que debían estar terminadas antes del anochecer a pesar de la tragedia. Mientras duraba todo eso continuamente se preguntaba si podría haber encontrado a Pete antes, si podría haber hecho algo para salvarle la vida.

Trabajó duro, una tarea a la vez, tratando cada trabajo con el mismo esmero ya fuera fácil o difícil, ya lo disfrutara o lo odiara. Era rápida y eficiente y siempre pensando en lo siguiente, revisando mentalmente la lista. Para Rafael fue el periodo más largo y más difícil de su vida. Yació indefenso, atrapado en la tierra, su cuerpo débil, su gran fuerza drenada, mientras en alguna parte sobre él Colby, exhausta por la falta de sueño y la pérdida de sangre, trabajaba hasta bien pasada la tarde.

Había utilizado sus talentos únicos para arrancar el tractor y mantenerlo funcionando mientras trabajaba uno de los campos. Era extenuante utilizar sus poderes mentales para mantener la maquinaria funcionando. Le palpitaba la cabeza cuando fue del campo al corral

de caballos inquietos. Su hermano pequeño se unió a ella para ayudar a sujetar los caballos salvajes.

Rafael dudaba entre la admiración absoluta hacia ella y una lenta furia apasionada. Ella era una mujer. Joven. Vulnerable. ¿Por qué estaba sola y desprotegida? ¿Por qué realizaba un trabajo que exigía tanto, física y mentalmente? Sentía cada caída cuando ella golpeaba el suelo. Cada choque contra la valla. Era peligroso. Increíblemente peligroso. Lo detendría. Nunca permitiría que continuara cuando él podía hacerle la vida mucho más fácil. Aguardó su momento, esperando a que se pusiera el sol.

Colby estaba más allá del cansancio, tropezando en la luz decreciente a través del granero hasta quedarse mirando con un ceño sombrío hacia los arreos. La mayor parte necesitaba limpiarse y remendarse. Trabajo de Paul. Probablemente se lo pasara a Ginny hacía algún tiempo y había quedado olvidado. Alguien tendría que arreglarlo pronto o iba a venirse abajo como todo lo demás en el rancho.

- Venirse abajo. - Murmuró en voz alta, apoyando una cadera contra la jamba de la puerta. - Venirse abajo rápidamente. - Todo el rancho se venía abajo con rapidez y ella no podía con todo el trabajo. Era una sola persona y no tenía tanto tiempo. No había tenido hambre en todo el día y se había saltado las comidas, utilizando el tiempo extra para compensar las horas que había pasado con el cuerpo de Pete. Parecía haber estado terriblemente sedienta todo el día, pero no tenía hambre en absoluto y la idea de la comida la ponía enferma.

Durante un momento escuchó el sonido de jóvenes voces riendo, llegando desde porche. Estuvo tentada a llamarles para que la ayudaran, pero sonaban tan inocentes y jóvenes que no tuvo corazón después de un día tan terrible. Los chicos estaba tristes por Pete, y si podían encontrar unos momentos para reír juntos, no iba a quitarles eso. La muerte de Pete estaba allí en su mente, despedazándola, y aplastó la repentina urgencia sobrecogedora de unirse a ellos. De sentirse joven y despreocupada durante un momento, en vez de otra vez apenada.

Con un pequeño suspiro se movió a través del enorme granero hacia la diminuta habitación en el extremo más alejado. Estaba muy oscuro en el cuarto de los arreos sin ventanas que permitieran que los últimos rayos del luz entraran. El peso del mundo parecía estar sobre sus hombros y encontraba que se encorvaba bajo él. Molesta por estar autocompadeciéndose, Colby cuadró los hombros resueltamente, dando un paso hacia el interruptor de la luz.

Una mano se disparó pasando junto a su cabeza, golpeando el interruptor, iluminando la pequeña habitación de los arreos. Colby jadeó, girándose rápidamente para enfrentar al intruso, aunque su cuerpo ya sabía exactamente quién era. Rafael. Había cerrado la puerta tras ella y sabía positivamente que no había nadie en la pequeña habitación cuando había entrado.

- ¿Qué estás haciendo entrando furtivamente en mi granero? - Exigió, esperando desesperadamente que él no pudiera oír el frenético palpitar de su corazón. Por alguna razón la marca del lateral de su cuello empezó a latir y arder. Defensivamente se colocó la mano sobre ella mientras levantaba la mirada hacia él.

Era increíblemente intimidante. Grande, musculoso, sus amplios hombros llenaban la pequeña habitación hasta que solo estuvo Rafael. Más que eso, exudaba una oscura red sexual de la que no podía liberarse. Sus ojos estaban llenos de una oscura promesa, llenos de deseo y hambre. Por un momento esa mirada ardiente descansó pensativamente sobre la palma de la mano que cubría su marca sobre el cuello de ella. Una lenta sonrisa suavizó el borde cruel de su boca, sus ojos negros haciendo hincapié sobre el pulso que latía frenéticamente en el hueco vulnerable de la garganta de Colby.

- Estoy afinando mis habilidades. - Dijo muy lentamente, gentilmente, casi burlonamente, para no asustarla. - Pareces algo salvaje, a punto de echar a volar. - La vio alzar la barbilla, un gesto que se encontraba esperando inconscientemente.

- ¿Qué habilidades? - Preguntó Colby suspicazmente. Estaba temblando tanto que puso las manos detrás para que él no lo notara aunque parecía notar hasta el más mínimo detalle sobre ella. Colby retorció los dedos para mantenerlos inmóviles. Era molesto actuar como la proverbial provinciana cada vez que estaba cerca de él.

Rafael dio un paso hacia delante, deslizándose fácilmente sobre el suelo de paja. Colby tenía la impresión de un gigantesco felino de la jungla asechándola, silencioso en cualquier superficie. Sus ojos negro ardían posesivamente sobre su pequeña y esbelta figura. Realmente se recostó contra la pared, mirándole casi impotentemente. Solo verle hacía que quisiera estallar en lágrimas. No podía luchar contra su autoridad de acero. Ahora no. No esta noche. Él era abrumador y no estaba condiciones de hacerle frente emocionalmente.

- Señor De La Cruz. - Dijo, intentando encontrar su voz. - Hoy he tenido un día particularmente duro. Realmente no quiero pelear contigo.

Tenía intención de sonar firme; él lo leyó en su mente. En vez de sonar tan infinitamente rendida que el corazón le dio un vuelco. Quiso acunarla entre sus brazos y cobijarla en su corazón.

- Te oí. - Replicó él con su voz más tranquilizadora. - No tengo intención de pelear contigo, querida.

Sus ojos ya no eran fríos y duros, sino que ardían con tan oscura intensidad que se sentía como si realmente la tocara físicamente cuando dirigía su mirada hacia ella. Su acento se abría paso a través de los sentidos de Colby, enterrándose tan profundamente que le respiraba en sus pulmones. Era aterradora la forma en que su cuerpo reaccionaba ante él. A su apariencia. Al sonido de su voz.

- ¿Qué habilidades exactamente? - Persistió, necesitando palabras para destruir la perturbadora electricidad que aumentaba en el pequeño espacio de la habitación. Parecía estar arqueándose y crujiendo entre ellos, saltando de su piel a la de ella.

Realmente parecía estar tocándola, sus dedos fuertes acariciándole la piel. Sus manos colgaban flojamente, inocentemente sus costados. La sensación era tan real que se encontró ruborizándose salvajemente.

- ¿Tus habilidades para acosar mujeres? - Intentó un severo ceño. Su boca traidora estaba ya seca. Se frotó las palmas de las manos hacia abajo por los vaqueros descoloridos, tocando un trozo de paja con la punta de la bota mientras evitaba a conciencia mirarle. Habría sido un gran momento para un terremoto, para que la tierra se abriera y se la tragara.

La risa de él fue suave, invitadora. Se movió un paso más cerca, obligando deliberadamente a Colby a retroceder precipitadamente.

- Tú eres la única mujer a la que he perseguido nunca. - Colby siguió retrocediendo hasta estar casi contra la pared. Rafael extendió una mano casual y la apartó de los ganchos de metal por seguridad.

- ¿Querías algo en particular o simplemente viniste a irritarme? - Le frunció el ceño, haciendo lo que podía por parecer intimidante. Podía creer fácilmente que nunca hubiera tenido que perseguir a las mujeres. A ninguna mujer. Probablemente se tiraban sobre él.

La sonrisa de Rafael se amplió, revelando unos dientes asombrosamente blancos.

- ¿Es eso lo que crees que hago, pequeña, irritarte? - Se inclinó aún más cerca, descansando una mano sobre la pared junto a su cabeza, aprisionándola efectivamente. - No habría descrito te reacción hacia mí precisamente así.

Colby contuvo el aliento cuando la forma pesadamente musculosa de él rozó tentadoramente la suya más pequeña. Se le debilitaron las piernas, sus pequeños pechos le dolían, cada terminación nerviosa saltó a la vida, hormigueando consciente. El calor del

cuerpo de él era asombroso. Pensó que la temperatura de la habitación se había disparado unos pocos cientos de grados.

La mano de él cogió un arreo de su lugar de almacenaje sobre la pared. Colby podría haber jurado que rió suavemente mientras se giraba para sentarse en una bala de heno, pero cuando levantó la vista, la máscara inexpresiva de Rafael no revelaba ninguna emoción en absoluto.

- ¿Vas que quedarte ahí, o vas a ayudarme? - Preguntó él, palmeando la bala junto a él.

Le miró como si le hubieran crecido dos cabezas. Sus manos estaban ocupadas en el cuero, sus dedos eran seguros y hábiles. Le observó, contando los latidos de su corazón. Finalmente, a regañadientes, dio los dos pasos que le llevaban a su lado.

- ¿Vas a ayudarme con los arreos? ¿Cuál es la trampa, De La Cruz?

- Creo que sería un buen momento para que empezaras a llamarme Rafael. - Dijo él tranquilamente.

Colby dudó un momento y después se sentó, evitando cuidadosamente tocar su cuerpo. Incluso así, podía sentir el calor que irradiaba hacia ella. Calor corporal.

- Rafael, entonces. - Repitió con un suspiro. - ¿Cuál es la trampa? - Cogió la brida que él dejó caer en su regazo, desesperada por hacer algo que distrajera su atención de él.

- ¿Es esa tu filosofía de vida? - Replicó él suavemente. - ¿Siempre tiene que haber una trampa? Una forma muy interesante de vivir. ¿Es una tradición americana?

Le reprendió con una mirada por debajo de sus largas pestañas.

- Sabes muy bien que no es nada semejante. Me ha ocurrido más de una vez a lo largo de los años, hay un precio a pagar por casi todo.

Las cejas negras se arquearon.

- ¿Incluyendo la simple amistad?

No le miró mientras trabajaba el cuero, sus dedos seguros y rápidos.

- No creo que sepas lo que significa simple. ¿Qué es lo que quieres de mí, De La Cruz?

- ¿Tan difícil es utilizar mi nombre? - Preguntó él suavemente, el sonido de su voz se derramó sobre ella, rozando sus entrañas y causando una sensación fundente en la región de su estómago.

- No creo en confraternizar con el enemigo. - Miró sus rasgos perfectamente cincelados e igual de rápidamente apartó la mirad. - Eres mi enemigo, Rafael. - Deliberadamente utilizó su nombre para probar que no le temía. Fue un error. Creó aún más intimidad entre ellos en la pequeña habitación. - Quieres a mis hermanos. Quieres el rancho. - Sus ojos de repente se encontraron con los de él. - Por encima de todo quieres volver a casa y yo me interpongo en tu camino. - Le miró intensamente como si buscara algo más allá de lo que él le decía.

Rafael sintió la súbita oleada de poder en la habitación. Era fuerte y concentrada. Supo inmediatamente que ella se extendía en busca de información en su mente, buscando respuestas ante el repentino cambio en él. El júbilo lo atravesó, pero mantuvo su triunfo profundamente enterrado. Extendió la mano casualmente hacia la siguiente pieza de equipo, su brazo deliberadamente rozó el cuerpo de ella.

- Eso era cierto hace un par de días. Ya no es así.

- ¿Qué ha cambiado? - Había gran escepticismo en su voz.

- Te conocí. - Lo digo suavemente, en serio. Todo había cambiado. Iba a volver a casa, pero la llevaría con él. Nada más le importaba, la tendría, costara lo que costara. Debería llevársela simplemente. Tenía suficiente poder como para raptarla, llevarla a su territorio, pero sus sentimientos evitaban que lo hiciera así. Ella parecía triste, cansada. Quería arrastrarla hasta sus brazos, cerca contra su cuerpo, y reconfortarla. Rafael era un cazador de vampiro, un hombre de decisiones rápidas y acción. Después de mil años de vida, se encontraba en un territorio nuevo. - Siento mucho lo de tu amigo. Sean me contó que estabas muy unida a ese hombre. Lo siento, no sé su nombre.

- Pete. Pete Jessup. - La garganta se le cerró, pero luchó por superar la emoción y continuar. - Era un muy buen amigo. No estoy segura de poder llevar el rancho sin él. No siempre podía hacer el trabajo, pero me daba consejos muy valiosos. Todo el mundo pensaba que era un caso de caridad, pero Pete sabía mucho sobre como llevar un rancho; trabajó en ranchos toda su vida y estaba dispuesto a enseñarme. - Le había proporcionado compañerismo al igual que consejo.

Colgó la brida en la que había estado trabajando y encontró otra pieza para evitar mirarle. Se sentía embarazada y ligeramente avergonzada por haber compartido una información tan privada. Rafael De La Cruz era peligroso para ella. En tan cercana proximidad podía sentir su deseo de consolarla, de protegerla, y eso era peligroso para su paz mental.

- Eres una mujer, Colby, no deberías tener que llevar un rancho. - Lo dijo tan tranquila, tan gentilmente, que las palabras casi no fueron registradas.

Por un momento se quedó allí sentada junto a él hasta que las palabras penetraron en su cerebro. Rafael lo sintió de nuevo, la veloz oleada de poder, llenando la habitación hasta que las paredes casi se combaron hacia fuera en un esfuerzo por contenerla. Colby luchó por controlar su temperamento. Se pasó una mano por su pelo espeso, tomando varios profundos alientos mientras luchaba consigo misma.

- Creo que sería mejor que te marcharas, Rafael. - Sugirió finalmente. - Aprecio el intento de amistad, pero nunca vamos a ser amigos.

Los ojos negros brillaron hacia ella, fantasmales, ocultando miles de secretos.

- Creo que aprenderemos a ser muy buenos amigos. - Su sonrisa fue francamente sexy, sus dientes eran muy blancos. - Será necesario que primero pierdas el rencor sobre tus hombros.

A pesar de todo, el terrible día, sus preocupaciones sobre el rancho, incluso quién era él, Colby se encontró deseando sonreír ante su elección de palabras. Ambos, su hermano y Ben Lassiter con frecuencia la acusaban exactamente de lo mismo.

- No soy rencorosa. - Cuando sus ojos negros continuaron mirando fijamente hacia ella se encogió de hombros. - De acuerdo, quizás un poco en lo que a ti concierne. No me gustas.

Se inclinó hacia ella de forma que su muslo rozó contra el de ella.

- ¿Halagas a todos los hombres, o soy yo el único privilegiado?

- Lo siento, eso fue bastante grosero. Normalmente no soy grosera. - Se frotó la frente. - Al menos no creo serlo. De acuerdo, quizás lo soy a veces. ¿Qué estás haciendo aquí?

- Te estoy cortejando. - Sonaba muy anticuado.

Sus vívidos ojos verdes saltaron hacia la cara del hombre.

- ¿Cortejándome? ¿Para qué?

Él volvió el poder de sus ojos negros sobre su cara. Hipnóticos. Sexys como el pecado.

- ¿Por qué cortejan normalmente los hombres a las mujeres, Colby? Creo que puedes imaginarlo por tí misma. - Su voz era suavemente aterciopelada y ligeramente ronca, el acento le daba una tremenda ventaja.

Colby pudo sentir su piel arder. Pequeñas llamas parecían estar lamiendo a lo largo de cada terminación nerviosa. Le lanzó una rápida reprimenda por debajo de sus largas pestañas.

- Creo que estás tan acostumbrado a que las mujeres caigan sobre ti que no puedes soportar que una no lo haga. Soy una persona práctica, Rafael. Los hombres como tú no cortejan a mujeres como yo.

La mirada negro se deslizó sobre ella de la cabeza a los pies como un susurro de terciopelo, dejando su piel ardiente y un color arrastrándose lentamente hacia su cara.

- Ahí tienes, eso mismo, de eso es de lo que estoy hablando. - Acusó. - Te pasas la vida seduciendo a las mujeres, y solo piensas en los hombres como amigos, colegas. No sabrías

como tratar a una mujer como amiga. Y yo no sabría que hacer con alguien que quisiera seducirme.

Los dientes se mostraron más blancos que nunca, su sonrisa era ligeramente burlona.

- No creo que entiendas del todo la situación en la que te encuentras, pequeña. Estoy cortejándote como un hombre corteja a su futura esposa, no buscando una dama que pase unas pocas noches en mi cama. No tienes que sabes que hacer con la seducción. Yo sé suficiente por los dos.

El aliento se apresuró a salir de sus pulmones y le miró boquiabierta, silenciosamente consternada. Durante un momento solo pudo mirarle.

- ¿Alguna vez te has oído a ti mismo escupir esa tontería? - Saltó para poner un par de pies entre ellos y no retorcerle el cuello con la brida. - ¿Se supone que eso es un cumplido, que me eligieras para ser tu futura esposa y no tu amante? ¿Cuántas amantes has tenido exactamente? ¿Hay un número determinada para después de que te cases o dejas las posibilidades abiertas?

Parecía tan guapa que le robaba el aliento. Había una vena de acero recorriendo su pequeño cuerpo suave, un orgullo feroz, duramente ganado. La miraba y se veía a sí mismo a través de sus ojos. ¿Qué había hecho él con su vida? Ella no conocía de él más que la imagen que ellos tan cuidadosamente habían cultivado de poderoso y ricos playboys.

¿A quién amaba? Los miembros de la familia Chevez habían vivido con él durante siglos, ocupándose de sus asuntos durante las horas diurnas, sus propios hermanos, amados solo a través de oscuros recuerdos... lo sentía ahora, esa intensa y protectora emoción; pero Colby le había visto frío, desinteresado. Había visto que tenía poco interés en los demás. Gente en la que pensaba como en su ganado, su propiedad. Era necesario protegerlos, pero era su deber, una cuestión de honor, nada más. Las mujeres estaban para ser seducidas, utilizadas, realmente, presa fácil para un hombre tan atractivo y seductor como Rafael. Colby Jansen le estaba mirando como si no fuera más que un inútil mujeriego. Pensaba que era guapo, sexy, pero más bien frío y cruel. Inútil. Encontró el más ligero de los desprecios en su mente cuando se las arregló par deslizarse pasando su guardia. Un amante latino. Pensaba que su vida era una vida de fiestas interminables y mujeres. Los largos dedos de Rafael se apretaron sobre el cuero viejo.

Colby sabía lo que era amar feroz, apasionada y protectoramente, Trabajaba duro sin quejarse, sin pensar en nada más que en aquellos en los que cuidaba. Rafael comprendió que deseaba desesperadamente ser uno de esos pocos a los que ella contaba como suyos. Llevarla a sus tierras y reclamarla no le ganaría su amor verdadero. Ella era su compañera, y su cuerpo le daba todas las respuestas de una compañera, pero en su corazón y su mente le veía como un individuo más bien inútil. comprendió que no le gustaba su valoración de él en absoluto y, más importante, que su opinión tenía importancia para él.

Rafael y sus hermanos había sido enviados desde las Montañas de los Cárpatos en tiempos de turbulentas guerras y masacras. Había pasado mucho desde que había perdido su habilidad para ver en color, sentir toda emoción, pero habían servido a su príncipe lo mejor que sus habilidades les permitían y mantenido su rígido código de honor. Era todo lo que les quedaba en un mundo gris y vacío de interminable existencia. Pero a través de los largos, largos siglos, los recuerdos se oscurecieron más y más y la oscuridad se había arrastrado hasta ellos.

Los ojos de Colby de repente le lanzaron fuego.

- ¿Y te has olvidado de mi desafortunada ascendencia? Por lo que recuerdo, fue la razón de que la familia Chevez no pudiera encontrar en sus así llamados corazones, perdón para aceptar a Armando de vuelta al regazo familiar. Creo que soy ilegitima. Un De La Cruz no debería asociarse con alguien como yo, mucho menos cortejarme. Podría arruinar tu buen nombre.

Los ojos negros pasaron a de una intensidad puramente negra hasta un frío helado tan rápido que Colby se estremeció.

- ¿De dónde has sacado esa idea? - Su voz era muy suave, aunque cargada de amenaza. No se movió, pero al momento estaba demasiado cerca, irguiéndose sobre ella.

Colby mantuvo su territorio, pero de repente este pereció moverse bajo ella.

- Leí la carta. La carta del patriarca de la familia ordenando a Armando librarse de mi madre y de mí antes de traer la desgracia al nombre de De La Cruz. Estaba en el cajón de mi madre. La encontré después de que muriera.

Él la miró durante un largo rato oyendo el dolor que tanto intentaba esconder. Sintiéndola herida.

- Ah, ya veo. Eso lo explica todo. Para dejar las cosas claras, mis hermanos y yo tenemos nuestras propias extrañas reputaciones; no nos importa mucho lo que los demás dicen de nosotros o de nadie más. - Ondeó una mano grácil descartando el asunto y Colby tuvo que creerle. Era demasiado casual, demasiado arrogante y seguro de sí mismo como para preocuparse por lo que otros pudieran chismorrear. - El viejo Chevez era un hombre que se tomaba muy a pecho su posición en la comunidad. Creía que si nos traía la deshonra nos vengaríamos contra su familia de algún modo. No era así. - Rafael suspiró. - No intervenimos cuando deberíamos. - Admitió pesadamente. Lo lamentaba por ella, por esa jovencita que había encontrado una carta escrita por un viejo orgulloso que no entendía las costumbres del nuevo mundo.

Colby podría haber jurado que había visto una ternura fugaz en su expresión al mirarla.

- De todos modos no creo que ese viejo os hubiera escuchado. - Concedió Colby, ligeramente avergonzada de sí misma. - Quizás a tu padre, pero ciertamente no a ti.

Se había olvidado por un momento de ser cuidadoso con las secuencias de tiempo. Siempre se lo advertía a sus hermanos, había que tener cuidado al hablar del pasado como si hubieran estado presentes y hubieran vivido allí. Eligió sus palabras, su voz muy suave.

- Lamento que tu familia se viera herida por la pomposa actitud de un hombre inflexible. Cuando murió, y los hermanos de Armando descubrieron la carta, no descansaron hasta venir en persona e intentar enmendar el error. A su favor, he de decir que no sabían que Armando se había casado y tenía hijos. No sabían que su mujer había muero en un accidente de avión y que estaban tan gravemente herido. De haberlo sabido, o si mis hermanos o yo lo hubiéramos sabido, habríamos venido al momento.

Era cierto. Los De La Cruz consideraban a Armando un miembro de su familia. De haber estado informados de su necesidad, hubieran acudido con plena fuerza. Deberían haberlo sabido, deberían haberse cuidado de monitorearle a distancia. Rafael tendría que vivir con ese conocimiento.

- Eso me hace sentir mucho mejor, pero todavía no estoy dispuesta a dejar que unos perfectos desconocidos se lleven a mis hermanos. - Incluso a sus propios oídos sonaba desafiante.

- En realidad no leíste toda la carta que te envió el abogado, ¿verdad? - Preguntó él amablemente, su mirada negra fija en la cara de Colby.

Ella se encogió de hombros casualmente y alzó la barbilla.

- Leí tanto como necesitaba y eché un vistazo rápido al resto. El rancho está a mi nombre; pertenecía a mi madre. ¿Sabe eso la familia Chevez? Ha estado en la familia de mi madre durante cien años. no voy a entregárselo a ellos. Armando recobró todos los acres perdidos a lo largo de los años y se las arregló para convertir una propiedad acabado en un negocio próspero. Este es su legado para sus hijos y tengo intención de mantenerlo para ellos. Le quería. Él se merecía algo mejor.

Rafael asintió lentamente, sus ojos nunca abandonaron la cara de ella.

- Así lo hiciste, querida. La familia Chevez quería que acompañaras a Ginny y Paul. Son parientes, Colby, y no son responsables de la terrible tragedia que se precipitó sobre la familia. Están haciendo lo que pueden para desagraviaros. - Su voz escondía el más gentil de los reproches. - No necesitan este rancho, cuando sin ricos por derecho propio. Cada uno de ellos tiene propiedad y controlan también nuestras tierras.

Colby se pasó una mano por el pelo.

- Estoy cansado y este ha sido un día muy duro. Admitiré que me has ayudado enormemente y apartaste mi mente de la muerte de Pete, pero realmente creo que deberías irte, Rafael. - Había alcanzado el punto en el que no era consciente de nada más en la habitación excepto del cuerpo masculino tan musculosos. Su sangre parecía surgir y palpitar con calor y fuego. Su cuerpo entero estaba intranquilo y raro. No quería conocer este lado de él. Ni el lado amable y gentil. Era mucho más fácil resistirse a él si tenía un corazón de hielo.

Había acudido a ella en su hora más oscura cuando estaba sola, cansada y vulnerable. Había ofrecido su ayuda con su voz melódica. Solo su voz podía consolar al corazón más pesado. No quería que le gustara él o la familia Chevez. Eso significaría que tendría que ser justa y razonable.

Rafael podía sentir el cansancio en ella. Su cuerpo estaba magullado y cansado, le dolían los músculos. Se había levantado muy temprano, buscando a su amigo perdido, y el día había sido interminable. Estaba colgada de la punta de los dedos, esperando que alguien la salvara cuando nadie podía verla. Se puso en pie lentamente y cuidadosamente colocó cada pieza de herraje de vuelta a su lugar original sobre la pared.

Cuando volvió la cabeza para mirarla, Colby dejó de respirar. Sus ojos eran negros y hambrientos. Vivos de puro deseo. Le miró bastante indefensa, congelada en el lugar como un conejo hipnotizado. Incapaz de moverse. Nunca había visto unos ojos tan vivos, tan ardientes y hambrientos con un intensidad que asustaba incluso aunque la atraían como un imán. ¿Cómo había pensado alguna vez que era frío? Rafael extendió la mano lentamente, sujetándole la muñeca, y arrastrándola lenta e implacablemente a su lado.

Al momento estaba allí, la electricidad, chispeando y crujiendo, humeando ardiente. Apenas le llevaba a la altura del pecho y tenía que inclinar la cabeza tan cerca de él como estaba. Él simplemente se inclinó hacia abajo, su mirada negro nunca abandonó su pequeña y pálida cara mientras se acercaba más y más. Podía ver su largas pestañas espesas, su boca seductora. El corazón le empezó palpitar un ritmo frenético, igualando el mismo latir exacto del de él. Una mano se deslizó hacia arriaba por su espalda con un larga y lenta caricia. Observó como la boca de él se cercaba a la suya.

- No puedo hacer esto. - Susurró Colby suavemente en voz alta, incluso mientras se acercaba a su calor cautivador. Él era fuego; ella era hielo, como las imponentes montañas que los rodeaban. Dos mitades de un mismo todo. - No puedo hacer esto. - Repitió más para sí misma que para él. Un último intento de autoconservación. Su cuerpo se derretía contra el de él, sin huesos y flexible como seda ardiente cuando necesitaba permanecer lejana, la princesa de hielo, como algunos de los vaqueros la etiquetaban.

Necesito hacer esto. Las palabras brillaron en su mente, brillaron entre ellos, en su corazón y alma, en la de ella. Lo necesitaba más que el aire que respiraban, más que la sangre que le daba vida. Tú lo necesitas. La palma de Rafael le envolvió la nuca. Sus dedos eran cálidos, fuertes y firmes, atrayéndola inexorablemente, incansablemente más cerca de él. La llevó a través de los últimos escasos centímetros que los separaban. Lo necesito. La verdad cruda, extrema. Ella no confiaba en él, el inútil, el playboy. Peor aún, le veía como un hombre que intentaba seducirla para conseguir a sus hermanos y el rancho. Dolía, la imagen que tenía de él, que estaba en lo más alto de su mente, hería más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero en eso momento no les importaba a ninguno de los dos.

Había una diferencia entre esperar algo y necesitarlo desesperadamente. Rafael necesitaba la sensación de la sedosa boca de ella y su cuerpo suave y flexible. Apresuró su boca sobre la de ella, una fusión de terciopelo y seda aún más ardiente. Fue lo que fuera lo que había entre ellos parecía más fuerte que ninguno de los dos. Un calor fundido que espesaba su sangre y que hacía que sus corazones palpitaran frenéticamente. La tierra pareció moverse bajo sus pies y la acunó incluso más cerca, protectoramente, posesivamente contra él.

Colby se sentía tan pequeña y frágil junto a él, pero una llama viva y que respiraba. Todas las buenas intenciones de Rafael parecieron consumirse con en fuego que rabiaba tan ardiente que parecía barrer a un lado su cordura misma. Su boca se movía sobre la de ella, dominando, explorando, mezclándolos a ambos en un mundo de pura sexualidad. Se alimentó de su dulzura, deseando devorarla, tomándola en su propio cuerpo y encerrándola en su alma para siempre. Ella tenía una naturaleza apasionada y se entregaba al puro placer erótico.

Las manos masculinas se movieron sobre su cuerpo posesivamente, necesitando acoger cada pulgada de su piel. Hizo a un lado el escote de su camisa para que su boca pudiera dejar un rastro de fuego a lo largo de su cuello, demorándose durante un momento para arremolinar su lengua sobre la tentación de su pulso. La mano se movió hacia arriba por su torso bajo la fina tela para acunar sus pechos cubiertos de encaje mientras su boca encontraba la oferta madura.

La boca era ardiente y húmeda a través del encaje, la lengua persuadía a su pezón hasta convertirlo en un duro pico, el encaje raspaba eróticamente con sus dientes, jugueteando, volviéndola tan salvaje que su cuerpo pulsaba con un terrible deseo. Le rodeó la cabeza con los brazos, las lágrimas estaban cerca, mientras las oleadas de sensación ondeaban a través de ella. Puro placer, ardiente necesidad, una respuesta líquida torrencial que no podía prevenir. Fue sorprendente para Colby y totalmente inesperado. E inaceptable. Dejó escapar un sonido como un animal asustado, sorprendida de que entre los brazos de él ya no fuera una persona que pensaba por sí misma. Lo fácilmente que él podía hacerla echar a un lado sus creencias. Ni siquiera sabía si él le gustaba.

- Rafael. - Su voz dolorida de necesidad. salió sin aliento y sexy, en absoluto lo que pretendía. - Detente. - Se las arregló para espetar la palabra. Una palabras. Su cuerpo no quería que él se detuviera, quería que siguiera y siguiera para siempre, echar a un lado las advertencias de su cerebro y llevarla simplemente hasta las llamas. Nunca había experimentado semejante placer total, no tenía ni idea de que nada o nadie pudiera hacerla sentir como hacía él.

- No quieres que me detenga. - Susurró él, una pecaminosa tentación contra sus pechos, la calidez de su boca incitándola.

Dios la ayudara, no quería que se detuviera, nunca. Colby reunió fuerzas y le empujó.

- Necesito que te detengas. No puedo hacer esto. - Cogió su camino empujándola hacia abajo para cubrir sus pechos doloridos. Las lágrimas brillaban, volviendo sus ojos de un profundo esmeralda. - Lo siento, no sé que me pasó. Nunca había hecho esto. Tienes que irte. - Nunca podría volver a mirarle a la cara. Nunca.

- Colby. - Él pronunció su nombre muy suavemente. Su voz pareció empezar un fuego en el fondo del estómago de ella, las llamas se extendían rápidamente. La aterrorizó. La aterrorizó totalmente.

Colby retrocedió lejos de él, se giró y corrió como si Rafael fuera el mismo diablo. Corrió a través del patio hasta la seguridad de su porche.

La escuchó hablando con su hermano y su hermana. Rafael se quedó de pie entre las sombras y observó como entraban.

Se quedó solo en la oscuridad. Solo. Como siempre había estado solo. Dentro de esa casa había color y vida, emociones, pasión. Dentro de esa casa estaba la vida. Su mundo.

Permaneció en pie en la oscuridad donde pertenecían los demonios, inseguro de si podría controlar la oscuridad que se acumulaba dentro de él, extendiéndose rápidamente. Ella estaba herida por dentro, una herida abierta y dolorosa, insegura de sí misma. Y sabía que no podía dejarla así.

CAPITULO CINCO

Rafael esperó hasta que la casa estuvo tranquila. No podía apartarse de Colby. Aunque el hambre le golpeaba furiosamente, exigiendo satisfacción, se negaba a prestar atención a su llamada. Se alimentaría después. No podía abandonar a Colby. Encontraba que tenía cada vez menos y menos control alrededor de ella. La deseaba, su cuerpo rabiaba en busca de alivio, la necesitaba desesperadamente, necesitaba completar el ritual para hacerla completamente suya. Era la única forma de encadenar a su bestia interior. Se estaba haciendo más fuerte, y rugía continuamente pediendo libertad. Se sentía cerca del borde de la locura ya sabía que casi estaba cayendo por ese precipicio. Lo sentía en cada movimiento estando despierto. Y su hermano lo sentía también. Nicolás le monitoreaba atentamente, prestándole fuerza cuando la bestia le aferraba con fuerza.

Una por una las luces que brillaban través de las ventanas se apagaron. Oyó los suaves deseos susurrados de buenas noches y se sintió más solo y nervioso que nunca. Cuando estuvo seguro de que los residentes de la casa estaban dormidos, se deslizó por el patio y ganó la entrada de la casa a través de la ventana abierta de Colby.

Casi insustancial, Rafael flotó a través del suelo de madera silenciosamente, una sombra oscura en la noche. Colby estaba profundamente dormida, su pelo largo extendido sobre la almohada, entresijos de llameante seda rojo dorada. Una mano estaba cerrad en un puño y la otra estaba extendida como si buscara algo. Se inclinó sobre ella, su mirada ardiente descansando en su marca sobre el cuello. Apoyó su peso sobre la cama, sus manos la encontraron bajo las mantas incluso mientras alimentaba deliberadamente sus sueños eróticos, deseando excitarla, preparar su cuerpo, pues era una inocente. Despierta, meu lindo amor, necesito que estés conmigo esta noche.

Colby se espabiló, adormilada, las pestañas revolotearon, no del todo despierta. parecía sexy, tan tentadora.

- ¿De nuevo estás aquí? No consigo dejar de soñar contigo.

No puedes evitarlo cuando sabes que eres solo mía. Las palabras brillaron en su mente para que el sonido de su voz no la perturbara más aún. Ella sacudió la cabeza, con una débil sonrisa de bienvenida. Parecía tan hermosa que se inclinó a besarla. La piel de Colby era increíblemente suave y no pudo resistirse a tocarla. Rafael se estiró junto a ella, lentamente, perezosamente, un movimiento sin prisas. Tenía toda la noche con ella. Al momento sintió el poder oculto en la colcha que la cubría. Sus dedos encontraron los símbolos y los trazaron cuidadosamente. Eran salvaguardas, salvaguardas cárpatas tejidas en los patrones de la colcha. ¿Dónde había adquirido ella semejante cosa? Era un trabajo a mano, raro y precioso como la mujer a la que guardaba.

Rafael se volvió de lado, estudiando a Colby. Necesitaba pasar cada momento en su compañía mientras pudiera. Ella era un rayo de luz en su mundo oscuro, sol y risa. Hacía mucho que había olvidado sus recuerdos de tales cosas, pero ahora se aferraba a la luz en ella. No sabía si se había sentido alguna vez gentil o tierno hacia otra persona, pero sentía algo cercano a semejantes cosas cada vez que la mirada.

Ella murmuró su nombre suavemente, su aliento fue cálido contra el cuello de Rafael. El cuerpo se le endureció incluso más, hasta que gimió suavemente, un protesta contra la urgente demando que no podía controlar lo suficiente. La arrastró hasta sus brazos y bajó la

cabeza hasta la almohada cerca de la de ella. Solo el fino pijama de ella le separaba de la suave piel y el refugio de su cuerpo. Te deseo, querida. Te deseo casi tanto como te necesito. La anhelaba, las palabras que los vincularían por toda la eternidad rondaban su cabeza, su lengua, haciendo que las saboreaba con cada aliento que tomaba.

Una sonrisa curvó la suave boca femenina, una invitación. Su cuerpo se movió intranquilamente contra el de él. La necesitaba. No había nada más en su vida. La necesitaba. Con un juramento, envolvió sus brazos firmemente y acarició con la nariz la fina tela que cubría su cuerpo abriéndose paso hasta exponer los pechos al fresco aire nocturno. Era tan hermosa y tan vulnerable.

Necesito tocarte, meu lindo amor, solo unos pocos minutos, permíteme tocarte. Su voz era anhelante de deseo. Anhelante de hambre. Una suave seducción aterciopelada.

Los ojos de Colby se abrieron, verde esmeralda, soñolientos, sensuales, encontrando su mirada hambrienta con su propia oscura pasión. Sin una palabra, se volvió hacia él, deslizándole los brazos alrededor, su cuerpo flexible en rendición.

Colby no tenía ni idea de si estaba despierta o dormitando, en medio de un sueño erótico o fantasía, pero no podía dar la espalda a la desesperación que ardía en esos ojos. En sus sueños, podía tener a quien quisiera, hacer lo que quisiera, no estaba atada por sus responsabilidades. Le deseaba. Deseaba la sensación de la piel de él cerca de la suya. Deseaba la boca de él sobre la suyo, sus manos sobre ella. Le había deseado casi desde el primer momento en que le había visto y en sus sueños, no tenía que temer que pudiera controlarla.

El aliento de Rafael quedó atrapado en su garganta ante la visión de ella yaciendo a su lado, su top levantado para exponer los pechos perfectamente formados. Su mano parecía oscura contra la piel blanca de ella, su palma sobre las costillas desnudas, sus dedos abiertos de par en par. Parecía delicada, casi frágil, mientras en contraste sus huesos y músculos eran mucho más grandes. Aun a su propio modo, Colby era tremendamente fuerte.

Las palabras rituales de unión estaban impresas en él mucho antes de su nacimiento, ardían en su mente mientras su cuerpo se quemaba, dolorosa y incómodamente. En la habitación al otro lado del vestíbulo, la muchachita se movió. Su mano se cerró posesivamente sobre el pecho de Colby. Su mente buscó la de Ginny. Estaba abriendo la ventana solapadamente, asomando la cabeza para llamar al perro. Ginny tenía pesadillas sobre la muerte de sus padres, pesadillas en las que algo le ocurría a Colby. Rafael oyó al perro entrar en la habitación e inmediatamente envió una orden que hiciera que se quedara en la cama de la niña, dándole consuelo, pero sin detectar su presencia en la casa. Nada podía detener esto. Nada. Su mente y cuerpo clamaban por Colby y sabía que no podía detenerse. Escudó a Paul y Ginny evitando que despertaran, enviándoles un sueño profundo.

Inclinó la cabeza hacia la calidez de la piel de Colby, su lengua se arremolinó sobre el pecho, permitiéndose ser indulgente con su hambre por ella. Sintió su respuesta, la forma en que su cuerpo se apretaba y tensaba, la forma en que su sangre se calentaba y acumulaba. Movió las manos sobre ella lentamente, centímetro a centímetro, empujando su ropa a un lado para tener acceso a su cuerpo. Quería conocer cada centímetro de ella, quería tocarla, saborearla, inhalarla. Su boca era cálida y necesitada mientras bajaba la cabeza para tomar posesión de su pecho. Se amamantó allí, su mano deslizándose a lo largo de las costillas, a través de su estómago plano para demorarse durante unos pocos momentos, rozando los dedos sobre su piel, trazando allí la débil silueta de una marca de nacimiento. Era lo bastante intrigante como para garantizar un rápido recorrido de su lengua, antes de volver a su pecho mientras su mano bajaba aún más para encontrar la apretada mata de rizas en la conjunción de sus piernas. Estaba húmeda y caliente cuando empujó su palma contra ella. Al momento sus caderas se arquearon contra él en respuesta.

Colby tenía sueños sobre su amante oscuro, excitando su cuerpo, sus manos la exploraban cada centímetro de ella, su boca ardiente y necesitada, succionando sus pechos,

rozando y acariciando hasta que le suplicó alivio. Su boca estaba en todas partes, besando y acariciando, conociendo su cuerpo incluso más íntimamente de lo que lo conocía ella. Ardía por él, le necesitaba, necesitaba el cuerpo de él enterrado en el suyo. Abrió de nuevo los ojos para mirarle. Real. Sólido. Estaba desnudo, su cuerpo fuerte, sus músculos ondeándose con poder. Su largo pelo negro se deslizó sobre los doloridos pechos sensibles, mientras su lengua se arremolinaba alrededor de su ombligo. Le cogió con ambas manos.

- ¿Qué estás haciendo? - Susurró las palabras, su cuerpo ardiendo. - ¿Y por qué te estoy dejando hacerlo? - El miedo atronó en su corazón y mente. Nunca se había sentido tan necesitada, tan dolorosamente excitada. Debería estar gritando, pero no podía quitarse de encima el velo que cubría su mente.

Él sonrió contra su estómago plano.

- Estoy cortejándote. - Sus dientes mordisquearon la curva de la cadera, encontrando la extraña marca de nacimiento, y raspándola con pequeños mordiscos. - Persuadiéndote. - Su lengua alivió el dolor. Sus manos le abrieron los muslos, rozando, acariciando. Sus dedos encontraron el ardiente centro de ella, húmedo por el fuego líquido, quemando y apretando cuando insertó lentamente el dedo más y más profundamente en su cuerpo. - Quiero mi cuerpo enterrado en tu cuerpo. ¿Es eso lo que quieres, querida? ¿Me deseas del mismo modo que yo a ti? - Sus delicados músculos se tensaron a su alrededor. Caliente. Feroz. Húmedo de deseo. Observando su cara, retiró el dedo, insertando cuidadosamente dos, abriéndola un poco más, centímetro a centímetro. - Dime que me deseas, Colby. Necesito oírtelo decir. - Necesitaba oírla decirlo porque tenía que estar con ella, compartir su cuerpo, compartir su piel, sangre y huesos.

Colby sacudió la cabeza, atormentada más allá de toda razón. Si, le deseaba, cada célula de su cuerpo le necesitaba. Su cuerpo estaba tan apretado, la presión insoportable haciendo que pensara que no sobreviviría sin él. Pero él se lo estaba exigiendo todo. No una parte de ella, todo.

Y me lo darás todo. Fue un gruñido. Una orden.

- No. - Pronunció la palabra incluso mientras él presionaba los dedos profundamente, incluso mientras se cuerpo se tensaba y amenazaba con hacerse un millón de pedazos, luchó por mantener el quién y qué era intacta.

Rafael pudo sentir la respuesta de su cuerpo. Ella le deseaba. Se movía inquietamente, su cabeza girando de lado a lado sobre la almohada, un suave sonido escapaba de su garganta. Intentó protestar de nuevo. Él lo sintió fluyendo hacia arriba en ella mientras luchaba por alejarse del deseo naciente. Retiró los dedos y los reemplazó con su boca, la lengua explorando profundamente. Ella gritó, se sobresaltó, su cuerpo saltó a la vida, fragmentándose, implorando, haciendo que se sorprendiera de la intensidad de las oleadas de placer que la golpeaban. Intentó apartarse retorciéndose, el placer destrozándola, pero él le pasó el brazo sobre las caderas y la mantuvo inmóvil, bebiendo de ella. Se negó a detenerse, empujándola más allá, deseando que su deseo se alzara en proporción directa a su propia hambre voraz.

Colby luchó pulso tras pulso contra la sensación que atormentaba su cuerpo, llevándola lejos cuando necesitaba estar clavada. Se movió agitada bajo él, incapaz de sofocar el fuego que corría a través de su cuerpo lo suficiente como para respirar. No podía respirar, no podía pensar con claridad. El miedo la aferró. La sábana se anudó dentro de sus puños mientras intentaba alejarse del asalto que la boca de él estaba haciendo, su lengua lamía y jugueteaba hasta que sus nervios gritaron pidiendo alivio.

- Tienes que parar. - Jadeó ella. Colby estaba completamente perdida en la tormenta de fuego y placer que la recorría. Él estaba tomando el poder. No podía escapar de su boca y su lengua. Su cuerpo simplemente se apretaba más y más, ardiendo más y más hasta que supo

que explotaría. Peor aún, la lujuria se alzó, aguda y mortalmente, la necesidad tan fuerte que la aterraba.

No podía mantener un solo pensamiento, ni siquiera para salvarse. El placer bordeaba el dolor, la presión crecía más y más. No quería que parara nunca, quería fragmentarse en un millón de pedazos. Quería ser lo que fuera que él necesitara, ir a donde él condujera. Un grito bajo de terror escapó de ella cuando la lengua aceleró el ritmo y empujó más profundamente en el interior de su cuerpo. Él era voraz, conduciéndola cruelmente al límite mientras su cuerpo se retorcía y se retorcía bajo él. No una vez, sino dos, tres veces, hasta que un orgasmo se encadenó con otro y su mente se disolvió y su cuerpo explotó.

Rafael se irguió sobre ella, empujando sus muslos hasta separarlos para acomodarle, abriéndola completamente a él. Su erección era gruesa, pesado e intimidante, sus ojos como el pedernal mientras presionaba en el interior de su entrada resbaladiza. Colby pudo sentirle allí, estirándola, simplemente esperando, mientras su cuerpo entero se tensaba, frustrado, pulsando y latiendo de deseo. Sintió el loco deseo de empalarse en él, pero él mantenía sus caderas inmóviles con manos duras. Su expresión era hambre pura, su boca una cuchillada despiadada.

- ¿Vas a decirme que no de nuevo, Colby? ¿Vas a negarme lo que es verdaderamente mío? - Su voz fue ruda, áspera, su temperamento se arremolinó sobre los dos.

Ella dejó escapar un pequeño grito atormentado. ¿Estaba él dándole una última oportunidad para salvarse? ¿Cómo podía decir que no cuando le necesitaba ahora, cuando todo en ella tenía que tenerle profundamente dentro de su cuerpo?

- ¿Vas a hacerlo? - Insistió él.

Colby sacudió la cabeza. No podía hablar, no podía respirar, su cuerpo ardía, el miedo fluía como lava a través de sus venas ante la idea de lo que estaba por venir. Él estaba destrozándola y reconstruyéndola, haciendo que le anhelara para siempre, que siempre le necesitara. Una parte de ella lo reconocía, pero no podía detener el hambre oscura que se estaba alzando en ella.

Nunca más. Era un decreto, algo apagado entre sus dientes apretados.

Rafael empujó con fuerza, conduciéndose profundamente en ella con una dura estocada, sabiendo que ella era demasiado inocente para lo que él estaba haciendo, pero incapaz de detenerse. Tenía siglos de hambre acumulados, un hambre oscura y rapaz que se rebalsó fuera de él, erupcionando en una fiebre de feroz frenesí. Ella estaba caliente y apretada y le aferraba con un fuego que casi le volvía loco.

- Es demasiado. Es demasiado. - Gritó Colby, intentando desesperadamente empujarle fuera de ella. Estaba matándola, conduciendo su cuerpo tan alto, las sensaciones eran tan eléctricas que estaba perdiéndose completamente.

Él le cogió las muñecas en una garra, sujetándolas en la cama a los lados de su cabeza, su boca tomando la de ella, su lengua conduciéndose profundamente mientras sus caderas empujaban más duro, más profundo, deseando más, tomando más.

La llamada estaba sobre él ahora, salvaje y primitiva, un necesidad tan vieja como el tiempo para sellarlos juntos para toda la eternidad. Su compañera. Su otra mitad. Las palabras le golpeaban, surgiendo de su alma mientras se enterraba profundamente en su vaina ardientemente feroz con el mundo ardiendo en llamas y girando fuera de control. Colby dejaba escapar pequeños jadeos y podía sentir como sus músculos se apretaban, tensándose mientras cambiaba el ritmo a un tempo palpitante que alimentaba su hambre voraz.

La necesidad de saborearla creció más y más fuerte, más exigente hasta que su boca abandonó la de ella, moviéndose hacia abajo hacia la calidez de su cuello, trazando un rastro erótico más abajo para arañar con sus dientes el tentador latido sobre su corazón. Su cuerpo se tensó, empapado de sudor y su corazón atronó y palpitó. El demonio rugió pidiendo liberación, urgiéndole a continuar. Estaba temblando con tal necesidad que pensó que su

cuerpo entero podría explotar en combustión espontánea. Con un gemido, Rafael se rindió, hundiendo profundamente sus dientes.

Colby gimió en voz algo cuando látigos ardientes como relámpagos parecieron danzar a través de su cuerpo. La calmó, su mente ahora firmemente en la de ella. Rafael la mantuvo inmóvil, posesivamente, mientras se permitía ser indulgente con su apetito, y su cuerpo seguía hundido profunda y salvajemente en el de ella. Sabía a especias calientes y miel cálida. No quería parar nunca, la terrible hambre que le había perseguido durante siglos estaba, por primera vez, saciada por ella. Colby. La sangre en sus venas. Su vida. Su mundo.

El demonio rugió por más, por todo, insistía en que estableciera su reclamo. Durante un latido de corazón las palabras rituales fluyeron hacia arriba, desesperadas por derramarse. Era un instinto, algo profundo dentro de él le urgía hacia adelante, instruyéndole en el ritual. Al momento diminutas chispas saltaron a su alrededor, colores de azul profundo y plata, pequeñas estrellas alzándose desde la colcha para saltar a su alrededor en una brillante reprimenda. Las palabras le golpeaban necesitando ser pronunciadas, exigiendo que la reclamara, pero Rafael dudó, las pequeñas estrellas deslumbraban sus ojos. Estaría bajo tierra y ella estaría llevando el rancho durante las horas diurnas, incapaz de tocarle cuando su corazón y su alma, su mente la urgiera a hacerlo así. Sería un infierno para ella, conduciéndola al punto de la locura mientras él dormía profundamente bajo el suelo.

Inmediatamente Rafael pasó la lengua por los pinchazos del pecho de ella y alzó la cabeza, respirando con dificultad, sus dientes apretados mientras luchaba por controlarse. Pronunció su orden suavemente hacia ella, sosteniendo ahora el hechizo. Bajó su cuerpo hasta que la boca de ella estuvo casi contra su pecho, esperando que tomara la suficiente sangre para un verdadero intercambio. Acuchilló una herida a través de su pecho y presionó la boca de ella hacia el corte para reponer lo que había tomado, sujetándole la nuca para que no pudiera escapar, su cuerpo sujetaba el de ella debajo. Al momento los labios se movieron contra su piel, se estremeció y el cuerpo de ella se apretó, una interminable espiral la aferraba, le aferraba a él. Pequeños martillos parecían estar taladrándole la cabeza. El fuego consumía su sangre. Se introdujo en ella más duro y más rápido, su cuerpo resbalaba con sudor, con placer.

Con una pequeña maldición apretó los dientes para evitar que las palabras se deslizaran a través de ellos mientras la detenía. Cerró la herida de su pecho, se inclinó para tomar posesión de su boca, liberándola del hechizo para que su boca pudiera dominar la de ella, limpiando todo rastro de su sabor del sedoso interior. Se hundió profundamente en ella, más duro, moviéndose como un pistón, reclamando su cuerpo ya que no podía tomarla como su especie demandaba.

Colby empezó a luchar con él, una batalla instintiva, casi sin pensarlo, contra el placer tan intenso que sentía que no podría sobrevivir él. No entendía como su cuerpo podía estar tan fuera de control, las caderas se alzaban desesperadamente encontrando las de él, sollozos jadeantes suplicaban por él. ¿Por qué? ¿Por más? Siempre más. Él la tomaba con placer. Podía sentir como su propio cuerpo se tensaba alrededor de él, sus músculos se apretaban hasta que sintió fluir un grito. El orgasmo estalló sobre ella, interminable, impensable, barriéndola de tal forma que ya no hubo Colby sin Rafael. Le sintió hincharse incluso más, hasta que sus manos le aferraron las caderas con fuerza y empujó apresuradamente en el interior de los apretados y resbaladizos pliegues, una y otra vez, enviándola a otro orgasmo mientras erupcionaba profundamente dentro de su cuerpo.

Rafael yació sobre ella, sus venas cantaban de excitación, de exaltación. Podía estar saciado por el momento, pero quería más. Viviría y respiraría para tenerla una y otra vez, para sentir su cuerpo a su alrededor. Enterró la cara en la calidez de su cuello, sintiendo como su cuerpo se estremecía, sintiendo los temblores secundarios apretar sus músculos alrededor de él. Ella estaba respirando con dificultad, el corazón corría. Se apoyó en los brazos y alzó su

cuerpo cuidadosamente. La forma en que su calor resbaladizo se vertió sobre él cuando emergió de ella hizo que su sangre palpitara una vez más.

Colby se tocó tentativamente los labios magullados con la lengua. Le dolían los pechos. Estaba lastimada entre los muslos. No podía mirarle. No podia apartar la mirada de él. No tenía ni idea de que el sexo podía ser si, un placer tan profundo que realmente bordeaba el dolor. Un hambre tan fuerte que bordeaba la locura.

Las puntas de los dedos de él le rozaron la cara, el cuello, dejando un rastro sobre sus pechos. Los pezones se le tensaron, y entre sus piernas sintió un latido instantáneo de respuesta. Colby volvió la cara lejos de él.

- ¿Qué has hecho? - Lo susurró, agradeciendo la oscuridad. - ¿Qué has hecho conmigo? - Las lágrimas ardían tras sus párpados. Nunca se vería libre de su red sexual. Colby, que siempre había sido libre, siempre había estado al mando, sería par siempre una adicta a las cosas que este hombre podía hacer a su cuerpo. Y eso la aterraba.

La lengua de Rafael raspó la parte inferior de su pecho, sumergiéndose en su ombligo, y trazando la marca de nacimiento una vez más en una correría pausada. Mantenía su cuerpo firmemente sobre el de ella. Estaba exhausta y magullada, pero Colby podría intentar algo. Podía sentir su miedo, vivo y respirando en la habitación con él.

- Te dije que eras mía.

- No entiendo esto. - Había lágrimas en su voz. - ¿Como conseguiste entrar aquí? ¿Cómo permití que ocurriera esto?

Él alzó la cabeza, el perezoso retozar desaparecido.

- No llores. - Deus. Si lo hacía, le destrozaría. Suavizó su voz. - Cuéntame por qué me tienes tanto miedo.

- ¿Cómo puedes preguntarme eso? Estoy desnuda en mi propia habitación contigo y estás manoseando mi cuerpo como si te perteneciera. Tomaste el control de mí de algún modo. No puedo alejarme de ti. - No estaba luchando con él. Yacía bajo él como un sacrificio, una ofrenda. No podía ni siquiera arreglárselas para reunir la energía para luchar porque sabía que no importaría. Nunca ganaría. Rafael era demasiado poderoso y poseía su cuerpo y quizás incluso su alma. - No tienes ni idea de lo que me has hecho, ¿verdad?

La desesperación de su voz le raspó, desgarrando su estómago. Rafael tocó su mente. Colby pretendía esperar al hombre perfecto. Quería que su primera vez fuera con alguien a quien amara. Tenía prevista una unión tierna y romántica.

Las le enmarcaron la cara.

- Sé que fui brusco, pequeña. Pero soy el hombre perfecto para ti. Sentí tu placer. Te ahogabas de placer. - Y era cierto. ¿Estaba desilusionada porque había sido tan brusco sexualmente? Demonios, se había asegurado absolutamente de darle placer. ¿Por qué soñaría ella con algún hombre domesticado que nunca le satisfaría como podía hacerlo él? Si inclinaba la cabeza y tomaba su pecho en la boca, ella se estremecería de deseo. El hambre se encendería instantáneamente. Lo sabía. ¿Por qué ella no? ¿Quién era ese otro hombre al que deseaba? Rafael podía sentir los colmillos explotar dolorosamente pero luchó por contener la urgencia, esforzándose por entender. Su pena le dolía. ¿Tan imposible era para ella amarle? Amaba Paul y Ginny. Había amado a su padrastro. Incluso amaba a Ben. Él estaba empezando a detestar a Ben.

- Estaba ahogándome. - Dijo ella con voz tranquila. - Me has tomado sin mi consentimiento, Rafael. No tengo orgullo, ni escapatoria. Me dejaste sin nada.

Él se había preparado para la furia, pero no para esta callada desesperación. Colby era una luchadora. Él podía convertir la furia en deseo sexual. No tenía ni idea de qué hacer con ella yaciendo ahí mirando al techo, con el corazón tan pesado que le dolía por dentro.

Cuando era un joven cárpato había pensado con frecuencia en como sería su compañera. Más tarde, había soñado con tener una mujer propia. Mientras pasaban los

interminables siglos, desesperó incluso por tener a alguien. Colby era un regalo inesperado y preciado aunque no sentía lo que sentía él. Se suponía que ella le amaría. Se suponía que le deseaba. Una parte de él se revolvió furiosa, el animal en él que exigía una compañera. El hombre intentaba averiguar que iba mal. Ella le pertenecía. Había compartido un sexo increíble, sus cuerpos eran tan compatibles, no podía imaginar nada mejor. Ya estaba ansioso por más, pero ellq se alejaba de él en su mente. Creía que él podía poseer su cuerpo, pero estaba decidida a que nunca tocara su corazón. No tenía forma de combatir eso. ¿Qué estaba haciendo mal?

- No entiendo lo que me dices. Nos fundimos. Lo sentí. Sé que tú lo sentiste. ¿Cómo podría significar eso que no te he dejado nada?

Colby quería volverse lejos de él. Quería que la dejara sola para averiguar que estaba haciendo. No había huida. No fingiendo que no había ocurrido o que no ocurriría de nuevo.

- No tuve elección. No me dejaste elección.

Su pena le golpeó. Habría preferido su furia.

Solo pudo asentir su acuerdo. Por supuesto que no le dejó ninguna elección. No había elección para ninguno de ellos. Ella había nacido para él.

- No pusiste objeciones a que te tocara.

- Por supuesto que lo hice. - La furia estaba empezando a arder en el fondo de su estómago. Oscurecía sus ojos y pequeñas chispas saltaban alrededor de la colcha.

El calor se encendió instantáneamente, la mandíbula de Rafael se apretó.

- Nos mientes a ambos, a mí y a ti misma. - Su mano se deslizó posesivamente sobre el pecho, tirando de un pezón. Inclinó la cabeza, estudiando su cara, estudiando el deseo impotente en su mirada, sintiendo como su cuerpo se arqueaba bajo su boca. Deliberadamente deslizó la mano entre sus piernas para encontrar su humedad. Alzó la cabeza para mirarla. - Tu cuerpo no miente.

Ella le abofeteó la cara tan fuerte como pudo. No tenía un buen ángulo o mucho espacio para moverse, pero el sonido fue ruidoso en la habitación.

- Lo que me hiciste fue igual que una violación. No me importa lo mucho que te mientas a ti mismo, pero lo fue. Y puedes hacerlo una y otra vez, pero a menos que tengas mi consentimiento, el cual no tienes, es una violación cada vez que me tocas. Te desprecio. Desprecio lo que puedes hacerme. No lo deseo. Ni siquiera me gustas, y mucho menos quiero que toques mi cuerpo.

La furia fue ardiente y horrenda, agitándose en su estómago, fluyendo como una fuente ante su atrevimiento al desafiarle, se atrevía a golpearle, peor aún, se atrevía a llamarle violador. Él siempre sería vampiro, era la peor condenación en la que podía pensar. Le atrapó las muñecos sobre las sábanas, alzándose sobre ella, su boca bajando con fuerza hacia la de ella. Quería que fuera un castigo, pero en el momento en que la tocó, en el momento en que su lengua se deslizó dentro de la boca, también él se deslizó dentro de su mente.

Había tanto dolor. Estaba desolada. Él no le gustaba, no confiaba en él. No tenía sentimientos tiernos por ser su compañera como los tenía él hacia ella. Sorprendido, Rafael se apartó de ella y se sentó, pasándose los dedos por el pelo. Lo decía en serio. No estaba mintiendo. Su cuerpo respondía, pero era solo su cuerpo. La había excitado, sabiendo que no tenía experiencia, pensando que se sentiría incómoda cuando estuvieran juntos. No había querido que su primera vez juntos fuera dolorosa para ella, pero ella no lo había deseado en absoluto. No le había deseado a él en absoluto. Su presionó las puntas de los dedos sobre las sienes.

¿Qué había hecho? Los compañeros tenían que estar juntos por toda la eternidad. Las reacciones de ella para él no tenían sentido. Pensaba en ella en cada momento de su existencia. Ella le quería fuera de su vida.

Rafael. Estás llorando.

La voz de Nicolás se movió a través de él, haciendo consciente del ardor de su pecho. Rafael se tocó la mejilla y encontró una lágrima rojo sangre. Él no lloraba. Era un hombre. Un Cárpato. Un cazador de vampiros. No entiendo nada de esto. Ella está dolida, lo siento. He tomado algo precioso para ella.

Su virginidad te pertenecía. Nicolás era pragmático sobre el asunto. No tenía más elección que aceptarte. Conviértela, llévala a casa, y tarde o temprano se acostumbrará.

Rafael hizo un mueca. No había sido su virginidad lo tomado, ¿Estamos los dos tan cerca de convertirnos que no podemos comportarnos de forma honorable? Si ese es el caso, ya no pertenecemos a esta tierra?

Colby rodó lejos de él, dándole la espalda. Su cuerpo latía y ardía y se sentía enferma por desearle. ¿Cómo iba soportar el resto de la noche? ¿El resto de su vida? Podía saborearle en su boca. Sentirle en su piel. Le anhelaba entre sus muslos. Podía no desearle, pero le necesitaba como un adicto a un droga. La terrible presión en su cuerpo nunca desaparecería sin él. No importaba hacia que hombre se volviera, la posesión de Rafael empañaría cualquier relación. Ardía. No había otra palabra para ello. Yació allí llorando, las lágrimas corriendo por su cara, despreciándole, despreciándose a sí misma, pero le deseaba enterrado profundamente en su cuerpo, duro y caliente y llevándola más allá de ningún lugar al que pudiera ir por sí misma. La había convertido en su puta, pura y simplemente.

- No eres mi puta. - Rafael estaba consternado ante la idea que se le había metido en la cabeza. - ¿De donde provienen esos pensamientos? - Colocó su mano gentilmente sobre la parte baja de la espalda de ella, los dedos abiertos. - Lo siento, Colby. No entendí lo que me estabas diciente. No ví más allá de mi necesidad de ti. - Lamentaba el dolor que había causado, haberla tomado sin su permiso, pero por más que lo intentara, no podía lamentar haberla poseído. Le dolía por dentro. Quería encontrar una forma de enmendar su error, pero sin saber por qué ella no le estaba respondiendo más que físicamente, no había forma de hacerlo. Deseaba más que su amor físico. Era su compañera y se suponía que debía amarle completamente.

Su palma, que pretendía reconfortar, quemó un agujero a través de la espalda. Enviando electricidad humeando a través de su riego sanguíneo. Colby sintió que su cuerpo le anhelaba. Enterró la cara en la frescura de su almohada con un suave y desesperado lamento de protesta.

- Colby. - Rogó él suavemente. - Mírame.

- No puedo. No puedo dejar de llorar. Lárgate. - Sus palabras fueron amortiguadas.

- Sabes que es imposible para mí dejarte así. Me necesitas. Permíteme ayudarte. - Le apartó el pelo de la nuca y dejó allí un beso. No podía marcharse, no cuando ella lloraba y su cuerpo clamaba por él. Cada instinto que poseía exigí que cuidara de sus necesidades. Besó un rastro hacia abajo por su espina dorsal hacia la parte baja de la espalda. - Permíteme cuidar de ti.

- Nunca podré volver a mirarte. Después de esta noche, no quiero verte nunca más. - Colby se giró, sus ojos brillaban a causa de las lágrimas. - Lo digo en serio. Nunca seré capaz de enfrentarme a ti si tengo que hacer esto. - Le necesitaba. La aterraba permitir que la tocara. En el momento en que lo hiciera, estaría perdida. Lo sabía. Estaba segura de ello.

Rafael no esperó a que tomara completamente la decisión. Ya estaba maldito de todas formas. Si la dejaba frustrada sexualmente le odiaría y si la satisfacía le odiaría también. Su cuerpo estaba ya duro y caliento y haciendo sus propias demandas.

- Colby, no soy un caballero. - Era la única forma en que podía prevenirla. No podía encontrar las emociones, ni siquiera cuando lo deseaba, no cuando se trataba de sexo. Era dominante y apasionado y exigía que ella siguiera su liderazgo. Le pasó una mano desde los labios hasta los pechos, haciéndola estremecer en respuesta.

- Que gran noticia, nunca lo hubiera supuesto. - Susurró ella y cerró los ojos cuando él se inclinó para tomar su pezón erecto en la boca.

Al momento Rafael levantó la cabeza para inmovilizarla con su mirada.

- No apartes la vista de mí. Tengo que saber no estoy simplemente tomándote, querida. No sin tu consentimiento. - La pena de ella le estaba matando. Le dolía por dentro. Era una sensación terrible, unas garras arañaban su corazón y pulmones desde dentro. Tocó una lágrima en las pestañas de ella, llevándosela a la boca.

Incluso eso era sensual. Todo en él, sus ojos, su boca, su expresión ardiente. No tenía que tocarla para hacer que su cuerpo volviera a la vida.

- Me estás quitando todo mi orgullo, Rafael. - Dijo ella.

Ignoró la tristeza de la voz de ella. Oyó su propio lamento, profundamente en su mente, un grito de dolor y pena cuando su desprecio se fundió con el de ella.

- Me acusas de algo vil, meu amor. Para mí, tú eres la única mujer que habrá nunca en mi vida. Pensaba que era un sentimiento mutuo. - La sorpresa todavía le hacía tambalearse.

Mientras hablaba, sus manos se movieron posesivamente sobre ella. Grandes, fuertes manos que acunaron sus pechos y juguetearon con sus pezones. Que trazaron pequeños círculos en su estómago y se deslizaron entre sus muslos. Colby le dejó porque no tenía otra elección. Estaba desesperada por su cuerpo. Si él no apaciguaba la terrible hambre que se acumulaba en su interior, no sabía que iba a hacer.

- ¿Cómo puedes hacerme sentir así, Rafael? Tengo tanto miedo, pero es peor sin ti.

Él le besó la garganta, su pelo se deslizó sobre la piel sensible haciéndola estremecer de placer.

- Nunca tendrás que estar sin mí, Colby. La unión entre compañeros es para siempre. Esta noche, es mi mundo con mis leyes. No puedo hacer otra cosa que ocuparme de tu felicidad. Tu bienestar, tus necesidades y deseos estarán siempre por encima de los míos. - Besó un camino hacia abajo por el valle entre sus pechos. - Mi mundo era un mundo de oscuridad hasta que tú me devolviste a la vida. Sé absolutamente que lo eres todo para mí. Siempre lo serás todo. Puede que yo te controle en la cama... - Jugueteó con la lengua alrededor de su adoraba ombligo. - ... pero tú me controlas en todo lo demás. - Su voz era una suave seducción en sí misma. - Puedo llevarte a lugares a los que ningún otro hombre puede llevarte y siempre cuidaré de tu seguridad. Ningún hombre podría quererte más. Ningún hombre podría siquiera desearte o necesitarle como yo. Estoy tan prisionero como crees estarlo tú. La necesidad de estar contigo es tan profunda y elemental como tu necesidad de estar conmigo. Encuentra un forma de amarme un poco, Colby.

La lengua acarició y jugueteó, moviéndose sobre su piel, los dientes rasparon, añadiendo un pequeño mordisco de dolor que solo parecía realzar su placer. Las manos formaron su cuerpo, las yemas de los dedos encontraron cada punto sensible haciéndola saltar y retorcerse bajo él, llameando a la vida. Su sangre se apresuró con una especie de fuego líquido. No podía encontrar las fuerzas para hacer más que yacer allí mientras él examinaba cada centímetro de ella, saboreaba cada centímetro, memorizando cada hueco, conociendo íntimamente su cuerpo. Las lágrimas ardían en sus ojos a causa del dolor de su voz. Había honestidad, incluso pureza en su tono. Decía en serio las cosas que decía. Sus palabras, su absoluta seguridad, la asustaban, pero la atraían hacia él, más cerca del fuego. Intentó aferrarse al pensamiento, entender, pero sus manos y su boca estaban destruyéndola haciendo imposible que mantuviera un solo pensamiento.

El calor la chamuscó, las llamas danzaron sobre su piel, lamiendo cada centímetro hasta que gritó una y otra vez. Su nombre. Por él. Necesitándole. Aplastó su piel sedosa en los puños, su cara sensual sobre ella. Estaba en todas partes. Alrededor de ella, sobre ella, y, que Dios la ayudara, le deseaba dentro de ella. Se cogió a sus caderas mientras él presionaba firmemente contra ella y sintió su invasión. Ralentizando ese momento. La estiró con un fuego increíble. Rafael observó su cara, observó como le tomaba dentro de su cuerpo, mientras empujaba a través de los apretados pliegues, más y más profundo dentro de ella.

Colby estaba hipnotizada por la expresión de su cara, la dura sensualidad. La pura pasión. Se hundió en ella hasta que estar tan firmemente alojado que se sintió demasiado llena, demasiado estirada.

No pudo evitar la forma en que sus músculos se tensaron alrededor de él. La acción aumentó su placer, pero él jadeó y le aferró las caderas.

- Eres tan estrecha, Colby. Siente lo que yo siento cuando te tomo así. - Fundió su mente con la de ella, y la dejó sentir su rabioso fuego. Sentir su necesidad de sumisión, la necesidad de suave piel deslizándose contra su cuerpo duro. Los pequeños gritos que le arrancaba se añadieron al éxtasis acumulado.

Se echó hacia atrás, zambulléndose con fuerza. Colby oyó el nombre de él resonando en su mente. Lo gritó, no en voz alta, sino más íntimamente.

- Más. Dame más. - Ordenó él y empezó a conducirse en su interior.

No tuvo más elección que obedecer. Su cuerpo tenía voluntad propia, arqueando las caderas, apretando los músculos lo que hacía que pulsara alrededor de él. El brazo masculino la cogió de las caderas y la ayudó a bajar mientras empujaba rudamente dentro de ella, enviando oleadas a través de su cuerpo. La tensión se extendió, creció, el calor se acumuló y acumuló y sin aplacarse nunca. Él fue despiadado, incluso mientras Colby imploraba alivio, incluso cuando le suplicó. Cada frenético empujó hendía su cuerpo tensándolo más y más hasta que sintió una extraña neblina en su mente. No sobreviviría a este placer atormentador.

- Rafael. - Él era su único refugio en la tormenta de lujuria y hambre. No puedo soportarlo, no podía sobrevivir. Las sensaciones tomaron su cuerpo y construyeron un infierno en ella. Su cuerpo se apretó alrededor de él, el orgasmo la desgarró, sobre ella, destrozando su cuerpo hasta que gritó con el placer de ello. Duró una eternidad, manteniendo esclavizada, irrumpiendo sobre ella como olas mientras le sentía vaciarse, llenarla con su ardiente alivio.

Las lágrimas ardían tras sus ojos. Se encajó el puño en la boca para evitar gritar en voz alta. Ya era bastante malo que él la oyera en su mente.

- De nuevo, Colby, di mi nombre. Sabes quién soy. Sabes el cuerpo de quién está profundamente enterrado dentro de tu cuerpo. - Susurró las palabras contra la hinchazón de su pecho.

- Sé quién eres. - Dijo ella.

- Y sabes que no soy ningún vil violador. Este es mi lugar, dentro de ti, justo aquí en tu corazón y mente, en tu cuerpo. Nunca voy a dejarte. Mírame, meu amor, sabes que estoy diciéndote la verdad. Nunca te abandonaré. Tendrás que llegar a un acuerdo con el hecho de que nos pertenecemos el uno al otro.

Sus ojos ardieron ferozmente, un oscuro recordatorio de que él era un depredador al que había dejado entrar en su casa, su cuerpo, su vida. Suspiró, su cuerpo meciéndose una y otra vez, pequeñas sacudidas que no podía controlar. Las cosas que él decía no tenían sentido, aunque ella las presentía correctas. Él creía que ella sentía lo mismo que él cuando había entrado en la habitación. Se había visto conducido a poseerla por alguna ley de su gente de la que ella no tenía conocimiento.

- Rafael. - Murmuró su nombre, sentía el cuerpo tan exhausto que apenas podía pensar. - No entiendo nada de esto. No sé por qué crees esas cosas o por qué las siento correctas en mi cuerpo. Sin embargo lo intentaré. Eso es todo lo que puedo prometer. Intentaré entender. Pero no esta noche. Estoy tan cansada. - Volvió la cabeza lejos de él, vagando mientras él permitía que lentamente sus cuerpo se separaran. Sintió su boca en el pecho, sus manos acunándole el trasero. Cada fuerte tirón mientras succionaba enviaba sacudidas danzando a través de su cuerpo, pero esta vez estaba demasiado cansada para hacer más que yacer tranquilamente, vagando hacia el sueño mientras él besaba un camino de vuelta por su cuerpo antes de permitir que sus cuerpos se separaran. Extrañamente, podría haber protestado de

haber tenido energía. En vez de ello se acurrucó cerca de la protección de su cuerpo y se durmió.

Rafael yació su lado hasta que la luz grisácea se arrastró a través de la ventana del dormitorio y supo que ya no podía esperar más para cazar a una presa. Reluctantemente se deslizó fuera de su cama, colocando el cuerpo exhausto de ella en una posición mucho más cómoda. La envolvió protectoramente con la colcha.

Rafael se inclinó una vez más hacia su cuello, deseando su marca fresca en ella, una marca para que el resto del mundo la viera. Para que ella la viera. Su sangre ancestral fluiría ardientemente por las venas de Colby llamándole, su fragancia se aferraría a ella. Le mente fundida entre ellos sería más fuerte que nunca. Sabría donde estaba ella en cada momento.

Para evitar deshonrarse a sí mismo uniéndolos antes de haberse ocupado de la seguridad de los hermanos de ella, Rafael la dejó para cazar su presa. Debía alimentarse pronto si quería tener alguna esperanza de mantener su autocontrol. Buscaría la tierra tan pronto como sea posible para evitar volver a ella y tomarla a la fuerza para sí mismo.

En el momento en que salió e inhaló la noche, sintió la perturbación. Era sutil. Una pequeña sensación de poder en el aire. Una búsqueda. Era tan ligera que no puedo determinar la dirección, pero sintió la mancha del mal. Al momento se extendió en busca de su hermano.

Un vampiro, Nicolás. Uno poderoso, un antiguo. Está casi amaneciendo aunque no ha acudido la tierra y sabe que estamos cerca de él. Su poder es sutil, uno que no puedo ubicar para la caza.

Tu mujer le atrae. Debes convertirla y llevarla de vuelta a nuestra casa.

Había cansancio en la voz de Nicolás, como si su lucha con la oscuridad se estuviera volviendo demasiado difícil, demasiado larga, y estuviera sucumbiendo lentamente.

Has estado utilizando tu fuerza para guardarme de la oscuridad, supuso Rafael.

Estás tan cerca. Ella no está ayudándote en tu lucha. Toma a la mujer y abandonemos este lucha y volvamos a donde pertenecemos. Cazaré al vampiro mientras tú aseguras a la mujer.

Rafael dio vueltas a la oferta. Con cada muerte, la oscuridad contaminaba sus almas, asumía el control hasta que no quedaba nada de quien y qué simbolizaban. Nicolás estaba demasiado vacío, había pasado demasiado tiempo sin solaz. Rafael tenía un ancla. Si tomaba posesión de Colby, atándola a él por toda la eternidad, podría cazar con seguridad al vampiro y librar a la zona del peligros. Nicolás y él estarían a salvo del peligro de abrazar la vida del no-muerto.

Yo cazaré a este, Nicolás. Es fuerte y huidizo, pero tengo su olor y no escapará a la justicia de nuestra gente. No está actuando de forma normal. No hay asesinatos, ni muertes inexplicables. El hombre asesinado murió a manos de un humano, no de un vampiro. Y conocí a una mujer con talento psíquico, una fuerte telépata. Sabía qué era yo. Algo está ocurriendo aquí que no entiendo.

Acudiré si me necesitas.

Rafael quería a Nicolás lejos del peligro de un caza. Llamaré si preciso ayuda. Rompió la conexión con su hermano y se movió veloz lejos del rancho, tanteando en busca del vampiro, buscando un punto en blanco que le indicaría la guarida del no-muerto. El mal estaba en sus fosas nasales, el hedor apestoso y sucio, pero no podía conseguir que permeara el aire. No había dirección. Nada en absoluto para definir el rastro. Solo el conocimiento seguro de que un poderoso vampiro estaba en la zona. Todo el mundo estaba en peligro.

Encontró alimento en el pequeño pueblo, bebiendo hasta no poder más para reabastecer su fuerza. Necesitaría mucho en los días venideros. Y necesitaría todo su coraje para enfrentar a Colby después de cambiar su vida para siempre.

CAPITULO SEIS

Colby se removió intranquila, un sonido se deslizaba dentro y fuera de sus sueños como una persistente alarma. Le llevó un momento luchar para abrirse paso hasta la superficie, le palpitaba la cabeza, un ligero sabor cobrizo se saboreaba en su boca. Su cuerpo se sentía poco familiar, magullado y dolorido, concienzudamente utilizado. Pero supo inmediatamente qué cosa la había despertado de su somnolencia inducida por el sexo. Sus instintos chillaban mientras despertaba bruscamente. Un grito agudo, lejano, resonaba perturbadoramente con un ruidoso crujir que la hizo sentarse, tirar a un lado las mantas y agarrar su pijama descartado a un lado.

- ¡Paul! ¡Ginny! - Estaba corriendo, con los pies descalzos golpeando suavemente sobre el suelo de madera.

Su habilidad para oír y oler parecía diez veces magnificada. Se sentía mareada y temblorosa, con la boca seca. El puro terror la aferró. Abriendo de un tirón la puerta delantera, se detuvo en el porche, mirando con horror hacia el rabioso infierno que era su establo.

- ¡Paul! ¡Los caballos! - Su grito agónico dio alas a su hermano que casi la golpeó echándola a tierra.

El humo era ya espeso en el patio, las llamas as alzaban hacia el cielo, volaban chispas en todas direcciones. Colby, sollozando de miedo, conducida por los gritos de pánico de los caballos, agarró la barra de metal que cerraba la puerta del establo con las manos desnudas. Oyó su propio grito de agonía, sintió el eco de la voz de Rafael en su mente, pero el dolor no importaba, los caballos si. Las llamas lamían vorazmente el marco de la puerta, danzando por el techo, subiendo por las paredes. Los sistemas de aspersores parecían impotentes contra semejante infierno. ¿Qué había ocurrido con la alarma de incendios?

- ¡Ginny, quédate atrás, no te acerques! - Dio la orden afilada cuando su hermana llegó corriendo.

- ¡Colby! ¡No! - Paul la cogió por el brazo, evitando que entrara en el infierno de humo y llamas. El calor en sus caras y pieles era casi insoportable.

Ella se dio la vuelta, intentando mantener la calma. No había forma de tomar un profundo y tranquilizador aliento sin arrastrar espeso humo a sus pulmones.

- Ginny, llama al 911, y después a Sean Everett. - Los Everett eran el rancho vecino más cercano. - Paul, sigue echando agua en esta entrada, pero quédate atrás. Lo digo en serio. El establo va a venirse abajo en cualquier momento. No te atrevas a entrar, no importa lo que ocurra. Es una orden. - Se volvió y se apresuró hacia la entrada misma del edificio en llamas.

- ¡No! - Gritó Paul, pero Colby ya había desaparecido, un humo espeso se arremolinaba a su alrededor como una enorme capa negra, tragándola en su boquiabierta mandíbula.

Se concentró en las puertas de los cubículos, intentando conseguir que su mente funcionara, para abrirlas. Las puertas se negaban a ceder bajo la presión. No sabía si era su desesperación, el grito de los animales que evitaba que se concentrara apropiadamente, pero no tenía más elección que dejarlo todo a un lado.

Diecinueve. Tenía diecinueve caballos en los cubículos. Colby obligó a su mente entumecida a concentrarse. Los ojos le escocían por el humo y el fuego rugía en sus oídos. En medio el agobiante humo negro, espeso y peligroso, era imposible ver nada en absoluto. El calor era intenso, el ruido alto y aterrador. Los caballos estaban más allá de la razón, animales peligrosos y desesperados.

Colby tanteó su camino hacia la larga fila de cubículos. Uno por uno, abrió las puertas, intentando contener el aliento, mientras los ojos le lloraban. Sus pulmones ardían y tosía horriblemente. Estaba empezando a desorientarse. Domino apareció, con los ojos girando

salvajemente. Colby estaba demasiado atragantaba como para tranquilizarle. Se encabritó, sus cascos le pasaron a centímetros.. Colby se tambaleó hacia atrás, tropezó, y cayó. Domino pasó su lado como un trueno, sin pisotearla por poco. Con su casco trasero le hizo una herida en el muslo mientras huía.

El aire cerca del suelo era algo mejor y sus doloridos pulmones lo tragaron. Se las arregló para colocar sus piernas temblorosas, empujándose a levantarse, propulsándose hacia adelante. Ondeando los brazos, gritando roncamente, Colby corrió hacia los caballos aterrorizados. Arremolinándose, se apresuraban hacia la entrada. La puerta de entrada estaba también ardiendo, pero ni con la misma intensidad que las paredes. Colby se tambaleó tras ellos, cayendo al suelo tosiendo y vomitando.

Unas manos duras la cogieron, enterrándose en su cintura, empujándola lejos de la entrada hasta unos brazos seguros. Rafael la arrastró liberándola del humo y las lamas. Olió la sangre sobre ella proveniente de la dolorosa herida del muslo y algo horrendo y demoníaco dentro de él alzó la cabeza y rugió pidiendo venganza.

Parte del techo se derrumbó y en algún lugar profundo de dentro del rugiente infierno un animal gritó en una agonía tan intensa que se hizo un silencio mortal en el patio. Colby fue la primera en reaccionar, arrancándose de la garra de Rafael, corriendo directamente hacia la llameante entrada de los establos.

- ¡Paul, el rifle!

Sin preámbulos, Rafael la cogió en brazos mientras gritaba una orden los hombres que estaban en el patio. La puso sobre el porche y bajó la mirada hacia sus ojos aterrados.

- Quédate justo aquí. No te mueves, ¿me has oído? - Rafael cogió el rifle que le tiraba Juan Chevez y desapareció dentro de las llamas que saltaban codiciosas devorando el establo.

Paul se arrodilló junto a Colby. Parecía deslumbrado, en estado de shock. No pudo evitar admirar la eficiencia de Rafael... helicópteros para transporte, hombres ocupándose de los animales heridos y aterrados. Era obvio que Rafael dirigía la bien coordinada operación. Había cogido el rifle en el aire con una mano y entrado tranquilamente en el edificio que se desintegraba rápidamente.

Se oyó un disparo, y los penosos gritos cesaron bruscamente. Consciente de que había estado conteniendo el aliento, Paul lo dejó escapar lentamente, inclinándose solícitamente sobre Colby, que estaba apoyada contra el poste del porche. Su cara estaba manchad de humo negro y lágrimas. Había un moretón en su frente, y varios en sus costillas, supuso por el estado de su top, que probablemente había sido golpeada por los caballos. El pantalón de su pijama estaba desgarrado y sangrante. La sangre empapaba su muslo. Ambas palmas de las manos eran una fea masa de ampollas. Luchaba por respirar contra el terrible humo ya hondo en sus pulmones. Torpemente Paul intentó reconfortarla, rodeando sus esbeltos hombros con un brazo.

Entonces Rafael estuvo allí, inclinado sobre ellos, levantando a Colby entre sus brazos con exquisito cuidado.

- Ocúpate de tu hermana pequeña. - Ordenó suavemente a Paul. - Está muy asustada. Yo cuidaré de Colby. - Señaló hacia el capataz de Everett, que dirigía a los hombres en salvar el granero. Colby yacía aturdida entre sus brazos, incapaz de aceptar la enormidad de lo que había ocurrido. La llevó a una distancia segura del humo y la actividad, posándola sobre la hierba para examinar sus heridas. Escudándola con su cuerpo de cualquier ojo curioso, Rafael le inclinó hacia arriba la cara ennegrecida para estudiar la magulladura.

- Lo siento, pequeña. No pude salvar al caballo, ni permitir que sufriera. - Incluso mientras hablaba posaba su mano sobre la laceración del muslo. Extrañamente el latido y el ardor cesaron inmediatamente. Su mano se deslizó, ligera como una pluma, por la garganta de ella, tocando sus sienes latentes. Después su palma se movió hacia el golpe de la cabeza. - Vine en el momento en que te oí despertar.

- No puedo crees que esto esté pasando. - Susurró Colby roncamente, temiendo llorar, temiendo que si lo hacía nunca pararía.

Rafael le echó el pelo hacia atrás con dedos gentiles. Ella tenía unas pocas quemaduras menores, el golpe, y la herida, pero eran sus manos donde había aferrado la barra de metal lo que le preocupaba. Le murmuró suavemente mientras le alzaba las manos hacia la calidez sanadora de su boca. Su lengua se arremolinó en un movimiento sensual, asegurando que el agente sanador le bañara cada ampolla y marca de quemadura. Donde debería haber escocido, Colby sintió una cálido hormigueo que solo consolaba. Quería acurrucarse dentro de él y esconderse donde estuviera segura.

- Tengo que ayudar. - Dijo ella, intentando alejar las manos de él. Apenas podía respirar, el humo estaba profundamente atrapado en sus pulmones. El pecho le ardía y jadeaban en busca de aire limpio.

Rafael señaló hacia Juan Chevez para que viera las chispas que salían del fuego, saltando hacia la casa principal. Sabía que los hermanos Chevez estaban preocupados por él ya que debería haber acudido a la tierra con las primeras luces de la mañana. Podía soportar las horas matutinas si era necesario, pero su fuerza estaba decayendo lentamente y tarde o temprano sucumbiría a las limitaciones de su especie. El sol ya ardía su piel, convirtiéndole en una masa de ampollas, y sus ojos escocían a causa de la luz. Rafael mantenía las nubes en lo alto para ayudar a escudarle, pero el sol se cobraba su peaje. Los hermanos Chevez sabían que le quedaba poco tiempo antes de que su cuerpo tomara el control y quedara completamente vulnerable.

Rafael se inclinó hacia Colby.

- Mírame, querida, debes mirarme realmente esta vez. - Sus ojos negros eran magnéticos, imposibles de ignorar, y Colby los miró bastante impotentemente, sabiendo que estaba cayendo en las oscuras charcas pero incapaz de reunir las fuerzas suficientes para detenerse a sí misma. Rafael tomó posesión de su boca, respirando en su cuerpo, sacando el negro humo alquitranado intentando regular el flujo de aire en ella. Sus manos se deslizaron sobre el cuerpo de Colby, tocando las magulladuras de sus costillas, incluso mientras velaba la presencia de ambos de ojos indiscretos.

Alzó la cabeza reluctantemente, su mirada negro todavía manteniéndola cautiva. Enfocando a la manera de su gente, concentrándose hasta que separó su espíritu de su cuerpo, hasta que fue pura energía, entrando en el cuerpo de ella para ayudarla a sacar el humo y sanar la herida y las quemaduras. La mantuvo bajo se hechizo hasta que estuvo seguro de que cada herida había sido tratada y no había peligro de infección. Ni peligro para sus pulmones. Lentamente, reluctantemente, la soltó. En realidad, con su mente, estaba dirigiendo a varios encargados de los trabajadores y a los que llegaban a la petición de más ayuda.

- Tenemos esto bajo control, Colby. - Murmuró él suavemente. - No te quiero dando vueltas alrededor y poniéndote en peligro. Entrar en el establo fue valiente pero muy estúpido. Ni se te ocurra volver a hacer una cosa así. No puedo tolerar semejante peligro para ti.

Ella se aferró a él solo un momento más, apreciando su fuerza y el aire de completa confianza. No tenía que conocer sus propios sentimientos para admirar la eficiencia y completa autoridad. Este hombre con toda seguridad sabía como conseguir que se hicieran las cosas.

El siguiente par de horas fue una pesadilla, Colby y Paul trataban las heridas de los aterrados caballos mientras los hombres luchaban por evitar que el fuego se extendiera hacia su casa y los otros edificios exteriores. Algunas veces levantaba la mirada para encontrar a Rafael mirándola con su intensa mirada negra. Él parecía estar en todas partes, una máquina trabajando incansablemente a través de las largas horas de la madrugada.

Al fin, cuando el fuego fue reducido a ascuas encendidas y columnas de humos y los animales hubieran sido atendidos, Paul y Ginny acudieron a ellas en busca de consuelo... de

respuestas. Con su pijama andrajoso y chamuscado y humo en la cara, Colby examinó la destrucción.

- ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

Gimió suavemente con desesperación.

- No teníamos posibilidad de salvar el establo. El fuego estaba en todas partes, completamente fuera de control. Ninguna alarma sonó, los aspersores no funcionaron. - Sacudió la cabeza, incapaz de creerlo.

Colby estaba devastada. Catorce de los caballos alojados en el establo, incluido el que Rafael había abatido, no le pertenecían. Estaba arriesgándose y entrenándolos. Eran de valor incalculable par sus propietarios, criados para propósitos específicos. Ahora estaban traumatizados y quemados, cubiertos de cortes y magulladuras y sufriendo por la inhalación de humo, y Colby sería responsabilizada por sus heridas.

Paul le puso los brazos alrededor, un gesto torpe de apoyo incluso mientras sus ojos iban automáticamente hacia la única persona que parecía al control de la caótica situación. Rafael y los hermanos Chevez había luchado mucho y duro junto con los trabajadores del rancho de Sean Everett y el departamento forestal para evitar que todo el rancho ardiera en llamas. Paul no quería que sus tíos le arrastraran hasta un país extranjero lejos del hogar que amaba y temía mucho a Rafael De La Cruz, pero no podía negar que sin ellos lo habrían perdido todo.

Rafael leyó la súplica desesperada en la joven cara de Paul e inmediatamente dijo algo al pequeño grupo de hombres con los que estaba hablando, excusándose fácilmente. Tomó el brazo de Colby, guiándola muy gentilmente a través del patio y escaleras arriba hasta el porche de la casa del rancho. Empujándola gentil pero firmemente hasta el balancín, le sirvió un vaso de agua del cántaro que Ginny había mantenido concienzudamente lleno para los hombres que luchaban con el fuego. Colby parecía deslumbrada.

Levantó la mirada hacia él impotentemente.

- ¿Cómo pudieron no funcionar los detectores de humo? Había varios... ¿Cómo pudieron fallar todos? - Murmuró. - Y los aspersores. Acababa de comprobar los aspersores. ¿Cómo pudo arder el establo entero tan rápido? No lo entiendo.

- Lo averiguaremos, meu amor. - Rafael estaba tomando amablemente una taza de té dulce y caliente que traía Ginny y presionándola entre las manos de Colby. Estás en estado de shock, pequeña, quiero que bebas esto. Ayudará. - Se pasó una mano por el pelo. - Parece como si hubiera empezado con keroseno. ¿Guardabas keroseno ahí?

- ¿En el establo? - Dijo Colby incrédulamente. Inquietamente saltó sobre sus pies. Empujando para pasar junto a la gran forma de Rafael, entró en la cocina. - Nunca guardaría keroseno en el estaba. Realmente debes pensar que soy idiota.

Ella era tan frágil, estaba tan cerca de las lágrimas. Rafael estaba en su mente, leyendo la maraña de emociones, el horror de lo que había ocurrido, los miedos de encarar el futuro y sus frenéticos intentos de juntar las piezas para descubrir qué podría haber ocurrido. La siguió pacientemente, un silencioso felino acechando tras ella.

- Es no es lo que te he preguntado, querida. Te estoy diciendo que creo que el fuego fue provocado. Creo que el jefe de bomberos también crees que ese es el caso. ¿Tienes seguro?

Colby se quedó muy quieta, con la cara medio vuelta hacia él.

- ¿Es eso lo que crees? ¿Que quemaría mi propio establo con los caballos todavía dentro por el dinero del seguro? ¿Es eso lo que estás sugiriendo? - Ondeó una mano para abarcar el patio lleno de vecinos. - ¿Es eso lo que cree todo el mundo? ¿Que sería capaz de dañar a los animales por mi propia ganancia monetaria?

Sus ojos verdes empezaron a arder peligrosamente. - O quizás es eso lo que tú y los hermanos Chevez queréis que piense todo el mundo. Que sería capaz de semejante atrocidad.

Eso ciertamente ayudaría en vuestro caso, si yo estuviera en la cárcel, ¿verdad? Nadie se interpondrá en vuestro camino para conseguir a los chicos.

- Es suficiente. - Pronunció las palabras muy tranquilamente a través de los dientes blancos apretados. Sus ojos negros eran de nuevo fríos como el hielo, su boca una cuchillada implacable. Parecía bastante cruel y rudo haciendo que Colby retrocediera lejos de él, con el corazón palpitando de miedo repentino. - Estás molesta y no sabes lo que estás diciendo. Mejor te quedas callada antes de lanzar acusaciones infundadas. Estás asustando a tu hermana, Colby.

Avergonzada por su falta de control, Colby sacudió la cabeza y miró por la ventana evitando la penetrante mirada de él. No tenía forma de saber que Rafael ya había descubierto la llave de su mente y era bien consciente de que ella era incapaz de semejante acto traicionero como era empezar un fuego en su propio establo lleno de animales vivos.

Rafael se acuchilló junto a Ginny, su tono muy gentil.

- Todo irá bien, menininha. Nadie creería nunca nada semejante de Colby. No parezcas tan asustada.

- ¿Vamos a perder el rancho? - Explotó Ginny ansiosamente. - ¿Vas a llevarnos lejos de Colby y entregar nuestro rancho a ese hombre horrible? - Las lágrimas estaban trazando un camino a través del humo sobre su carita.

- No, amorcito. - La voz de Colby fue extraordinariamente gentil. - No te preocupes, Ginny, hemos visto tiempos peores y los hemos superado. Paul y tú estáis vivios e ilesos, esos el todo lo que realmente importa. - Incluso en su desasosiego, era reconfortante.

- ¿Qué hombre horrible, Ginny? - Preguntó Rafael, su negra mirada buscando y encontrando a la niña con una firme compulsión para que le respondiera.

- Todo va bien. - Interrumpió Colby, sonando cansada incluso a sus propios oídos. Extendió la mano hacia Ginny en un intento de romper la mirada fija que Rafael tenía sobre ella.

Rafael se deslizó sin moverse aparentemente, manteniendo su cuerpo insertado entre Colby y Ginny. La pequeña levantó la mirada hacia él confiadamente.

- Quiere quitarnos nuestro rancho. Siempre está viniendo y pidiendo a Colby que le dé dinero. - Se inclinó más cerca confidencialmente. - Quiere casarse con ella. Le oí decir que no perderíamos el rancho si ella cooperaba.

- ¡Ginny! - Colby habló mucho más afiladamente de lo que pretendía, totalmente humillada una vez más. Rafael De La Cruz era la última persona que necesitaba saber de sus asuntos. Durante un momento se cubrió la cara con las manos. Se había acostado con él. Acostado con él. Ni siquiera eran las palabras correctas para lo que habían hecho juntos. Un completo desconocido, le había permitido tocarla, devorarla. Le había tomado dentro de su cuerpo. Se sentía desnuda, vulnerable y lentamente bajó las manos para encontrarse con sus ojos negros. La había poseído, marcado, y ella había estado muy ansiosa por su cuerpo, por su toque. Habría hecho cualquier cosa por él. Dios, le había suplicado. Gritado y nombre una y otra vez en su mente. ¿Qué le pasaba?

Rafael liberó a la niña de su trance, descansando la mirada pensativamente sobre la cara de Colby. Los ojos de ella estaban vivos de orgullo, pero él era una sombra en su mente y podía leer su humillación y miedo. Rodeó la frágil muñeca con su fuerte garra, cuidando de mantener su enorme fuerza bajo control.

- ¿Quién es ese hombre que ha mantenido una amenaza sobre tu cabeza de tal manera? - Lo dijo suavemente, sus dientes muy blancos y casi lobunos. Era demasiado consciente de que el tiempo se le escapaba. Había empujado su aguante mucho más allá de lo normal para estar con Colby.

- No es asunto tuyo. - Colby intentó retorcerse para liberarse, sintiéndose tonta aunque el no parecía notarlo. - Estoy demasiado alterad para hacer frente a un interrogatorio ahora

mismo. - Murmuró rebelde, luchando por contener las lágrimas. No ayudó a su paz mental notar que sus varias heridas no habían dolido desde que Rafael la había atendido antes.

El aliento de Rafael salió en un lento siseo.

- Me responderás, Colby. - Era una orden, su voz tan baja, tan envuelta en terciopelo, que la sintió en vez de oírla. Con todo, era una pura amenaza. Sus brillantes ojos negros no parpadearon ni una vez.

- De acuerdo entonces. - Incitada más allá de lo soportable, su control normal roto en pedazos, Colby le miró. - Cometí un enorme error cuando mi padre estaba enfermo. Necesitábamos dinero. Todo el mundo sabía que él estaba enfermo, el banco no nos prestaría nada. No podía mantener el rancho en funcionamiento porque él me necesitaba. Había demasiadas facturas. Los chicos necesitan ropa para la escuela. - Su barbilla estaba alzada beligerantemente. - Tenía solo diecinueve años, nadie se hubiera arriesgado a prestarme el dinero y el banco no nos concedería otra hipoteca a causa de las facturas del hospital y la parálisis de mi padre. Era medianamente de conocimiento común. - Tironeó de su muñeca otra vez. - Odio esto, contarte esto.

Ella no tenía que contárselo, podía "ver" los recuerdos en su mente. Había amado a Armando Chevez con la misma feroz lealtad y pasión que daba a los niños. Para Colby, Armando Chevez había sido su padre, con o sin sangre. Apesadumbrada por la muerte de su madre, todavía había tomado la tarea de ocuparse de su padre paralizado, dos niños, y el enorme rancho. Había estado muy asustada, sin nadie a quien recurrir y todo el mundo dependiendo de ella.

Rafael lo lamentó por ella, sus ojos ardieron con una emoción poco familiar. Tiró de su muñeca hasta que el cuerpo de ella descansó cerca del refugio protector del suyo. Necesitaba consolarla incluso más de lo que ella necesitaba el consuelo. Colby se retorció para liberarse y tiró para abrir la puerta de la cocina. Se movió con ella como una pareja de baile, grácil, fluido, pura energía. No hizo ningún sonido sobre el suelo de azulejo.

Colby le miró sintiéndose atrapada y muy vulnerable.

- Pedí prestado el dinero a un vecino. Sabía como era él, pero lo necesitábamos. Envié la carta a la familia Chevez primero, ellos eran nuestra última esperanza, pero no hubo respuesta. Acudí a Clinton Daniel y le pedí prestado el dinero que necesitábamos para seguir funcionando. - Cuando él continuó mirándola se encogió de hombres. - No era estúpida... sabía que él quería el rancho, y sabía que era responsable de que el banco me volviera la espalda. Y también sabía que nos daría tiempo si pensaba que podría tener una posibilidad conmigo. - Sus ojos verdes dudaron, la culpabilidad crepitó en ellos. - Cogí el dinero y me las he arreglado para cumplir con los pagos cada mes desde entonces, pero tenemos un pago global vencido. A menos que pueda vender parte de nuestra tierra rápidamente, perderemos el rancho. Desafortunadamente no es tan fácil cuando el rancho es parte de un aval.

Paul los había seguido a la cocina con la pretensión de servirse una taza de café. Colby tenía que estar destrozada por los eventos de la mañana para revelar semejantes detalles personales un hombre al que ni siquiera conocía. Tenía que estar en estado de shock. Se dio la vuelta, listo para enderezar las cosas. - Hace que suene como si se hubiera vendido a sí misma. Todo lo que hizo fue mantenernos en pie cuando nuestra familia no se molestó siquiera en contactar con nosotros después de que papá muriera. Trabajó duro para sacarnos de las deudas, ¡hizo más de lo que podrían haber hecho dos hombres! ¡No tiene nada de lo que avergonzarse!

- Comprendo que tu hermana es tan terca como una mula. - Dijo Rafael desagradablemente. - Pero tenía mejor opinión de ti, chico. Deberías haberme hablado a mí o a tus tíos de esto inmediatamente en vez de permitir que tu hermana se matara a trabajar. - Su voz fue muy bajo, pero había en ella un latigazo.

- ¡No te atrevas a hablarle así! - Colby volvió a la vida sus ojos verdes llameaban. Irradiaba furia, sus puños ya apretados a los costados. Incluso dio un paso hacia Rafael.

Él sintió la oleada de poder vibrando en el aire. Era tan fuerte que varias cacerolas que colgaban de ganchos se balancearon, tintineando y haciendo que ella las mirara alarmada. Su piel palideció bajo la capa de hollín e inmediatamente tomó un profundo aliento para calmarse.

La diversión caldeó los ojos de Rafael.

- Piénsalo dos veces, pequeña, antes de lanzarte sobre mí. Si me haces daño, ¿cómo voy a firmar el cheque?

- ¿Nos prestarás el dinero? - Paul jadeó ansiosamente.

- De ninguna forma, Paul, absolutamente no. - Colby estaba ultrajada ante la idea. - No voy a vender mi alma al diablo, ni siquiera para mantener el rancho. - ¡A ningún precio! - Se sentiría como una prostituta, ¿y cómo podía explicar eso a Paul o Ginny?

- No tienes ni rastro de modales. - La voz baja de Rafael era súbitamente acero envuelto en terciopelo. Un músculo saltó a lo largo de su mandíbula. - La verdad es que ya has hecho un trato con el diablo y te guste o no, necesitas ayuda.

Su barbilla se alzó hacia él, sus ojos verdes vivos de orgullo.

- No de tí o de la familia Chevez. Tuvisteis vuestra oportunidad de ayudarnos y permitisteis que mi padre muriera.

Las advertencias sonaron en el cerebro de Paul. Colby era bastante capaz de intentar poner a De La Cruz de patitas en la calle. No podían permitirse hacer de Rafael un enemigo.

- Un momento, Colby, me gustaría oír bien a este hombre. ¿Qué clase de términos estás ofreciendo?

Colby miró a su hermano.

- Cuales quiera que sean los términos, no podremos afrontarlos. ¿Paul, no has aprendido de mis errores?

- Yo quiero oírlos. - Insistió Paul testarudamente, probando que era exactamente como su hermana mayor cuando la situación lo requería. - ¿Crees que no sé que consigues alrededor de cuatro horas de sueño en una noche? Mírate, Colby, estás adelgazando.

- Muchas gracias. - Espetó ella, otra vez humillad. - Si vosotros dos me perdonáis, voy a darme una ducha. - Colby rozó a Rafael, su cuerpo esbelto se estremecía de desaprobación. No pudo mirarle al decir "ducha", cuando la atención de Rafael estuvo de repente sobre su cuerpo. Podía sentir el peso de su mirada sobre ella, podía recordar la sensación de su boca. Las manos de Rafael habían estado por todas partes sobre ella, dentro de ella. Su boca, su lengua, su cuerpo. Había pronunciado su nombre, le había rogado, suplicado más de su posesión. Una y otra vez. Había ardido por él toda la noche. Todavía ardía por él.

El agua caliente escoció sus manos y las pequeñas quemaduras que no había notado es en sus brazos y piernas. Volvió la cara hacia arriba para dejar que el agua lavara las indeseables lágrimas de su cara. Estaba exhausta, ya había pasado media mañana, y sus labores esperaban. Todo estaba esperando. Se lavó el humo del pelo, temblando incontroladamente todo el rato. ¿Por qué había hablado a De La Cruz sobre la hipoteca? Esa sería solo un arma más en el creciente arsenal que podría utilizar contra ella. ¿Y qué había dicho él? ¿Alguien había provocado el fuego? Con los caballos dentro del establo, ¿alguien había provocado deliberadamente el fuego?

Se secó lentamente, dándole vueltas en la cabeza. Era difícil de creer, pero dudaba que Rafael hubiera mentido sobre ello. Obviamente si el incendio era provocado como se sospechaba, habría una investigación a gran escala. Ella sería la sospechosa número uno. Todo el mundo sabía que necesitaba dinero. Colby gimió suavemente y sacó un par limpio de descoloridos vaqueros Levi's. ¿Por qué querría alguien quemar su establo? El dinero del

seguro no cubriría sus pérdidas completamente, y mucho menos sería bueno para cualquier otro.

¿Lo había hecho ella? Colby se sentó lentamente sobre la cama. ¿Podía haberlo hecho ella? ¿Podía haber empezado el fuego inadvertidamente sin saberlo? ¿Era posible? Había estado en el establo más temprano por la noche con Rafael. Recordaba la oleada de poder apresurándose a través de su cuerpo como una bola de fuego. La fuerza de ella había llenado su habitación. Había ardído por él toda la noche. Demasiado poder y energía. Colby se presionó una mano temblorosa sobre la boca.

Ahora estás siento verdaderamente tonta, querida, tú no podrías haber hecho esto. Si tus poderes hubieran empezado el fuego, habría sido combustión espontánea, no keroseno empapando las paredes. Esto fue deliberado. Sé lo que son los monstruos, Colby, y tú no eres uno de ellos. Ven aquí y rescátame de estos niños. Tienen miedo e intentan ser valientes por ti. Necesitan que los tranquilices.

Colby se enderezó, encontrando su reflejo en el espejo. Sus ojos eran enormes, el verde vívido de sorpresa. Rafael De La Cruz tenía tremendos talentos. Ya no podía negar que había entre ellos una conexión. Un fuerte conexión. No podía fingir que no le estaba oyendo hablarle, mente a mente. No podía fingir que cada vez que se acercaba a ella, incluso en medio de una crisis, su cuerpo reaccionaba al de él. De repente, en el espejo, sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa. Él podía leer sus pensamientos. No estaba hablándole simplemente, estaba respondiendo a sus pensamientos. ¡Y ni siquiera estaba en la misma habitación que ella!

Colby se sentó muy quieta, temiendo moverse. Podía oír su corazón latiendo ruidosamente en los pequeños confines de su dormitorio. Fue entonces cuando comprendió que estaba oyendo mucho más que su corazón. Podía oír a los hombres en el patio, sus conversaciones, el continuo pasear inquieto de los caballos. Podía oír los insectos zumbando. Peor aún, podía oír los susurros provenientes de los bomberos cerca del establo. Se presionó las manos sobre las orejas, temiendo de repente estar perdiendo la cabeza.

Esta vez le sintió, el movimiento de una sombra en su mente. Una calidez la inundó, confort, una tranquilidad consoladoras que él proyectaba. Este es un don como cualquier otro. Trabaja con él durante unos momentos. Puedes controlar el volumen con tu mente, Colby. No hay nada que temer. Baja el volumen hasta que estés cómoda.

¿Qué está ocurriendo? La pregunta brilló en su mente, una súplica de ayuda en medio de la locura de su mente. No solo la audición. Todo lo que estaba sintiendo. Incluso su atracción por él era extraña. No confiaba en ella. Era demasiado violenta, demasiado apasionada, cuando él ni siquiera le gustaba. También ella estaba tocando su mente y sintió su terrible cansancio. La necesidad de su cuerpo de cesar todo movimientos. Su piel ardía dolorosamente y sus ojos escocían como si los estuvieran perforando con agujas candentes. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué sientes tanto dolor? De repente estaba muy, muy asustada por él.

- ¿Colby? - Paul llamó a la puerta vacilantemente. - ¿Estás bien? - Abrió la puerta lo suficiente como para asomar la cabeza dentro.

Viendo su cara joven y preocupada, la preocupación desnuda por ella, Colby sintió que su fuerza y resolución volvían más fuerte que nunca.

- Resisto, Paulo. - Le tranquilizó suavemente. - ¿Y tú qué? - Respóndeme. Podría gritar si no sabía que Rafael iba a estar bien. ¿Se había quemado?

- Creo que me golpeará esta noche o mañana. Todavía estoy en estado de shock. - Paul cruzó el suelo de su cuarto para echarle el pelo hacia atrás por la frente. - Tienes moretones por todas partes. - Señaló su muslo envuelto en los vaqueros. - ¿El corte era malo? Había un montón de sangre. - Señaló hacia afuera en un intento torpe de demostrar su amor.

Estoy bien. Es bueno que te preocupes.

- Soy dura, Paul, y he sido pateada por caballos y tirada al suelo con mucha más fuerza que eso. ¿Qué hay de Ginny? ¿Cómo lo lleva? - Rafael tenía razón, si se concentraba, Colby podía bajar el volumen de su audición y el asalto a sus sentidos disminuía. No podía dejar de pensar en él, no podía evitar que su mente intentara sintonizarse con la de él.

- Ginny tenía comida y bebida preparada para las tropas. - Dijo Paul. Se aclaró la garganta. - Creo que será mejor que salgas ahí. El jefe de bomberos quiere hablar contigo. Sean Everett averiguó algunas cosas que deberías saber. Había contenedores de keroseno, ennegrecidos, dentro del establo.

Colby asintió y siguió silenciosamente a su hermano de vuelta a la cocina. Tomó un profundo aliento para permanecer firmemente controlada.

- Alguien los colocó entonces. - Dijo las palabras en voz alta para probarlas. Era tan imposible de creer. - ¿Quién haría semejante cosa?

Sean sacudió la cabeza.

- No sé, Colby, pero el sistema de alarma estaba completamente desmantelado y los aspersores fueron toqueteados. Quien quiera que fuera fue muy profesional, muy concienzudo. Fuimos afortunados de salvar el granero y los edificios exteriores.

Se hizo un largo silencio mientras Colby digería las implicaciones de sus palabras. Alzó la cabeza, miró alrededor hacia el círculo de sombrías caras masculinas, a los rasgos pálidos de Paul y a la pequeña Ginny acurrucada inseguramente en una esquina. Rafael permanecía alto junto a ella, su cuerpo escudando a la jovencita protectoramente de los ojos de los hombres de la habitación.

Instantáneamente avergonzada de sí misma, Colby acunó a Ginny contra ella y rozó la frente mugrienta de su hermana con un beso tranquilizador.

- Creo que esto ha sido suficiente excitación para tí, cariño. - Dijo firmemente. - Gracias por toda tu ayuda, el café y la comida para todo el mundo. Yo nunca habría pensado en ello. Toma un ducha y vuelve a la cama unas pocas horas. Vamos a tener un montón de trabajo duro reparándolo todo. - Colby miró hacia Rafael. Gracias por cuidar de ella.

Al instante sintió el roce de unos dedos sobre su cara, la más pequeña de las caricias, aunque Rafael no se había movido, no la había tocado físicamente. Podía ver la fatiga tallada en su cara. Sus ojos estaba cubiertos por unos gruesas gafas negras, las lentes eran tan oscuras que no podía ver a través de ellas. Colby podía sentir todavía lo cansado y drenado que estaba, el dolor que sentía, aunque lo sentía alzar una barrera para que ella no pudiera sentir su dolor real. Podía ver que los hermanos Chevez estaban preocupados por él. Permanecían en un apretado nudo delante de la ventana, sus caras ansiosas mientras observaban a Rafael.

- ¿Qué podemos hacer? - Ginny imploraba. - Perderemos el rancho.

- No, gallinita. - La mirada de Colby saltó para encontrar la de Rafael sobre la cabeza de la niña. - No perderemos nuestra casa. Corre ahora, estaré ahí para arroparte.

Tranquilizada, Ginny recorrió el vestíbulo hacia su dormitorio. Paul no podía ser enviado a la cama, aislado de las malas noticias o los sobresaltos. Altamente inteligente, mostraba su sentido de la responsabilidad en casi todo lo que hacía.

- Colby. - Empezó Ben, alzando una mano para detenerla antes de que pudiera hablar. - Nadie cree que tú empezaras el fuego. Te conocemos de toda la vida. Podías quemar tu propio establo si estuvieras lo bastante loca, pero no por el dinero del seguro y no con los caballos dentro. Sin embargo alguien lo hizo. ¿Quién podría beneficiarse?

- ¿Tienes algún enemigo? - Preguntó Rafael tranquilamente.

Su mirada verde saltó hasta la cara de él, su barbilla alzada beligerantemente. No hasta recientemente. Rafael había pasado la noche con ella en el rancho. No había estado allí cuando se había despertado. La idea llegó inesperada, indeseada.

Cuídate mucho de decir cosas que no podrás retirar, meu amor. No envenenes la mente de tu hermano contra sus tíos o contra mí. Eres más lista que eso.

Parte de ella podía sentir que estaba perdiendo la cabeza.

- No que yo sepa.

Sean se frotaba el puente de la nariz pensativamente.

- Has acaparado el noventa por ciento del negocio de entrenamiento de caballos por aquí. Cualquiera que quisiera trabajar con caballos estaría pasando una mala racha.

- La mayor parte de los rancheros desbravan y entrenan a sus propios caballos. En cualquier caso, la mayor parte de los rancheros son de ranchos de ganado. No veo como podría estar pisándoles el terreno entrenando caballos. Lo he hecho durante años.

- ¿Y que hay de ese hombre, Daniels, del que me hablaba Ginny? - Rafael se enderezó de donde estaba apoyado casualmente contra el fregadero, un movimiento fluido de pura gracia y poder. - ¿No tendría probabilidades de ganar el rancho?

- Clinton Daniel es quizás el mayor gusano del mundo, pero es un hombre rico. No le importa tener este rancho o no. Desearía que fuera así de simple.

Julio Chevez se aclaró la garganta.

- Don Rafael, el sol se está alzando y ha estado levantado toda la noche. Quizás Juan y yo deberíamos quedarnos aquí y ocuparnos de todo mientras usted vuelve con el Señor Everett en el helicóptero. - Sugirió.

Colby le miró, por primera vez notó realmente el parecido con su hermano, Armando Chevez. También notó que estaba nervioso, muy nerviosos, y que tenía algo que ver con Rafael De La Cruz. Estudió a los hermanos Chevez. Eran hombres guapos como lo había sido Armando, como seguramente lo sería Paul. Obviamente eran ricos por derecho propio, y muy educados. Ambos estaban estudiando a Rafael cuidadosamente, y ambos estaban definitivamente tensos.

Rafael extendió la mano delante de todo el mundo, su palma se cerró posesivamente sobre la nuca de Colby.

- Permitidme dejar claro que esta mujer y estos niños están bajo mi protección. Deben saber que de sobrevenirles cualquier cosa, tomaré en mi mano la caza de la persona responsable. - Pronunció las palabras casi formalmente, como si fueran un ritual que ella no entendía. Pero si ella no lo hacía, los hermanos Chevez si. Se miraron el uno al otro intranquilamente y uno hizo la señal de la cruz, incluso mientras asentía su conformidad con esas palabras.

Rafael se inclinó más cerca de ella.

- Querida, me ocuparé del papeleo legal y volveré tan pronto como sea posible. Debes intentar comer algo. - Incluso a través de las lentes oscuras podía sentir su mirada penetrante e hinoptizante. Tan cansada como estaba, Colby estaba temiendo caer hacia adelante y ahogarse en la fuerte personalidad de Rafael. Sin volver la cabeza, Rafael asintió suavemente. - Paul, indica a Ginny que haga una sopa de verduras e insiste en que Colby la coma. Ninguno de vosotros debevagar demasiado lejos de la casa en mi ausencia. Juan y Julio os ayudarán en el trabajo de hoy.

Colby intentó sacudir la cabeza.

- Eso no será necesario.

El pulgar de él se movió sobre su pulso en una larga y lenta caricia que hizo que su sangre palpitara.

- Es necesario, meu lindo amor, ya que no puedo hacer otra cosa que proteger lo mío. - Bruscamente la soltó, su mirada negra encontrando y reteniendo a los hermanos Chevez. - Hablaréis conmigo mientras voy hacia el helicóptero. - Rafael había rodeado el sitio del incendio, estudiándolo con más que los sentidos humanos. La mancha del no-muerto estaba allí, pero el vampiro no había sido el que empezara el fuego. Podía haber sido su voluntad, pero no había llevado a cabo realmente el trabajo. Rafael no tenía forma de fijar el olor del incendiario cuando tantos voluntarios habían aparecido para luchar con el fuego. Los

hombros, que venían de varios ranchos y del pueblo, habían estado en todas partes. Solo podía esperar a la próxima vez, y Rafael estaba seguro de que habría una próxima vez. Podría estar indefenso, atrapado en la tierra, pero se ocuparía de que Colby estuviera protegida mientras él dormía.

Las cejas de Paul se alzaron mientras observaba la pequeño grupo de hombre caminando hacia el helicóptero, Sean hablaba ansiosamente con el jefe de bomberos, Rafael y los hermanos Chevez permanecían a una distancia. Rafael tenía el brazo posado afectuosamente sobre los hombros de Julio, pero obviamente les estaba dando órdenes.

- ¿Proteger lo que es mío? ¿Qué significa eso, Colby?

Ella había subido de nuevo el volumen de su audición, encontrándola ahora una herramienta útil.

- Ssh, solo un minuto. - Podía oír al jefe asegurando a Sean Everett que estaba seguro de que Colby no había empezado el fuego y agradeciéndoles su ayuda. Pero no podía oír lo que Rafael estaba diciendo a los hermanos Chevez. Y extrañamente, no podía oir lo que ellos le decían a él. Pero estaban hablando sobre Paul, Ginny y sobre ella. Estaba muy segura de eso. - ¿Confías en él, Paul, lo suficiente como para poner el rancho en sus manos? Porque si aceptamos su dinero, eso será exactamente lo que estaremos haciendo.

Rafael De La Cruz se quitó las gafas oscuras y giró la cabeza para mirarla directamente con sus brillantes ojos despiadados. Ella se estremeció y se acercó más a su hermano en busca de protección. El helicóptero era muy ruidoso, pero sabía que él había oído su pregunta a Paul. Colby alzó la barbilla hacia él, fingiendo no sentirse intimidada. Pero lo estaba. Los hermanos Chevez no eran sirvientes. Eran ricos hombres de negocio, hombres fuertes y orgullosos. Sabían de ganado y obviamente trabajaban sus ranchos. Aunque habían exhibido signos de algo muy cercano al miedo cuando Rafael había hablado. ¿Quién era él para tener semejante efecto sobre ellos?

- Si vuelve en los términos que me dijo, no habrá problema. - Dijo Paul. No dijo que tuviéramos que marcharnos a algún otro país, será un préstamo en toda regla. Por supuesto, tendrás que revisarlo todo cuidadosamente, solo veo que no tenemos muchas elecciones.

- Tienes razón, Paul, eso es lo que resulta tan horrible. Y él no es hombre que de algo a cambio de nada. - Se había acostado con él, sus manos habían estado sobre su cuerpo mientras tomaba posesión de ella una y otra vez. - Incluso si nos presta el dinero de la hipoteca, ¿dónde vamos a levantar un nuevo establo? Todos los caballos están hechos un desastre, sus propietarios van a estar molestos, y con razón. Y Shorty... ¿qué voy a decirle? Butane era su esperanza en la lazados del becerro. Ahora está muerto. Shorty no será comprensivo con lo de que el fuego fue provocado. - Estaba divagando y lo sabía. Normalmente habría escudado a Paul de sus miedos, pero necesitaba hablar, pensar en voz alta. Mantener su mente lejos de la sorprendente noche que había pasado con un perfecto desconocido. Evitar pensar que alguien los odiaba lo suficiente como para quemar un establo lleno de caballos. Evitar demorarse en el violento asesinato de Pete.

- Como siempre nos dices tú: cada cosa a su tiempo. - Le recordó él. - Superamos la muerte de mamá. Y superamos el que papá estuviera confinado en cama. Y después superamos su muerte. Podemos hacer esto también, Colby. Solo estás cansada.

El sol de la mañana lucía brillante, manteniendo la oscuridad a raya un día más. Sonrió ante eso, sabiendo que la vida del rancho continuaba sin importar el drama. Los animales tenían que ser alimentados y abrevados. El mundo no se detenía porque Colby Jansen estuviera cansada y deprimida. Ni siquiera porque su pequeño rincón del mundo se balanceara al borde del desastre.

Observó como el helicóptero se elevaba hasta que fue un pequeño punto en la distancia, después se giró para mirar hacia las humeantes ruinas de su establo. Era casi demasiado para comprender. Lentamente Colby se sentó en el balancín del porche, abrazándose las rodillas,

descansando la cabeza sobre las piernas. ¿Quién podía odiarles tanto? ¿Quién podría haber hecho tal cosa? Primero Pete y ahora esto. Gimiendo suavemente enterró la cara entre las manos. Tenía que tener un establo. ¿Un préstamo del banco? ¿Y si aceptaban el dinero de Rafael y el préstamo era ejecutado... ?

Paul pasó una mano sobre su esbelto hombro.

- Deja de sentarte aquí fuera mirándolo, te volverás loca. Entra y come algo, o al menos duerme una hora o dos. Rafael dejó a esos dos hombres, mis... - Se interrumpió.

- Tíos. - Insertó ella firmemente. - Bien podríamos tomarnos tiempo para llegar a conocerlos. - Su voz de suavizó. - Se parecen un montón a papá. - Y Rafael se había ido. De su vista. Se había ido. Su cuerpo dolía, magullado en lugares que ni siquiera había conocido, recordándole continuamente su posesión. El corazón le palpitaba y tamborileaba en los oídos, en la garganta. La pena fluyó, una presión firme en su pecho. Quería creer que era pena por su establo quemado, por la pérdida de un animal, pero se temía que fuera por su separación de Rafael De La Cruz.

CAPITULO SIETE

Paul se pasó una mano sobre la cama y miró los rastros negros dejados en sus dedos.

- Voy a tomar una ducha primero. Si voy a pasar tiempo con parientes, lo menos que puedo hacer es tener una apariencia medio decente. Ya sabes como era papá con los detalles.

- Nunca olvidar las pequeñas cosas. - Repitieron ambos a coro, después rieron. El sonido fue sorprendente en medio del olor ahumado de su establo arruinado.

- No te preocupes tanto. - Paul se inclinó e inesperadamente le dio un beso en la coronilla. - Podremos con esto justo como hacemos con todo.

Colby le observó desaparecer en el interior de la casa, su corazón lleno de amor por él. Paul no comprendía las implicaciones de ambos incidentes sobre el rancho. Todas las pequeñas molestias como la desaparición de herramientas podían ser consideradas pequeños hurtos o cosas mal colocadas. La verja rota y las vallas derribadas podían haber sido a causa de la vejez. Podías descartarlas como coincidencias. Pero el asesinato de Pete y el que alguien quemara su establo no podía ser tan fácilmente descartado. De algún modo estaban conectados. Y eso significaba que Paul y Ginny podrían estar en peligro.

Bajó algunos escalones, su mirada sobre los hermanos de Brasil. Estaban hablando tranquilamente el uno con el otro, todavía a alguna distancia. Sin la protección de Rafael podía oírlos claramente y escuchó desvergonzadamente a escondidas. Estos hombre habían venido desde miles de millas para reclamar a Paul y Ginny, tomar posesión del rancho. No creían que una mujer debiera ocuparse de un negocio semejante. No sabía nada de ellos, y solo Dios sabía si eran capaces de las terribles atrocidades cometidas sobre su propiedad. Ambos hablaban en portugués, pero Colby había aprendido el idioma de su padrastro.

Era el llamado Juan quien habló.

- Nunca le había visto así antes. Con nadie. Nicolás y Rafael nunca toleran estar lejos de nuestro hogar mucho tiempo. Y me agradeció mi ayuda. Puso su brazo alrededor de mis hombros. No recuerdo ni una sola vez en la que haya hecho algo semejante en toda mi vida.

- Conmigo hizo lo mismo. - Respondió Julio. - Aquí hay algo diferente y creo que es Colby. No está bien, Juan. Ellos necesitan la libertad del bosque pluvial, lejos de tanta gente. Nicolás ha ido a la hacienda para estar solo, pero Rafael no se marchará ahora. - La voz de Julio traicionaba su preocupación.

- No sé que está pasando, pero aquí él es diferente. No es tan frío, aunque es más peligroso. Y yo también creo que es Colby. Habrá sangre y muerte si esto no se resuelve. Ahora debemos estar vigilantes día y noche. - Añadió Juan.

Colby se detuvo en los escalones, sus dedos se cerraron firmemente alrededor de la barandillas hasta que los nudillos se le volvieron blancos. ¿Sangre y muerte? ¿Se estaban refiriendo a Rafael? ¿Tan capaz era de provocar sangre y muerte que estaba tan obviamente preocupados? Dejó escapar el aliento lentamente. Rafael había sido maldecido con inesperados talentos justo como ella. Los dones especiales no siempre eran fáciles de controlar, especialmente cuando uno estaba rodeado por demasiada gente. Las emociones jugaban una tremenda parte del asunto. Ella había "hecho" cosas antes, cuando era mucho más joven. Había estado molesta y prendido fuegos solo mirando furiosamente algo durante demasiado tiempo. Había sido responsable del terrible derrumbamiento que había bloqueado la entrada de la mina y la había atrapado durante tantas horas. Habían sido accidentes, errores, y verdaderamente aterradores.

Colby podía entender por qué Rafael no quería estar rodeado de gente y por qué prefería la libertad de la selva.

El bombardeo continuo de olores y sonidos sobre los sentidos intensificados era difícil y agotados. Ella adoraba las montañas y necesitaba su paz. El hermano, Nicolás, debía tener los mismos talentos. Ambos habían parecido notablemente fríos y crueles cuando los había conocido por primera vez. No le gustaba Nicolás, pero Rafael... Dio una vuelta para inspeccionar los caballos. Su corazón dio un curioso y pequeño vuelco. El calor recorrió su cuerpo. No tomaría aún una decisión sobre él.

Pensó en la forma en que sus ojos la miraban con un hambre tan intensa. Entonces no habían parecido fríos. Y ahí estaba la forma en que se había comportado con Ginny. Amable y cariñoso. Protector incluso. Rafael tenía habilidades curativas. Había trabajado con los animales después de ella. Sus manos habían sido rápidas y seguras, los caballos se mostraban tranquilos alrededor de él mientras les susurraba. Pero después y una vez más, Rafael pareció tan frío como el hielo, tan intimidante como un felino de la jungla acechando a su presa.

Colby examinó de nuevo los caballos. Las quemaduras tenían mejor aspecto y los caballos estaban menos nerviosos. Todos ellos mostraban todavía signos de trauma, temblando, sudando incluso, pero ninguno mostraba signos de inhalación de humo. Pasó una hora con ellos, examinando las heridas y consolándolos. El peligro de infección era alto y tomó nota mental de llamar al veterinario una segunda vez solo para asegurarse de que estaban haciéndolo todo bien. Los animales estaban acostumbrados a ella y confiaban en ella. Era obvio que se sentían reconfortados por su presencia.

Colby era consciente de que los hermanos Chevez estaban trabajando en alimentar y abrevar a los animales. Eran buenos trabajadores, no se sentaban en el porche malhumoradamente porque se les había ordenado quedarse y vigilar a los niños. Parecían poderosos por derecho propio, pero hacían lo que Rafael ordenaba. ¿Por qué decidirían hacer lo que él decía? ¿Era por propia voluntad? ¿O le tenían miedo?

Colby fue hasta el corral para ensillar uno de sus caballos de trabajo. Lo hizo con la facilidad de la larga práctica, pero estaba tan cansada, habría utilizado la telequinesis si los hermanos Chevez no hubieran estado observándola tan atentamente. Juan vagó hasta allí para apoyar su peso casualmente contra la verja. De cerca de parecía tanto a Armando que temía que si le miraba podría echarse a llorar. Se estaba volviendo demasiado emocional. No era seguro.

- ¿Qué puedo hacer por usted? - No permitió que sus miradas se encontraran.

- ¿Qué caballo debo utilizar? - Lo preguntó gentilmente.

Su acento y su voz se parecían mucho a los de su padrastro. Apartó la mirada de él para dirigirla sobre la grupa de su caballo hasta las oscuras estribaciones. Eran oscuras incluso con el sol brillando.

- ¿Está planeando seguirme?

- Si, senhorina... si. Podría no ser seguro montar a caballo. Don Rafael dijo que estaba usted bajo su protección. Eso no es poca cosa. En cualquier caso, la familia de mi hermano es mi familia. Deseo cuidar de su seguridad.

Colby pensó en discutir pero una mirada a sus rasgos decididos le dijo que no supondría ninguna diferencia, simplemente la seguiría. Por otro lado, sentía curiosidad. Gesticuló hacia un pinto.

- Es un caballo estable, y hay una silla en el granero que puede utilizar. - Había sido la silla de su padre, pero no le dijo eso. No había pensado en todos los arreos que habían perdido, incluida la silla hecha a medida de Ginny. Ginny no había dicho ni una palabras. ¿Cómo podría reemplazar Colby la silla alguna vez?

Colby hizo a un lado la necesidad de explotar de dolor y pena. ¿Quién ha hecho esto? Rafael había estado en el cuarto de los arreos con ella. Y King, el perro de Ginny. ¿Por qué no había ladrado? Le había enviado al granero a dormir. Le había vista más temprano en la mañana observando a los bomberos. No había ladrado cuando Rafael había venido a visitarla. Recordaba eso claramente. Cautelosamente se encasquetó el sombrero sobre los ojos y lanzó una rápida mirada a Julio. Presumiblemente se estaba quedando a cuidar de los niños. ¿Confiaba en él?

Mientras Juan estaba ensillando al pinto, ella desmontó y se apresuró por el patio de vuelta a la casa. Paul y Ginny habían vuelto a la cama y estaban durmiendo, King estaba enroscado sobre la cama de Ginny. Colby emitió al perro una orden firme de guardarlos. El collie estaba bien entrenado y sabía que los alertaría si Julio se acercaba a la casa. En el último minuto se enfundó la pistolera que con frecuencia utilizara cuando comprobaba las cercas. Algunas veces el ganado pisaba un agujero de ardilla y se rompía una pierna, otras veces les mordían las serpientes cascabel. Necesitaba llevar el arma por si había una emergencia. Cogiendo su rifle se apresuró a volver a su caballo. Esta vez Juan estaba listo y sobre la silla. Parecía haber nacido para montar, fácil, natural, un jinete fluido. Arqueó la ceja cuando vio el rifle pero no dijo nada.

- Mi hermano era un excelente jinete. - Dijo, leyendo fácilmente la pena en sus ojos mientras veía la forma en que se movían en la silla. - Incluso siendo el más joven podía tomarnos la delantera a la mayoría de nosotros.

Colby apartó la mirada de él rápidamente, tragando el nudo de su garganta.

- Solía colocarme delante de era cuando era solo un bebé y montábamos juntos por todo el rancho. Él me enseñó a montar.

- Llevas a cabo el mismo ritual que hacía siempre él antes de montar tu caballo. - Juan sonrió ante el recuerdo. - Acostumbrábamos a gastarle bromas sobre eso. Siempre palmeaba el cuello del caballo y pasaba la mano a lo largo del pecho y por las patas delanteras, le palmeaba una segunda vez, después se balanceaba y montaba, la mayor parte de las veces sin utilizar siquiera los estribos.

Colby sintió ascender el recuerdo, vívido y doloroso. Armando había sido un jinete asombroso y adoraba a los animales. Había inspirado ese mismo amor en Colby. -

- Era increíble con los caballos. - Dijo ella. - Nunca he visto a nadie mejor.

- Él querría que sus hijos conocieran a su familia. - Dijo Juan, su voz amable.

Colby se inclinó hacia abajo para abrir una verga.

- ¿Que espera, que simplemente les entregue a mis hermanos? ¿A perfectos desconocidos? ¿Tan mala idea tiene de mí que cree que permitiría que unos desconocidos arrastraran a mi familia a un país extranjero? Dígame, ¿lo haría usted?

Juan se echó el sombrero hacia atrás.

- No, senhorita, nunca entregaría a mi familia a gente que no conociera. Armando nos escribió desde su lecho de muerte para que viniéramos a por sus hijos. Todos sus hijos. Fue su

último deseo que vinierais con nosotros. Mi hermano dejó absolutamente claro que te consideraba su hija y su heredera. Vinimos por todos vosotros.

- Llegasteis cinco años demasiado tarde. Escribí a su familia cuando ocurrió el accidente y nadie respondió. Y tres años después escribí otra carta cuando él estaba en su lecho de muerte. No había ni una sola frase en ella sobre mí. - Sus ojos verdes le tocaron la cara, apartándose. Hubiera deseado que hubiera habido algo en la carta, pero había escrito palabra por palabra lo que Armando le había dictado. No quería que Juan viera su desilusión por no haber sido adoptada por Armando, o la furia que sentía antes las mentiras de Juan, reflejadas en su cara transparente.

El sol estaba empezando a abrirse paso a través del espeso banco de nubes que rodeaba las montañas y, por alguna razón, los ojos de Colby eran ultrasensibles. La luz la acuchilló haciendo que tirara del ala del sombrero más abajo para ensombrecerse la cara. Incluso así, le dolían los ojos, ardientes en el sol de la mañana.

Juan cerró la verja tras ellos.

- Armando debe haberlo añadido a la carta. Su mano era temblorosa y no lo habríamos sabido de no haber sido por él.

- No podría haberlo hecho. Apenas podría moverse al final. - Dijo Colby rígidamente, sin mirarle. Su padrastro le había pedido que dejara la carta en su mesita de noche para poder mirarla por si acaso había algo más que decir. A la mañana siguiente, la carta estaba doblada pulcramente y Colby la había insertado en el sobre y la había enviado. Desearía que Juan estuviera diciendo la verdad, pero temía que si Armando no la hubiera incluido se le rompería el corazón, y si lo hubiera hecho, podría llorar un río de lágrimas.

- ¿Supiste alguna vez que Armando te dijera una mentira? - Preguntó Juan tranquilamente mientras el cuero de sus sillas crujía y los cascos de los caballos chasqueaban contra la roca. Una melodía que encontraba consoladora, una que recordaba de su niñez con su padrastro.

Colby sacudió la cabeza silenciosamente.

- Tampoco yo deshonraría el recuerdo de mi hermano mintiéndote.

Colby montó unos pocos minutos en silencio, dando vueltas a la información en su mente.

- Por eso su abuelo se negó a responderle, ¿verdad? - Adivinó astutamente. - No me incluyó en la carta misma, porque no quería que yo supiera que su familia le rechazaba a causa de mí.

- No te equivoques eso no fue la familia.

Le miró a los ojos, los suyos verdes vivos con un feroz orgullo.

- ¿La familia De La Cruz entonces? ¿No querían que yo arruinara su impoluta reputación en mi falta de apellido?

Juan suspiró suavemente.

- Los hermanos De La Cruz no se interesan en semejantes cosas. No se preocupan por las vidas de los demás. Eso fue solamente responsabilidad de mi avo. No habló a mi padre ni a ninguno de nosotros sobre las cartas de Armando. De haberlo hecho, habríamos venir al instante. No puedo decirte cuanta pena a causado esto a nuestra familia.

- Armando fue feliz con mi madre. - Le dijo Colby, abriendo el camino a través de un estrecho cañón que terminaba en las explanadas donde estaba esparcida la mayor parte del ganado. Montó directamente hacia el pequeño granero donde se almacenaba el heno y urgió a su montura a entrar. El sol le molestaba ahora verdaderamente los ojos, y las sombras del granero le proporcionaron algo de alivio. Debía haber sufrido algún daño con el fuego sin notarlo. Incluso su piel parecía ultrasensible, ardiendo ferozmente donde quiera que la tocaba la luz del sol.

Juan la siguió, maldiciendo silenciosamente el esnobismo de su abuelo.

- Estoy seguro de que así fue. Nunca habría permanecido en otro país lejos de su familia si no hubiera encontrado algo mejor.

Colby desmontó, el movimiento fue veloz y fluido a pesar del hecho de que ser bajita. Se movía eficientemente, sin malgastar movimientos. Juan tuvo que admirar sus habilidades cuando empezó a reunir montones de heno.

- ¿Cómo encaja la familia De La Cruz en todo esto? - Preguntó Colby con estudiada despreocupación.

Se hizo un pequeño silencio revelador. Colby sabía que el hombre estaba eligiendo sus palabras cuidadosamente mientras trabajaba a su lado.

- Su familia es antigua, como la nuestra. Las dos familias han estado entretejidas durante cientos de años. ¿Quién sabe hasta cuando se remonta eso? Nosotros cuidamos de sus haciendas, y ellos cuidan de nosotros. Hemos coexistido así durante tanto tiempo que nos hemos convertido en una familia.

- Pero vosotros tenéis vuestro propio dinero y tierras.

- Es cierto, pero nuestras familias tienen una relación simbiótica. Lo que es bueno para los De La Cruz es bueno para nosotros. Ellos tienes habilidades especiales y nosotros les ayudamos en otras áreas.

Le estaba contando algo, pero no todo. Por alguna razón inexplicable, algo en su voz provocó un escalofría en la espina dorsal de Colby.

- ¿Cómo son?

- Hay cinco hermanos De La Cruz. Los otros se parecen mucho a Rafael y Nicolás. - Juan se detuvo durante un momento. - ¿Haces este trabajo por ti misma cada día?

Había un dejo de censura en su voz, aunque Colby podía decir que trataba de eliminarlo.

- Mi hermano me ayuda y tenía un hombre, Pete Jessup, trabajando para mí.

Juan se apoyó en su horca.

- El hombre que encontraron muerto. - Hizo la señal de la cruz reverentemente. - Ese no era un buen lugar para que estuvieras montando sola.

Colby se encogió de hombros descuidadamente.

- Lo hago todo el tiempo. Alguien tiene que hacerlo.

El sacudió la cabeza.

- No es seguro. Ese no es un buen lugar. Sentí...- Se persignó por segunda vez. - Lo sentí malvado. No creo que esos hombres te hubieran dejado marchar si el jinete del Señor Everett y yo no hubiéramos estado observando.

- Puedo manejarlos. - Dijo Colby, sin estar segura de estar diciendo la verdad.

- Esto no puede continuar. Las cosas que haces son demasiado peligrosas.

Ella se pasó una mano impacientemente por el pelo.

- Afortunadamente para mí, no tengo que responder ante nadie. - Había un puro desafío en su voz y una amenaza abierta. - Yo llevo este rancho, Señor Chevez. Eso significa que tengo que montar por todas partes y trabajar como un hombre.

- Pero no eres un hombre. - Señaló Juan pacientemente. - Don Rafael no permitirá que esto continué. Es un hombre que se sale con la suya y no es buena idea oponerse a él. Si él decreta otra cosa, no trates de desafiarle.

Colby dejó de trabajar y le miró directamente por primera vez. Sus ojos verdes llameaban hacia él.

- Rafael De La Cruz puede ser un gran hombre de donde vienen ustedes, pero aquí, en mi rancho, en mi pequeño rincón del mundo, solo vale esto. - Chasqueó los dedos. - No me controla a mí o a mis hermanos.

Juan sacudió la cabeza lentamente.

- No conoces a Don Rafael, senhorita; no es como el resto de los hombres. Eres la hija de Armando y por consiguiente minha sobrinha, mi sobrina. No quieres hacer pública la relación, pero yo debo cuidar de ti como él quiere que hagamos. No quiero que pongas a prueba a este hombre.

¿Oía de nuevo el débil sonido del miedo en su voz?

- ¿Por qué se preocupa? Rafael De La Cruz no tiene nada que ver conmigo. Con suerte se irá muy pronto. - Tan pronto como las palabras salieron de su boca, un miedo que llegaba casi al punto del terror la aferró. La idea era insoportable. Era más que pena, una pena inconsolable. La marca de su cuello palpitó y ardió en protesta.

- Don Rafael es un hombre muy influyente y poderoso. No es como los otros hombres. - Era obvio que Juan estaba buscando las palabras correctas. - Los hermanos De La Cruz no son como nosotros. Son formidables oponentes y duros e implacables enemigos.

Colby mantuvo para sí sus sonrisas. Obviamente Juan sabía que Rafael y sus hermanos estaban dotados con talentos únicos, que ella había empezado a descubrir a través de su propio roce con esos dones. Él no quería traicionar una confidencia, aunque estaba intentando advertirle. Lo encontraba bastante dulce.

- Dudo que pueda hacer nada para que Rafael me considero lo suficiente importante como para hacer de él mi enemigo. Le he visto en acción. Todo un seductor. - Incluso decir las palabras parecía hacerle daño, pero Colby no quiso examinar demasiado atentamente por qué podría ser.

- Te equivocas con él, Colby. - Dijo Juan. - Don Rafael es un hombre de honor. Y hay algo diferente en él desde que se muestra tan interesado en ti. Le vi con la pequeña. Fue muy amable con ella y protector. Don Rafael nunca ha mostrado mucho interés por los niños. Los ha rescatado cuando era necesario, pero como una cuestión de deber, no como fue con tu hermana. Nunca había observado este inusual comportamiento en él. Y está diferente conmigo, más abierto con sus emociones.

No quería pensar demasiado en Rafael. Se frotó los ojos y podría decir que estaban empezando a hincharse severamente. Las lágrimas estaba corriendo por su cara ahora y no podía detenerlas.

- Creo que el fuego en cierta forma me dañó los ojos. - Murmuró como explicación. - Si se van a casa, Rafael se irá a casa también. Tengo la impresión que de ambos hermanos están ansiosos por largarse de aquí inmediatamente.

Juan la miró atentamente, sus ojos demorándose sobre la extraña marca de su cuello.

- Me temo que es demasiado tarde para eso. - Dijo ominosamente. Parecía muy alarmado, su mirada permanecía sobre la marca, especulativa al mismo tiempo.

Colby suspiró pesadamente y, para evitar subconscientemente cubrirse la marca como una adolescente avergonzada, añadió otro montón de heno a la pila.

- Dígalo directamente, Señor Chevez. No puede quedarse a medias, ya sabe. En un minuto no puede insinuar que soy una buena influencia para él y al siguiente que podría estar intentando hacerme daño de algún modo. Si hay alguna razón por la que piensa que estoy en peligro a causa de Rafael De La Cruz, bien podría decírmelo. - Su mirada se fijó en su cara. - No tengo miedo de él. - Esa era una terrible mentira, pero persistió, intentando forzar una admisión de Juan. - ¿Me está amenazando él de algún modo? No cree que fuera el responsable de lo ocurrido en el establo, ¿verdad? - Le habría mirado desafiantemente pero sus ojos estaban demasiado hinchados. Y estaba cansado. Sentía pesados los brazos y piernas. Quería tenderse sobre el heno y dormir.

- Don Rafael nunca haría algo semejante. - Juan sonaba horrorizado ante la mera sugerencia. Pero no parecía horrorizado; parecía preocupado. - Creo que deberíamos volver a la casa; no estás bien.

Una protesta se inició en su mente, pero se sentía terriblemente mal, la piel de su cara y antebrazos ya ardía ferozmente. Sentía los ojos como si agujas al rojo los atravesaran. Incluso dentro del refugio del granero, sentía la luz preparada para atacar. Peor aún, estaba pensando constantemente en Rafael. Estaba invadiendo su mente hasta el punto de ahuyentar cada pensamiento práctico que tenía. Ni importaba lo fuerte que fuera, no parecía capaz de dejar de pensar en él, de necesitar verle. Colby nunca se había considerado a sí misma el tipo de mujer que necesitaba un hombre hasta el punto de estar consumida por él, pero deseaba desesperadamente oír su voz, tocarle, ver por sí misma que estaba vivo y bien.

- Por favor, senhorita, el sol está quemando su piel. Estoy sobre todo preocupado, quizás podría llevarla de regresa a la casa. - Juan ya había decidido llevarla de vuelta. Podía ver que tenía problemas y estaba siento tan cortés como era posible. Si le ocurría algo, Rafael le haría responsable. Estaba muy preocupado. La piel de Colby se ampollaba al sol, y sus ojos eran muy sensibles a la luz. Se parecía mucho a lo que les ocurría a los hermanos De La Cruz. Juan nunca había visto ese fenómeno en un humano. Ahora estaba realmente alarmado y quería hablar con Julio.

- Debería comprobar que los chicos están bien. - Capituló Colby. - y conseguir que el veterinario examinar a los caballos. - Anhelaba el alivio de la frescura de la casa del rancho. Quería acunar a Ginny y Paul entre sus brazos y hacer que todo volviera de nuevo a la normalidad. Más que todo eso, necesitaba desesperadamente ver a Rafael, tocarle. Saber que estaba vivo. ¿Dónde estás?

Rafael yacía atrapado profundamente dentro de la tierra. Alrededor de él la tierra rejuvenecedora ofrecía un confort consolador para las terribles quemaduras de sus brazos y cara donde el sol implacable le había abatido. No había sido capaz de dejar a Colby hasta estar seguro de que el peligro para ella había pasado, así que se había quedado muchas más horas matutinas de las que había afrontado nunca antes. Sus ojos, incluso yaciendo en la tierra, ardían y lloraban por la luz del sol. Incluso oscurecido por la pesada cobertura de las nubes, había pagado un alto precio por estar con ella.

¿Por qué el olor del vampiro había estado cerca del establo, aunque el causante había sido un humano? ¿Estaba utilizando el vampiro a una marioneta humana para destruir a Colby? Nicolás tenía razón, no tenía más elección que traerla completamente a su mundo donde podía protegerla todo el tiempo.

Ante ese pensamiento llegó otro mucho más desagradable. Era difícil yacer indefenso en la tierra mientras Colby enfrentaba el peligro sin su protección. ¿Cómo se sentiría ella yaciendo junto a él dentro de la tierra y con la pequeña Ginny en peligro o necesidad? Su corazón dio un extraño bandazo. El tema era mucho más complejo de lo que había considerado al principio. Sería mucho más simple si solo pensaba en sí mismo, en sus propias necesidades y deseos. Una furia salvaje pareció arder a través de su alma. Colby se desmejoraría bajo la tierra, su alma gentil y compasivo devastada ante una separación entre ella y sus hermanos pequeños. Los amaba como si fueran sus propios hijos. Una amor feroz y protector, con cada firma de su ser. De la forma en que quería que le amara a él.

Su juramento fue elocuente, las palabras resonaron ásperamente en su mente. La había traído parcialmente a su mundo sin pensar en lo que eso significaría para ella y su vida. Sus sueños. Para lo que era importante para ella. Estaba incómoda sin él, intranquila, y el sol estaba empezando a subir alto. Colby era una mujer independiente, no estaba segura de que él le gustara. Estaba confundida por su incapacidad para dejar de desearle, la necesidad de tocar su mente, de saber que estaba a salvo. Rafael solo podía yacer impotente bajo la tierra sabiendo que había contribuido al desasosiego de Colby. No, era más que eso, era directamente responsable de su desasosiego.

Había acudido a la tierra cerca de la casa de Colby, para sentir mejor las primeras vibraciones de peligro para ella. Se había sentido tan cerca de ella la noche anterior, yaciendo

a su lado sobre la cama, escuchando su respiración. Era tan hermosa. No solo su cuerpo, sino su corazón y alma. Parecía brillar de dentro hacia fuera. Ninguno de los bomberos que la conocían, ninguno de los rancheros, se había entretenido en la idea de que ella podría haber empezado el fuego por el dinero del seguro. Había algo en Colby que simplemente atraía a la gente como un imán. Y los hacía creer en ella.

Yacía con su cuerpo como en peso muerto, incapaz de mover un músculo mientras contemplaba los problemas que encaraba. No quería a Colby sobre tierra donde no podía protegerla. Quería estar con ella. No lo quería, necesitaba estar con ella. No pasaría otro día incapaz de dormir el sueño reparador de su gente, aterrorizado de perderla. No lo haría. Completaría el ritual y la arrastraría pateando y gritando hasta su mundo. Las consecuencias serían endemoniadas. Su lugar estaba con él. Estaba hecha para él, su otra mitad. Tenía derecho a ella. Una vez en Brasil podría desagraviarla, ganar su amor. Estaría atada a él para siempre. Eternamente. No podría dejarle y tendría que aprender aceptar su destino.

Rafael intentó forzar su mente a alejarse de ella en un intento de cerrarse a sí mismo y recuperar su enorme fuerza. Podía oír el corazón de ella latiendo. Podía sentirla sobre la tierra, su corazón buscando la tranquilidad del de él. Podía sentir su mente sintonizándose en un intento de encontrar la suya. Había completado con éxito dos intercambios de sangre. Ella ya estaba parcialmente en su mundo. La alarma le golpeó con fuerza. La piel de ella sería sensible al sol, sus ojos lagrimearían y arderían.

Colby estaba acostumbrada estar bajo la ruda luz del sol, no pensaría en protegerse. Hizo un esfuerzo de concentración y la tocó, mente a mente, aliviando su desasosiego y aliviando parcialmente el suyo propio. Al momento sintió el dolor, el ardor de su piel y ojos. Estaba hambrienta, pero tenía problemas para comer. Necesitaba tocarle con frecuencia y estaba terriblemente confusa por la necesidad poco familiar. Se le escapó un sonido bajo, un gemido de desesperación. ¿Cómo podía haber sido tan egoísta? Solo había pensado en sus necesidades, sus deseos. No se había detenido a pensar en las consecuencias para ella. Colby sufriría terriblemente este día y era a causa de su propio egoísmo. En ese momento, se odiaba a sí mismo.

Rafael no tenía ahora elección, tenía que llevarla de vuelta a Brasil con él donde podía protegerla adecuadamente, pero ella no sería feliz sin Ginny y Paul. Nunca podría hacerla feliz sin sus hermanos menores. La idea se arrastró inesperado hasta su mente y se quedó allí. Una espina. La verdad. La oyó entonces, el suave lamento de su corazón al de él. ¿Dónde estás? Le requirió una tremenda fuerza y poder de voluntad sobreponerse a la parálisis y el letargo de su raza en la hora en la que el sol estaba más alto. Se extendió hacia ella con su corazón y mente. ¿Colby? El más ligero de los toques. Una pregunta.

Colby intentó luchar contra el terrible dolor de sus ojos, más el cegador dolor de cabeza que era tan implacable que sentía que tenía la cabeza atrapada en un torno. Sus ojos estaban tan hinchados, llorosos y doloridos que los mantenía cerrados la mayor parte del tiempo contra la acometida del sol. Sus antebrazos estaban rojos y ya se formaban pequeñas ampollas. Colby era pelirroja, pero su piel hacía mucho que se había acostumbrado al sol. No podía creer que fuera tan sensible. Urgió a su montura a aumentar la velocidad y se cubrió los ojos con una mano, casi incapaz de guiar al animal. Juan se extendió y tomó las riendas en silencio, conduciéndola de vuelta a la casa del rancho.

Oyó el sonido de un voz moviéndose delicadamente en su mente, en revoloteo de las alas de una mariposa contra las paredes de su mente. Rafael. La voz de él era increíblemente hipnotizante y su corazón se anexó a él inmediatamente. ¿Por qué había tenido tanto miedo de que le hubiera ocurrido algo terrible? Había sido una pesada piedra que la agobiaba, aplastándola hasta que apenas había podido pensar con claridad.

¡Rafael! No pudo contener el alivio en su voz o su mente.

Estaba descansando. Acudiré a ti esta noche. Duerme y permite que Juan y Julio ayuden a Paul con el trabajo de hoy. Deslizó un ligero "empujón" en su voz, pero ya su fuerza había desaparecido, fluyendo fuera de su mente.

Colby sabía que algo iba mal con él, podía sentirlo, su necesidad de descansar, de sanar. Estás herido. Puedo sentir dolor en tu mente.

Es tu dolor.

No me mientas.

Los compañeros no se mienten los unos a los otros. Siento tu dolor como mío propio. Soltó un pequeño suspiro. El sol también me afectó a mí negativamente. Sano con rapidez. Debo dormir, querida.

Colby intentó indagar más aún en su mente para evaluar sus heridas, pero fue imposible. Se rindió, la tarea era demasiado difícil en vista de su fuerza decreciente. Creo que ambos necesitamos dormir, Rafael. Le sorprendía lo fácil que se estaba volviendo comunicarse con él. Lo bien que se sentía. Como si se pertenecieran, dos mitades del mismo todo. Me has lavado el cerebro.

La terrible presión de su pecho que la aplastaba había desaparecido y al momento se sintió mucho más feliz. Sus ojos dolían demasiado para abrirlos, su piel estaba ardiente, y el establo había desaparecido, pero era inexplicablemente feliz solo por oír su voz. Sabiendo que él leía sus pensamientos y probablemente se sentía orgulloso, le dirigió un último mensaje. Cómo me enferma.

Aunque Colby entró en el granero para salir del sol, encontró que no podía abrir los ojos ni siquiera en el interior oscurecido. Se las arregló para desmontar, pero se vio obligada a aferrarse ciegamente a su caballo hasta que Juan tranquilizó al animal, sujetando las riendas.

- Entra, yo me ocuparé del caballo.

- ¡Colby! - Paul entró corriendo en el granero, viendo a su hermana tambaleándose mientras desmontaba. - ¿Qué ha ocurrido? - Miró hacia su tío mientras envolvía un brazo alrededor de su pequeña figura. - ¿Qué le has hecho? - Su voz estaba llena de beligerancia y sospecha.

- Paul... - La voz de Colby fue una gentil advertencia. - Me duelen los ojos. No puedo ver muy bien. Debo habérmelos dañado antes con el fuego. Tu tío solo estaba intentando ayudarme. - Se apoyó en él, confiando en que la metiera en la casa. - No seas grosero. - Enterró la cara en la camisa de su hermano, tropezando ciegamente contra él a través del patio hasta la casa del rancho. No se atrevía a abrir los ojos. Ahora que estaba en casa sus ojos parecían doler incluso más.

Ginny se apresuró a su lado.

- ¿Qué ha pasado? Estás quemada, Colby, es realmente malo. - Al momento empapó una toalla en agua fría y la presionó sobre las manos de su hermana.

Colby sostuvo la toalla fría sobre sus ojos hinchados. Se hundió en una silla.

- No puedo creer lo mucho que duele esto. Nunca he estado tan contenta de estar en casa.

- Puedo llevarte al pueblo a ver al médico. - Se ofreció Paul.

Colby tomó un profundo aliento y sacudió la cabeza.

- Creo que solo quiero tenderme durante una hora o así. - Se sentía exhausta, la necesidad de dormir era tan grande en ella que se temía que pudiera sucumbir justo allí en medio de la cocina. Se frotó las sienes latentes. - Tengo tanto que hacer.

- Llamé al veterinario. - ofreció Ginny. - Vendrá de nuevo esta tarde. Las gallinas están alimentadas y el jardín está regado. El jefe de bomberos enviará a alguien para investigar el fuego. Paul hizo todas las llamadas a los propietarios de los caballos. Bueno, excepto a Shorty. - Ginny vaciló un momento, mirando a su hermano. Colby nunca se ponía enferma. Había resultado herida en muchas ocasiones pero raramente se había ido a la cama durante el

día, ni siquiera después de un parte largo y particularmente difícil. - Oh, y llamé a Tanya Everett y le pregunté si su madre y ella podían venir al anochecer en vez de por la tarde. - Agachó la cabeza, sus ojos erraron lejos de los de Paul. - Iba a cancelarlo también, pero sonaba tan solitaria que pensé que quizás podía montar yo con ella en el corral. Si quieres que lo cancele lo haré, Colby.

- No, por supuesto que no, gallinita. - Colby presionó más el paño frío, intentando desesperadamente acabar con el calor de su piel y sus ojos. - Estoy tan cansada, realmente necesito descansar un par de hora. ¿Me despertáis más tarde?

- Vamos. - Paul la ayudó a levantarse y la condujo vestíbulo abajo hasta su habitación. - No te preocupes por nada, puedo ocuparme de ello.

Colby se quitó el paño de los ojos para espiar a su hermano. La luz que brillaba a través de la ventana la golpeó con un brillo alarmante. Inmediatamente apretó los ojos con firmeza de nuevo y los escondió bajo el húmedo y consolador paño. - Cierra la cortina, Paul.

La obedeció, cerrando las pesadas cortinas sobre la abertura oscureciendo la habitación.

- ¿Estás segura de que no deberíamos llevarte al médico, Colby? Quizás tus ojos se quemaron en el fuego. - Sonaba muy joven y asustado.

- Creo que solo están sensibles, Paul, y estoy tan cansada. - Se tendió sobre su cama, extendiendo la mano ciegamente hacia él. - Necesito hablar contigo sobre Juan y Julio Chevez. Están aquí para ayudarte y creo que deberías ser respetuoso ya que son los hermanos de tu padre. Por otro lado, con todas las cosas raras que están pasando por aquí, creo que deberíamos mantener un ojo en ellos. Lo digo en serio, Paul. Simplemente asegúrate de que Ginny y tú estáis a salvo. - Se contorsionó incómoda hasta que Paul extendió la mano y le soltó la pistolera.

Colby todavía podía oler a Rafael en sus sábanas y almohada. Quería presionar la cara en el algodón e inhalar.

- No creo que llevar un arma en la cama esté de moda este año. ¿Dónde dejaste tu rifle? - Preguntó Paul abruptamente. Su hermana parecía muy frágil de repente.

- En la funda. Creo que Juan estaba desensillando el caballo. Devuelve el arma al armero, Paul, y asegúrate de descargarla.

Ginny entró agitada, empujando a Paul a un lado con su pequeña cadera.

- Traje algo de aloe vera. Solo quédate ahí y déjame embadurnarte con él. - Miró preocupada hacia Paul. - Siempre está tan cansada, Paul. ¿Crees que está enferma? No comió en todo el día de ayer o esta mañana. Ni siquiera tomó una taza de té.

Una sonrisa coqueteó en la comisura de la boca de Colby.

- Estoy aquí, Ginny. No necesitas hablar de mí en tercera persona.

- Ya conoces a Colby. - Dijo Paul decisivamente, no queriendo que Ginny se preocupara. - Se levantó un par de horas antes para ir de caza por... - Se interrumpió, consciente de que Pete Jessup era un tema peligroso. - Solo mantén un ojo sobre ella, Ginny, y quédate con ella en casa. Mantén también a King contigo. - Habló gruñonamente, sintiendo de repente una tremenda responsabilidad por sus dos hermanas.

Ginny puso los ojos en blanco mientras le veía marchar, con la pistolera de Colby en sus manos.

- Gran error, Colby, darle todo ese poder. Lo siguiente que sabrás es que será imposible vivir con él. - Recogió el pelo de Colby, sorprendentemente Colby no se movió en absoluto. Ginny se inclinó más cerca. Colby ya había caído dormida. Ginny se sentó en el borde de la cama mirando intensamente a su hermana, sus dedos trenzaron automáticamente los gruesos mechones en una trenza suelta. Había algo diferente en Colby. Era tan sutil que Ginny no podía decir que era exactamente. A pesar de la terrible quemadura, Colby parecía diferente, más... todo. Ginny se sentía reconfortada sentada junto a Colby, pero desearía que su hermana no se hubiera dormido tan rápidamente. Necesitaba hablar con ella.

Ginny se inclinó muy cerca.

- Es todo culpa mía, Colby. Desearía que pudieras oirme. - Susurró las palabras contra el cuello de su hermana, contra la extraña marca que había en su piel - Yo lo hice, Colby.

Colby yacía perfectamente inmóvil, su respiración firme y regular, parecía un ángel en su sueño. Una lágrima se filtró fuera del ojos de Ginny y goteó por su mejilla hasta caer sobre el cuello de Colby, sobre la marca distintiva. Al momento Colby se movió, su mano se extendió hasta que encontró la de Ginny.

- Tú nunca podrías haber hecho algo semejante. - Su voz era suave y adormecida. Había una débil sonrisa en el tono.

- Yo no lo empecé. - Admitió Ginny, sorbiendo un poco por la nariz. - Pero llamé a King para que entrara. Esperé hasta que estabas dormida y le llamé a mi habitación y cerré la puerta. Odio dormir sin él. Todavía tengo pesadillas sobre Mamá y Papá muriendo. Sobre que te mueres. No quiero que te ocurra nada. Jamás.

Colby hizo un tremendo esfuerzo para moverse. Nunca se había sentido tan cansada, su cuerpo tan pesado que lo sentía derrumbarse. Se las arregló para entrelazar los dedos firmemente con los de Ginny.

- ¿Pequeña, por qué te haría eso responsable? Probablemente le salvaste la vida. Quien quiera que empezara ese fuego no pensó en los caballos encerrados dentro. No habrían dudado en matar a nuestro perro si hubiera intentado alertarnos. - Como estaba tan cansada, Colby no estaba censurando sus palabras como podría haber hecho ordinariamente.

- No debería haberle llamado... entonces el caballo de Shorty no habría muerto. - Ginny enterró la cara profundamente en el cuello de Colby haciendo que la marca palpitara como el latido de un corazón.

Colby se despabiló más, deslizando su brazo alrededor de Ginny.

- No estés tan asustada, cariño, no vamos a perder nuestra casa. Nadie nos separará. Os quiero a ti y a Paul. Esto no fue culpa tuya.

- Mamá y Papá se fueron. - Ginny se atragantó conteniendo un flujo de lágrimas.

- Lo sé, corazoncito. Papá intentó quedarse con nosotros tanto como pudo. Sé que fue duro para ti, pero nadie va a separarnos.

- ¿Y si esa gente te lleva a los tribunales y nos hace ir a Brasil con ellos? - El cuerpecito de Ginny estaba temblando.

Colby tiró de la colcha sobre ella, envolviéndolas a ambas con sus propiedades cálidas y consoladoras. - No creo que lo hagan, Ginny. Pero si lo hacen, no creo que ganen. Y si de algún modo se las arreglan para ganar, bien, hablé con Juan hoy. Es tu tío, el hermano de Papá, y dijo que querían que yo fuera también. Nunca les dejaría llevaros sin ir yo también.

- Podrías casarte con Rafael De La Cruz. - Dijo Ginny de repente. - Si lo hicieras nunca podrían separarnos porque él es el jefe.

La alarma se extendió a través de Colby, su cuerpo se tensó. La idea de estar casado con Rafael De La Cruz era atemorizante. La controlaría absolutamente. Podía verlo en la estampa de arrogancia de su cara, el calor de sus ojos tan ardientes. No tenía forma de combatir su garra sobre ella. Colby todavía no había abierto los ojos y no quería hacerlo.

- ¿Ha estado hablando contigo?

- Solo esta mañana en la cocina cuando todo el mundo estaba mirándome y yo estaba tan asustada. Fue agradable conmigo. Habló sobre papá, y cuando papá era pequeño, y digo que no estabas tan gravemente herida y que no me preocupara, que las cosas se arreglarían por sí mismas. Dijo que eras guapa. - Ginny se agarró firmemente a la mano de Colby. - Me hizo sentir a salvo y se quedó delante de mí cuando estaba llorando para que nadie pudiera verme.

- Eso fue muy amable por mi parte. Rafael parecía estar en todas partes esta mañana. Luchando contra el fuego, curando a los caballos, ayudándome, y ahora oír que estaba cuidado de ti. - La voz de Colby era lejana como si se deslizara de vuelta al sueño. Giró la

cara en la frescura de la almohada, inhalando la fragancia de Rafael, y se cubrió la marca del cuello con la palma, sujetándola como una caricia contra su piel.

- Dijo que no era culpa mía y que lo hablara contigo. - Insistió Ginny.

- Tenía razón, pequeña, no fue culpa tuya. Me alegra que llamaras al perro anoche. A partir de ahora si necesitas a King adelante y llámale cada noche. ¿Ginny? Realmente estoy cansada, cariño, necesito dormir.

- ¿Te gusta?

- ¿Gustarme quién? - Preguntó Colby, vagando más hacia el sueño.

- Rafael. ¿Te gusta?

Colby sonrió de nuevo.

- No. - su voz fue suave y sensual.

Ginny se acurrucó más cerca con una sonrisa complacida en su cara.

- Si, te gusta, puedo decirlo por tu voz.

CAPITULO OCHO

El sol fue lento en hundirse tras la montaña, y oscuras nubes amenazadoras empezaron a flotar por el cielo. El cielo parecía vivo con tonos de naranja y rojo, como si el los cielos enteros estuvieran en llamas. Profundamente bajo la tierra un solo corazón empezó a latir y Rafael despertó, sus ojos se abrieron de golpe, su primer aliento salió en un largo y lento siseo de furor. En alguna parte el desasosiego de Colby le había despertado de su somnolencia rejuvenecedora. Estaba luchando por contener las lágrimas, su mente era caótica y temerosa.

Rafael escudriñó la zona para asegurarse de estar completamente solo antes de explotar a través de la superficie, el polvo fue arrojado al aire como un geiser. Se alzó alto en medio del aire, cambiando de forma mientras lo hacía, eligiendo la forma familiar del fuerte y poderoso águila real. Extendiendo sus alas, remontó más alto, agradeciendo la pesada cobertura de las nubes que protegían sus ojos sensibles. Sobrevoló el rancho, inspeccionando la región atentamente, buscando el problema potencial.

El rancho parecía bastante tranquilo, pero sabía que Juan había encontrado una ternera, horriblemente mutilada, habían matado al animal recientemente. Había sido un acto brutal y salvaje, y la ternera había sido abandonada en el pozo de agua. Había tomado la información de la mente de Colby. Leyó la mente de Paul mientras el chico permanecía entre las sombras del porche observando el atardecer rojo sangre con su hermana. Dentro del cuerpo del pájaro, Rafael voló más y más alto, escuchando desvergonzadamente cada palabra de la conversación que tenía lugar bajo él, sus ojos agudos tomando nota de cada movimiento sobre el suelo, buscando para encontrar el peligro oculto para su compañera.

- ¿Estabas con Juan cuando encontró la ternera? - Persistió Colby. ¿Cuánto tiempo estuvo fuera de tu vista? - Todavía estaba luchando contra los efectos del sueño, haciendo un esfuerzo para concentrarse y estar alerta con cada detalle de las inquietantes noticias.

- La cerca estaba caída cerca del campo, Colby. - Dijo Paul, su joven voz rendida. - Le dije a Juan que podía arreglármelas por mí mismo. Son trabajadores rápidos, y saben lo que están haciendo. Quería que pudieras dormir. Pensé que si nos separábamos conseguiríamos hacer más. Sé que me dijiste que mantuviera un ojo sobre los dos, pero he trabajado con ellos la mayor parte del día y... - Se interrumpió. - Lo siento, Colby.

Ella extendió el brazo para bajarle el sombrero sobre los hombros, un gesto amorosa que pretendía tranquilizarla.

- Pero te gustan. - Terminó por él. - En realidad no creo que Juan matara a la ternera, Paul. No tendría sentido matar a una ternera, tirarla al pozo, y después "encontrarla" justo a tiempo para sacarla. El animal podría haber estado allí lo suficiente como para contaminar el

pozo. Lo que supongo es que quien quiera que hiciera esto tenía esa intención y Juan se tropezó con ello demasiado pronto.

- Pero él podría haberlo hecho.

Colby suspiró.

- Quizás. ¿Buscaste rastros? ¿Echaste un vistazo a sus ropas? ¿Su cuchillo?

La cara de Paul enrojeció ligeramente.

- Debería haberlo hecho. No la dejó en el agua. Sacó el cadáver antes de venir a por mí. - A Paul le gustaban sus tíos, los dos. Eran buenos trabajadores y sabía lo que hacían. Le trataban como a un igual, y le recordaban a su padre. Paul estaba empezando a sentir afecto y una gran cantidad de respeto por los dos y quería que ellos sintieran lo mismo por él. No había buscado evidencias o rastros porque no se le había ocurrido que ninguno de ellos pudiera ser responsable, pero ahora estaba confuso.

Colby asintió.

- También nosotros habríamos sacado una res muerta del agua. Difícilmente podemos culparle por eso. - Sacudió la cabeza. - Estoy muy preocupada; definitivamente alguien está intentando sabotearnos. Operamos en un delgado margen financiero actualmente. - Miró a su alrededor para asegurarse de que Ginny no estaba cerca y bajó la voz otro tono. - Ya no eres un niño, Paul, y no sé en quién podemos confiar y a quién deberíamos temer. Pero alguien asesinó a Pete. No fue un accidente. Él no tenía dinero, no había razón para intentar robarle, alguien quemó nuestro establo, y ahora han matado a una de nuestras terneras y la han dejado en un pozo para contaminarlo deliberadamente.

- ¿Qué dijo Ben? - Paul se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

- Le llamé, por supuesto, y debería llegar en cualquier minuto. Los Everett están también de camino para la clase de equitación. - Cuando Paul rió disimuladamente, Colby le miró. - Espero que te comportes lo mejor que puedes. Esto significa mucho para Ginny, quiere una amiga. Ambos olvidamos lo duro que es esto para ella. Tú puedes visitar a tus amigos, pero ella está atrapada aquí.

Paul pateó una roca.

- Si, tengo muchas oportunidades de ver a mis amigos, Colby. Trabajo del amanecer al atardecer.

- Sé que lo haces. - Colby apartó la mirada de él, luchando por no llorar. No podía recordar un solo día en su vida durante los últimos cinco años en los que no hubiera trabajado del amanecer y con frecuencia durante la noche también. - ¿Qué dijo el veterinario sobre los caballos?

- Hiciste un trabajo fantástico. Tú y De La Cruz. Los estudió cuidadosamente en busca de infección, y principalmente las cicatrices serán emocionales, no físicas. Están traumatizados y necesitarán trabajo. - La miró. - Tu trabajo, Colby, tú eres la buena con los caballos. ¿Notaste como reaccionaron a De La Cruz¿ Se calmaban alrededor de él y parecía saber realmente lo que estaba haciendo. Su abogado llamó, por cierto. - Su voz se había vuelto muy casual. Intentó no notar como Colby se revolvía. - Trajo los papeles para un préstamo y se los envié a Sean Everett para que les echara una mirad. De La Cruz vendrá más tarde esta noche.

- Probablemente está entreteniendo a la rubia alta con la que le gusta jugar. - Dijo Colby. Necesitaba mantener la perspectiva con Rafael. Era un mujeriego. Solo porque la hacía sentir cosas que nunca antes había sentido, solo porque le susurraba cosas bonitas en medio de la noche eso no significaba que no estuviera haciendo y diciendo las mismas cosas a otras mujeres. Colby estaba bastante segura de que iba a despertar un mañana pronto con la cabeza llena de canas de preocuparse por todo.

Ciertamente tienes las ideas más raras.

Los dedos de Colby se cerraron alrededor de la barandilla del porche ante el susurro de intimidad en su mente. Miró alrededor cuidadosamente, sintiendo que él estaba cerca. Su cuerpo dolía. Sus pecho de repente estaban magullados. Ante el sonido de su sexy voz pecaminoso la sangre empezó a calentársele. Lárgate. No quiero hablar contigo ahora mismo. Era una flagrante mentira, pero no quería enfrentarse a él, enfrentar la noche con el recuerdo de su cuerpo profundamente enterrado en el de ella. Enfrentar las acusaciones que había hecho mientras él la estaba ayudando o el hecho de que estuviera tomando su dinero para salvar su rancho.

Si, lo haces. Estoy en tu mente. ¿Por qué tú nunca buscas entrar en la mía?

Bajo sus largas pestañas Colby miró culpablemente hacia su hermano. No podía contenerse. Se sentía atraída por Rafael a pesar de todo lo que temía. A pesar del hecho de que él estaba allí para quitarle a su familia. Había ocultado sus extraños y únicos talentos durante tanto tiempo y siempre estaba presente el temor a ser descubierta. Había tanta soledad en medio de la noche algunas veces. Colby miraba a las estrellas y deseaba simplemente poder desaparecer. Y el trabajo. El trabajo interminable. Rafael sosteniéndola entre sus fuertes brazos. Tomando el control y dirigiendo a todo el mundo en medio de una crisis. Solo su fuerza era un atractivo seductor. Y su cuerpo...

Creo que lo que sea que tengas en tu mente me asustaría. ¿Me hiciste algo para hacerme necesitar tanto dormir? Se sonrojó ante la idea, de los oscuros sueños eróticos que no parecía poder dejar de recrear durante el día o mientras dormía más de lo que podía evitar que la forma en que su cuerpo anhelaba y le necesitaba de una forma tan poco familiar.

La voz de Rafael contenía calidez y risa, completa satisfacción masculina. Estaba casi ronroneando. Hicimos un montón de cosas para hacer que necesitaras dormir.

Pudo sentir el rubor extendiéndose hacia arriba por su cuello y hasta su cara. Debería haber tenido más juicio para sacar semejante tema con él. Era humillante hablar con él o enfrentarle, pensar en las cosas que le había permitido hacerle, pero cuando estaba sola, pensaba en su cuerpo y en la forma en que podía hacerla sentir continuamente.

- ¿No vas a preguntarme si lo que dijo el Señor De La Cruz sobre los términos del préstamo? - Estalló Paul, incapaz de contenerse más. La atención de su hermana parecía lejana, tenía una mirada peculiar, casi soñadora en la cara. Colby pareció sobresaltado, como si hubiera olvidado que él estaba allí. Incluso se ruborizó. - ¿Y bien? Eso podría salvar el rancho, Colby.

Tocó la punta bota con el borde los escalones.

- Podríamos perderlo todo, Paul. Rafael De La Cruz vino a los Estados Unidos con un propósito. Pueden estar vendiendo caballos y haciendo negocios aquí y allí, pero vinieron a llevaros a Ginny y a ti de vuelta a Brasil con ellos. Los hombres como De La Cruz consiguen lo que quieren de una forma u otra. Haz negocios con ellos y perderás siempre. - Cerró los ojos, sintiendo las manos de Rafael moviéndose sobre su cuerpo. Le había permitido seducirla. ¿Era una completa idiota?

No estás siendo muy cortés meu amor. Rafael sonaba más divertido que nunca, ni lo más mínimo perturbado por su valoración.

¿No es verdad? Vas a tomar lo que quieres y nadie se interpondrá en tu camino. De repente sentía el pecho apretado.

Eso es verdad, querida, y tú sabes exactamente lo que quiero.

¿Lo sabía? Colby no se sentía como si supiera mucho de nada.

- ¿Qué es lo peor que puede ocurrir, Colby? - Exigió Paul. - Que se quede con nuestro rancho, ¿correcto? Al menos él es familia en cierto modo. Si dejamos que Clinton Daniels nos lo quite, nunca lo recuperaremos. Ya lo sabes. Si uno de ellos tiene que tenerlo, ¿quién sería mejor?

Los ojos verdes repentinamente, astutamente, se elevaron hasta su car.

- Juan o Julio Chevez te dijeron eso, ¿verdad?

Paul se encogió de hombros, sintiéndose incómodo.

- ¿Qué importa quién lo pensara? Es cierto. - Miró carretera abajo, hacia donde el collie estaba ladrando furiosamente. - Los Everett están llegando.

- ¿Te has preguntado por qué tus tíos no ofrecieron un préstamo cuando tienen suficiente dinero para hacerlo? Ellos también son ricos, Paul. - Señaló Colby. - ¿Por qué dejan que Rafael nos preste el dinero en vez de hacerlo ellos mismo? - ¿Por qué no lo hicieron?

Porque no se atreven a cruzarse en mi camino, pequeña. Y tampoco tú deberías. Rafael pronunció las palabras casi complacientemente. Saben bien que no deben interferir en mis asuntos.

Colby se quedó en silencio durante un momento pensando en esa idea. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal y resistió el deseo de frotarse los brazos en busca de calidez. Cualquiera pensaría que esta familia sería asunto de los Chevez, no tuyo.

Ah, eso fue en un tiempo, pero ahora tú eres asunto mío.

Rafael estaba cerca, le sentía a corta distancia, pero no le veía en la camioneta que se aproximaba al patio. Paul bajó del porche para evitar responderle, dirigiéndose hacia los campos de heno para no verse atrapado en dar lecciones de equitación a una principiante. Colby le observó cruzar el patio, con el corazón pesado solo de mirarle. Era demasiado joven para soportar la carga del rancho, sus problemas financieros, y el conocimiento de que alguien estaba intentando destruirlos.

Igual que tú. Las palabras brillaron en su mente, un aliento cálido jugueteó en su nuca, y dos fuertes brazos le rodearon la cintura posesivamente desde atrás.

Colby casi saltó fuera de su piel, pero él la abrazaba con fuerza, su cuerpo protector y agresivo al mismo tiempo. El dorso de sus manos le rozaban deliberadamente la parte inferior de los pechos. Podía sentir su dura y gruesa longitud de su erección firmemente presionada contra ella. Aprisionada contra su dura longitud, inhaló su aroma masculino con sus sentidos intensificados. Oía a montañas, salvaje, indomable.

- Tenemos compañía, por lo que veo. Y yo te quiero toda para mí. - Susurró las palabras maliciosamente contra la piel. su boca se deslizó por el cuello de ella, encontró su marca, sus dientes jugueteando y raspando gentilmente.

- ¡No te atrevas! Parezco una adolescente con esto. Si Paul ve esto.. - Colby giró la cabeza para mirarle. - Tengo una pocas cosas que decirte sobre tu comportamiento. - Excepto que no podía recordar que quería decir, palabras terribles que le alejarían. Quería el calor y el fuego de su cuerpo, sus manos sobre ella, esa boca sobre la suya. Su cuerpo enterrado profundamente dentro del de ella. Se encontró ruborizándose, evitando su mirada.

- ¿Qué edad tienes? - Preguntó él repentinamente. - A mí me pareces una adolescente. - Sus ojos la estaban devorando, negros e intensos, con ese hambre que solo parecía estar presente cuando la miraba a ella. Ardían con sensualidad, su mirada la devoraba. Casi podía sentir la electricidad crujiendo entre ellos. Llamas ardientes le lamían la piel y profundamente en su interior, su sangre se espesó.

Colby debería haberse movido. Si le quedara algún sentido de autoconservación, si su cerebro estuviera funcionando, habría huido. En vez de eso permaneció entre sus brazos, dejando que su boca trazara un camino de llamas a lo largo de su cuello hasta el escote. Él le tocó el antebrazo gentilmente, llevándoselo la boca. Sintió el terciopelo áspero de la lengua de él raspándole la piel. En vez de hacer arder las quemaduras, se sentía consolador.

- ¿Qué estás haciendo? - Además de hacerme arder. ¿Por qué te dejo que me hagas esto? ¿Me has hipnotizado? Parte de ella sentía la familiar desesperación al no poder controlar su reacción ante él, pero otra parte llameaba de excitación, de anticipación.

Estoy curándote, pequeña, te has quemado. Debes llevar gafas oscuras para proteger tus ojos cuando salga el sol. Y cubrir tu piel. Intenta encontrar una forma de permanecer fuera de

la luz directa del sol. Él utilizó deliberadamente el método mucho más íntimo de comunicación mientras su boca se movía sobre la piel de Colby, su saliva sanadora acabando con el dolor de sus quemaduras. Le dio la vuelta y besó sus párpados, demorándose para asegurarse de haber hecho un trabajo concienzudo sanándola.

Durante un momento, Colby se permitió a sí misma derretirse en la fuerza y refugio de su cuerpo. La voz de él canturreaba en otro idioma, no en portugués, sino en algo mucho más antiguo, las palabras eran hermosas y consoladoras. Podía oír el canto en su mente en vez de en los oídos.

- ¿Por qué me quemé hoy al sol? - Él lo sabía. Con sus mentes fundidas, captaba sombras y ecos de los pensamientos de él. Sus recuerdos. Nada de ello tenía sentido para ella. ¡Vivo en un rancho, no puedo permanecer exactamente fuera del sol!

La camioneta estaba entrando en el patio y justo detrás iba el coche del Sheriff de Ben, un cuatro por cuatro necesario para viajar por las carreteras de entrada en los ranchos. Colby se alejó de un empujón de la calidez del cuerpo de Rafael, permaneciendo firme para enfrentar a los visitantes. Rafael rió, su aliento movió las hebras del pelo de ella en la nuca. Deliberadamente la cogió, apresurando su boca sobre la de ella, uniéndoles, haciendo que durante un momento se fundiera en su cuerpo. Se tomó su tiempo, su lengua encontrándose con la de ella, sus manos ardientes, mientras pequeñas llamas lamían sus cuerpos. El pelo espeso de Colby aplastado en su mano mientras seguía en control de su boca. Lentamente, alzó la cabeza, su mirada negra llameaba con una oscura intensidad que se arqueaba como un relámpago a través del cuerpo de ella.

Colby parpadeó con fuerza e intentó recobrarse, después le miró y se alejo, saliendo del porche, pero él se movió fácilmente junto a ella, su mano descansaba posesivamente sobre la parte baja de su cintura. La palma ardía como fuego y entre sus muslos, su cuerpo palpitaba y suplicaba por él. Sabía exactamente que estaba haciendo él, estableciendo un reclamo sobre ella delante de la gente de su mundo. Y estaba permitiéndole saber que no había nada que pudiera hacer al respecto.

Joclyn estaba observándolos, con especulación en la mirada. Sean tenía una sonrisa abierta en la cara, pero la expresión de Ben era tormentosa mientras cerraba de golpe la puerta de su Jeep. Colby era bien consciente de su desaprobación mientras hablaba con Joclyn y su pequeña. Rafael no ayudaba, hablaba con facilidad con Sean, discutiendo sobre el fuego, actuando como si ese fuera su lugar. Parecía aprovechar cada oportunidad para tocarla, acariciar su pelo, deslizar los dedos a lo largo de su nuca hasta que pensó que Ben le dispararía a alguien.

Mirar fijamente a Rafael y alejarse de él no parecía ayudar mucho. Podía oír la risa suave y burlona en su mente. Estaba obligada a reconocerle, incluso cuando estaba decidida a no caer en su trampa. ¡Para! Entrecerró los ojos hacia él en advertencia.

Rafael la miró con burlona inocencia. No estoy haciendo nada.

Colby volvió su atención hacia Tanya, la hija de Joclyn, mientras Ginny llegaba corriendo y enredaba el brazo alrededor de Colby como buscando apoyo. Rafael puso su mano sobre el hombro de la niña con una sonrisa alentadora y Ginny le sonrió agradecida, obviamente hipnotizada por él.

Voy a lanzarte algo. Colby intentó no reír ante la situación, pero por primera vez en su vida, sentía que estaba compartiendo algo con otra persona. Como si le perteneciera. Era parte de alguien más. No parecía importar que su cerebro le gritara un millón de advertencias, estaba disfrutando de su atención. Era una nueva experiencia para ella.

- Tengo un horario apretado, Colby. - Espetó Ben, atrayendo su atención de vuelta hacia él. - Si puedes dedicarme suficiente tiempo para contarme que está pasando por aquí. - Sonaba acusador.

Rafael rodeó inmediatamente los hombros de Ginny con el brazo. Ella parecía que fuera llorar.

- Ve delante, Colby, informa al oficial. Ginny y yo podemos ocuparnos de esto, ¿verdad, Ginny? - Sonaba supremamente confiado en Ginny. - Me conoces, Tanya. Ginny y yo empezaremos la lección y cuando Colby termine con su asunto, se unirá a nosotros. ¿Es eso aceptable para ti? - Se giró con una sonrisa superpoderosa.

Colby sacudió la cabeza observando a Rafael. Definitivamente estaba creando la impresión de estar en casa, de que era parte de su familia. Ben la cogió del brazo bastante rudamente, atrayendo su atención de vuelta a él. Le miró, sobresaltada, como alguien que estuviera despertando, saliendo de un sueño.

Un gruñido bajo de advertencia brilló tenuemente en el aire, haciendo que los caballos se movieran intranquilamente y los adultos miraran alrededor cautelosamente. Todos lo oyeron; la mayor parte de ellos pensaron que podía haber sido el perro de Ginny, que estaba sentado recorriéndolos a todos con unos curiosos ante la súbita atención. Colby lo supo mejor. Se colocó el pelo tras la oreja y subrepticiamente miró a Rafael en advertencia.

- Vamos al porche, Ben. ¿Puedo ofrecerte algo de café?

Él espero los cinco escalones completos antes de explotar.

- ¿Quieres decirme que demonios era todo eso?

La ceja de ella se arqueó.

- ¿De qué estás hablando?

- Antes de que niegues la escenita del porche, Colby, podrías echarte en el espejo una mirada al cuello. Has estado persiguiendo a ese hombre.

Colby se mordió el labio para evitar reír. Si no se reía, podría llorar. Su comportamiento con Rafael era completamente inadecuado. Lo sabía al igual que Ben.

- ¿Por qué me estás culpándome? Simplemente ocurrió que él me persiguió a mí. - Corrigió ella. Quizás no era la mujer más guapa del pueblo, ¿significaba eso que no había posibilidad de que Rafael se sintiera atraído por ella? - Algunos hombres se sienten atraídos por mí, tan extraño te parece ese concepto, Ben. No siempre tengo que atacarlos.

- Esto es propio de ti, elegir al hombre equivocado. ¡Un hombre como Rafael De La Cruz te comerá y te escupirá! Estás jugando con fuego. No puedes hacer esto con alguien como él. Demonios, Colby, ¿por qué no te estableces con un hombre decente como Joe Vargas?

- ¡Joe Vargas! ¡Cielos! ¿Qué tiene todo el mundo con el pobre Joe? Odiaría estar casado conmigo.

- Todo el mundo en su sano juicio odiaría estar casado contigo. - La arrastró al interior del porche, profundamente entre las sombras, sus dedos le rodearon la parte superior de los brazos para darle una pequeña sacudida. - ¿Esto es por dinero? ¿Qué estás tramando?

- Ben, déjame, me estás haciendo daño. - Colby mirando los dedos que le rodeaban el brazo. - Siempre olvidas lo malditamente fuerte que eres.

- Suéltale ahora. - La voz era muy suave, muy amenazadora. Un látigo de malevolencia, una oscura promesa de venganza. Colby nunca había oído nada parecido antes. Rafael había cubierto de algún modo la distancia entre ellos, cruzando completamente el ancho espacio del patio, y se confundía con las sombras haciendo que su gran forma apenas pudiera ser visto, pero sus ojos negros casi brillaban en la oscuridad con increíble amenaza.

Un estremecimiento de miedo le recorrió la espina dorsal y se llevó la mano protectoramente a la garganta. Rafael parecía despiadado, cruel, un depredador. En ese momento no parecía completamente humano. Había una cualidad animal en él, fiero, peligroso, indomable.

Ben dejó caer los brazos y se habría alejado de ella, su mano se deslizó hasta su arma mientras sus instintos tomaban el control, pero Colby permaneció firmemente entre los dos hombros.

- Conozco a Ben desde que tenía tres años, Rafael. Es como un hermano para mí. Nunca me haría daño, nunca. Estoy segura de que parecía como si estuviera siendo rudo, pero no es así en absoluto. Él estaba solo, bien... - Titubeó torpemente por un momento, el corazón le palpitaba en la garganta. La sensación de amenaza, de muerte era tan fuerte que realmente se sintió aterrado durante un momento. Aterrada por Ben.

Rafael fue el primero en moverse, su brazo saltó, sus dedos le rodearon la muñeca para atraerla muy gentilmente hasta él.

- Entonces debo disculparme por no entender la relación entre hombres y mujeres en otros países. - Sus brazos le rodearon el esbelto cuerpo, para sujetarla contra él protectoramente. Ssh, meu amor, tu corazón late demasiado rápido. Escucha el ritmo del mío.

Ben se quedó allí en silencio observando al otro hombre inclinarse posesivamente sobre Colby. Había una postura protectora en su cuerpo mientras abrazaba a Colby, sus manos gentiles, a pesar de su tremenda fuerza. Rafael exudaba poder y amenaza, la arrogancia de alguien largamente acostumbrado a mandar a otros con completa autoridad. Parecía un hombre que siempre se salía con la suya y Ben podía ver claramente que Rafael De La Cruz deseaba a Colby Jansen. De La Cruz era un hombre, no un muchacho, y Colby parecía joven y vulnerable a su lado. Parecía un poco asustada y muy confusa como si se encontrara en una situación para la que no estaba preparada. Y Ben conocía a Colby, sabía que nunca estaría preparada para un hombre como Rafael De La Cruz.

- Nunca haría daño a Colby. - Dijo Ben tranquilamente. - Somos viejos amigos y supongo que acostumbro a ser un poco brusco con ella.

Rafael sonrió, mostrando brillantes dientes blancos. No había humor en su sonrisa, más bien una sutil advertencia.

- Quizás ella se está volviendo demasiado mayor para tales cosas. - Su voz fue más suave que nunca e hizo que el pulso de Colby corriera un vez más. Sonaba mortal.

Colby tomó un profundo aliento y lo dejó escapar, decidida a retomar el control de la situación.

- Gracias por preocuparte por mí, Rafael, pero como puedes ver, estoy perfectamente bien. En realidad tengo bastante que discutir con Ben, así que si nos disculpas...

Rafael se inclinó con una cortés y elegante reverencia largamente olvidada en el mundo moderno. Durante todo ese tiempo su mirada nunca abandonó la cara de Ben, las negras profundidades de sus ojos fríamente heladas. Ben observó como el hombre se inclinaba para rozar un beso en lo alto del sedoso pelo de Colby antes de alejarse, de vuelta al patio con los Everetts y Ginny.

Ben bajó la mirada hacia Colby, sus rasgos duros y soberbios.

- Estás loca si crees que puedes controlarle. Es peligroso, Colby. Podría arrancarme el corazón con las manos desnudas. Deberías tener más juicio y no enredarte con alguien así.

Colby se quedó allí mirándole bastante impotentemente. No sabía si estaba enredada con Rafael. Todo en su vida parecía estar dando vueltas fuera de control cuando estaba cerca de Rafael. Sacudió la cabeza y se dejó caer en el balancín del porche, con las rodillas súbitamente temblorosas.

- No sé que me ocurre, o al rancho, el mundo está patas arriba ahora mismo, Ben.

Era la primera vez que la había oído sonar tan perdida. Al momento se acuclilló junto al balancín, con la manos sobre su rodilla para reconfortarla.

- Escúchame, cariño. No necesitas vender tu alma aquí. Tengo dinero si lo necesitas. Unos pocos ahorros, nada grande. - Tomó un profundo aliento, su cara masculinamente

inexpresiva mientras llevaba a cabo el sacrificio último. - Y demonios, si necesitas que me case contigo, supongo que podemos hacerlo también.

Colby le miró durante cinco segundos completos antes se lanzarle los brazos alrededor del cuello y abrazarle con fuerza, riendo suavemente.

- ¿Qué haría yo sin ti, Ben?

Rafael oía toda la conversación, la sangre surgía con tal poder a través de su cuerpo que se mantuvo más que inmóvil, temiendo que el demonio se liberaría. Sus hermanos se removieron en su mente, cuestionando la furia que le inundaba. Rafael miraba fijamente la mano que tocaba la rodilla de Colby, observó como ella se lanzaba los brazos de otro hombre, la oyó reír suavemente, la camaradería de un hombre y una mujer que se había conocido el uno al otro desde hacía largo tiempo.

Sintió al demonio alzar la cabeza, rugir, la reacción bestial bajo el fino barniz de civilización que tan duramente había trabajado para lograr. Los colmillos explotaron en su boca y sus ojos ardieron salvajemente. Una neblina roja parecía consumir su cerebro.

Llámala. Era Nicolás. Tranquilo. Dando una orden. La voz de la razón cuando la oscura llamada de su naturaleza le estaba consumiendo. Rafael. Deliberadamente Nicolas utilizó el nombre de su hermano para llamarle de vuelta desde el borde del desastre. Llámala ahora.

La bestia podía ver a su rival abrazando a su compañera. No los había unido a ambos por temor a la incomodidad de ella, ahora la bestia tenía un agarre firme sobre él.

Llámala. Era el viento fríos de la razón moviéndose a través de su mente. Rafael se aferró al ribete de cordura que su hermano proporcionaba.

Colby. Aléjate de él inmediatamente. Por mí. Haz esto por mí.

La voz normalmente suave fue una amenaza en su mente. Más peligroso que ningún animal salvaje que hubiera nunca encontrado. La amenaza estaba allí, justo como la vez que se había topado con un enorme gato montés justo después de que se hubiera cobrado una presa. Sintió su miedo de que pudiera no escucharle, de que no viera el peligro, pero Colby era muchos más adepta a leer a las cosas salvajes de lo que él creía. Y eligió ese momento para tocar su mente.

Colby se lejó de Ben y saltó sobre sus pies, paseando lejos de él rápidamente, su mente trabajando en dos niveles. Quería aparentar normalidad ante Ben, pero compartía el arremolinante caldero de oscuras y violentas emociones con Rafael.

- Odiaría estar casado conmigo y lo sabes. - Cruzó los brazos e intentó contener un estremecimiento. En algún lugar allá afuera en la creciente oscuridad había algo poderoso y amenazador. Se agazapaba muy cerca, observándolos con los ojos fijos de un tigre. - Te volvería loco, Ben, y lo sabes. Pero ha sido muy dulce por tu parte ofrecerte. Estoy segura de que te has ganado tu entrada en el cielo esta noche.

Ben se puso en pie lentamente, intentando que no pareciera como si acabara de esquivar una bala.

- Sabes que lo haría, si me necesitas. Simplemente no hagas nada desesperado, Colby.

Ella bajó los escalones del porche y miró alrededor del patio casualmente. Sentía el peligro como una entidad viviente y que respiraba. ¿Qué es, Rafael? ¿Tú lo sientes también?¿Era Rafael? ¿O simplemente él estaba sintonizado con el peligro? ¿Estaba amenazándola Rafael?

Nunca podría hacerte daño, querida, nunca. No hay peligro para ti o los tuyos, yo lo sabría. Simplemente estás sintiéndome a mí poniéndome celoso. La voz era tranquila como acostumbraba. Le vio entonces, de pie en el corral como si no hubiera pasado nada, charlando tranquilamente con Sean y Joclyn mientras Ginny conducía el caballo de Tanya en un amplio círculo.

¿Celoso? ¿Eso eran celos? Colby le miró un largo tiempo. Parecía completamente normal, un extranjero guapo y encantados que era muy magnético. ¿Se estaba volviendo

completamente loca? ¿En qué estaba pensando? ¿Que él era más que un hombre? Tenía poder del mismo modo que lo tenía ella; era bastante fácil perder el control. Ella entendía eso mejor de lo que podría hacerlo nadie. Pero había captado un vistazo de una bestia rugiente, no humana, algo mucho más peligroso.

¿Puedes proyectar tanto peligro simplemente cuando estás celoso? Y no por una razón muy buena, podría añadir. Tenía que preguntarle. No sabía si quería que mintiera o le dijera la verdad. Pero tenía que preguntarle.

Cuando estemos solos y pueda sostenerte entre mis brazos hablaremos. Las palabras había sido pronunciadas como una suave caricia, corriendo por su piel desnuda haciendo que se tocara su propio brazo. Atónita, bajó la mirada. Las ampollas y rojeces habían desaparecido. Su piel estaba lisa e inmaculada. Él había curado su terrible quemadura de sol.

- ¿Vas a hablar conmigo o a quedarte mirando ese extranjero toda la noche? - Exigió Ben, llegando junto a ella. - Creo que tienes otro problema aquí. - Sonaba casi beligerante y Colby se volvió para enfrentarle.

- Sabes, Ben, no creo que entienda a los hombres ni en un millón de años. No son tan lógicos couando intentan hacer creer a las mujeres lavándoles el cerebro. - Colby se volvió alejándose de él y mirando el cielo oscurecido. - Paul está terminando en el campo de heno. No he comprobado el problema aún. Juan Chevez fue el que encontró la ternera y Paul la vio. Puede llevarte allí, pero está oscureciendo muy rápido. No sé si tendrás tiempo.

- Estoy empezando a preocuparme por ti y los chicos aquí solos. Estoy haciendo tiempo, Colby, no voy a permitir que te ocurra nada.

Ella le sonrió sobre el hombro, su pelo cayendo en una brillante cascada por su espalda. Parecía tan hermosa que Ben quedó ligeramente sorprendido. Parecía casi etérea, fantasmalmente sexy y un poco misteriosa. La había considerado su hermanita pequeña casi toda la vida. Los sentimientos de Ben por Colby estaban muy entremezclados, y no quería verla con esta luz. Ellos no encajaban en absoluto. Nunca se había fijado en que pareciera atractiva y sexy antes, ni una vez en todos sus años juntos.

Ben miró hacia el oscuro extraño y cogió al hombre mirándole. Rafael no apartó la mirad, sus ojos ardientes raros con una luz de advertencia. A Ben le recordaban los ojos de un felino, más preparados para la visión nocturna que para el día. Sus ojos no parpadeaban y Ben apartó la vista, no le gustaba era mirada intensa que ponía los pelos de punta. Rafael De La Cruz estaba dejando perfectamente claro que Colby estaba prohibida para cualquier otro hombre. Ben no confiaba en él, presentía algo violento y peligroso bajo esa calma exterior. Y De La Cruz parecía del tipo playboy, adquiriendo fácilmente mujeres y haciéndolas a un lado rápidamente. Colby no esta hecha para aventuras de una noche. Era una mujer que se entregaría a sí misma completamente a alguien a quien amara. Ben no quería que fuera un hombre como De La Cruz.

Se encasquetó el sombrero sobre la cabeza.

- Encontraré a Paul y hablaré con Chevez, pero, Colby, mantén a los chicos cerca y no vagues por ahí sola.

- Tengo un rancho que llevar, Ben. - Dijo ella tranquilamente. - No voy a dejar que nadie me asuste.

- Dijiste que Juan Chevez encontró la ternera. ¿Qué estaba haciendo montando en tu rancho? - Ben sonaba casual, pero Colby no se dejó engañar en lo más mínimo, le conocía desde hacía mucho.

- Después del incendio, Rafael no quería que estuviéramos aquí solos. Él no podía quedarse así que pidió a Juan y Julio que nos ayudaran. - Bajó la mirada a sus manos, avergonzada de admitir su debilidad ante él. - Fue una suerte que se quedaran. Me puse enferma esta tarde y dormí la mayor parte del día.

- Así que De La Cruz les ordenó quedarse.

- Ellos querían quedarse, Ben. Son los tíos de Paul y Ginny, después de todo. Estaban preocupados por su bienestar.

Él giró sus ojos azules descoloridos hacia ella.

- ¿Estás intentando hacerme creer que Colby Jansen no sospecha en lo más mínimo de esto? ¿De esa gente que apareció de la nada reclamando a tus hermanos y queriendo que se les entregara el rcho? ¿Que son solo socios de negocios y están hospedados con tu vecino Sean Everett cuya plantilla entera esta conformada casualmente por exconvictos? ¿Y que justo en el mismo momento de su llegada, toda clase de "accidentes" empiezan a ocurrir en tu rancho? ¿Es todo coincidencia, Colby? Y ahora Juan Chevez encuentra una ternera muerta mutilada mientras está "vigilándolos" por orden de De La Cruz. A mí me parece un poco inverosímil.

- ¿No hemos tenido esta conversación antes, y eras yo la que te decía a ti esas cosas? Me dijiste que estaba siendo testaruda y que lo superara. Me dijiste que estaba exagerando cuando intenté señalarte que las cosas que iban mal en mi rancho no eran accidentes.

- Si, bien, la muerte de Pete no fue un accidente, Colby, y no fue un accidente que los jinetes de Everett y Chevez estuvieran sobre esa colina. O que Clinton Daniel y esa escoria de Harris estuvieran allí también, junto con ese nuevo, Ernie Carter. Ese si que es un verdadero ganador. ¿Qué demonios estabas haciendo montando allí afuera sola?

- Ben - Posó una mano aplacadora sobre su brazo. - No estarás sugiriendo que todo el mundo conspira contra mí, ¿verdad?

Ben sintió el peso de esos peculiares ojos mirándole malevolentemente. No levantó la mirada para ver; sabía instintivamente que gozaban de la completa atención de De La Cruz y sabía que era porque le había levantado la voz a Colby y ella estaba tocándole.

- Creo que estás en gran peligro, Colby, no solo de perder el rancho. Eso es lo que creo y harías bien en tomarme endemoniadamente en serio.

- Lo haré, Ben. - Concedió Colby con un pequeño suspiro. - Yo también estoy preocupada. No sé que pensar, pero no quiero que le ocurra nada a Paul o Ginny. Prometo ser cuidadosa. - Cuando él continuó mirándola suspiró de nuevo. - Muy, muy cuidadosa.

- Y no confíes demasiado en nadie. - Advirtió él.

- Y no confiaré demasiado en nadie. - Añadió ella obedientemente.

Ben caminó hacia el campo de heno, y ella le observó hasta que su gran forma desapareció alrededor del costado del enorme granero. Clavó los ojos en el granero, perpleja. Habría tenido mucho más sentido que el incendiario quemara el granero. Estaba ubicado más lejos de la casa y no tenía aspersores. El granero habría ardido más rápido con el heno dentro. ¿Por qué no había escogido el granero?

- ¡Colby! - Llamó Ginny, su voz traicionaba molestia. Quería desesperadamente causar una buena impresión. Tanya era muy agradable y quería que Colby le prestara un montón de atención para que así quisiera volver.

Colby se apresuró, ignorando la ardiente mirada de Rafael y concentrándose totalmente en Jocly y Tanya. Fue consciente de que Rafael la observaba intensamente cada vez que daba instrucciones, pero se obligó a evitar mirarle. Deseaba mirarle. Incluso necesitaba mirarle. Podía sentir su mente buscando la de él continuamente. Había sentido la sensación antes; ahora la reconocía. Y con frecuencia él tocaba su mente. Como una sombra. Casi buscando tranquilidad. En el momento en que él la tocaba podía relajarse de nuevo, respirar. Sonreía a Joclyn y charlaba normalmente. Abrazaba a Ginny con frecuencia, fingiendo sentirse interesada y excitada por su charla. Prodigaba atención a Tanya, pero todo el tiempo era intensamente consciente de Rafael. Esperando. Observando.

Sean extendió un sobre Rafael a través de la ventanilla abierta de la camioneta justo antes de que se marcharan, prometiendo a Ginny que volverían en un par de días. Colby observó a Rafael meterlo casualmente en el bolsillo de su camisa. Le miró realmente entonces, permitiéndose a sí misma el lujo. Su ropa estaba inmaculada, a pesar del hecho de

que había estado comprobando las quemaduras de los caballos en el corral y ayudando con la lección de hípica. Parecía como si ni quiera la suciedad y el polvo del rancho se atrevieran a aferrarse a él como hacían con todos los demás. Y siempre olía tan bien.

Rafael encontró su mirada sobre la cabeza de Ginny y le sonrió. Podía robarle el aliento sin hacer mucho más que eso. Colby agachó la cabeza y empezó a caminar con Ginny hacia la casa.

- Así que, ¿qué te parece, gallinita, te gusta Tanya?

- Es realmente agradable, Colby. - Dijo Ginny entusiasmada. - Paul debería haber venido al menos a presentarse.

- ¿De veras? - La ceja de Colby se arqueó - ¿Tú crees? Pensé que podría decir algo horrible y mortificarnos... ya conoces a Paul.

Ginny consideró la idea, después sacudió la cabeza.

- Las chicas piensan que es mono. Ha estado hablando con unas pocas por teléfono y siempre son ellas las que llaman primero. Él nunca las llama. Por la noche cuando tú estás trabajando él está en el teléfono de la cocina.

- ¿Tu hermano habla por teléfono con chicas mientras tu hermana está trabajando? - Preguntó Rafael tranquilamente. No había expresión real en su voz, era suave y tranquila como siempre, pero ocultaba una amenaza.

Colby le miró fijamente, preguntándose como podía hacer eso, no alzar la voz o cambiar su inflexión, pero sonar tan aterrador.

- Paul es muy joven, Rafael. Solo tiene dieciséis años.

- ¿Y cuando Armando tuvo el accidente y te dejó un rancho que llevar y cuidar de él, cuántos años tenías tú? ¿Diecisiete? - Los ojos negros se movieron pensativamente sobre su cara.

Ella subió los escalones del porche trasero muy rápido, súbitamente furiosa con él.

- Paul ayuda mucho, Rafael, y en cualquier caso, no es asunto tuyo.

Él se deslizó junto a ella a su manera silenciosa, irritándola incluso más. Su mano se extendió hacia la puerta de la cocina exactamente al mismo tiempo que lo hacía la de ella. Colby tiró de su mano hacia atrás cuando los dedos de él rozaron los suyos.

- ¿Crees que mimando al chico vas a convertirle en un hombre, Colby? Finalmente, él tendrá que llevar el rancho. Era el sueño de tu padre mantener el rancho para sus hijos, pero no quería que te mataras.

Colby era demasiado consciente de los ojos abiertos de par en par de Ginny mirando del uno al otro, repentinamente muy adulta.

- También era mi sueño. - Colby sonó desafiante incluso a sus propios oídos. Atravesó la habitación hasta el refrigerador y miró dentro.

La sonrisa de Rafael fue muy amable. Puso una mano sobre el hombro de ella. He estado en tu mente, pequeña. No vi tal recuerdo.

Había estado en su cuerpo también. Las palabras no pronunciadas brillaron en medio del aire. Ella se dio la vuelta y le miró.

- Entonces no has buscado lo bastante bien. - Espetó, odiando saber que la tenía en el bolsillo y que no tenía más elección que aceptar su ayuda. Iba a tomar su dinero y había dormido con él. - Yo también quería el rancho. Lo quería. Lo quiero.

El recuerdo no está ahí, querida, y tú, más que yo, sabes que es verdad. Nunca estuvo allí, ni ningún recuerdo semejante, porque no existía tal deseo o sueño.

CAPITULO NUEVE

- Ben está de un humor de perros. - Saludó Paul mientras atravesaba la puerta de la cocina como un perrito maltratado. Fue directo hacia el fregadero y se lavó las manos. Colby

era mortal con la limpieza. - Te lo juro, me alegré de ver que se iba. ¿Por qué está tan agobiado? ¿Qué le dijiste, Colby?

Ella se dio la vuelta, mirándole fijamente.

- ¿Qué le dije? - Repitió muy suavemente. - ¿Y por qué crees que le dije algo? Ben es un hombre. - Lo hizo sonar como una palabrota. - Eso debería decirlo todo.

Paul silbó muy bajito.

- ¿No me ha llamado nadie? - Preguntó esperanzado. Nadie se metía con Colby cuando estaba en ese estado de machacar a los hombres. Alguien o algo la había sacado de sus casillas y esperaba no haber sido él.

- No, pero esperaba que dejases a Ben allí fuera perdido.

Las cejas de Paul se arquearon ante el humor de Colby y después miró de su hermana a Rafael especulativamente.

- Así que, supongo que has traídos los papeles del préstamo. ¿Los ha visto Colby ya? - Era una buena suposición por su parte después de ver la expresión de la cara de su hermana.

Rafael extrajo los papeles y se los extendió a Colby.

- No, aún no. Quizás podría examinarlos mientras nosotros nos conocemos mejor. - Gesticuló hacia el salón, conduciendo a Paul y Ginny delante de él para dar a Colby más privacidad.

Colby se congeló, el sonido de su corazón ruidoso en los oídos.

- ¡Espera! - Sonaba totalmente en pánico. Se sentía totalmente en pánico. Extendió realmente la mano para evitar que sus hermanos salieran del cuarto solos con Rafael.

Rafael se volvió para mirarla, sus ojos negros recorriéndole la cara con dura autoridad mientras ella retrocedía lejos de él.

- ¿Qué pasa, meu amor? - Habló gentilmente, su voz como una aterciopelada caricia, pero se estremeció de todos modos. Él estaba ardiendo. Ardiendo. Podía sentir el volcán arremolinándose dentro de él tan unidos como ellos. Sus ojos estaban sobre ella, serios y fríos, pero ardían con una terrible intensidad. Fuego y hielo. Ahí estaba de nuevo. La paradoja. No le entendía. No se entendía a sí mismo. Pero primero y ante todo, a pesar de lo que ella pudiera necesitar o desear o sentir, tenía que saber que Ginny y Paul estaban a salvo de todo daño. Rafael era un sombra en su mente y vio su miedo.

- ¿Colby? - Había preocupación en la voz de Paul. - ¿Qué pasa?

Mucho cuidado con lo que dices al chico, pequeña; no quiero que me tema innecesariamente como pareces temerme tú. Las palabras ronronearon en su mente, una tranquilizadora amenaza.

La mano de Colby fue hasta su garganta, un gesto protector, moviéndose para cubrir la marca que tan frenéticamente palpitaba en su cuello. ¿Me estás volviendo loca? Me siento como si ya no supiera qué es real y qué no. Soy diferente. Estaba llorando las palabras, necesitando su confort incluso mientras intentaba alejarle con sus acusaciones.

Estaremos solos bastante pronto, Colby, no hay necesidad de todo este miedo. Los niños y tú estáis bajo mi protección. Eso no es poca cosa. Si no crees en mí, entonces cree en Armando. Envió a buscar a la familia. Son hombres de honor. Si creyeran que te haría daño, ¿crees que permitirían semejante cosa?

No sé. Te son muy leales. No lo sabía. Honestamente no lo sabía. ¿Cómo podía sentirse tan atraída por alguien en quien ni siquiera confiaba? ¿Cómo podía permitirle hacer las cosas que había hecho con su cuerpo y desear todavía más? No tenía sentido para ella. Y los hermanos Chevez le temían. Sentía el desasosiego en ellos cada vez que la conversación se volvía hacia Rafael. Era mucho más que un hombre con talentos únicos como los que tenía Colby. Era mucho más poderoso. Y había una oscuridad dentro de él que con frecuencia vislumbraba. Por mucho que se sintiera atraída por Rafael, también se sentía igualmente repelida, su sentido de autoconservación pateaba con fuerza. Él la estaba controlando, poco a

poco, célula a célula. Su corazón. Sus pulmones. Daba la sensación de que no podía respirar sin él. Nadie más la miraba con esa ardiente mirada hambrienta. Ni la tocaba con semejante orden, con tal necesidad. Era dominante en todo y algo en ella no podía controlar el responderle, el necesitarle, incluso cuando no estaba segura de quién o qué era.

- Revisa los papeles, Colby. - Rafael sonaba tierno. - Estaremos en la otra habitación. Ginny está interesada en recetas de sopa vegetarianas y soy bastante bueno en ese tema en particular.

Colby miró a Rafael, casi temiendo tomar una decisión. Tú no... no podría formular realmente una acusación. ¿Y si dirigía sus mentes para hacer algo dañino? ¿Podía haber hecho tal cosa?

Los ojos negros de él se encendieron con furia durante un momento. Si, podría, pero no lo hice. Giró sobre sus talones y salió a zancadas de la habitación.

Paul deslizó el brazo alrededor de los hombros de Ginny.

- No voy a fingir que sé qué está pasando entre vosotros dos, pero nos ofreció un enorme préstamo prácticamente por nada, Colby, si no conseguimos el dinero pronto vamos a perder el rancho.

Colby se encogió de hombros.

- Bueno, quizás estás siendo demasiado confiado, Paul. Ya deberías saber que nadie da algo por nada. Nunca funciona de esa forma.

- Quizás sea así, Colby, pero de nuevo fuiste tú la que confió en Daniels lo suficiente como para tomar el préstamo. - Le soltó Paul.

Colby hizo una mueca como si la hubiera golpeado. Para sus sorpresa, los ojos realmente le brillaron de lágrimas. Ginny corrió hacia ella, rodeándole la cintura con brazos protectores, mirando abiertamente a su hermano.

- No dejes que te oiga volver a hablar así a tu hermana, Paul. - La gran forma de Rafael llenaba el umbral de la puerta. Siempre parecía materializarse de la nada, moviéndose invisible y silencioso para aparecer y asumir el control. Miraba directamente al adolescente. - Eres demasiado mayor para gritar acusaciones cuando no dispones de todos los hechos. Colby merece mucho más respeto por tu parte. - Había un látigo en la tranquila fuerza de su voz. - Piensa antes de hablar, chico. Soy bastante capaz de introducirte en el concepto de modales. - Rafael retrocedió en una invitación para permitir a Paul precederle, su mirada acerada.

Paul pareció desafiante durante un momento, su cara volviéndose lentamente roja. Ginny se movió primero, apresurándose rápidamente a pasar a Rafael para entrar en la otra habitación, deteniéndose solo lo suficiente como para lanzar a su hermano una mirada indignada. Colby, por una vez, no ayudó a Paul, bajando la mirada hacia las puntas rozadas de sus botas como si no pudiera soportar mirarle. Como si él le hubiera hecho daño tan profundamente con su acusación que no podía mirarle a él ni a nadie más.

- Colby. - Él pronunció su nombre suavemente, lamentando realmente haberla emprendido con ella. No estaba ni siquiera seguro de por qué lo había hecho, solo que no le gustaba la forma en que Rafael estaba mirando a Colby, o la forma en que ella le devolvía la mirada.

Ella sacudió la cabeza sin levantar la mirada. Paul siguió a Ginny hasta el salón. Colby desdobló los papeles a regañadientes y extendió el documento de la oferta sobre la mesa de la cocina. Era estrictamente de negocios, legal y muy serio. No pudo encontrar falla en él. Rafael la había dejado sin salida, ni razón lógica para negarse. La suma era la cantidad de dinero que necesitaba para pagar a Daniels y suficiente para reconstruir e incluso añadir nuevo equipamiento. Colby no tenía la clase de efectivo de que disponían Daniels o De La Cruz y nunca lo tendría.

- ¿Estás planeando fruncir el ceño todo el día o lo firmaremos y acabaremos con esto? - Rafael interrumpió sus pensamientos, apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ella le miró, con un ligero ceño en la cara.

- Lo estoy revisando, buscando trampas ocultas.

- Eso no va a funcionar, lo sabes. - Dijo en voz baja.

-¿Qué es lo que no va a funcionar? - Replicó ella.

- Intentar empezar una pelea conmigo. No funcionará conmigo. Estás pensando en hacerme volver a mi tierra. ¿No comprendes que ya es demasiado tarde para eso?

Colby se pasó una mano por el pelo y le evaluó con ojos serios.

- Tenemos que tener una charla, Rafael.

Él señaló a los papeles con un grácil ondeo de la mano.

- ¿Realmente es tan duro decidirse? ¿Preferirías que os volviera la espalda a ti y a los chicos? Es solo dinero. Te lo daría, pero no lo aceptarías. El dinero no significa nada para mi, nunca lo significó. - Suspiró, su mirada negra apresurándose sobre la expresiva cara femenina. - Odias el hecho de que te ofrezca el dinero, pero en realidad, querida, tú ya me tenías catalogado cualquier forma. ¿Si no te lo hubiera ofrecido, qué clase de hombre habría sido? - No había nota de censura en su voz, simplemente establecía un hecho.

Colby quedó instantáneamente avergonzada. Era cierto. Estaría resentida con él de cualquier forma. Y no confiaba en sus motivos. Rafael extrajo una pluma de oro de su bolsillo y se la extendió, sus ojos oscuros elocuentes. Colby sacudió la cabeza ante la locura que estaba haciendo, pero tomó la pluma. Sus dedos rozaron los de él, enviando un escalofrío de consciencia en su espina dorsal. Él podía hacer eso, ¿pero era simplemente química? Colby no sabía por qué se sentía tan atraída por él. Creía que era frío, pero algunas veces ardía con tal intensidad que se derretía a su alrededor. ¿Cuál era el Rafael real? Le creía egoísta y arrogante, pero fue el primero en ayudar desinteresadamente en el rancho en una crisis. Había escudado a Ginny en medio de la crisis a pesar del hecho de estar sufriendo una incomodidad extrema. Y le estaba ofreciendo dinero en unos términos más que razonables para que pudieran mantener el rancho. ¿Tan equivocada había estado con respecto a él?

No, pequeña, no estabas tan equivocada sobre mí. Las palabras le rozaron la mente casi tiernamente.

Colby le miró, asombrada. Era desconcertando tenerle leyendo cada uno de sus pensamientos.

- Supongo que tenemos que hablar. Tienes que explicarme lo que está pasando exactamente entre nosotros, porque yo lo sé que es. - No iba a darse por vencida. Había prometido hablar con ella y tenía intención de hacer que lo cumpliera.

- ¿Realmente crees que tengo algo que ver con los problemas de este rancho? - Rafael se movió por primera vez, un perezoso y casual movimiento que recordaba mucho a un felino mientras se enderezaba y movía hacia ella, llenando inmediatamente toda la cocina con su presencia.

El teléfono sonó chillonamente. Pudieron oír a Paul y Ginny corriendo ambos para responderlo. Colby abrió la puerta corredera. Necesitaba el aire nocturnos, los espacios abiertos. No volvió la cabeza y no oyó a Rafael caminando, pero le sintió moviéndose justo a su espalda.

Mientras caminaban por el patio, su mano rozó la de ella. Al momento el corazón se le volvió loco, palpitando salvajemente antes de que pudiera evitarlo. Le miró desde debajo de sus largas pestañas, colocando subrepticiamente la mano tras la espalda.

- ¿Por qué viniste aquí, Rafael? ¿Por qué estás aquí en realidad? Este no es tu lugar, ¿verdad?

- Mis hermanos y yo raramente viajamos. Preferimos quedarnos cerca del bosque pluvial. - Alzó la mirada hacia la cordillera de montañas que se erguían amenazadoramente oscureciendo el rancho. - Necesitamos la libertad. Incluso juntos siempre hemos sido unos solitarios.

Su voz era muy callada, casi hipnótica. Colby se encontró con la mirada también fija en las montañas. Todo parecía mucho más intenso. Los colores vívidos en la noche, la brisa trayendo hasta ella fragancias y sonidos que nunca antes había experimentado. Inhaló profundamente, atrayéndolo todo a sus pulmones.

- ¿Por qué deseo estar contigo cuando ni siquiera me gustas? - No le miró mientras formulaba la pregunta. - Tú lo sabes, ¿verdad? - Ella sabía cosas, siempre había sabido cosas. Sabía que él no le mentiría sobre lo que fuera que había entre ellos.

Rafael se movió junto ella en silencio, su cuerpo fluido y poderoso. Podía sentir su poder. Caminaron pasando el gran jardín que tan duramente había trabajado para mantener. Notó ausentemente que Paul había olvidado regarlo. Tan pronto como el conocimiento brilló en su mente, Rafael ondeó la mano y el agua empezó a fluir de los aspersores. Lo hizo casualmente, casi como si no hubiera notado que lo hacía.

- ¿Por qué necesito tocar tu mente con la mía, verte, cuando no he necesitado nunca a un hombre en toda mi vida?

La mano de él rozó la de ella de nuevo y esta vez sus dedos se entrelazaron juntos.

- ¿Realmente quieres las respuestas a tus preguntas, Colby? Debes estar muy segura de que es eso lo que quieres. Las respuestas que obtendrás no son lo que esperas.

Dejó de caminar, su cuerpo muy cerca del de él. Tenía que inclinar la cabeza para mirarle. Colby se tomó un momento para pensarlo. Presentía que iba a revelarle algo monumental, algo aterrador. ¿Era lo suficientemente fuerte como para aceptarlo? Colby necesitaba saber. Tomó un profundo aliento y asintió.

Creo que ahora mismo ya tengo suficientes misterios en mi vida sin añadir este. Cuéntame la verdad.

Las manos de él le enmarcaron la cara, las yemas de sus dedos increíblemente gentiles mientras le rozaban la cara.

- Te miro, Colby, y veo a la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Por dentro y por fuera eres hermosa. Te conozco mejor que lo que ningún otro podría conocerte nunca, porque puedo ver tus pensamientos y leo tus recuerdos. Tu luz , tu tremenda capacidad de amar, me humillan.

Ella le miró firmemente, intentando no caer en las profundidades de sus negros, negros ojos. Miraba tan intensamente, con tal hambre tal en ellos, que resultaba imposible no creer lo que estaba diciendo y sus palabras le robaban el aliento, su habilidad de permanecer concentrada. Sacudió la cabeza para liberarse de su hechizo.

- Háblame de tu vida. - Se encontró conteniendo el aliento; no quería oir hablar de Rafael y otras mujeres. Quería saber de él. Quién era, que pensaba, que le importaba.

- Tú me importas. Ginny y Paul me importan. El honor me importa. - Sus ojos negros, oscuros y pensativos, le recorrieron la cara. Sus dedos vagaron hacia abajo por la sedosa cortina de su pelo antes de liberarla reluctantemente. - El honor es lo único que me quedaba, Colby, antes de que llegaras a mi vida. - Apartó la mirada de ella, evitando sus ojos para mirar hacia los sombreados picos que los rodeaban. - Pertenezco al bosque pluvial, arriba entre las montañas, lejos de la gente, donde es mucho mas seguro para ellos... y para mí.

Colby mantuvo los ojos sobre su cara, decidida a saber la verdad. Había algo realmente solitario en él, algo tan solitario que le tocaba el corazón. Sentía el abrumador deseo de acunarle entre sus brazos y reconfortarle.

- No veo nada de malo en que necesites tu propio espacio. Algunas veces, es tal el bombardeo de información que me abruma y apenas puedo soportarlo. Tú eres mucho más sensible que yo, puedo decirlo. Si lees mentes, las emociones deben ser sobrecogedoras.

Él se frotó el puente de la nariz pensativamente, sacudiendo la cabeza hacia ella.

- Naturalmente darías con una razón plausible para mi comportamiento. Pero no es así, pequeña, no tengo la excusa de sentirme bombardeado por las emociones. En realidad, aunque puedo leer mentes, no sentía nada hasta que te conocí.

Colby continuó caminando. La suave brisa era consoladora, un telón de fondo perfecto la serenidad mientras luchaba por entender lo que le estaba contando Rafael.

- No entiendo. ¿Cómo podías no sentir nada? ¿Quieres decir que nunca te has enamorado? ¿Qué? ¿Quieres decir eso?

- Lo digo en sentido literal, Colby. - Continuó él gentilmente. - Toca mi mente, busca en mis recuerdos. - No sonaba avergonzado, sonaba realista, como si casualmente discutieran sus pecados cada día, no como si estuviera desnudando su alma ante ella, como si no estuviera arrancándose el corazón y ofreciéndoselo.

Sabía que ya no podía continuar sin ella. Sabía que era demasiado egoista como para terminar su vida, y en cualquier casi tenía que atarla a él. No tenía ni idea de las consecuencias que tendría para ella su separación. No los había vinculado oficialmente con las palabras rituales pero había intercambiado sangre con ella en dos ocasiones. Ella estaba parcialmente en su mundo. Y le necesitaba. Estaba sola en medio de su amada familia. Y ellos la utilizaban, su generosidad, su naturaleza compasiva y dones únicos. Sin esos talentos, no habría sido posible para Colby llevar el rancho con el equipamiento defectuoso como había hecho estos últimos años.

Había un vampiro en la zona, probablemente atraído por su utilización de su talento psíquico. Y estaba Nicolás, tan cerca a convertirse que resultaba aterrador. Y Rafael no sabía en realidad cuando podría, él mismo, resistir sin reclamarla. Por encima de todas esas razones, Rafael sabía que nunca había deseado nada para sí mismo en todos sus largos años. Deseba a Colby y la tendría.

Ella le extendió hacia él, por primera vez viendo realmente más allá de su máscara inexpresiva. Su cara apuesta era diferente cuando le estudiaba realmente. Había líneas talladas en sus rasgos sensuales que no habían estado allí antes. Había una pena en las profundidades de sus ojos como si estuviera sufriendo. Instantáneamente su corazón se derritió y Colby apretó la garra sobre el brazo de él.

- ¿Qué es lo que no quieres decirme, Rafael? ¿No crees que sería mejor ir simplemente ir al grano?

Colby, Directa al asunto. Sujetó espesos mechones sedosos de pelo rojo dorado tras su pequeña oreja.

- Tienes tanto aquí, Colby. Estás dispuesta a dar tanto de ti misma a aquellos a los que amas. Quiero que me ames. No merezco tu amor. No he hecho ni una sola cosa para merecerlo, sino que hecho tu vida más difícil. Te necesito. Sé que no siempre será fácil estar conmigo. Soy un hombre muy dominante, sexualmente y de cualquier otra forma. Quiero que seas mía. Toda mía. - Dijo las palabras rigurosamente, sin embellecimientos, totalmente vulnerable, consciente de que ella podía doblegarle fácilmente con una palabra, una mirada. - Pero quiero que me ames, necesito que me ames.

Todo en Colby respondió a la franqueza de su súplica. Parecía tan solo, alto y erguido, sus ojos negros vivos con algún terrible dolor interior.

- ¿Por qué? ¿Por qué necesitas que te ame, Rafael? Tú lo tienes todo. - No estaba abrumándola con embellecimientos románticos, o siquiera utilizando su química sexual altamente cargada entre ellos para persuadirla, y eso, más que nada, logró su completa atención.

- No tengo nada sin ti. Antes de venir aquí, Colby, mi vida era una vida de un momento vacío e interminable tras otro. Estoy vivo cuando estoy a tu alrededor. Puedo sentir emoción, sé que me importa la familia Chevez, siento afecto por ellos, me importa lo que les ocurra. Siento por mis hermanos, mi gente. No quiero regresar a un mundo yermo, no puedo. - Sus ojos negros se movieron malhumoradamente sobre la cara vuelta hacia arriba de ella. - Eres un milagro y no siquiera eres consciente de ello.

- No he hecho nada para ser un milagro. - Le recordó Colby calladamente. Esperó en la oscuridad a que llegara lo inevitable. Sabía que había algo más, algo que él no quería contarle.

- Que existas es un milagro para mí, Colby. - Gesticuló con la mano, una larga barrida que trazó un amplio círculo. - Este es mi mundo, Colby, la noche. He vivido mucho solo y no puedo hacerlo ya más. - Inclinó la cabezo como si estuviera infinitamente cansado. - Pensé que podría ser lo bastante fuerte como para permitir que se apartaras de mí. He pensado mucho en esto, pero no puedo. - La miró directamente entonces, la cabeza alzada, alto y poderoso, sus ojos negros quemando una marca en el interior de mente de ella. - No puedo, Colby.

- Rafael, deja de dar rodeos. ¿Qué es? - Podía oír como su propio corazón latía salvajemente. Podía sentir la desesperación en su propia mente y cuerpo como si cada célula necesitara de él confort y seguridad. Pero él estaba cambiándole la vida. Lo sabía instintivamente, sabía que la estaba advirtiendo, no tranquilizándola. Fuera lo que fuera lo que no le estaba diciendo era algo terrible. Así que simplemente se quedó allí contemplándole. Esperando.

Rafael permaneció en pie un momento pareciendo curiosamente vulnerable y al siguiente su expresión era sombría, decidida. Pura arrogancia. La arrastró hasta sus brazos y tomó posesión de su boca. Ella saboreó una desesperada necesidad, un terrible hambre, y algo mucho más aterrador. Se entregó a él, aferrándose a él, devolviendo el hambre de su beso, tranquilizándole incluso mientras temía a donde la estaba él conduciendo. Arrastró las manos hacia arriba por su cuello, amasándole el pelo con los dedos.

- Cuéntame, Rafael, ¿no puedes sentir lo mucho que te deseo? - Quería darle el coraje para que le contara, darse a sí misma el coraje para escuchar. Susurró las palabras en la boca de él, contra sus labios, manteniendo su cuerpo muy cerca del de él.

Él alzó la cabeza entonces, sus ojos negros brillaban. Parecía en cada centímetro un alto y oscuro depredador.

- No puedes solo desearme, Colby, tienes que amarme. - Había una finalidad en sus palabras, algo en su voz le advertía que estaba en peligro.

Se quedó en silencio, escuchando al viento susurrarle, sintiéndola en su cara, su cuerpo. La cara de él estaba inmóvil y tallada con una profunda pena que ella no podía comprender del todo. Parecía tan solitario como sus amadas montañas. Colby alzó un mano hasta los labios de él, sus dedos alisando gentilmente las líneas.

- ¿Qué es, Rafael? Dilo en voz alta, dilo aquí en la noche donde solo estamos nosotros dos mientras estamos juntos. Ahora mismo.

Diminutas llamas rojas titilaron en las oscuras profundidades de los ojos de él. Sus dedos sujetaron la frágil muñeca, ligeramente, holgadamente, como si la encadenara esperando que huyera de él.

- Soy de la noche, Colby, del viento y la tierra. Puedo volar como un águila o tomar la forma de un felino de la jungla. Mi gente es tan vieja como el propio tiempo. No soy humano.

Durante un momento Colby se quedó perfectamente inmóvil, sin comprender, no queriendo aceptar lo que él decía. Parpadeó mientras las palabras se asentaban en su mente. Su mirada estaba fija en las llamas de esos ojos.

- Si no eres humano, Rafael, ¿qué eres? - No debería haberle creído, pero sentía el peligro en él, el depredador, sentía sus diferencias. La forma en que actuaban los hermanos Chevez de repente tenía perfecto sentido. Ellos sabían que era diferente. Y le temían.

No estaba huyendo de él, ni siquiera intentaba apartarse, pero oía el palpitar de su corazón y veía la aprensión acumulad en sus ojos.

- Soy un Cárpato. Mi tierra natal original está en las Montañas de los Cárpatos. En el siglo trece, nuestro príncipe pidió voluntarios para ir a tierras distantes a proteger el mundo del mal que se extendía. Mis hermanos y yo éramos ya guereros con mucha experiencia y respondimos a la llamada.

Se quedó muy, muy quieta. Las palabras "siglos trece" resonaba en su mente.

- Nos parecemos bastante a niños humanos normales en los primeros años de nuestras vidas. Cuando nos convertimos en adolescentes nuestros dones y talentos empiezan a emerger. Los mayores nos enseñan a cambiar de forma, a utilizar nuestros dones. En ese momento el sol comienza a convertirse en un problema para nosotros.

Tomó aliento agudamente, sus ojos nunca abandonaron la cara de él.

- Como me está pasando a mí. No es a causa del fuego, ¿verdad? - Cambiar de forma. Había utilizado el término casualmente, del mismo modo que había mencionado el siglo trece. No estaba loco y Colby deseaba que lo estuviera. Dio un paso involuntario hacia atrás, su mano subió para cubrir la marca que palpitaba en su cuello.

El sacudió la cabeza lentamente.

- No, Colby, tu sensibilidad al sol no es a causa del fuego. Te atraje parcialmente a mi mundo, y no tengo más elección que traerte a él completamente. - Lo dijo muy tranquilamente, implacablemente, irrevocablemente. Sus ojos negros la estudiaban cuidadosamente. Le sentía en su mente, esa misma inmovilidad vigilante, juzgando su reacción.

Mantuvo su terreno, mirándole firmemente.

- ¿Crees que simplemente voy a dejar que tomes el control sobre mí? - Sus palabras fueron suaves, como el viento nocturno, pero era una amenaza, la primera amenaza real que Colby había hecho nunca en su vida. - Quiero a mi hermano y mi hermana, y nunca te permitiré apartarme de ellos. Espero que nos entendamos.

Él asintió, sus ojos muy negros, muy vacíos.

- Tienes fuertes dones, Colby, pero no tienes ni idea de mi poder. Hablo en serio cuando digo que no tengo elección. No tienes ni idea de lo fuerte que es el empuje de la oscuridad, el insidioso susurro de poder. La llamada de sentir. Solo sentir. Algo tan pequeño que los humanos dan por hecho. Creía que no hay nada peor, pero no es así. Las emociones me bombardean; no puedo buscar el solaz de la tierra porque tú estás sobre tierra y mi alma clama por la tuya. No tengo ancla. No puedo aguantar mucho más. Es demasiado arriesgado.

Ella alzó la barbilla.

- No sé de qué estás hablando exactamente, Rafael, lo admitiré, pero eso no importa, ¿no lo ves? Yo no importo, tú no importas, solo importan Paul y Ginny.

Los dientes blancos brillaron en la oscuridad, la advertencia de un depredador.

- ¿Crees que permitiré que intercambies nuestras vidas por las de ellos? - Su voz fue muy, muy baja.

El corazón de Colby atronó dolorosamente y por un momento apenas pudo respirar. ¿Realmente estaba amenazando a sus hermanos? Parecía invencible allí en la oscuridad y no sabía siquiera qué era, qué era capaz de hacer. Sentía su poder, sentía su poder aferrado a él, vibrando en el aire a su alrededor.

- ¿Qué estás diciendo, Rafael? No me gustan los rodeos.

La mano de él subió para enmarcarle la cara. Colby se alejó antes de que los dedos pudieran rozarle la piel, antes de que su toque pudiera seducirla a aceptar. La mano cayó a un costado.

- Soy incapaz de hacer daño a esos niños. - Dijo él suavemente, su voz un latigazo. - Son parte de tí. Les he ofrecido mi protección. Persistes en verme como tu enemigo cuando estás rodeada de enemigos reales.

Ella se quedó quieta con el viento rizándole el pelo y el corazón tan pesado como una piedra. ¿Su dolor o el de ella? Colby no estaba segura de que no fueran lo mismo.

- Lo siento, Rafael. - Se pasó una mano temblorosa a través del sedoso pelo. - La tierra parece moverse debajo de mí y honestamente no sé lo qué pensar. - Ondeó una mano para abarcar las montañas que los rodeaban. - Este es mi mundo. Este rancho, los chicos. Mi mundo entero. Lo que ocurre entre nosotros es aterrador. Me comporto de forma diferente a tu alrededor. No soy yo. Tienes que entenderlo. No soy lo que quieres.

Él le sonrió. Gentilmente. Tiernamente.

- Colby. - Su nombre fue un dolor suave en medio de la oscuridad de la noche. - He esperado cerca de dos mil años por ti. Solo por ti. Sin esperanza, sin color o emoción. No puedo volver a un mundo vacío. Estás aquí delante de mí y este es nuestro momento. No permitiré que esto se me deslice entre los dedos. No puedes concebir al monstruo en el que puedo convertirme sin ti. Lo sientes agazapado, observando, esperando incluso, pero no comprendes su potencial.

- Tienes la habilidad de hipnotizar con tu voz.

- No veo razón para negarlo. No te seducí con mi voz. Eres mi otra mitad, lo sientes, lo sé. Vivo en ti y tu necesidad es tan fuerte como la mía. - Se movió entonces, deslizándose, un depredador silencioso, sus brazos la acunaron contra su cuerpo y su cabeza oscura descendió hasta que su boca reclamó la de ella. Ardiente. Dominante. Hambrienta. Una urgente demanda.

Al momento su boca se apresuró sobre la de ella, Colby sintió las llamas lamiéndole la piel, dentro de la piel, profundamente dentro de su cuerpo. El calor se acumuló, un infierno feroz que convirtió su sangre en un líquido fundido que se acumuló bajo en su cuerpo y consumió su mente con un oscuro deseo del que nunca escaparía. Se movió a través de su cuerpo, malicioso, pecaminoso, un anhelo traicionero que profundizó y se extendió, hasta que estuvo consumida por la necesidad de tocarle, saborearle. Darle todo. Sus negativas desaparecieron, perdidas en el fuego de su ardiente boca y su cuerpo duro.

No era suficiente con su boca soldada a la de ella, tenía que sentir el calor de su piel bajo las yemas de sus dedos explorando cada músculo, cada mella. No quería nada entre ellos, ni siquiera la fina capa de tela que amortiguaba la gruesa y dura evidencia de su deseo por ella. La oleada de poder vibró en el aire, tanto electricidad que crujió y chasqueó. La camisa de él flotó hasta el suelo mientras sus manos encontraban la cremallera de los pantalones. Empujó impacientemente de los ofensivos vaqueros, queriéndolos fuera del camino, necesitando que desaparecieran. Una vez más el aire crujió y él quedó desnudo a la luz de la luna, los rayos plateados iluminaban los duros planos de su cuerpo. Parecía magníficamente masculino, un escultura masculina dedicada al puro placer carnal. Hecho para ello. Necesitado.

Colby jadeó con respeto, recorriéndole con las manos, mientras profundamente en su interior la dolorosa necesidad floreció en un hambre feroz que la mordió y arañó hasta que su cuerpo rabió. Estaba compartiendo la mente de él, sabía que ambos estaban más allá del control, pero no le importaba. Le miró, sus ojos negros e implacables, ojos vivos con hambre y deseo, una lujuria insaciable que bordeaba la obsesión. Lo entendía; ella sentía lo mismo.

Rafael separó las dos partes de su top de algodón haciendo que los botones salieran volando en todas direcciones. Sus manos se movieron hacia arriba para soltarle la hebilla del

caberllo tirándola un lado para que yaciera indeseada junto a los pequeños botones redondeados. Sus manos se deslizaron hacia arriba por el torso, alzando los pechos mientras hundía la cabeza para festejarse en la suave y cremosa carne. El suave grito de Colby quedó amortiguado cuando la boca de él se cerró sobre el pezón, húmedo, ardiente y succionando con fuerza. Un calor líquido en respuesta palpitó y ardió profundamente dentro de ella, una charca fundida de cautivada anticipación.

Las manos de Rafael navegaron sobre la curva de sus caderas, apartándole los vaqueros del cuerpo, dejándola abierta a su hambrienta mirada. La oleada de poder llegó de nuevo cuando ella se sacó los zapatos de una patada e hizo a un lado sus ropas dejando su cuerpo piel contra piel con él.

- Tócame, Colby. - Ordenó él suavemente, mientras sus dientes jugueteaban y raspaban a lo largo de la piel sensible. - Necesito tus manos sobre mí. Tócame.

Las manos de Colby, trazando los huesos de sus caderas, los bordes duros, los músculos definidos. Gimió cuando el cuerpo de él creció más lleno, más pesado, ante el roce de su piel.

- Quiero tocarte, Rafael. - Respondió ella verdaderamente. Adoraba la forma en que él empujaba con su mente en la de ella, las imágenes eróticas eran muy vívidas, muy gráficas.

La boca de él sobre su pecho estaba entumeciendo su mente, convirtiendo su cuerpo en calor líquido, un fuego tan exquisito que deseó arder fuera de control, que solo podía arder fuera de control. Deliberadamente dejó que sus dedos danzaran a lo lago de la dura y gruesa longitud de él, acunando su peso en la mano, apretando gentilmente hasta que el aire abandonó sus pulmones y alzó la cabeza con un suave gruñido de placer animal.

No era suficiente, le quería de rodillas, esta criatura de oscuro poder, un maestro de la seducción que había dejado su marca profundamente dentro de ella haciendo que ningún otro tuviera posibilidad de tomar su lugar. Quería que sintiera lo mismo que él le hacía sentir a ella. Tan cerca del fuego que ardía en él. Colby capturó sus caderas, arrastrándole más cerca de ella de forma que la calidez de su aliento hizo que él apretara los dientes. Su lengua le saboreó, un lento y seductor remolino, deliberadamente íntimo, siguiendo los lisos contornos de suave terciopelo, explorando el grueso nudo mientras los dientes mordisqueaban como su pudiera morder. No tenía una idea real de que hacer, pero podía seguir las instrucciones en la mente de él, y la guía de sus manos. Cada respiración rasgada le daba coraje.

Las manos de él la cogieron del pelo, el gruñido profundizó en su garganta. Le quería de este modo, al borde de la violencia, sin freno, allí en medio de la noche con las estrellas desparramados en lo alto y el poderoso cuerpo de él temblando a causa de ella. A causa del sedoso calor de su boca, apretada y húmeda, tomándole de la forma en que le tomaría su cuerpo. Profundamente, succionándole como él había hecho con ella. Su cuerpo le pertenecía, para su placer, llevándole a un punto febril, capaz de arrancarle gruñidos guturales y sentir su cuerpo empujar impotentemente en ella. Los puños le apretaron el pelo, arrastrando su cabeza más cerca mientras deliberadamente le conducía al borde del delirio.

Él dijo algo, algo ardiente y erótico, tirando de su cabeza hacia arriba para encontrar su boca con la de él. Ondeó la mano y una manta de espesa hierba se tendió bajo ella mientras la empujaba hacia atrás sobre el suelo, siguiéndola con su cuerpo duro. Asiendo sus piernas, tiró de ella hacia él, haciendo que las piernas se abrieran de par en par, dejándola abierta y vulnerable a él. Arrodillándose simplemente tiró de las piernas sobre sus amplios hombros y se inclinó para encontrar su ardiente y húmedo centro con su lengua sondeante.

El cuerpo de Colby implosionó, se fragmentó, meciéndose y corcoveando entre las manos de él. Gritó, sus dedos aferraron los tallos de hierba en busca de algo, cualquier cosa a la que agarrarse.

- No lo bastante. - Dijo él suavemente, impacientemente. - Otra vez, Colby, una y otra vez y la siguiente vez di mi nombre. Tienes que saber quién soy. Dilo. - Era una orden, una amenaza. Su boca encontró de nuevo la de ella, enterrada profundamente, acariciante,

juguetón. Muy delicadamente deslizó un dedo sobre ella, dentro de ella. Al momento el cuerpo de ella volvió a responderle, enviándola a girar fuera de control haciendo que jadeara pidiendo misericordia, desgarrando la hierba en busca de un ancla.

Él dejó su dedos profundamente en su interior, empujando más de forma que la palma se presionara contra el calor de su entrada. Se inclinó para besar el estómago plano, los dientes mordisquearon, la lengua se arremolinó sobre su peculiar marca de nacimiento. Los músculos de ella se tensaron firmemente en respuesta alrededor de su dedo.

- Eso es lo que necesito sentir, meu amor, quiero que me necesites más. Más aún. - Observando su cara insertó un segundo dedo, estirando su apretada vaina, presionando más profundamente en ella mientras inclinaba la cabeza hacia el pecho que empujaba tan tentadoramente hacia él. El cuerpo de Colby se estremeció en respuesta, bañando los dedos en una cremoso ardor, tensando y apretando, ondeando de vida.

- Rafael. - Jadeó su nombre. Dolorida. Necesitada. Ardiendo.

Le golpeó ligeramente el pecho, chupando su carne, empujando los dedos profundamente, retirándolos, empujando de nuevo. Hubo satisfacción en el grito de ella cuando sus movimientos provocaron un alivio incluso más salvaje. Colby casi sollozaba mientras su cuerpo golpeaba contra la mano.

Rafaél se inclinó sobre ella, presionando su cuerpo palpitante contra el de ella, grueso y duro, deseando que ella le sintiera.

- Aún no, Colby. ¿Quién soy? Di mi nombre, nómbrame. Dime que quieres de mí. Solo yo. Nadie más, solo yo. - Su voz era el arma de un oscuro hechicero, suave terciopelo, una seducción a los sentidos, ronca por su propia hambre oscura. Jugueteó con la lengua sobre el pezón de ella, sus dientes rasparon el pulso, arremolinándose en una caricia incluso mientras sus dedos la estiraban incluso más, hundiéndose más profundamente en su centro.

sus ojos se bañaron de lágrimas.

- No puedo hacer esto, no puedo más. Es demasiado. - Su cuerpo estaba vivo con miles de terminaciones nerviosas, diminutos puntos de placer inundándola hasta el punto del dolor.

- Si, puedes. - Sus dientes juguetearon en el pulso del cuello de Colby, el aliento fue cálido en su oido. - Déjate ir, entrégate a mí, en todos los sentidos, con todo lo que eres. No aceptaré nada menos de ti. Toda tú. Me deseas. Me necesitas del mismo modo que te necesito yo. Tu cuerpo necesita el mío.

El aliento de Colby quedó atascado en su garganta y la sensación de la boca de él contra su piel fue casi más de lo que podía soportar.

- Si, Rafael, ahora. - Se atragantó con las palabras mientras su cuerpo se ondeaba y estremecía subiendo de nuevo en una espiral fuera de control.

Él le atrajo las piernas alrededor de su cintura, empujando las caderas contra ellaa, manteniendo los muslos abiertos para acomodar su gran cuerpo mientras presionaba en su ardiente, húmeda y acogedora vaina. Un suave sonido escapó de la garganta de ella cuando empujó en su interior. Incluso con los dedos preparándola, estirándola, su cuerpo era apretado y se resistía contra su gruesa y dura longitud.

- Todo yo, querida, tómame todo. - Urgió él suavemente, insistentemente. Su hermosa voz era ronca de deseo, su cara estaba tallada de deseo y hambre, sus ojos ardían con intensidad.

Ella gritó, su voz se esparció por el cielo cuando profundizó la estocada, uniendo sus cuerpo. Era su nombre, su mente estaba llena de él y su alma le reclamaba mientras tomaba posesión de su cuerpo. El alivio fue rápido y feroz, alcanzándola como un tren de mercancías antes de que pudiera tomar aliento.

Rafael no tuvo piedad, empujando hacia adelante, enterrándose profundamente mientras la feroz fricción crecía una y otra vez, intensa y ardiente, una tormenta de fuego que los consumió a ambos. La necesitaba toda, la esencia de ella fluyendo en sus venas, y

deliberadamente se inclinó hacia adelante, sabiendo que los ojos de ella estaban fijos en su cara, deseando que viera quién era, que supiera qué era él.

CAPITULO DIEZ

Colby leía el hambre en los ojos de Rafael, la llama depredadora saltando a la vida. Había una fascinación impotente en observar los colmillos alargarse en su hermosa boca, sus dientes blancos brillando mientras la cabeza descendía lentamente hacia su cuerpo. Las caderas de él se movieron, una dura y larga estocada que la tenía jadeando incluso mientras sus dientes jugueteaban en su pulso. El corazón le saltó, el cuerpo se tensó alrededor de él, sus músculos se apretaron. Su respiración pareció detenerse. Su cuerpo pareció arder en llamas.

Los dientes se hundieron en ella, un látigo ardiente de dolor, de placer, un relámpago que danzó a través de su cuerpo, aumentando sus sentidos, tan erótico que atravesó su cuerpo fragmentándolo en pequeños pedazos. El pelo de él le rozó la piel como sedosas lenguas, su cuerpo estaba tomándola salvajemente, la fricción era tan exquisita que las lágrimas asaltaron sus ojos y solo pudo yacer bajo él, sus caderas alzándose para encontrarse con él en cada frenético empuje.

Él era todo para ella en ese momento, le pertenecía a ella, su cuerpo, su mente, su corazón y más. Le aceptaba como ninguna otra podría hacerlo nunca. La parte salvaje e indomable de él que era puro depredador, el hombre revestido del fino barniz de civilización, la criatura de la noche que debía tener sangre para sobrevivir. Y él la aceptaba a ella, el que su naturaleza exigiera cuidar de su hermano y su hermana, cargar con la responsabilidad del rancho, sus extrañas diferencias, la telequinesis, los accidentes de su juventud, los fuegos, el rígido control que mantenía sobre sí misma. Total, incondicional aceptación.

La lengua de Rafael recorrió los diminutos pinchazos y cerró su boca sobre la de ella, compartiendo su saber exótico, compartiendo su necesidad, mientras las llamas empezaban a arder fuera de control, sobre ellos, a través de ellos. La sintió apretarse, tensarse, y rugió con su propio alivio, sus manos la aferraron posesivamente mientras el cuerpo de ella le llevaba más allá del límite de todo control, toda razón. Toda cordura.

Colby yacía bajo él, consciente del palpitar combinado de sus corazones latiendo exactamente al mismo ritmo. Consciente de la espesa alfombra de hierba bajo ella que no había estado allí antes. Consciente de las estrellas brillando en lo alto como una canopia de joyas. Consciente del cuerpo duro, todavía unido al de ella. No podía moverse, su cuerpo estaba tan saciado, tan completamente drenado que estaba en paz, serena en medio de la violencia de su unión. Colby estaba relajada a pesar del sexo como para sacudir la tierra y las revelaciones que él había hecho tan casualmente.

Fue Rafael quien se movió primero, liberando su cuerpo del de ella, apartando su peso. Sus manos le enmarcaron la cara, manteniéndola inmóvil mientras inclinaba su oscura cabeza. La besó gentilmente, tiernamente. Saboreó el filo de hambre en él. Un débil sonrisa curvó su boca.

- Apártate antes de que me mates.

- De nuevo. - Dijo Rafael suavemente, una exigencia. Una orden. La necesidad de introducirla en su mundo era un monstruo viviente en su mente y en su cuerpo. Sabía que quería que ella le aceptara, pero si no lo hacía, si la persuasión no funcionaba, tomaría lo que era suyo y al demonio con las consecuencias. - Te deseo de nuevo.

Colby se retorció alejándose de él, empujándose hacia arriba con manos y rodillas en las suave alfombra de hierba en un esfuerzo por levantarse.

- Me estás matando, no puedo, no puedo moverme. - Su cuerpo se estremecía con temblores secundarios, tenía la boca magullada por sus besos.

El se movió con una velocidad cegadora, un gran felino abatiendo a su presa, su cuerpo cubrió el de ella, sus brazos le rodearon la estrecha cintura, atrayendo sus caderas hacia atrás contra él. Los músculos firmes del trasero de Colby estaba firmemente presionados contra su pesada erección haciendo que creciera incluso más.

- Nunca tendré suficiente de ti, ni en todos los largos siglos que vendrán. - Inclinó la cabeza hasta la línea lisa de la espalda femenina, dejando un rastro de besos a lo largo de su espina dorsal. - Esto es para siempre, querida, ¿puedes sentirlo? ¿Lo adecuado que es? Lo perfectamente que encajamos. - Rafael cerró los ojos y lentamente se introdujo en ella, centímetro a centímetro. Le asombró lo apretada que estaba, lo ardiente, como sus músculos aunque delicados todavía le aferraban, ordeñando su cuerpo con la pericia natural de una auténtica compañera.

Colby se entregó a sí misma completamente, sin inhibiciones, moviéndose con él, encontrando cada poderoso empuje y estocada con una propia. Era imposible pensar, mantener nada en su mente cuando solo había espacio para pura sensación. Su cuerpo tenía mente propia con él, moviéndose en perfecto ritmo mientras el relámpago danzaba y crujía y la electricidad se arqueaba a través de ella. Era la primera vez en su vida que había estado completamente fuera de control, entregándose a él, vertiendo en él todo lo que era, por él, por sí misma. Sintió como su cuerpo se apretaba alrededor de él, la impactante liberación que llegó en una serie de interminables sacudidas, fragmentando cuerpo y alma. La única ancla segura eran los brazos de Rafael mientas la abrazaba firmemente, su cuerpo y su alma remontándose con las de ella.

Colby se colapsó hacia adelante, sobre el estómago, exhausta, incapaz de moverse, sus dedos apuñaban la alfombra de hierba.

- Ya que eres tan, tan viejo, no es posible que esto sea bueno para tu salud. - Giró la cabeza ligeramente para mirarle, sus ojos danzaban de risa. - ¿Alguna vez se ha registrado una muerte por exceso de actividad sexual?

Él se tendió sobre ella, con la cabeza junto a la de ella. Sus ojos negros brillaban de diversión.

- No creo recordar un evento semejante, pero si quieres, podemos intentarlo.

Las pestañas de ella fluctuaron.

- No puedo moverme. Creo que me quedaré aquí mismo en esta hierba inexistente, que por cierto, está muy fría. ¿Puedes convertir mi césped delantero, ese feo parche marrón, en esto? - Palmeó la hierba con sus manos apretadas.

Él le besó el hombro, saboreando la sensación de su pequeño y suave cuerpo bajo él, la impresión de su trasero firme, su estrecha cintura. Podría vivir para siempre enterrado profundamente dentro de ella, su cuerpo bajo el de él.

- Puedo ordenar a la tierra que se mueva para ti, o traer la lluvia si la necesitas.

- Déjame recoger mi heno primero. - Dijo ella pragmáticamente. Giró la cabeza para mirarle. - ¿Qué eres, Rafael, eres un vampiro?

Él movió su peso para yacer tranquilamente junto a ella, sus brazos manteniéndola con él. No había miedo en la mente de ella. Deliberadamente le había permitido verle en su auténtica naturaleza depredadora y aún así no temía lo que pudiera ser él. Frotó la nariz contra su cuello.

- No soy el no-muerto, Colby; soy un Cárpato, y una vez unido a ti no hay posibilidad de que pueda convertirme en semejante criatura malvada.

- ¿Crees que puedes convertirte en un vampiro honesto como Dios manda? - Abrió los ojos de par en par estudiando su cara, aunque no movió ni un músculo, demasiado cansada para hacer el esfuerzo.

- Existe tal monstruo. Nuestros hombres pueden convertirse en vampiro y hacer presa sobre la raza human, y sobre nuestra propia especie. Son enteramente malvados y deben ser

destruidos. Tenemos cazadores en cada tierra. - Su mano le encontró el trasero, necesitando tocarla mientras le hablaba de su mundo. Sus dedos empezaron un lento y tranquilizador masaje. - Hay un vampiro en alguna parte cerca en esta región. Los he cazado toda mi vida, y le siento. Son capaces de matar y de los actos más viles.

- ¿Pete? - Contuvo el aliento, esperando. Si no hubiera visto los colmillos de Rafael alargándose, si no hubiera leído su mente, pensaría que ambos estaban locos.

Él inclinó la cabeza y mordisqueó la suave extensión de carne haciéndola saltar bajo sus afilados dientes.

- Pete no. Un vampiro le habría matado... de forma distinta. Pero el vampiro tuvo algo que ver. Nicolás, mi hermano, está demasiado cerca de convertirse para permitirle esta caza. Necesita volver al bosque pluvial, cerca de mis otros hermanos donde podemos ayudarnos los unos a los otros.

- ¿Por qué estaría cerca de convertirse? ¿Quieres decir convertirse en vampiro? - Colby no pudo evitar el repentino recuerdo de Nicolás invadiendo su mente, de sus ojos fríos y su expresión despiadada. En ese momento de toque de mentes, supo que Nicolás De La Cruz estaba tan cerca de una máquina de matar como nunca querría ver. El corazón le golpeó dolorosamente en el pecho. Había tocado la mente de Rafael y una gran parte de él se parecía mucho a Nicolás.

- Colby. - Dijo él gentilmente. - Te cuento estas cosas para aliviar tus temores, no para aumentarlos. Nuestros hombres pierden las emociones y colores después de doscientos años. Existimos, pero no vivimos. Yo fui enviado fuera a matar al vampiro, pero cada vez que llevamos a cabo una muerte, el susurro de oscuridad nos llama con más urgencia. Cuando la muerte se lleva a cabo al tomar sangre, sentimos. Para alguien con emociones, eso no es nada, pero cuando no sientes nada, siglo tras siglo, lo es todo. No quiero que Nicolás mate.

- ¿Y qué hay de ti, Rafael?

- Tu eres mi ancla. Evitarás que me convierta. Es mucho más seguro para mí que para Nicolás. - Se inclinó sobre ella. - ¿Por qué me estás creyendo tan fácilmente? ¿Cómo puedes aceptar las cosas que te cuento tan fácilmente sin temor?

- Porque te he tocado, Rafael. He mirado en tu mente y tocado tus recuerdos. No puedes ocultarme algo tan intenso cuando estás compartiendo mi mente. Admito que no entiendo todo lo que he tocado, pero no eres un asesino de humanos. Y eres poder... las cosas que puedes hacer son mucho más extremas que las que puedo hacer yo. - Descansó la cabeza sobre sus brazos. - En cierto modo, es muy reconfortante. - Sentía las manos de él moviéndose sobre su trasero, los dedos masajeándole los músculos, aliviando su cuerpo deliciosamente magullado incluso profundamente en su interior, acumulando un calor que sentía pecaminosamente malvado. Estaba demasiado relajada, demasiado saciada como para que le importara.

Yacer bajo las estrellas sin una hebra de ropa, con los dedos de él marcando su cuerpo y dejando rastros de su posesión en cada centímetro, proporcionaba una lujuriosa y primitiva satisfacción. Podía sentir el peso de sus ojos, la ardiente intensidad que llenaba el terrible vacía de su interior. Por un momento pensó cómo sería su vida después de que él se fuera, volviera a su propia tierra, y el corazón casi le dejó de latir. La respiración abandonó sus pulmones una terrible ráfaga. Se quedó muy quieta. Esta noche tendría que durarle para siempre.

La mano de él se enredó en su pelo.

- Esta noche quiero mostrarte mi mundo para que entiendas por qué no tengo más elección que hacer las cosas que hago.

Su tono la advertía. Un suave terciopelo, pero había acero en él. Algo implacable, algo inamovible.

- ¿Por qué tengo el presentimiento de que esto no me va a gustar? - Hizo un supremo esfuerzo por volverse para poder mirar arriba a las brillantes estrellas esparcidas sobre su cabeza. Cuando la mano de él se extendió hacia la suya, entrelazó los dedos. - No puedes estar bajo el sol, ¿verdad, Rafael? Por eso los hermanos Chevez estaban preocupados esta mañana cuando viniste a ayudar a luchar contra el fuego... el sol había salido. - Se recostó cerca para rozarle el hombro con la boca. - Sufriste por quedarte y reconfortarme, ¿verdad?

- Tenía que estar contigo, Colby. - Su voz era ronca, tocándola profundamente dentro como había hecho su cuerpo. - No puedo soportar tu infelicidad. Y si estás en peligro, no puedo hacer otra cosa que cuidar de tu seguridad. El dolor es parte de la vida; aprendes mucho en siglos de vida. El dolor es momentáneo, pero soportar cada momento de una existencia yerma es intolerable. No puedo volver a semejante cosa. Estaba más cerca de convertirme de lo que había creído. Lo sé porque lo siento en mi hermano Nicolás ahora. Tú lo sientes en él. Su oscuridad cuando está tan cerca de ti. Te asusta... leo tu recuerdo de tu encuentro con él.

Colby sabía que le estaba diciendo mucho más de lo que ella oía, de lo que estaba entendiendo. No tocó su mente, prefiriendo permitir que su cerebro procesara la información a su propio paso. No quería tenerle miedo, no ahora cuando su cuerpo vibraba con miles de sensaciones, cuando estaba más relajada y feliz de lo que había estado nunca en su vida.

- Por si nunca lo vuelvo a decir, Rafael, gracias por esta noche. Gracias por preocuparte lo suficiente como para prestarnos el dinero para salvar el rancho. Y gracias por aceptarme como soy, por hacerme sentir aceptada.

- Eso me suena como si estuvieras diciendo adiós, Colby. - Su voz era gentil. - ¿Se te ha ocurrido preguntarte por qué tu piel se quema al sol? ¿Por qué tus ojos son tan sensibles. ¿Por qué necesitas dormir en medio del día?

Se sentó enderezándose, con la palma de la mano sobre la oscura marca de su posesión. Podía oir el repentino palpitar de su corazón, ruidoso en el silencio de la noche. Lo hacía sonar como si ella se estuviera convirtiéndose en lo que era él.

- ¿Tomar mi sangre haría eso? ¿Qué estás diciendo? - Aplastó el pánico, luchando por mantener la calma. Había algo aterrados en la forma en que esos ojos negros se movían sobre su cuerpo. Miró alrededor en busca de su ropa, sintiéndose de repente más vulnerable que nunca.

- Tomar tu sangre no te afectaría así. Existimos con la sangre de otros. Las mujeres con las que crees que me he acostado no tienen interés para mí, más que como presa. - Pronunció las palabras bruscamente, estudiando su reacción atentamente. - Si has estado en mi mente, sabes que me alimento de los humanos.

Alcanzó la camisa, sintiéndose más amenazada que nunca. Su mano la cogió por la cintura, manteniéndola inmóvil. Su mirada era muy directa, muy negra mientras le recorría pensativamente la cara. - Tu lugar está conmigo, Colby. Esta noche nos has probado eso a ambos.

Había una enorme fuerza en su garra. Más que en los dedos que se cerraban como grilletes, era la sensación de freno, como si fuera una prisionera, no una amante. Tragó el nudo apretado de miedo que fluía hacia arriba.

- Suéltame.

- Hace un momento me agradecías esta noche, ahora me temes.

- Tengo razones para temerme. - Señaló ella y esperó a que lo negara.

La mirada de él no abandonó su cara.

- Lo supiste la primera vez que me viste, pero eso no evitó que me desearas. ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

Cometió el error de forcejear. Colby no sabía por qué lo hacía. Rafael era el tipo de hombre que respondía agresivamente a una lucha y era mucho más fuerte. Se encontró yaciendo en la espesa mata de hierba, mirando fijamente hacia la piedra tallada que era la cara

de él. Juraría que había oído un gruñido retumbar en su garganta, y sus ojos llamearon con fuego.

- No hagas eso. - Siseó él. Subió la mano hacia arriba para extenderse a lo largo de su garganta e inclinó la cabeza lentamente para presionarle un beso en la comisura de la boca. - Nunca te haría daño, Colby. Nunca. Soy incapaz de hacerte daño.

Tomó aliento. Lo dejó escapar. Obligando a su mente a alejarse del pánico.

- Te di aceptación, Rafael. Admito lo que eres. ¿Por qué me asustas deliberadamente de este modo? ¿Qué más quieres de mí? ¿Crees que me tiendo en el campo con cualquier hombre que aparece? He hecho cosas contigo que nunca pensé hacer. Te dejé hacerme cosas que nunca consideraría hacer con otro hombre. Incluso te permití tomar mi sangre. Observé como se alargaban los colmillos en tu boca y te dejé hundirlos en mí.

La boca de él se movió sobre el punto sobre su cuello. Su lengua se arremolinó allí.

- Y fue erótico, ¿verdad? - Inclinó la cabeza hacia la marca del pecho. - Lo quiero todo de ti. Me estás dando solo una parte de ti y me niego a aceptar eso.

- Eso es todo lo que tengo para darte. Lamento que no sea suficiente para ti, pero sabías que tenía responsabilidades cuando te metiste en esto. Te dije que no cambiaría el futuro de Ginny y Paul por nada del mundo.

La lengua lamió su marca en ella. Alzó la cabeza, sus ojos negros brillaban.

- ¿Y qué crees que haría un vampiro a Ginny y Paul?

Por alguna razón, inesperado, llegó el recuerdo de estar atrapada en la mina con una monstruo vivo y coleando. Había estado tan atrapado como ella, aplastado bajos los escombros, pero arañando en el polvo para acercarse a ella. Recordó el sonido del siseo y el gorjeó, los ojos brillantes, demoníacos en la oscuridad de la mina. El hedor había sido horrible, la maldad permeando el pozo de la mina poniéndola enferma. Inadvertidamente había quemado a la cosa, el miedo causó llamas que lamieron el cuerpo atrapado haciendo que gritara horriblemente. Todavía se despertaba con pesadillas, empapada de sudor, oyendo los ecos de esos gritos. ¿Había sido un vampiro? ¿Podría haberse encontrado con uno en su juventud? Ginny y Paul nunca sobrevivirían a semejante criatura.

- Los protegeré. - Susurró ferozmente. - De ti, de tu hermano, de los hermanos Chevez, y de un vampiro si es necesario. Déjame levantarme, Rafael, lo digo en serio.

Él no se movió, sus amplios hombros bloqueaban el cielo, sus pesados músculos rozándole la piel causando que cada terminación nerviosa en el cuerpo de Colby volviera a la vida. Si era posible, sus ojos se oscurecieron más, robándole el aliento.

- No cierres los ojos a lo que hay entre nosotros. Te dije que lo tendría todo de ti y lo dije en serio. Si te beso y tomo tu cuerpo ahora mismo, cuando tienes miedo y estás enfadada conmigo, me dejarás porque me deseas. Me necesitas del mismo modo que yo te necesito a ti. - Se inclinó más cerca para que su aliento le tocara la boca. - No estás completa sin mí. Por eso me permites tener tu cuerpo, Colby. Es la única razón. Me necesitas. Desearías que el sexo fuera suficiente, pero no es suficiente y nunca lo será.

- ¿Entonces qué? - Le hizo la pregunta tranquilamente, sin rendir su mirada desafiante. No cambiaría a los chicos por su propia vida. Fue lo que fuera lo e él le estaba pidiendo, el precio era demasiado alto.

- Voy a traerte completamente a mi mundo.

Colby podría haberlo esperado. Había considerado brevemente que pudiera pedírselo, pero la forma en que lo había dicho con su dura e implacable resolución era aterradora. Oír las palabras en voz alta era muy diferente a dar vueltas a la idea, aunque fuera brevemente, en su propia mente. Durante un momento se quedó paralizada, yaciendo bajo él como un sacrificio. Su cuerpo la había traicionado hacía mucho, suave y complaciente, perteneciéndole, vivo bajo sus manos, bajo su cuerpo, listo para él incluso mientras la mantenía cautiva.

- ¿Qué me has hecho? - Ni siquiera se reconocía a sí misma. Podía tomarla allí mismo, en medio de su miedo con el corazón roto y lo disfrutaría. - Esto no es amor, Rafael. No importa lo que creas, no es amor.

- Para mí es amor. - Sus manos alisaron la piel desnuda, formando sus curvas, sintiendo su respuesta a él. - Tienes mi cuerpo y mi alma. Lo tienes todo de mí. Yo lo quiero todo de ti. No tomaré menos.

- ¿Qué has hecho? - Repitió ella, negándose a ceder a la histeria.

- Para traer a una compañera humana completamente a nuestro mundo se requieren tres intercambios de sangre. La mujer debe ser psíquica, lo cual eres.

Le miró con horror.

- ¿Intercambiaste sangre conmigo?

- Por supuesto. Eres mi compañera. Es natural. Te convertiste en la misma sangre en mis venas como yo en la tuya.

Cerró los ojos brevemente para bloquear su visión.

- ¿Me diste tu sangre? - Fue un susurro, quizás incluso una súplica. No quería que fuera verdad, pero sus ojos habían ardido a la luz del sol y su pie se había ampollado. Su mente necesitaba tocar la de él y todavía lo hacía. - Maldito seas, Rafael, no tenías derecho a darme tu sangre. Sabías que tengo un rancho que llevar. No tenías derecho a tomar decisiones arbitrariamente por mí. No me importa lo que eres, tengo derechos y tú solo los pisoteas. ¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces lo has hecho?

- No me juzgues según tus estándares humanos, Colby.

Empujó la pared de su pecho.

- Quítate de encima, demonios. Quítate de encima o gritaré hasta que alguien me oiga y venga corriendo. - Estaba furiosa, más furiosa que temerosa de él.

- ¿Crees que permitiría que nadie te apartara de mí? Soy más animal que hombre. Más monstruo que guardián. Soy capaz de cosas que no puedes concebir.

- ¿Y crees que diciéndome esto fomentas tu causa? - Empujó de nuevo. - ¡Quítate de encima!

Con una mano la sujetaba por las muñecas y tiró de sus brazos sobre la cabeza.

- Bésame, Colby.

- Vete al infierno, Rafael. No me importa lo que me hagas. No hará diferencia. Yo decido mi destino, no tú.

Él inclinó la cabeza hacia su boca. Colby giró la cabeza apartándose y le mordió el hombro con fuerza. Al momento el calor llameó entre ellos. El fuego corrió a través de su cuerpo. Era enloquecedor y perverso y no quería entregarse a ello. Rafael besó su camino hacia abajo por la garganta hasta los pechos. Su boca era firme y cálida y raspaba con los dientes a lo largo de su tierna piel, añadiendo un borde de dolor al placer. Su cuerpo reaccionó con más calor. Más fuego. Con urgentes demandas. La presión se acumuló rápida y aguda profundamente dentro de ella, necesitando alivio.

Rafael se negó a dárselo, atendiendo los pechos con su boca ardiente, masajeando con las manos, tomando pequeños pellizcos con los dientes y pasándole por encima la lengua. La sostuvo con facilidad mientras ella le arañaba la espalda, sus caderas intentando frenéticamente alinearse con el cuerpo de él en busca de alivio. Deliberadamente alimentó el frenesí sensual en la mente de ella, aumentando su placer, compartiendo el propio. Como se sentía el tener la piel de ella contra la suya, moviéndose bajo él como satén y piel. Como se sentía el tomar su pecho en la boca, acariciar su cuerpo hasta que clamó por él. Compartió la sensación de sujetarla bajo él, hacer su voluntad con su cuerpo, un cuerpo que le pertenecía. Compartió lo que le hacían sentir sus uñas en la piel, sus manos amasándole el pelo, deseándole, deseando más.

Besó su camino hacia abajo por el estómago de Colby, sus manos le masajeaban los pechos, su muslo reteniéndola en el lugar. Ella sollozó cuando zambulló el dedo profundamente en su húmedo centro. Se movió contra su mano, pero él se negó a permitirle alivio. Ella le maldijo, arrastrándose hacia él, pero sacudió la cabeza, deseando que supiera como era, el terrible hambre dentro de él cada vez que la miraba. Las necesidades, oscuras e intensas, esas que bordeaban la locura cuando creció duro y grueso y necesitó el cuerpo de ella bajo el suyo. No quería que acudiera a él inconsciente de su naturaleza exigente. Intentaría aprender a ser tierno por ella, pero sabía exactamente como era y insistiría en que ella se siguiera.

- Entrégate a mí. - susurró, arrastrándole las piernas para colocárselas alrededor de los hombros. Sus ojos brillaban como obsidiana negra cuando se encontraron con los de ella. Después bajó la cabeza hacia su centro ardiente y anhelante.

Colby gritó, arañándole la espalda tirándole del pelo.

- Lo hice. Lo hago. - Suplicó cuando se detuvo después de un rato, manteniendo, balanceándose al borde de la liberación.

- Estoy tomando lo que es mío. - Replicó él. - Hay una diferencia.

- Estás siendo un bastardo. - Señaló ella y gritó de nuevo cuando deliberadamente él renovó su ataque.

Cuando estuvo sollozando, segura de no poder soportar más, le levantó las piernas más alta, sujetándole firmemente los tobillos mientras empujaba con fuerza dentro de ella. Una larga y profunda estocada de posesión. Se enterró dentro de ella, más profundo de lo que nunca había estado, forzándola a tomarle todo. La llenó, empujando a través de los suaves y magullados pliegues, húmedos en bienvenida, ardientes de deseo. Ella no podía moverse en la posición en la que la mantenía, solo podía alzar las caderas para intentar encontrar los duros y profundos empujones de él. El fuego rabiaba en su sangre, quemando en su estómago. El trueno rugió en su cabeza. Estaba tan ardiente y apretada que pensó que explotaría. Su cuerpo ya no era suyo, sino parte del de ella y se sacudió con el placer y el dolor de su enérgica unión.

- Te reclamo como mi compañero. - Mordió las palabras, jadeándolas en voz alta, mientras se introducía el apretado canal, una y otra vez, y otra y otra, deseando no parar nunca. La feroz conflagración ardía fuera de control, extendiéndose como una tormenta de fuego que le atravesaba. - Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Tomo en mí los tuyos para cuidarlos.

Estaba matándola de placer. Las oleadas colisionaban sobre ella, a través de ella. Llegó al climax tantas veces, con tanta fuerza; se estremeció mientras las sensaciones la desgarraban. Mientras le oía hablar sintió un curioso retortijón en el corazón. En el alma. Como si algo los estuviera tejiendo juntos dentro de ella. Como si su feroz acto de amor y sus palabras combinadas los soldaran como una persona completa.

- ¡Alto! - El pánico fluyó. Él le sostenía los tobillos firmemente, manteniéndola abierta, destrozándola, separándola para rehacerla tan completamente que nunca habría forma de volver atrás a lo que había sido.

Implacablemente empujó dentro de ella, una y otra vez, con crueles, ardientes y duras estocadas, cada una diseñada para llevarle más profundamente, para atarla a él de cualquier forma posible.

- Tu vida, tu felicidad y bienestar serán apreciados y colocados sobre los míos propios todo el tiempo. Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado.

Vio su cara, las sensuales líneas profundamente talladas, la convicción e implacable resolución, y supo que había hecho algo terrible. Lo sintió. Lo supo. Lo vio en el brillo negro de sus ojos, en la dureza de su expresión incluso mientras la hacía perder la cabeza de puro placer. Sintió que el cuerpo de él endurecía y hacía más grueso dentro de ella. Le vio echar

hacia atrás la cabeza y captó el destello de sus colmillos blancos mientras gritaba roncamente, bombeando dentro de ella, llenándola, llevando su cuerpo a un orgasmo salvaje que fragmentó su cuerpo entero en un millón de pedazos.

Después de un rato fue consciente de estar tendida en la hierba con las piernas extendidas, en el aire, los dedos de él rodeándole los tobillos como grilletes. Tiró para liberarse. La respiración de Rafael era jadeante, igual que la de ella. Lentamente soltó su agarre sobre ella y le bajó las piernas hasta el suelo antes de derrumbarse sobre ella.

Colby yació bajo Rafael. El corazón le palpitaba tan fuerte que temía que le atravesara el pecho. Su cuerpo continuaba sacudiéndose con temblores, el placer destrozándola de forma que no podía moverse, sino que yacía tumbada en la hierba temiendo que el terrible anhelo de las necesidades sexuales de él se hubiera establecido en ella. Nunca podría encontrar a nadie más que hiciera esto a su cuerpo y alma. ¿Cómo podría tenderse despierta en la noche y no sentir las manos de él sobre su cuerpo? ¿No sentirle hundirse en ella una y otra vez hasta que ambos gritaran pidiendo misericordia? Las lágrimas ardieron, pero no sabía si era por el puro éxtasis o a causa de un hambre profunda hasta los huesos que solo Rafael podía apaciguar.

- ¿Te he hecho daño? - Rafael no creía que pudiera encontrar nunca la fuerza para volver a levantarse. Sus dedos le rozaron gentilmente las lágrimas.

- No sé. No lo sabré hasta dentro de unas horas. - Estaba deslumbrada por los colores del cielo, las estrellas y la luna y las variaciones que nunca había notado. Su cuerpo cantaba, todavía aferrada a las secuelas de su frenética unión.

Él alzó la cabeza de sus pechos y miró en sus ojos.

- Eres una mujer muy testaruda.

- Y tú eres un hombre muy creído. - Le apartó los sedosos mechones de pelo negro de la cara. - No te gusta que nadie te diga que no, ¿verdad?

Un pequeña sonrisa le curvó la boca.

- No hay razón para decirme que no. Y especialmente no quiero que tú me digas que no. Eres mi mujer. Mi compañera.

- Pero eso no significa propiedad. - Le dijo ella. Sus dedos eran gentiles sobre la cara masculina. - No puedes forzarme a amarte, Rafael. Necesito saber más de ti. Veo en el interior de tu mente y hay cosas que no tienen sentido para mí.

- Lo que ves en mi mente no debería suponer ninguna diferencia, querida.

Colby se movió, empujando hacia su cuerpo, molesto con su arrogancia.

- Pesas mucho, Rafael. Muévete. - Sus colmillos no se habían retraído y se estaba poniendo nerviosa de nuevo.

Él le besó la garganta y se alejó de ella para sentarse.

- Solo porque tú eres demasiado pequeña. Necesitas comer más.

Le miró por debajo de las pestañas.

- No puedo comer nada últimamente. ¿Tienes algo que ver con eso?

- Si. - Uno no mentía a su compañera.

Tómala. Hazla tuya para que podamos abandonar este lugar y volver a casa. Nicolás estaba casando a su presa. Su voz susurró en la mente de Rafael. Era obvio que no entendía por qué su hermano no estaba obligando simplemente a la mujer a hacer su voluntad.

Es complicado.

Nicolás suspiró. Olvidas quién y qué eres. ¿Quieres que el vampiro la mate? ¿Que destruya a la gente de este rancho? Si permites que esta rebelión continué, ella será la muerte para todos nosotros. No tendremos honor.

Colby se las arregló para encontrar su blusa, aunque no tenía ni idea de donde estaba su sujetador.

- ¿Está hablando contigo?

- ¿Mi hermano? Si.

Ella deslizo los brazos en la camisa, haciendo una pequeña mueca. Estaba magullada por las fuerza de los dedos de él. Su cuerpo todavía mantenía el sello de su posesión.

- ¿Que me dijiste? ¿Qué eran esas palabras que dijiste? Sonaban sospechosamente como un ritual de algún tipo. - Le lanzó una mirada cauta mientras se arrastraba hacia sus vaqueros descuidadamente descartados. - ¿Qué hiciste exactamente? - Los botones habían desaparecido de su blusa, así que se anudó los extremos bajo los pechos.

- Nos uní a la manera de mi gente.

Sonaba presumido. Arrogante incluso. Colby apretó sus bragas en la mano y se las tiró. - Las desgarraste.

- No las necesitas. - Sus brazos la envolvieron y tiró de ella hacia atrás contra su pecho mientras intentaba ponerse los vaqueros. Los dientes mordisquearon y le arañaron el cuello. - No deberías llevar nunca ropa.

- Eso tendrá gran éxito con el resto del mundo. ¿Qué ritual? - Se apoyó contra él en busca de equilibrio mientras se tiraba de los vaqueros sobre el trasero. Esta sensualmente magullada por todas partes, por dentro y por fuera. Y por supuesto, las manos de él había ido directamente hacia sus pechos, acunando el peso con sus palmas a través de la abertura en los bordes de su blusa. - ¿Nunca es suficiente para ti?

- Aparentemente no. Quizás no deberías vestirte aún.

Giró la cara hacia arriba, hacia su garganta y se tendió contra él, saboreando el estar entre sus brazos. En otras pocas horas tendría que trabajar sin descanso, pero tenía la noche con él. Todo lo que tenía que hacer era convencerle de que no la mordiera más.

- Tal y como está la cosa, no estoy segura de poder andar. - Se puso en pie, utilizando el hombro de él como ancla mientras ponía a prueba sus piernas. Era extraño mirarle, saber las cosas que le había hecho, las que había hecho con ella, saber que había gritado su nombre, que le había suplicado más, rogado que la consumiera, y no sentirse en lo más mínimo avergonzada.

Rafael se puso en pie con un solo movimiento fácil, vistiéndose a la manera de su gente. Ella soltó un pequeño jadeó y retrocedió.

- ¿Cómo has hecho eso? Incluso tu pelo parece limpio y peinado. - Se llevó una mano a su propio pelo con un pequeño ceño. - Temo parecer un poco utilizada. Necesito una ducha y una peluquera.

- Estás preciosa, Colby. Siempre estás preciosa, especialmente cuando estás gritando bajo mí. - Había satisfacción en su voz. Tendió los brazos hacia ella, con la mirada en su cara. Su piel ondeó e irrumpieron plumas mientras se desarrollaba un ala, un ala enorme que se parecía mucho a la de un águila real.

Colby contuvo la respiración.

- Eras tú. Te dejé entrar en mi casa.

- En tu dormitorio. - Las plumas desaparecieron, dejando atrás músculo y tendón. Se inclinó hacia ella, sus colmillos eran mucho más evidentes. - En tu cuerpo. Estoy robándote el corazón.

Porque en realidad ya tenía su alma. Lo sabía ahora con una extraña certeza, como sabía las cosas. Era el dueño de su cuerpo y su alma. No terminaría o quedaría satisfecho. Él quería su corazón y quería su mente. Colby sacudió la cabeza.

- No estás pensando con claridad, Rafael. Piensa con el cerebro, no con partes sobreexcitadas de tu anatomía. Siendo realista, ¿cómo crees que terminará esto? - Barrió con el brazo para abarcar el rancho y los altos picos de las montañas. - Tú adoras Brasil y el bosque pluvial. Tú y tu hermano queréis volver. Necesitas volver. Esta es mi casa. Es todo lo que he conocido nunca. Tengo que conservarlo para Paul y Ginny. He luchado una buena parte de mi vida para mantener este rancho en funcionamiento. ¿Realmente crees que voy a

alejarme y huir con un hombre al que apenas conozco porque disfrutamos de un sexo excelente juntos? Puedo ser una chica de rancho, pero tengo cerebro en la cabeza.

Se acercó a ella, la postura de su cuerpo súbitamente agresiva.

- Sé realista, Colby. ¿Realmente crees que voy a alejarme de la única cosa en este mundo que se interpone entre yo y la pérdida de mi alma? ¿Que se interpone entre yo y la más absoluta oscuridad? El monstruo ruge hacia mí en cada alzamiento. Me susurra en medio de la noche, me llama cuando caza, y cuando tomo la sangre de mi presa. Nunca te dejaré. Te llevaré conmigo cuando vuelva a mi tierra natal. Vendrás conmigo como mi compañera lo quieras o no.

Ella le miró fijamente.

- Eres un arrogante salvaje. ¿Es así como los hombres consiguen a sus mujeres en Brasil?

- No, es la forma en que los hombres de los Cárpatos consiguen a sus mujeres. Las palabras rituales de la unión están impresas en ellos antes de nacer. Una vez encontrada, pueden atar a su mujer si ella se niega a atender a razones. Es lo que salvaguarda a nuestros hombres y mantiene viva nuestra especie.

Saboreó el miedo en su boca. Hablaba en serio. Y estaba más cerca. No le había visto moverse, pero allí estaba, a un aliento de distancia, y había algo terrible en sus ojos. No podía apartar la mirada de él, hipnotizada por la pura fuerza de su personalidad. Tragó con fuerza y sacudió la cabeza.

- No, Rafael. No lo intentes. Lucharé contigo y puedo ser destructiva. Uno de nosotros podría resultar herido y no quiero eso, no después de lo que hemos compartido. Yo no tengo el control que tienes tú.

Los dedos de él se le cerraron alrededor del cuello con exquisita gentileza. Con tremenda fuerza. Sabía que podría romperle el cuello si quisiera.

- Entonces no luches conmigo, meu amor.

Una punzada de ansiedad recorrió su espina dorsal. Se le secó la boca y el corazón le palpitó fuera de control. Dio un paso hacia atrás. Él se deslizó con ella, casi una danza, igualando cada uno de sus movimientos.

- Rafael. - Oyó su propia protesta a través del rugido repentino de sus oídos.

El cuerpo de él se sacudió. Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa. La empujó lejos de él con tal fuerza que literalmente se levantó en el aire y voló hacia atrás. Ella vio la sangre salpicando del pecho de Rafael. El grito de Colby se vio cortado cuando aterrizó con tanta fuerza que le arrancó la respiración. Yació a varios pies de él, viendo con horror como se volvía para encarar a algo que estaba lejos de ella. Vio el agujero abierto en su espalda, el río de sangre. No había oído el sonido de un arma y estaba seguro de que ella no había hecho algo semejante.

CAPITULO ONCE

- Buenas noches, Rafael.

El sedoso mal en la voz canturreante hacia que el aliento de Colby se le quedara atascado en la garganta. Sacudió la cabeza alrededor para mirar con horror al monstruo que permanecía en el borde del claro.

- ¡Paul! - Un grito bajo escapó cuando vio a Paul sujeto como un escudo delante de la criatura.

Los ojos de su hermanos eran salvajes de miedo, su respiración llegaba en jadeos de miedo. Había magulladuras en su cara y laceraciones en sus nudillos. Su camisa estaba desgarradq y podía ver marcas en su pecho. Una mano poderosa, encordada con tendones de acero, le aferraba la garganta en una garra irrompible. Una larga uña afilada presionó contra la

yugular de Paul e incluso en a distancia, Colby pudo ver la sangre goteando hacia abajo por el cuello de Paul.

¡Rafael! Oh, Dios, ¿qué es eso? Nunca había visto nada tan inequívocamente maligno en toda su vida. Parecía un hombre, o algo que una vez había sido un hombre, pero la carne apretada y moteada de púrpura que colgaba de la calavera parecía más muerta que viva. Los ojos rojos brillaban como carbones encendidos en la horrenda cara y largo y terribles colmillos destellaban en la cuchillada sin labios que era la terrible boca de la criatura. Docenas de serpientes se enroscaban alrededor de las extremidades del monstruo, pareciendo surgir de su carne. Filas de afilados dientes como los de una piraña llenaban las mandíbulas abiertas de las serpientes y siseaban y se ondulaban con abierta amenaza.

Una de las serpientes, completamente extendida desde el brazo del monstruo, se retraía lentamente de vuelta hacia su amo. Brillante sangre roja cubría la horrible cabeza de la serpiente y la mente entumecida de Colby realizó la conexión. La serpiente mutada había atacado a Rafael, desgarrando con los dientes la carne de su espalda, dirigida directamente hacia su corazón.

Eso es un vampiro. La voz de Rafael fue cortante por el dolor.

¿Cómo de mal herido estás?

Él ignoró su pregunta. No atraigas su atención.

Incluso mientras pronunciaba la advertencia, la garra del vampiro sobre Paul se apretó. Su hermano gritó y Colby alzó la mano, deseando que el tiempo se detuviera, deseando que su mundo volviera a lo que había sido solo momentos antes.

- No. - Expresó la suave súplica mientras se ponía en pie. Su mirada moviéndose hacia Rafael. No tenía ni idea de como estaba todavía en pie con un agujero abierto en la espalda y la sangre corriendo por su cuerpo.

Estaba tan centrado en ti que no sentí su presencia, querida. No había cometido semejante error desde que era un jovencito. Su voz era cansada, pero tranquila. Quédate detrás de mí donde él no pueda tener un campo de visión claro de ti.

- ¿Colby? - Paul sonaba joven y aterrado.

El vampiro le sacudió, hundiendo su uña más profundamente haciendo que el chico gritara de terror y dolor. Más sangre goteó. Con un pequeño sollozo, Colby se apresuró hacia adelante. Rafael la cogió cuando intentaba pasarle y la empujó tras él.

Oh, Dios, Rafael, ¿y Ginny? Estaba juntos en la casa mientras yo estaba contigo. Había culpa y miedo en su mente.

Ginny está a salvo, rápidamente dormida en su cama con su perro guardándola, la tranquilizó Rafael.

- Eres Kirja Malinov. - Rafael hizo una pequeña reverencia. - Ha pasado mucho desde que nos conocimos.

La criatura rió secamente, el sonido perforó los oídos de Colby.

- Sabía que lo recordarías. Te has vuelto descuidado, Rafael.

¿Os conocéis? Colby no se lo podía creer, incapaz de apartar la mirada de su hermano y el horrendo vampiro que le sujetaba.

Fuimos amigos una vez.

- Así que has venido en busca de justicia, Kirja. Si lo hubiera sabido, no habría estado ocupado en otra cosa y habría preparado una bienvenida apropiada. - Había completa confianza en la voz de Rafael. Colby miró fijamente hacia la sangre que le corría por la espalda y se estremeció de terror.

Sus palabras, o quizás su conducta, parecieron enfurecer a la criatura.

- Mira a tu hermana, chico. - El vampiro sacudió a Paul. - Ahora es su puta. Hará cualquier cosa por él, incluso sacrificar tu vida por él. - Señaló hacia un trozo de tela sobre el

suelo y las bragas desgarradas de Colby flotaron hacia la cara de Paul. Su sujetador saltó de un arbusto y serpenteó obscenamente alrededor del brazo del chico.

Paul miró hacia la sedosa ropa interior con una expresión congelada en la cara.

- Puede hacerle hacer cualquier cosa por él. Mírala, observa sus marcas sobre ella, mira lo que le ha hecho. Te dije que la haría su esclava.

Había dolor y sorpresa en los ojos de Paul, condenación en su cara. Colby jadeó ante el disgusto de su expresión. Antes de que el dolor y la vergüenza pudieran tomar el control, permitió que su poder natural inundara su cuerpo, su cerebro. Necesitaba salvar a Paul más de lo que necesitaba defender su elección de amantes.

El malvado está utilizando su voz para persuadir a Paul, oyó que le decía Rafael. Este es un antiguo maestro vampiro, casi imposible de derrotar. Espera a que pueda unir mi poder al tuyo.

Rafael suspiró en voz alta.

- Me canso de tu juego, maligno.

Dime que hacer para ayudarte. Colby estaba sorprendida de poder haberle mente a mente. Pareció llegar naturalmente como si ahora estuvieran tan conectados que fuera una sola persona. Si Rafael era un exterminador de vampiros, le dejaría tomar la delantera, pero sería mejor que no se tomara demasiado tiempo. No podía contener para siempre el creciente poder cuando estaba furiosa. Ahora mismo estaba cerca de la rabia. La visión de la malvada criatura acariciando el costado del cuello de Paul con sus afiladas garras sacaba a la luz cada instinto protector... y más rabia de la que nunca se había creído capaz.

El vampiro siseó entre los dientes dentados y marrones.

- El gran cazador Cárpato derrotado por sus propios placeres carnales. Hay algo de justicia en eso, creo. - Sus ojos sanguinolentos miraban fijamente a Colby. - Puedes escoger a cual salvar. Tu amante o tu amado. - Cacareó como si hubiera hecho una gran broma y el sonido fue tan chirriante que sintió que la piel se le erizaba.

Recoge puñados de tierra, tan rica como puedas encontrar, y utiliza tu saliva para mezclarla. Mi sangre fluye en tus venas así que cargará el mismo agente sanador. Coloca la tierra sobre la herida de mi espalda pero no permitas que el vampiro vea que lo haces. Recuerda, tu poder es más grande de lo que era, ensalzado por que caminas parcialmente en mi mundo. No hay duda de que debemos salvar al chico. Piensa solo en eso y no en mí.

Nada de lo que decía Rafael tenía sentido. ¿Amasar tierra con saliva para cubrir una herida abierta? Se estremeció al pensar en las bacterias que introduciría. Rafael debería haber caído, no estar de pie pareciendo frío, tranquilo y completamente controlado. Su mente estaba firmemente alojada en la de ella, le sentía allí, ordenándole que hiciera lo que ordenaba. Colby intentó no ver a Paul, obligar su mente a alejarse de la visión de esa maliciosa uña afilada envenenada para matar.

Retrocedió, sacudiendo la cabeza, tropezando y cayendo en las más profundas sombras nocturnas, arañando con las manos la tierra fresca bajo un leño caído. Colby dejó que escapara un sollozo mientras inclinaba la cabeza, fingiendo estar enferma mientras escupía en la tierra que había recogido. Aterrada por Rafael, la amasó apresuradamente mientras el vampiro gruñía y castañeaba hacia ella con sus espantosos dientes manchados.

- ¡Levántate! - Aulló. - Levántate y haz tu elección antes de que la haga yo por ti.

Colby luchó por ponerse en pie, pero mantuvo a Rafael entre ella y la visión de su hermano mientras avanzaba. Cerrando los ojos, empujó el parche de tierra profundamente en la herida abierta de la espalda de Rafael. Él no hizo ni una mueca. No indicó de ninguna forma el dolor que debía haber atravesado su cuerpo. En vez de eso, le envió calidez y tranquilidad.

- No hay oportunidad de elección. - Dijo Rafael tranquilamente. Su voz era hermosa, clara y fuerza y rozaba la magia. - Nunca permitiría que nadie intercambiara mi vida por la de

un niño. - No miró hacia Colby, pero ella le sintió moverse en su mente. Arrancaré a Paul de sus brazos. Esperará que el ataque provenga de mí, pero te utilizaré a ti. Continúa mirándole. Los hermanos Chevez y Nicolás están en camino así que no desesperes.

Fue la completa confianza que él exudaba lo que permitió que Colby mantuviera el pánico a raya. Siempre había pensado que su voz era hermosa, pero cuando le hablaba al vampiro, no podía evitar desear oírle hablar una y otra vez. Había un encantamiento en su voz, convicción. Pese a todas las faltas de Rafael, sabía que estaba viendo la diferencia entre el bien y el mal.

- No es tu elección. Déjanos ver si tu mujer prefiere mantenerte vivo. - Espetó el vampiro. Su larga garra trazó una línea alrededor de la garganta de Paul y dejó tras ella un delgado rastro de sangre.

Colby gritó y se adelantó de nuevo hacia él, el poder barriendo a través de ella, pero Paul estaba en medio y saldría herido. No se atrevía a vengarse.

Paul empezó a sollozar, llamando a Colby, rogándole que le ayudara.

Leyendo la agitación de Colby, Rafael ondeó la mano hacia Paul. Inmediatamente el chico se quedó callado, con la cara falta de expresión y los ojos brillantes. No sabe lo que está pasando así que no puede tener miedo, Rafael trató de reconfortar a Colby.

¿Qué posibilidades tenemos de salvarle? Le requería cada onza de autocontrol no lanzarse hacia el vampiro. Extrañamente, confiaba en que Rafael salvara a Paul. Estaba en su mente y veía su resolución, su absoluta determinación. Sacrificaría su vida por la de su hermano. Giró la cabeza para mirarle, se llevó la mano a la garganta. Estaba en su mente. Fuera lo que fuera lo que estuviera planeando más que probablemente conseguiría que le matara, pero tenía intención de que Paul viviera. Fluyó una protesta.

Mírale. No apartes los ojos de él. La orden fue afilada e imperiosa, un dictador acostumbrado a la obediencia absoluta.

Rafael era mucho más que humano y ella sentía su poder. Colby mantuvo la mirada fija sobre el vampiro. ¿A qué estaba esperando? ¿Por qué estaba prolongando la agonía?

Se alimentan del terror y el dolor de otros. Está disfrutando de su momento observando el miedo en ti mientras esperas a ver a cual de nosotros mata. Es el poder absoluto sobre la vida y la muerte, el controlar a otros, lo que le alimenta ahora.

El trueno retumbó y el relámpago la deslumbró, ahorquillándose a través del cielo nocturno. Las nubes tejían oscuras redes en lo alto. La piel se le erizó y supo que en algún lugar en las sombras sobre ellos estaban los hermanos Chevez. Se obligó a abstenerse de mirar inquisitivamente hacia Rafael. Era su mente la que había proporcionando la información, el conocimiento de que tenía rifles de largo alcance apuntados hacia el vampiro.

- ¡Elige! - Gruñó el vampiro, manteniendo su garra envenenada sobre la garganta de Paul. Las serpientes mutantes empezaron inmediatamente a agitarse, anhelando matar, anhelando sangre, levantando las feas cabezas y ondulándose de excitación.

Algo se movió bajo la tierra. Colby sintió el ondeo bajo sus pies y supo inmediatamente que más de esas espantosas criaturas que guardaban al vampiro estaban preparándose para atacar. Apretó los puños. ¿Qué estás esperando? Tiene más de esas cosas horrendas, las siento moverse bajo nosotros.

Rafael la ignoró.

- Maligno, ¿crees que tomarás a esta mujer y recuperarás tu alma con ella? Eso no tiene sentido. Ella nunca se sometería y te arrancaría el corazón algún día.

El vampiro rió, el sonido feo y áspero después de la pureza de la voz de Rafael. - Ella no me es útil. No tiene el talento que busco. ¿Por qué desearía ser como tú? ¿Sirviendo a otros cuando deberías estás reinando sobre ellos? - El desprecio agudizaba sus rasgos y aumentaba su malvada apariencia.

- ¿Tú? ¿Buscando un talento? - Había burlona diversión en la voz de Rafael. - ¿Por qué un antiguo necesitaría un el talento de un humano? Has adquirido una cierta reputación y si empieza a saberse que necesitas a un humano para que tus planes tengan éxito, serás un hazmerreír.

Colby dio un respingo. Rafael estaba enardeciendo deliberadamente al vampiro hasta las mayores alturas de agitación. Pero él también estaba ganando tiempo.

- No me importa nada lo que los cazadores piensen de mí. Te siento respeto por aquellos que tienen poder y se subyugan a sí mismo a seres inferiores. - El vampiro ondeó la mano para abarcar el rancho. - Yo tomo a los humanos como pasto, como el ganado que utilizan ellos como alimente. Los uso y los rijo. Hacen mi voluntad como la haré yo. Viven o mueren a mi voluntad. Tú eres tan débil que ni siquiera tomas a tu compañera, poniendo voluntariamente tu vida, la de ella y la de tu hermano en peligro. No mereces vivir. - Se burló. - ¿En qué te has convertido, Rafael? Siempre fuiste un líder, aunque permitiste que Vlad te enviara apresurándote a hacer su voluntad.

Las serpientes de ojos afilados irrumpieron a través del suelo justo a sus pies, embistiendo hacia Rafael y Colby con tremenda fuerza. Simultáneamente, gruesas vides cubiertas de espinas explotaron a través de la tierra para envolverse alrededor de las serpientes. Pudo sentir a Rafael generando la defensa por medio de las vidas de las vides. Colby se tambaleó hacia atrás pero Rafael mantuvo su terreno, todavía encarando al vampiro.

¡Ahora! Le envió la orden, pero no era solo para Colby. Se dio cuenta de que estaba conectada a través de Rafael con ambos hermanos Chevez y con Nicolás. Las vides penetraron a través de la superficie, buscando ávidamente a Paul, arrastrándose desde el vampiro y envolviéndole en un grueso capullo. Las furiosas serpientes chocaron contra las plantas, ansiosas por llegar hasta el chico, pero tan pronto como rompían los fibrosos tallos, otros los reemplazaban, estas cubiertas por espinas que se acuchillaban a las serpientes y se incrustaban profundamente en las colas.

Cuando Paul cayó, Colby sintió que Rafael y Nicolás tomaban el control de su propio poder, arrancándoselo cruelmente, arrojándolo con terrible fuerza hacia el vampiro. El fuego estalló a través del cielo, una antorcha de calor blanco llamas rojo-anaranjadas, generada por Colby, alimentada por los hermanos De La Cruz. Colby oyó su propio grito y supo en qué momento Rafael y Nicolás dirigían a los hermanos Chevez para que dispararan sus rifles de largo alcance.

El fuego incineró varias serpientes, pero el vampiro ya se había ido, sin dejar nada en absoluto, ni siquiera un rastro de vapor o un punto negro para marcar donde había estado. Rafael ondeó la mano hacia el cielo, girando en un círculo mientras lo hacía. Colby se encontró conteniendo el aliento, esperando algo terrible que sabía estaba por venir.

El relámpago se ahorquilló en un violento despliegue mientras las nubes se esparcían, adelgazando como si un velo gigante se estuviera estirando a través del cielo ante la orden de Rafael. Colby parpadeó varias veces para intentar ver lo que tanto le interesaba a él. Pensó que debería preocuparse por las serpientes que reptaban por el suelo hacia él a gran velocidad. En vez de eso, él observaba el cielo pacientemente. Sus manos continuaban fluyendo con un ritmo grácil y oyó su voz susurrando palabras que ella no entendía.

Algo se movió en el borde de una nube, algo oscuro e informe. Juraría que Rafael daba órdenes al relámpago, creando un rayo desde el suelo hacia el cielo, moviéndose a gran velocidad como un lanza hacia el punto oscuro. Una maldición siseada señaló un golpe, pero la venganza fue rápida. La tierra se sacudió. Colby se puso rígida.

- Rafael, está lanzando al ganado en estampida. - Las serpientes y las vides parecían estar en todas partes, obstaculizando el curso entre ella y Paul. Había pensado que su hermano estaba seguro, encerrado dentro de los gruesos y fibrosos tallos, pero estaba indefenso frente a los animales sin discernimiento que resollaban hacia ellos.

Rafael volvió su atención al suelo, ondeando la mano para que las vides se marchitaran y las criaturas ennegrecieran, humeando, pero todavía vivas, con las bocas abiertas de par en par, chasqueando los dientes con frustración mientras continuaban luchando por llegar al cazador.

Ve, querida, libérale. ¡Juan, Julio! Ayudad a Colby.

Colby dudó solo un momento. Rafael estaba débil, pero decidido a salvarlos. Odiaba dejarle, pero Paul no tenía oportunidad contra el ganado en estampida. Corrió hacia él, rodeando las serpientes reptantes mientras estas intentaban obedecer a su maestro incluso mientras el calor las chamuscaba de dentro hacia afuera. Conocía el terreno, sabía que el ganado se dirigía hacia abajo por la pronunciada pendiente que conducía directamente hacia donde estaban todos reunidos. Podía oírlos ahora, chillando a vez en cuello, y podía ver, a la distancia, justo bajo la cordillera, una amenazador brillo rojo-anaranjado.

- Paul. - Sin prestar atención a las espinas, empezó a tirar bruscamente de las vides apartándolas de su hermano.

El ataque vino de detrás de Rafael, una ráfaga de viendo y aleteo de alas. Grandes murciélagos antinaturales oscurecían el cielo, corriendo hacia Rafael, batiendo ferozmente el aire a su alrededor con las alas abiertas, las garras extendidas mientras trataban de alcanzarle.

Colby no podía mirar, aterrada de que fuera a caer bajo el peso de tantas criaturas. Se apoyó en la tranquila calma de Rafael y se concentró en liberar a Paul. Rafael había permitido que su hermano despertara del encantamiento y ya estaba intentando escapar de la prisión hecha de plantas. Se concentró en las vides, bloqueando sus miedos y pensando solo en mover los gruesos tallos. Las vides se abrieron, se estiraron apartándose para permitir suficiente espacio para que Paul gateara fuera. Se tambaleó sobre sus pies y cogió la mano de Colby mientras ella trataba de arrastrarle rápidamente a fuera del camino del ganado que se acercaba.

Mientras corrían, pidió a gritos a Rafael que se quitase de en medio. La tierra temblaba bajo las pesadas pezuñas y podía ver al ganado aterrado mientras atronaba por la cuesta y corría bajando la ladera hacia ellos. Boquiabierta ante la vista del rebaño enloquecido de miedo mientras grandes llamas anaranjadas saltaban entre cada animal mientras corrían, empujó a Paul sobre una borde rocoso y se volvió en busca de Rafael.

¡Rafael! Estaba gritando en su mente, no en voz alta. Él se mantenía firme, las hordas con las garras a escasas pulgadas de su cuerpo, incapaz de alguna barrera invisible para separale la piel de los huesos. Podía sentir la terrible tensión en él mientras contenía a las criaturas, llamando a la lluvia para sofocar los fuegos que surgían entre el ganado, y luchando con el vampiro oculto en alguna parte cerca. Dio un par de pasos hacia él, intentando frenéticamente imaginarse como ayudar.

No le distraigas. Nicolás estaba igual de tranquilo, igual de confiado, e igual de imperioso que Rafael. Tenía su voz en la mente, un recuerdo de la cercanía de los hermanos. Había algo muy escalofriante en Nicolás y, en vez de intimidad, solo se añadía a la amenaza que sentía a su alrededor.

- ¡Colby! - Paul la cogió, arrastrándola hacia arriba sobre el borde mientras el ganado barría el valle.

No podía apartar los ojos de Rafael. Exudaba poder y confianza incluso frente a la estampida. Su expresión no cambió nunca mientras controlaba los elementos, con el cuerpo devastado por la pérdida de sangre. Nunca se doblegó ni por un momento de dolor o miedo. Estaba en su mente, compartiendo la batalla. Y sabía que Nicolás compartía las mente de ambos. Podía sentirle allí, enroscado, esperando para golpear. Sabía, a través de Rafael, que Nicolás se movía hacia ellos a gran velocidad y estaba volando a través del aire.

Destellos de luz fluyeron de la cobertura de nubes hacia Rafael. Desvió las lanzas ardientes y lanzó su propio ataque, enviando un granizo de astillas de plata de relámpago de

vuelta hacia el vampiro. Un árbol fue arrancado tras Rafael, cayendo hacia él con enormes ramas extendidas.

Colby intentó gritar una advertencia, pero Paul le apretó la mano sobre la boca rudamente y casi la golpeó contra una roca. No tuvo tiempo de reprenderle mientras captaba un vistazo de una lanza llameante dando vueltas a través del aire dirigida directamente hacia su corazón. Pateó hacia atrás, luchando contra la inusual fuerza de Paul que la sujetaba inmóvil.

Sintió el súbito cambio en la atención de Rafael cuando comprendió que ella estaba en peligro. Inmediatamente envió la barrera oculta que le protegía de las criaturas murciélago del vampiro entre ella y la lanza que se aproximaba. La lanza rebotó en la barrera, pero él quedó instantáneamente cubierto de murciélagos, arañando y desgarrando su piel y cara.

Colby hundió el codo en las costillas de su hermano con la intención de saltar de la roca e ir en ayuda de Rafael. La primera parte de las reses se apresuraban por la ladera, otras las seguían por el estrecho paso lleno de grandes y pesados cuerpos. Intentó escudar a su hermano de la masa de cuerpo enormes mientras se apresuraban a pasar, apretándose contra él mientras la tierra se sacudía. La lluvia caía a cántaros, extinguiendo los fuegos y levantando columnas de humo en el aire. Sintió le agarraba los hombros con fuerza, sus dedos apretaban cruelmente. Antes de poder gritar en protesta, la levantó fuera de sus pies y la lanzó al centro de la estampida.

Instintivamente, Colby se acurrucó en una apretada bola, con las manos sobre la cabeza protegiéndose de las pezuñas voladores. Asombrosamente, nada la tocó. La tierra se sacudía, pero ni un solo animal la pateó mientras pasaban como un trueno. Oyó el sonido de voces y supo que los hermanos Chevez estaban dirigiendo al rebaño, intentando calmarlos antes de que alcanzaran los afilados acantilados que se alzaban al este.

Colby levantó cautelosamente la cabeza. Nicolás estaba de pie junto a ella, su cara era una máscara sombría. Se agachó y la puso en pie con una fuerza casual. Al principio sintió las piernas temblorosas, negándose a sostenerla, pero él no prestó atención, arrastrándola con él casi a la carrera hacia su hermano.

Rafael permanecía en pie, aunque Colby no podía ver su cuerpo por las cientos de criaturas que se aferraban a él, arañando su carne, cebándose en las heridas de su cuerpo. Con un grito se arrancó lejos de Nicolás, tratando de alcanzar a uno de los animales peludos que le rasgaban la cara. Antes de poder tocarlo, Nicolás palmeó con las manos y emitió una orden. Los murciélagos cayeron al suelo y fueron incinerados. El olor nocivo hizo que Colby se tapara la boca, pero corrió hacia Rafael.

Rafael se tambaleó. Colby le enredó el brazo alrededor de la cintura.

- Te llevaré un médico - No veía como era posible que un médico le ayudara. La mayor parte de su piel estaba arrancada del cuerpo. Nunca había visto heridas semejantes. Miró alrededor frenéticamente en busca del vampiro, esperando un ataque inminente.

- ¿Adónde ha ido? ¿Puedes verle?

- Hace mucho que se ha ido. - Dijo Nicolás. - No luchará con todos nosotros. - Sus manos eran gentiles cuando las extendió hacia Rafael.

Paul corrió hacia ellos, balanceando una rama de árbol hacia la cabeza de Rafael.

- ¡Don Nicolás! - Gritó Julio Chevez en advertencia. Nicolás atrapó el leño y lo retorció fácilmente sacándolo de las manos del chico, tumbándole en el suelo.

- El chico está corrompido, Rafael. Apesta al vampiro. No es más que una marioneta humana. Le despacharé rápidamente y convertiré a la mujer por ti. Tú acudirás a la tierra y sanarás apropiadamente. - Había absoluta resolución en Nicolás.

Colby podía ver que ya había despachado a Paul y le mataría sin un solo remordimiento. Se precipitó delante de Paul.

- No te atrevas. No te acerques a él. - Paul era más alto que ella, pero extendió los brazos y evocó cada onza de poder que había en ella. No quería proteger a Paul, quería ir con Rafael, salvarle, hacer cualquier cosa que hiciera falta. Odiaba quedarse allí, escudando a su hermano, cuando Rafael estaba tan roto. Sentía que el corazón se le rompía en un millón de pedazos cuando miraba su cara devastada.

Meu amor, no permitiré que Paul sufra daño a manos de mi pariente. Deberías conocerme mejor. El movimiento en su mente fue débil, como si Rafael se estuviera desmayando, abandonándola.

Estaba asustada, sin saber hacia quien correr, a quién proteger.

- Rafael se está muriendo, Nicolás. - Dijo ella. - ¿Es eso lo que quieres, que tenga que luchar contra ti con su último aliento moribundo? ¿Qué clase de persona eres?

La alta y musculosa forma de Rafael se encorvó. Cayó al suelo sobre las rodillas, manteniéndose tambaleándose un momento, con los ojos vidriosos antes de caer de cara hacia adelante.

Colby no recordaba haber saltado para cogerle, pero estaba bajo él, amortiguando su caída, su gran forma aplastándola bajo él. Sorprendentemente, no se estrelló contra el polvo como esperaba. Nicolás hizo flotar a Rafael gentilmente hasta el suelo, girándole justo antes de que su cuerpo golpeara el de ella, y dejándole la cabeza recostada en su regazo. No pudo contener el estremecimiento de miedo cuando Nicolás se irguió sobre ella.

Juan y Julio se colocaron a ambos lados de Paul.

- Don Nicolás, por favor no nos obligue a hacer semejante elección. Este chico es de la familia. Está bajo la protección de Don Rafael, al igual que Colby. Esa protección debería ser también la nuestra.

Se produjo un pequeño silencio. Incluso la noche pareció contener el aliento. Los insectos cesaron sus llamadas salvaje y el ganado detuvo su intranquilo movimiento.

- Tal vez pueda sacarse el veneno de su sistema, pero tendré que tomar su sangre. - Nicolás hizo una amenaza, mirando directamente a Colby.

No confiaba en él y deseó que Rafael estuviera completamente despierto para decirle que hacer.

- Rafael dice que él no puede mentirme... ¿puedes tú?

- Di si o no. - Replicó Nicolás ásperamente. - Sufrirá con el ácido de la sangre del vampiro y anhelará el sabor de carne humana. Se pudrirá de dentro hacia afuera y el vampiro podrá utilizarle para derrotarnos a todos.

Paul estalló en lágrimas, presionándose las manos contra el estómago.

- Ardo por dentro, Colby. Y hay un zumbido en mi cabeza que me vuelve loco. ¿Está diciendo que voy a convertirme en un canival?

- Entonces haz lo que tengas que hacer, pero no le hagas daño o te perseguiré y atravesaré con una estaca directamente tu corazón frío como el hielo. - Advirtió Colby.

Nicolás ignoró su amenaza y se arrodilló junto a Rafael. Observó con incredulidad como se rasgaba la muñeca con los dientes y empujaba la herida contra la boca de Rafael. La miró con negros ojos vacíos mientras obligaba a su hermano a tragar la sangre ancestral.

- Debería haberte tomado inmediatamente en vez de atenderte como hizo. - Su voz fue un látigo afilado, azotándola mientras sujetaba la cabeza de Rafael en su regazo, con los dedos enredados en la larga seda de su pelo y su sangre empapándole los vaqueros.

- Tú tampoco me gustas mucho. - Espetó. - ¿Qué te diferencia de ese monstruo? Mi hermano es inocente. No pidió que esa horrible criatura le secuestrara e infectara con su veneno. Yo no pedí ser la compañera de tu hermano. Tengo mi propia vida aquí, mis propias responsabilidades. ¿Por qué deberían vuestros derechos ser más importantes que los míos?

Nicolás se inclinó acercándose a ella sus ojos fríos y de un duro diamante.

- Si no encuentras a tu compañera, te conviertes en un monstruo absolutamente malvado y que vive de la muerte y el dolor de los demás. Yo lo haré. No soy humano. Rafael no es humano. Hemos luchado durante siglos contra la oscuridad. Tú puedes aliviar su dolor tan fácilmente. Podías asegurar que nunca se enfrentara al momento en que pudiera sucumbir a la oscuridad, pero eres demasiado testaruda, demasiado egoísta para darle lo que necesita. Y a causa de eso, estúpidamente arriesgas las vidas de tus hermanos y tus vecinos y otros a los que ni siquiera conoces. Peor aún, arriesgas el alma misma de mi hermano y las almas de mi familia y la mía propia. Al final, él te tendrá, así que arriesgarse de esta forma no tiene sentido. Yo te tomaría, si fueras mía, y terminaría de una vez. - Hubo un chasquido agudo de sus dientes como si pudiera inclinarse y morderle el cuello allí mismo.

El corazón de Colby palpitó con más fuerza en su pecho, pero le enfrentó firmemente, intentando ser honesta con él. Luchando por entender. Quiso entender cuando le vio dar su propia sangre a su hermano caído. Más aún, la idea de Rafael convirtiéndose en tan horrendo monstruo como la criatura que los había atacado era inconcebible.

- Puedo verlo desde tu punto de vista. ¿Puedes verlo tú desde el mío? No soy Cárpato. Ni siquiera sabía que existíais hasta hace poco. No conozco a Rafael. No sé mucho sobre él aparte de que es diferente, con tremendos poderes, y que puede controlarme de formas que me asustan mortalmente. Tengo un hermano y una hermana a los que quiero y un rancho que juré a mi padre en su lecho de muerte que mantendría para ellos. No tenía ni idea de las consecuencias que estás describiendo. No he vivido siglos y no sé nada de vampiros aparte de lo que muestran las películas.

- Ahora ya has visto uno. Ahora conoces las consecuencias para Rafael y sabes que lo que digo es cierto. ¿Qué vas a hacer al respecto?

- Ni siquiera sé que quieres que haga, Nicolás. - Respondió ella honestamente. - ¿Cómo proteger Rafael? Me habló de traerme completamente a su mundo. ¿Qué significa eso?

- ¿Puedes decir que el maligno no golpeó hacia ti? Si tiene éxito en matarte, habrá destruido a Rafael. Utilizó al chico para intentar matarte. - Señaló Nicolás.

- No intenté matarla. - Negó Paul, con la cara muy pálida.

- Si, lo hiciste. - Dijo Nicolás tranquilamente. - Y si el veneno no se elimina de tu sistema, lo intentarás una y otra vez hasta que tengas éxito. Colby, mientras seas humana, el vampiro sabe que eres vulnerable y tendrá oportunidad de matar a Rafael a través de ti.

- ¿Cómo mataría mi muerte a Rafael? - Lo preguntó, pero ya sabía la respuesta a través de sus propios miedos y pena. Luchaba por contenerlas, pero no podía soportar la idea de perder a Rafael. Su mente negaba la posibilidad porque su corazón sabía que no sobreviviría a ello.

- Lo sabes. - Dijo Nicolás suavemente.

- No siquiera lo pienses, Colby. - Exclamó Paul. Se doblaba por el dolor, sujetándose el estómago. - No dejes que te hagan nada. ¿No puedes ver lo que son?

Julio deslizó un brazo alrededor de los hombros del chico.

- Son grandes hombres y nos han protegido del vampiro, Paul. Nicolás es el único que puede salvarte del ácido de tu interior. Ningún médico podría curar los efectos.

Nicolás detuvo la alimentación de Rafael, cerrando la herida de su muñeca con una pasada de la lengua. Colby no pudo evitar el estremecimiento que recorrió su cuerpo ante el gesto práctico.

- Debo llevar a Rafael a un lugar donde estará a salvo y pueda sanarle. - Dijo Incolas. - Te ha unido a él y sufrirás mucho por la separación. Puedo evitar eso convirtiéndote, pero entonces tendrías que descansar en la tierra con él. Elige ahora. Necesita cuidados inmediatamente.

- Si tengo que hace una elección inmediata entonces tengo que quedarme con mis hermanos y cuidar de su seguridad. - Dijo Colby. Había desafío en su voz.

- Sufrirás por él. Creerás que está muerto y sentirás una fuerte llamada a unirte él. No puedes hacerte daño a ti misma no importa lo desesperada que te sientas. Alcánzame y te ayudaré si es necesario. - Nicolás se agachó y acunó fácilmente a su hermano entre sus brazos.

- ¡Espera! - Dijo Colby frenéticamente. - ¿Y qué hay de Paul? - Su hermano ya no podía aguantar más de pie, sino que tenía que estar sujeto por sus dos tíos. Doblado, se encorvaba impotentemente, gimiendo de dolor.

- Volveré a eliminar el veneno de él. Pero debes saber esto, cuñada: al hacerlo así, estará atado a mí para siempre.

A Colby le sonó a advertencia, incluso quizás a amenaza. Se llevó la mano a la garganta en defensa propia.

- ¿Debería esperar a Rafael? - Mantuvo la mirada fija en la de él, negándose a ser intimidada, deseando la verdad.

- Eso depende de ti. - Recogió a Rafael entre sus brazos, casi como si su hermano fuera un niño pequeño en vez de un hombre muy grande y peligroso.

Colby extendió la mano para tocar la cara de Rafael. Estaba frío. Sin vida. Un grito fluyó en su mente, pero lo obligó a retroceder.

- ¿Está vivo?

- No permitiré que muera. ¿Vuelvo esta noche?

Colby miró hacia la cara de su hermano, vio el odio retorcido en sus ojos, y se estremeció.

- Por favor. - Murmuró, apartando la mirada de Paul. - Aprisa.

- ¡Traidora! ¡Puta! - Paul se lanzó hacia ella, con el puño alzado y una expresión demoníaca.

Julio le atrapó y arrastró lejos de ell.

- ¿Le llevamos a la casa, senhorita?

Paul luchaba contra sus tíos, gruñendo y apretando los dientes hacia ellos. Después repentinamente se hundió, mirando alrededor, parpadeando para aclarar su visión.

- ¿Colby? - Sonaba joven y confuso. - ¿Qué me está ocurriendo?

- Estás enfermo, cariño. - Intentó consolarle, pero las lágrimas estaban atascadas en su garganta y ardían tras sus ojos. Ya no podía tocar la mente de Rafael. Sentía la pérdida profundamente, como si alguien le hubiera arrancado el corazón. Apenas podía respirar, y mucho menos pensar. Quería gritar y arañar la tierra, cavar un camino allí donde el cuerpo de él descansaría. En vez de eso, levantó la cabeza para encontrar a los hermanos Chevez mirándola con compasión.

- Llévenle a casa. - Dijo cansinamente.

- Juan se ocupará del ganado. - Dijo Julio. - Yo velaré por usted, Paul y Ginny.

Colby se tambaleó tras él. Podía ver mejor en la oscuridad de lo que nunca había sido capaz de ver, pero estaba descentrada, sintiéndose ciega y sorda.

- ¿Esta clase de cosa ocurren con frecuencia? - ¿Qué eran esas terribles criaturas y cómo de grave le han herido, Nicolás? Estaba tan destrozado, perdió tanta sangre. No le había besado. No había intentado aferrarse a él. ¿Y si Nicolás era más monstruo que hombre?

Soy más monstruo que hombre, confirmó Nicolás. La voz fue suave en su mente, distrayente. Podía oír un canto repetido, antiguas palabras ancestrales con una consolador ritmo de poder. Estoy sanándole, dándole más sangre, y después le pondré en los brazos de la tierra para sanar.

Julio se volvió a mirarla mientras empujaba a Paul hacia adelante.

- ¿Necesitas ayuda, Colby? - Cuando sacudió ella sacudió la cabeza, continuó. - Si, he presenciado muchas batallas entre el vampiro y los cazadores. Este vampiro no es como los demás. Es mucho más poderoso y astuto.

Colby se enredó los brazos alrededor de la cintura mientras caminaba por el sendero de vuelta a la casa del rancho. Rafael había recorrido este camino con ella, cogiéndola de la mano, haciéndola sentir la mujer más hermosa y deseable del mundo. Cuando se concentraba en ella, nada más parecía importar. Intentó rememorar lo que había dicho Nicolás sobre la conversión, pero su mente esta demasiado desparramad.

- ¿Resultan heridos con frecuencia? - Preguntó Colby.

Julio sacudió la cabeza.

- Los vampiros son todos diferentes. Los cazadores son muy poderosos, muy experimentados. Rafael es un gran luchador... al igual que Nicolás, o cualquier de sus hermanos, raramente les hieren. Este... - Sacudió la cabeza. - ... este es uno de los llamados maestros vampiro, un antiguo que ha escapado de la justicia muchos años. Zacarías, el mayor de los hermanos De La Cruz, cree que es un maestro vampiro de su sangre. Uno que ha estado por mucho tiempo en el mundo y un experto en batalla que finalmente sucumbió a la llamada oscura. El maestro no se quedará y luchará, sino que utilizará marionetas humanas para hacer su voluntad. Llamará a vampiros menores y les utilizará como peones. Y mutará a otras especies a un mal encarnado. Ha visto un ejemplo de su trabajo.

- Está muy nervioso. ¿Qué me está diciendo?

Julio la miró con ojos oscuros y preocupados.

- Nicolás puede tomar la sangre y ayudar con el dolor, pero hasta que el vampiro muera, Paul estará conectado a él. Todavía podrá intentar utilizar a Paul. Nicolás será lo único que se interponga entre Paul y lo que el vampiro quiera de él. Nicolás es poderoso y antiguo, pero está muy cerca del final de su tiempo. También debe descansar durante las horas diurnas. Es peligroso para él hacer esto que le pides. Si no lo hace, Paul morirá tarde o temprano y lo agradecerás.

Colby se presionó los dedos sobre la cabeza palpitante. Necesitaba el toque reconfortante de Rafael. Está seguro bajo tierra. Tengo que alimentarme y me encontraré con vosotros en el granero. No quiero que la niña vea lo que debemos hacer para ayudar a su hermano. Debes estar segura. Puede y te hará daño si el vampiro le alcanza y le programa. Yo puedo crear una interferencia, y puedo eliminar el dolor, pero no pudo romper el lazo entre ellos.

Se estaba ofreciendo a matar a su hermano. Fue su voz, tan plana y vacía, lo que la puso enferma. Hizo que sintiera la árida existencia de Rafael rigurosamente. Casi podía ver la oscuridad avanzando arrastras dentro de él, manchando su alma, tomándole. Cerró los ojos pero no pudo bloquear lo que estaba en su mente.

Le vigilaré hasta que tengáis oportunidad de matar al vampiro. Tomó su decisión.

Rafael tiene mucho por lo que responder. Había una mordacidad en la voz de Nicolás.

Rafae ha intentado darme tiempo. ¿Tan terrible es? Las lágrimas ardían en su corazón. ¿Había causado ella todo esto? ¿Era culpa suya e Rafael yaciera como muerto bajo tiempo.

Siento su amor por ti. Eso me ha sustentado, pero no puede suavizarme. Él me ha dado esperanza compartiendo sus sentimientos hacia ti. Sus emociones son intensas y difíciles de manejar. Se siente incómodo con la presencia de otros hombres cerca de ti, yo mismo incluido, aunque intenta ignorar esas peligrosas emociones y darte el espacio que necesitas para venir a él.

¿Es culpa mía? Persistió ella.

El silencio contestó a su pregunta mientras abría la puerta del granero para enfrentar a Nicolás y su negra y despiadada mirada.

CAPITULO DOCE

Paul se sentó silenciosamente en la esquina, con su tío muy cerca de él. Colby no pudo dejar de notar la nota protectora de la postura. En ese momento, Julio se parecía tremendamente a su padrastro. Miró ansiosamente hacia la casa.

- Quiero ir a ver a Ginny.

- La niña está bien, durmiendo pacíficamente. - Dijo Nicolás. Si quieres que se haga esto, hagámoslo ahora.

Intentó no encresparse ante su abrasiva actitud.

- No me arrepentía. Ocurre que estoy genuinamente preocupada. Esta no ha sido la mejor noche de mi vida hasta ahora. Puede que tú trates con vampiros todos los días, pero su existencia es novedosa para nosotros. - Lanzó una sonrisa tranquilizadora hacia su hermano

Él intentó una sonrisa, bajó la mirada y captó un vistazo del sujetador color melocotón todavía enredado alrededor de su brazo. Al momento su expresión cambió, volviéndose oscura y fea. Paul desató la prenda de encaje, sujetándola lejos con dos dedos, levantándola, para que todo el mundo pudiera verla. Eso hizo a Colby agudamente consciente del hecho de que no llevaba nada en absoluto bajo su fina camina y que los botones habían desaparecido. Incluso así, incluso en medio de su completa humillación, se mente intentaba alcanzar a Rafael. Al momento comprendió que no podía tocarle, solo había vacío y pena. El miedo sacudió su corazón.

Siguió el movimiento de su sujetador cuando Paul lo tiró lejos de él como si fuera algo tan repugnante que no podía soportar mirarlo. De repente se tambaleó alejándose de Julio y alcanzó una horca, lanzándose hacia Colby en uno solo movimiento.

Colby nunca vio moverse a Nicolás, pero estaba delante de ella, quitándole el arma a Paul y arrastrándole a su terrible abrazo. El aire abandonó precipitadamente los pulmones de Colby cuando vio que los colmillos se alargaba, y sin preámbulos hundía los dientes en el cuello de Paul, su hermano se quedó quieto, baja la influencia de la mente de Nicolás. Se estremeció, sintiendo como si esos afilados colmillos estuvieran introduciéndose en su cuello. En ese momento odió a Nicolás. Se odió a sí misma. Odió a Rafael. ¿Cómo podía quedarse allí simplemente mientras alguna criatura que apenas conocía tomaba la sangre de su hermano tan fríamente?

¿Qué estás haciendo Nicolás? Rafael estaba débil, demasiado débil. Podía sentir el pulso bajo de su vida mientras él se movía en su mente.

Su alarma no era por Paul. Era por su propio hermano, por Nicolás. Colby lo sentía como si fuera su propia alarma. Sintió la oleada de amor y calidez que arrastraba siglos. Fluyó en su cuerpo, tomó el control de su corazón y alma haciendo que deseara extender la mano hacia Nicolás, detenerle. Lo que estaba haciendo era peligroso para Nicolás, no para Paul. Nicolás estaba ingiriendo deliberadamente la sangre del vampiro cuando luchaba cada minuto de cada día contra la bestia que ya manchaba su alma y luchaba por el control.

- ¡Espera! Colby no podía elegir entre los dos hermanos. El suyo propio, o el de Rafael. Estaban entrelazados, ambos confundidos ahora en su mente. La vida de Paul contra el alma de Nicolás. Era una terrible elección.

No malgastéis vuestra preocupación en mí, ninguno de los dos. La voz de Nicolás rozó las paredes de su mente. Resistiré y volveré con nuestros hermanos por tu bien, Rafael. Compartes conmigo las emociones que sientes por esta mujer y este chico. Es suficiente para permitirme continuar hasta que llegue a casa. Ve a dormir, Rafael, y permite que la tierra te sane.

Realmente sentía el amor de Nicolás por su hermano a través de su lazo con Rafael. Era un extraño vínculo compartido. Por primera vez pudo verle como algo más que el monstruo del corazón fríos que intentaba arrancarle a sus hermanos. Nicolás fue real para ella. Pudo verle a través del corazón de Rafael. Recuerdos de Nicolás fluyeron y supo que era algo deliberado por parte de Rafael.

¿Cuántas veces se había interpuesto entre los humanos y la muerte, arriesgando su vida y su alma? ¿Cuántas veces había intentado proteger a Rafael y a sus hermanos menores de las terribles batallas? Había resultado herido incontables veces. Había matado incontables veces, cada vez arrancaba pedazos de su alma.

Colby cerró los ojos. No quería verlo, no quería verle como otra cosa que el depredador sin emoción que pensó que era la primera vez. Ya estaba suficientemente confusa. Y estaba Paul, unido en su abrazo mientras Nicolás tomaba más y más sangre, hasta que la cara de Paul se puso pálida y se derrumbó entre los brazos del cazador, mareado y débil, pero tranquilo y antinaturalmente dispuesto a hacer lo que Nicolás requería de él.

Sintió exactamente el momento en que Rafael sucumbió a su necesidad de descansar y sanar. Se arrancó de su mente y la dejó vacía. Se dejó caer sobre una baja de heno y se presionó ambas manos sobre su estómago revuelto mientras una vez más observaba a Nicolás con su hermano. Él deslizó la lengua a lo largo del cuello de Paul, cerrando los pinchazos como si nunca hubieran estado allí. No había marca. Ninguna en absoluto. Su mano se arrastró hasta la marca de su cuello que nunca parecía palidecer, nunca desaparecía.

Podemos dejar una marca si queremos, o no dejar evidencia si así lo preferimos. Nicolás leía sus pensamientos tan fácilmente como Rafael; pero donde con Rafael era intimidad, con Nicolás parecía invasión. Los fríos ojos negros se deslizaron sobre ella, tan diferente a Rafael. Tan absolutamente solitario y separado de todo lo que le rodeaba. Rafael decidió dejar su marca a la vez como advertencia y como muestra de su compromiso. Te protegeré incluso cundo debería descansar bajo la tierra.

Reconoció la suave censura, pero por primera vez fue capaz de mirar al pasado para ver la terrible carga que Nicolás soportaba.

- ¿Qué tienes que hacer ahora, Nicolás? - Preguntó.

- ¿Sacar el veneno a través de mis poros y librar a mi cuerpo de la corrupción del vampiro? - Su hermano estaba inmóvil bajo su encantamiento. Nicolás le ayudó a sentarse en el suelo del granero. - La sangre del vampiro quema como ácido. El chico no habría durado mucho. Hay algo aquí con lo que nunca me había cruzado antes. - Los ojos de Nicolás se cerraron y buscó dentro de su cuerpo para destruir el compuesto que había infectado Paul y ahora vivía dentro de sus propias venas. - Hay algo más aquí, algún pequeño parásito que no debería estar. Está mutado, como la serpiente que el vampiro utilizó para atacar a Rafael.

- ¿De donde vino el vampiro? - Preguntó Colby, enferma ante la visión de las gotas de sangre que empezaban a abrirse paso a través de los poros de la piel de Nicolás. Era una visión que nunca olvidaría, nunca se la sacaría de la mente. Intentó distraer sus pensamientos, cualquier cosa para evitar gritar mientras la sangre empapaba el suelo del granero y manchaba el heno de un rojo oscuro. No era remilgada... se había criado en un rancho... pero su estómago dio bandazos de todos modos.

- No mires. - Dijo Nicolás severamente. - Vas volver a sacar a Rafael de su somnolencia y su herida es profunda. Debe tener tiempo para sanar.

- Lo siento. Nunca había visto algo semejante. - Necesitaba tocar a Rafael. No era solo que lo deseara. Todo en ella se extendía hacia él, pero solo había vacío. Ya no estaba segura de poder aguantar lejos de él y eso era alarmante, especialmente con Nicolás diciéndole que su herida era grave y necesitaba tiempo para sanar. No era una persona egoísta, pero parecía tan imperativo perturbarle, llamarle para poder sentir el roce de su mente en la de ella.

Nicolás suspiró.

- Debería haberte convertido y librado así del infierno que tendrás que soportar. No debes hacerte daño a ti misma.

- No soy de las de ese tipo. - Dijo Colby, pero estaba empezando a preguntarse si eso era verdad. - ¿Te duele? - No podía imaginar a Paul teniendo que pasar por semejante cosa.

- Si. - Su voz no tenía inflexión. Gesticuló hacia la sangre que empapaba el heno y Julio inmediatamente apartó todo lo que no había sido tocado, dejando un círculo de madera desnuda expuesta con el heno ensangrentado en el centro. Nicolás abrió la puerta del granero de un empujó y levantó la mirada hacia el cielo. Al momento el relámpago se presentó.

Para horror de Colby, una bola de fuego anaranjada se movió a gran velocidad hacia ellas, atraída por Nicolás. Incineró la sangre del vampiro, ardiendo por un instante y después simplemente desapareció como si nunca hubiera estado allí. Parpadeó varias veces para asegurarse de que no esta alucinando.

- Eso es demasiado extravagante para mí. - Retrocedió lejos de Nicolás. - ¿Paul estará bien ahora? ¿Puedo meterle en la cama?

- Quiero intentar sanarle. El vampiro le infectó con su sangre y sus entrañas se sienten como si alguien hubiera empleado con ellas un soplete. - Replicó Nicolás.

Colby podía ver lo pálido y cansado que estaba. Las líneas eran más profundas que nunca en su cara y sus ojos tan fríos como el hielo. Se estremeció.

- Necesitas alimentarte.

- Si.

Colby miró impotentemente hacia Julio. Después de lo que Nicolás había hecho por Paul, sentía que no tenía más elección que hacer la oferta y esa era la última cosa que deseaba hacer.

Julio sacudió la cabeza.

- Yo daré a Don Nicolás sangre mientras tú metes al joven Paul en la cama. Después ayudaré a Juan a atender cualquier herida que haya soportado el ganado.

- Julio, Juan y tú debéis quedaron aquí. - Decretó Nicolás. - Vigilad al chico, particularmente durante las horas diurnas. Tengo que descansar y no seré capaz de monitorizarle.

Colby se detuvo cuando extendía la mano hacia Paul.

- ¿Qué significa eso? ¿No acabas de eliminar la sangre de vampiro de él?

- Hasta que el vampiro esté muerto, Paul siempre estará atado a él.

Colby quería hacer más preguntas, pero Nicolás liberó a Paul del encantamiento. Sus hermano consiguió levantarse inestablemente sobre sus pies, forzándola a rodearle con un brazo y ayudarle a salir del granero.

Paul se apoyaba pesadamente en ella.

- Me siento terriblemente mal, Colby.

- Lo sé, cariño, necesitas dormir.

Él se aferraba a ella mientras le conducía hacia la casa y a su habitación.

- Estoy realmente asustado, Colby. Nunca había visto nada como eso.

- Yo tampoco. Pero tenemos a Rafael y Nicolás y a Juan y Julio para ayudarnos. Estaremos a salvo. Te quitaré las botas, Paul. Simplemente tiéndete en la cama y duerme.

Él cerró los ojos en el momento en que su cabeza golpeó la almohada, sin moverse ni siquiera cuando le quitó las botas y los calcetines. Parecía pálido, su pelo oscuro sobresaliendo contra su piel. Le apartó unos mechones vagabundos de la frente con dedos amables y se inclinó para presionar un beso breve en la coronilla. Paul se removió, tocando su muñeca.

- Te quiero, Colby.

No le había oído decir eso en años.

- Yo también te quiero, Paul. - Murmuró, lamentándose por dentro por él.

Colby volvió al granero y encontró a Nicolás apoyando a Julio contra la pared.

- ¿Está bien?

Nicolás se volvió para mirarla, su mirada se deslizó sobre ella haciendo que tuviera que luchar para evitar estremecerse.

- Si, por supuesto, Julio es mi familia, bajo mi protección. Ordinariamente no tomamos la sangre de nuestros compañeros humanos. Ha sido generoso al ofrecerse cuando la necesidad era grande.

- Nicolás, Rafael conocía al vampiro. Y el vampiro le llamó oor su nombre. Sentí la tristeza de Rafael, más que tristeza que cuando estaban luchando.

Por primera vez Nicolás la evaluó con más que su fría expresión. Había una débil expresión que recordaba a los ojos de Rafael como si luchar por entender su mundo le ganara un mayor grado de aceptación por su parte.

- Le conocimos cuando éramos muchachos allá en las Montañas de los Cárpatos. - Nicolás se sentó junto a Julio, el primer gesto realmente humano que le había visto hacer. Era raro... no podía dejar de pensar en Rafael como humano, pero nunca pensaba en Nicolás en términos humanos. Observó como tomaba la muñeca de Julio y comprobaba su pulso.

- Estoy bien, Don Nicolás. - Protestó Julio.

- Debes beber mucho agua y dormir.

- Tengo trabajo que hacer. - Protestó Julio. - Debo vigilar al chico.

- Juan puedo vigilar al chico. - Dijo Nicolás. - Vete a la cama.

- No te preocupes, Julio. - Estuvo de acuerdo Colby. - Yo puedo vigilar a Paul. Se que puede ponerse peligroso y seré cuidadosa.

- Debes hacer lo que Juan te diga. - Instruyó Julio.

Juan entró en el granero mientras Julio hablaba e inmediatamente ayudó a su hermano a levantarse.

- Le llevaré a la casa.

- La habitación de invitados es el dormitorio de en medio. - Dijo Colby. Quería aprender más Necesitaba aprender más, y de algún modo la presencia de Nicolás ayudaba a aliviar la pena que la abrumaba a veces. Observó a los hermanos Chevez salir del granero. - Son buenos hombres.

- Si, lo son, y ese no es pequeño cumplido. - Dijo Nicolás. - Puedo leer sus pensamientos y sé que el honor y la integridad viven en esos hombres.

- Cuéntame sobre el vampiro. ¿Quién es?

- Quién era, sería una pregunta mejor. La primera cosa que aprendes como cazador es a separar al hombre que conocías y amabas como amigo del monstruo que lucha con toda intención de matarte. Kirja es un hombre semejante. Sus hermanos y los míos eran los mejores amigos. Es inusual en nuestra sociedad tener hermanos tan cercanos, pero nuestras dos familias los tenían. Nuestros padres eran amigos y crecimos juntos. - Soltó un suave suspiro. - Éramos muy competitivos, un poco rudos y muy desafiantes ante las reglas de nuestra sociedad, así que permanecimos juntos. Kirja y Rafael eran particularmente buenos amigos. Estaba siempre entrando y saliendo de líos y siempre compitiendo para ver quién podía hacer algo primero. Fueron buenos tiempos, aunque mis recuerdos se desvanecen. Rafael y Riordan mantuvieron esos recuerdos vivos para el resto de nosotros. - Nicolás dejó caer la cabeza entre las manos, frotándose las sienes.

Nicolás. La voz de Rafael una vez más rozó sus mentes compartidas. Te estás debilitando. Debes descansar.

- Suena tan débil, tan lejos de nosotros. - El corazón de Colby palpitó con alarma.

Nicolás alzó la cabeza, recostándola contra la pared. No estás descansando apropiadamente. ¿Tendré que ordenarte dormir, Rafael? ¿Por qué persistes en dormir tan ligeramente cuando sabes que estás mortalmente herido? La mordacidad estaba de vuelta en la voz de Nicolás, haciendo una mueca hacia Colby.

Aquellos a los que amo son vulnerables sobre tierra y quiero oír si tienen necesidad de mí. Empezando por ver por qué mi compañera es renuente a comprometer su vida con la mía.

Es una forma de infierno yacer indefenso bajo la tierra cuando aquellos a los que amas están en peligro. La voz de Rafael era una hilo, pero esta tranquilo, casi en paz.

Ve a descansar, Rafael, o haré la única cosa que me pediste que no hicieras y romperé la promesa que te hice.

Colby miró hacia esas líneas tan profundamente talladas en la cara de Nicolás. Le había visto a través de los ojos de Rafael y ahora sabía que esas líneas eran distintivos, un hombre atado por honor, un hombre marcado por su destino pero decidido a continuar para proteger a la gente que amaba a través de recuerdos.

Tú alivias su carga, querida. Solo por eso siempre te amaré.

Colby cerró los ojos y saboreó su voz, la caricia en su mente que se deslizaba a través de su cuerpo y se enredaba alrededor de su corazón. Anhelaba tocarle. Asegurarse de que estaba completamente bien. Incluso ahora, incluso con sus terribles heridas, estaba acariciando su mente y cuerpo, extendiéndose para consolarla, extendiéndose hacia su hermano.

Parpadeó para contener las lágrimas. Estaba empezando a enamorarse de él. No sabía como había ocurrido; él no era la clase de hombre en el que se hubiera permitido nunca fijarse.

Soy el único hombre para ti.

Eres demasiado dominante. Te gusta que tus mujeres digan que sí a todo lo que dictas.

Solo cuando se trata de sexo. Y cuando tengo razón.

El aliento de Nicolás salió en un lento suspiro.

- Funde tu mente completamente con la de él. - Fue más que una orden; fue un desafío.

Sin darse tiempo para pensarlo detenidamente y echarse atrás, Colby fundió su mente completamente con la de Rafael. Instantáneamente estuvo flotando en dolor, un gran dolor desgarrador que le arañaba las entrañas, la piel, incluso la mente. Vio más que eso; vio los recuerdos de su niñez de un pequeño muchacho corriendo con un amigo por las colinas, intentando cambiar de forma, y cayendo de las ramas de los árboles, riendo juntos. Sintió la terrible carga de saber que tendría que matar a ese amigo, arrancar el corazón de su pecho, con el recuerdo de esa sonrisa juvenil y siglos de parentesco pesando sobre ella.

Con un pequeño grito, se arrancó de la mente de Rafael, tambaleándose hacia atrás, extendiendo la mano tras ella en busca de apoyo. Nicolás estaba allí, aunque no le había visto moverse, dejándola en una bala de heno.

¡Colby! El grito de Rafael hizo eco al suyo.

No tenía ni idea de que sufrías tal dolor. Ve a dormir de una vez y lo digo en serio, Rafael. ¿Cómo podía sobrevivir alguien a semejante herida? Se presionó la mano sobre el corazón. El vampiro había intentado arrancar el órgano por la espalda de Rafael utilizando las fuertes mandíbulas de la serpiente y los dientes afilados.

- No debería haberte dicho que hicieras eso. - Dijo Nicolás. - Me arrepiento de pocas cosas, pero eso no fue digno de mí. Mi hermano tomará represalias.

- ¿Qué significa eso?

Una débil sonrisa tocó la boca de Nicolás y desapareció.

- Solo me reprenderá severamente y eso será adecuado para tus oídos. - Se dejó caer junto a ella. - En realidad, no había pensado en las Montañas de los Cárpatos en años. Sudamérica se ha convertido en nuestra casa. Ni siquiera recuerdo la apariencia del actual príncipe de nuestra gente. Era joven cuando nos enviaron fuera a cazar al vampiro.

- ¿A Kiria le enviaron fuera también?

Nicolás asintió.

- Vlad Dubrinsky era príncipe en ese momento. Era un gran gobernante y todos le admirábamos. Nos envió a nosotros cinco a Sudamérica y a los cinco de la familia Malinov a Asia.

- ¿Cinco?

Nicolás asintió en confirmación.

- ¿Los cinco se convirtieron en vampiros? - Preguntó Colby. ¿Por qué los hermanos De La Cruz resistirían tantos siglos contra el susurro del poder oscuro pero los hermanos Malinov sucumbieron?

- Pensaba que habían muerto hacía mucho. No he oído nada sobre ellos durante siglos. La mayor parte de los cazadores oyen rumores de los que se han convertido en vampiros y la familia Malinov nunca ha sido mencionada. Mis hermanos y yo hemos estado tan separados de nuestra gente que no pareció inusual. Brasil, nuestro rancho, el bosque pluvial se convirtió en nuestro mundo.

- ¿Y ninguno de vosotros tiene esposa?

- Compañera. - Corrigió él. - Tenemos compañeras y debemos encontrarlas. Tú eres la compañera de Rafael. Mi hermano menor, Riordan, ha encontrado a su compañera en el bosque pluvial, lo que nos sorprendió a todos, pero nos dio una pequeña esperanza para continuar.

- ¿Cómo lo sabéis con seguridad? Yo no estoy segura. Me siento atraída por Rafael... de hecho, estoy obsesionada con él. Eso me asusta. No suelo responder a los hombres de esa forma.

- No es una obsesión, aunque he oido que es así como se siente uno. Cuando toco tu mente, siento la confusión y el miedo en él. Somos todas las cosas que crees que somos... poderosos, peligrosos y capaces de gran destrucción... pero no somos capaces de hacer daño a nuestras compañeras.

- ¿Solo de controlarlas?

- No estás acostumbrada a ser sumisa con un hombre.

- No soy sumisa, no está en mi carácter. ¿Cómo es posible que seamos compatibles? ¿Es posible que haya un error?

- No puede haber error. Restauraste los colores para él, y, a través de él, para mí. No he podido ver en colores durante años. Le diste emociones y, a través de él, me las diste a mí. Puedo sentir lo que él siente por ti, el tremendo amor en su corazón y su necesidad de protegerte y velar por ti. Deseo sentir esas emociones por mí mismo.

- ¿Cómo es posible que yo sea su... - Dudó y después probó la palabra- ... compañera, cuando nací humana?

- Solo sé que las mujeres que son psíquicas pueden ser convertidas con éxito en Cárpatos y esas mujeres pueden también ser compañeras de los hombres. Aún no he conocido a la compañera de Riordan, pero el me cuenta que es descendiente de la raza del jaguar.

Colby sonrió.

- Mi hermano dice que puedo ser una tigresa, pero dudo que tenga ningún jaguar dentro de mí. No podía saltar muy alto cuando practicaba deportes en el instituto.

- Nosotros también tuvimos que aprender toda clase de cosas - Nicolás cruzó los brazos sobre su pecho. - Tenemos que aprender a cambiar de forma primero. No fue ni remotamente tan fácil como pensamos que sería.

- Eso tuvo que ser genial. - Admitió Colby. - Me gusta la idea de volar. Solía desear poder volar. Créeme, cuando has estado sobre un caballo ocho horas, te sientes vieja.

- Recuerdo la primera vez que Rafael intentó convertirse en lobo. Era la primera cosa que intentaba y en la que no tenía éxito. Parte de él estaba cubierta de pelaje y parte tenía piernas donde no debería. Estábamos todos allí, por supuesto. Todos corríamos juntos, los hermanos De La Cruz y los hermanos Malinov. Todos aullábamos y nos tirabamos por el suelo, rodando como idiotas, pero entonces Ruslen, el mayor de los Malinov, empezó a reír y señalar, mi hermano mayor, Zacarias, fue tras Ruslan por divertirse a costa de Rafael.

Terminamos todos en una enorme riña. Mientras tanto, todo el rato, Rafael estuvo todavía atrapado entre hombre y bestia.

Colby no pudo evitar reír mientras Nicolás le relataba la historia. Proporcionaba vívidas imágenes del incidente para ella. Rafael parecía tan joven e inseguro, en absoluto el hombre dominante al que estaba atad.

- ¿Y qué hay de ti? ¿Cuál fue la primera cosa en la que intentaste convertirte?

Se hizo un pequeño silencio. La máscara se volvió a deslizar sobre la cara de Nicolas. Se encogió de hombres descuidadamente, pero ella no creyó que fuera un gesto descuidado.

- No lo recuerdo.

- Recuerdas la primera vez de Rafael tan vívidamente. - Incluso los colores de los árboles, las hojas individuales, los olores y sonidos. Oía el zumbido de los insectos en la mente de él.

Se puso en pie.

- Era el recuerdo de Rafael, no el mío. Tú le devolviste esas cosas y él las comparte conmigo.

Colby estudió su boca. Había un borde cruel en ella, una mirada remota en sus ojos.

- Estás muy cerca de convertirte en uno de esos monstruos, ¿verdad? - Preguntó. Se corazón se lamentaba por él. Se lamentaba por Rafael.

- Si. Sin los recuerdos que mi hermano comparte conmigo, perdería esta batalla.

- Y aún así viniste en su ayuda incluso a pesar de que sabías que luchar contra el vampiro te colocaría un paso más cerca. Y tomaste la sangre del vampiro de Paul, cuando eso podría haberte hecho sobrepasar el límite. ¿Por qué lo hiciste, Nicolás? Yo ni siquiera fui agradable contigo.

- Eres familia. Eres una compañera Cárpato y debes ser protegida por todos los Cárpatos. Y yo amo a mi hermano. Ya no puedo sentir nada, pero sé que está ahí, profundamente enterrado, y no permitiré que nada te ocurra.

- Nunca olvidaré el riesgo que corriste por nuestro bien, Nicolás, y si eso se vuelve demasiado difícil y necesitas ver colores y sentir emociones, no me importa mucho compartir nuestras mentes.

Se hizo un pequeño silencio.

- No es poca cosa lo que ofreces, cuñada. - Dijo él suavemente. - Los hombres de los Cárpatos no comparten con otros, ni siquiera con los parientes. Mis hermanos y yo somos inusuales porque no tuvimos más elección que permanecer junto parq vencer la llamada de la bestia. Sé que temes el poder de Rafael sobre ti y aún no has comprometido tu vida con la suya. ¿Por qué me ofreces esto?

Era complicado. No lo sabía. O fue cuando lo vió empujar la sangre venenosa a través de sus poros después de tomarla de Paul, u observarle dar sangre a su hermano, pero estaba muy en conflicto. Estaba segura de que no iba a comprometerse a vivir una vida bajo tierra y chupar sangre de seres humanos vivos... la misma idea la hacía estremecer... pero no podía dejarle tan absolutamente solo mucho más de lo que podía dejar de pensar en Rafael.

- Te quedas aquí hablándome porque sabes que nunca sería capaz de resistir esta noche sin él, ¿verdad?

- Si.

- Ahí tienes tu respuesta, Nicolás. Quizás siento la necesidad de protegerte por él, de igual modo que tú lo sientes por mí.

Hubo un momento de silencio. Después él habló de nuevo.

- Tengo un vampiro que capturar.

- ¿Cómo puedes encontrarle?

- Ahora que sé quien es, será fácil rastrearle. Conozco sus costumbres. Han pasado cientos de años, pero ciertamente tiene patrones, todos nosotros los tenemos, y mantendrá algunos de ellos.

- Rafael quiere que esperes. - Había sentido la preocupación de Rafael y no había sido solo porque tenía miedo de que Nicolás llevara a cabo otra muerte y eso le acercara más a sucumbir al insidioso susurro de poder.

- No puedo darle oportunidad de golpear contra ti. Estará atrapado en la tierra durante las horas diurnas, mucho más lo de que lo estaré yo, pero él puede utilizar a sus marionetas humanas para intentar matarte.

- Quieres decir Paul.

- Estoy sugiriendo que tiene más de una. Este vampiro es antiguo y astuto. Es un luchador hábil y conoce todos los trucos. Un maestro vampiro no tiene orgullo que guardan, a diferencia de un principiante o incluso un vampiro ligeramente experimentado. Está dispuesto a huir, a sacrificar peones para poder vivir, y se le llama maestro porque domina en batalla y en la magia de nuestra raza.

- ¿Por qué querría él vivir una existencia tan terrible?

- El dolor y el terror que provoca el sufrimiento de otros, el matar, le da poder. Uno alto. Como una droga humana. Es adictivo. vivo para ese único momento.

- ¿Cómo mata uno a un vampiro? - Estaba intentando retenerle. Casi estaba amaneciendo. Sorprendentemente no estaba cansada. Tenía un montón de tiempo, antes de que el sol estuviera demasiado alto, para hacer las tareas matutinas.

- Tú no lo harás. - La voz de él fue muy severa.

- ¿Vuestras mujeres nunca luchan con el vampiro?

- En cualquier especie siempre hay excepciones, pero nuestras mujeres sostienen la luz para nuestra oscuridad. Luchan para defender sus vidas y las vidas de nuestra gente, pero ellas no cazan. Tenemos pocas mujeres y nuestros cazadores son solitarios. Si dividimos nuestra atención para mantener a una mujer a salvo, es un riesgo adicional para nosotros mismos.

- Pude sentir la resolución de Rafael. Estaba dispuesto a morir para mantenerme viva, para mantener vivo a Paul. Sabía que si luchaba contra el vampiro podría resultar derrotado.

- Kirja es un luchador muy poderoso. Tenía reputación como cazador. Ha crecido en fuerza desde entonces. Su sangre era diferente y me gustaría mucho saber por qué. Algo no está encaja aquí, Colby.

- Todavía quiero saber como matar a uno. Me sentiría mejor si supiera que puede hacerse.

- No con un rifle. Juan y Julio podrían haberle retrasado disparándole al corazón, pero eso no le mataría. El corazón tiene que ser completamente arrancado e incinerado o encontrará la forma de volver a su perverso anfitrión. El cuerpo es después incinerado para que no haya esperanza de regeneración. La sangre del vampiro quema como ácido, Colby, y pueden dar órdenes con su voz al igual que podemos Rafael y yo. Déjales en paz.

- ¿Utilizó Rafael su voz para seducirme? - Le miró directamente a los ojos, necesitando una respuesta honesta.

- No sé lo que Rafael decidió hacer para unirte él, pero si yo tuviera una compañera, Colby, utilizaría mis voz, mi mirada, y cualquier otra cosa que tuviera a mi disposición para hacerla mía. No correría riesgos. Mi mujer hará lo que se supone que tiene que hacer.

- Espero que tu mujer sea una amazona. - Murmuró ella por lo bajo. Podía ver que le había retenido tanto como era capaz. El salió al frío de la noche y ella le siguió. - Ya siento la necesidad de tocarle de nuevo. - Confesó, frotándose las manos sobre los brazos. - ¿Va a ser así todo el tiempo?

Odiaba la debilidad en sí misma, y se lamentarse por Rafael como si estuviera muerto solo por que no estaba tocando su mente era una terrible debilidad.

- Si. Yo te ayudaré durante las noches, pero quédate cerca de Julio y Juan durante el día. Ellos te ayudarán tanto como sea posible. Recuerda todo lo que te dije. Debes sobrevivir.

- No planeo ninguna otra cosa. - Le aseguró.

Colby observó con sorpresa como Nicolás simplemente se disolvía. Al principio su forma humana relució, volviéndose transparente de forma que podía ver a través de él. Diminutas gotas de niebla se formaron y no fue nada más que vapor, flotando a través del aire lejos de ella hacia las colinas. Parpadeó varias veces, intentando hacer que su mente aceptara lo que acababa de ver.

En el momento en que Nicolás se fue, dejó escapar un suspiro de alivio. No había notado lo tensa que estaba. Necesitaba estar sola, ocuparse de labores familiares que podría hacerla sentir de nuevo normal, aunque fuera solo por unos pocos momentos.

Fue hacia el establo provisional, sorprendida de todo el trabajo que los hermanos Chevez había logrado mientras ella dormía esa tarde. Sean Everett debía haber enviado materiales y hombres adicionales para levantar un refugio tan rápidamente. Suspiró de nuevo, esta vez por su orgullo. Parecía estar volando directamente por la ventana. Ya ni siquiera sabía que estaba ocurriendo en su rancho.

Colby pasó el siguiente par de horas atendiendo a los caballos y tratando quemaduras. La mayor parte de las quemaduras estaban casi curadas, y los caballos ya parecían otra vez estables, un logro increíble cuando habían estado tan traumatizados. Se hizo consciente de que oía un ligero ruido, la puerta de la cocina abriéndose y cerrándose. Captó un vistazo del perro subiendo a la carrera la cuesta y tomó un profundo aliento. El día ya estaba empezando. Juan y Julio se levantarían pronto, a pesar de su necesidad de dormir. Y en unas pocas horas ella tendría que ir a la cama y dejar Paul y Ginny en sus manos.

Se frotó la mano sobre los ojos. Rafael no tenía derecho a traerla parcialmente a su mundo cuando ella tenía semejantes responsabilidades. Ahora estaba atrapada entre dos mundos, sin ningún camino claro para dejar ninguno de los dos y no tenía ni idea de que hacer al respecto.

Reunió heno para los caballos y llenó las cubetas de agua fresca. El refugio construido para mantener a los caballos lejos del calor era sólido y, cuando el sol estuvo alto, protegía su piel igual de bien. Tomo mientras pensaba en Rafael. Su cuerpo le anhelaba y su mente se negaba a pensar en nada más. Colby no tenía oportunidad de resolver problemas cuando todo en lo que podía pensar era en que deseaba tocar a Rafael, verle, saber que estaba vivo y bien. Estaba disgustada consigo mismo, pero eso no evitaba las lágrimas que corrían por su cara o la terrible pena que fluía inesperadamente y con frecuencia sacudía su mismo centro. Trabajó firmemente, intentando hacer tareas normales para sentirse de nuevo normal. Era la única cosa que se le ocurría hacer.

Acababa de terminar e iba hacia el campo de heno cuando oyó de nuevo la puerta de la cocina. Esta vez los pasos firmes de Paul pudieron oírse cruzando el patio hacia ella.

Colby se sacudió de encima el súbito miedo. Necesitaba unas pocas hors sola sin preocuparse por si su hermano iba o no a convertirse en un monstruo delante de sus ojos. No quería vigilarle a cada minutos. Se giró para saludarle con una sonrisa decidida, agradeciendo su aguda audición.

- Has estado llorando. - Dijo él inmediatamente.

- Siento lástima de mí misma, nada más. - Explicó ella. - ¿Qué hay de ti? Deberías estar en la cama. ¿No puedes dormir? No estás herido, ¿verdad? - Colby se echó el pelo hacia atrás. Paul parecía bien, pero la ponía nerviosa saber que el vampiro todavía podía utilizarle. Era difícil olvidar el recuerdo de su joven cara retorcida de odio mientras la tiraba entre el rebaño de ganado en estampida. ¿Qué le dices a un chico que había sido mordido por un vampiro e intentado matar a su propia hermana? ¿Cómo le consolabas? Estaba nadando en aguas profundas.

- Estoy bien, solo que tuve demasiadas pesadillas. No quiero dormir, incluso aunque estoy exhausto. - Le ofreció un trozo de pastel. - Ginny ya salió a pasear esta mañana. Se llevó a King con ella. Dijo que regará el jardín y hará el desayuno cuando vuelva. Es difícil pensar en cosas tan mundanas como el desayuno y las tareas.

- Vi a King salir y pensé que simplemente le había dejado salir y había vuelto a la cama. Le gusta recoger bayas para el desayuno, pero no me gusta que se aleje tanto con todo lo que está pasando.

- Podría ir tras ella. - Se ofreció Paul. - A mí no me gusta tampoco.

Colby no quería a Paul fuera de su vista.

- Dejémosla dar un corto paseo y si no vuelve en media hora, pasearemos casualmente tras ella para que no crea que algo va mal.

- ¿Y qué hay del vampiro? - Preguntó él ansiosamente.

. No puede estar en pie a esta hora del día; la luz de la mañana temprana es demasiado para él. Deberíamos estar totalmente a salvo. - Y Paul estaba con ella, así que no podía ser utilizado sin saberlo. El sol apenas había salido pero su piel lo sentía. Se frotó los brazos. Había una torpeza entre ellos que nunca había existido antes.

Paul palmeó a varios de los caballos mientras estos se movían intranquilamente.

- Ayudé a levantar este refugio ayer con los hombres de Sean y Juan y Julio. - Había orgullo en su voz.

- Es magnífico. - No mencionó el dinero. Paul necesitaba sentirse bien por algo.

- ¿Cómo les va a los caballos?

- Parecen recobrarse rápido. Me gusta ver Juan y Julio trabajando con ellos, susurrándole al oído como solía hacer Papá. - Colby intercambió una sonrisa con su hermano. - Me encanta verles hacer eso.

- A mí también. - Admitió él. - ¿Volvieron al rancho Everett para dormir algo?

- No, están los dos en la casa. Puse a Juan en la habitación de Papá y a Julio en la de invitados. - Sonrió hacia él.

- No puedo creer que los caballos estén tan bien ya. ¿Cómo lo hacen?

- Creo que fue Rafael. - Dijo Colby. - Cada vez que los visita, mejoran. Creo que utiliza alguna clase de técnica curativa con ellos.

Un silencio torpe cayó sobre ellos. Paul se presionó la mano contra la garganta.

- Todavía puedo sentirle, Colby.

- Lo sé, Paul, estoy intentando averiguar con qué estamos tratando aquí. No podemos ir precisamente a donde Ben y contarle que hay un vampiro suelto... nos encerraría a los dos en un pabellón psiquiátrico.

Paul se encogió de hombros, intentando una sonrisa.

- Ha estado esperando hacerlo durante años. No sería nada nuevo.

Colby giró la cabeza, un movimiento atrajo su atención a lo largo de la cuesta justo sobre su rancho. Sus ojos ya ardían y era temprano por la mañana. El sol no estaba alto, pero podía sentir la luz preparada para apuñalarla. Entrecerró los ojos, haciéndose sombra sobre ellos.

- ¿Qué es, Paul? ¿Un animal arrastrándose?

Paul se dio media vuelta, sus ojos rastreando la cuesta. Inmediatamente se puso rígido.

- Es King, Colby. Está herido. - Empezó a correr, cruzando velozmente el patio hacia el perro herido.

CAPITULO TRECE

El perro gateaba hacia ellos, arrastrando su cuerpo por el suelo. Cuando King los vio aproximarse, se dejó caer entre el polvo y gimió, sus ojos oscuros los miraron con confianza.

Paul se arrodilló junto a él y pasó las manos gentilmente a través de su pelaje.

- No tiene ninguna herida que pueda encontrar.

Una escalofrío bajó por la espina dorsal de Colby. Se agachó más cerca para mirar al perro a los ojos.

- Está drogado, Paul.

Se hizo un pequeño silencio. Paul sacudió la cabeza inflexiblemente. - No fui yo. Lo juro. Desperté recordándolo todo esta mañana, Colby. No recuerdo las cosas que Nicolás me mostró que hice cuando estaba eliminando la sangre del vampiro, pero perdí pocos lapsos de tiempo. No fui yo esta vez. Yo no drogué al perro. No lo hice.

Colby le puso una mano sobre el hombro.

- Eso no es importante ahora mismo, Paul. Lo importante es que King estaba con Ginny. Lleva a King a la casa y déjale sobre la cama de ella y despierta a tus tíos. Diles que ensillen un par de caballos y nos sigan, luego vuelve aquí rápido. No esperaré mucho.

Paul recogió al perro y corrió hacia la casa. Colby contuvo el miedo. Ginny probablemente esta recogiendo bayas cerca del estanque. Ignorando sus sentidos intensificados y la alarma que recorría su espina dorsal, Colby tomó de los arreos, apresurándose a poner la brida a la yegua. Sin molestarse en ensillar saltó a la grupa y montó hasta la casa. Paul ya estaba esperando por ella. Juan estaba en pie tras él, con la camisa desabotonada y preocupación estampada en la cara.

- ¿Qué va mal? ¿Dónde está la niña?

- Voy a buscarla ahora. - Colby extendió la mano hacia abajo y Paul la tomó, montando tras ella. - El perro ha sido drogado y estoy realmente preocupada. Busca a Julio y traed un par de rifles. Puedo utilizar toda la ayuda que puede conseguir. - Sin esperan ni un momento más, clavó los talones en los costados del caballo, dando la vuelta y urgiéndole a una carrera mortal hacia el manantial.

Mientras coronaban la subida, Colby aminoró la marcha del caballo mientras escudriñaba la zona. No había signos de vida. Todo estaba tranquilo, demasiado tranquilo. El corazón de Colby martilleó contra sus costillas. El miedo la estranguló. Ginny no. Colby no podía permitir que ningún daño le sobreviniera a Ginny. Si algo le ocurriera, Colby no sabía que haría. Luchando por contener un sollozo, tiró de las riendas, empujando a Paul prácticamente fuera del caballo.

- Busca alguna señal. Si ves algo, cualquier cosa, grita pero quédate a cubierto. ¿Entiendes, Paul? Quédate a cubierto. Si me ocurriera algo, va a ver al Sheriff. Ve con Ben. No confíes en nadie más.

- Pero... ¿Colby? - Con la cara blanca, levantó la mirada hacia ella. - Yo no he podido hacer esto. No he podido hacerle daño, ¿verdad?

- Tú no has hecho esto. - Dijo ella. - Estás mucho más en peligro que Ginny. Te cuidado, Paul, y no confíes en nadie. Desearía saber qué está pasando.

- ¿Y si lo ocurre algo horrible? No creo... - Se interrumpió. No podía enfrentar al vampiro de nuevo. Ni por Colby. Ni por Ginny. Ni por nada.

- Haz lo que te digo. - Pateó de nuevo a la yegua, cabalgando a través del prado hasta la lejana ladera, donde empezó a buscar un rastro.

Meu amor, ¿por qué tienes tanto miedo? Tu terror me ha despertado incluso del más profundo de los sueños. La voz de Rafael fue una caricia consoladora en su mente. Casi se rompió en pedazos en el momento en que él tocó su mente. Realmente sintió su mano acariciarle la cara y notó que estaba llorando.

Es Ginny. El perro fue drogado y salió sola a dar un paseo. Debería haber sido seguro. El vampiro está atrapado bajo tierra, ¿verdad? Necesitaba la tranquilidad.

Está bajo tierra pero puede utilizar marionetas. ¿Dónde está Paul? Lo preguntó cautelosamente, sabiendo como reaccionaría ella.

No fue Paul. Si hubiera sido Paul no estaría tan preocupada... sé que él lucharía contra ello. Pero puedo sentir que algo va mal, Rafael.

Acudiré a ti.

¡No! La mirada de Colby estaba pegada al suelo, buscando rastros. Estás gravemente herido y no puedo ocuparme de nada más ahora mismo. Quédate donde estás y déjame encontrarla.

Estoy yendo hacia ti y la pequeña. Su tono era implacable.

Paul comprobó la pradera primero. Si Ginny hubiera llegado tan lejos habría estado sedienta. La primera cosa que hacían siempre que salían a pasear era ir al estanque para echar un trago. No había pisadas de las pequeñas botas de Ginny en el suelo húmedo, pero el corazón casi se le paró cuando vio la silueta clara de la bota de un hombre. Unas buenas dos tallas más grandes que su propio pie, Paul sabía que ni él ni Colby habían dejado esa huella. Podría ser de uno de sus tíos, pero ambos calzaban una bota inconfundible con una banda de rodadura diferente y ninguno tenía un pie tan grande. Alarmado, escudriñó el suelo en busca de cualquier cosa que le diera una pista de qué camino había tomado el hombre.

Tras unos pocos minutos de explorar alrededor encontró un rastro débil. No mucho, un rastro parcial, una hoja retorcida, una ramita rota; una vez encontró la colilla de un cigarrillo. De repente cayó de rodillos junto a las huellas del suelo, se le escapó un bajo grito de alarma. Sus manos se extendieron por propia voluntad para tocar la pequeña pisada. Era definitivamente la huella de Ginny; la reconocería en cualquier parte. La bota más grande la cubría. Durante solo unos minutos la indecisión luchó en él... quería gritar a Colby, pero temía que quien quiera que hubiera cogido a Ginny le oyera y le hiciera daño. El rastro era fresco. Empezó a seguir las huellas, manteniéndose bajo, manteniéndose a cubierto, cuidando no perturbar el suelo y llenar el aire de polvo. Esperaba que sus tíos o Colby vinieran pronto tras él.

Rafael explotó a través de la tierra. Soltó un grito gutural cuando los rayos del sol rasjaron su piel como cuchillos. Cambió de forma inmediatamente para proteger sus ojos sensibles y el cuerpo del ardiente sol. El retorcer de músculos y huesos abrió sus heridas haciendo que gotas de sangre salpicaran el cielo y cayeran sobre la tierra Eligió la forma de vapor para no tener que continuar protegiendo sus ojos. Mantener estaba forma en su débil estado era precario y le dejaba con poca energía para proporcionar una cobertura de nubes. Nicolás había encontrado la tierra sanadora profundamente en el interior de las montañas, demasiado lejos del rancho, y hacía puesto a Rafael en la tierra allí, con la esperanza de que los ricos minerales le sanarían más rápido. Había sido una tierra perfectamente curativa, pero eso significaba viajar una gran distancia con su cuerpo ya drenado de fuerza. Utilizan su tremenda fuerza de voluntad, Rafael echó a un lado el dolor y atravesó el cielo hacia Colby, dejando atrás un rastro de neblina roja.

Colby desmontó, soltando las riendas para que la yegua no se moviera mucho mientras ella estudiaba el suelo con una mirada asombrada. Algo estaba mal pero no podía posar los dedos sobre ellos. Acuchillándose, recorrió con la mano la tierra seca como si eso le fuera a dar una pista. Se obligó tomar varios profundos y tranquilizadores alientos. La histeria no la ayudaría en este momento. Había creído que Ginny estaba jugando en alguna parte completamente ignorante de su preocupación. Examinó la tierra cuidadosamente, frunciendo

el ceño cuando descubrió un espacio limpio en un diminuta ramita de un pequeño arbusto. La tocó con el dedo.

A la altura de Ginny. La habría rozado al pasar corriendo. ¿Pero dónde estaba el rastro? Una hoja rota a unos pocos pies la convenció de que Ginny había venido por este camino. Sacudió la cabeza. Esto era una locura, tendría que haber habido más. ¿Dónde estaba el rastro? Era demasiado elusivo, como si Ginny hubiera flotado, y solo tocado ligeramente los puntos oscuros, como un pequeño fantasma. Se estremeció, acallando su imaginación y el terror que amenazaba con consumirla de un momento a otro.

Estoy de camino. No veo por qué crece tu temor cuando ves que ha pasado por ese camino. Rafael era una roca tranquila y estable. Se apoyó en su fuerza como si fuera un ancla.

Las huellas no son así, Rafael. Vería las pisadas de sus botas en el polvo, y más adelante, una roca pateada. Habría signos más obvios de su paso. Intentó convencerle de lo que quería decir, mostrándole sus recuerdos de rastrear animales.

¿Dónde están Juan y Julio? Todos deberíais estar armados y deberíais permanecer juntos. Su voz no había cambiado, pero ella sentía su intranquilidad.

Están de camino. Esperaba que fuera cierto.

- ¡Colby! - Era un grito, una súplica, un niñito buscando la tranquilidad de un adulto. No había oído a Paul utilizar esa voz desde que tenía seis años. Saltó sobre sus pies y se dio para vuelta hacia donde estaba Paul. Él se tambaleaba hacia ella, su cara una máscara pálida y retorcida de angustia. Cayó sobre una rodilla, enterrando la cara entre las manos

La mente de Colby quedó misericordiosamente en blanco mientras cubría la distancia entre ellos en una carrera lacónica, lanzándose junto a él, atrayendo el cuerpo pesado y tembloroso contra el suyo protectoramente.

- Cuéntame, Paul. - Increíblemente gentil, su voz escondía autoridad.

Sintió a Rafael quedarse inmóvil, sintió sus brazos rodeándola para proporcionándole su fuerza.

- Los rastros, el de ella y el de él. Los seguí. Hay... hay un... una... - Se interrumpió, sollozando salvajemente, las lágrimas cruzaban sus mejillas. Enterró la cara entre las manos, negándose a mirarla.

Golpe le aferró los hombros, sacudiéndole dos veces con fuerza.

- ¡Cuéntame! - El miedo la estaba estrangulando, haciéndole imposible respirar. - ¡Paul! Por amor de Dios, ¿has encontrado a Ginny?

Paul levantó la cara, mirándola con ojos fantasmales. Colby contuvo el aliento. Rafael contuvo el aliento.

- Paul. - Colby le tocó las lágrimas en la cara. - ¿Qué pasa?

- ¡Una tumba! - Gritó Paul. - Encontré una tumba.

Se hizo un súbito silencio. Sorprendida, Colby se quedó completamente inmóvil durante un minuto, el martilleo de su corazón golpeaba en sus oídos y un grito se arrancó de su corazón.

- No me lo creo. - Dijo, empujándole a un lado, poniéndose en pie tambaleante.

Espera por mí. Rafael redobló sus esfuerzos para apresurarse a pesar de sus heridas. Ella estaba casi histérica. Debería haber tomado la sangre de los chicos para poder saber dónde estaban en cualquier momento. La idea de esa pequeña herida, quizás muerta, golpeó su corazón y su alma hasta que deseó hacer eco del silencioso grito de Colby.

Colby corrió en la dirección en la que Paul había venido. Vio las pisadas de grandes botas donde un hombre pesado había alcanzado a Ginny, los arbustos rotos y maltratados donde ella había luchado, las pisadas más profundas del hombre mientras la cargaba. Los rastros volvían al refugio de un cañón sin salida. Fuera a la izquierda, entre dos grandes rocas, había un pequeño montículo, tierra fresca apilada y más esparcida alrededor, pequeñas rocas colocadas cuidadosamente en lo alto para evitar que los animales desenterraran algo.

Rafael. Rafael. Oh, Dios creo que está muerta. Colby corrió hacia adelante, gritando una negativa, arrojando las rocas a un lado en medio de una terrible furia, rasgando la tierra con las manos desnudas.

No hagas esto tú misma. Estoy tan cerca, meu amor. Déjame hacerlo por ti.

Ella no paró, no pudo parar hasta que dedos tocaron algo sólido. Dejó de respirar, dejó de pensar, su mente casi entumecida. Entonces fue consciente de todo, las lágrimas en su cara, el polvo en sus ropas, la tela entre sus manos. Arpillera. Reluctantemente apartó el resto del polvo para descubrir el saco.

Iba a ponerse enferma.

- No, no lo harás. - Ni siquiera había oído llegar a Rafael. Simplemente a su lado, con una mano sobre su hombre, su aliento cálido y tranquilizador contra la nuca. - Mira atentamente la bolsa, Colby.

Apenas podía ver a través de las lágrimas. Entonces empezó a sollozar ruidosamente, salvajemente, incontrolablemente, agradecidamente, jubilosamente.

- Es un saco de cien libras de avena. No Ginny. Avena. - Se giró en el refugio de los brazos de él, enterrando la cara contra su pecho, y lloró de puro alivio.

- Está viva. - Dijo Rafael. - Escaneé la zona y hay algo perverso aquí, pero ella está viva. Siento su presencia.

- Paul no. - Susurró ella, aferrándose a su camisa.

- Paul no, querida. - Confirmó él, sus manos fueron gentiles mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Colby se giró para mirar hacia Paul. Estaba a varias yardas de distancia, aferrado a un árbol en busca de apoyo, con la cara enterrada en el brazo.

- No es Ginny. - Gritó. - No es ella, Paul. Era un engaño. Gracias a Dios, era un engaño.

Paul levantó la cabeza, mirándola como si estuviera loca, después corrió hacia adelante con piernas temblorosa, tropezando sobre el terreno accidentado para verlo por sí mismo. Se abrazaron riendo histéricamente, su alivio era tan grande que estuvieron un poco locos durante unos momentos.

Colby se controló primero, extendiendo la mano en busca de Rafael. Fue solo entonces que le miró realmente. Su cara estaba devastada y surcada por las profundas garras de las criaturas mutadas del vampiro. La camisa le colgaba en sucias trizas, la piel de su pecho estaba enrojecida y lacerada. La sangre manchaba su camisa y goteaba de sus heridas. Sus ojos estaban rojos e hinchados incluso a la luz de la mañana temprana, un testimonio de su pérdida de fuerzas.

Estaba en pie alto y erguido y tan desgarrado que las lágrimas empezaron a correr por la cara de Colby.

- Rafael, no deberías haber venido. - Estaba tan herido, su gran fuerza más que disminuida, pero aún así había venido en su ayuda. Se mordió el labio, deseando tocarle, deseando abrazarle y consolar lo peor de su dolor. - Ni siquiera tienes gafas oscuras.

- ¿Y dónde están las tuyas? - Le tomó la mano, su pulgar le acarició la piel como buscando quemaduras o ampollas.

- No sé, las olvidé. Todavía tengo que encontrar a Ginny. Debería haberlo sabido. Estaba allí justo delante de mí, pero estaba tan asustada. Contaban con ellos. Que estaría tan asustada que creería lo obvio. - Le tocó la cara gentilmente. - Rafael, tienes que volver. Están Julio y Juan. Ahora no estoy solo. - No pudo contenerse, le rodeó con sus brazos y se apoyó en él, teniendo cuidado con sus heridas. - Gracias por querer estar aquí por mí.

- Debe descansar, Don Rafael. - Dijo Juan, desmontando. Reparó en los rastros, la tumba abierta y el saco de avena. Rafael permanecía muy cerca de Colby, un gesto puramente protector. - ¿Habéis encontrado a la joven Ginny?

Paul se lanzó a los brazos de Juan.

- Yo no hice esto. No hice esto.

Rafael le tranquilizó con un toque.

- No, Paul, tú no lo hiciste. Este es el trabajo de una marioneta, un ser muy malvado. No me marcharé hasta que la niña sea encontrada. Está en alguna parte en esa dirección. - Señaló hacia atrás a la zona donde Colby había estado buscando rastros. - Juan y Julio buscaran terreno elevado y utilizaran las miras telescópicas. Quizás parezca que estáis recorriendo la zona en busca de ganado.

- Crees que alguien nos está observando. - Dijo Paul. - No entiendo esto. Ginny todavía está desaparecida; él debe tenerla.

Rafael asintió.

- No creo que estén juntos. Ginny lucharía delatando su posición. Creo que vosotros dos fuisteis atraídos aquí deliberadamente.

Paul encontró los ojos enrojecidos.

- Crees que quieren hacer daño a Colby. ¿El vampiro puede utilizarme para hacer daño a alguna de mis hermanas?

- Paul. - Objetó Colby.

Rafael puso una mano contenedora sobre la pequeña espalda de ella.

- Durante las horas diurnas el vampiro no puede darte ninguna orden. Puede programarte con antelación, pero no puede continuar haciéndola durante el día. Nicolás te vigila. No permitiré que nada os ocurra a ninguno de vosotros.

Paul cuadró los hombros.

- ¿Qué quieres que haga? Este hombre tiene a Ginny, tenemos que recuperarla.

Colby sacudió la cabeza firmemente.

- No, ella huyó en la otra dirección. De alguna forma la atrajeron aquí, no estoy segura, pero la encontraremos por ese camino. Eliminaron su rastro e hicieron un trabajo endemoniadamente bueno por cierto.

- ¿Cómo? - Preguntó Paul.

Colby se encogió de hombres.

- Todo lo que tuvieron que hacer fue esperar por ella al principio de la pradera y de algún modo la hicieron cambiar de dirección. Una vez estuvo fuera de l vista, borraron sus huellas en ese lado y cualquier evidencia de que hubiera pasado por ese camino. Dejaron rastros que conducían en esta dirección, los cubrieron con los suyos propios, y aplastaron arbustos para que parecieran que ella luchó.

- Y utilizaron el saco de avena para hacer su pisadas más profundas sobre el polvo para que pensáramos que cargaban con Ginny. - Dijo Paul.

Ella asintió.

- Debería habérmelo figurado justo entonces. Nos habría ahorrado mucha pena.

- ¿Por qué, Colby? - Preguntó Paul lastimeramente. - ¿Por qué nos hace esto el vampiro? ¿De donde viene y que quiere?

Colby miró a Rafael.

- Esa es una buena pregunta, Paul, y no tengo la respuesta. No tiene sentido.

Rafael suspiró.

- El vampiro efectivamente destruyó el cerebro del hombre. Está pudriéndose desde dentro. Para él, lo que está haciendo tiene perfecto sentido, aunque para nosotros sea elaborado y perverso. Ya no puede pensar con claridad. Intenta obedecer las órdenes de su maestro. Más que probablemente su maestro no le dijo que matara a la niña así que se concentra en atraer a su objetivo.

Por mucho que quisiera que Rafael estuviera allí, se tambaleaba de cansancio y podía ver las ampollas alzándose en su piel. Tocó su mente, una sonda tan suave y delicada como

pudo. Instantáneamente cayó de rodillas, el dolor era tan execrable que el corazón le tartamudeó.

Las manos de Rafael fueron gentiles cuando la levantaron hacia él, pero sus ojos eran severos.

- No vuelvas a hacer eso.

Ella parpadeó para contener las lágrimas. Lágrimas por no poder encontrar a Ginny y porque no podían evitar el dolor de Rafael.

- Paul, necesito mi rifle. Coge la yegua, vuelve a la casa y tráeme mi arma, munición extra y una cantimplora.

- ¿Encontrarás a Ginny?

- Absolutamente. Encontraré a Ginny.

Paul dudó.

- ¿Pero qué vas a hacer con el rifle?

- No lo sé aún. - Replicó Colby honestamente. - Pero esto no va a parar. Ve ahora.

Él se giró, dio dos pasos, y volvió atrás.

- ¿Y si ambos estáis equivocado, Colby? ¿Y si él la tiene?

- No estoy equivocada, Paul. - Le dijo. Colby había estado leyendo rastros la mayor parte de su vida; estaba segura de que encontraría a su hermana.

- Sabes lo que somos a través de tu vínculo con Nicolás. - Señaló Rafael. - Te lo digo ahora, Ginny no está con el sirviente del vampiro y podemos estar todos agradecidos por ello. Siento su presencia en una dirección y la de ella en otra. Colby tiene la esperanza de enviarme lejos porque no estoy en plena forma, pero no la dejaré hasta que todo el mundo esté a salvo. Tienes mi palabra de honor.

Paul abrazó a Colby, necesitándolo, necesitando su fuerza, extrayendo consuelo y tranquilidad de ella como había hecho la mayor parte de su vida.

Colby observó Paul salir gateando del cañón y empezar a abrirse paso de vuelta a la casa del rancho antes de volverse hacia Rafael.

- Parece que vayas a derrumbarte. Soy buena tiradora, Rafael. Si no se trata del vampiro, puedo ocuparme de ello.

- Comen carne humana, Colby. - Dijo él, gesticulando en la dirección que pensaban que Ginny había tomado. - Tú encuentra a tu hermana y yo destruiré la malvada creación del vampiro.

- ¿Qué vas a hacer?

- Dejarle pensar que estás sola. Irá tras de ti. No me gusta utilizarte de cebo, pero es la única forma cuando estoy tan débil, meu amor.

- No me importa ser el cebo para recuperar a Ginny. ¿Estás seguro de que Ginny está viva?

Él tomó un profundo aliento, olisqueando el aire.

- Está viva. - La enorme forma de Rafael relució. - Será más fácil para mí soportar la luz en forma de niebla. Estaré cerca, Colby.

Sabía que lo estaría. Rafael sufría un dolor execrable, pero aún así había acudido a ella cuando le necesitaba.

Está corriendo un terrible riesgo. La voz de Nicolás fue áspera en su mente. Pronto el letargo le abrumará y será incapaz de moverse, y sin cobertura, morirá.

Yo le dejaré. No podía hacer cambiar Rafael de idea una vez la decisión estuvo tomada. Solo podía intentar localizar a Ginny rápidamente para que todos salieran del sol.

Colby empezó una lenta y metódica búsqueda en el suelo. Mantuvo los ojos pegados al polvo, moviéndose en un amplio círculo. En una depresión poco honda tras las rocas descubrió una huella parcial, el talón izquierdo desgastado, un vieja pala oxidada. Una que

reconocía. Ella y Paul la habían descartado meses antes después de que el mango se hubiera roto.

Le llevó veinte preciosos minutos encontrar donde el hombre había yacido a la espera, dos impresiones gemelas de sus codos en la hierba sobre la colina. Había vigilado el camino suficiente tiempo como para fumarse tres cigarrillos. Consciente de la posición del sol, examinó cuidadosamente la tierra, segura de que la marioneta del vampiro tenía algún medio de transporte. De nuevo utilizó su precioso tiempo sabiendo que Rafael no había tocado el rastro mientras ella lo seguía. A unas pocas yardas de su punto aventajado encontró donde había dejado el caballo.

Rafael. He visto estas huellas antes. Pertenecen al hombre que trabaja para Clinton Daniels... su nombre es Ernie Carter. Me tropecé con él cuando encontré el cuerpo de Pete. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados y se sentía malvado. ¿Puede haber matado él a Pete? La idea de que ese hombre hubiera estado cerca de Ginny la aterraba.

Es probable.

Colby examinó la hierba pisoteada, encontró donde el caballo había pastado y sus excrementos, y supo que Ernie había estado allí algún tiempo. Pudo ver una impresión clara donde el pesado costal de grano había descansado contra las rocas, el peso aplastó la hierba bajo él. Se mordió el labio leyendo la historia fácilmente, las zancadas cortas que se alejaban del caballo, obviamente agobiadas. Ernie había permanecido fuera de escena y había vuelto a la ladera para observar su trabajo. Encontró las huellas delatoras, la marca distintiva de su talón donde había divisado que ella le rastreaba y había dado vueltas alrededor, las largas zancadas indicaban que había corrido hacia su caballo.

Está en algún lugar cerca. Definitivamente me divisó y podría estar acechándome ahora. Por un momento sus hombros picaron, esperando el impacto en cualquier momento.

Está al norte de ti, en pie ahora, moviéndose a través de los arbustos. Ni Juan ni Julio tiene un blanco claro.

Colby lanzó la cabeza hacia arriba, un escalofría poco familiar la recorrí, una resolución de hierro. El vampiro no solo le había hecho esto a ella, había mezclado a Paul en algo por lo que nadie, y mucho menos un niño, debería pasar. No puedo pensar en él, Rafael, tengo que encontrar a Ginny. Por favor no dejes que le pase nada a Paul. Prométemelo.

Querida, Paul no sufriría daño por parte de esta perversa criatura. Ya le tengo, y le destruiré. Paul se acerca con tu rifle.

Al momento el corazón se le paralizó. Rafael esta decidido a entrar en batalla. Estaba mortalmente herido. A todos los efectos deberían estar muertos, no corriendo a cazar a un sirviente del no-muerto. Ella extendió la mano en busca del rifle y Paul se lo lanzó. Dejó caer las riendas de la yegua y desmontó, ofreciéndole una caja de munición.

- ¿Aún no has dado con su rastro? - Preguntó él.

Colby sacudió la cabeza.

- Este hombre es un hábil rastreador. Eliminó su trasto durante un buen cuarto de milla a través de los arbustos. Quiero que sigas el rastro, Paul, pero será peligroso. Tendrás que fingir que eres yo y serás el cebo. Yo me abriré paso a través de los arbustos para abalanzarme sobre él. Rafael le está cazando, pero está gravemente herido y el sol ya está alto. Puedo sentir lo cansado que está y lo difícil que se le está volviendo moverse.

- ¿Y si ella está... ? - Paul se interrumpió.

Colby sacudió la cabeza mientras cargaba el rifle. - No lo está, Paul. Rafael dice que está seguro de que está vivo. ¿Qué hay de ti? - Se detuvo, su mirada se encontró con la de él fijamente - ¿Puedes resistirte a cualquier cosa que el vampiro puede haberte programado para hacer?

Estoy con él. Fue todo lo que dijo Nicolás, pero fue suficiente para tranquilizarle.

Paul asintió.

- No haré daño a Ginny. Nada podría obligarme a hacerle daño. - Se puso la correo de la cantimplora alrededor del cuello. - Y Nicolás De La Cruz está en mi mente. Está despierto, así que supongo que estaré bien.

- Toma mi sombrero y mi camisa de manga larga. Quédate entre los arbusto para que crea que soy yo. Tiene que creerlo, Paul, ¿puedes hacerlo?

Paul tomó el sombrero y la camisa, frunciendo el ceño mientras lo hacían.

- Estás realmente quemada.

Colby ignoró su comentario.

- Cuento contigo, entonces. - Empezó a correr, manteniendo el cuerpo bajo, utilizando tanto del terreno disponible para cubrirse como podía, abriéndose paso hacia el norte. Sabía que Ernie se abría paso hacia ella con la esperanza de matarla o capturarla. Era bueno, pero cometía errores y uno de ellos era su continua necesidad de nicotina. Podía oler el cigarro ardiendo mientras él fumaba en alguna parte delante de ella.

Sin mangas largas para protegerse los brazos, las ramas le arañaban la piel e incluso con la cobertura de nubes en lo alto, podía sentir como se formaban las ampollas. Sus ojos ardieron, un desgarro continuo, y supo que Rafael estaba sufriendo incluso más. Aplanó el cuerpo entre los arbustos, gateando a lo largo del rastro de un animal a través de las ramas.

¿Qué crees que estás haciendo? Había un chasquito distintivo en la voz de Rafael, como si hubiera desnudado los dientes.

Estoy protegiéndote. Paul está haciendo de mí y es casi tan buen rastreador como yo. Este hombre no va a acercarse a ninguno de vosotros.

Lo prohibo.

- Siempre prohibiendo. - Murmuró ella en voz alta. Él estaba débil, casi un muerto viviente, su cuerpo desgarrado y atormentado, pero también era demasiado orgulloso como para admitirlo. Necesitaba que ella lo ayudara lo supiera o no. Gateó más cerca de donde su presa se había colocado entre las rocas, esperando por ella. Esperando para matarla. Un escalofría recorrió su espina dorsal cuando comprendió que la meta del hombre no era solo llegar ella.

Colby... Había un nota de advertencia en la voz de Rafael, una promesa de venganza.

Haz simplemente tu parte y déjame a mí hacer la mía. Así es como soy, Rafael, así que si estás pensando en liarte conmigo por cualquier período de tiempo, acostúmbrate.

Así es como soy yo, Colby. Ponte en peligro en cualquier momento y te envolveré en una barrera impenetrable donde nada podrá tocarte. Requerirá una gran cantidad de mi fuerza cuando la necesito en otra parte.

Ella murmuró una imprecación por lo bajo, llamándole varias cosas, ninguna de las cuales era un cumplido. Este hombre era imposible, incluso cuando estaba al borde de la muerte.

Había atravesado los arbustos un poco más y veía a la marioneta del vampiro. Era definitivamente el mismo hombre que había estado con Tony Harris en su propiedad cerca de las minas. Su estómago se bamboleó cuando le llegó el inesperado pensamiento de que había intentado alimentarse del cuerpo de Pete, así que debía haber sido el que lo matara. Ernie Carter parecía enormemente fuerte, pero descuidado, sus ropas estaban rotas y arrugadas. Estaba babeando incontrolablemente y un ojo le parpadeaba. Observaba a Paul a través de un par de binoculares, pero se limpiaba continuamente los ojos llorosos.

Colby sintió enferma que tenía que hacer lo mismo. Estaba de algún modo relacionada con el hombre. Una vez, él había sido justo como Paul, inocente, hasta que el vampiro le había cogido.

No tan inocente, negó Rafael. Su mente y sus recuerdos son pútridos. Quédate quieta, está sospechando. Paul no se mueve como tú y está notando que algo no va bien.

De repente Ernie maldijo en voz alta, tiró el cigarro a un lada, y alzó el rifle hasta su hombro, apuntando hacia Paul.

Colby tiró de su rifle en posición, con el dedo en el gatillo. Era una excelente tiradora, pero nunca había matado a nadie antes. Con un encogimiento del corazón, sus dedos empezaron a tensarse. Sabía que no tenía elección. El sol la cegó, saliendo desde detrás de las nubes y golpeándole en la cara. Hizo todo lo que pudo por no gritar de dolor cuando miles de agujas parecieron penetras en sus ojos. Parpadeó rápidamente para aclarase la visión, desesperada por hacer un disparo antes de que el acechador pudiera herir a Paul.

- ¡Paul! ¡Agáchate! - Gritó la advertencia, sabiendo que estaba revelando su posición, pero sin preocuparse de ello.

Inmediatamente Ernie se giró hacia el sonido de su voz y realizó varios disparos. Las balas surcaron el aire, golpeando en la tierra a pies de ella. Colby apretó el gatillo, medio cegada por el sol pero decidida proporcionar fuego de cobertura a su hermano.

Simultáneamente, oyó fuego de rifle de otras dos armas y supo que Julio y Juan estaban haciendo lo mismo. El siervo del vampiro se deslizaba de vuelta entre los árboles, arrastrándose sobre la barriga a través del polvo hacia su caballo. Colby captaba vistazos de él, pero no podía conseguir un blanco claro. El corazón casi se le paró cuando Rafael se interpuso en su línea de fuego, de espaldas a ella. La sangre formaba una gigantesca charca en la espalda de su camisa.

¡No! No, Rafael. Estaba demasiado débil. Podía sentir la terrible pérdida de energía. ¡Nicolas! ¡Oh, por favor, dime que hacer! Gritó pidiendo ayuda a su hermano con su mente. Colby se puso en pie y corrió, aferrando su arma, decidida a ayudar a Rafael. Podía ver a Juan y Julio corriendo hondonada abajo, convergiendo desde dos dirección, intentando llegar a él. Colby golpeó algo sólido y cayó hacia atrás, encontrándose sentada en el suelo, una barrera la bloqueaba. Podía tocarla, pero no podía verla.

Erini se tambaleó poniéndose en pie, sus ojos enrojecidos hinchado y casi cerrados, y se apresuró hacia Rafael como un jugador de fútbol. Se las arregló para envolver sus brazos alrededor de Rafael, hundiendo los dientes en el pecho del cazador y su puño en la herida de su espalda. Arrancó un trozo de carne sobre el corazón de Rafael y lo escupió.

Colby intentó utilizar el rifle, disparando contra la barrera, esperando hacerla pedazos, pero permaneció en su lugar. Solo podía observar con horror como el mutante desgarraba a Rafael una segunda vez.

Rafael no se apartó sobresaltado, en vez de eso cogió la cabeza del hombre entre las manso y retorció con fuerza. El sonido del cuello de Erne al romperse fue ruidoso en el aire tempranero de la mañana. Colby atrajo aire a sus pulmones con alivio, pero para su horror, Ernie no cayó. Rafael le empujó hacia atrás. La criatura zombi se lanzó hacia delante, con la cabeza torcida en un ángulo peculiar. Rugió, arrojando escupitajos mientras atacaba.

El corazón de Colby palpitó en su pecho. Sus puños aferraban el rifle tan fuerte que sus manos estaban entumecidas. Nunca se había sentido tan indefensa en su vida.

Sorprendentemente, el siervo del vampiro era rápido, pero Rafael se hizo a un lado, hundiendo el puño profundamente en el pecho del hombre. Se quedó allí, mirando a los ojos a la marioneta, con la mano profundamente enterrada, y entonces la retiró. El sonido fue ruidoso en el aire inmóvil de la mañana, un sonido de succión que hizo enfermar a Colby. Rafael se quedó allí de pie con el corazón de Ernie en la mano, y la sangre corriendo por su brazo. El cuerpo se tambaleó y dobló sobre sí mismo en un movimiento lento.

Colby giró la cabeza lejos de la visión, el corazón le golpeaban en el pecho. Ella no pertenecía a un mundo donde los hombres arrancaban los corazones del pecho, se mordían los unos a los otros en el cuello y convertían a seres humanos en caníbales y marionetas. Se sentía mareada y débil, se presionó una mano sobre la frente, limpiando las gotas de sudor.

Lamento que hayas tenido que presenciar semejante destrucción de vida, meu amor.

La voz de Rafael rozó sus terminaciones nerviosas, un toque sensual de terciopelo sobre su piel, en su mente. Seduciendo sus sentidos. Sacudió la cabeza, deseando pensar con claridad. Necesitaba pensar con claridad. Parte de ella sentía que podría estar volviéndose loca.

El destello de un relámpago atrajo su atención. Rafael atrajo del cielo la misma bola de energía naranja que Nicolás había manipulado, incinerando al hombre que una vez había sido un ser humano. Tiró el corazón al suelo e hizo lo mismo con él, lavándose también ls manos y brazos con la energía.

Dio varios pasos hacia Colby y se tambaleó. Jadeando, ella golpeó la barrera con la culata del rifle.

- ¡Baja esto ahora! - Su tercer golpe no encontró resistencia y corrió hacia él. - ¡Maldito seas! No vuelvas hacer eso nunca. Ni elimines mis elecciones de esa forma. Podría dispararte yo misma.

Juan y Julio se acercaban a ellos.

- Encontrad a Ginny. - Gritó y cogió a Rafael. - Toma mi sangre ahora mismo. En este mismo segundo.

Él sacudió l cabeza.

- Es demasiado peligroso, meu amor. Necesito demasiado. El hambre me corroe. Podría hacerte daño. No me arriesgaré.

Colby estaba tan enfadada que la adrenalina corrió por su riego sanguíneo. Se sacó el cuchillo del cinturón y se cortó la muñeca.

- Demonios, no me digas que no. - Dolía como el demonio, y lo revolvía el estómago haciendo que tuviera que luchar contra las oleadas de nausea. Empujó el brazo contra su boca. - Toma la sangre antes de me desmaye o me vuelva tan loca que te apuñale y termine el trabajo.

El olor de la sangre le golpeó fuerte, y antes de poder detenerse a sí mismo, Rafael asió su muñeca y se lanzó a ella. La sangre llena de adrenalina lo golpeó como una bola de fuego, empujando a través de su sistema, dándole un falso subidón instantáneamente. Tragó el líquido, sus células demandaban alimento. La neblina roja se extendió por su mente y la bestia se alzó, rugiendo por más. Su cuerpo rabioso exigía la regeneración misma de la sangre vertida en él, caliente, dulce y adictiva.

Ella sintió el drenaje, realmente sentía la sangre apresurándose desde su cuerpo al de él. Su muñeca ardía y latía y podía sentir el pinchazo de los dientes. No pudo evitar el tirón involuntario cuando intentó de recuperar la mano. La garra de él se apretó dolorosamente, los dedos se hundieron en su piel con una fuerza magulladora. Colby cerró los ojos e intentó o mirar o sentir nada en absoluto.

Deténle. La voz de Nicolás era tan distante y débil que Colby apenas pudo captarlo. Oblígale a detenerse antes de que sea demasiado tarde.

- Rafael. - Tiró de su muñeca con fuerza, intentando liberarse de su garra. - Déjame. Me haces daño. - Las piernas le fallaron y se dejó caer.

- Don Rafael. - Juan Chevez empujó el cañón de su rifle bajo la mandíbula de Rafael. - Déjela marchar o dispararé.

Hubo un momento de silencio. El corazón de Colby palpitó. Por dentro, podía oírse a sí misma gritando una negativa. Prefería morir ella misma a perderle a él, pero el miedo vivía en ella cuando Rafael pasó la lengua por su muñeca y alzó la cabeza para mirar a Juan. Había muerte en sus ojos negros y poco más.

El brazo de Colby cayó libre de su garra. Antes de poder pensar saltó sobre sus pies y empujó el rifle lejos de Rafael.

- No, Juan. No sabe lo que está haciendo. - Intentó tocar la mente de Rafael, pero solo podía oir un extraño rugido y, muy distante, un retorcido grito de pesar. Los dedos de Rafael

se cerraron alrededor de su garganta. El tiempo se detuvo. El corazón le latía demasiado rápido y el aire abandonó sus pulmones.

Sin advertencia Rafael se colapsó, cayendo con fuerza y llevándola con él. Se había marchado de su mente. Colby le tomó frenéticamente el pulso.

- ¿Está muerto? Juan, no hay pulso. No puede estar muerto. - Intentó darle la vuelta para hacerle el RCP.

Juan la detuvo con un mano sobre el hombro.

- Es el sol. Está demasiado débil y debe ser protegido, colocado en la tierra. Tenemos que atender sus heridas lo mejor que podamos y cubrirle de tierra. Cuando Don Nicolas se alce esta noche, le llevará a algún lugar seguro.

Ella alzó la cabeza de Rafael y para sus sorpresa, sus ojos negros la miraban, llenos de inteligencia y remordimiento. Parecía paralizado, incapaz de moverse. Su corazón y sus pulmones parecían no estar funcionando, pero estaba alerta.

- ¿Debería taponar sus heridas como hice anoche? - No quería mirar a los ojos de Rafael y no quería tocar su mente.

Mientras Juan cavaba un lugar en la tierra fresca cerca del estanque, taponó las heridas con tierra y su propia saliva. Él no habló nunca y ella se sentía entumecida. Sus heridas eran terribles. No parecía posible que nadie se recobrara de algo así. Odió ayudar a Juan meterle en la tumba poco profunda y tener que mirar como su cuero era cubierto.

Colby se tambaleó poniéndose en pie y empezó a correr a través de los arbustos, sin preocuparse de las ramas afiladas y las espinas que arañaban su piel y ropa. Necesitaba encontrar a Paul y Ginny. Necesitaba estar con alguien cuerdo, alguien normal. Su mente no podía aceptar lo que Rafael había hecho. Debería estar muerto, pero había arrancado un corazón con sus manos desnudas. Casi la había matado y podría haber matado a Juan. En vez de llevarle a un médico, había taponado las heridas abiertas con saliva y tierra y le había enterrado en su rancho.

Paul y Ginny estaban sentados en la pequeña arboleda de pinos, Julio permanecía de guardia. Ambos parecían cansado y sucios y tan familiares que estalló en lágrimas.

Rafael no podría consolarla, atrapado bajo la tierra, su cuerpo realmente pesado y su corazón cesando de latir. Pudo oírla llorar, sabía que casi la había matado y que ella lo sabía también. Juan le había obedecido, poniendo la protección de ella sobre todo lo demás, y por eso le estaría siempre agradecido. Estaba tan cerca, el monstruo crecía en él cuando las palabras rituales deberían haberle puesto a salvo. ¿Había esperado demasiado? Quería extenderse hacia ella, abrazarla, besar las lágrimas de su cara y asegurarle que nunca le haría daño, pero ya no sabía si eso era verdad. Yaciendo bajo la tierra, comprendió que su angustia por Colby dolía más que cualquiera de sus heridas físicas.

Sobre tierra, Colby aferraba a Paul y Ginny, desesperada por sacarlos de un mundo que no entendía. Ginny empezó a contarle todo sobre su aterradora experiencia, siguiendo el sonido de un animal herido y cayó en la trampa. El sonido de su voz no hizo nada para evitar el terrible miedo que invadía el corazón de Colby.

CAPITULO CATORCE

- Tenemos trabajo que hacer. - Gritó Paul, golpeando con la palma de la mano la puerta del dormitorio de Colby. - ¿Vas a quedarte en la cama para siempre? ¡Ha pasado medio día! Julio llevó a Ginny a visitar a los Everett y Juan y está trayendo el heno. ¡Vamos!

Colby echó hacia atrás las mantas, con las manos sombreándose los ojos. Con cada día que pasaba la sensibilidad de su piel al sol parecía ponerse peor. Se duchó rápidamente con agua fría, intentando hacer que la terrible pesadez que invadía su cuerpo desapareciera. Tres noches habían pasado desde ue Rafael había sido abandonado para sanar en la tierra, tres días

y noches de puro infierno. Intentaba dormir durante el día, desde las diez de la mañana hasta alrededor de las cuatro de la tarde. Debería haber sido un alivio, pero sus sueños estaban plagados de interminables pesadillas. Incluso había visitado la zona donde Juan le había enterrado, pero él se había ido, llevado a algún lugar por su hermano para sanar.

Colby tenía sueño tras sueño de Nicolás sacando la sangre del vampiro del cuerpo de Paul. Era una pesadilla macabra que la dejaba temblorosa y asustada. En el momento en que cerraba los ojos, podía ver la sangre presionando a través de los poros de Paul, y alguna especie de parásito en su riego sanguíneo, retorciéndose como gusanos sobre su cuerpo. Cuando no estaba soñando con Paul, soñaba con Ginny yaciendo en una tumba poco profunda, con los ojos abiertos de par en par acusadores. Algunas veces soñaba con Rafael sonriéndole mientras le desgarraba la garganta con los dientes. La mayor parte de las horas diurnas yacía en la cama, esperando a que pasara el letargo, intentando no pensar en Rafael y lo terriblemente herido que estaba. Rogaba por un sueño tranquilo, su mente siempre corriendo para encontrar una forma de mantener a salvo a sus hermanos.

Con frecuencia se despertaba llorando, su corazón convertido en una dolorosa dolencia en su pecho, su mente abotargada por el pesar. Estaba enfermando hasta morir de pena y miedo. Y odiaba la forma en que todos la miraban, como si pudiera hacerse daño a sí misma en cualquier momento.

- ¡Vamos, Colby, tienes que levantarte! Me dijiste que te levantara costase lo que costase, así que sal de ahí. - La puerta de la cocina se cerró con fuerza y Colby hizo una mueca. Con Ginny visitando el rancho de los Everett con su nueva amiga, los platos de Paul del desayuno y el almuerzo estaban en el fregadero. Solo la vista de la comida parcialmente devorada mientras atravesaba lentamente la cocina la hizo sentir náuseas. Su cuerpo odiaba trabajar a esta hora del día sin importar lo mucho que pretendiera ser normal.

Colby podía apenas hacer frente a las separación de Rafael. La mitad del tiempo sentía que iba a volverse loca. Nicolás la tranquilizó a través de las largas noche, y los hermanos Chevez la tranquilizaban durante el día. Estaba segura de que Nicolás estaba compartiendo su mente, ayudándola en las horas de vigilia, y se sentía como una invasión siempre que pensaba demasiado en ello. Silenciosamente pedía a gritos a Rafael, pensaba en él, le necesitaba; y tener a otra persona que sabía lo obsesionada que estaba con él era humillante. Apenas podía funcionar de lo apesadumbrada que estaba.

Rafael tenía mucho de lo que responder. ¿Cómo demonios esperaba que ella llevara un rancho y cuidara de dos chicos cuando era semejante desastre? Podía necesitar verle, pero temía el momento en que tuviera que enfrentarle y decirle que se había acabado. Tenía que acabar. No podía vivir en su mundo. Era demasiado peligroso y violento.

Se tambaleó por el patio hacia el corral donde Paul sujetaba las riendas de un bayo de mirada firme. Ahora que era tan sensible a la luz, llevaba gafas oscuras para proteger sus ojos incluso bien entrada la tarde. Requería coraje enfrentar la luz y se encontró preguntándose como se las había arreglado Rafael para quedarse con ella cuando el establo había ardido, y peor aún, cuando Ginny había desaparecido. Debía haber sufrido un agonía Ella estaba solo parcialmente en su mundo y sentía como si miles de agujas apuñalaran sus ojos.

Observó al caballo danzar nerviosamente, sus ojos enrojecidos y suspicaces. Paul ya le había ensillado. Colby siempre había creído en ir primero a por el caballo más rebelde y Paul obviamente seguía su filosofía al pie de la letra.

- ¿Le tienes? - Colby miró al animal, la forma en que estaba tirando de la cabeza, la forma en que sus ojos la evaluaban con una maliciosa intención. Intentó un suave susurro, su mente buscando consolar al animal, pero él se quitó de encima su acostumbrado efecto pacificador.

- Te tengo. - La tranquilizó Paul.

Tomando un profundo aliento, se subió a la silla. En el momento en que su peso cayó sobre el cuero, el animal explotó salvajemente, violentamente, la cabeza bajó en picada, levantando las ancas posteriores, relinchando furiosamente. Se quedó con las patas tensas, alzándose y golpeando el suelo con una fuerza que sacudía los huesos, retorciéndose como un demonio poseído. Sin estar completamente colocada, Colby no tuvo oportunidad de mantenerse en su sitio. Fue lanzada como un misil, su cuerpo esbelto golpeó contra el poste de amarre. Se vio lanzada y aterrizó en el polvo bocabajo.

- ¡Colby, cuidado! - El grito ronco de Paul la hizo rodar instintivamente hacia la seguridad de la valla, con las manos alzadas para protegerse la cabeza. La tierra se sacudió bajo los cascos cuando el animal se encabritó y la golpeó repetidamente. Una pezuña cortante la golpeó justo en el muslo mientras llevaba a cabo su escapada.

Instantáneamente se oyó el eco de dos gritos en su mente. Rafael. Su voz fue un bálsamo consolador y valió cualquier precio. Estaba vivo. Y Nicolás, la reprendía una vez más.

Su pierna entera estaba entumecida. Yació inmóvil, mirando hacia el polvoriento cielo, intentando recuperar el control de su corazón y su respiración rápida. Aunque era ya bien entrada la tarde, pudo sentir el último rayo del sol quemando su piel y su cuerpo todavía se sentía pesado y drenado. Debería haber esperado otra media hora o así antes de intentar trabajar.

- Dios, Colby. - Realmente había lágrimas en los ojos de Paul cuando se lanzó a su lado. - Estas sangrando mucho... dime que hacer. No sé que hacer.

Colby se incorporó muy alegremente sobre un codo para mirar fijamente hacia la fea cuchillada que le empapaba la pierna de sangre. Maldijo suavemente, luchando por controlar las náuseas.

- Voy a vivir, Paulo, pero voy a necesitar puntos. - Se unió los bordes su la herida, forzándose a presionar con fuerza. - Consigue un par de toallas y trozos de hielo. Tendrás que conducir tú la camioneta hasta el pueblo. Llama antes y dile a Doc Kennedy que espere en su oficina.. no quiero ir al hospital y correr con otra factura. - Espetó las palabras entre los dientes. Su pierna había pasado de entumecida a un ardiente tortura.

Paul corrió hacia la casa. La cara de pálida estaba tan pálida que parecía un fantasma. Nunca olvidaría, por mucho que viviera, la visión de su pequeño cuerpo esbelto tan frágil en el polvo bajo el enorme y enloquecido animal, el sonido enfermizo de una pezuña encontrándose con la carne. Abrió de un tirón la puerta de la nevera, cogiendo las toallas y las llaves de la camioneta, haciendo la apresurada llamada sin aliento y volviendo junto a Colby en cuestión de minutos.

- ¿Duele mucho? - Preguntó ansiosamente mientras la observaba aplicar el hielo a la herida. Con todas las veces que había resultado herida, Paul nunca había visto tanta sangre sobre su hermana. Era de un rojo brillante y Colby estaba presionando con fuerza, sus dientes mordían profundamente el labio inferior.

Se las arregló para formar una sonrisa ladeada, echándose el pelo alborotado alrededor de la cara polvorienta. La acción dejó un olor a sangre.

- Necesitaré que me ayudes, Paul, mi pierna está entumecida por el golpe. - Estaba apretando los dientes, deseando que se hubiera quedado entumecido, pero era mejor que decirle a Paul estaba pasando por el dolor y la pérdida de sangre. - Acerca la camioneta y seré capaz de entrar.

Colby. Su nombre llegó salido de ninguna parte, suave y hermoso, enredándola en brazos seguros. Las lágrimas ardían en sus ojos ante la caricia de la voz de Rafael en su mente. Le anhelaba. Le echaba tanto de menos. Solo oir su voz la hacía sentir completa.

Estoy bien. Todavía suenas cansado. ¿Se supone que tienes que estar ya levantado? Rafael sonaba lejano y hacía un obvio esfuerzo para alcanzarla. Eso hizo sentir a Colby más

apreciada de lo que él pretendía. Sabía que las heridas de él no estaban completamente sanadas y que su hambre rabiaba en él, pero se extendía en busca de ella salido de ninguna parte. Odiaba la sensación fundente, cuando estaba tan enfadada con él por causarle problemas. No quería necesitar oír su voz o sentir su toque. Y no quería pensar en la violencia de la que él era capaz.

No puedo acudir a ti hasta dentro de otra hora. Muéstrame lo que has hecho. Siento el dolor en ti. Es bastante severo como para despertarme de mi somnolencia.

Tomó un profundo aliento e hizo un esfuerzo para mirar la tremenda cuchillada de su muslo, alzando la mano y la toalla con hielo lejos de su piel. Oyó el jadeo de alarma de él e inmediatamente cubrió la herida. Paul me lleva al médico del pueblo. No es nada. Un par de puntos.

Acudiré a ti tan pronto como sea capaz.

Se recostó hacia atrás porque requería demasiada energía hacer cualquier cosa más, girando la cabeza para observar al caballo. Estaba temblando, pateando el suelo polvoriento, todavía luchando con la suya, su cuerpo oscurecido por el sudor. Tan pronto como la camioneta se acercó a ella y Paul saltó fuera, Colby señaló al animal.

- Míralo, Paul, algo va mal en él. No está actuando normalmente.

- Es un asesino. - Exclamó Paul, mirando fijamente al caballo, totalmente ajeno al carácter de Paul con los animales. - Alguien debería acabar con él.

- Está drogado, Paul. Mírale otra vez; no sabe qué está pasando.

- ¿A quién le importa, Colby? Olvida el maldito caballo, vayamos al médico.

- Aún no. Llama al Doctor Wesley, dile que estamos saliendo y que traiga con él algo de ayuda, la necesitará. Quiero que cuiden del caballo.

- Te tomas el pelo. ¿Se supone que tengo que llamar al veterinario mientras tú yaces aquí sangrando por todo el lugar? - Protestó Paul, con preocupación en sus ojos.

- Paul. - Había un cansancio infinito en la voz de Colby.

Reluctantemente Paul obedeció, relatando los detalles apresuradamente al atónito veterinario. Pareció pasar una eternidad antes de que Paul fuera capaz de medio alzar a Colby hasta el interior de la camioneta. Temblando y traqueteando, la vieja camioneta aceleró hacia el pueblo.

Colby gritó más de una vez mientras el médico limpiaba, daba puntos, y vendaba la herida de su muslo. Soportó sermones del médico y una enfermera que esgrimía una jeringuilla y sintió que podría recitar los peligros del tétanos para cuando hubieron acabados. El corte era profundo y la herida se había hinchado considerablemente; debería sentirse incómoda, pero había tenido heridas peores.

Con el apoyo de Paul cojeó de vuelta a la camioneta, bajando arrepentidamente la mirada a sus vaqueros sucios, ensangrentados y rasgados. Sabía que su cara estaba cubierta de polvo, su pelo caía en un revoltijo desordenado por su espalda. Miró fijamente a su hermano.

- ¿Alguna vez has notado lo maravillosa que me las arreglo para parecer siempre? - Le preguntó con un pobre intento de sonrisa. Asintió hacia el Porche aparcado calle abajo.

Paul siguió su mirada, reconociendo a la mujer que desaparecía dentro de una pequeña y cara boutique. Pasó la mirada de la perfección de Louise a su hermana, quedándose con la mirada fija un momento. Bajo el polvo y la sangre, había algo extraordinario, algo que realmente nunca había visto antes.

- Tú eres mucho más guapa que ella, Colby, no hay comparación. De veras, no la hay.

Colby se encontró sonriendo a pesar de lo más que se sentía.

- Eres un hermano estupendo, ¿lo sabías? Voy a quedarme aquí y descansar mientras tú vas a por mis medicamentos y contemplaré lo perfectamente maravilloso que eres.

-Nos acercaré un poco más. - Dijo él, buscando las llaves.

- No me vas a acercar a ninguna parte cerca de esa tienda... la farmacia es la siguiente puerta a su perfecto Porsche. Podría venirte bien el ejercicio.

- El sacrificio último. - Gimió Paul. - Se supone que los vaqueros no van caminando a ninguna parte. - Se guardó en el bolsillo el pequeño trozo de papel y la ayudó a colocarse en una posición más cómoda. - Pareces un poco verde bajo todo ese polvo, Colby. ¿Estás seguro de que estás del todo bien y puedo dejarte?

- Estoy bien, Paulo. - Le tranquilizó. - Solo deja la puerta abierta para que no ceda al pánico e intente salir por la ventana.

- Volveré enseguida. - Se apresuró a bajar la calle.

Le observó marchar, el cansancio la inundaba. La peor parte era que ese interminable trabajo estaba todavía esperando por ella. Con Juan y Julio ayudando, estaban finalmente empezando a poner al día el trabajo. Una herida como esta interferiría con la habilidad de hacer la equitación y el entrenamiento de caballos al igual que el día a día cotidiano en el rancho.

¿Que había ido mal con el bayo? ¿Podía haber estado drogado como lo había sido King? Ernie estaba muerto. No podía haberlo hecho. No quería pensar que Paul pudiera haberlo hecho. Intentó recordar exactamente qué aspecto había tenido el caballo antes de subirse a la suya. Era inexcusable. No había advertido el desasosiego del animal, había estado demasiado alterada por Rafael. Siempre volvía a eso. Rafael y su agarre sobre ella.

- Hola de nuevo. - Una voz suave la sacó de su ensueño.

Colby levantó la mirada para ver a la mujer de los chispeantes ojos verdes que le había ofrecido ayuda cuando Rafael se había puesto tan posesivo. Lanzó una rápida sonrisa.

- Siempre parezco estar metida en problemas, ¿verdad? Soy Colby Jansen.

- Natalya Shonski. - La mujer sonrió, su cara se iluminó. Señaló la pierna de Colby. - Parece doloroso.

- Confía en mí, lo es. Quería agradecerte lo que hiciste la otra noche. La mayor parte de la gente simplemente hubiera pasado de largo.

- Tenías miedo de él. - Dijo Natalya. - Pude sentirlo.

Colby se apartó el pelo de los ojos y dedicó la mujer una sonrisa macilenta.

- Todavía tengo miedo de él.

Natalya se apoyó en la puerta para examinar el cuello de Colby.

- Es uno de los cazadores, ¿verdad? ¿Tienes alguna idea de lo peligrosos que son?

La palma de Colby se presionó instantáneamente contra la marca del mordisco, sujetando a Rafael contra ella.

- ¿Cómo sabes de ellos?

Natalya vaciló, eligiendo sus palabras cuidadosamente.

- He tenido la mala suerte de cruzarme con sus contrapartidas en más de una ocasión. - Natalya la observó atentamente para ver si Colby entendía.

- Yo tuve mi primer encuentro hace unas pocas noches. - Colby se estremeció. - Es agradable saber que no estoy perdiendo la cabeza. Pensé que quizás me había imaginado todo el asunto. - El alivio la inundó, una ansia por hablar con esta mujer que sabía por lo que estaba pasando ella, que no creería que tenía que encerrarla. - ¿Cómo te encontraste con ellos? La mitad del tiempo todavía no me creo todo esto.

- ¿Qué quiere de ti el cazador?

Los dedos de Colby presionaron profundamente contra la marca de Rafael en ella. Estaba siempre allí, tan fresca como el día que él la había hecho, nunca palidecía y siempre latía como si la llamara. ¿Qué quería él de ella? ¿Sexo? Si solo fuera un sexo estupendo. Podría manejar eso. Recordaba el sonido de su risa recorriendo su mente. Baja. Sensual. Una tentación. Sus pestañas se deslizaron hacia abajo. La controlaba sexualmente, era cierto. No podía sobreponerse a su deseo por él.

- No estoy completamente segura. - Intentó ser sincera. Para su completa sorpresa Colby se encontró parpadeando para contener las lágrimas. - Estoy hecha un lío, Natalya. Me ha unido a él de algún modo y no puedo soportar estar separada de él. Odio sentirme así.

Natalya miró alrededor y mantuvo la voz baja.

- Desearía poder ayudarte, Colby. Aquí tienes mi número de teléfono móvil. Me marcharé pronto. Si quieres venir conmigo, llámame. No puedo quedarme en el mismo lugar demasiado tiempo.

- Tengo un hermano y una hermana a los que proteger.

- Si hay un cazador en la zona, hay un vampiro cerca. No puedes protegerles de un vampiro.

- ¿Cómo sabías que Rafael era un cazador?

Natalya bajó a voz aún más.

- Tengo un marca de nacimiento, abajo, justo sobre mi ovario en el costado izquierdo. Parece un dragón respirando fuego, y cuando un vampiro está cerca, o un cazador, o incluso una de las marionetas humanas, arde.

Colby inhaló agudamente y se tocó el costado izquierdo.

- ¿De donde sale?

Natalya se encogió de hombros.

- Nací con ella. Me ha salvado la vida en más de una ocasión.

Colby se frotó el muslo, justo bajo la laceración, con la esperanza de aliviar el dolor.

- Hay un vampiro en la zona y Rafael dice que es diferente a los otros, más poderoso.

Natalya frunció el ceño.

- ¿Pueden matarle?

- No lo sé. Rafael estaba herido y el vampiro se marchó. Creo que Rafael lo hirió también.

Natalya suspiró.

- Me gustaba esto. Realmente no quería marcharme aún. Aún no he aprendido a matar a un vampiro. Siguen viniéndome detrás. Ver películas de Drácula todo el tiempo no es para nada útil.

- Rafael y su hermano, Nicolás, son originarios de las Montañas de los Cárpatos. Podrías encontrar ayuda allí. - Sugirió Colby. - Nicolás me dijo que tienen que ser incinerados. Fue bastante burdo. Dijo que les arrancaban el corazón del pecho y lo incineraban también.

Natalya se enderezó lentamente.

- Desearía no haber preguntado.

Miró a Colby.

- ¿Estás segura de que estás del todo bien? ¿Puedes manejar esto? Ha sido duro para mí y no quiero que te sientas tan sola como he estado yo.

- Honestamente no lo sé. Él habla de conversión.

Natalya frunció el ceño.

- ¿Haciéndote sobrevivir? ¿Pueden hacer eso? Sé que los vampiros normalmente matan. Con frecuencia mantienen alrededor mujeres por un tiempo, disfrutando de su miedo, pero siempre las matan. Un par de veces he intentado rescatarlas, pero están locas. Quisieron morderme e intentaban beber sangre e incluso tuve que ver como intentaban comer sangre humana. No sé, Colby, suena peligroso.

- Se siente peligroso. Estoy teniendo problemas con la luz del sol, y son los hermanos Chevez... vinieron de Brasil con Rafael... no sería capaz de mantener en marcha el rancho. Ahora tengo que dormir durante el día.

- ¿Quieres alejarte de él? - Preguntó Natalya.

Colby suspiró, sintiéndose cercana a las lágrimas.

- No creo que pueda. Honestamente no sé que quiero. Tengo mucho miedo, pero estoy tan obsesionada con él. Si estoy lejos, él está en mi mente hasta que creo que voy a volverme loca. - Miró hacia Natalya. - No anhelo ninguna clase de comida, y mucho menos carne humana.

- Él no es un vampiro. - La tranquilizó Natalya. - pero estos cazadores son peligroso. No es humano, Colby, y no importa lo humano que te parezca, todavía es diferente, con unas reglas totalmente diferentes.

- Tengo miedo. - Admitió Colby en voz baja, sorprendida del miedo que tenía realmente. Rafael la había seducido deliberadamente. La había atraído parcialmente a un mundo del que no sabía nada, y la había sacado parcialmente del mundo con el que estaba familiarizada. Era aterrador y aun así no podía imaginar su vida sin él. Y eso era lo que tanto la asustaba.

- Podéis venir conmigo, todos. - Ofreció Natalya. - No es muy divertido huir sola. Y todos podríamos estar más a salvo juntos.

Y yo te encontraría. No hay ningún lugar adonde ir y donde yo no pueda encontrarte. Había amargura en la voz de Rafael, una advertencia. Colby sintió un escalofrío en su espina dorsal.

- Él puede oírme. - Natalya se apartó instantáneamente, mirando alrededor cautelosamente. - Tengo que irme. No me atrevo a quedarme aquí. Buena suerte. - Retrocedió alejándose de la camioneta.

Colby luchó contra la urgencia de aferrarla y mantenerla allí.

- Te cuidado, Natalya. - Gritó, metiéndose el pequeño trozo de papel con el número de móvil de Natalya en el bolsillo. También ella quería huir. Había miedo en los ojos de Natalya y una absoluta resolución de largarse. Fuera lo que fuera lo que los vampiros quisieran de ella, no iba a dárselo. Colby solo podía desear que todo volviera mágicamente a la normalidad. Cerró los ojos de nuevo y contó hasta diez, sabiendo que Paul se habría encontrado con uno de sus amigos y estaba charlando en vez de traerle la medicación para el dolor. Vaya con su preocupación.

- ¡No me digas que Annie Oakley se cayó de su caballo! - Tony Harris se apoyó en la camioneta, sus rasgos apuestos burlones.

- Solo faltabas tú para completar el día, Toni. - Le dijo Colby cansinamente.

- ¿Qué ocurrió? - Se acercó más para mantener la puerta abierta, su peso atravesando el cuerpo de ella mientras se inclinaba para examinar el vendaje grueso y bastante ensangrentado. Estaba inmovilizándola contra el asiento, su brazo presionaba firmemente y muy deliberadamente su cintura. Silbó, levantando la mirada hacia ella, sus ojos negros satisfechos revelando su diversión ante el apuro de Colby. - Quizás debería echar una mirada a eso; parece estar sangrando. - Tenía la mano sobre su muslo, sus dedos presionaban en la carne abotargada.

- Si grito, Tony, medio pueblo vendrá corriendo.

- Nadie puede verte conmigo bloqueando la vista. - Dijo él. - Grita, diré que te dolía la pierna y estaba intentando ayudarte.

- Como si fueran a creer tu palabra contra la mía. Vete al infierno, Tony. Y saca tus manos de mí. - Colby golpeó hacia él, pero sus movimientos se vieron obstaculizados por la falta de espacio.

Él esquivó el golpe y se rió de ella.

- ¿Has dejado tu rifle en casa, Colby? Muy mal, ¿dónde está todo ese frío desdén arrogante que te gusta mostrar? - Su mano volvía hacia el vendaje, demorándose allí mientras la estudiaba atentamente, disfrutando de su indefensión.

- Cállate, Tony, y lárgate de aquí.

Los dedos avanzaron más cerca de la herida de su pierna, presionando un poco más fuerte.

- Esto no es divertido, Tony. - Colby intentó no mirar su mano.

- Oh, si, yo creo que es realmente divertido. Siempre pensaste que eras mejor que yo, ¿verdad, Colby? Así que ahora te consigues un hombre rico y crees que eso prueba que eres demasiado buena para alguien como yo, ¿pero sabes qué creo yo? Creo que no eres más que su puta. Voy a mostrarte lo que te haría sentir un hombre de verdad.

Antes de poder eludirle, Tony se inclinó, apretando su boca contra la de ella, estrujándole deliberadamente los dientes contra el suave labio inferior. Una mano permanecía sobre su pierna, justo junto a la laceración hinchada en advertencia.

Colby lo olvidó todo, su debilidad, el dolor de su pierna, el hecho de que estaba aparcada en la calle principal del pueblo. Una cosa era soportar las enfermizas insinuaciones de Tony y su bravuconería; y otra muy diferente era que estuviera físicamente en posición de tocarle. Su feudo había empezado en el patio del colegio cuando Tony, dos cursos por delante de ella, había estado burlándose sin piedad de un chico de su clase. Ella le había golpeado justo delante de todo el mundo. Cuando él se había vengado, Joe Vargas, Ben y Larry Jeffries habían saltado instantáneamente en su defensa. A través de los años Harris la había amenazado y acosado, pero nunca había posado un dedo sobre ella.

Su codo derecho le golpeó el plexo solar y su mano izquierda le cogió el negro pelo rizado de la nuca en una maliciosa garra, en un intento de tirar de su cabeza hacia atrás alejándola de ella. Para su horror él fue catapultado de la camioneta como si manos invisibles le hubiera alzado físicamente y le hubiera tirado. Entonces quedó mirando a los negros, negros ojos de Rafael. Contuvo el aliento ante la pura amenaza concentrada allí. Diminutas llamas rojas brillaban, feroces y antinaturales. Parecía un demonio, un depredador, vicioso, astuto, más animal que hombre. Nada en su vida la había asustado nunca como el sombrío vacío que revelaban sus ojos. Estaba mirando a la muerte. Y sabía que él podía muy fácilmente matar a Tony Harris.

¡No! No, Rafael, no puedes. Deliberadamente utilizó el modo más íntimo de comunicación para llamar al hombre de vuelta a su cuerpo, a su cerebro. Estaba viendo a un depredador natural. Ya se volvía alejándose de ella, de vuelta a Harris, que yacía espatarrado en la calle.

- Rafael, deja que se vaya. - Llamó en voz alta, luchando por deslizarse fuera del asiento, el corazón la palpitaba en una especie de terror. Maldijo suavemente por lo bajo cuando apoyó el peso en la pierna, sacudiendo el cuerpo entero.

Tony saltó hacia arriba, preparando los puños mientras escupía en la calle.

Rafael fría y bastante brutalmente golpeó a Tony Harris con la mano abierta, un golpe duro y poderoso que hizo tambalear al hombre cuando se lanzó hacia adelante. Rafael continuó abofeteándole, dando golpe tras poderoso golpe, guiando al vaquero calle abajo. Cada golpe hacía a Tony tropezar y perder el equilibrio, un castigo chocante y humillante. Colby había presenciado miles de riñas, pero esto era completamente diferente. Era un ataque salvaje, pero a sangre fría, una demostración brutal de poder que mantuvo a todo el mundo inmóvil, de pie en las aceras simplemente boquiabiertos ante el drama.

Colby fue cojeando tras ellos, la furia empezaba a arder mientras su corazón se aceleraba ante la compresión de que Rafael podría haber descartado a Tony Harris de un solo golpe. Esto era un castigo público. Rafael habría matado a Tony, fríamente y sin remordimiento. Prefería matarle, pero se contenía porque Colby nunca habría disculpado a un asesino.

No la ayudaba estar bebiendo de él. su cuerpo volviendo a la vida. Podía sentir cada célula, cada fibra de su ser extendiéndose hacia él, necesitándole, anhelándole como una droga. Detestaba el control que él tenía sobre su cuerpo y mente. ¿Lo mostraba? Natalya la

había mirado con pena y sentía desprecio por sí misma cada vez pensaba en la forma en que se había comportado tan apesadumbrada, casi hasta el punto de hacerse daño a sí misma. Se había visto forzada a buscar a Nicolás, alguien en quien no confiaba del todo, para poder soportar cada noche.

- Déjales. - Chilló Paul, amarrándola del brazo, sin aliento por su carrera a través de la calle. Ella cojeaba y no parecía notar que apretaba los dientes a causa del dolor.

Colby se sacudió a su hermano.

- ¡Cállate! - Espetó.

Paul se detuvo inmediatamente. El pelo de Colby era rojo por una razón. Podía prenderse en llamas si alguien la empujaba demasiado lejos. Evaluó a De La Cruz con intensa satisfacción. Iba a ser públicamente puesto en su lugar. La multitud era ciertamente bastante grande.

Colby capturó el brazo de Rafael, tomada momentáneamente por sorpresa por el pura dureza del mismo. Era como agarrar un trozo de hierro.

- ¡Para, Rafael, ahora mismo! - Intentó colocarse entre los dos hombres, pero Rafael se deslizó a su alrededor fácilmente, manteniendo su cuerpo directamente entre ella y Harris. Eso solo enfadó más Colby. - No quiero que te ocupes de mis problemas. Me entiendes, nunca más. Esto es asunto mío. - Ella entendía el poder, entendía, mejor que la mayor parte de la gente, la necesitad me permanecer en continuo control, pero estaba tan enfadada con ambos hombres que intentó arrastrar a Rafael lejos de Toni por el brazo sin mucho éxito.

Harris aprovechó la oportunidad para alejarse tropezando, aferrándose la cara magullada con ambas manos. Sobre la coronilla de Colby, Rafael le observó marchar, llamas rojas todavía titilaban en las profundidades de sus ojos.

- Demonios, Rafel. - Estaba haciendo que Colby se sintiera como una mosca zumbando a su alrededor. Le golpeó en el pecho, toda su cólera tras su puñetazo bien dirigido.

Él se irguió sobre ella, parpadeando como si la viera por primera vez. Lentamente la diversión se arrastró por sus sensuales rasgos, caldeando el amargo hielo de sus ojos. ¿Me has golpeado, querida? Su voz fue suave, sexy, íntima allí en medio de la calle, haciendo que la sangre de Colby se calentara y el cuerpo se le tensara, y eso la hizo enfadar lo suficiente como para desear golpearle de nuevo.

- No tiene gracia. - No se dejaría encantar por él. No sentiría su cuerpo derretirse y acumularse en él un ardiente calor. - Permanece fuera de mis asuntos. Si no quiero que Tony Harris me maltrate, me ocuparé yo mismo. Has hecho la situación diez veces peor; todo el pueblo sabe que ha ocurrido algo, gracias a ti. Por si lo has olvidado, estás en los Estados Unidos, no en Brasil, y aquí llamamos al sheriff.

Él la levantó fácilmente, casualmente, justo delante de todo el mundo, acunándola contra su pecho, recorriendo de vuelta la calle hacia la camioneta con largas zancadas sin esfuerzo.

- Sabes que no me mantendría lejos cuando estás herida, Colby. - Su voz susurró sobre ella, suave terciopelo, irresistible. Mágica. Había posesión en su ardiente mirada, y algo más, algo salvaje y primitivo, como si aún no hubiera terminado con Tony Harris. - Y no voy a permitir que otro hombre pose sus manos sobre ti.

Colby levantó la mano y tocó su boca. Sus dedos trazaron las líneas talladas tan profundamente, líneas de cansancio y debilidad que no habían estado allí antes, recordándole que él había despertado antes de que Nicolás dijera que podía hacerlo. Había débiles marcas en su cara, cediendo lentamente pero evidencia de las garras que le habían desgarrado. Había sufrido terriblemente para proporcionarle a ella una barrera. Pasó la mano sobre su corazón, preguntándose si las marcas del mordisco estaban todavía allí. Algo se suavizó en su interior cuando no quería que pasara.

- Puedo manejar a Tony Harris. - Lo dijo más amablemente de lo que pretendía. - Nuestras leyes no permiten que la gente vaya por ahí matando a alguien solo porque no les gusta lo que hace.

- Nuestras leyes son muy claras. - No había emoción en la voz de él, solo una calma mortal y una cuchillada implacable en su boca.

- Tony es un matón.

- Tony va a aprender una lección que debería haber aprendido hacer mucho tiempo o no estará por aquí para molestar más a las mujeres.

- No, Rafael. Sé que realmente puedes hacerle daño, incluso a distancia, pero no está bien. No lo hagas. - Su temperamento estaba alzándose en proporción directa el dolor de su pierna y la implacable posición de la mandíbula de él.

- Si quieres que diga que no tocaré a ese hombre, no pudo mentirte y me niego a hacer semejante promesa. Si este hombre vuelve a intentar poner sus manos sobre ti, no tendrá otra oportunidad. Nunca. - Lo dijo con completa finalidad.

- Muy macho. Estoy realmente impresionada. Al igual que Louise. Por amor de dios, bájame, me siento como una estúpida. Soy bastante capaz de caminar. - Para su horror las lágrimas fluyeron de ninguna parte. Maldito hombre. Todo el pueblo estaba mirando, sonriendo burlonamente hacia ella, justo bajo la mirada de Louise.

- Deja de luchar, Colby, o he ordenaré que lo hagas. - Espetó. - ¿Qué esperabas que hiciera, querida? No podía permitir que esa pobre excusa de hombre te tocara. Estaba sangrando y te dolía. Soy tu compañero y es mi deber y mi derecho velar por tu cuidado. Tengo intención de hacer justo eso.

Lo sintió entonces, profundamente dentro de él, la rabia volcánica a la que no se le había permitido acercarse a la superficie cuando se enfrentaba a Harris. Apenas atada, apenas controlada. Sus grandes ojos nadaban de lágrimas y eso se sumó a la furia que ardía en la mirada de él mientras esta vagaba sobre su cara.

- Solo quiero irme a casa, Rafael. - Lejos de aquí, lejos de ti. Se deslizó en sus pensamientos antes de que pudiera evitarlo.

Un músculo saltó en la garganta de él. Nunca, nunca, te dejaré. Ni ahora, ni nunca. Deberías haber superado esto. Había un chasquido en el látigo tranquilo de su voz.

¿Superado esto? ¿Estás loco? Tengo unos pocos reparos, ya sabes. Como el que arrancaras el corazón de un hombre directamente de su pecho. Eso no se hace, Rafael.

Él la depositó muy gentilmente sobre el asiento de la camioneta, ignorando el negro ceño de Paul.

- Múevete, chico, yo conduciré. - Dijo suavemente, pero había algo en su voz, una nota de advertencia que hizo que Paul se encogiera impotentemente de hombros hacia su hermana antes de saltar a la parte de atrás de la camioneta.

Nadie se atrevía a desafiar el poder de Rafael y la camioneta arrancó inmediatamente.

- ¿Sabes conducir? - Preguntó Colby.

Los ojos negros se movieron sobre ella y después miró hacia la carretera, conduciendo directamente a través del pueblo, fallando por poco a Tony Harris mientras el hombre permanecía en pie junto a su coche.

- Estas pensando en abandonarme. Y defiendes a esa pobre excusa de hombre.

- Por supuesto que estaba pensando en abandonarte. - Le miró fijamente. - ¿Crees que soy tonta? Y maldito Tony Harris. ¿Crees que esto es por él? No es por Tony, Rafael, es porque casi me matas. ¿Crees que voy a caer en tus brazos y confiar en ti no solo con mi vida, sino con las vida de Paul y Ginny?

Se hizo un pequeño silencio.

- Puedo explicar eso, Colby.

Por primera vez Rafael parecía vacilar. Las cejas de ella se arquearon.

- No quiero arriesgarme a que Paul pueda oírnos. Esperemos hasta que estemos en la casa. Pero vas a explicarte. En todo lo que pienso ahora mismo en como me duele la pierna. - añadió y golpeó la ventana. Paul se deslizó a un lado. - Alcánzame las pastillas para el dolor. Voy a tomármelas todas.

Paul puso el bote en su mano y Rafae y tomó.

- No necesitas esto.

- ¿Cómo lo sabes? Duele como el infierno. - Le miró fijamente. - Me estás volviendo loca. De veras. Hiciste algo para atarnos y después casi haces que te maten y me dejar para ir a dormir en la tierra. Dáme las pastillas.

- No. Y no necesitas castigarme, yo ya lo he hecho suficiente por ambos.

- Quizás suficiente para ti, pero nunca será sufiente para mí. - Dejó escapar el aliento lentamente y se recostó contra el asiento. - La pierna realmente me duele, Rafael.

- Soy consciente de ello. Siento lo que tú sientes, ¿recuerdas? No es bueno utilizar tales medicamentos; estás parcialmente en mi mundo y tu cuerpo rechazará tales cosas.

- ¿Cómo rechaza la comida? - Preguntó ella, mirándole fijamente. Miró hacia el vendaje.

- El médico te cosió la pierna. Muy bárbaro.

- ¿Debería haberla taponado con tierra y saliva? ¿Quizás meterme en una tumba y dejarme allí unos pocos días?

- Simplemente guarda silencio. - Sabía que ella tenía el loco deseo de saltar de la camioneta. Estaba confusa y agitada y el dolor la enfermaba. - Aparcaré para poder aliviar el dolor de tu pierna.

Colby no discutió. Si él podía hacerlo, estaría más que agradecida. Encontró una pequeña área protegida en la sinuosa carretera y aparcó para poder concentrar su atención completamente en Colby. Rafael se envió a buscar fuera de su cuerpo, permitiendo que se alejar y dejando atrás una luz, pura energía, viajando al interior del cuerpo de ella para sanarla de dentro a fuera. Se tomó su tiempo en reparar la pierna cuidadosamente, asegurándose de que la hinchazón desaparecía, los bordes se cerraron sin cicatriz, y las heridas de los músculos y tejidos interiores estaban curadas.

Cuando volvió a su propio cuerpo se inclinó sobre ella, tocándole la pierna con dedos gentiles.

- ¿Te sientes mejor?

Colby solo podía mirar a sus ojos oscuros, ahogándose allí como un idiota cuando quería ser fuerte. Sentía la pierna perfectamente bien, pero las líneas de la cara de él eran más profundas que nunca.

- No debería haber hecho eso.

- No tenía elección. - Se inclinó para besarle la comisura de la boca, los párpados, el punta de la nariz. - Me asustaste. No vuelvas a hacerlo nunca. - Extendió la mano en busca de su muñeca, la que ella se había cortado para salvarle la vida. Se la llevó a la boca, su lengua se movió sobre la débil cicatriz.

La intimidad de ello envió un calor que se enroscó por todo su cuerpo.

- Rafael, necesitas sanar más tú mismo. - Podía sentir el hambre golpeando hacia él, un monstruo vivo y que respiraba rugiendo en busca de atención. - Debería ocuparte de tus propias necesidades.

- Me estoy ocupando de mis necesidades. - Su voz era baja y ronca, una seducción a todos sus sentidos.

Una sombra fue la única advertencia, oscura, amenazadora y llena de una especie de negra maldad mientras se erguía sobre los dos. La puerta se abrió de un tirón tras ella, casi sacando a Colby de la camioneta. Gritó de sorpresa y horror cuando su hermano, con la cara retorcida en un máscara de odio, se abalanzaba sobre ella con un cuchillo.

CAPITULO QUINCE

Rafael se movió demasiado rápido para ser visto, colocándose entre Colby y Paul. Salvajes gruñidos emergían de la garganta de Paul y acuchillaba salvajemente con el arma. Rafael le sujetó con fuerza la muñeca, quitándole fácilmente el cuchillo, y de inmediato, la expresión de Paul cambió. Parpadeó rápidamente, sus ojos se aclararon, recuperó la consciencia y soltó un grito alarmado de recriminación que destrozó el corazón de Colby.

- ¡Colby! - Sonaba como un niño perdido, el pequeño al que había amado tanto, al que había cuidado toda su vida. - ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué he hecho? - No luchaba contra la sujeción de Rafael. Las lágrimas llenaban sus ojos y surcaban su cara. Su cuerpo entero se estremeció.

- Cariño. - Colby extendió los brazos hacia él, deseando consolarle.

Paul se echó hacia atrás fuera de su alcance.

- ¡Soy yo! El vampiro me hizo algo cuando me mordió, ¿verdad? Por eso Nicolás quería matarme. Sabía que iba a intentar hacerte daño. - Se volvió para mirar a Rafael directamente a los ojos. - ¿Podría hacer daño a Ginny? ¿Fui yo el que hizo algo al caballo para que hiciera daño a Colby?

Rafael exploró los recuerdos del chico y vio como encontraba el sujetador de su hermana en el granero donde había quedado olvidado. La prenda de ropa interior había disparado la compulsión profundamente enterrada en Paul de matar Colby. Vio al chico preparar una jeringuilla y drogar completamente al caballo antes de ensillarlo y despertar a Colby. Se arrancó de la mente del chico y dejó escapar el aliento lentamente.

- Paul. - Dijo gentilmente. - esta es la clase de cosas que en las que el vampiro medra. No eres tú. Ellos toman a alguien bueno e intentan conseguir que realicen actos que la persona nunca concebiría hacer. No puedes recordarlo a causa de que está tan en contra de tu naturaleza hacer daño a ninguna de tus hermanas. Él no podría retorcerse hasta convertirte en algo perverso. Solo puede utilizarte cuando eres vulnerable.

Paul retrocedió alejándose de la camioneta. No recordaba haber saltado de la parte trasero o abrir la puerta detrás de su hermana. Ni siquiera sabía de donde había salido el cuchillo.

- Quiero a mis hermanas. Preferiría estar muerto a herir a cualquiera de ellas.

Colby dejó escapar un sonido de desasosiego que desgarró el corazón de Rafael. Intentó deslizarse fuera de la camioneta e ir tras Paul, pero Rafael le cogió la mano y la retuvo, sin apartar nunca los ojos del chico. Querida, permíteme intentarlo. Se siente avergonzado por lo que ha hecho y aterrorizado porque podría haber tenido éxito.

- Paul, sabemos que amas a tu familia y que nunca harías daño a ninguno de ellos.

- Pero lo hice. Lo hice. - Paul se giró como si se dispusiera a correr, pero Rafael fue más rápido, manteniéndole allí, sus brazos cerrados alrededor del chico.

- Escúchame. - Colby reconoció la compulsión en la voz de Rafael. - Ahora que sabemos lo que ha hecho y quién es, podemos detenerle mejor. Él no puede tenerte. Nos perteneces a nosotros. Eres familia, nuestra familia. Serás tú el que provoque su caída si continua intentando utilizarte.

Paul estalló en lágrimas, sollozando salvajemente, enterrando la cara contra el Cárpato. Rafael se encontró a sí mismo consolando a un adolescente, un chico humano, su corazón reaccionaba justo igual que el de Colby al incontenible llanto de Paul.

- Vi lo que el vampiro te hizo. Era horrendo. Y sus dientes penetrando en mi piel. - Paul se sacudió con repulsión. - Tengo pesadillas.

- He cazado al vampiro desde hace mucho. Sé que piensas que es invencible, pero he destruído a más de los que puedes imaginar a través de los años. Fui descuidado, sentía demasiadas emociones, y no fui tan cauteloso como debe ser un cazador. El vampiro te tomó con la intención de utilizarte contra nosotros, pero descubrió que eras mucho más fuerte de lo que esperaba. Podrías haber matado a Colby mientras dormía, en cualquier momento durante la tarde. - Eso no era estrictamente verdad; Paul podría haberlo intentado, pero Nicolás había colocado salvaguardas en la habitación de ella mientras dormía y los hermanos Chevez había vigilado a Paul atentamente. Paul nunca lo había intentado a pesar de la compulsión del vampiro. - Tu carácter resultó ser demasiado fuerte para él. En todos los días y noches que han pasado, fue solo ahora, cuando yo estaba cerca de alzarme, cuando sucumbiste a sus demandas.

- Pero le hice daño.

- Tenías que obedecerle, Paul, mírame. - Gentilmente Rafael le sujetó por los brazos hasta que el la mirada temblorosa del chico encontró la suya. - Sabes que soy mucho más fuerte que tú, y mucho más rápido, pero atacaste cuando yo esta aquí para detenerte. Él no te derrotó a pesar de que eres un niño, un humano frustrando sus planes.

Paul se encrespó un poco al ser llamado niño, su orgullo apareció de pronto.

- Tengo dieciséis años. - Dijo y retrocedió, limpiándose los ojos.

- Si, cierto, y cundo con el hecho de que has estado cargando sobre tus hombros con las responsabilidades de un hombres. Definitivamente eres lo suficientemente maduro como para entender los riesgos y lo que tenemos que hacer.

Paul miró hacia Colby, un rápido y nervioso movimiento de sus ojos. Cuadró los hombros.

- Dime como detener esto.

- Tenemos que matar al vampiro para que su agarre sobre tú desaparezca completamente, Paul. - Explicó Rafael. - Entretanto, puedo ayudarte como lo hace Nicolás.

Nicolás no ha sido de mucho ayuda hasta ahora, Colby se vio forzada a señalarlo.

Nicolás evitó que te matara directamente. Rafael fue amable, pero firme. Sin su interferencia, Paul estaría en mala forma.

Está en mala forma. Yo estoy en mala forma. Mi rancho está en mala forma. Mi vida es un desastre desde que todos vosotros llegasteis aquí. ¿Os siguió hasta aquí ese vampiro...? Colby se interrumpió, su mente corría. Los accidentes en su rancho habían empezado mucho antes de que los hermanos Chevez hubieran venido a establecer su reclamo sobre Ginny y Paul. No podía culparles de eso.

- Cueste lo que cueste. - Dijo Paul. - Sea lo que sea lo que quieras que haga.

- Eso podría significar marcharse de aquí, Paul. - Dijo Rafael.

Colby se tensó.

- No vamos a marcharnos, Rafael.

- No tenemos elección, Colby. - Dijo él. - Hasta que el vampiro sea destruidos, todos vosotros estáis en peligro. Paul, sobre todo. Necesitamos poner distancia entre ellos.

Colby se sintió atrapada de repente. Apartó la cara de Rafael y contempló los picos escarpados de sus amadas montañas. - Estás hablando de enviar a Paul a Brasil, con la familia Chevez, ¿verdad?

No había absolutamente ninguna expresión en su voz, pero Rafael sintió la oleada de adrenalina, de resolución.

- En Sudamérica hay cinco de nosotros para proteger a Paul y su cordura. A semejante distancia, el vampiro no podría dirigirle fácilmente cuando es vulnerable. Tendrá a sus tíos y

primos que cuidarán de él durante las horas de sol y a todos nosotros cuando el sol se haya puesto.

- Paul, entra en la camioneta. - Dijo Colby.

El chico vaciló, pero ella le dirigió su mirada feroz, así que trepó la parte trasera, todavía inseguro, confuso y muy trastornado.

Rafael arrancó el camión.

- Colby, no puedes huir de tus sentimientos por mí. Los vampiro son completamente malvados. Esta es una situación peligrosa.

- Soy bien consciente de que estamos todos en peligro. - Replicó ella velozmente. Los ojos negros de él le recorrieron la cara, solo una vez, pero provocó un estremecimiento en su espina dorsal. Tenía miedo de él, miedo de su control sobre ella. Cerró la ventanilla de atrás para darles una semblanza de privacidad. - No sé que siento por ti. Tenemos sexo. Un sexo estupendo, pero aún así, en realidad no te conozco. Me sedujiste deliberadamente, Rafael. No lo niegues. Lo hiciste. Estaba sola y era una presa fácil.

- No tengo intención de negar que te seduje. ¿Por qué debería? Pero no me habrías respondido como lo hiciste si no fueras mi compañera.

- Rafael, cualquier mujer se dejaría seducir por ti. Eres muy sexy y un amante increíble. No tiene nada que ver con ser compañeros.

- A mí no podría seducirme ninguna otra mujer. - Dijo él tranquilamente. - Tu lugar está conmigo. El resto ya llegará.

- ¿Qué resto? ¿La parte en lo que yo hago todo lo que dices?

- No, eso tiene que llegar ya.

Ella le miró fijamente para ver si esta intentando hacer un chiste. No sentía ninguna diversión por su parte y había el presentimiento de que hablaba muy en serio.

- Ahí está la cosa, Rafael; dejando vampiros y Cárpatos a un lado, creo en la compatibilidad. Tengo voluntad, tomo mis propias decisiones, y sigo mi propio camino. También me pienso mucho las cosas. Tú quieres tomar mis decisiones por mí. ¿Por qué crees que seremos alguna vez remotamente compatible?

Los ojos negros la recorrieron una segunda vez. Ardientes. Posesivos. Le robaba el aliento con solo esa mirada seductora. Colby tuvo que mirar a otra parte, afuera por la ventada, retorciéndose los dedos con fuerza. Él podía ver directamente a través de ella. Una vez la besaba parecía perder su propia voluntad. Colby se frotó las sienes palpitantes.

Tentativamente le tocó la mente. Las emociones se arremolinaban, violentas y turbulenta como nada para lo que ella pudiera estar preparada. Rafael tenía intención de tenerla a cualquier precio. Era tan rudo como había pensado al principio, quizás incluso más. Las cosas se harían a su modo y haría lo que pensaba que era mejor para protegerla a pessr de sus miedos y dudas. Colby se arrancó de su cabeza, más asustada que nunca. A Rafael no le gustaba que nadie le dijera que no y creía que tenía derecho a ella.

¿Cómo podría sobrevivir con él? Vivía de forma tan diferente, pensaba de forma tan diferente. Era una mezcla de instinto animal, hombre latino y peligroso cazador Cárpato. Ella era el epitome de la mujer independiente, pero ya no podía confiar en su propio juicio con él alrededor. Quería estar con él más que nada, pero estaba perdiéndose a sí misma. Necesitaba estar con él pero sabía que él la controlaría. Ella no era el tipo de mujer que pudiera ser controlada. Cerró los ojos, intentando mantener la mente en blanco, sin desear que el leyera su confusión.

Rafael pensó en cientos de argumentos, cientos de explicaciones, pero ninguna de ellas importaría. Colby temía lo que era él y temía su poder sobre ella. Después de haber presenciado su casi pérdida de control, tenía todo el derecho a temerle. Ni siquiera confiaba en sus intenciones para con sus hermanos y en realidad no podía culparla. Él y su hermano habían llegado con la única intención de trasladar a la familia de Armando Chevez al rancho

en Brasil y ese propósito permanecía inalterado. Colby había leído claramente esa resolución en su mente. Estaba intentando evitar pensar, no quería que él leyera sus pensamientos, pero planeaba hablar al Sheriff tan pronto como llegara a casa y contarle un por de cosas. Confiaba en Ben como en nadie más.

Sintió como se alzaba algo oscuro y mortífero. La bestia rugió y sus colmillos explotaron en su boca. Mantuvo la mirada fija en su carretera, abriendo la verja con un ondeo de la mano y cerrándola tras ellos con un ruido metálico y el traqueteo de una cadena cuando esta se deslizó en su lugar.

Condujeron en absoluto silencio hasta la casa del rancho. Colby se deslizó fuera de la camioneta y se abrió paso hacia la casa, molesta por que su pierna se sentía completamente bien. No podía ignorar que Rafael podía curarla, que casi había muerto para salvarla a ella y a Paul del vampiro. Que había acudido a ella a pesar de sufrir un terrible dolor, casi muerto, para ayudar a encontrar a Ginny. ¿Pero podía haber manipulado su mente de alguna forma para hacerla crees que esas cosas habían ocurrido cuando no habían pasado realmente? ¿Era posible que todo fuera una ilusión? De pie sola en el salón, se tocó la marca palpitante del cuello con la yema de los dedos, rozando una caricia sobre los pinchazos. Rafael y Nicolás eran ambos capaces de poderosas exploraciones mentales; los había visto utilizar la compulsión y embrujar a otros. Sus ojos, sus voces, todo en ellos gritaba poder.

En la nuca su cuello se erizó. Los pechos empezaron a dolerle y un calor se acumuló en lugares secretos. Cerró los ojos brevemente antes de darse la vuelta, sabían que él estaba allí con ella en el salón. Rafael apoyó una cadera perezosamente contra la pared, sus ojos negros la observaban.

- ¿Dónde está Paul? - ¿Era esa su voz? Apenas podía hablar, tenía la boca seca. No podía mirarle y no desearle. Tenía que ser compulsión. Nunca había sido mujer de obsesionarse por un hombre. Mantuvo la mano sobre la marca del mordisco que nunca parecía palidecer en su cuello.

- Los hermanos Chevez le llevaran a casa de los Everett. Puede ir de visita con Ginny y calmarse. Sean es bueno para él, un hombre muy firme, y sus tíos le vigilarán. Eso le dará unas pocas horas de alivio. El veterinario te dejó un nota. Se llevó el caballo a su clínica. Me he asegurado de que las tareas están hechas por esta tarde. - Extendió la nota del veterinario.

Cautelosa, Colby se quedó donde estaba. Era la forma en que la mirada. Era tan guapo, tan firme y duro aunque completamente sensual, y su mirada era ardiente y posesiva cuando descansaba sobre ella. Y tan hambrienta por ella. La hacía sentir como si solo la viera a ella. Como si solo ella existiera para él. Su cuerpo respondió a la oscura intensidad de su mirada sin importar lo que dijera su cerebro.

- Todavía tengo cosas que hacer. Necesito hacer unas llamadas y comprobar las facturas. - Dijo ella. Su voz ni siquiera sonaba como la suya. Tanteó tras ella en busca de la pared y la aferró tan fuerte como pudo.

- No voy a marcharme.

- Si solo estuvieras pidiendo mi cuerpo, Rafael, te lo daría, pero estás intentando obtenerlo todo de mí, y no quiero eso. - Extendió las manos delante de ella y bajó la mirada a las pequeñas cicatrices blancas de reparar demasiadas vallas y tratar con demasiado caballos salvajes.

- No voy a marcharme.

- Tengo que tener espacio. No me dejas pensar o respirar. Tengo que intentar averiguar lo que hay entre nosotros. Lo lamento si no es lo que quieres oir, pero tengo que pedirte que te vayas.

Él arqueó una ceja.

- ¿Por qué persistes en pensar que te dejaré alguna vez?

Intentó un encogimiento casual de hombros y solo se las arregló para alzarlos. No quería que él se fuera, pero no podía quedarse. La devoraba, se comía su personalidad hasta que no reconocía a la mujer que haría cualquier cosa por él.

- Quizás porque pareces humano y una persona medianamente responsable. Si una mujer te pide que te marches, yo imaginaría que accederías.

- No puedo dejarte y tú no quieres en realidad que me vaya. Puedo oler tu fragancia llamándome. Soy como los grandes felinos del bosque, o el lobo que corre libre. Reclamo lo que es mío y lo mantengo. Tu miedo es una pequeña consecuencia.

- ¿Es ese el tipo de línea de comportamiento que sigues con las mujeres con las que sales?

- Solo salgo contigo así que tendrás la respuesta a eso. - Se enderezó de repente, una muestra de músculos y fluida fuerza.

- No, no encaja conmigo en absoluto. Quiero que te vayas. - Porque si no lo hacía, si se quedaba allí mirándola como la estaba mirando iba a prenderse en llamas. Era demasiado consciente de la reacción de su cuerpo a él. Tenía que decidir si creía en él o no, si confiaba en él al menos, antes de que avanzaran mucho más.

Él sacudió la cabeza.

- Crees que vas a librarte de mí. No tienes ni idea del poder que poseo, o de lo lejos que iría para conservarte.

- Y tú no tienes ni idea de lo que es la ley antiacoso. - Dijo ella. - Pero tienes razón, no tengo ni idea de tu poder. ¿Cómo pudo confiar en que nada de esto sea real?

- ¿Crees que todo esto es una ilusión?

- No sé que creer. Llegas aquí para llevarte a Paul y Ginny. De repente estamos en peligro y mi mundo entero está patas arriba. Pero sorpresa... la gran solución es que te los lleves a Brasil contigo. ¿No resulta conveniente? No voy a aceptarlo todo simplemente sin pensar realmente en ello. Así es como soy. Vive con eso. - Sus ojos le enfrentaron, desafiándole incluso. Necesitaba a Ben, necesitaba hablar con él desesperadamente. Estaba fuera de control, provocando a Rafael como hacía.

- Sugiero que dejes de pensar en ese otro hombre. - La voz de él fue muy baja, casi un ronroneo, pero el miedo floreció profundamente en el estómago de Colby y se extendió.

- Ben es mi amigo. Si te mantuvieras fuera de mi cabeza, no sabrías que estaba pensando en él. - Señaló ell.

Los ojos de él no había parpadeado ni una vez; estaban totalmente enfocados en ella. La estaba hipnotizando, tan eficientemente como una cobra hipnotizaba a su presa. Mantuvo su terreno porque no tenía otra elección. No le dejaría tomar el control.

- ¿Qué crees que ocurriría si yo desapareciera? Has pasado un infierno sin mí estos últimos alzamientos, pero ahora estás muy dispuesta a hacerlo de nuevo. ¿Podrías habértelas arreglado sin la ayuda de mi hermano?

Ella se sobresaltó visiblemente.

- Ahí tienes, Rafael. No, no me las habría arreglado y eso me dice algo importante. No es normal no ser capaz de pasar unos pocos días sin ver a alguien. O sentirle dentro de tu cabeza. Ahí es donde estás, dentro de mi cabeza, y no puedo sacarte. No está bien.

- ¿Cómo sabes lo que está bien? Mantienes a propósito nuestra relación en un plano físico. No tocas mi mente para averiguar quién y qué soy. No quieres saberlo.

Su tono era humilde pero el estómago de ella se tensó ante la forma en que seguía mirándola. De repente notó que estaba completamente sola en la casa del rancho y él lo había arreglado así.

- Tú la mantienes en el plano físico, Rafael. La forma en que me miras y me tocas. Eres un hombre muy físico y no aceptas un no por respuesta, no cuando me deseas.

- Bien, al menos nos entendemos el uno al otro. - Dijo él.

- No, no nos entendemos. - Estalló ella. Se paseó por la habitación y después se dió la vuelta para confrontarle. - Actúas tan tranquilamente, como si todo fuera normal, Rafael. Intentaste matarme. De acuerdo, hagamos a un lado el hecho de que la arrancaste el corazón a un hombre del pecho y lo de la bola de fuego que sacaste del cielo. Dejemos eso por el momento y vayamos al hecho de que casi me matas. Lo vi en tus ojos. Podrías haber matado también a Juan.

La mirada oscura de Rafael se encontró con la de ella.

- Es cierto.

- Me dijiste que nunca podrías hacer daño a tu compañera. Si yo soy esa persona, ¿cómo es posible? Tus propias palabras te convierten en un mentiroso, o estás muy equivocado sobre todo esto. - La había asustado a muerte. Incluso ahora, solo pensar en ello la hacía temblar de miedo.

- Para que entiendas como es posible semejante cosa, tengo que hablarte de mí mismo y de mis hermanos. Incluso cuando éramos jóvenes, aún antes de los doscientos años, sabíamos que éramos diferentes a la mayor parte de los hombres Cárpatos. Desafiábamos cada regla, empujábamos cada límite. Celebrábamos nuestro poder y fuerza y cuando el príncipe nos daba una orden, obedecíamos, pero cuestionábamos. Zacarías era nuestro líder reconocido, primero y siempre antes que nuestro príncipe.

- Así que erais los chicos malos de la comunidad.

- Más que chicos malos. Nos irritaban los restricciones colocadas sobre nuestra raza. Nuestros más cercanos amigos eran los hermanos Malinov. Jugaban tan duro como nosotros, celebramos batallas, desafíos, y teníamos largas discusiones sobre por qué nuestra especie debía dominar sobre la humanidad. Sabíamos que teníamos poder y nos parecía mal que permitir que nuestro príncipe mantuviera nuestra fuerza en secreto. Cuando crecimos en fuerza, luchando contra los vampiros y aprendiendo en nuestro desarrollo como guerreros, nos unimos más y cuestionamos la autoridad de nuestro líder. Incluso discutimos la posibilidad de derrocar a la familia Dubrinsky y asumir el liderazgo.

Colby se sentó en una silla, sentía las piernas de goma. Nada de lo que le había contado hasta el momento la hacía confiar en él y en su relación.

- ¿Realmente conspirasteis para derrocar a vuestro gobernante?

- En un interesante debate. Ocurrió mucho antes de que ninguno de nosotros lo pensara seriamente. Finalmente, la noche en que nuestro príncipe los envió lejos de nuestra tierra natal sin posibilidad de encontrar nunca una compañera.. al menos eso era lo que pensábamos entonces... discutimos sobre convertirnos en vampiro y si seríamos lo suficientemente fuertes como unidad para evitar volvernos los unos contra los otros como hacen los vampiros. Podríamos separarnos y dispersarnos para reclutar a otros de nuestra raza, utilizando un nombre en clave. De esa forma, parecería como si la misma persona estuviera en varios lugares a la vez.

Colby pensó en el horrible monstruo que había mantenido a Paul delante de él, hundiendo los dientes en su hermano, las criaturas mutadas ondulando a su alrededor. Se presionó la mano sobre el estómago.

- ¿Dónde está la parte que tengo que entender?

- Trato de decirte que nuestra naturaleza era más oscura, más animal, incluso más depredadora que la de muchos Cárpatos. Solo ha estado el hecho de que mis hermanos y yo hemos permanecido unidos, el que tengamos un pacto y lo mantengamos. Discutimos estas cosas, pero al final, todo se redujo a una. Honor. Nos negamos a vivir sin honor. Los hermanos Malinov sentían lo mismo. Nuestra decisión no nos hacía más fácil conformarnos con las normas. Tengo una naturaleza depredadora. Tú no has comprometido tu vida con la mía. Te necesito como antes; necesito ese compromiso para que nuestras almas puedes fundirse completamente.

Ella se levantó de un salto.

- Ahora me estás culpando de lo que ocurrió. Tu naturaleza depredadora podría simplemente sacar tu fea cabeza de nuevo y la próxima vez me matarás a mí, o a Paul, o a mi hermana.

Un siseo bajo de impaciencia acompañó a la exhalación de él.

- Te he contado cosas que nunca he contado a ninguna otra persona y aún así no ves que compartiendo esta vergonzosa parte de mí, te estoy ofreciendo un regalo. Nunca lo habrías encontrado enterrado profundamente dentro de mí. Decidí ser honesto. Nicolás tiene razón, no hay otra forma que obligarte.

Ella se humedeció los labios secos con la punta de la lengua. Rafael bullía bajo su conducta engañosamente perezosa, un caldero arremolineante de calor y fuego. La hacía arder solo mirarle. Sus ojos quemaban a fuego lento un momento, se volvían frío hielo al siguiente. Colby dejó escapar lentamente el aliento.

- ¿Qué vas a hacer? - Odiaba que la voz le saliera en un susurro.

- Afortunadamente para ti, tu buen amigo del Sheriff ha llegado sin que le llamaras. ¿Has ganado otra tregua temporal?

El alivio la inundó instantáneamente. Se hundió hacia atrás en la silla. No tenía ni idea de la tensión que se había acumulado tan firmemente. Parpadeó y él ya no estaba en la pared cerca de la puerta, sino acuchillado a sus pies, levantando la mirada hacia ella.

- Se muy cuidadosa con este hombre, Colby. Estoy enfadado más allá de tu imaginación y te necesito de más formas de las que piensas. No quiero que sufra un hombre inocente porque me has empujado demasiado lejos.

Colby se retorció los dedos. Perversamente, una parte de ella estaba desilusionad y era lo bastante honesta como para reconocer el hecho. Se estaba ahogando en el deseo de su cuerpo por él. Su mente deseba tocar la de él. Le anhelaba y deseaba sus brazos rodeándola. Mantenerse lejos de él era difícil y agotados.

- No hagas daño a Ben. - Susurró.

Los dedos de él le cogieron firmemente la barbilla.

- Entonces no hagas nada que me provoque. Admite que no soy humano. Permítete a ti misma admitirlo y será mucho más fácil aceptar que no tengo completamente características humanas. Nací y me eduqué como cazador, perseguidor de presas. Es lo que hago y por lo que vivo. Cada instinto que tengo es de depredador.

- De acuerdo. - Su mirada se deslizó lejos de él. - No estás ayudando a tu causa. ¿Por qué intentas asustarme deliberadamente? Ya estoy asustada.

- Porque debes estar asustada. No estás enfrentándote a un hombre civilizado que entiende las leyes y las respeta. Nuestras propias leyes, basadas en nuestra naturaleza, nos rigen. Si no hago lo que me dictan mis instintos, pongo en peligro a demasiada gente. Sopesa eso contra tu reluctancia, cuando sé que al final el resultado será el mismo...

- Eso no lo sabes. - Interrumpió ella, intentando librarse de su firme garra. Siempre se sorprendía de su fuerza, pero él nunca parecía hacerle daño, incluso cuando era rudo. Su toque hacían que le rozaran alas de mariposa en el estómago.

- Lo sé. La única forma en que cambiará es si yo muero.

Sus palabras la dejaron sin aliento. Enviando un oscuro temor arrastrándose por su cuerpo. Parpadeó para contener las lágrimas, odiando que solo la idea de su muerte desgarraran sus emociones.

El golpe en la puerta de la cocina fue ruidoso pero breve. La voz de Ben la llamó.

- ¿Colby? ¿Estás en casa? Doc dijo que tenías un corte feo en la pierna y el veterinario dijo que el caballo estaba drogado. - Estaba atravesando la casa.

Rafael frunció el ceño con disgusto ante la fácil familiaridad del otro hombre. A regañadientes permitió que Colby apartara la barbilla de su mano y se puso en pie, pareciendo más que nunca un felino.

- Estoy en el salón, Ben. - Respondió Colby, con la mirada sobre Rafael. No podía apartar la mirada ni aunque lo intentara. Él era demasiado abrumador, llenando la habitación con su presencia, respirando todo el aire y ocupando todo el espacio.

- ¿Como de malo es esta vez, cariño? - Preguntó Ben mientras entraba en la habitación. Se detuvo durante un momento cuando vio a Rafael recostado contra el escritorio con los brazos cruzados y las piernas extendidas delante de él perezosamente. Inmediatamente la tensión en la habitación subió varios grados.

Colby se pasó la mano por la cara.

- Estoy bien, Ben. Gracias por preocuparte por mí. Paul y Ginny estás en el rancho de Sean Everett en este momento y yo estaba solo descansando. - ¿Por qué no dices algo? ¿Como que arrestara a Rafael por acecharla? Se presionó los dedos sobre las sienes palpitantes y sacudió la cabeza antes su propia estupidez. No tenía la clase de fuerza que se requería para sacar a Rafael de su vida. Quizás podría hacerlo por sus hermanos, pero no por sí misma. Estaba empezando despreciarse.

Querida. La voz de él era suave, compeledora. Un susurro terriblemente íntimo en su mente. Estás empezando a entender, aceptar. Te enfrentas a tanto por los demás sin miedo y aún así no puedes aceptar nada para ti misma.

Cuando él hacía eso, cuando hablaba en su mente, se volvía del revés y deseó enterrarse dentro de él y ser todo lo que él quería y necesitaba.

- Hemos tenido problemas por aquí, Colby. Debería haberte escuchado cuando hablaste de todos los accidente que ocurrían en tu rancho y de la desaparición del viejo Pete. - Se quitó el sombrero y se hundió en una de sus mecedoras buenas. - Han desaparecido tres personas en el pueblo y otras dos de un par de ranchos.

Colby miró a Rafael. Las noticias obviamente no le sorprendían.

Los vampiros tiene que alimentarse y cuando se alimentan, matan a su presa.

Un escalofría recorrió su espina dorsal. Estaba tan tranquilo sobre la cuestión, tan resignado. Así de fácil. Como si sus sentimientos no estuvieran envueltos.

No he tenido emociones durante siglos. No siento cuando cazo al vampiro. No sería capaz de matar al que fue mi amigo una y otra vez.

- ¿Hay evidencia de juego sucio? - Preguntó Colby, estudiando a Rafaael. ¿Lo sentía alguna vez por las víctimas? ¿Por las familias? No podía ver evidencias de ella. ¿Qué sentiste cuando arrancaste el corazón a eso pobre desafortunado? Porque podría haber sido el corazón de Paul. Podría haber cazado a su hermano. El vampiro le había mordido, intentado utilizarle del mismo modo que se utilizaría a una marioneta.

No siento nada en absoluto. No le mentiría. Ella insistía en asustarse a sí misma y hacer su vida mucho más difícil de lo necesario.

¿Habrías sido tan desapasionado si hubiera sido Paul?

No era Paul.

- ¿Colby, has escuchado al menos una palabra de lo que estoy diciendo? - Exigió Ben.

- Lo siento, si, es solo que es tan horrendo. Nunca antes habíamos tenido asesinados y desapariciones por aquí.

- Hablé con Tony Harris. - La mirada dura de Ben cayó sobre Rafael.

Colby tenía que admitir que Rafael no parecía impresionado o arrepentido en lo más mínimo.

- No tengo ni idea de lo que poseyó a Tony. Estaba mucho peor de lo normal.

- Afortunadamente para el Señor De La Cruz, admitió que te había asaltado. - Dijo Ben. - Me hubiera gustada darle una buena paliza yo mismo.

- ¿Tony lo admitió? - Colby estaba sorprendida. Miró suspicazmente hacia Rafael. ¿Había plantado una compulsión en el hombre para que contara la verdad? Los duros rasgos de Rafael permanecieron inexpresivos.

Ben asintió.

- Tuve un larga charla con él y sobre todo lo que estaba pasando aquí. He estado sospechando que su jefe quería tu rancho y que era el causante de algunos de vuestros accidentes.

- Yo también lo pensé, Ben. - Dijo Colby. - pero por muy matón que sea Tony, es ranchero. Es uno de nosotros. No puedo imaginarle haciendo eso a los chicos y a mí. Le conozco de toda la vida.

- Y siempre has sobresalido sobre él.

Colby extendió los dedos delante de ella.

- Quizás sea verdad. Siempre ha sido un matón. Odio la forma en que me habla.

- Te ha estado rondando durante años, Colby. - Dijo Ben.

Ella miró a Rafael. No podía contenerse, pero no quería mirarle. Podía sentir su mirada, ardiente y posesiva, sobre su cuerpo. Deja de mirarme así. La plegaria explotó de ella antes de poder detenerla. La hacía desearle sin tocarle. De pie al otra lado de la habitación, con aspecto tan frío y casi aburrido, podía mirarla y reducirla a rabiosas hormonas. Lo odio. Odio lo que me haces.

- No lo creo, Ben. Siempre fue asqueroso conmigo. Asqueroso y sarcástico. Siempre me llama princesa de hielo.

- Todo el mundo sabe que no tiene nada que hacer contigo, Colby. Y es asqueroso y sarcástico. No estoy diciendo que Tony Harrys sea un gran tipo.. es traicionero como una serpiente... pero parece pensar que deberías estar con él y está endemoniadamente furioso porque no lo estás. Estaba bien cuando no sentía que tenía un rival, pero todo el mundo sabe que estás liada con De La Cruz. - Ben lanzó su pulgar hacia Rafael. - Y la nariz de Tony está hiperventilando.

- Eso no le da derecho a poner las manos sobre mí.

- No, no lo hace, y le habría arrestado y hubieras puesto una denuncia. Y si yo hubiera visto lo que te hizo habría hecho lo mismo que De La Cruz. - Miró hacia Rafael. - Te has hecho un enemigo de por vida. Tony no respeta demasiado la ley.

Rafael se encogió de hombros, despreocupadamente.

- ¿Ha tenido algo que ver con los accidentes que han ocurrido en el rancho de Colby?

- Eso creo. - Dijo Ben. - Evadió el asunto, pero no lo negó tampoco. Creo que el gusano de su jefe intentó conseguir el rancho barato y Tony le ayudó. Dos veces, en el curso de la conversación, dijo que quizás Colby no sería tan altiva y poderosa cuando comprendiera que necesitaba un hombre que la ayudara. Creo que a su forma retorcida, Tony pensó que podría ayudar a Colby a pedirle ayuda.

- ¡Como si lo hubiera hecho! - Casi bufó Colby. - Nunca pediría ayuda a esa rata. Deberías haberle visto cuando pensó que estaba sola en las miras. Él y ese... - Se interumpió, mordiéndose con fuerza el labio. No quería hablar de Ernie Carter, o pensar en Rafael de pie, cubierto de heridas, con el puño enterrado en el pecho del hombre. Cerró los ojos, sintiéndose enferma.

Ben se encogió de hombros.

- Tony se hacía falsas ilusiones, Colby, pero creo que tuvo oportunidad y a su propio modo retorcido, motivos.

Ella se enredezó.

- Sospecho que mató a Pete, ¿verdad? - Tony era muchas cosas, pero no un asesino. No quería intentar contar a Ben que había vampiros y marionetas en su condado. La encerraría en

una celda acolchada, pero no podía dejar que arrestaran a Tony por asesinato.

- Tony no es lo bastante listo como para cometer un asesinato y salir impune. Bebe mucho y habla cuando está borracho. Nadie le ayudaría a encubrir un asesinato.

Colby dejo escapar el aliento lentamente.

- Si ese gusano de Clinton Daniel está causando todos los accidentes en mi rancho, ¿cómo vamos a atraparle? Envió a Tony o a uno de sus otros hombres... nunca se ensuciaría sus propias manos.

- Sea lo que sea lo que estás pensando, Colby. - Advirtió Ben. - no lo hagas.

- Bueno, alguien tiene que detenerle. No voy a contentarme con meter a Tony en la cárcel si Daniels le incitó.

Rafael, siempre una sombra en su mente, tócó sus planes, irritado de que Ben pudiera leerla tan fácilmente. Captó sus pensamientos, encontrarse con Daniels por casualidad para tomar una copa, coquetear con él, intentar sacarle información y grabarlo. ¿Podría besarle? No estaba segura de poder ir tan lejos.

Yo no lo creo. Tendría que matarle. Declaró Rafael. Y después tendrías que tratar con mi furia.

Ahórrame el drama masculino. Esto es serio. Clinton Daniels es una serpiente. He luchado durante meses intentando mantener esto en pie.

- Te quedarás lejos de Daniels, Colby. - Dijo Ben. - No quiero tu culito en medio de cadáveres y despariciones.

Colby le sonrió. Ben había utilizado su voz más severa con ella.

- Ben, cariño, nadie dice ya "culito".

Sintió la oscuridad entonces, oyó el rugido de una bestia. Rafael volvió la cara lejos de ella, mirando hacia afuera por la ventana, dándoles la espalda, pero supo que los colmillos habían explotado en su boca. Estaba luchando contra en oscuro instinto que parecía estar jugando duro.

¿Qué? Se pasó una mano por el pelo, irritada una vez más.

Llamas a este hombre con un apelativo cariñoso cuando ni siquiera contemplas la posibilidad de sentir afecto por mí. ¿Cómo esperas que reacciones tu compañero?

Fue casi un gruñido. El corazón le atronó con fuerza entra el pecho. ¿Ben? ¿Estás celoso de Ben? ¿Estás loco? Ben cree que estoy chalada. Me quiere como a una hermana o algo. Y yo le quiero del mismo modo.

No me hables de querer a otro hombre cuando te niegas a amarme a mí.

Rafael, Ben no intenta controlar mi mente o darme órdenes como si fuera una muñeca sexy sin cerebro. Quizás debería intentar aprender algo de él.

Ben no lo intenta porque no le perteneces.

- ¡Oh, por amor de Dios! - Exasperada, Colby se puso en pie de un alto. - Los hombres son estúpidos. No puedo con esto. Realmente no puedo, Ben, vete y llévate a Rafael contigo.

Ben parecía completamente confuso.

- Nunca tienes ningún sentido, Colby.

- Tengo perfecto sentido, Ben. Los hombres no tienes sentido. Necesito descansar. Estoy molesta y soy fácil de enfadar y francamente si no salis de mis casa, os soltaré el perro a los dos. - Miró fijamente a Rafael, con las manos en las caderas.

Él se enderezó lentamente. Fue un movimiento perezoso, pero felino y sensual. O depredador y sensual. Colby no podía decidirse. Fuera lo que fuera, apenas podía respirar con él mirándola. Devorándola. Arrancándole la ropa y reclamándola con hambrientos ojos negros. Dio un paso hacia ella y se detuvo bruscamente, una intensidad al rojo vivo flotó en su mirada, siendo reemplazada por el frío cálculo. Instantáneamente sintió la oscuridad arrastrándose a través del cielo, invadiendo sus tierras.

¿Qué es? Pero ya lo sabía. Estaba allí fuera, quizás vigilando, quizás otra vez tras Paul. El vampiro se había alzado.

Sabe que no estoy aún en plena forma y desea ponerme a prueba en batalla. El vampiro siempre aprovecha la ventaja.

- Entonces no vayas. Quédate aquí conmigo. - Colby cruzó la pequeña distancia entre ellos, cogiéndole el brazo. - Espera hasta que esté más fuerte. - Era perverso, y totalmente un cambio radical de actitud, sus emociones se balanceaban salvajemente fuera de control ante la idea de que Rafael estuviera en peligro. No pudo contenerse para aferrarse a él incluso a pesar haber deseado que se fuera solo momentos antes.

Ben lanzó las manos al aire con exasperación.

- Hace dos minutos nos estaban tirando a la calle y azuzándonos el perro, y ahora quieres que nos quedemos. Colby, echa el freno a tus emociones.

Rafael inclinó la cabeza hacia Colby. Le enmarcó la cara con las manos.

- Sabes que tengo que ir, meu amor. Paul esta demasiado en peligro para dejar pasar esto.

- Entonces llama a Nicolás.

Presionó la frente contra la de ella, dejando fuera a Ben, el vampiro, a todos, hasta que solo estuvieron ellos dos. Colby y Rafael.

- Sabes que no puedo. Está demasiado cansado, ha ido demasiado lejos. Lucha contra la oscuridad a cada momento.

- Luchará más aún si te ocurre algo. - Susurró ella. - Rafael, no vayas solo. Eso es lo que él quiere.

- ¿Sabes algo de esas desapariciones, De La Cruz? - Exigió Ben. - Si vas a enfrentarte a algo peligroso, iré contigo.

Rafael no volvió la cabeza, sino que mantuvo la mirada fija en la de Colby.

- Gracias por tu preocupación pero debo ocuparme de este problema solo. Quizás podrías acercarte al rancho Everett y llevar a Colby contigo. Di a Juan y Julio que vigilen al chico.

La besó. Tomó posesión de su boca sin persuadir con ruegos, sin el más ligero jugueteo, sino reclamándola, marcándola, su boca ardiente y hambrienta, exigiendo una respuesta. Colby le envolvió los brazos alrededor del cuello, su cuerpo se fundió con el de él, complemente ajena a la presencia de Ben.

Rafael la apartó de él, se volvió y salió. Colby fue hasta la ventana para verle marchar. Simplemente se disolvió, ya no estaba allí, pero captó un vistazo de un águila real atravesando el cielo.

- Espero endemoniadamente que sepas lo que estás haciendo, Colby. - Espetó Ben.

- Yo también lo espero. - Dijo ella ausentemente.

- Vamos, te llevaré al rancho Everett.

- No voy, Ben, ¿pero te asegurarás de que Paul y Ginny están a salvo?

- ¿Estás segura? - Se colocó el sombrero sobre la cabeza.

- Mucho. - No quería volver la cabeza, solo observó por la ventana hasta que el pájaro gigante hubo desaparecido tras el follaje de los árboles. El corazón se le hundió.

- Tengo demasiado que hacer.

- Ten cuidado, Colby, y cuida esa pierna.

Ella se había olvidado del todo de su pierna. Rafael había curado el corte. Mucho después de que Ben se hubiera alejado conduciendo Colby continuaba mirando por la ventana a la noche, parpadeando para contener las lágrimas. Finalmente se puso la mano en el bolsillo y sacó un trozo arrugado de papel con el número del móvil de Natalya.

CAPITULO DIECISEIS

Rafael. Sal y juega conmigo. La risa áspera resonó por el valle y recorrió las montañas. Las nubes se alargaban en oscuras telas de araña en el lo alto en el cielo mientras el águila real volaba lejos del rancho hacia los picos más altos.

Siempre es un placer, Kirja, respondió Rafael. Entonó baja la voz, una suave melodía de pureza que sabía que irritaría los oídos del vampiro. Hecho de menos los viejos día cuando tenía un desafío ocasionalmente. La mayor parte de los vampiros son tan fáciles de derrotar para alguien con mis habilidades. Deliberadamente provocó a Kirja, jugando con su fija amistad, los días de desafíos y superioridad juvenil.

No me encontrarás tan fácilmente. Había arrogancia en el tono.

Rafael captó un débil olor y cambió de dirección, dibujando un lento y firme círculo. Yo no tendría esperanza. Eras un gran luchador, Kirja, siempre uno de los mejores. No habría diversión en una victoria sin esfuerzo. Rafael le habló, sabedor de e los vampiros eran muy vanos. Kirja siempre había sido especialmente competitivo.

Únete a nosotros. Tu hermano Zacarías estuvo equivocado al decir que deberíamos vivir con el así llamado honor. Le habían lavado el cerebro con un ridículo código. El príncipe nos envió lejos porque temía nuestro poder. ¿Por qué crees que mantuvo a su lado a Lucian y Gabriel? Sabía que nunca podría derrotar nuestra fuerza combinada. Se escondió como un cobarde tras su protección, sabiendo ya, incluso entonces, que eramos más fuertes.

Únete a nosotros, Rafael. Puedes tener a cualquier mujer que elijas. No tenemos que ocultarnos de nuestras presas, sino que podremos utilizarlas como deberían ser utilizadas, como siervos para hacer nuestra voluntad.

¿Y me darías la bienvenida después de todo este tiempo? ¿Después de haber perseguido y destruido a tantos de tus peones? Kirja estaba ahora mucho más cerca, en alguna parte justo adelante, en la espera arboleda de árboles. Su presencia era un hedor apestoso en el aire crispado. Rafael podía ver donde la tierra se había marchitado, retrayéndose ante la presencia del mal. Kirja siempre había preferido la sorpresa de ataques simultáneos desde arriba y abajo. No podría escenificar su emboscada preferida en la arboleda más espesa... los árboles estorbarían sus esfuerzos... pero perversamente, la tierra estaba exactamente en el lugar donde la presencia de Kirja parecía más fuerte. Rafael no confió en la evidencia que Kirja había dejado para que él la encontrara.

Desde su posición en el cielo, Rafael estudió la tierra bajo él con ojo agudo. Las arboledas de pinos formaban un anillo grande y disperso alrededor de una pequeña zona despejada. La esencia de Kirja era fuerte entre los árboles. Rafael sabía que esperaría que el cazador se aproximara a través del claro en forma de animal o reptil. Era poco probable que Kirja revelara su presencia cuando estaba aparentemente entre los árboles y Rafael sacudió mentalmente la cabeza ante su viejo amigo. Debía haber luchado contra cazadores incautos, aquellos sin mucha habilidad en cosas así, para creer que Rafael caería en semejante truco. Rafael no saldría a campo abierto con ninguna forma que le hiciera vulnerable al estilo de ataque favorito de Kirja.

Todavía en la forma del águila real, Rafael dibujó un círculo amplio alrededor de la zona y en medio del vuelo cambió a una pájaro mucho más pequeño, uno nativo de las montañas. Aterrizó en el árbol con el follaje más espeso y las ramas más intrincadas. Oculto entre las ramas y otros pequeños pájaros adormecidos, escuchó los susurros de las hojas y el temblor de miedo que recorría los troncos de los árboles. Insectos, ranas, y otras pequeñas criaturas hacían crujir las ramitas del suelo mientras se arrastraban lejos del claro. Observó a varios lagartos cruzar en transversal el amplio espacio abierto, haciendo paradas en medio de la hierba, quedándose congelados con frecuencia, probando el aire y sintiendo la tierra antes de apresurarse hacia adelante, solo para detenerse de nuevo.

Rafael tomó nota de los signos de desasosiego. Los lagartos sentían la amenaza, pero no podían identificarla. A salvo entre la bandada de pájaros, esperó.

Te estoy esperando, Rafael. ¿Has decidido que no puedes disponer de mí sin tu hermano mayor para protegerte? Había una mofa, en desafía en el tono de Kirja.

Rafael envió su voz hacia el sur, cuidando de no revelar su presencia en la arboleda. No hay honor en derrotar al vampiro. Es simplemente un trabajo, Kirja. Bien sabes la verdad de ello. Se requiera uno o diez cazadores no hay diferencia. Asignamos justicia de acuerdo con la ley.

Sobre el claro, donde las nubes oscuras giraban amenazadoras, el ojo avizor del pájaro captó una llama brillante al borde de la turbulenta masa. Kirja volvía a las andadas y el campo de batalla estaba ya preparado.

Me canso de esperar por ti, Rafael.

Rafael duplicó la arboleda, un hecho difícil y extremo que solo los más viejos y poderosos Cárpatos podían ejecutar. Los árboles surgieron en medio del claro, largas raíces profundamente arraigadas en el suelo, serpenteando para formas una barricada bajo tierra, mientras las ramas se extendía, alzando los brazos hacia el cielo, formando una barrera casi impenetrable.

Los chillidos de dolor y cólera se alzaron de la tierra cuando las serpientes de Kirja explotaron a través de la superficie, una fea masa de escamas y dientes, contorsionándose y coleando mientras intentaban escapar de las implacables raíces. Aporreaban contra la superficie, embistiendo repetidamente hacia el aire vacío, hundiendo sus afilados dientes las unas en las otras con una necesidad sin pensar a cualquier cosa cercana.

Los insectos hormigueaban desde el suelo, millones de ellos, grandes escorpiones y un río de hormigas, un ejército venenoso decidido a matarlo todo a su paso. Rafael contrarrestó el movimiento con naturaleza, haciendo correr sabia de los árboles y extendiéndola en un lago de ámbar líquido, atrapando a los bichitos letales y conteniéndolos dentro de la zona de batalla antes de que pudieran extenderse y causar daño.

Eso no fue muy amable, Rafael. Que cruel para todas esas criaturas vivas.

¿Tus recuerdos de mí son tan descoloridos? Yo nunca fui amable, Kirja, ni nunca aprendí a cómo serlo.

Únete a nosotros. La voz susurró la tentación. Completa tu destino. Siempre has sido más grande que el Príncipe Vlad, y ahora su hijo llorón, Mikhail, ha tomado su lugar. No tiene a nadie que le proteja adecuadamente. Gregori es demasiado joven y no tiene experiencia con los antiguos. Horneó sus habilidades con la juventud, nunca notó nuestra existencia. Es complaciente con sus habilidades en batalla, pensando que lo sabe todo, pero solo se las ha arreglado para derrotar a vampiros menores. Aquellos que él piensa son auténticos maestros son marionetas para ser utilizadas para conseguir nuestra meta. Tú y yo sabemos que Gregori no se acerca siquiera a nuestras habilidades y nunca podría derrotarnos. Únete a nosotros, Rafael. Acepta tu auténtico destino.

El vampiro atacó desde el cielo, haciendo llover fuego sobre los árboles clonados, lanzando rayo tras rayo de relámpago entre los grandes troncos de árboles haciendo que explotaran en llamas y ennegrecieran bajo el pesado asalto. Los troncos se apartaron, algunos cayeron bajo las explosiones que caían del cielo. Rafael asintió con la cabeza de pájaro hacia las nubes arremolinantes, soltando la lluvia para apagar el fuego.

Las gotas cayeron, oscuras y afeadas por el ácido, siseando mientras ardían a través de árboles y follaje hasta el suelo, marchitando cada planta que encontraba en su camino y enterrándose profundamente en el suelo, infectando la tierra misma de veneno.

Muy bonito. Rafael mantuvo su tono admirado como si llegara del sur, esperando que Kirja creyera que estaba orquestando la batalla a distancia.

Pensé que te gustaría. Kirja dio la impresión de estar haciendo una reverencia.

Rafael miró fijamente al cielo dentro del refugio del cuerpo del pájaro dentro de la arboleda. La lluvia cesó bruscamente cuando un viento llegó del sur, feroz mientras se lanzaba con una fuerza huracanada a través de las nubes de ácido, esparciéndolas por el cielo, trayendo con él una tormenta. El relámpago se formó entre las nuevos y una lluvia clara como el cristal cayó una vez más, cayendo a raudales sobre los fuegos y dejando atrás una crispida y fresca fragancia.

Lucian y Gabriel se han alzado. Lucharán por su príncipe. Falcon está vivo, al igual que Traian. Lucharán.

Se han vuelto suaves. Tienen mujeres a las que proteger. Los cazadores pierden su filo cuando se preocupan por la pérdida de una compañera. Nosotros cazamos y no nos preocupamos por nadie así tenemos ventaja. Únete a nosotros. Rafael. Nuestras filas crecen mientras los cazadores permiten que su número mengüe y sus habilidades se debiliten. La mayor parte de ellos son artesanos, no auténticos cazadores. He destruido a miles de ellos. Llama a tu hermano y únanse a nosotros. No nos derrotarán.

La lluvia pasó de agua hielo a una tormenta de carámbanos cayendo del cielo, perforando los árboles en todas direcciones, atravesando la corteza hasta el mismo corazón de los árboles con la intención de matarlos. Las astillas recorrieron los arbustos y el follaje, buscando objetivos, esperando que Rafael estuviera escondido allí.

Dentro del cuerpo del pájaro, a una distancia segura lejos de la tormenta de hielo, Rafael sonrió. Kirja era raro, no huía, sino que contraatacaba, aprovechando cada arma a su favor mientras intentaba acumular puntos contra Rafael.

Me recuerda a los viejos tiempos.

Vivo para el chillido de los árboles cuando el hielo perfora sus corazones.

Siempre disfrutaste de sentir el poder de la vida y la muerte sobre las cosas vivas. Kirja.

Como tú, Rafael. No te engañes. Tu naturaleza exige dominación sobre los demás. Sabes que eres un ser poderoso y te obligas a ti mismo a someterte esa escoria de seres menores en cada momento de tu existencia. Únete a nosotros. No pueden aguantar contra nuestras crecientes filas.

Rafael sabía que había un laberinto subterráneo ahí. Había pasado tiempo en las cavernas y bajo la superficie de la rica tierra. Había escuchado el susurró de las canciones de la tierra así que sabía que había abundante agua fluyendo de varias fuentes. Las llamó a todas, una orden susurrada, seguro de que Kirja dirigía la batalla desde la superficie donde la mayor parte de sus trampas podían protegerle.

Primero empezó un chorrito. Tan sintonizado como estaba con la tierra, podía sentir la más ligera de las vibraciones mientras el río subterráneo empezaba a formarse, el agua llegó de todas las direcciones hasta que fue una poderosa fuerza en movimiento. Dirigió la corriente para que el agua golpeado a través del suelo en la zona que estaba seguro de que Kirja ocupaba. En medio de las olas envió afiladas estacas ocultas entre las profundidades de las frías olas. El agua saturaría la tierra, diluyendo los venenos que Kirja había inyectado, permitiendo que las plantas crecieran una vez más después de que el vampiro se hubiera ido.

El río subterráneo creció hasta convertirse en un monstruoso rápido, rugiendo a través de la tierra, barriendo con todo a su paso. Un grito de rabio y dolor sacudió la tierra y varios árboles explotaron, haciendo llover afiladas estacas a través de la arboleda clonada. La sangre burbujeó a través de la tierra, acumulándose en un humeante y nocivo charco, una señal segura de que el vampiro había sido herido.

Desde su posición aventajada entre los árboles justo al este de los árboles clonados, Rafael esperó a que Kirja saliera a la superficie. No había forma de que pudiera resistir el poder del agua corriendo bajo la superficie o las afiladas raíces que se lanzaban a través del río con mortífera intención. Tendría que emerger.

El agua atravesó la tierra, géiseres arrojaron agua a gran altura, hirviendo como alimentados por un volcán al rojo. Grandes bolas de barro salían de los agujeros, todavía burbujeando de calor mientras atravesaban el aire en todas direcciones. En medio del vapor, se alzó una columna más oscura, disparándose hacia las nubes. Los bordes de la tela de vapor ensombrecido brillaban de un rojo profundo.

Al momento Rafael atacó, erigiendo una barrera a través del cielo haciendo que el vapor la golpeara con fuerza y se aferrara a la superficie transparente como pequeñas gotas de condensación. Envió un calor pulsante a través de la barrera, secando la condensación, obligando al vampiro a tomar forma.

Inmediatamente el cielo se oscureció, con un enorme enjambre de abejas asesinas que empezaron a atacar a cada criatura viviente, ya fueran insectos o mamíferos, lanzándose en masa sobre los cuerpo en aglomeraciones, volando hacia los árboles y arbustos en un frenesí de odio y rabia.

Rafael envió un reacción violenta, sorbiendo todo el oxígeno del aire sobre los árboles clonados. Las abejas cayeron al suelo, centímetros de espesor cubriendo el suelo, una alfombra de cuerpo, muertos y moribundos. Desde el suelo se alzó una oscura sombra transparente. Se movió a gran velocidad hasta el árbol más cercano, deslizándose dentro del tronco ennegrecido. Al momento las hojas que quedaban se marchitaron y rizaron en tiras marrones. Las ramas se enmarañaron y anudaron, grandes tumores explotaron a través de la corteza, la madera se astillaba en los lugares en los que el mal se demoraba.

Kirja. Esto es tan impropio de ti. Estoy a tus talones. ¿Sientes mi aliento en tu cuello? ¿La comezón entre sus hombros? Mientras hablaba, Rafael lanzó otro rayo, un latido dentado que saltó el árbol en pedazos. Una vez más la sombra se deslizó hasta el árbol más cercano. ¿Por qué huyes? Creía que querías jugar, viejo amigo.

Lava ardiente se vertió a través de la ventilación de los geiseres que había abierto, arrojada desde debajo de la tierra, eyectando cenizas y fuego al aire. Roca fundida explotó y golpeó la tierra como feroces meteoritos. Los árboles estallaron en llamas y bajo la tierra el río se convirtió en una corriente de lava.

Puedo jugar. Un rechinar de dientes acompañó a las palabras. No te gustará como juego este juego, Rafael. Deberías haber aprovechado la oportunidad que te di de unirte a nuestras filas. Morirás de una muerte horrible, pero antes de que lo hagas, destruiré todo y a todos los que te importan. Esa es mi promesa.

Rafael mantuvo sus ojos agudos fijos en los árboles mientras la sombra del vampiro corriendo de un tronco a otro en un intento de salir del bosque clonado a la seguridad de la tierra. Kirja, escapaba, manteniéndose a cubierto para que Rafael no tuviera oportunidad de conseguir un blanco claro para entregar un golpe mortal. Kirja no podía ocultarse en los árboles; las ramas retorcidas y nudosas le delataban cada vez, abriéndose para rebelar el veneno haciendo que se filtrara como sabio a través de las hendiduras.

Para combatir los fuegos y los ríos de ardiente lava destructiva, Rafael llamó a las nubes para que se oscurecieran y al momento la nieve cayó del cielo, grandes cantidades, una ventisca que solo se añadió al vapor que oscurecía su visión. Enfrió la lava rápidamente, tomando el aire, cauteloso antes las trampas, pero sabiendo que Kirja no tenía más elección que huir. Cambió de forma, utilizando los agudos ojos del águila real mientras volaba en círculos sobre el bosque clonado, ahora quemado y dañado. La nieve y el vapor formaban un velo casi impenetrable, pero captó un vistazo de una sombra oscura en el borde mismo de la arboleda emergiendo de un árbol retorcido. Gotas de sangre mancharon la nieve cuando el vampiro desapareció en lo que solo podía ser un túneles de lava, un túnel formado por la corriente, dirigiéndose profundamente hacia el interior de las cavernas. Los gases normalmente fluían a través de semejantes túneles una vez la lava empezaba a enfriarse, pero

obviamente Kirja todavía tenía suficiente poder y energía para hacer soplar un viento enérgico delante de él y despejarse el camino.

Maldiciendo suavemente, Rafael le siguió. Era peligroso perseguir a un vampiro herido, especialmente a un maestro en la batalla como Kirja. Rafael le presionó con fuerza, no estaba dispuesto a darle tiempo a erigir un defensa. No iba a arriesgarse a perder a Colby y conocía a Kirja, sabía que nunca olvidaría esa amarga promesa de venganza. Un día Kirja, incluso aunque llevara mil años, encontraría una forma de vengarse de esta batalla. Incluso cuando era un muchacho siempre había igualado el marcador contra desaires percibidos. Rafael le había herido y nunca lo olvidaría.

Traicionaste nuestra amistad. Kirja escupió las palabras, con veneno en su voz. Se estaba moviendo rápido. Rafael captó la impresión del túnel inclinado, la viscosa superficie ennegrecida mientras el vampiro se apresuraba hacia la seguridad del interior de la montaña. Igual que la traicionaste hace tantos años permitiendo que ese tonto de Vlad te enviara a tu condena. Nos aisló a propósito. Sabía lo que hacía. Literalmente nos envió al exilio mientras escogía a sus elegidos para tomar a las mujeres y vivir la vida que debía ser nuestra.

Rafael permaneció en silencio mientras volaba al interior del túnel, cambiando a la forma más pequeña de un murciélago. Fuera cual fuera la trampa que Kirja se las había arreglado para tender sería frágil y en el cuerpo más pequeño Rafael tenía grandes posibilidades de evitar una emboscada. El flujo de lava se había torcido y girado mientras formaba el tuvo, haciendo dificil ver lo que había adelante. Rafael confió en sus agudos sentidos para advertirse del peligro inminente.

Girando una esquina, la superficie del tubo pasó de la nada amenazadora de una cuerda a la de un concha, una serie de escombros sueltos con protuberancias afiladas como cuchillos y formas afiladas. Kirja se había asegurado de que la superficie fuera horneada con bordes afilados para cortar cualquier movimiento a través de ella. El túnel se estrechó mientras descendía bajo la tierra y se adentraba profundamente en las cavernas bajo la montaña. Rafael, incluso en la forma del pequeño murciélago, se vio obligado a desacelerar.

Intentó algo que no había hecho en siglos. Cuando eran pequeños, Kirja y él habían intentado "ver" a través de los ojos del otro. Esencialmente lo habían hecho sin utilizar el intercambio de sangre. En vez de eso, habían seguido el vínculo mental e intentado tocar los sentidos del otro. Habían tenido éxito con práctica. Aunque oxidado, Rafael era mucho más poderoso de lo que había sido de niños. Se extendió para tocar el cerebro del vampiro. La conexión fue casi instantánea y Rafael no estaba preparado para la masa de odio y astucia revueltos. Kirja tropezaba con cada superficie irregular, intentando cerrar el túnel tras él. Estaba mucho más débil por sus heridas de lo que Rafael había supuesto, o habría utilizado más poder. El no-muerto conservaba fuerzas para una lucha si era necesario.

Tomando aliento, mantuvo cuidadosamente su toque ligero, Rafael vertía a través de la furia helada y el centro pútrido para intentar encontrar la visión necesitar para ver en la cabeza de Kirja, para establecer su propia emboscada. Le llevó solo segundo de ver la larga expansión de lava ennegrecido que necesitaba. Al instante debilitó la superficie varias yardas adelante, manteniendo el estrato exterior con apariencia suavemente pareja, pero fina como el papel. Bajo la superficie, acumuló las protuberancias afiladas que aguantarían mucho, pero podían proporcionar filo.

Rafael se arrancó de la mente de Kirja tan gentilmente como fue posible, no queriendo traicionar el hecho de que había establecido el contacto. Vio el momento exacto en que el vampiro pisaba sobre la fina superficie, agrietándola y cayendo a través de ella. Un horrendo grito sacudió la paredes del precario túnel y el nocivo olor a carne quemada permeó el aire. Rafael rodeó dos esquinas y se encontró mirando al vampiro solo a escasas yardas de distancia.

Kirja se sacó a sí mismo del hoyo. La mayor parte de sus piernas ardieron hasta ensangrentados muñones, la piel caía hecha cenizas, mientras alzaba su mirada llena de odio hacia Rafael. Tu mujer sufrirá como ninguna otra mujer haya sufrido nunca. Hizo la promesa con una voz áspera y siseante, toda pretensión de amistad largamente desaparecida. Rafael se lanzó hacia él, yendo a por la muerte, decidido separar el corazón del cuerpo. A medio camino hacia el vampiro, todo el tuvo se hundió, la caverna subterránea misma. Toneladas de tierra y roca llovieron entre ellos, haciendo retroceder a Rafael. Se vio obligado a utilizar su poder para evitar quedar enterrado bajo los escombros, formando un caverna protectora a su alrededor y esperando a que la tierra se asentara.

Kirja no estaba en forma para atacar a Colby o a los niños. Estarían seguros mientras el vampiro sanaba, pero tenía que hacerse con ella. No quedaba tiempo. Colby tenía que ser llevada completamente a su mundo, donde Rafael podría protegerla de la venganza. Incluso cavando a través de los escombros no llegaría al vampiro. Conocía a Kirja, sabía que encontraría un agujero y se arrastraría a través de él, quizás esperando años para alzarse antes de intentar exigir su venganza, pero tarde o temprano haría su movimiento. Tarde o temprano, ocurriría.

Rafael se extendió para tocar a Colby, asegurarse a sí mismo que estaba esperando en el rancho Everett adonde la había mandado. Para su sorpresa, estaba en el bar. Por un momento simplemente se quedó allí ultrajado, enterrado bajo la montaña, la tierra sobre él devastada por la batalla entre dos antiguos. Colby no le había escuchado, no había prestado atención cuando había intentado advertirla. No haría querido oírle.

Se abrió paso a través del polvo y la roca hasta que encontró el lugar donde había visto por última vez a Kirja. No había nada. Ni rastro de sangre. Ni siquiera un olor. En la caverna cerrada debería haber olido la corrupción del vampiro, pero Kirja era un maestro ancestral y podía disimular lo que era cuando deseaba. No había forma de seguirle y aprovecharse de sus heridas.

De vuelta a la superficie, Rafael limpio la evidencia de las tormentas. Incineró los árboles dañados y se ocupó de que las corrientes subterráneas volvieran a donde pertenecían. La lava desapareció tan rápidamente como había surgido, de vuelta a la pequeña charca bajo la montaña durmiente. Cuando estuvo hecho y se hubo limpiado a sí mismo, volvió su atención a su tarea más importante. Seducir a Colby y tomar lo que era legítimamente suyo.

Natalya estaba sentada en la esquina más oscura del bar, de espaldas a la pared, su mirada se movía constantemente sobre la multitud. Inclinó la cabeza cuando Colby se sentó.

- Conoces a todo el mundo, ¿verdad? - Había una nota triste en su voz.

- Bastante, si.

- Debe ser agradable. Yo nunca puedo quedarme mucho en ninguna parte. - Natalya se inclinó más cerca. - No puedo arriesgarme a que ninguno de los cazadores me encuentre.

- ¿Por qué? ¿Qué quieren de ti? - Preguntó Colby, frotándose las sienes repentinamente palpitantes. - Tengo que conseguir algunas respuestas o voy a perder la cabeza. Honestamente estoy en un punto donde no puedo decir que es real y que ilusión. ¿Son reales los vampiros? Encontré a una criatura horrible, pero juro que debo haberme vuelto loco y estar alimentando ilusiones. Histeria en masa. - Brevemente se cubrió la cara con las manos antes de volver a mirar a la otra mujer. - Quería hablar de esto a Ben... es el sheriff, un amigo en quien he confiado toda la vida ¿pero sabes lo loco que suena todo esto? Me encerraría y tiraría la llave.

Natalya la evaluó con compasión.

- Lo siento, sé lo difícil que debe ser para ti. Desearía poder ayudar.

- Dijiste que si quería ir contigo... - Colby arrastró las palabras cuando Natalya sacudió la cabeza.

- Él puede seguirte. Dijiste que habla contigo. - Señaló el cuello de Colby. - Tomó tu sangre. Estás teniendo problemas porque debe haberte dado la suya. No te dejará marchar. Sé poco sobre los cazadores, aparte de que tienen tremendos poderes y pueden convertirse en la misma cosa que cazan. - Tamborileó con las uñas sobre la mes. - Honestamente no sé como ayudarte. Pensé mucho en ello después de que hablamos, pero no pude dar con ninguna respuesta.

Colby se presionó la mano sobre el cuello, sujetando el mordisco y odiando el gesto.

- Con honestidad no sé si podría dejarle. Estoy tan preocupada por Paul y Ginny. Paul fue mordido por el vampiro y el vampiro intenta utilizarle para hacerme daño. - No podía tocar la mente de Rafael. Lo intentaba una y otra vez, pero estaba cerrado a ella. No sabaí si estaba herido, o muerto, o simplemente protegiéndola. La piel se le erizó. - Es como una terrible adicción. Pienso en él todo el tiempo. Soy una persona fuerte, pero no puedo librarme de él. - Levantó la mirada hacia Natalya suplicante. - Tampoco consigo confiar en él o encontrar una salida que me permita saber que los chicos están a salvo. Creo que es demasiado tarde para mi.

- ¿Dónde está él? - Natalya miró de nuevo alrededor. - No puedo imaginarle dándote mucho espacio cuando no le estás dando lo que quiere.

- Ahora mismo salió a luchar contra el vampiro. Dice que si no le destruye, la criatura siempre tendrá poder sobre Paul.

Natalya asintió.

- Me temo que tiene razón.

La música del bar era estruendosa, reverberando en su cabeza. Colby se presionó el vaso de agua helada sobre la frente.

- Odio estar tan indecisa. He vivido toda mi vida sabiendo lo que se suponía que debía hacer. De repente no tengo ni idea de qué dirección tomar. De repente el rancho no parece tan importante comparado con la vida de Paul. Solo quiero que Paul y Ginny sean felices y tengan vidas normales.

Natalya estudió la cara de Colby.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué has venido?

Colby suspiró.

- Quería huir contigo. Coger a los chicos y largarme. Y quería respuestas. Las necesito y creí que tú podrías dármelas. - Golpeó la mesa con la uña, siguiendo un ritmo de nerviosa energía. - ¿Sabes esa marca que tienes? ¿El dragón? ¿La que dijiste que era una marca de nacimiento? Yo tengo una marca igual. Es muy débil y a menos que la estés buscando, nunca sabrías que está allí. No se caliente como dices que hace la tuya, pero la tengo.

Se hizo un largo silencio grávido. Natalya se cercó más, mirándola incrédulamente.

- ¿Estás segura? Deberías habérmelo dicho cuando hablamos la última vez.

- Significa algo, ¿verdad? - Preguntó Colby.

- ¿La ha visto el cazador? - La voz de Natalya era casi inaudible, a pesar de la aguda audición de Colby.

- Su nombre es Rafael.

- No quiero pronunciar su nombre. No quiero atraer su atención sobre mí. ¿Ha visto la marca?

- Es muy débil y palidece a veces, así que incluso yo tengo dificultades para encontrarla a veces. ¿Por qué pronunciar su nombre atraería su atención sobre ti?

- ¿Dónde está localizada la marca? - Preguntó Natalya, ignorando la pregunta de Colby.

- En el mismo lugar en que dijiste que estaba la tuya, sobre mi ovario izquierdo. ¿Así es como nos identifica el vampiro? ¿Ella marca les atrae hasta nosotras? Sé que sabes cosas. Necesito averiguarlas. No lo pregunto por mí misma, Natalya, sino por mi hermano.

- ¿Has permitido que el cazador te haga el amor?

- Sabes que lo he hecho.

- Entonces tienes una débil marca de protección o la habría notado. Se oculta a sí misma de él.

Colby tuvo el deseo de plantarse en pie en medio del bar y gritar.

- No me estás poniendo esto muy fácil. Simplemente dime que hacer.

- Si tienes la marca de nacimiento, estás de algún modo emparentada conmigo. Procedemos de un viejo y ancestral linaje. Somos muy pocos. - Natalya obviamente estaba eligiendo sus palabras cuidadosamente. - El cazador no puede ver esa marca, así que debe ocultársele.

- ¿Por qué no puede verla? - Colby casi siseó las palabras entre los dientes. - ¿Por qué no me lo cuentas? ¿No puedes ver lo desesperada que estoy? No puedo estar lejos de él. No sé como revertir lo que sea que me ha hecho, y para ser honesta, he pasado el punto de desearle fuera de mi vida. Tengo el terrible presentimiento de que estoy a medio camino de amarle. Hace cosas tan maravillosas, tan heroicas, te rompe el corazón. Por favor cuéntame lo que sabes.

- Desafortunadamente solo sé lo que mi padre me contó y no es mucho. He vivido mucho tiempo, Colby, y no envejezco mucho. Tú crees que tengo más o menos tu edad, pero soy mucho más vieja. Tengo raros talentos. Puedo tocar algo después de ti, o de cualquier otro, y "ver" donde has estado. Puedo leer la historia de los objetos y soy telepática.

- ¿Puedes cambiar de forma? - Preguntó Colby a secas. - Estás describiendo esta misma especie. ¿Por qué habrías de esconderte de ellos?

- La marca de nacimiento. Cualquiera nacido con la marca debe permanecer lejos de los cazadores y vampiros o nos matarán. Es alguna antigua regla.

Colby dejó caer la cabeza entre las manos, recordando la sensación de la lengua de Rafael trazando su marca de nacimientos, una seductora y erótica exploración que la hizo estremecer de deseo.

- No lo creo, Natalya. Creo que estás equivocada. - Rafael había tenido que sentir los débiles contornos de la marca. Tenía un ligero relieve. Incluso si la marca había intentado ocultarse, la había lamido varias veces, sus labios se habían movido sobre ella hasta que quiso gritarle que le diera alivio. Pero después, había intentado matarla. Se frotó las sienes palpitantes. - No sé nada más. ¿Alguna vez te ha atacado un cazador?

- No, les evito, igual que evito a los vampiros. Hubo una especie de enfrentamiento entre mi familia y los cazadores en tiempos ancestrales y se ha mantenido en todo este tiempo. - Natalya se recostó hacia atrás en su asiento. - Por lo que tengo entendido, una de las mujeres de los cazadores, Rhiannon, abandonó a su marido para estar con un hombre muy poderoso. Hubo un terrible choque entre las dos facciones y estalló la guerra. Rhiannon tuvo trillizos, dos chicas y un chico. Murió cuando los niños eran jóvenes, pero su padre les enseñó a evitar a cazadores y vampiros. Si hijo es mi abuelo.

- ¿Y las dos niñas?

- Desaparecieron. Nadie sabe donde están. Mi padre cree que es posible que los cazadores las encontraran y mataran.

- ¿Dónde encajo yo en todo esto? - Preguntó Colby.

- Supongo, que eres mi sobrina. Mi hermano se unió brevemente con una mujer pero después la dejó. Te pareces a él y quizás por eso me vi atraída a esta parte del país. La mujer era propietaria de un rancho por los alrededores.

- ¿Tu hermano es mi padre? - Colby se sentía más agitada que nunca. No podía imaginar a Rafael matándola porque una mujer abandonara a su marido muchos años atrás. - ¿Dónde está ahora?

- Muerto. - El tono de Natalya dejaba claro que no daría mucha más información.

Colby no podía sentir nada por un hombre al que nunca había conocido. Armando era su padre y siempre le querría.

- ¿Cuántos años tienes, Natalya?

- ¿Importa? No vas a dejarle. Ya sabes eso. Simplemente no estás dispuesta a confiar en él en lo que respecta a tus hermanos. No puedo llevarlos conmigo, ni sin ti. No serían felices y estaríamos todos en peligro. Puedo escudarme a mí misma y entrar y salir de lugares sin que cazadores o vampiros me detecten, pero a menos que el vampiro que mordió a Paul esté muerto, siempre estarán atados. - La cabeza de Natalya de repente le levantó alerta. - Él está cerca. Él o el otro. Tengo que irme, Colby. Abandono el pueblo inmediatamente. Buena suerte.

- Gracias por proporcionarme a alguien con quien hablar. - Colby sabía que Rafael estaba cerca. Cada célula de su cuerpo se había puesto alerta. Su nuca se erizó como si, realmente, sintiera la calidez del aliento de él. - Que estés segura.

- Buena suerte, Colby. Pensaré en ti. - Natalya extendió la mano y la tocó, solo el más ligero de los roces de sus dedos, pero la calidez brotó de Natalya hasta Colby. Había reconocimiento en el toque. Natalya se echó hacia atrás y asintió. - Definitivamente estamos emparentadas. Por favor ten mucho, mucho cuidado.

Colby asintió.

- Tú también. - Observó a Natalya abrirse paso rápidamente a través de las mesas hacia la salida, el corazón le latía con anticipación. Supo en el momento exacto en que Rafael entró en el bar. Estaba vivo y eso era todo, en ese momento, lo que le importaba. No miró alrededor... su mirada la encontró inmediatamente. Permaneció en pie al otro lado de la habitación, exudando pura y sexy confianza masculina.

Los músculos de su estómago se tensaron. Dejó de respirar. Diminutas llamas de excitación la lamieron cuando sintió el peso de sus ojos desde el otro lado del bar. Estaba vivo. Parecía ileso. Y cuando él la miró, allí estaba esa hambre extrema, un potente deseo que la sacudió hasta su mismo centro. Empezó a caminar hacia ella, sin apartar nunca la mirada de ella. Se movía con una gracia sensual que hizo que su corazón empezara a palpitar al ritmo de la música. Caminaba directamente a través de la multitud como si no existiera nadie más que ella, observándola todo el tiempo. Nadie chocó con él y nadie se cruzó en su camino. Simplemente le tendió la mano pidiendo la suya.

- Baila conmigo.

Colby observó como las emociones atravesaban fugazmente su cara y oscuras sombras se movían en sus ojos. Antes de poder contenerse extendió la mano lentamente hacia él, hipnotizada por él como siempre. Él tiró de la mano y la atrajo contra su cuerpo duro, encajándola para que pudiera sentir el bulto duro de su erección presionado firmemente contra ella. Su cuerpo era duro, sus brazos fuertes, su corazón latía fuera de ritmo bajo el oído de ella. Se sentía a salvo y protegida. Se sentía amenazada y asustada. Era una locura aún que bailar con él. Se estaba entregando a él.

El calor se difundía desde su pesada erección hacia afuera, atrapándoles a ambos en el fuego. Se sentía débil de deseo por él. Las manos, en su cintura, se deslizaron más abajo de sus caderas, para presionar su cuerpo más ligeramente, incrementando la fricción entre ellos mientras se balanceaban lentamente alrededor de la pista de baile.

No veo nada de sangre en ti. ¿Encontraste al vampiro?

Solo quería dejarse llevar con él sobre una ola creciente de lujuria y deseo.

Nos encontramos. Se las arregló para escapar, pero le marqué. ¿Por qué viniste aquí a encontrarte con esta mujer?

Empezó a levantar la cabeza de su pecho, pero su mano la cogió por la nuca y la retuvo. No fueron sus palabras o siquiera su tono lo que la alarmó; fue un vistazo a sus pensamientos,

rápidamente ocultos a ella. Por solo una fracción de segundos, captó el genio arremolinándose en él y algo peligroso.

Déjame abrazarte, Colby. Ha sido una noche larga y solo quiero sentirte entre mis brazos. Inclinó la cabeza hacia ella, su boca hizo a un lado la camisa para enterrarse contra la calidez de su cuello. Ella se estremeció entre sus brazos en reacción. La lengua jugueteó sobre su pulso y los dientes arañaron rudamente, seductoramente adelante y atrás.

Colby tenía miedo de estar derritiéndose entre sus brazos. Había presionado un beso contra el pecho de él, girando la cara hacia arriba hasta la garganta para poder sentir su piel bajo los labios. Estaba temblando de deseo por él. Su útero se tensaba y estaba húmeda y resbaladiza con invitación. Quería la ropa de él fuera para poder examinar cada centímetro suyo, ver por sí misma que no estaba herido.

Ven conmigo. Quiero tomarte en las aguas termales de las montañas. Solo nosotros dos. Te necesito esta noche, meu amor. Esta vez, nada de discusiones o protestas. No digas que no, solo ven conmigo y déjame tenerte.

La música se desvaneció. Algunos de los parroquianos del bar dejaron de bailar mientras otros esperaban que sonara la siguiente canción. El cuerpo de Rafael la urgió por el suelo hacia la salida. Podía sentir el calor de su palma quemando como una marca a través de su fina blusa.

- Paul y Ginny...

- Estás a salvo. - Finalizó, su voz ruda por la cruda pasión. - Ven conmigo, Colby. Por propia voluntad. Entrégate a mí. - Inclinó la cabeza y jugueteó deliberadamente en su nuca con los dientes, raspando gentilmente, un pequeño pellizco y rizo de su lengua calentándole la sangre.

Bajo la fina tela de su camina, los pechos le dolían, se sentía incómoda con el sujetador, los pezones eran duros picos tensos frotándose dolorosamente contra el encaje. Sintió como su cuerpo se debilitaba y humedecía invitadoramente. Le quería allí mismo. En ese momento. El hambre era crudo, afilado y terrible.

- Si. - Dijo suavemente, pero él la oyó.

Lo supo porque su mano le mordió posesivamente la cadera. La urgió hacia la puerta. Su corazón palpitaba con anticipación.

CAPITULO DIECISIETE

Fuera, en el aire fresco de la noche, Rafael se volvió bruscamente hacia Colby, sus manos le apuñaron el pelo, manteniéndole la cabeza inmóvil mientras se inclinaba hacia ella, su cuerpo más grande enjaulando el de ella contra el lateral del edificio. Estaba caliente, duro y hambriento por ella como nunca le había visto.

- No sé si puedo esperar. Tenemos que salir que marcharnos antes de que te tome aquí y ahora. - Su voz era un susurro rudo, cuando estampó su boca sobre la de ella, su lengua deslizándose sobre la comisura de sus labios, saboreándola, exigiendo entrar. Capturó su suave gemido con la boca y su temperatura se elevó varios grados.

¿En el aparcamiento? A Colby no le importaba si estaban en el aparcamiento. Había demasiadas ropas entre ellos. Oyó su propio quejido cuando la lamió, sus dientes le mordisquearon el labio inferior lleno, y después su lengua se hundió una vez más en la boca. Su erección se presionaba firmemente contra el estómago de ella, los pechos se aplastaban contra los músculos del pecho de él. Estaba empezando a perder el contacto con la realidad como siempre hacía con Rafael. La mano que le aferraba el pelo en un puño apretado, la mantenía inmóvil mientras su boca dominaba la de ella, justo al borde de la rudeza. La besaba como un hombre hambriento, ahogándose en la necesidad de ella. Como si no pudiera

esperar. Como si nunca pudiera conseguir suficiente. Su cuerpo reaccionó, caliente y resbaladizo, empapada de deseo.

El aparcamiento, el campo, ¿a quién le importa? Quiero arrancarte la ropa. ¿Por qué llevas sujetador? Su mano se deslizó ligeramente hacia arriba por el estomago para acunar su pecho, el pulgar le acarició el pezón, jugueteando y tirando de él bajo la blusa. Nunca vuelvas a ponerte sujetador.

El aliento se le quedó a Colby atascado en la garganta. Empujó contra su mano, dejando escapar un gemido de deseo.

- No podemos. Alguien saldrá y nos verás.

Él podía escudarlos, pero no podía hacerle las cosas que quería si se quedaban en el bar al aire libre. Con más impaciencia que delicadeza, envolvió los brazos alrededor de ella y tomó el aire, su boca todavía dominando la de ella. Ella lloriqueó, intentó luchar, pero la mantuvo inmóvil, besándola hasta que no importó si ya no estaban sobre el suelo.

Colby le rodeó el cuello con ambos brazos, aferrándose firmemente a él, cerrando los ojos y entregándose a la sorprendente sensación de su boca. Su cuero se fundió contra el de él. El calor, creado por el grueso bulto presionado contra su estómago, esta generando una respuesta salvaje en ella. La mitad inferior de su cuerpo estaba caliente y pesada, la presión se acumulaba con rapidez. Se meció contra él, frotándose a lo largo de su cuerpo, todo mientras su boca se fundía con la de él. La lengua de él igualó la suya, explorando el interior aterciopelado de su boca, rozando y acariciando hasta que le sintió en cada célula de su cuerpo.

Rafael tenía que tocar su piel o iba a volverse loco. Quería hacerlo en las aguas termales, donde la tierra era rica en minerales y podría asegurarse de que estaba salvaguardada mientras la tierra sanaba su cuerpo y completaba el cambio. Todo eso que había sido tan importante antes de verla. Su cuerpo se endureció hasta que cada movimiento pareció doloroso y tenía que tenerla una y otra vez. Era adictiva, con su piel suave y su pelo sedoso.

Era una mujer tan independiente, aceradamente fuerte bajo todas esas suaves curvas, con una voluntad de hierro, hasta que él la tocaba.

Y era suya. Completamente suya. Había luchado tanto con él.

Todavía luchaba contra él, pero no cuando la besaba, no cuando posaba sus manos en ella. Disfrutó de la sensación de poder, de ser el hombre al que ella no podía resistirse. Se alimentó de eso, necesitándolo de ella.

En alguna parte sobre las montañas, le arrancó la camisa del cuerpo, deseando sentir su piel bajo la palma de la mano. Colby no protestó, en vez de eso echó la cabeza hacia atrás, un sonido estrangulado de deseo escapó, y la boca de él trazó un rastro hacia abajo por su cuello, lamiendo y dejando diminutos mordiscos que enviaban lenguas de fuego a recorrer su piel y chispear a través de su cuerpo. Ella siempre parecía hacerle esto, en el momento en que su cuerpo entraba en contacto con el de ella. La lujuria se alzaba afilada y peligrosa, fuera de control. Su cuerpo se quemaba vivo de dentro a fuera, rabiando con necesidades y deseos que nunca tendría suficiente. Nunca habría suficientes formas de tomarla, de tenerla, y una eternidad no sería suficiente para satisfacerle.

Rafael. Ella susurró su nombre lastimeramente, suplicándolo que los posara en el suelo, sin preocuparse de que estuvieran volando a través del cielo hacia un destino desconocido. Se contorsionó contra él, enredando una pierna alrededor de su muslo para frotar su pelvis sobre él buscando alivio.

Una mano se le enredó firmemente alrededor de la cintura, él inclinó la cabeza hacia sus pechos desnudos, obligando a la parte superior de su cuerpo a inclinarse hacia atrás. El pelo de ella volaba en todas direcciones, volando al viento, enredándose en su cara, recordándole donde estaba.

- Vamos a golpear un árbol o algo. Bájanos. - La voz le salió ronca a causa del deseo. La lujuria se derramaba a través de sus venas, espesa y ardiente con una intensidad que la dejaba sacudida. - Tienes que hacerlo, te necesito ahora mismo.

La súplica jadeante en su voz le sacudió. Su boca le rozó el pecho, tirando del pezón. Ella gritó y arqueó el cuerpo más aún para proporcionarle un mejor acceso. El fuego irradiaba de sus pechos a través de su cuerpo entero y creaba un hambre palpitante y urgente entre las piernas.

Rafael oyó el palpitar de la sangre de ella apresurándose a través de sus venas bajo la piel satinada, llamándole, haciéndole señas con su promesa erótica. Su propia sangre palpitaba con la misma intensidad, el mismo latido, palpitando y pulsando a través de su pesada erección con anticipación. Ardía de deseo por ella. Por toda ella. Ardía de deseo por tener su cuerpo enterrado en el apretado y ardiente canal, su mente firmemente en la de ella y su sangre fluyendo en él como néctar. Si no era cuidadoso iban a caer del cielo y chocar contra la tierra, apretados en un abrazo apasionado.

Los hizo tomar tierra, agradeciendo que lo hubieran hecho en las aguas termales. En el momento en que sus pies estuvieron en el suelo, arrancó los ofensivos vaqueros del cuerpo de lla, desgarrándolos en tiras, y los arrojó lejos de ella. Sus ojos se oscurecieron cuando su mirada se deslizó sobre ella posesivamente.

- Eres tan hermosa. - El cuerpo de ella estaba sonrosado por la excitación, por el deseo, el hambre desesperada en sus ojos. Podía ver la húmeda y resbaladiza evidencia de su deseo brillando entre sus muslos e hizo todo lo que pudo por no caer de rodillas y darse un festín.

Colby observó como él se quitaba la ropa deliberadamente al modo humano. Pateó a un lado los zapatos, sus manos fueron a la cinturilla de los vaqueros. Podía ver el enorme bulto empujando por liberarse contra la apretada tela. Su respiración casi se detuvo cuando se desabotonó los vaqueros y los empujó por sus caderas. Nunca apartó los ojos de ella, observándola con hambrienta intensidad. Su cara estaba tallada de deseo, sus ojos negros y su boca una cuchillada sensual.

- Ven a mí, Colby. - Su propia mano rodeó la pesada erección, acariciándola ausentemente, un movimiento fácil y casual que le trajo más placer.

Fue hacia él, medio hipnotizada por su tamaño y su forma, medio hipnotizada por al estampa de oscura sensualidad fija en sus rasgos. Su lengua se lanzó hacia afuera, lamiendo el labio inferior mientras observaba la mano de él deslizarse sobre la gruesa y dura longitud. La mirada de él nunca la abandonó, compeliéndola hacia adelante, bebiendo de la visión de los pechos balanceándose mientras hacía un alto delante de él.

Alzó la mano para acunarle la cara, su toque fue gentil. Inclinó la cabeza lentamente hacia ella, sus labios vagaron por la mejilla hasta la comisura de la boca. Su lengule trazó los labios.

- Adoro tu boca. Podría besarla para siempre. - Su otra mano le rozó el pecho, enviando diminutas llamas a danzar sobre su piel.

Colby era tan conciente de esa segunda mano, viajando ligeramente sobre sus pechos, las yemas de los dedos apenas rozando, pero tan excitantes, moviéndose sobre su estómago, rodeando su ombligo hasta que el aliento se le quedó atascado en la garganta y los dedos de él se enredaron en los pequeños y fogosos rizos.

- Estás tan húmeda y preparada para mí, querida.

No pudo contener el pequeño sonido que escapó, una súplica de más. Apenas estaba tocándola, pero hacía que su temperatura se remontar.

La mano que le acunaba la cara se deslizó hasta su nuca, subiendo y enredándose entre su pelo, echándole la cabeza hacia atrás para exponerle la garganta. La boca de él se deslizó sobre su pulso. Sus dientes mordisquearon, un pequeño mordisco juguetón, la lengua se

arremolinó instantáneamente en una sonrisa consoladora. El cuerpo de ella casi se convulsionó, cada músculo se tensó, su veinte se contrajo.

- Dime lo que necesito oír, Colby. - Su boca subió por la barbilla, los dientes le mordisquearon el labio inferior. - Dime.

- Sabes lo que quiero. - ¿Cómo podía no hacerlo? Los dedos de él se deslizaron dentro de ella, empujando tan profundamente que gritó de placer, retorciéndose contra su mano, desesperada por alivio. Los dedos se retiraron, poniéndola frenética.

- No es suficiente para mí. - La voz de él estaba muy tranquila, susurrando sobre ell como un golpe de calor. Su lengua jugueteó otra vez en la garganta de ella, moviéndose más abajo por el lateral de su cuerpo. Colby sintió el afilado mordisco de los dientes, bordeando el placer con dolor justo antes de que él atrayera del cremoso montículo de carne hasta la ardiente cavidad de su boca.

Colby le cogió el hombro en busca de apoyo, sus rodillas amenazaron con ceder.

- ¿Qué quieres de mí, Rafael? - Los dedos de él empujaron profundamente, haciendo que cabalgara al borde del climax pero no lo bastante como para sobrepasarlo.

- Lo sabes.

No era justo pedir una declaración de amor, de compromiso, cuando ella estaba intentando con tanto empeño dar sentido a todo el asunto. Rafael no creía en justicias. Creía en salirse con la suya, utilizando cualquier manera posible. Y cuando se trataba de sexo, sabía que no tenía nada que hacer frente a él. Él lo sabía también. Estaba allí en el brillo de sus ojos. Sus manos eran mágicas y sus besos podrían acabar con su autocontrol. Colby alzó la barbilla una fricción y se echó el pelo sobre el hombre, su mirada cayó sobre la erección de él. Era enorme y dura a causa del deseo. En el momento en que le miró, en el momento en que se humedeció los labios, sintió como él contenía el aliento.

Su mano cayó hasta rodear el grueso bulto, sus dedos se deslizaron ligeramente. Se lamió los labios de nuevo, observando su reacción cuando el pulgar se deslizó alrededor de la base de la cabeza aterciopelad. Él apenas tomó un aliento cuando se puso de rodillas delante de él.

Permitió a su lengua una breve exploración, lamiendo un círculo sensual y jugueteando en la besa de su cabeza hinchada. Él se estremeció, se le escapó un gemido ronco. Le hundió los dedos en el pelo, apuñándolo, y arrastrándola más cerca incluso mientras empujaba en la húmeda caverna de su boca. Su lengua se rizó alrededor de él, danzando y jugueteando. Los puños de él se apretaron en advertencia.

- Me estás empujando más allá del borde de mi control, pequeña.

La boca de ella era ardiente y apretada, su lengua lamía para vibrar a lo largo de la sensible base de su gruesa punto de acero cubierta de terciopelo. Las caderas de él se sacudieron con fuerza, sus músculos se tensaron de placer. Los incisivos le dolía deseando alargarse pero controló la necesidad. Empujó hacia adelante, sujetándole la cabeza, deseando controlarse pero incapaz de arruinar el obvio placer de ella. Colby había prendido un fuego en su ingle que se extendía a través de sus entrañas hasta cada parte de su cuerpo. La lengua se rizó y lamió hasta que estuvo desquiciado. Durante un momento las demandas se abrieron paso en su mente, pero ella no tenía experiencia y no estaba preparada para todo el erotismo del que él estaba sediento.

Rafael le echó la cabeza hacia atrás y bajó la mirada hacia sus ojos. Eran de un verde brillante, oscurecidos por la pasión, por el deseo. Se doloría por su amor por ella, por su necesidad de que se comprometiera con él. La llevó con él hacia las grandes rocas que rodeaban las aguas termales y simplemente la cogió por la cintura y la subió a una de las rocas más planas. Sus manos separaron los muslos de un tirón y presionaron en la entrada de sus resbaladizos pliegues. Estaba tan caliente que temió que ambos ardieran. Ella intentó

empujarse hacia adelante, empalar su cuerpo sobre la dura longitud de él, pero la mantuvo inmóvil.

- Olvidaste decirme algo. Algo muy importante.

- Esto no es divertido, Rafael. - ¿Cómo podía desearle cuando él quería que todo se hiciera a su manera? - Dame tiempo.

Se inclinó sobre ella, sus manos abiertos sobre la roca, elevándose sobre ella, su cuerpo negándose a entrar en el de ella. Simplemente los mantuvo a ambos allí, al borde de la locura.

- Estoy en tu mente. Veo lo que sientes por mí.

- Entonces no tengo que decirlo, ¿verdad? - Colby se las arregló para deslizarse de la roca, pero el interpuso el brazo y la sujetó. Ahora estaba atrapada entre el duro borde de la roca y las caderas de él. Le daba un centímetro, lo suficiente como para hacerla gritar de absoluta frustración.

- Porque me perteneces. Quiero irte admitirlo.

Colby estaba cerca de las lágrimas y eso sería peor.

- Dime que me amas, Colby.

- No puedes ordenarme que te ame, Rafael. ¿No es suficiente con que esté aquí contigo? ¿Con que no pueda mantener mis manos fuera de ti? - Era humillante tenerle sujetándola contra la roca mientras ella empuja las caderas contra él, casi suplicándole que la tomara.

- Sea lo que sea lo que pienses, esto soy yo haciéndote el amor. No practicando el sexo, haciendo el amor. - Reiteró él. Se empujó profundamente dentro del cuerpo de ella, observando como sus pupilas se dilataban de placer. - Lo adoro todo de ti, querida. No me avergüenzo de admitirlo. Adoro la forma en que me quemas y la forma en que mi cuerpo se pone duro y caliente, listo para ti cada vez que poso mis ojos en ti. Adoro la forma en que cuidas de tu familia e incluso la forma en que piensas que puedes desafiarme. Deja de ser cobarde y admite que me amas.

- Mantente fuera de mis pensamientos. Ya es bastante malo que intentes obligarme a hacer lo que quieras. Si necesitas oírme decirlo antes de que yo misma lo sepa, me obligas a decirlo. - Dijo ella, levantando la mirada hacia la pura intensidad de la cara masculina. El corazón le palpitaba de miedo mientras se miraban el uno al otro, mientras los ojos de él brillaban con peligro.

Se hundió del todo en ella, enterrándose tan profundamente que pudo sentir su útero. Atrapada contra la dura roca, ella apenas pudo aceptar el rudo empujo de sus caderas, su propio cuerpo era un apretado y feroz infierno rodeándole. Estaba hermosa, su cara y su cuerpo ruborizados, los labios hinchados a causa de sus besos, sus ojos brillando de pasión. Por él. Sus dedos se apretaron sobre ella.

- Eres tal regalo, Colby. - Apenas podía aceptar que fuera real, que fuera suya. Que después de esta noche sería suya para siempre. No que habría vuelta atrás.

Se hundió con fuerza, empujando en ella una y otra vez. Encajaba tan forzadamente. Realmente podía sentir la forma en que estiraba los pliegues mientras la empalaba. Se retorcía bajo él, intentando alzar las caderas para encontrarle, para ser golpeada hacia atrás en cada furiosa embestida. La roca lisa arañaba sus nalgas pero se negaba a notarle mientras llegaban juntos a un calor descabellado. Cada empujó enviaba un placer agonizante que recorría su cuerpo, el de ella. Podía sentirla volverse más ardiente, más húmeda, sentía la pasión en espiral que atravesaba su mente hasta que quedó aturdida por la necesidad de alivio. La alegría surgió a través de él, sacudiéndole con la necesidad de satisfacerla. Ella gritó su nombre, complacida con él, un medio sollozo que le sacó de su carne hasta la de ella, marcándola como suya para siempre.

El orgasmo desgarró su cuerpo, abarcando cada fibra de su ser, tomando su corazón y mente. Colby se sintió estremecer, fragmentar, por el placer implacable y sin discernimiento que ondeaba sin parar hasta que supo que nunca sería feliz sin él. Sintió su erupción, la

caliente liberación que envió más temblores a través de sangre y hueso, a través de cada célula hasta que incluso su visión se emborronó. Enterró las uñas profundamente en los brazos de él, intentando anclarse desesperadamente mientras el mundo se mecía a su alrededor.

Rafael inclinó su cuerpo sobre el de ella, su respiración tan áspera y desesperada como la de ella. Sus corazones latían al unísono, una síncopa alocad mientras intentaban aspirar el aire nocturno. Colby yació contra las rocas, con la cabeza de él posada sobre sus pechos. Estaba empezando a sentir los efectos de hacer el amor violentamente contra la dura roca.

- Guau.

- ¿Guau? - Repitió él y alzó la cabeza para mirarla.

Le espió por debajo de las pestañas. Fue un error. Él parecía oscuramente sensual, su cara pecaminosamente sexy. Sus ojos eran oscuros por la pasión, por la posesión y aún así demasiado hambrientos. Sacudió la cabeza.

- No podemos. Lo digo en serio. Esta piedra está dura. No lo había notado antes, pero no voy a ser capaz de caminar.

- Y yo que pensaba que las vaqueras eran duras. - Su lengua lamió el pezón de ella y sus pequeños músculos se tensaron a su alrededor. Todavía estaba duro, todavía enterrado profundamente dentro de ella y deseaba seguir así.

- No tan dura. - Miró a su alrededor. Varias cascadas pequeñas se vertían en las aguas termales saliendo de la tierra, enfriándolas lo suficiente como para utilizarlas como jacuzzi. - No había estado aquí en años. Está a millas de mi rancho y siempre estoy demasiado ocupadas para llegar hasta aquí. Casi había olvidado que estaban aquí. - Los helechos cubrían la tierra y rodeaban la enorme roca plana formando el anillo alrededor de la base. - Es hermoso.

- Creía que te gustaría. - Sus dientes juguetearon y tironearon para sentir su reacción.

Ella le empujó por los hombros.

- Tienes que para. No puedo más ahora mismo. Creo que me has matado.

La lengua le acarició el pecho, arremolinándose alrededor de su pezón. Él alzó la cabeza y le sonrió. Una lenta y sexy sonrisa.

- Aún no.

- No. - Dijo ella firmemente, aunque su sangre ya se espesaba ante el brillo malicioso de los ojos de él. - No puedo moverme. Creo que simplemente me tenderé aquí toda la noche, tirada sobre esta roca. Haz lo que tengas que hacer y déjame dormir. - Perversamente, cuando se deslizó fuera de ella, se sintió abandonada. No hubo forma de detener el pequeño sonido de protesta.

- Tienes que entrar en el agua o realmente te sentirás magullada. - La levantó como si no pesara más que una pluma, acunándola donde su pecho, y cargándola hasta el agua humeante. Se detuvo, la misma sonrisa sensual jugueteó con sus sentidos. - A menos que prefieras que te lama. Mi saliva actúa como un agente sanador.

Colby le rodeó el cuello con los brazos.

- Podrías acabar gustándome cuando actúas así, Rafael. - Le besó la garganta, mordisqueando el camino hacia su barbilla. - ¿Por qué no te portas así todo el tiempo? Dulce y gentil.

Rafael esperó hasta que los labios de ella juguetearon en la comisura de su boca antes de girar la cabeza para capturar su boca. Se movió agresivamente y exigentemente, tomando posesión, su lengua se introduciéndose profundamente y enredándose con la de ella en un emparejamiento salvaje. A Colby el corazón saltó y su sangre cantó. Él levantó la cabeza, sus ojos negros brillando hacia ella.

- Esta es la razón. Te conozco. Por dentro y por fuera, y sé lo que necesitas, quizás mejor que tú misma. Te gusto rudo.

Colby se echó hacia atrás para levantar la mirada hacia su cara, tallada con cruda posesión.

- ¿Es eso lo que crees, Rafael? - Su tono fue muy serio. - ¿Es eso lo que crees leer en mi mente?

- Nunca respetarías a un hombre al que pudieras dominar, Colby. Eres una mujer fuerte y requieres un hombre que pueda tomar decisiones, no verse abrumado por la fuerza de tu personalidad. - Le respondió igual de seriamente.

- Rafael, no puedo someterme a ti. No va con mi carácter... ¿no ves eso también? Tengo que tener algún control, algo de compañerismo, o lo nuestro nunca funcionará. Nunca podría amarte. Sé que soy sexualmente adicta, pero quiero estar tan enamorada de ti como tú quieres que lo esté. Es solo que no quiero dar ese salto sabiendo que no respetas mi juicio.

- ¿Querida, por qué crees que no respeto mi juicio? Estás en una situación que no es posible que entiendas. Tiene sentido que confías en mi juicio hasta que te hagas con el conocimiento y poder necesrio para hacer frente a nuestro mundo.

Había tanto amor en su voz, tanta ternura, su corazón dio un vuelco. Si solo pudiera ser así to el tiempo. Cerró los ojos cuando los dientes de él juguetearon sobre su pulso y su cuerpo respondió con una renovada olead de calor.

- Me gustaría explorar esta adicción sexual por mí. Suena muy interesante.

- Genial. Ahora me estás diciendo que soy retorcida. - Se recostó hacia atrás y miró hacia las estrellas. Quizás lo era. Las cosas que él hacía a su cuero eran inconcebibles con ningún otro, pero con él, se derretía cada vez que se acercaba a ella. - Quizás lo soy, pero solo cuando se trata de ti.

- Me gustas retorcida. - Susurró él contra su cuello. Contra el pulso que latía en su garganta. - Necesito saborearte esta noche, meu amor. Entrégate a mí.

- De ninguna forma. - Sacudió la cabeza incluso mientras su cuerpo empezaba a debilitarse con el roce sensual de esa voz. Profundamente en su interior, sus músculos se tensaron y el útero latió. Podía sentir el calor acumulándose... y no tenía nada que ver con las aguas termales. - La última vez te pusiste en plan vampiro conmigo y me asustaste a muerte. Hunde tus colmillos en algún otro.

La boca se movió hacia abajo por su garganta, la lengua lamió el pequeño hueco en su hombro. Los dientes rasparon adelante y atrás de una forma particularmente erótica. Cerró los ojos.

- Pero asegúrate de que no es una mujer.

Él entró en el agua hasta que le envolvió los muslos. La risa vibró contra el cuello de Colby, los dientes jugueteaban.

- Te deseo otra vez.

- Tú siempre me deseas, me agotas. - Dijo Colby.

- Otra vez. - Insistió él, zambulléndolos a ambos en el agua.

- Envuelve las piernas alrededor de mi cintura. - Sus ojos estaban oscuros por la pasión mientras tomba posesión de la boca de ella, lamiéndole los labios, dando mordiscos juguetones hasta que Colby le devolvió el beso, le deslizó los brazos alrededor del cuello, y presionó los pechos firmemente contra su pecho.

Se sentó con la espalda contra el lateral de la charca natural, empujándola hacia abajo sobre su regazo, arrastrandole las piernas a su alrededor para poder insertarse en el estrecho canal cuando se colocó sobre él. Maldijo suavemente, contra su pecho.

- Deus, Colby. Eres tan ardiente y apretada. Se siente celestial. - Sus manos le guiaron las caderas en un lento y balanceante ritmo. - Esto es perfecto. Mi vuelves loco.

Ella empezó a sentarse recta, mantándole con un paso pausado, pero las manos de él se deslizaban hacia arriba por la espalda, presionándola más cerca, manteniéndola contra él. Su boca se movió sobre el hombro, lamiéndola, dejando besos por su iel.

- Tengo que saborearte, meu amor. No habrá errores esta vez. Entrégate a mí. Será tan placentero. - Su pecaminosa voz susurraba tentación. - No tienes ni idea de lo mucho que te necesito. Nadie te necesitará nunca o te amará nunca como yo. Nunca entenderán tus necesidades o tu hambre. - Su lengua se arremolinó sobre el pulso, justo sobre la hinchazón de su pechos. Sus dientes raspaban seductoramente. - Entrégate a mí.

El acero corría a través de los brazos de Rafael, aunque la sujetaba con una gentil posesividad, incluso más persuasiva por la forma en que el cuerpo de ella se ondeaba fogoso. El aliento era cálido contra su piel, y cada diminuto mordisco hacía que sus músculos se tensaban y afirmaban alrededor de él. El deseo de darle cualquier cosa que deseara, cualquier cosa que necesitara, pulsaba a través de ella.

- No voy a escudarte, pequeña. - Su voz era áspera por la pasión y le sintió crecer más grueso y más duro, sus caderas empujaban hacia adelante para encontrar su perezosa cabalgada.

Obviamente su excitación solo alimentaba la de ella. Le acunó l cabeza, su pelo como seda deslizándose sobre su piel. La lengua se arremolinaba y sus músculos se tensaban y agarrotaban. Sintió el renovado fluir de calor líquido, de excitación, ardiendo entre sus piernas. El corazón le latió una vez, dos. Los colmillos se hundieron profundamente, un dolor ardientemente blanco atravesó su cuerpo para dejar paso un puro placer erótico. Jadeó, tirándole de la cabeza hacia atrás, un suave grito se le escapó cuando cada terminación nerviosa de su cuerpo saltó a la vid. Pensó que podía sentir chispas cuando él empujó más profundamente. La fuerza empezó a acumularse más y más hasta que pensó que podría morir de placer. Empezó a acelerar el paso, necesitando alivio, pero las manos de él se deslizaron hasta sus caderas, meciéndola gentilmente, evitando el climas, manteniéndola al borde de la locura.

Era un lujo increíble tenerla desnuda entre sus brazos, su cuerpo montando el de él mientras bebía el nextar de su cuerpo. Estaba abrasadoramente caliente, rodeándole con tal calor aterciopelado, sus músculos aferrándole tan firmemente, apretando y masajeando hasta que la cabeza le rugió de lujuria y amor. La sangre de ella cantaba en sus venas ardiendo a través de su cuerpo hasta que se sentió completo. Deslizó la lengua por su pecho, cerrando los pinchazos gemelos, su cuerpo hinchándose incluso más. Encontró la boca de ella con la suya, vertiendo todo lo que sentía por ella en su beso. Ella apretó los brazos alrededor de su cuerpo, devolviéndole el beso mientras lentamente se deslizaba arriba y abajo por su dura longitud, enviando escalofríos de éxtasis a través de ambos.

- Te amo, Colby. Lo eres todo para mí. - Susurró las palabras contra sus labios. Su corazón se vertía de su pecho con anticipación. Ella era toda piel suave, toda calor y fuego, un refugio pra él. Su cuerpo estaba hecho para él y disfrutó el orgullo máximo de saber que podí hacerla gritar de placer.

La uña de Rafael se alargó. Su mano se sacudió a causa de la enormidad del momento. Colby sería suya para siempre, unida a su mundo, su vid entretejida con la de él, el milagro de su especie. Las palabras rituales los habían unido, pero estaba demasiado cerca de la bestia. Siempre había estado demasiado cerca de la bestia para algo menos que un compromiso total entre ellos. Por un momento el tiemo se detuvo. El corazón le atronaba en los oidos. Colby odiaría que estuviera tomando la decisión por ella. Lo leía en su mente, sabía que estaba buscando una forma de conectar los mundos de ambos. Esto la enfurecería, pero si la llevaba a casa, atrayéndola completamente a su mundo, sabía que podría hacerl feliz, entregándose devotamente a ese fin. Tendría tiempo suficiente para persuadirla de olvidar su enfado con él. La necesitaba más que ningún otro, y ella le amaba; no podía admitirlo ante sí misma o ante él, pero lo leía en su mente.

Se inclinó para presionar la boca contra su oído, susurrándole una orden, meciendo su cuerpo con un pequeño empujó. El agua golpeó contra ellos chisporroteando de calor pero solo se añadió al mundo erótico en el que flotaba.

La boca de ella viajó hacia abajo por su gargante, los dientes le mordiqueaban la piel, su cuerpo se hinchó, estidando su imposiblemente apretada vaina ante los pequeños mordiscos. El fuego le desgarró cuando se cortó el pecho con la afilada uña y la cogió por la nuca para obligarla a beber. El cuerpo femenino se movió sutilmente, naturalmente sensual, incluso bajo su hechizo. La lengua se deslizó sobre su pecho y él se estremeció en reacción. Su boca se movió, atrayendo la esencia de quién y qué era él a su cuerpo. Su sangre se extendió a través de ella como lava fundida, moviéndose lentamente hacia cada célula, invadiendo músculo, hueso y tejido, extendiéndose hasta cada órguna hasta que fue verdaderamente suya. Sintió la deteminacion de su unión y la terrible tensión finalmente se desvaneció de su ma.

Cuando hubo tomado suficiente para un auténtico intercambio, lentamente le separó la boca de su pecho, ordenándola pasar la lengua sobre el corte para cerrarlo. La besó con fuerza mientras eliminaba el hipnótico hechizo, empujando su lengua profundamente en la boca de ella mientras la empujaba hacia adelante con sus caderas, manteniendo su cabalgada al borde de un climaz. Se tragó su suave gemido, urgiéndola a un ritmo más duro y más rápido.

Colby enredó los dedos en el sedoso pelo negro. La hacía sentir tan hermosa, tan increíblemente sexy, como si nunca pudiera conseguir suficiente de ella. La hacía sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

- Quizás te ame. - Susurró, haciendo la confesión contra su cuello, con la lengua saboreando su piel. Se echó hacia trás, manteniendo su cuerpo lejos del de él para poder mirar a sus ojos oscuros. Un hambre insaciable llameó en respuesta. Posesión. Amor. Era puro, crudo y rudo como Rafael, pero todo suyo.

Sus suaves palabras casi le condujeron al límite. Había sido una dura batalla conguiser que admitiera que podía sentir algo más que pura lujuri por él. La satisfacción se extendió.

- Une tus tobillos alrededor de mí, Colby.

Ella sintió las manos en su trasero, levantándola más completamente hasta él. No creía que fuera posible, pero la estiró más aún, dejándola jadeante y gritando su nombre. Él tomó el control, marcando el paso, sujetando sus caderas mientras empujaba una y otra vez, conduciéndola directamente a través de una violenta liberación. La firme garra de su climax, ferozmente ardiente, se llevó lo último de su control. Su cuerpo entero pareció explotar, su propio alivio le desgarró desde la punta de los pies, pulsando a través de su ingle mientras se vaciaba en ell.

Colby se colapsó sobre el pecho de Rafael, con la cabeza descansando sobre su hombro. Los brazos de él se deslizaron hacia arriba por su espalda, manteniéndola cerca. Su corazón era fuerte y firme, latiendo salvajemente en sincronía con el de ella. Estaba empezando a gustarle el concepto de corazones que latían juntos.

Fue a la deriva en medio de una neblina de placer, sus ojos se cerraban mientras el agua caliente lamiendo su cuerpo magullado y Rafael la hacía sentir segura y amada.

Después de un tiempo la sacó del agua y la tendió sobre la espalda sobre una espesa alfombra de hierba. Ella abrió los ojos y levantó la mirada hacia las estrellas mientras él se estiraba, desnudo, sobre el estómago, cubriéndola. El cuerpo de él estaba acuñado entre sus pierns y recostaba la cabeza sobre su estómago. Enredó los dedos en su pelo.

- Estoy tan cansada, Rafael.

- Lo sé, meu amor. Duerme si quieres. Yo quiero mirarte. Adoro simplemente mirarte. - Se inclinó para presionar los labios contra su ombligo. Sus dedos se movieron posesivamente sobre "akin". Adoraba tocarla tanto como adoraba mirarla. Casi sin pensarlo, trazó la silueta de su marca de nacimiento. Por alguna razón, esta vez, la silueta era más pronunciada. Podía

trazar el patrón. La sorpresa le sacudió y alzó la cabeza para mirar la pequeña marca del dragón respirando fuego. El aliento abandonó apresuradamente sus pulmones, su dedos se hundieron en la carne, a lo largo del hueso de las caderas. - ¡Eres una Buscadora de Dragones! ¡Deus! Tienes la marca del clad de los Buscadores de Dragones.

Bajo él, Colby se puso rígida. Estaba hablando de su marca de nacimiento. Extendió la mano hacia abajo en un intento de cubrirla, el miedo la atravesaba. Él le apartó la mano, manteniendo el brazo alrededor de la cadera para mantenerla sujeta.

- Tienes que haber nacido con esta marca. No había visto nada semejante en siglos.

- Me dijeron que matarías a cualquiera con una marca semejante. - No sonaba como si fuera a matarla. Había una sedosa caricia en su voz que la debilitaba totalmente. Le vio frotar la nariz contra la marca, su lengua acarició la forma y su textura. Pudo sentir su excitación pulsando a través de él.

- ¿Qué te dijo semejante cosa? La del Buscador de Drgones es una de nuestras líneas de sangre más poderosas. Son Cárpatos con habilidades y astucia y dotados con un sentido para la batalla como ningún otro y sus compañeras con frecuencia dan a luz niñas. Pensabamos que la familia había muerto hacia mucho. Ningún Cárpato haría daño nunca a una mujer del linaje del Buscador de Dragones, ni desearía hacer daño a un guerrero de esa casa.

Ella levantó la cabeza para mirar a sus ojos negros y brillatnes. Decía en serio cada palabras. Se relajó bajo el sedoso calor de su boca.

- ¿Recuerdas a la mujer del aparcamiento del bar? Te oyó cuando amenazaste con hacer daño a cualquier que interfiriera en tus asuntos.

Él frotó la barbilla contra el triángulo de rizos, enviando una oleada de deseo a través de su sangre.

- Si, me oyó cuando hablé telepáticamente.

- Ella tiene la misma marca solo que reacciona de forma diferente. Se le enseñó a evitar a los cazadores y su marca se calienta cuando uno está cerca, igual que cuando se acerca un vampiro. Me dijo que uno de sus ancestros, Rhiannon, abandonó a su compañero, aunque utilizó el término marido, y se unió a un hombre poderoso. Estalló una guerra.

- Es cierto que hubo una guerra, pero Rhiannon fue raptada y su compañero asesinado. Fue mantenida cautiva por un poderoso mago...

Golby gimió.

- No sé si quiero sabes esto. Los vampiros ya son suficientemente malos, Rafael. Por favor no me digas que también hay magos.

- Llámalos como quieras. Seres poderosos entrenados en los caminos de la magia. Estaban bien vesados en las viejas costumbres cuando salvaguardas y hechizos eran abundates y el resto de cosas de la tierra eran adoradas y apreciadas. Se les llamaba magos solo para identificar sus enseñanzas y habilidades. Rhiannon había empezado a estudiar con uno de su maestros más poderosos. Él conspiró para asesinar a su compañero y tomarla para sí. La mayor parte de los compañeros no sobrevivir a la muerte de su pareja. Su captor debe haber encontrado una forma de mantenerla vivida por un tiempo.

- Natalya afirma que Rhiannon tuvo trillizos, dos hijas y un hijo, antes de morir. Natalya dijo que el hijo de Rhiannon era su abuelo. También sospechaba que su propio hermano debió ser mi padre.

- ¿Y las dos hijas de Rhiannon?

- No sabía que les había ocurrido. Fue su padre quien le enseñó que un cazador mataría inmediatamente a cualquier que llevara la marca. También me dijo que la marca se ocultaba d eti, que se ocultaría de cazadores y vampiros.

- Por supuesto que le dijo eso. - Rafael presionaba pequeños besos sobre la marca. - Envenenarían a sus hijos contra nosotros. ¿Qué mejor venganza que mantener al linaje apartado de la gente de los Cárpatos, cuando tanto les necesitamos?

- ¿Por qué se ocultaría de ti la marca?

- Sospecho que sabía lo fuerte que era la bestia en mí en realidad y reaccionaba a eso. La mayor parte del tiempo que he pasado contigo, apenas me las he arreglado para controlar la oscuridad en mí. Buscaría protegerte de mí mientras yo estuviera cerca de abrazar la tentación de nuestro lado oscuro, pero ya no hay necesidad.

El estómago de Colby dio un bandazo incómodo. Sentía la piel hipersensible y algo fogosamente ardiente se deslizaba a través de sus entrañas, buscando cada órgano de su cuerpo. Rafael alzó la cabeza alerta. Pudo ver el conocimiento en sus ojos. Colby le empujó para apartarle de ella, la extraña oleada de calor la asustaba.

- Duele cuando me tocas. - Sus entrañas de repente ardían y se sentía enferma. Le empujó más fuerte, mientras el aire abandonaba su pulmones en una ráfaga de llamas.

Los ojos de Colby se abrieron con sorpresa. Rafael sienitó la primera oleada de culpa. No era un sentimiento cómodo y era algo que solo experimentaba desde que la conocía a ella. Rodó, colocándose cerc de ella, sus brazos atrapándola sin tocarla, sus ojos vigilantes.

- ¿Qué me ocurre? - El conocimiento se mezclaba con el dolor. - Lo sabes, ¿verdad? ¿Qué has hecho esta vez? - La respiración abandonó su cuerpo y casi se convulsionó, se quedó rígida y el dolor la aferró. Las uñas en enterraron profundamente en el brazo de Rafael.

- Simplemente respira, Colby. - No había esperado que la conversión fuera tan violenta. El corazón se le retorció. ¿Y si algo iba mal?

- ¡Respóndeme! Dios, al menos puedes contarme lo que me has hecho.

- Estás empezando atravesar la conversión. - Su dolor le retorcía por dentro, mezclándose con la culpa y el terror por ella.

- Confié en ti. - Sus ojos eran acusadores, rabiando de dolor y traición. Jadeó las palabras, medio incorporada, intentando retorcerse para alejarse de él mientras hacía la acusación. - ¿Cómo pudiste decirme nunca que me amabas? ¿Crees que esto es amor? No sabrías lo que es el amor aunque te golpeara en la cara. El amor no es traición ni dominación, me estás robando mi libre voluntad. Estab intentando llegar hasta ti a mi propio modo y me quitas incluso eso. - El dolor se retorcía como un cuchillo en su interior y sus ojos se nublaron. - Confié en ti. - Susurró de nuevo, con voz rota.

Rafel se tensó. No tenía que haber sido así. Sabía que tenía que converla bor el bien de todos. Él no llevaría la dominación tan lejos. ¿Era tan monstruoso después de todo?

La siguiente oleada ya se estaba construyendo, apresurándose a través de ella como una bola de fuego, abrasando piel y órganos. Rompió a sudor y la sangre perló los poros de su piel. Él susurró su nombre, trayendo agua fresca de la cascada para bañarle la cara. Giró la cara lejos de él, claramente no quería su ayuda mientras su cuerpo se ponía rígido con el siguiente terrible afloramiento de dolor. Se deslizó a través de ella, abrasando todo a su paso.

El temor vivía y respiraba dentro de ella. Se empujó hacia arriba, intentando arrastrarse lejos de él, como un animal herido. Él la capturó con manos firmes, sus propias entrañas se agitaban con bilis. Él le había hecho esto, en su propia arrogancia había creído que tenía derecho a ella. No tenía ni idea del sufrimiento que causaría la conversión y le enfermaba.

El dolor era excecrable. Los ojos de Colby estaba vidriosos y su cuerpo se contorsionaba.

- ¿Me has hecho esto para poder llevarte a Paul y Ginny? - Hizo la acusación histéricamente. - Realmente no eras muy distinto del campiro que controla a Paul.

El dolor en los ojos de ella, la sugerencia de traición le destrozó el alma. ¿Así le veía ella? ¿Honestente creía que podía hacerle esto para apartar a los chicos de ella? Su alma gritó una reprimend, horririzada por lo que había hecho. Sintió la humedad en su propia cara, sabía que eran lágrimas, sabía que había cometido un acto imperdonable. Ella había estado abriéndose paso hacia él pero su falta de paciencia podría muy bien haber destruído su frágil agarre sobre las emociones de ella.

Se inclinó para que ella pudiera ver que decía la pura verdad.

- Te amo más que a mi propia vida, más que a nada en esta tierra. No tenía ni idea de que sería así. Te juro que estoy diciéndote la verdad. Lamento más de lo nunca sabrás el haberte introducido en mi mundo sin tu consentimiento.

Colby levantó la mirada a la cara devastada de él, lágrimas de sangre se vertían de sus ojos, y el corazón revoloteó dispuesto al perdón durante un breve momento. La siguiente oleada golpeó y se giró lejos de él, retorciéndose y convulsionándose, el fuego ardían en ella desde dentro.

Rafael solo pudo permanecer impotentemente a su lado mientras la conversión tomaba el control de su cuerpo, obligándola a librarse de toxinas, de todo lo humanos. Su poder poco significaba enfrentado a semejante dolor. Intentó tomar el dolor por ella, pero fue imposible. No tenían más elección que pasar por esto juntos. Intentó abrazarla, reconfortarla, lavarla, mecerla, murmurar tanto ánimo como pudo para ella. Todo mientras se sentía morir por dentro. No podía tomar el dolor de su compañera. No podía deshacer lo que había hecho. Ahora tenía que seguir hacia adelante sin importar lo que costara y temía que el precio iba a ser mucho más algo de lo que nunca había considerado.

Cuando fue seguro, abrió la tierra rica en minerales y flotó a las profundidades, sujetándola entre sus brazos. Por primera vez en siglos se encontró llorando con fuerza, sintiéndose perdido y avergonzado de sus propias acciones.

CAPITULO DIECIOCHO

Paul se contorsionaba sobre la cama, empapado en sudor, las sábanas enredadas alrededor de su cuerpo.

- No lo haré. ¡Colby! ¡Colby! - Llamó a gritos a su hermana y se apretó ambas manos sobre los odios. - No lo haré. No puedes obligarme.

Ginny se sentó, recorriendo con la mirada la habitación desconocida. Estaba compartiendo su habitación con su amiga Tanya. Podía oír a su hermano murmurar y algunas veces gritar llamando a Colby. Inmediatamente se levantó y, con una mirada rápida hacia la durmiente Tanya, se apresuró a salir de la habitación y bajar por el vestíbulo a donde se quedaba su hermano. Juan y Julio estaban ya levantados y llegaban desde sus habitaciones. Julio extendió la mano hacia ella con un cálida sonrisa. Ginny vaciló un momento antes de colocar su mano en la de él.

- Creo que Paul tiene pesadillas. - Susurró.

- ¿Las tiene con frecuencia? - Preguntó Julio con una rápida mirada a su hermano.

Ella sacudió la cabeza.

- Paul no. - Llamó una vez y abrió la puerta. Paul estaba arrodillado sobre la cama, con los ojos salvajes y el pecho desnudo. Solo los pantalones del pijama le cubrían. La sábana estaba enredada sobre el suelo, desgarrada en varios lugares. Ginny pudo ver que la piel de Paul estaba cubierta de sudor. Tenía un cuchillo colocado sobre su muñeca. Había varios pequeños cortes en su brazos y cada unos cubierto de sangre.

Sacudía la cabeza con fuerza, las lágrimas fluían hacia arriba.

- Sal. Sal, Ginny. Rápido.

Julio cogió a Ginny y la empujó tras él incluso mientras extendía la mano hacia Paul.

- No lo hagas, Paul. Dame el cuchillo. Lucha. Lucha contra lo que el vampiro te ordena hacer.

Paul parecía indefenso, un niño pequeño buscando la comprensión de un adulto.

- He estado luchando durante horas, y no puedo aguantar más. No puedo. ¿Dónde está Colby? Tienes que decirle que intenté luchar.

- Escúchame, Paul. - Julio bajó la vez, manteniendo la atención del chico centrada en él para que Juan pudiera empezar a maniobrar abriéndose paso por el borde de la pared hacia su sobrino. - Es el vampiro. Intenta utilizarte para hacer daño a Colby. No quieres que él haga daño a tu hermana, ¿verdad? Si tiene éxito tomando tu vida, ella nunca será la misma. Sabe que Colby te quiere.

Las lágrimas corrían por la cara del chico.

- Me susurra todo el tiempo. Lo intenté, pero no parece que pueda detenerme.

Ginny dejó escapar un solo sonido de desasosiego, atrayendo la atención de Paul. Él sacudió la cabeza.

- Por favor, Ginny. Por favor sal de aquí. No quiero que me veas así. No puedes verlo.

Paul sentía al vampiro moviéndose otra vez. Justo antes del amanecer la criatura había empezado a trabajar sobre él. Parecía distante y débil, a veces perdiendo el contacto. Paul tenía la impresión de que estaba herido de algún modo, pero después renovaría su ataque, susurrando órdenes, exigiendo conformidad. Exigiendo que Paul se cortara a sí mismo una y otra vez, insistiendo en que acabara con su propia vida. Paul luchó con fuerza contra las órdenes, pero el vampiro le agotó. ¿Dónde estaba Nicolás? ¿Dónde estaba Rafael? Ambos habían prometido ayudarle.

El vampiro le aferraba con fuerza en su hechizo. Había congregado su fuerza y llevado a cabo un intento concentrado de obligar al chico. Los ojos de Paul se abrieron de par en par, mirando fijamente al espacio mientras sentía al no-muerto moverse dentro de él. Por un espantoso momento fue consciente de la criatura en su cabeza, mirando a través de sus ojos con triunfante regocijo. Sintió el terrible mordisco de la hoja en su carne. Hacía daño, un dolor abrasador que atravesó su cuerpo como una lanza. El tiempo se detuvo. En ese latido de corazón, cinco personas diferentes se unieron. Nicolás y Rafael habían tomado la sangre de Paul y fueron súbitamente conscientes, saliendo de su sueño, de que compartían su cabeza con el vampiro. Pudieron verse todos los unos a los otros; sentirse todos los unos a los otros. Era grave y terrible, el vampiro exaltado, la risa perversa un eco áspero en la mente de Paul.

A través de Rafael, Colby se unió a ellos. Paul sintió su conciencia, el grito de angustia fluyendo hacia arriba. En el terrible momento en que fue consciente de Colby, enterrada profundamente bajo tierra, intentando arañar su camino hacia arriba a través de la tierra para alcanzar la superficie para llegar hasta él. En ese latido de corazón estuvieron todos juntos y el vampiro se retiró a su propia cabeza y rió con triunfante alegría.

Juan cayó sobre Paul, golpeándole hacia atrás sobre la cama, forcejeando con él por el cuchillo. Paul parpadeó rápidamente para aclarar su visión emborronada e intentó concentrarse con lo que realmente estaba ocurriendo. La idea de Colby enterrada viva le ponía enfermo. Le ardía la muñeca y sus tíos le estaban atando para que no pudiera hacerse daño a sí mismo mientras trabajaban para detener el flujo de sangre. Paul podía oír a Ginny llorando, pero no podía moverse, no podía encontrar su voz, solo podía yacer inmóvil con el corazón palpitante y un terrible miedo empezando a fluir en su cerebro. El vampiro no había terminado.

Colby. Rafael la atrapó mientras ella luchaba salvajemente, desgarrando la tierra con las manos desnudas para llegar hasta su hermano. La había colocado en un profundo sueño. Nada debería haberla perturbado. Nada debería haber penetrado las salvaguardas para despertarla, pero estaba frenética por llegar hasta Paul.

Es su sangre Buscador de Dragones, explicó Nicolás tranquilamente. Ella es mucho más fuerte de lo que ninguno de nosotros comprende.

Era cierto. Rafael sabía que su linaje proporcionaba el hierro de su voluntad y también realzaba la tremenda hambre sexual a la que no podría sobreponerse cuando estaba alrededor de su compañero. Su linaje era a la vez su fuerza y su debilidad. Su dolor y angustia le desgarraban. Querida. Le alisó el pelo, apartándole las manos de la tierra. Paul no morirá. No

puedes abandonar este lugar de sanación. Todavía podía sentir el fuego en el cuerpo de ella, sus órganos todavía experimentaban el cambio de forma.

¡Aléjate de mi! ¿Qué has hecho! Oh, Dios, Paul está herido. Tengo que llegar hasta él. Ayúdame a salir de aquí

Nicolás y yo acudiremos a él. Juan y Julio le tiene y Sean está allí. No puedes abandonar la tierra aún. No estás curada y la luz te haría daño. Rafael intentó proporcionar una brisa tranquila y depuradora de cordura en la pesadilla en la que Colby se encontraba. Sus manos fueron gentiles mientras intentaban contenerla.

Ella no dejó de arañar la tierra. Rafael se vio forzado a sujetarle las muñecas. Estaba haciéndose daño a sí misma. Colby, pequeña, tranquila. Nicolás se está alzando. Le detendremos. No puedes hacer esto sin causarte daño a ti misma. Intentó ser razonable, pero ella le estaba rompiendo el corazón. No era un hombre familiarizado con su lado tierno y gentil y su naturaleza feroz y protectora exigía que forzara su obediencia.

Maldito seas, no me importa. Tengo que llegar a él. Está herido. Por amor de Dios, Rafael, ha intentado matarse. Es solo un niño.

Su intranquilidad le desgarraba, haciéndole trizas el corazón. Me aseguraré de que está a salvo. Duerme, Colby. Empujó la orden con fuerza.

Ella no sucumbió, su sangre de Buscadora de Dragones se alzaba para protegerla. Vete al infierno, Rafael. Es mi hermano. Si tú no me sacas de aquí, lo haré yo misma.

Él era enormemente fuerte y no había forma de luchar físicamente con él y ganar. No puedes, meu amor. Duerme ahora. Esta vez tomó el control, no permitiéndola utilizar su sangre o imponerse contra él.

Nunca te perdonaré esto. Sucumbió a su compulsión, cayendo a regañadientes en el sueño de su gente, pero no antes de que él sintiera la brecha entre ellos. Ampliamente abierta, un gran abismo que podía ser que nunca se cruzara. Y no podía culparla. Durante un momento, yació junto a ella, sujetándola entre sus brazos, su corazón palpitando de miedo por ella, por su futuro juntos. Había acero en Colby. Podía ser que nunca fuera capaz de resistirse a él físicamente, pero si se empeñaba en evitar sentir nada por él...

Rafael gimió. No podía culparla. La había convertido sin su permiso, imponiéndole su forma de vida, y mientras ella estaba bajo tierra, el vampiro había atacado a su hermano. Le acarició el pelo, presionando los labios contra sus sienes. No podría sobrevivir sin ti, meu amor. Sé que eres mi corazón y mi alma. Encuentra una forma de amarme a pesar de todo esto. Cuando estaba solo pensando en ella, cuando tenía un nudo de amor en la garganta tan grande que no podía tragar ante la idea del valor y fuerza de ella, cuando anhelaba estar con ella, tan excitado que la mera idea de que ella le amara, de que le necesitara, se le ocurrían toda clase de cosas poéticas que decirle. pero cuando la tenía delante de él, sus ojos verdes llameando desafiantes y su boca y su cuerpo una pecaminosa tentación, perdía todo su buen juicio y se volvía dominante. ¿Cómo iban a superar esto?

Rafael explotó a través de la tierra, la luz temprana de la mañana le hería la piel y los ojos, pero definitivamente era tolerable. Cambió en el aire, asumiendo su forma favorita de águila real, y empezó a volar hacia el rancho de Sean Everett. Simultáneamente sintió alzarse a Nicolás, y supo que también se dirigía al rancho.

Debería haber considerado que Kirja podría vengarse contra el chico. Había un profundo arrepentimiento en Rafael. Sabía que estaba herido y pensé que iría a la tierra para recobrarse, no que utilizaría su última fuerza restante par vengarse.

Ahora estará en mala forma. Si podemos encontrar su lugar de descanso, podríamos ser capaces de matarle antes de que recuperar fuerzas, aventuró Nicolás.

Rafael levantó ampollas en la mente de Nicolás con una ristra de maldiciones. ¿Tienes alguna idea de lo que he hecho? Ella no me perdonará.

Es tu compañera. La eternidad es muy larga incluso para una Buscadora de Dragones rencorosa. ¿Tienes alguna idea de dónde habrá construido el vampiro su guarida?

Quizás, dijo Rafael pensativamente.

La casa del rancho estaba llena de luces. Se dejó caer, en el patio delantero, cambiando a vapor para poder entrar fácilmente a la casa y aparecer como si hubiera llegado del dormitorio que tenía asignado. Nicolás se encontró con él en el vestíbulo y se apresuraron hacia la habitación de Paul.

Sean estaba en pie, con la cara sombría, rodeando con los brazos Joclyn, mientras Julian reconfortaba a Ginny, que claramente se negaba a salir.

- Perdóname, Paul. - Saludó Nicolás. - Dormía profundamente cuando debería haber estado vigilando.

- Pensábamos que estabas a salvo. - Dijo Rafael. Cerró los ojos un momento, sabiendo que no tenía elección. Colby amaba a este chico. Por su bien, por el bien del muchacho, tenía que enviarle lejos a donde el vampiro no pudiera tocarle por si fracasaban en sus esfuerzos por destruir al no-muerto. Colby nunca le perdonaría. Un temor empezaba a asentarse en el fondo de su estómago.

Paul alzó la cabeza. Su cara estaba muy pálida, había prominentes círculos oscuros bajo sus ojos mientras evaluaba a los dos Cárpatos.

- Aguanté contra él mucho tiempo.

- Sé que lo hiciste. Estoy orgulloso de ti. - Extendió la mira y deliberadamente rodeó el desgarrón en la muñeca, cubriendo con la palma la herida abierta. - Tengo algo de habilidad para sanar. Permíteme.

Juan mantuvo la mano sobre el hombro de Paul en un gesto de solidaridad.

- Luchó duro, Don Rafael, Don Nicolás, y esta vez fuimos capaces de detenerle. ¿Pero y la próxima? - Los miró. - Habrá una próxima vez.

Nicolás asintió.

- Debemos poner distancia entre Paul y nuestro enemigo. - Miró directamente hacia Rafael, leyendo el miedo a lo que haría eso a Colby. El asentimiento de Rafael fue casi imperceptible.

- ¿A alguien le importaría decirme que está pasando? - Dijo Sean. - Juan y Julio se negaron a permitirme llamar al médico. Por cierto, deberíamos llevar a Paul al hospital donde podrá recibir ayuda psiquiátrica al igual que cuidados médicos.

Nicolás sacudió la cabeza.

- Nuestro viejo enemigo nos ha encontrado y está intentando utilizar a Paul para vengarse. Paul ha sido hipnotizado para someterse a su voluntad. - Sonrió hacia el adolescente. - Paul es mucho más fuerte de que lo ninguno de nosotros pensaba. Estoy orgulloso de ti.

- Deberíamos llamar a Ben. - Insistió Sean.

Nicolás giró la cabeza para mirar directamente a los ojos de Sean.

- Será mejor que nos ocupemos de esto solos. Fue solo un accidente. El chico fue descuidado jugando con su cuchillo y no queremos que sea pasto de los cotilleos de un pueblo pequeño.

Sean asintió.

- Estoy de acuerdo en que será mejor no decir nada.

- Si nos llevamos a Colby, Paul y Ginny a Brasil, Sean, ¿seréis tú y tus hombres capaces de llevar su rancho? Estaremos dispuestos a pagarte por ocuparte de la propiedad de Paul y Ginny hasta que sean mayores de edad. Si ninguno de ellos la quiere y desean quedarse en Brasil con nosotros, te venderemos el rancho si deseas la propiedad. - Ofreció Rafael.

- Colby va a putearte. - Susurró Paul.

- Colby te dijo que no utilizaras esa palabra. - Dijo Ginny, asomando la cabeza desde detrás de Julio. Sus ojos estaban muy abiertos mientras miraba a su hermano. - ¿Qué te está haciendo Rafael?

La mano de Rafael permanecía alrededor de la muñeca de Paul. Los feos cortes parecían estar palideciendo en la zona que cubría la palma de Rafael.

- ¿Duele? - Insitió Ginny.

- Ya no. Rafael hace que me sienta mejor.

- ¿Qué dices, Sean? ¿Podéis tú y tu gente arreglaros con las acres extra y cargar con el trabajo? - Preguntó Rafael. Sabía lo que Colby pensaría y sabía que se arriesgaba enviando lejos a los niños, pero no había otra elección. Quería destrozar algo, quería destruirlo todo a su alrededor. Quería prohibir a su hermano que enviara a Paul y Ginny lejos, pero sabía que ella amaba a esos dos niños. A través de ella, él había aprendido a amarlos también y, más que su propia felicidad, tenía que anteponer primero a Colby. Y eso significaba enviar lejos a Paul para mantenerle a salvo. Ahora, esta noche. Tan pronto como fuera posible.

- Estamos hablando de una gran suma de dinero, Sea. Necesitarás pagar a tus hombres. - Añadió Nicolás como ulterior tentación, mirando cautelosamente hacia su hermano, leyendo sus atormentados pensamientos y sintiendo la tensión que se alzaba en la habitación.

- ¿Y qué hay de Colby? - Inquirió Sean. - Lo última que oía es que estaba dispuesta a atravesar el infierno para llevar el rancho ella misma.

- Rafael y Colby se han... - Nicolás miró fijamente a Juan. "Casados", ayudó Juan. - Se han casado. - Naturalmente Colby y los chicos volverán inmediatamente a Brasil. Juan y Julio harán los arreglos para enviar sus pertenencias y los caballos a casa.

- Y a King. - Dijo Ginny. - No me voy sin King. - Tiró de su tío. - Y no me iré sin Colby. - Sonaba testaruda, una pequeña réplica de su hermana.

- ¿Estáis seguros de que Colby estará de acuerdo? - Preguntó Sean de nuevo, sorprendido de que ella pudiera realmente marcharse del rancho en el que había pasado toda su vida.

Nicolas giró la cabeza y una vez más atrapó la mirada del hombre.

- Colby quiera venir con nosotros más que nada. Está con Rafael y desea construir un hogar con él. Naturalmente se llevará a los niños con ella.

- Naturalmente. - Estuvo de acuerdo Sean. - Si realmente estás haciendo la oferta, Nicolás, sabes que siempre estoy dispuesta a hacer negocios con tu familia. Podría utilizar los acres extra y ciertamente tengo suficientes hombres para llevar ambos ranchos.

- Colby nunca estará de acuerdo. - Susurró Paul a Rafael. - Sé que no lo estará. Se pondrá furiosa.

- Deja que yo me ocupe de eso, Paul. Lo más importante ahora mismo es sacarte del alcance del vampiro para que no pueda hacerte daño mientras le cazamos. Voy a hacer que Juan os ayude a hacer las maletas y tú y Ginny saldréis esta mañana. Tenemos un jet privado y os llevará a casa lejos de este lugar. Yo llevaré a Colby tan pronto como sea posible. - Miró fijamente a Ginny. - Y, por supuesto, el perro también irá.

- ¿Pero no necesitamos pasaportes? No tengo pasaporte. Nunca he viajado a ninguna parte. – A pesar de sí mismo, Paul estaba excitado ante la perspectiva de estar en un jet privado, de ver otro país, de despertar por la mañana y no tener que trabajar desde el amanecer al anochecer. Se sentía un poco culpable, pero estaba ansioso por intentarlo por una vez en su vida.

- No voy a irme sin Colby y tú tampoco, Paul. - Declaró Ginny, mirando a los hombres que había en la habitación.

Rafael extendió la mano hacia la muchachita.

- Te pareces mucho a tu hermana, Ginny. Ella vendrá. Está conmigo y debe acompañarme a nuestra casa. Hay una zona de monta interior y una piscina.

- Me gusta mi jardín.

- Tenemos un maravilloso jardín y podrás pasar tiempo con tus tíos y con toda la familia. Están todos muy ansiosos de conoceros a los tres. Tu perro será bienvenido y puedes tener tantos caballos como quieras.

De repente Paul tiró de su mano, intentando liberarse de la garra de Rafael. No pareció notar cuando Rafael alivió su agarre y volvió su atención completamente hacia el chico. Paul se quedó muy quieto, con los ojos brillantes. Su cuerpo empezó a temblar y su expresión de volvió fofa como si estuviera lejos de ellos.

Nicolás se acercó a la cama. Rafael mantuvo la conexión física con Paul. Las heridas autoinfringidas estaban todas curadas, ambos Cárpatos estaban en la mente del muchacho, sintiendo sus emociones y leyendo sus pensamientos.

- ¿Qué pasa, Don Rafael? - Preguntó Julio.

- Saca a la niña de aquí. Sean, métela en la cama. - Nicolás dio la orden, su voz era una poderosa arma.

Sean Everett obedeció, llevándose a su mujer y a Ginny con él. Los hermanos Chevez se hacinaron más cerca de su sobrino.

- ¿El vampiro la tomado el control de nuevo?

Rafael alzó la mano pidiendo silencio, sus rasgos eran sombríos.

- El vampiro está en movimiento. Tendría que estar en la tierra. Está gravemente herido y el amanecer está sobre nosotros. Ha cubierto el sol con pesadas nubes, pero no debería ser capaz de viajar una vez el sol se ha alzado. Verdaderamente se ha vuelto más poderoso que la mayoría de los de su clase. Paul le está rastreando.

- Buen chico. - Murmuró Juan.

- Se mueve bajo tierra, no sobre ella. - Dijo Nicolás.

- ¿Por qué estará en movimiento? - Pensó Rafael en voz alta. Una presión estaba empezando a formarse en su pecho. Miró hacia Nicolás para ver si compartía el repentino temor. Nicolás encontró su mirada con otra sombría.

- Colby. - Rafael se puso en pie bruscamente, su expresión salvaje. - Va tras Colby. - El corazón de Rafael empezó a palpitar. El miedo le cerró la garganta. El terror le llenaba de rabia.

- Sabe donde yace ella. - Dijo Paul. Miraba directamente hacia adelante, con los ojos desenfocados, pero pronunció las palabras claramente. - Se abre paso hacia ella y quiere que yo sepa que me matará después de matarla a ella. Despajes matará a Ginny.

- No tendrá oportunidad. - Le tranquilizó Nicolás. - ¿Aguantarán las salvaguardas?

- Es un antiguo. Nosotros inventamos las salvaguardas. - Las manos de Rafael temblaban. Le picaban a causa del deseo de arrancar el corazón al vampiro. La tierra se movió amenazadoramente. Fuera del edificio, el relámpago iluminó el cielo y el estallido del trueno sacudió la casa.

- No es posible que se mueva rápido y la luz le ralentizará.

- Nada detiene a Kirja. - Rafael ya se estaba disolviendo en vapor, emanando de la habitación hacia el cielo mañanero. Cuando está decidido.

Fuera el cielo se había vuelto negro, a juego con su turbulenta rabia. ¡Colby! ¡Despierta! Emitió la orden con tremenda fuerza, la fuerza de un poderoso antiguo.

Sintió la respuesta instantánea de ella. El miedo la golpeó, le golpeó a él. El miedo de estar enterrada viva. Tomó el control de ella con una fuerza cruel, tranquilizando su mente. Kirja nos caza. Como lo hace en la luz temprana de la mañana no lo sé, pero ha pasado la hora en la que debería sentirse pesado. Ya no eres humana. Debes sobreponerte a todos los miedos humanos y sabes que puedes hacer esto. Eres una Cárpato.

La reacción de ella fue mantener los ojos firmemente cerrados, pero un torbellino de furia la consumía. ¿Dónde está mi hermano? y maldita sea sácame de la tierra.

Rafael sintió la familiar tensión en el estómago, el roce del fuego a través de las venas. Colby tenía temperamento y eso siempre le fascinaba, siempre le excitaba. Y sabía que ella lo necesitaría... esa voluntad de hierro, esa determinación, la furia que la empujaba cuando otros habrían cedido. Paul está a salvo y Nicolás protege a los niños.

Ahora siento al vampiro. Está cavando a través de la tierra, como una mole. La tierra está gritando. Sácame de aquí.

¿Así que la luz de la mañana temprana era demasiado para Kirja, pero no se sentía pesado como debería? Rafael atravesó el cielo, a velocidad más alta que su mente. Tu cuerpo no está preparado para salir de la tierra. Necesitas la tierra sanadora, querida. ¿Todavía puedes sentir el fuego rabiendo en tus órganos? Es demasiado peligroso.

Está cerca. Le sentía maligno, violento, un arma de odio y venganza tan malvado que Colby se estremeció de miedo. Rafael, apresúrate. Había un presentimiento de urgencia en ella. Sentía algo moverse sobre ella. Un éxodo de insectos, huyendo de la malevolencia del vampiro, intentando escapar de él. Insectos, están por todas partes.

Rafael podía oír la histeria en su voz. Así que te enfrentas a un potro semisalvaje pero te asustan un par de bichitos. Intentaba resultar consolador y tranquilo, cuando quería arrancar el corazón a su enemigo por hacerla sufrir semejante terror. Obligó a su mente a alejarse del miedo de ella y trató de sentir cuán cerca de ella estaba realmente Kirja. La migración de insectos significaba que se estaba aproximando a su lugar de descanso. Las salvaguardas le demorarían pero Rafael dudaba que él pudiera alcanzarla antes de que Kirja hubiera desentrañado los hechizos que la protegían.

Maldito seas por esto. Había un sollozo en la voz de ella que le desgarró el corazón. Me siento como si estuviera en un ataúd. Si no me sacas de aquí, voy a perder mi alucinada cabeza.

Rafael empezó a lanzar barreras en el camino de Kirja. Una sólida pared de granito, imposible de atravesar. Se vería obligado a rodearla y se debilitaría. Fuera lo que fuera lo que había encontrado le permitía moverse después de que el amanecer hubiera pasado hacía mucho. La gente de los Cárpatos tendría que oir semejante hecho y contrarrestarlo.

Por favor, Rafael. Por favor, sácame de aquí. Te juro que sea lo que sea lo que hiciera, lo siento.

Ahora estaba llorando, arañando la tierra. Podía sentir como su corazón palpitaba, acelerándose hasta que temía que explotaría. Sus súplicas solo servían para enloquecerle. Quería llorar con ella.

¡Colby! Para. Deja de llorar. Puedes hacer esto. Puedes hacerlo. No puedo sacarte de la tierra. Quiero que estés consciente para poder utilizarte para luchar contra él si es necesario. Tienes poder. Lo harás. Deja de llorar y recomponte. Su voz fue una orden despiadada. Emitió una advertencia, deliberadamente una áspero decreto, en vez de consolarla. Reaccionó exactamente como esperaba de ella. Sintió la oleada de furia hacia él.

Los bichos se me están metiendo en el pelo, bastardo. En verdad podía sentir miles de diminutas patas moviéndose rápido sobre ella, alejándose de la zona y eso era casi tan aterrador como que los insectos tocaran su cuerpo.

Estaba luchando por mantener el control. Rafael empezó a atraer minerales del volcán. Construyó una cámara de diamantes, primero formando un techo sobre la cabeza de ella, un brillante caverna transparente, justo lo suficientemente grande como para evitar que se sintiera enterrada viva, y lo bastante pequeña como para poder hacerla rápidamente. La fortaleza de diamantes mantendría Kirja fuera. Colby sería capaz de ver al vampiro, y sería posible hacer más daño o incluso destruir al vampiro utilizando la visión de ella.

¿Qué está pasando? Colby tocó la dura roca que se formaba rápidamente a su alrededor. Rafael por favor. De veras, no voy a ser capaz de hacer esto. Tienes que sacarme de aquí. No entiendo por qué no me sacas de la tierra. ¿Es la marca de nacimiento?

Leyó la desesperación en la mente de ella. ¿La estaba enterrando viva? ¿Dejándola perecer de una muerte terrible? El terror volvía con rapidez. Sus súplicas eran peores que la rabia. Nunca se había sentido tan atormentado en su vida. El corazón le dolía, un dolor físico, y su estómago ardía de furia mientras el miedo era un nudo en su garganta.

Puedes abrir los ojos, meu amor. Estás a salvo ahora. Él no puede traspasar la cámara de diamantes. Son demasiado duros. Está demasiado débil. Cuando empuje intentando abrirse paso a través de la tierra, necesitaré que le mires, manten los ojos sobre él todo el tiempo, no importa lo que haga. ¿Podrás hacer eso, pequeña? No pudo evitar la suave nota de engatusamiento que crepitó en su tono. Anhelaba abrazarla, reconfortarla.

Colby abrió los ojos con lenta reluctancia, la aterrorizaba ver la tierra y los bichos. Yacía en una rica y negra tierra, pero encerrada en cristal. Levantó los brazos para tocar la pared, sorprendida de lo pesados que sentía los miembros. Ni era cristal. ¿Vidrio? El aliento se le quedó atascado en la garganta. Diamantes. Él había construido una fortaleza de diamante para mantenerla a salvo. No estaba preparada para perdonarle, dudaba de poder hacerlo nunca, pero al menos no iba a tener un ataque al corazón ya mismo, si no levantaba la mirada para ver la tierra en lo alto de su prisión. ¿Estás seguro de que Paul está vivo? ¿Está bien? Nunca le perdonaría por mantenerla cautiva bajo tierra cuando su hermano la necesitaba.

Rafael permitió que sus recuerdos se reprodujeran para ella. Su amor por ti y por Ginny es muy fuerte. Kirja no tuvo eso en cuenta.

Colby quedó paralizada por un sonido. Por la sensación de estar siendo observada. Giró la cabeza y allí estaba él. El corazón le dejó de latir, y después empezó a martillear frenéticamente dentro de su pecho. Nunca había visto semejante malevolencia y odio retorcido en la cara de nada ni nadie antes. La criatura ya no parecía humana. Se había arrastrado a través de la montaña par alcanzarla con la única intención de matarla. La saliva corría por su barbilla, y sus ojos brillaban de un rojo feroz. Estaba ensangrentado y horriblemente quemado. Su pecho tenía varias heridas punzantes.

Kirja levantó hacia ella su mano de largos y retorcidos dedos. Atacó la pared con una dura y controlada puñalada, sus ojos brillantes la miraban directamente. La garra se destrozó. El vampiro gritó. Se lanzó contra la barrera.

Colby se sobresaltó e intentó echarse hacia atrás lejos de la horrenda criatura. Solo entonces notó que estaba desnuda y el no-muerto podía verla, vulnerable a su inspección. Su grotesca mirada lasciva era lo peor de todo.

Él levantó una mano, los dedos se abrieron de par en par mientras le miraba la garganta. Lentamente, oh, tan lentamente, empezó a cerrar los dedos. Sintió el aplastante apretón, cerrándose como un grilleta alrededor de su cuello. Por un momento sintió pánico, luchando por respirar.

Estás bajo tierra, enterrada viva, ¿recuerdas, pequeña? No necesitas aire. Estoy casi sobre él y no quiero revelar de ningún modo mi presencia.

Apretó los labios. Rafael tenía razón, estaba enterrada viva, algo por lo que era endiabladamente seguro que él tendría que responder. No necesitaba aire. Dejó que el no-muerto intentara estrangularla. Deliberadamente, con desafío, se puso de rodillas, echándose hacia atrás el largo pelo como una burla. Ni siquiera le importaba estar desnuda. Si el maldito vampiro podía resistir el terrible letargo, ella también. Ignorando la forma en que sus entrañas ardían como el infierno, alzó la barbilla y sus ojos llamearon devolviéndole la mirada.

Esta era la terrible criatura que había atormentado a su hermano. Había intentado matar a Rafael, pero estaba a punto de llevarse la sorpresa de su vida. El vampiro nunca se había encontrado con una auténtica vaquera como Dios manda.

- Aquí nos criamos duros. - Dijo mientras permitía que su furia ante todo lo que había ocurrido en las últimas pocas semanas se convirtiera en un rabioso infierno. - No nos dejamos avasallar por cualquiera, ni siquiera por los vampiros.

Las llamas lamieron el suelo de tierra que Kirja había cavado para llegar hasta ella. Como alimentado por un viento feroz, las lenguas de rojo-anaranjado se extendieron, saltando alto, envolviendo al vampiro en una vertiginosa tormenta de fuego.

¡Colby! La orden fue aguda. Enfadada.

El vampiro gritó, aullando de rabia y dolor, demasiado débil para continuar la batalla. No se atrevió a quedarse más; su fuerza decrecía rápidamente. Se escurrió a través del túnel, dirigiéndose lejos de las aguas termales, lejos de la rica tierra que sanaría sus heridas. Necesitaba un lugar de descanso donde los cazadores nunca pensaran en buscar. Sabían que estaba gravemente herido y no tendría tiempo para rejuvenecer. Necesitaría presas cerca al igual que un refugio de rica tierra. Se movió rápido en la dirección opuesta, utilizando cada onza de lo que le quedaba de fuerzas para huir antes de que Rafael pudiera encontrarle.

La reprimenda de Rafael fue para Colby una bofetada en la cara. Su propia rabia hirvió. ¡Me acabas de dejar enterrada bajo tierra, cerdo, un pato de feria para tu apestoso amigo, y encima te atreves a gritarme porque me protejo a mí misma! Los puños de Colby se apretaron. Anhelaba machacar a Rafael justo en su cara demasiado guapa. Estoy tan mal que quiero vomitar. Sácame de aquí. Vio con horror como la uña rota del vampiro empezaba a vibrar, arañando la cámara de diamante que la encapsulaba. No estoy bromeando, Rafael. Apresúrate. Ahora su uña está viva. Está arañando la pared. No quería tener miedo, pero la cosa parecía viva, decidida a llegar hasta ella. ¡Sácame de aquí!

Rafael se sobresaltó ante la rabia no diluida de la voz de ella, por la forma en que se retorcía en su cuerpo, pero al mismo tiempo, su sangre se espesó y calentó.

Eres imposible. Aquí estoy yo en medio de una crisis. Tú me metiste en esto, Rafael, y ahora estás pensando en sexo. Eres un pervertido. Sácame de aquí. Colby empezó a recorrer con las manos la superficie de la jaula de diamante, en el lado opuesto de la uña, esperando encontrar un punto débil y salir. Cuando no pudo, se concentró una vez más en enfocar su miedo y su furia sobre la espantosa cosa. Se ennegreció lentamente, humeando, y finalmente estalló en llamas. Presionando una mano sobre su corazón que latía salvajemente, se recostó contra la pared. Solo quería irse a casa.

Tu mundo me asusta a muerte. Rafael, necesito ver a Paul y Ginny. Ven a sacarme de aquí. Estaba cansada de discutir, cansada de tener miedo. Y sus entrañas estaban empezando a sentirse como si alguien se hubiera acercado una antorcha. Quería comodidad. La necesitaba. La merecía.

Rafael quiso acunarla entre sus brazos y abrazarla para siempre, pero tenía que encontrar a Kirja y destruirle. Le quedaba apenas una hora o dos para encontrar el lugar oculto del vampiro antes de que su propio letargo le invadiera. Endureció su corazón contra la debilidad en ella. Permanecerás bajo la tierra como te he ordenado y volverás a dormir y sanar apropiadamente. Fue un decreto, una orden entregada con dura autoridad. Emitió la orden seguida de un duro empujón, uno que la hundió en el sueño, pero no antes de oirla maldecirle sonoramente.

A pesar de la gravedad de la situación sintió la calidez de la alegría extendiéndose a través de él. Así que esto era tener una compañera. El tranquilo y yermo vacío de su vida previa había sido reemplazado por una montaña rusa de emociones. Amor si, pero también agravio, preocupación, el fogoso choque de temperamentos, y un increíble y caprichoso deseo. Al menos, ahora, siempre sabría que estaba vivo.

Rodeó lentamente la zona donde yacía Coly, buscando signos de que Kirja estuviera enterrado en la tierra, pero como pasaba siempre con el antiguo vampiro, no había rastro de su paso. Rafael cambió a su forma humana mientras caía hacia la tierra, pasando las manos sobre ella, sintiendo una vibración, sintiendo la señal delatora del no-muerto.

Sus dedos se cerraron en un puño. Podría acabar de instruir a Colby sobre lo placentero que podía resultar un castigo después de este error. Tenía que matar a Kirja. El vampiro se

tomaría su venganza y ella había acabado con la oportunidad de Rafael de rastrear a la criatura de vuelta a su guarida.

Una lechuza ululó, un suave lamento en la noche. El sonido le llamaba a él, una llamada inusual para este pájaro de presa. No un lamento de pérdida, ni de satisfacción, sino una llamada. Cauteloso, alzó la cabeza y miró cuidadosamente alrededor. Incluso con su aguda visión, le llevó unos pocos minutos divisar a la gran lechuza en las ramas más altas del abeto a varias yardas de distancia.

Rafael se enderezó lentamente. No era una lechuza indígena de la zona. El pájaro le evaluaba desde su posición alta en las ramas. No era Nicolás... él estaba con Paul y Ginny, ayudando a prepararlos para el traslado a Brasil. Les metería en el jet privado y les sacaría del país, utilizando su voz hipnótica para hacerlos atravesar el papeleo rápidamente.

- Bien podría salir del árbol y decirme qué estás haciendo aquí.

El ave de presa inmediatamente extendió las alas y bajó en espiral, cambiando antes de tocar el suelo. Un hombre alto de anchos hombres le miraba.

- No te había visto en demasiados años, Rafael. - Avanzó y aferró el antebrazo de Rafael en el familiar gesto de un guerrero saludando a otro.

- Vikirnoff Von Shrieder. Pensaba que hacía mucho habías encontrado el amanecer.

- Con frecuencia he pensado en hacerlo así, pero tenía un hermano del que cuidar. Nicolae ha encontrado a su compañera y ahora mi tiempo se acaba. Tengo una última tarea que completar antes de descansar. ¿Y qué hay de ti? ¿Y tus hermanos?

- Riordan también ha encontrado a su compañera. Hay esperanza en el conocimiento de que algunas mujeres humanas pueden ser convertidas. Mi compañera, Colby, es humana.

- Me vi atraído por este lugar por el sonido de la tierra gritando, pero ahora no hay evidencia de un vampiro.

- Ha jurado matar a Colby. Debo destruirle. Se las ha arreglado para tomar la sangre del hermano menor de ella y pretende utilizarle contra nosotros. - Mientras hablaba, Rafael continuaba buscando a lo largo del terreno ennegrecido indicios del paso del vampiro.

- Entonces le cazaré contigo. Será como en los viejos tiempos. - Vikirnoff levantó los brazos para recogerse el pelo en la nuca, asegurándolo con una tira de cuero.

- Colby lleva la marca del Buscador de Dragones. Es descendiente de ese linaje. - Rafael envió sus sentidos profundamente al interior de la tierra, buscando primero al norte, después al oeste donde la tierra fértil podría atraer a Kirja para sanar.

- Pensábamos que el linaje del Buscador de Dragones se había perdido hacía mucho para nosotros. Una buena alianza entre dos poderosas casas. El príncipe estará complacido. - Vikirnoff escudriñaba los cielos.

- ¿Cómo es que llegaste a este lugar, Vikirnoff?

- Estoy siguiendo a una mujer. Nicolae y yo, aunque por accidente, averiguamos que un maestro vampiro había enviado a sus peones tras esta mujer en particular que necesita. He estaba rastreándola con la intención de advertirla y protegerla. - Sacó una fotografía de su bolsillo. - ¿La has visto?

Rafael extendió la mano hacia la foto pero Vikirnoff retuvo la posesión de la misma, sujetándola en alto para que Rafael pudiera verla. Su pulgar se movía en una pequeña e involuntaria caricia sobre la hermosa cara.

- Estoy seguro de estar cerca.

- Estaba aquí, esta noche, hablando con Colby en el bar. Colby dijo que esta mujer, Natalya Shonski, le dijo que un cazador mataría a cualquiera que llevara la marca del Buscador de Dragones. No solo está huyendo del vampiro, sino también de ti.

- ¿También ella lleva la marca del clan del Buscador de Dragones? ¿Por qué creería semejante cosa?

Ambos hombres se lanzaron a buscar signos por el suelo. Posaron las manos sobre la tierra, pidiendo a la tierra que les diera noticias. Escucharon el viendo, el susurro de las hojas en los árboles. Incluso los insectos y las criaturas nocturnas normalmente contaban historias, pero no había pistas sobre el rastro del vampiro. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

- Si lo que dijo es verdad, Rhiannon tuvo trillizos, dos niñas y un niño. No eran hijos de su compañero, sino del mago Xavier. La mantuvo cautiva durante algún tiempo, nadie sabe como, pero de algún modo ella se las arregló para unirse a su compañero en el otro mundo, dejando a los niños atrás. O es posible... incluso probable... que Xavier la matara después de que nacieran los niños. Xavier odiaba a todos los Cárpatos. Habría criado a sus hijos para temernos. - Rafael cambió su concentración hacia el sur y después al este. - Esta joven que buscas es una descendiente directa. Ha estado mucho tiempo en este mundo, evitando a nuestra gente. - Se pasó la mano por el pelo ante la frustración absoluta de no encontrar nada, ningún signo del vampiro. - ¡Deus! Esto no nos lleva a ninguna parte. ¿Dónde se escondería Kirja?

CAPITULO DIECINUEVE

- ¿Kirja? - Vikirnoff se dio la vuelta, deslizando la foto en el interior de su camisa cerca del corazón. - ¿Es él el vampiro? - Había una nota pensativa en su voz. - No me sorprende que sea difícil de encontrar. Kirja era un gran guerrero.

- Me temo que está envuelto en una conspiración para matar al príncipe.

- He hablado recientemente con Gregori y todos nosotros sospechamos que un gran ejército se está preparando contra nosotros. ¿Qué hay de los cuatro hermanos de Kirja? ¿Tienes noticias de ellos?

- Creo que están todos involucrados, pero no lo sé con seguridad. Cuando habló, así lo insinuó.

Vikirnoff examinaba una pila de rocas que había sido cambiada ligeramente de posición.

- ¿Qué hay en esa dirección?

Rafael estudió el paisaje.

- Las minas. - Sus ojos oscuros llamearon con sombría comprensión.

- Vikirnoff, ha ido hacia las minas. Colby me dijo que taponaron las entradas hace años porque eran peligrosas. Nadie va allí.

- ¿Así que no tendría acceso a presas fáciles?

Rafael sacudió la cabeza.

- No, pero podría llevar a un incauto hasta él. Es increíblemente poderoso.

Vikirnoff asintió.

- Recuerdo a todos los hermanos Malinov. Eran muy poderosos incluso de jóvenes. - Sus fríos ojos negros estudiaron a Rafael. - Como lo era tu familia.

- Éramos buenos amigos, y si, pusimos a prueba los límites de la ley, pero acordamos, los diez, mis hermanos y los hermanos de Kirja, que seguiríamos a nuestro príncipe y viviríamos con honor. No sé por que los hermanos Malinov eligieron el camino oscuro. - Había una tristeza persistente en su voz.

Vikirnoff le miró agudamente.

- Ya no es tu amigo de la infancia. Cacemos al no-muerto, y eliminemos la amenaza que se cierne sobre ti y tu compañera antes de que el sol se alce demasiado y nos obligue a ir a la tierra.

Cambiaron de forma al mismo tiempo, Vikirnoff eligiendo la lechuza y Rafael el águila real. Ambos volaron bajo, escudriñando mientras seguían la ruta más directa hacia las minas.

Kirja tendría que haber permanecido bajo tierra. Sin embargo se las había arreglado para despertar después de la primera luz del amanecer, Rafael estaba seguro de que el efecto no podría durar mucho. Kirja habría preparado su ruta de escape antes de su tentativa contra la vida de Colby.

¿Vikirnof? ¿Crees que es extraño que el hijo de Rhiannon muriera y aún así no se sepa ni una palabra de las niñas? Colby dijo que ella le había contado que su padre había muerto, pero no cómo ni cuándo. Había una especulación abierta en la mente de Rafael.

Los magos no son inmortales. Son longevos, pero tarde o temprano, la muerte los reclama. Es una de las razones por las que nos guardan resentimiento. Con todas sus habilidades y poder, no podían mantener sus vidas. El príncipe creyó que esa fue la motivación del rapto de Rhiannon. Xavier deseaba que procreara con él, dando a sus hijos vida inmortal. Xavier quería su sangre para si mismo y para sus herederos.

A través de los agudos ojos del águila real, Rafael notó un ligero movimiento de tierra, todavía fresco, como si una mole se hubiera empujado hacia arriba y hubiera descolocado la tierra. Voló en círculos alrededor. ¿Y ¿si Xavier tuvo éxito? Rhiannon no le habría convertido voluntariamente, pero puede haber encontrado la forma de utilizar su sangre para convertirse a sí mismo. Colby es prueba de que la sangre del Buscador de Dragones ha pasado a los que parecen ser humanos. No sabemos de cierto que Xavier muriera o que lo hayan hecho su hijo y su nieto. La mujer a dicho eso, pero no hay detalles.

Vikirnoff consideró las posibilites. Estás diciendo que es posible que nuestro más grande enemigo esté vivo y tenga hijos adultos para ayudarle a continuar su trabajo.

Rafael divisó las minutos justo adelante y voló más alto, abarcando un rango más ancho. Kirja no entraría en las minas sin salvaguardas y numerosas trampas. Estudió la tierra y las entradas de los dos túneles, ambos bloqueados con enormes rocas macizas. Creo que es posible, si. No creo que ningún hijo de Xavier fuera fácil de matar. Y si llevan la sangre del Buscador de Dragones, será más difícil todavía.

Rafael aterrizó en las ramas de un gran abeto, a corta distancia de la entrada de la mina. Vikirnoff se posó junto a él. Estudiaron la zona a su alrededor con ojos agudos antes de tomar tierra y cambiar sus formas Cárpatos. Desde su posición, enviaron sus agudos sentidos en todas direcciones, prestando particular atención a la posición de las rocas que bloqueaban la entrada al igual que la estructura de la mina.

- Esta mujer a la que estoy siguiendo. - Aventuró Vikirnoff. - tiene a los vampiros cazándola. ¿Es posible que ellos sepan que lleva la sangre del Buscador de Dragones?

- No lo sé. Colby lleva la sangre del Buscador de Dragones, pero Kirja no parece tener conocimiento de ello. - Rafael estudió los rasgos de Vikirnoff. - Estamos rodeados por la traición estos días, lo que hace imposible con frecuencia distinguir a amigo de enemigo. Esta mujer podría estar conduciéndote directamente a una trampa.

Vikirnoff se encogió de hombros.

- Poco importa. No soy un aprendiz y he estado mucho tiempo en este mundo. He adquirido unas pocas habilidades a lo largo del camino. - Había un borde duro en su cara, un sombra oscura moviéndose en los ojos negros. - No soy tan fácil de matar. - Sacudió la cabeza. - Algo no encaja en esto.

- Estoy de acuerdo. Parece no estar bien, pero no puedo decir cómo.

- Hay un viento sustancial, pero las hojas de los arbustos cerca de la entrada de las minas no parecen ondear. Permanecen inmóviles cuando todas las hojas alrededor de nosotros se están moviendo. La brisa debería mover todas las hojas, no solo las que están cerca de nosotros. - Señaló Vikirnoff.

Rafael estudió el fenómeno.

- ¿Quizás estamos viendo una ilusión? ¿Una escena que Kirja a colocado como salvaguarda?

- Es así, es algo que no había visto en todos mis años de caza. Es una ilusión extremadamente grande para mantener mientras yace durmiendo bajo tierra.

- Kirja no es un vampiro ordinario. - Dijo Rafael. - Nunca fue un cazador ordinario, sino que mostraba habilidades excepcionales como toda su familia. Si algún no-muerto pude hacer semejante cosa, ese sería Kirja. Y dudo que esté descansando.

Vikirnoff cambió, y en la imagen familiar de la lechuza, extendió las alas y tomó el vuelo, subiendo en espiral sobre la zona, descendiendo más y más abajo mientras rodeaba las minas. Si es una ilusión, es una buena.

- Lo es. - Dijo Rafael en voz alta. Cambió una vez más a la forma de la lechuza, abandonando la seguridad de los árboles para volar sobre las grandes rocas hacia la entrada. Parecían bastante reales, pero Rafael ya no confiaba en su visión.

La lechuza voló hacia las piedras más grandes, con las patas extendidas como si fuera a aterrizar. En el último momento, cambió de curso. Aquí hay algo. Tendría que haber golpeado el suelo.

Rafael aterrizó sobre el suelo junto a las entradas de la mina.

- Vamos a tener que olvidarnos de la vista y utilizar nuestros otros sentidos para que nos digan dónde está la auténtica entrada.

Vikirnoff cambió junto a él.

- Podría intentar ir bajo tierra. Kirja ya ha hecho un túnel bajo la tierra.

Rafael sacudió la cabeza.

- Su túnel no. Es un maestro luchando bajo tierra. La abertura está aquí. La encontraré. - Cambió una vez más, convirtiéndose en un pequeño murciélago modesto.

Vikirnoff observó la caída y giro del murciélago. La criatura nocturna sería capaz de sentir cualquier objeto en su camino y sabría la distancia exacta hasta ellos. Muy simple, pero muy inteligente.

Es una ilusión. La entrada de las minas está a diez pies a la izquierda. Podemos atravesar las grietas utilizando niebla. Al menos sabemos que estamos en el lugar correcto. Debe estar aquí para colocar tan enormes salvaguardas. No podría esperar conservarlas durante las horas diurnas.

Vikirnoff se unió a Rafael en la misma forma, utilizando el radar del murciélago par juzgar la distancia hasta las rocas en la entrada real de las minas. Se movieron con cuidado, fluyendo como una estela de vapor a través de una gran grieta entre las rocas, abriéndose paso en el interior de oscuro túnel. Esa más seguro proceder como vapor, sin tocar las paredes o el suelo donde podría haber una trampa. Eso funcionó hasta que giraron una esquina y encontraron una tela de araña gigante. Las hebras de la red estaban estrechamente tejidas. Era imposible incluso para el vapor deslizarse a través sin perturbar los sedosos hilos. Una araña muy pequeña se sentaba en la esquina de la tela.

Los cazadores cambiaron a la forma Cárpato para estudiar el diseño de la gruesa red. Pareрecía sedosa y frágil, una delicada obra de arte, aunque Rafael sintió que los pelos de su nuca se erizaban en advertencia.

- ¿Has visto esto antes? - Preguntó Vikirnoff, manteniendo un ojo cauteloso sobre la aparentemente indefensa araña.

Rafael se acercó un poco más, inclinándose para examinar las fibras. Aparecían las de una tela de araña normal, pero no había agujeros, ni efecto de encaje. El diseño era sólido y apretado. Examinó la pequeña araña para identificar la especie. Esta le devolvió la mirada. Los ojos bulbosos parpadearon y Rafael se encontró mirando en los ojos del mal, de la inteligencia. Kirja le devolvía la mirada, con un odio venenoso y una malevolencia enturbiando las profundidades de sus ojos.

Rafael saltó lejos de la red, arrastrando a Vikirnoff con él mientras la diminuta araña explotaba en un millar de arañas, todas corriendo hacia ellos con colmillos venenosos. Rafael

incineró a los arácnidos rápidamente, pero no antes de que unos pocos se las arreglaran para hundir sus colmillos venenosos en sus piernas y brazos y en los de Vikirnoff. Los diminutos mordiscos dejaron sangrientas magulladuras abotargadas, rezumando de veneno, ardiendo a través de carne y tejido.

- Definitivamente sabe que le estamos cazando. - Dijo Rafael mientras sacaba el veneno a través de los poros de su cuerpo. Junto a él, Vikirnoff hacía lo mismo. - Cada paso que demos va a ser peligroso. No solo es bueno en ilusiones, sino que es un maestro en mutar una especie. - Abrazó a las últimas arañas que quedaban.

Vikirnoff asintió sobriamente.

- En todos mis siglos de batallar con el no-muerto, nunca he enfrentado a un vampiro tan poderoso como este. Creo que es lo suficientemente fuerte como para matarnos a los dos si llegáramos a él de uno en uno.

- Desafortunadamente, creo que tienes razón. - Estuvo de acuerdo Rafael.

Empezaron a seguir el túnel que los condujo más profundamente bajo tierra. Probaban cada paso con precaución, con todos los sentidos alerta al peligro inminente. Los maderos estaba podridos y partidos sobre sus cabezas. Las grandes cuadernas que soportaban los techos también mostraban peligrosos signos del paso del tiempo. Un viejo carril yacía medio enterrado a lo largo del suelo. Una colección de polvorientas y olvidadas herramientas yacían esparcidas por el suelo.

- ¿Por qué me siento como si estuviéramos entrando en la guarida del diablo? - Preguntó Rafael. Bajó la voz.

- Porque lo estamos haciendo. - Respondió Vikirnoff. - ¿Qué es ese ruido?

Ramiro miró fijamente al antiguo cazador.

- Suena como mineros.

Giraron la esquina y vieron a una docena de hombres trabajando con picos en las paredes del túnel. Varias linternas colgaban de la viga superior, lanzando una luz amarilla y oscura sobre los trabajadores de abajo. Mientras Vikirnoff y Rafael observaban, dos hombres manipulaban una pesado carro lleno de mineral hasta un lugar sobre los desvencijados raíles. Ninguno pareció notar la presencia de los dos Cárpatos.

Los dos cazadores se miraron el uno al otro.

- Tiene que ser una ilusión. - Dijo Vikirnoff.

Ninguno de los mineros se giró ante el sonido de su voz. Los hombres continuaron trabajando industriosamente, el sonido de los picos golpeando la roca timbraban a través del túnel.

- Visten ropas modernas. - Señaló Rafael. Estudió la escena que se desarrollaba ante ellos, buscando la trampa escondida que sabía tenía que haber allí.

- Podría ser que estuviera retrasándonos, llevándonos al punto en que no podamos confiar en nuestros propios sentidos.

- ¿Cómo los pondría en movimientos? - Rafael quería saber. - Si su ilusión puede rasgar la ropa, igualmente puede rasgarnos a nosotros.

Los picapedreros continuaban golpeando la roca con un ritmo firme. Vikirnoff se golpeó la mano contra la pierna, siguiendo el patrón.

- ¿Oyes eso? ¿Quizás es algo en la pulsación?

Rafael se puso en cuchillas, estudiando la escena desde cada ángulo.

- Podría ser. Está engañando a más de un sentido. Vista, oído, audición. Ha hecho un trabajo superior. - Había admiración en su voz. - Mira el suelo. No hay pisadas en el polvo. No dejan ninguna evidencia de su existencia. ¿Ves donde los picos golpean la roca?

- La escena se repite como un bucle. - Dijo Vikirnoff. - ¿Si la perturbamos, entrando en ella, se activará la trampa, o desaparecerá la escena?

- No se habría tomado tantas molestias sin alguna clase de trampa. - Rafael se frotó la barbilla. - A menos que sea una táctica dilatoria.

- Si lo es, es una endemoniadamente buena. Quédate atrás solo por si acaso actúa un ataque. - Vikirnoff se aproximó a los mineros con precaución. Ninguno de ellos levantó la mirad. Ninguno habló. Continuaron con su trabajo como si no estuviera pasando entre ellos. Vikirnoff miró a Rafael. - ¿Alguna idea?

- Coge el pico de las manos de uno de ellos y veamos si eso perturba la escena. - Sugirió Rafael.

Vikirnoff dio un paso hacia el minero que tenía al lado y arrancó fácilmente la herramienta de las manos del hombres. Hubo un breve momento de extraño silencio cuando el tintineo de los picos se detuvo bruscamente. Inmediatamente las herramientas cayeron al suelo y los hombres se disolvieron en esqueletos, los huesos cayeron desgarbadamente sobre el suelo del túnel de la mina. Los restos de ropa podrida y el olor a cuerpos en descomposición llenaron inmediatamente el aire ya de por sí apestoso.

- Bueno, ahora sabemos con seguridad lo que le ha ocurrido a la gente desaparecida del pueblo y los ranchos colindantes. - Dijo Rafael sobriamente. - Esta es definitivamente la guarida de Kirja. - Recorrió la grotesca escena, cuidando de no perturbar los huesos.

Se movieron hacia abajo por el túnel en total oscuridad. Casi al momento hubo un roce tras ellos seguido por el traqueteo de hueso golpeando contra hueso. Los cazadores se dieron la vuelta para enfrentar al ejército de esqueletos que se alzaba del suelo, huesos reensamblándose para forjar guerreros que esgrimían picos con intención amenazadora, las calaveras sin ojos mirando directamente adelante.

- El ruido de los picos contra las rocas tuvieron que ser el detonante. - Dijo Rafael con disgusto contra sí mismo. - Si no hubiéramos perturbado la escena, la trampa no se habría activado. - Se alejó de Vikirnoff proporcionando a ambos espacio para luchar.

Era algo perturbados ver a los muertos alzándose para defender a la misma criatura que los había asesinado brutalmente. Parecía tan equivocado, tan obsceno, Rafael acumulóa su poder en un bola de energía y la envió alocadamente hacia el centro del ejército de esqueletos. La explosión meció las mina, agrietó las cuadernas podridas, astilló maderos y envió polvo y rocas que cayeron sobre los muertos.

Vikirnoff y Rafael se apresuraron a alejarse de la avalancha de escombros. Los tres esqueletos restantes que no había quedado atrapados por la fuerza de la explosión se lanzaron hacia los cazadores, blandiendo sus picos. Sus huesos crujían y rascaban de forma horripilante y sus bocas se abrían en una horrible mueca. Mientras todo el tiempo los ojos miraba directamente adelante, huecos despiadados en calaveras huecas. Las luces se extendían a lo largo de las paredes, las linternas se mecían como movidas por una mano invisible. Una viento recorrió los túneles, despertando a los guardianes del no-muerto.

- Esto no es bueno. - Murmuró Rafael.

Un terrible aullido llegó de alguna parte justo delante de ellos, el sonido creció de volumen hasta que fue una sinfonía de gritos. Sombras oscuras se deslizaron a través de las grietas en la roca y el polvo formando las paredes del túnel. Vikirnoff se giró para enfrentar a los esqueletos y Rafael tomó posición a su espalda, enfrentando las sombras. Los Cárpatos esperaron, espalda contra espalda, el ataque.

Vikirnoff golpeó varias linternas sobre las cabezas de los esqueletos, bañándolos en llamas. Los picos yacían inofensivos en el polvo, pero los huesos ardientes continuaban avanzando, decididos a matar a los cazadores.

- Niebla. - Ordenó Vikirnoff.

Rafael cambió simultáneamente con Vikirnoff de forma que los esqueletos pasaron a través de la brillante luz. Los huesos se desintegraron, explotando en fragmentos astillados. Las llamas titilaron y murieron. Se hizo otro extraño silencio.

Los cazadores avanzaron más a través del túnel, procediendo con precaución, cambiando de vuelta a la forma Cárpato de forma que pudieran utilizar todos sus sentidos. Rafael se extendió con cada sentido que tenía, recavando información, permitiendo que su cerebro asimilara cada olor y sonido que llegaba hasta ellos.

- Se nos acaba el tiempo. Si no le encontramos pronto, no tendremos más elección que buscar descanso y no podemos hacerlo en estas minas. Es su guarida y está bien guardada.

- Cuenta con eso. Todo lo que ha hecho es evitar que encontremos su lugar de descanso hasta que el sol esté alto. - Estuvo de acuerdo Vikirnoff. - Nunca había luchado con un vampiro con semejantes salvaguardas.

- Ha tenido siglos para perfeccionar sus habilidades. - Rafael giró la cabeza, escuchando los susurros que llegaban desde detrás de ellos. - ¿Oyes eso?

- Los esqueletos están intentando reformarse para otro ataque.

Estaban en un laberinto de túneles y por un momento permanecieron inmóviles, intentando conseguir un presentimiento que indicara el lugar de descanso de Kirja.

- También es bueno no dejando rastro de su existencia. - Añadió Rafael. Señaló los hongos que crecían en las paredes de uno de los túneles.- Esa sería mi mejor suposición. Ese musgo no crece en ningún otro sitio y aventuraría que es otra salvaguarda.

Vikirnoff estudió atentamente el extraño brote.

- No me gusta el aspecto de eso, y hay millones de ciempiés recubriendo el suelo. Las cuadernas están casi completamente podridas. Yo diría que no deberíamos tocar nada mientras bajamos por este túnel.

Rafael echó una mirada a la alfombra del ciempiés. Maldijo en la lengua ancestral.

- Kirja es bien consciente de que estamos cerca. Ahora puedo sentirlo. No puede ocultarme su odio. Se toma el que le cace como algo muy personal.

Vikirnoff arqueó una ceja.

- No puedo imaginarme por qué.

Rafael le lanzó una breve sonrisa.

- Conoce mi aversión por los ciempiés. Una niñería, pero por supuesto que lo utilizaría.

La ceja se alzó aún más.

- Somos de la tierra. ¿Cómo podría una criatura como un ciempiés molestar a alguien como tú? Tienes dominio sobre cosas así.

- Tengo cuatro hermanos, Vikirnoff. - Señaló Rafael. Su forma brilló, volviéndose transparente, y cambió a la de un murciélago muy pequeño.

Vikirnoff siguió su ejemplo, pero no antes de mirar hacia atrás por el túnel donde los huesos producían frenéticos ruidos de arañazos mientras intentaban recobrar forma para llevar a cabo las órdenes de su maestro. Tendremos que vigilar nuestras espaldas.

Solo si no le cogemos. Una vez haya desaparecido, todos sus sirvientes dejarán de existir. Movámonos con rapidez. Mira ese moho cerca de la entrada de este túnel a tu derecha. Hay algo extraño en él. Rafael utilizó el radar del murciélago para calcular la distancia hasta la planta, pero cambiaba, como si la planta se moviera.

Algo golpeó al murciélago con fuerza, cortando un ala y derribándolo al suelo. Los ciempiés empezaron inmediatamente el festín. Vikirnoff movió un ala, bajando para apartar al pequeño murciélago del alcance de los ávidos insectos. El cuerpo estaba cubierto de mordiscos y pequeños parches de sangre rezumaban de varias heridas.

Rafael se sacudió los ciempiés adheridos, agitando las alas para ganar altura. Gracias. Ahora sabemos que es ese moho. Tiene dientes.

Probablemente veneno.

Eso parece. Quema como el infierno. Está cerca. Ve a la derecha, Vikirnoff. Vigila. El moho está por todas partes. Hay una bolsa de gas aquí.

Está tras esa masa de rocas. Le siento. Los ciempiés están frenéticos por llegar hasta nosotros y el moho enseña los dientes como perros enloquecidos. Tiene que estar dentro de esta cámara.

Rafael. Estoy intentando decirte que está inundando este túnel y llenándolo.

Un truco. Está volviendo a sus viejos trucos. Adora jugar con fuego.

No quiero acabar asado. Vikirnoff era inflexible sobre eso.

Es hora de dejarle trabajar a él en nuestro lugar. Tengo una idea. Volvamos al túnel de entrada. Rafael siguió a Vikirnoff y cambió de vuelta a la forma Cárpato justo al alcance de moho y ciempiés.

- ¿Cuál es el plan? - Preguntó Vikirnoff.

Rafael gesticuló hacia las pesadas piedras que guardaban la entrada de la cámara al final del túnel.

- Ese.

Pronto, clones de los dos cazadores se acercaron a la entrada de la cámara, los ciempiés subieron por sus cuerpo y el moho atacó cruelmente mientras Rafael dirigía a los clones desentrañando las complicadas salvaguardas que el vampiro había erigido alrededor de su guarida.

Mientras los clones trabajaban, Rafael eliminó el veneno remanente de su cuerpo. El proceso fue más lento de lo normal; Rafael alimentaba las ilusiones que había creado con la mayor parte de su poder. Tenía que hacerlos lo suficientemente reales como para generar calor corporal.

- Si tenemos suerte, Kirja creerá que esos clones somos realmente nosotros y si lo hace, intentará matarnos prendiendo el gas. No nos arriesgaremos a activar otra de sus trampas y eso nos ahorrará el desentrañar las salvaguardas.

- Espero que se apresure porque puedo oír a los esqueletos abriéndose paso. - Dijo Vikirnoff sombriamente. - Recomendaría que levitáramos para mantenernos fuera del camino de sus guerreros, pero habrá pensado en eso. - No dijo lo que ambos sabían. El tiempo corría contra ellos. El sol se alzaba más alto fuera de la mina y ambos pronto se verían golpeados por el terrible letargo de su especie. No podrían ir a descansar en la mina con Kirja tan cerca. Sería demasiado peligroso.

- No puedo mantener la ilusión haciéndola realista y trabajar en las salvaguardas. Tú tendrás que desentrañar las salvaguardas. Permanece bien apartado de la entrada. - Advirtió Rafael.

Vikirnoff empezó el complicado procedimiento de deshacer el hechizo que guardaba la guarida del vampiro. Tras ellos el crujir y traquetear de huesos se hacía más fuerte. El suelo susurraba con los oscuros y malevolentes insectos, y las sombras aullaban hacia ellos, contenidas solo por la blanca luz ardiente que Rafael continuaba manteniendo.

La explosión llegó sin advertencia, sacudiendo toda la mina. Las trampa del vampiro había activado la bolsa de gas. Una bola de fuego anaranjada rugió bajando a lo largo del túnel, incinerándolo todo a su paso. Voló todo dentro del largo túnel, matando a las plantas carnívoras y chamuscando la alfombra de ciempiés, dejando las cadáveres quemados y un olor apestoso, pero despejado para los dos cazadores.

Mientras los cazadores avanzaban cautelosamente el ahora vacío pozo de mina, las manos de Vikirnoff fluían graciosamente en medio del aire mientras se apresuraba a desentrañar las salvaguardas del vampiro. Rafael continuaba alimentando de energía la luz blanca que los rodeaba, manteniendo las sombras a raya. Más de una vez, las formas oscuras y amorfas se lanzaban hacia los Cárpatos solo para chillar y retroceder cuando Rafael las golpeaba con el haz de luz.

- La última salvaguarda está bajada. - Dijo Vikirnoff.

- Quédate atrás. Tendrá algo esperando en el interior de la cámara. - Rafael presionó su cuero contra el lateral ennegrecido del túnel y esperó a que Vikirnoff hiciera lo mismo antes de ondear la mano para hacer que las rocas se apartaran de la entrada.

Gas y vapor se vertieron del interior, cayendo con olor nocivo y apestoso. Los siguieron murciélagos de colmillos afilados, una oscura nube de ellos, cubriendo a los cazadores instantáneamente. Vikirnoff levantó una barrera cuando él y Rafael espiaron en el interior de la caverna caliente. Los murciélagos chocaban una y otra vez contra la barrera invisible, golpeando sus cuerpo en frenética necesidad de llevar a cabo las órdenes del no-muerto. Los cazadores avanzaron sobre el suelo humeante de la guarida de Kirja.

La cámara estaba caliente y el gas vaporoso contenía vestigios de azufre y veneno. Los Cárpatos flotaron hacia arriba cuando los ácidos del suelo derritieron sus botas, buscando penetrar en sus pieles.

- Muy bueno, Kirja. - Murmuró Rafael, sacudiendo la cabeza para librarse del letargo que invadía su cuerpo y mente, haciéndole descuidado.

Empezaron a comprobar el suelo, buscando la posición exacta donde el vampiro yacía bajo el brebaje de ácida y apestosa tierra.

- Aquí, Vikirnoff. - Dijo Rafael, señalando un punto directamente bajo él. - Está aquí.

Los dos empezaron a desentrañar las salvaguardas finales, avanzando con rapidez, pero cuidando de permanecer alertas. Un movimientos sobre el suelo captó la atención de Rafael justo a la izquierda de donde yacía el vampiro, un pequeño montículo de polvo, una perturbación bajo tierra. Mientras observaba, lo mismo ocurrió en media docena de lugares, hasta que él y Vikirnoff estuvieron rodeados por un círculo suelto. La tierra explotó en una docena de lugares los brotaron ghouls de la tierra.

- Sigue, Rafael. - Dijo Vikirnoff. - Yo los retendré. - Ya estaba bajando, volando hacia un ghoul con tremenda velocidad. Retorció la cabeza del ghoul, derribando a la criatura haciendo que aterrizara con fuerza en el suelo venenoso.

Rafael se concentró en abrir la última cerradura para llegar hasta Kirja mientras la batalla de Vikirnoff con los ghoul rugía ferozmente a su alrededor. Varias veces oyó a Vikirnoff gruñir mientras recibía un golpe particularmente duro, pero Rafael permaneció concentrado en desensamblar la salvaguarda final del vampiro. En el momento en que el último elemento chasqueó en su lugar, los ghouls aullaron y chillaron de furia, redoblando sus esfuerzos por destruir a los cazadores. Vikirnoff mantenía a la docena de zombies apartados de Rafael, dándole el tiempo que necesitaba para separar los estratos de tierra hasta el lugar de descanso del vampiro.

Y entonces la última tierra se apartó y Rafael se encontró bajando la mirada hacia los ojos llenos de odio de Kirja.

Por un momento se hizo un extraño silencio. El vampiro estaba completamente inmóvil, atrapado en la tierra por el terrible letargo de su raza. Nunca ganarás, Rafael. Estás domado. La voz raspaba de odio incluso mientras Rafael enterraba el puño a través de la cavidad toráxica del vampiro y arrancaba el ennegrecido y podrido de su amigo de la infancia.

Kirja gritó, y Rafael siseó cuando el ácido de la sangre del vampiro quemó a través de su piel y músculos directamente hasta el hueso. Tiró el corazón de Kirja al suelo, pero antes de poder llamar al fuego para incinerarle la cosa decadente, esta se enterró profundamente en la tierra, volviendo de regreso a su anfitrión. Un negro odio vibró en el aire entre ellos, después el triunfo cundo el corazón se reunió con su anfitrión. Maldiciendo, Rafael hundió el puño por segunda vez en el pecho del vampiro, mirando directamente a los brillantes ojos rojos.

Pero ya no era Kirja yaciendo indefenso en la tierra. Rafael veía Colby, su hermosa cara, su rico pelo rojo, su piel increíblemente sueva. Por un momento dudó mientras se inclinaba sobre el no-muerto.

- Rafael - Lloró ella suavemente. - ayúdame.

- ¿Colby? - Rafael parpadeó con confusión, sacudió la cabeza y por un momento incierto, dudó.

Kirja golpeó. Rafael gritó y la ilusión de Colby se disolvió mientras las garras afiladas del vampiro atravesaban el pecho de Rafael. Jadeante de agonía, pudo sentir la mano del no-muerto arañando su corazón, atravesando músculo y tejido con intención asesina. Kirja chilló de triunfo y Rafael gritó de nuevo cuando las puntas de las uñas del vampiro le rozaron el corazón.

El dolor le abrumó, un dolor execrable como nada que hubiera conocido en todos los siglos de su existencia. Durante un agonizante momento sus músculos se cerraron con espasmos de tormento, después volvió a gritar de dolor cuando las garras de Kirja perforaron las paredes externas de su corazón.

La sangre salió a borbotones del corazón de Rafael. No había mucho tiempo. Tenía que terminar esto ahora. Rápidamente.

Se arrastró sobre el cuerpo de Kirja. El vampiro asumió una vez más la forma de Colby, pero esta vez Rafael no dudó. Una vez más hundió el puño profundamente en el pecho pútrido del vampiro, gritando cuando la sangre ácida se comió la carne de su mano ya herida. Su pecho ardía, las garras del vampiro rasgaban los músculos del corazón de Rafael. La sangre brotaba de su pecho en grandes chorros mortales, pero Rafael no podía permitirse detener su corazón y apagar las funciones de su cuerpo para salvarse. Kirja debía ser derrotado.

Protegería a Colby y a aquellos a los que ella amaba con su último aliento moribundo. Mientras Kirja siguiera vivo, retendría su agarre sobre Paul y pondría a la familia de Colby en peligro. Esto tenía que terminar aquí. Ahora. Rafael eliminaría esta amenaza que se cernía sobre Paul, devolvería a Colby al chico cuerdo y saludable. No le fallaría esta vez con otra línea de acción egoísta. Podía ofrecerle este único regalo incluso si significaba la pérdida de su propia vida. Ella era una Buscadora de Dragones, era fuerte, podía seguir sin él como había hecho Rhiannon. Por un momento vaciló. ¿Había sido el hechizo de Xavier lo que había evitado que Rhiannon se uniera a su compañero? ¿Sobreviviría Colby a su muerte? Tenía que creer que si.

Sentía los dedos de Kirja alrededor de su corazón, las uñas hundiéndose profundamente, lacerando, rasgando. Oía el eco de sus propios gritos a través de la caverna, pero aguantó tenazmente. No fallaría a Colby. Su muerte era la única cosa que le quedaba para ofrecerle.

- ¡No! - Nicolas gritó la orden.

Débilmente, desde muy lejos, Rafael oyó a sus otros hermanos, pero quizás también eso era una ilusión. Las voces de los Cárpatos cercanos y lejanos parecían fundirse en una sola voz que gritaba en protesta.

Rafael aguantó sombriamente, arrancando el negro corazón del vampiro del pecho de Kirja. La pérdida de sangre había dejado a Rafael extremadamente débil y el corazón luchaba salvajemente por escapar a su posesión y volver a su amo. Luchó por mantener el pútrido órgano enjaulado en su mano. El ácido ardía a través de su piel y huesos, pero ese dolor no era nada comparado con la agonía de los dedos de Kirja literalmente desgarrando a trozos el corazón de Rafael.

Profundamente bajo la tierra, Colby sintió la separación y el desgarro del corazón de Rafael. Sus ojos se abrieron de golpe, su corazón se estremeció en el dolor compartido y martilleó ante el terror implacale contra su pecho. El dolor casi la destrozó. ¡Rafael!

El no-muerto no conseguirá a tu hermano.

La voz de Rafael era jadeante, fragmentada por el dolor. En ese instante ella le vio en la oscuridad de la mina con los ghouls luchando para llegar hasta él, su brazo y mano ardiendo a causa de la sangre del vampiro. Y vio el puño del vampiro profundamente enterrado en su

pecho. Sintió las uñas arañando y apretando el corazón de Rafael en un esfuerzo por matarle. Por un momento el tiempo se detuvo. El mundo se quedó inmóvil. La comprensión la golpeó en ese momento enceguecedor.

Le amaba.

Todo este tiempo mientras pensaba que estaba luchando contra él, había estado luchando también contra sí misma. Enfrentando su enorme voluntad contra su corazón, el corazón que había empezado a amar a Rafael cuando había entrado corriendo en un edificio en llamas por su bienestar.

Rafael la había liberado para ser quién y lo que había nacido para ser. Finalmente sería capaz de utilizar sus dones extraordinarios que había pasado toda una vida ocultando. Sería aceptada por ser quién era, no quien fingía ser. Y en ese momento de comprensión, Colby supo que podría soportar cualquier cosa, sacrificar a cualquiera o cualquier otra cosa, pero no a Rafael.

¡Dime que hacer! Emitió la orden hacia Nicolás. Y fue una orden. Empezó a abrirse paso con las uñas a través de la tierra hacia la superficie. Caso onza de la voluntad de hierro que posesía, la voluntad que era suya por derecho de nacimiento, que había sido horneada en su sudor y lágrimas, la voluntad inflexible con la que se había negado a permitirse creer que podría llegar a amar a Rafael, esa voluntad estaba ahora concentrada en alcanzarle. Le salvaría. No había otra elección.

Permanece con él. No permitas que se separe de ti. Aguantará con todo lo que és, no querrá arriesgarse a que tú mueras con él.

Colby se concentró en sujetar a Rafael a ellz. Podía ver a través de sus ojos y oir el aullido de los ghouls y los horribles gritos del vampiro.

Profundamente en la guarida del vampiro, Vikirnoff continuaba su batalla con los implacables ghouls, pero podía sentir lo cerca que estaba Rafael de morir.

- Rafael. - Ordenó. - tírame el corazón, ahora. - Mantenía la voz tranquila en medio del caos reinante. Derribó a otro ghoul, pero este se alzó para enfrentarle de nuevo mientras los otros se acercaban.

Las uñas afiladas como garras de Kirga trabajaban para arrancar el corazón de Rafael de su cuerpo, un lento pero extremadamente doloroso proceso. La fuerza estaba cediendo en el vampiro, pero abandonaba casi igualmente a Rafael. Apenas podía moverse, apenas podía pensar, su cuerpo fallaba al obedecer los dictados de su cerebro mientras la pérdida de sangre y el letargo causado por el sol agotaban lo que quedaba de sus menguantes fuerzas rápidamente.

Sintió a Colby moviéndose dentro de él, buscando una forma de ayudarle. No podía protegerla del dolor de su cuerpo. Sintió el golpe, casi llevándola a la inconsciencia, sintió como se recomponía, aceptando el dolor. Entonces su fuerza afloró, la inquebrantable determinación de la sangre de Buscador de Dragón.

¡No morirás! Era un decreto. Una orden. Tira el corazón al cazador. Toma mi fuerza y libra al mundo de esa repugnante criatura. Ahora, Rafael. No te dejaré marchar.

Utilizando la oleada de fuerza, hizo lo que ella le ordeanaaba, tirando el vil órgano por el aire hacia Vikirnoff. Al momento la fuera de Rafael se acabó y empezó a perder el equilibrio. Era demasido tarde para él. Su corazón estaba destrozado, su pérdida de sangre era demasiado grande. Pero Colby y Paul estarían a salvo y Vikirnoff saldría de las minas vivo. Rafael cerró los ojos y se abandonó.

Colby fundió su mente con la de Rafael. Ella era fuerte. Siempre había sido fuerte, aunque sus poderes no pudieran ser manejados en su estado humano. Los sentía ahora, recorriendo su cuerpo, e hizo un rápido inventario de sus habilidades. Todo era diferente ahora, con los dones especiales de los Cárpatos corriendo a través de sus venas. Se extendió en busca del poder, abrazándolo en vez de encogerse de miedo ante él. Salvaría a Rafael, le

mantendría con ella con su último aliento incluso aunque su fuerza vital no fuera más que una luz pequeña y oscura que titilaba débilmente, casi extinta. Le mantuvo con ella con todas sus fuerzas, evitando que cayera al infernal fuego de ácido de la cámara, y al mismo tiempo, evitando que su espíritu se desvaneciera.

Tráemelo. Apresúrate. Envió la orden a Vikirnoff, a través del vínculo mental que encontró en la mente de Rafael. La tierra es rica en minerales y es nuestra única oportunidad.

Vikirnoff incineró el corazón del vampiro, ignorando estoicamente el ácido que quemaba su mano y brazo mientas la sangre corría por su piel. Kirja gritó horriblemente, su cuerpo claudicó, su puño cayó del cuerpo de Rafael con un horrible sonido de succión. La sangre vital de los Cárpatos salpicó sobre él. Hizo una mueca y la lamió en un último y vano intento de sanarse a sí mismo.

Vikirnoff dirigió una segunda bola de energía ardiente hacia el vampiro.

Un oscuro humo nocivo se alzó y Kirja soltó un horrendo y gemebundo chillido final y su apestosa vida encontró al fin su final. Vikirnoff capturó a Rafael entre sus fuertes brazos antes de que Colby pudiera permitirle caer sobre el suelo venenoso y tuviera que soportar más quemaduras.

En el momento en que el vampiro estuvo completamente destruido, los ghouls cayeron al suelo, sin vida sin su maestro para darles órdenes. Las sombras sin alma cesaron en sus continuos gemidos y los huesos cayeron de vuelta al suelo.

Se hizo un extraño silencio seguido por un amenazador retumbar que creció más y más alto cuando el laberinto de túneles empezó a sacudirse. Acunando a Rafael en su brazo quemado, Vikirnoff atravesó velozmente los túneles, alejándose de la guarida del vampiro. Polvo y roca caían y el humo salía expelido a través de los pozos. Las paredes se cerraban tras ellos mientras él volaba hacia la superficie con el cazador herido. Estoy en camino con él. Es sol se alza rápidamente. Está mortalmente herido, no veo como puedes salvarle.

Colby explotó a través del suelo, el sol casi la cegó. Eso ni siquiera la retrasó. Buscó a su alrededor la tierra más rica. ¿Qué necesito, Nicolás? Dime que hacer para salvarle.

Él se lo dijo, nombrando varias plantes, enviándole imágenes de su aspecto, y dirigiéndola hacia donde se encontraban. Ignorando el terrible ardor en el interior de su cuerpo, los ojos llorosos y la piel sensible, Colby corrió a localizar las plantas oscuras en el denso bosque. Los árboles ayudaban a protegerla de los ardientes rayos del sol y Vikirnoff proporcionaba una cobertura de nubes mientras viajaba hacia ella. Mientras Nicolás guiaba sus manos, instruyéndola en lo que debía hacer para salvar Rafael, otra voz de unió a la de él, y después otra y otra. No podía captar los nombres de todos, pero los sanadores se reunían en todas partes del mundo para ayudarla en el proceso de salvar a Rafael.

Si algo fuera mal, Nicolás, cuidarás de Paul y Ginny. Colby era muy consciente de que estaba arriesgando su vida. Daría todo lo que era por Rafael, y si fallaba, se jugaba la vida de ambos.

No puede haber fracaso. Decretó Nicolas.

Y entonces Vikirnoff estaba allí, con el cuerpo roto y desmadejado de Rafael entre sus brazos. Colby cerró los ojos durante un breve momento mientras las lágrimas fluían y el horror le cerraba la garganta. había estaba preparada para sus terribles heridas, pero no para la visión de su orgulloso e invencible Rafael tan completamente devastado. Su corazón y alma gritaron una protesta.

Se extendió en busca de su poderosa voluntad, aferrando su fuerza con cada fibra de su ser, y sacudiéndose la desesperación, el dolor y el terror. No había tiempo par emociones, ni tiempo para la duda o el temor. Escuchó las suaves voces que le daban instrucciones y sintió su propio poder atravesándola. Arrodillada junto al cuerpo roto de Rafael en medio de la tierra rica en minerales donde Vikirnoff había abierto el terreno para ella, se puso a trabajar. Era bastante fácil trabajar a varios niveles, utilizando su telequineses mezcló las plantas y tierra

mientras se despojaba de su cuerpo, de su sentido del yo, y se convertía en la bola sanadora de energía necesaria para entrar en el cuerpo de Rafael.

Todo mientras le retenía con ella, unidos por su determinación, negándose a permitirle escapar al otro mundo. Su corazón estaba todo destrozado por las garras del vampiro, lacerado y rasgado. Vaciló con desmayo.

Puede hacerse. La seguridad llegó de uno de los sanadores, un hombre llamado Gregori. Estaré contigo a cada paso del camino.

Yo estoy aquí también. Una voz femenina, Shea, una sanadora.

Una tercera voz, muy distante y ultra femenina, añadió su apoyo. Soy Franceca. Perteneces al clan del Buscador de Dragones. Pocos tienen los dones que posees tú. Puede hacerse.

Oyó a Nicolas y sus hermanos urgirla a continuar. Las voces crecieron de volumen en su mente, cantando un ancestral ritual de sanación. Con determinación, Colby se puso a la tarea. Ya no era imposible... simplemente era cuestión de voluntad, y ella tenía bastante de eso. Lentamente, meticulosamente, reparó el corazón rasgado de Rafael. Su fuerza física se tambaleó varias veces, pero los hermanos de Rafael la alimentaban con cada onza de energía que poseían. Incluso sentía el toque de Paul a través de Nicolas.

Fue cruel en sus demandas a Rafael, obligándole a soportar el dolor mientras reparaba su corazón para después trabajar en sus otras numerosas heridas graves. Compartía su mente con los sanadores, siguiendo las instrucciones que ellos susurraban en su mente mientras cerraba cada herida, eliminando cada gota de veneno. No renunciaría a Rafael ante el poder de Kirja. El sol continuaba alzándose en el cielo y los efectos eran devastadores sobre los Cárpatos, pero ella era implacable, conduciéndose a sí misma y a los otros más allá de su resistencia.

Vikirnoff, siguiendo los dictados de los sanadores, se tendió junto a su compañero cazador en la rica tierra. Dio a Rafael tanta sangre como pudo permitirse, y ayudó a Colby a cerrar las terribles heridas con la mezcla de plantas, tierra rica en minerales, y saliva. Colby se tambaleaba de cansancio, cubierta de ampollas causadas por el sol, y derrumbándose sobre el suelo cuando finalmente terminó.

Nunca había permanecido tanto tiempo despierto. Vikirnoff la miraba con sorpresa. Nos has mantenido a todos unidos, negándote a permitir incluso el más fuerte de nosotros cayera en el letargo de nuestra raza. Descansa ahora. Si puedes mantenernos a todos, no permitirás que él muera.

- Demonios, no lo haré. - Murmuró Colby se derrumbó sobre Rafael.

A Vikirnoff solo le quedaba suficiente energía para cerrar la tierra consoladora sobre los tres antes de que sucumbieran al sueño.

CAPITULO VEINTE

Colby despertó en el momento en el que el sol se puso, girándose hacia Rafael incluso mientras abría la tierra sobre ella. Había reparado las peores de las heridas de su corazón con cuidadoso y meticuloso esmero, pero había un largo camino que recorrer para mantenerle vivo. Empezó a trabajar al momento, sentándose junto a él en las profundidades del pozo con las paredes de tierra altas alrededor de todos, dejando atrás su cuerpo para entrar en el de él. El corazón estaba intentando sanarse a sí mismo, pero Nicolás y los otras le había advertido que las heridas de Rafael eran tan severas que ningún Cárpato por antiguo y poderoso que fuera se recobraría con ayuda continua.

Mientras trabajaba, fue consciente de las voces que su unían a la suya, masculinas y femeninas, cantando el ritual sanador. Agradecida reconoció el toque de Gregori, y el toque

mucho más íntimo de Shea, ambos sanadores Cárpatos. Colby siguió las instrucciones precisas de ambos continuando las reparaciones del corazón lacerado de Rafael. Tenía que despertarle y darle sangre, pero la hemorragia seguiría en su corazón hasta que el músculo tuviera suficiente tiempo para sanar, lo que significaba que no podría permanecer despierto durante más tiempo del que llevara alimentarse.

- Le daré mi sangre. - Se ofreció Vikirnoff. Estaba sentado observándola, tomando nota de la absoluta determinación en su cara.

- Ya le has dado demasiada esta mañana. Ve a encontrar lo que sea que necesites; estás más blanco que una sábana. - Colby se tambaleó de debilidad. - Yo le daré mi sangre y le pondré de vuelta en la tierra donde estará a salvo.

- Volveré tan rápidamente como sea posible para proveer para ti. - Prometió Vikirnoff.

Colby asintió y se sentó con la cabeza de Rafael apoyada en su regazo. Le llamó suavemente, odiando que estuviera tan dolorido cuando despertó, pero sabiendo que necesitaría alimentarse para sanar y recuperar sus fuerzas. Sintió a los hermanos de él entonces, llamándolos por la necesidad de responder incluso desde el otro lado del mundo. Los sintió intentar aliviar el dolor de Rafael cuando despertó.

Colby se inclinó para presionarle un beso en la frente.

- No te muevas, solo descansa. Necesitas sangre. - Se rasgó su propia muñeca, sin preocuparse del dolor, empujando la herida contra los labios de él. Estaba tan débil, ni siquiera le sentí tomar el sustento y eso la asustó.

No pierdas la esperanza. Fue Nicolás quien la tranquilizó y cada uno de sus hermanos murmuraron sus hombre en la mente de ella y añadieron su tranquilidad a la de él. En cierta forma le daba una sensación de familia tener a todos los Cárpatos susurrando ánimos en su mente.

¿Y qué hay de Paul y Ginny, Nicolás? ¿Estás bien si mí? Trabajó para evitar la nota triste de su voz y no molestar así a Rafael. Ese mundo parecía tan lejano de ella ahora. No se había alegrado cuando le contaron la noticia de que los niños había volado hasta Brasil por su protección... pero lo entendía.

Están siendo mimados por tías, tíos y cientos de primos. Te echan de menos.

Agradeció que Nicolás pensara en añadir lo último.

Detenle ya y ponle de vuelta en la tierra. Ese era Gregori, el sanador. Colby podía sentir el espíritu de Rafael retirándose poco a poco de ella cuando el dolor se volvía intolerable. Detuvo su alimentación, dudando solo por un momento antes de pasarse la lengua por la fea herida de su muñeca. Con la ayuda de Nicolás envió a Rafael a dormir y cerró los ojos cansadamente, derrumbándose contra la tierra, sin preocuparse de yacer en lo que parecía una tumba. Todo lo que le importaba era que había mantenido a Rafael con vida.

- Necesitas alimentarte. - La voz de Vikirnoff la sacó de su ensueño.

Se le secó la boca. Rafael la había puesto bajo un encantamiento, pero no estaba preparada para abandonarse amablemente al control a nadie más.

- No sé si puedo. - Respondió honestamente.

- Si no te alimentas, te debilitarás y no serás capaz de atarle a ti. - Señaló Vikirnoff. - Evitaré que te enteres de nada.

El corazón le golpeó en el pecho ante la idea de dar a Vikirnoff, prácticamente un desconocido, esa clase de control sobre ella. Con Rafael inconsciente, se giró instintivamente hacia su hermano. ¡Nicolás! ¿Qué debo hacer? Nicolás estaba cerca de Rafael, y ella unida a él. No tenía a nadie más a quien volverse en una situación poco familiar. No puedo ni pensar en que me de sangre.

Vikirnoff es un Cárpato honorable. Permítele compelerte. Deber mantener tus fuerzas para sostener la vida de Rafael.

Sintió a los otros hermanos de Rafael moviéndose a través de Nicolás para alcanzarla. Zacarías, el mayor, el más fuerte, al que todos los demás mostraban deferencia. Sacó eso de los recuerdos de Rafael. Me aseguraré de que no te sobrevenga ningún daño. Colby estaba asombrada del increíble sentido de la familia, del amor que compartían con ella a través de Rafael.

En los siguientes alzamientos repitió el mismo ritual nocturno. Algunas veces despertaba en la noche para yacer con la tierra abierta, la cabeza de Rafael apoyada en su regazo, mirando al cielo y las estrellas brillantes, las manos acariciándole el pelo, urgiéndole a sobrevivir, a volver a ella. Se entregó devotamente a sí misma y su voluntad completar la curación. Vikirnoff proporcionaba alimento y se acostumbró a su presencia, pero nunca los suficiente como para someter su voluntad. Nicolás o uno de los otros hermanos de Rafael siempre tenían que estar con ella antes de que permitiera que Vikirnoff la colocara bajo su hechizo.

En la séptima noche Vikirnoff se alzó mucho antes que Colby y ya estaba fuera de la tierra cuando ella despertó. Era competente ahora saliendo la tierra ahora y flotó hasta la superficie, vistiéndose como Nicolás le había enseñado. Despertaría a Rafael tan pronto como hubiera reunido hierbas frescas y plantas sanadoras.

- ¿Vikirnoff? - Miró alrededor. Él siempre estaba esperando para proporcionar sangre a Rafael. Encontró una sola rosa yaciendo sobre la roca cerca de las aguas termales.

Se había dio. Solo podía significar eso. Colby se dio la vuelta, abrazando la rosa de tallo largo, con el corazón palpitando de anticipación.

Rafael estaba en pie con aspecto de estar recuperado, mucho más recuperado de lo que tenía derecho a estar, pero mostraba los signos de su roce con la muerte. Su hermoso pelo negro, que caía hacia atrás por su espalda, estaba veteado de gris en su lado izquierdo. Su cara estaba tallada con nuevas líneas y había un cansancio en sus ojos y que nunca habían estado allí antes. Se tocaba la cicatriz del pecho causada por el ataque de Kirja.

- Se supone que los Cárpatos no soportan cicatrices.

Bebió de él. Ardían lágrimas tras sus ojos y tuvo que tragar varias veces para librarse del nudo de su garganta.

- Quizás no te sané del modo correcto. - No podía dejar de mirarle. Era tan sólido. Estaba tan vivo. - A mí me pareces perfectos. Ya revistes confianza como una segunda piel.

- Me salvaste la vida.

Colby asintió.

- Alguien tenía que hacerlo. Estabas hecho una desastre.

Los ojos negros la midieron sin parpadear. Había olvidado lo completamente que podía concentrarse en ella. Las piernas se le volvieron de goma, pero mantuvo su terreno, intentando parecer indiferente.

- ¿Estás seguro de que deberías estar levantado? - Su mirada vagó por el cuerpo de él y el aire pareció abandonar sus pulmones en una larga oleada. Definitivamente estaba levantado y listo para el ataque.

Una lenta y sensual sonrisa curvó la boca de Rafael. Sus ojos se oscurecieron con flagrante sexualidad.

- Oh, estoy muy seguro.

Un sonrojo acometió su cuello hacia su cara.

- Sabes lo que quiero decir. Casi moriste. - Había un dejo de acusación en su voz.

- Prometo ser mucho más cuidadoso en el futuro, querida. - No podía hartarse de mirarla. Dio un paso hacia ella y observó con ojos entrecerrados como ella daba un pequeño paso hacia atrás.

- No creo que puedas hacer algo así nunca más. Me asustaste.

- Lo siento. - Su mirada encontró la de ella firmemente. - Por un montón de cosas. Fue un error por mi parte convertirte sin tu permiso. Estabas intentando llegar hasta mí y yo me impacienté. Debería haber tenido más fe.

- Si, deberías. Nunca seré feliz sin un compañerismo total, Rafael. No soy la clase de mujer que tolera tu toma de decisiones arbitraria por mí. - Quería ser severa. Era necesario dejar claro ese punto, pero él parecía tan vivo, cuando había estado tan cerca de la muerte durante tantos días. Había visto la batalla en su mente y había sido horrenda.

- Soy muy consciente de la clase de mujer que eres, Colby. - Estuvo él de acuerdo tranquilamente. - Haré lo que pueda por aprender a ser un socio.

- Bien, trabaja en eso con rapidez. - Tenía mucho más que decir sobre el tema, pero no podía pensar en ello en ese preciso momento. Todo lo que podía pensar era en tocar las nuevas líneas de su cara. Su cicatriz. Quería alisar el ceño de su boca y borrar la preocupación de sus ojos.

- Tengo que explicarte lo de Paul. - Dijo él, decidido a asegurarse de que ella entendiera no que había apartado al chico de ella. - No tenía otra elección que enviarle lejos. Kirja no se parecía a ningún otro vampiro con el que me haya encontrado nunca. Era un amigo de la infancia. Un amigo cercano que sabía como cazo. Era un poderoso Cárpato y como vampiro se había vuelto tremendamente poderoso. Si no teníamos éxito en destruirle, antes o temprano habría conseguido matar a Paul, o utilizarle para hacerte daño a ti o a Ginny. Sabía que me arriesgaba a que no entendieras, pero honestamente sentí que era lo que tenía que hacer, la única cosa que podía hacer.

- Lo sé. - Había visto la lucha en su mente. En todo el tiempo que había pasado sanándole, se había fundido con frecuencia con él para mantenerle vivo y había visto sus fuerzas y debilidades. Había visto sus recuerdos y arrepentimientos, como quería hacer lo correcto y lo mejor incluso si eso significaba arriesgar su relación. Sus acciones estaban motivadas por el amor, no por un sentido del poder. Parecía tener problemas para expresar su amor otras formas aparte de la sexual. Colby estaba segura de que podría pasar los próximos siglos siguientes ayudándole a aprender a comunicarse mejor.

- Colby, sobre el rancho. Quiero que vengas a Brasil. Podemos mantener el rancho en custodia para Paul y Ginny, hasta que sean bastante mayores para decidir dónde quieren vivir. Me gustaría que conocieran a la familia de Armando. Mi familia. Y me gustaría que mi familia os conociera a todos vosotros. Pero si no puedes ser feliz allí, volveremos y viviremos aquí juntos.

Era una tremenda concesión. Un regalo que le estaba ofreciendo. Él quería ir a casa. Necesitaba ir a casa. Su corazón y alma anhelaban el bosque pluvial, su rancho, las cosas que le eran familiares. Su familia, la humana y la Cárpato. Pero ella estaba en su mente y sentía su sinceridad. Haría cualquier esfuerzo para hacerla feliz. Y Colby descubrió que no era el rancho lo que importaba. Este pertenecía a Paul y Ginny. Ella estaba más que contenta de renunciar a su parte. Si sus hermanos amaban Brasil, ella lo amaría. Y si ellos necesitaban volver al rancho, volvería con ellos hasta que tuvieran una edad en la que pudieran mantenerse por sí mismos. Pero siempre, su elección sería Rafael. Le sonrió.

- Espero que tengas caballos. Necesito estar rodeada de caballos.

- Tenemos muchos caballos, meu amor.

Ella inclinó la cabeza.

- ¿Estás absolutamente seguro de que te sientes bien y tu corazón está fuerte? - Su voz descendió hasta una bochornosa invitación

- Estoy curado.

Colby levantó la mirada hacia la cascada que se vertía desde lo alto del acantilado sobre ellos. Proporcionaba un trémulo telón de fondo para que gruta aislado donde burbujeaban las aguas termales, separadas de la corriente por rocas adecuadamente desgastadas. Helechos y

musgo recubrían el suelo como una alfombra esmeralda. Tomó un aliento, permitiéndose el lujo de apreciar la belleza del lugar, apreciarla riqueza del suelo que había ayudado a Rafael a sanar.

Él llegó por detrás, sus manos se deslizaron hacia abajo por su espalda hasta su cadera, presionándola contra su gran cuerpo. Colby extendió los brazos hacia arriba para rodearle el cuello, tirando de su oscura cabeza hasta la de ella. Tuvo que reclinarse hacia atrás, buscar la excitación de su boca.

- Hazme el amor, Rafael. - Susurró contra sus labios. - Casi te perdí y necesito sentirte amándome. - Se giró entre sus brazos, necesitando el confort de su abrazo. Necesitando la sensación de estar acordonada por el acero que recorría su cuero.

- Siempre te estoy amando, meu amor. - Él retrocedió, la intensidad y el hambre de su mirada la hipnotizaba. - Con cada aliento que tomo, te hago el amor. - Con dedos gentiles y seguros, le desabotonó la blusa, sus nudillos le rozaron los plenos pechos. - Siempre tienes demasiada ropa. Pensaba que habíamos acordado que te limitarías a ir por ahí desnuda para mí. - Le sacó la blusa de los hombros, las manos se demoraron sobre la suave hinchazón de carne, disfrutando del placer de simplemente mirar sus pechos antes se extender la mano para quitarle las orquillas del pelo. Soltó la sedosa masa, sus dedos lo recorrieron hasta que la última trenza que fue liberada cara caer incontenible sobre su cuerpo.

Aplastó las hebras de pelo con su puño, llevándoselas a la boca, sus ojos nunca abandonaban los de ella. Observándola. Hambriento por ella. Ni una vez se había entregado completamente a él, pero podía ver el amor en su mirada, en el rubor de calor que se extendía bajo su piel. Como siempre, el salvajismo se alzó en él, pero luchó desesperadamente por aplastarlo, sintiendo el humor de ella, su necesidad no solo de una demostración física de amor, sino también de consuelo. Había sido tan valiente. Y le había elegido a él. La besó de nuevo, la paz se estableció en sus huesos, la satisfacción en su alma. Por primera vez perdió la sensación de empuje, la necesidad de conquistar y tomar.

Rafael le bajo los vaqueros por las caderas, sus manos se movían, sobre los muslos hasta que Colby se sintió débil a causa del anhelo. Le observó, el puro deseo en sus ojos mientras trazaba los contornos de su cuerpo con evidente disfrute. Su cuerpo la abrumó hasta que caminó hacia atrás entrando en las aguas termales.

Colby se deslizó en el agua. Cálidas burbujas como de champagne la rodearon, envolviendo su cuerpo como una manta viviente. El agua la sujetaba, moviéndose sobre su cuerpo mientras se hundía más profundamente en la piscina mineral. La sensación de ingravidez en el agua, su pelo flotando como algas, y el fondo de la cascada la hacían sentir sensual, una sirena acuática atrayendo a su pareja.

Observó como Rafael avanzaba hacia ella, extendiendo la mano lentamente para tirar de su pelo húmedo contra el suyo. Sus dedos le rodearon la nuca, arrastrándole la cabeza hacia la suya para poder tomar posesión de su boca. Colby levantó una pierna y le rodeó la cintura, deslizando su cuerpo hacia arriba y abajo por su mulso para aliviar la creciente presión. Las burbujas lamían como lenguassu piel sensibilizada. Ni importaba cuando quería ir despacio, sentir las manos de él moviéndose sobre ella con ternura, algo en ella le respondía con salvajismo, frenético deseo que crecía ardiente y con rapidez.

- Meu amor, no tienes ni idea de lo que me haces. Soy un hombre fuerte, pequeña, un hombre poderoso, pero una mirada tuya y me derrito por dentro. Mi cuerpo no solo anhela el refugio del tuyo, sino que me corazón está lleno y hay luz inundándome. No tenía ni idea de lo que significaría cuando lo discutí en mi juventud. Todos los hombres de los Cárpatos sueñan con tener una compañera... es nuestra motivación y nos empuja a continuar en los años interminables y vacíos... pero hasta que te conocí realmente, no podía concebir cómo me sentiría. No puedo encontrar palabras para decirlo lo que significas para mí.

Colby enredó los brazos alrededor de su cuello, sus dedos acariciaron los mechones blancos del pelo sedoso de él.

- Lo haces bastante bien, Rafel.

- Tú mereces algo mejor. Un poeta. Un hombre de bellas palabras que pudiera expresar lo que hay en mi corazón.

- Ya no necesito palabras, Rafael. Abro mi mente a la tuya y siento el amor que me das. Conozco las palabras que hay en tu corazón porque puedo verlas ahí. - Le besó, una beso largo y lento de seducción. - Te deseo. Deseo tocarte, abrazarte, sentirte dentro de mí. Necesito sentir que estás vivo y envuelto a mi alrededor.

La boca de él abandonó la suya para encontrarle el cuello.

- Estás tan caliento, Colby. Siempre estás húmeda, caliente y deseosa de mí. Me pone tan endemoniadamente duro solo sentir que me deseas.

Ella cerró los ojos cuando los dientes le arañaron la piel.

Rafael apretó el cuerpo de ella con más fuerza contra el suyo, montándola en su muslo.

- Ocurre que estamos en medio de aguas termales. Estoy caliente y húmedo por una buena razón.

Sus dientes mordieron con fuerza en una pequeño y burlón castigo.

- Yo soy la razón de que estés caliente y húmeda y lo sabes.

Sus manos se movieron posesivamente sobre el pecho de él, la punta de los dedos se demoraron sobre la cicatriz.

- Estás curado del todo... has recuperado tu arrogancia.

Los labios de él le mordisquearon el hombre, enviando un escalofrío por su espina dorsal mientras la levantaba y llevaba en brazos desde el agua hasta una piedra plana.

- Estoy más que seguro de no ser excesivamente arrogante. Me encanta la forma en que me deseas, Colby. ¿Tienes alguna idea de lo que hace eso a un hombre, saber que una mujer le mira y arde como tú haces por mí? - Sus dientes le mordisquearon el pulso, la lengua jugueteó sobre el punto sensible.

- Nunca tendremos el problema de que no te desee. - Confesó ella, inclinándose para besarle la garganta, dejando un rastro de besos hasta la cicatrices sobre su corazón. Sus manos se movieron sobre él, la punta de sus dedos trazaron patrones sobre el pecho y bajando por el estómago.

Él alzó la cabeza, cerrando los ojos, saboreándola en sus brazos, su cuerpo entrelazado alrededor del suyo y su boca consolando sobre la herida del pecho. El corazón le latía allí a causa de Colby. El ritmo era fuerte y firme y si todavía había dolor en cada latido era humilde, fácilmente enmascarado y valía la pena por cada momento con ella.

- No, solo contigo haciéndole el amor. - Solo pronunciar las palabras despertó un feroz violencia en él. Rugió a través de sus venas hasta que los brazos se le tensaron, formando una jaula de acero alrededor de ella. Con un esfuerzo, luchó por contener la necesidad de dominación. Su boca le susurró sobre la piel, ligera como una pluma; jugueteó con su labio inferior, zambulléndose más abajo para encontrar sus pechos. Sintió la ávida lujuria alzándose aguda y terrible, pero se negó a ceder a ella.

Ella se movió con inquieto abandono, su piel frotándose contra la de él, sus manos reclamándole, recorriendo su cuerpo posesivamente. Eso solo se añadió a la ardiente necesidad que se acumulaba en él. Colby le mordió ligeramente el hombro, pasando la lengua hasta su pezón, lamiéndolo gentilmente. Podía leer su lucha por proporcionarle ternura y lo significaba todo para ella que intentara retener su autocontrol.

Los ojos negros vagaron sobre su cara. Caprichosos. Pensativos. Puramente sensuales. Su corazón palpitó de anticipación. Observándola atentamente, se inclinó hacia ella, su lengua le lamió los pechos, deslizándose hasta su ombligo mientras se dejaba caer delante de ella, sus manos apretándose sobre los muslos. Ella y estaba ahogándose en calor, en placer. La lengua

lamió lentamente su vaina pulsante. Ella se sobresaltó, un jadeo escapó mientras su útero se contraía y cada terminación nerviosa se volvió hipersensible.

Colby había estado tan enfocada en las heridas de él, en salvar su vida y mantenerle con ella, que todavía no había renunciado el vínculo con la mente de él. Sintió el fuego inundando las venas de él y el rugido de deseo en su cabeza. La lujuria mezclada con amor hasta que las dos emociones estuvieron entretejidas. Eso alimentó sus propios deseos, un pozo de placer que estalló a través de ella cuando su lengua apuñaló profunda y juguetona, lamiendo y succionando hasta que se retorció de deseo, casi delirio y le suplicó. La llevó al borde de la liberación una y otra vez y se echó hacia atrás hasta que las manos de Colby le apuñaron el pelo y gritó su nombre.

- Rafael, no puedo soportarlo. Es demasiado. - No podía respirar, no podía encontrar el alivio que tan desesperadamente necesitaba. - No puedo aguantar mucho más.

- Puedes. He perdido el juicio por desearte. Tú tienes que sentir lo mismo.

- Lo haré. Lo hago. ¡Aprisa! - Suplicó ella urgentemente.

Rafael besó su camino hacia arriba por el estómago, mordisqueanndo el lado inferior del pecho mientras ella intentaba enredar frenéticamente las piernas alrededor de su cintura y atraerle más cerca de ella. Él enterró la cara contra su garganta.

- Te amo, Colby. Te amaré para siempre con todo lo que soy.

Su voz era pura honestidad, el sonido se enroscó alrededor de su corazón hasta que se sintió derretir. Profundamente incrustada en la mente de él, también sintió su incertidumbre. No sabía con seguridad si ella le amaba completamente, con cada fibra de su ser. Se había mantenido a distancia de él tanto tiempo, no confiaba en su lectura de sus pensamientos. Crecía que estaba viendo y sintiendo lo que tan desesperadamente deseaba ver.

- Rafael. - Ella susurró su nombre suavemente, obligándole a levantar la mirada hasta sus ojos. Le sostuvo la mirada, deseando que viera su expresión, la terrible emoción que había mantenido a raya durante tanto tiempo. - Todo este tiempo he estado temiendo lo que sentía por ti. Me aterrorizaba porque pensaba que si te entregaba mi corazón, no quedaría nada para mí, que eso sería perderme completamente a mí misma. Pensaba que querías poseerme, controlarme, y nunca podría gustarme eso. pero cuando casi moriste, comprendí que era demasiado tarde. Te amo, Rafael. Te amo tanto que creo que moriría sin ti.

Brillaban lágrimas en los ojos de Rafael, pero no apartó la mirada, no importaba que ella viera como le había humillado con su admisión. Le enmarcó la cara.

- Deseo que oigas las palabras que nos unes. Son las que nos hacen verdaderamente uno. Eres mi vida, Colby, por toda la eternidad. - Rozó un beso gentil sobre sus labios. - Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi lealtad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. - Dejó un rastro de besos por su garganta, susurrando las palabras contra su pulso. - Tomo en mí los tuyos para cuidarlos del mismo modo. Tu vida, felicidad, y bienestar serán apreciados y colocados sobre los míos propios siempre. Eres mi compañera, unida a mí por toda la eternidad y siempre a mi cuidado. - Alzó la cabeza, mirándola a los ojos, viendo las mismas lágrimas nadando en sus ojos.

Colby le sonrió.

- Son las palabras más hermosas que podrías haberme dicho jamás.

- Dije en serio cada una de ellas.

- Lo sé.

Los ojos de Rafael se oscurecieron incluso más, su deseo se intensificó. La tomó con dureza, zambulléndose en el ardiente y acogedor canal profundamente y con fuerza, un feroz empuje que la hizo gritar, un orgasmo atravesó su cuerpo incluso mientras él empezaba a entrar en ella con largas y seguras estocadas. Se aferró a él con sus ardientes y resbaladizos músculos, tan apretados que un solo sonido de puro placer escapó de la garganta de él. El

orgasmo explotó a través de ella, sobre ella, hasta que solo pudo pensar en hundir las uñas en sus hombros y colgarse de ellos mientras cabalgaba con fogosa pasión.

Rafael bajó la mirada hacia la cara de ella. Tenía la cabeza echada hacia atrás, su pelo largo agitado a su alrededor por la brisa. Le envolvía las piernas alrededor de la cintura, sus pechos se balanceaban con cada dura estocada.

Ella era una hermosa visión, entregándose a él, haciendo sus propias demandas con sus fuertes músculos. Solo podía mirar su cara, observar como su propio cuerpo tomaba posesión del de ella, conquistando incluso mientras ella le conquistaba a él. Rindiéndose, incluso mientras él se rendía a ella. Sabía que nunca olvidaría ese momento, se ofrecía completamente a él y el corazón se le retorció en el pecho. Había confiado en él con su cuerpo, su sexualidad, y ahora, al fin, con su corazón.

Quería dárselo todo, inundar su cuerpo con todas las emociones que sentía y que nunca podría expresar adecuadamente con palabras. Con cada caliente estocada, con cada ardiente empujón, su cuerpo declaraba su amor. Era completamente suyo y siempre lo sería. El fuego rabiaba en él como un infierno, acumulándose más y más hasta lo imposible, hasta que se hinchó dentro de ella, estirando sus delicados músculos, y ella gritó su nombre.

Erupcionó, vertiendo su esencia en ella, profundos y duros empujones que no podía controlas, cada músculo contrayéndose. Incluso el corazón le dolía, palpitando de deseo y amor por ella.

Rafael giró, todavía profundamente enterrado dentro de ella, para descansar contra la roca. Colby se acurrucó inmediatamente más cerca, su boca buscando la cicatriz sobre el corazón de él, lamiéndola con la lengua.

- Quédate quieto. - Dijo ella. - Necesito asegurarme de que estás del todo bien.

Rafael echó la cabeza hacia atrás, y se quedó mirando fijamente hacia arriba a la luna, las piernas de Colby estaban firmemente enredadas alrededor de su cintura, su cuerpo estaba profundamente enterrado en el refugio del de ella mientras le daba imperiosas órdenes. Se encontró a sí mismo sonriendo. Feliz. En paz. Podía sentirla moviéndose dentro de él, trabajando en su corazón. Podía sentir el empuje de sus pechos contra su propio pecho, la seda de su pelo en un amasijo sobre la piel. No importaba donde vivieran. Aquí, en este rancho, o en Brasil, su hogar, su santuario era esta mujer que estaba entre sus brazos.

En el momento en que ella alzó la cabeza tomó posesión de su boca, un largo beso de ternura, un susurro de amor mientras volvía llevarla de vuelta a las aguas termales.